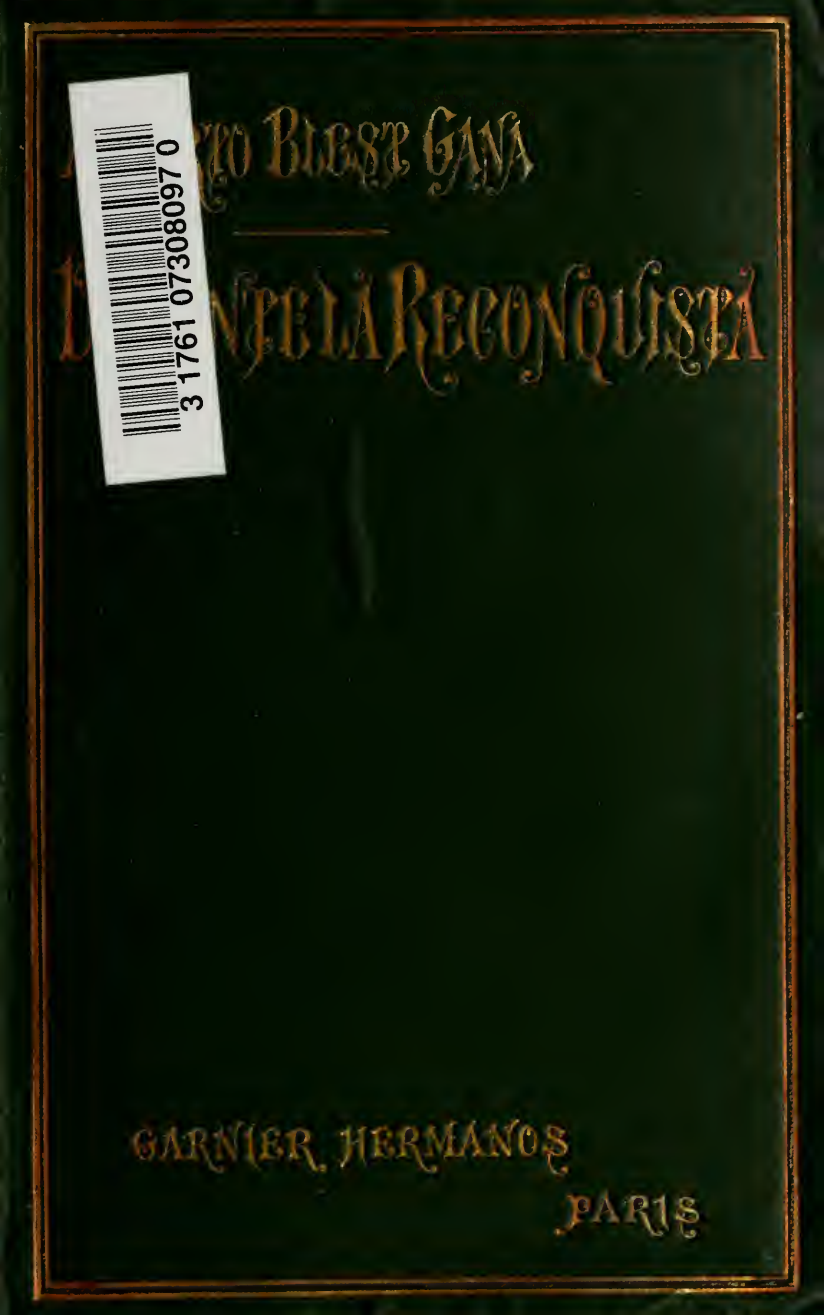

3 1761 07308097 0

Ex Libris
1914-1910
Doctor Adeline Emma Gurd

Adelin E. Gurd
4. rue Leopold-Robert
Paris.
1902

DURANTE

LA

RECONQUISTA

PARÍS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.

DURANTE

LA

RECONQUISTA

NOVELA HISTÓRICA

POR

ALBERTO BLEST GANA

TOMO SEGUNDO

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6 RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1897

UNIVERSITY OF TORONTO
JUN 7 1905
PQ
8097
B59
1897
V.2

March 29. 1902

DURANTE

LA

RECONQUISTA

XXXIII

En la gran casa solariega, con la puerta de calle cerrada en señal de duelo, reinaba ahora un silencio religioso, un silencio de iglesia á la hora en que toda *distribución* ha cesado. Los dias, en su callada marcha, habian ido tendiendo un imperceptible velo de gasa cenicienta sobre la enfermiza sensibilidad de la madre y de la hija. Con la tristeza de sus recuerdos, Trinidad vagaba inquieta por las piezas solitarias, donde los muebles le enviaban al pasar su vieja historia de otro tiempo de indiferencia y de paz, de paz sobre todo, ese *miraje* de las almas que sufren. Los niños, sus hermanos, los que por su edad no iban á la escuela todavía, jugaban allá en la huerta lejana, desde la que alcanzaban á llegar á las habitaciones, los alegres ladridos de Ponto y de Alpe, guardianes de la casa. En la noche, los parientes llegaban de la tertulia de la trastienda á tomar mate. So pretexto de acompañar á *la* Clarisa, traian ahí sus preocupaciones de barrio, sus manías y su egoísmo. Don Jaime venía también á dejar á Luisa, para ir después á la tertulia del palacio. Prima Catita y prima Cleta habían estado por la mañana, después de misa. Aunque la existencia colonial fuese sólo un largo bostezo, ellas tenían siempre mucho que contar. Doña Clarisa se encontraba obligada á oírles: quien sufría de dolor de muelas ó de pasmo, quien acababa de salir *con bien.*

Guardaban para Trinidad la crónica de los *tiemples* y de los compromisos de casamiento. Raras veces dejaba de aludir prima Catita, mientras prima Cleta bajaba púdicamente la vista, al que debió «casarse con *ésta*», si un ataque de peste de viruela no hubiese venido á arrebatarlo cuando estaba por pedirla ».

Á la llegada de los tertulios de don Francisco Carpesano, por la noche, seguía siempre un momento en que la actitud de todos era de circunstancias y en que sólo se oian, después del saludo familiar, los suspiros cada vez más hondos de don Manuel Cardenillo. La sombra de don Alejandro parecia presidir la reunión, bien que nadie lo nombrase. Apenas se hablaba en voz baja, reemplazándose la palabra con el cigarrillo. Pero á medida que sonaba el mate, pasado por Mañunga en la sala, y servido por su madre en el corredor de adentro, la conversación se iba animando gradualmente entre los hombres, que acababan por prescindir de la dueña de casa y de las dos chicas, retiradas por allá, en algún rincón de la salá. Primeramente, á su vecino, á media voz y después á los otros en voz alta, don Francisco Carpesano referia las últimas pegatas hechas por sus hijos. En noches pasadas habian atravesado un cordel en la puerta de San Agustin, como á una cuarta sobre el suelo, mientras se rezaba el trisagio. Al salir, casi no habia mujer que no cayese. « Y los malvados se reian como locos ». « La otra noche, ¿no se pusieron estos malditos á robar los capotes á los serenos que encontraban dormidos y á llevarlos al cuartel de policia?»

— Más de seis serenos fueron arrestados después de haber perdido el capote, contaba don José María Reza como comentario á la historia de las pegatas, y se reia ruidosamente, hallándolas muy graciosas desde que él se encontraba libre de sufrirlas.

Con este pretexto tomaba la palabra don Pepe para hablar de los mellizos, que mamaban como terneros y tenian *flaquichenta* á la Panchita. Contaba también lo que le daban que hacer Beno y Quintiliana que, porque estaban de novios, querian llevarse secreteándose en los rincones. Era lástima que el luto de la familia no les permitiese casarlos pronto.

— Quiero que se casen luego para que Beno se ponga á trabajar. Si pasa el tiempo de las siembras, ya pierde todo el año

Con esta frase llegaba don José María al terreno donde deseaba maniobrar. Desde la muerte de don Alejandro Malsira, una grande ambición lo había mordido. Conseguir « los Canelos » en arriendo, para establecer á Beno, en vez de ponerlo á trabajar en su chacra.

— Ahora que usted no tiene quien le trabaje el fundo, debía arrendármelo á mí, decía casi todas las noches á doña Clarisa.

— Yo no sé, pues, replicaba la viuda, á quien su esposo, como lo hacía entonces y han seguido haciéndolo los maridos chilenos, había mantenido en completa ignorancia de los negocios; yo no sé, pues, Jaime quiere que ponga un administrador.

Reza saltaba sobre su silla, y don Manuel Cardenillo, que aspiraba también secretamente á conseguir el arriendo de los Canelos para sus dos hijos Manuelito y Rosendo, daba un gran suspiro cada vez que oía esta contestación de doña Clarisa.

— ¡Un administrador! ¡qué disparate! exclamaba terciándose la capa don José María. ¡Cómo se conoce que don Jaime no sabe por dónde van tablas! Yo se lo diré á él mismo, ¿no ve? En estos casos es preciso hablar claro, señora, y no seré yo quien se muerda la lengua para decirle á su hermano pan, pan, vino, vino. ¡Un administrador! Pregúntele á los que hayan tenido administradores cómo les ha ido. ¿Sabe lo que le pasó á don Clemente Vallelargo? Su administrador le vendió, sin que él lo supiese, todos los terneros de la parición de este año y le hizo creer que se los comían los leones.

Á este ejemplo siguieron muchos otros de inauditas depredaciones, cometidas por los administradores. Quien había cortado y vendido una gran cantidad de álamos, quien estaba agotando el monte de espino para vender el carbón de su cuenta, mientras que enviaba una sola carretada, con más *sijo* que carbón, á los dueños de la hacienda. La lista era interminable. Don Pepe lo decía « porque él no se andaba con tapujos y las cosas debían llamarse por su nombre ». Él no tendría pelos en la lengua para probarle á don Jaime que le daba un mal consejo á su hermana, y si ella quería quedarse en la calle y que todo se le volviera sal y agua, no tenía más que poner un administrador en la hacienda ».

Sin dar tiempo don Manuel á su rival, sino para suspi-

rar mientras él hablaba, Reza, ofrecia como contraste de ese cuadro, el de las ventajas de un arriendo, que él y don Francisco Carpesano afianzarian. No le importaba que Carpesano hiciese un signo de vaga protesta, al oirse así ofrecer como fiador, ni tomaba en cuenta tampoco que la infeliz viuda, á quien su verbosidad desvanecia, levantase los ojos al cielo, pidiéndole que la librara de aquella calamidad. El hablaba de las condiciones del arriendo, de los prolijos inventarios en que se pondrian todos los enseres y aperos del fundo, el número y la lista de los animales, el rodeo en que se contarian éstos y que « serviria también para la buena parición del año siguiente? ¿no ve? »

En el rincón lejano, mientras tanto, Luisa y Trinidad agotaban pronto su conversación y se ponian á escuchar, distraídas, las disertaciones de don José María, que todas las noches acababa por adueñarse de la palabra y por hablar de la cuestión del arriendo. Ni una ni otra oian, sin embargo, sino por fragmentos sin ilación, los raciocinios de don Pepe. El torrente las mecia con su ruido monótono, sin turbarlas en sus meditaciones. Entre ambas, desde los últimos acontecimientos, una sorda reserva se habia establecido. Trinidad Malsira, con una tenacidad de ave prisionera, que busca una salida al espacio, habia intentado varias veces persuadir á su prima, que ella debia buscar y traerle noticias del Coronel.

— Por ahora no es posible, ni es propio hacer nada. La muerte de tu padre es demasiado reciente para que tú puedas ocuparte de otra cosa. Yo he prometido á Abel que seria la constante compañera de ustedes, y que velaria por la tranquilidad de mi tia. En todas mis conversaciones con ella, he notado que le queda un solo sentimiento que parezca sostener su energia, y este es el odio á los españoles. La pobre tia se ha aferrado á ese sentimiento como el mejor modo de respetar y de honrar la memoria de su marido. En vano tratarian de vencer esa especie de idea fija que la domina. Es preciso esperar.

¡Esperar! Trinidad sabia ya lo que era esa agonía del alma. Ella conocia esa larga serie de horas que se suceden fatigosas, habia subido ya á las crestas de esa cadena de montañas que dejan ver otra más elevada, después que se ha llegado á cada eminencia, sin jamás permitir que se descubra la planicie del otro lado. Ella habia visto ya pasar los dias y los meses, como las nubes que ocultan el sol,

siguiéndose las unas á las otras, en un torrente informe de oscuridad indefinida. Ella había sentido ya ese largo desconsuelo de lo imposible, esas lejanías sin eco de la ausencia sin término, que oprimen el corazón como la atmósfera de las grandes alturas y acaban por hacer desear la muerte, como un bien. Emplazar las dichas irrealizadas de este mundo para las promesas del otro, eso era esperar para ella. La fuerza latente de la juventud, la lozanía del alma engañada en sus aspiraciones, todo en ella protestaba contra la existencia de inaudita miseria, todo su ser miraba con horror ese abismo, del que ya una vez había subido los bordes escarpados.

Varias veces habían tenido ya esa conversación, mientras que don José María y los demás parientes hablaban, todas las noches, de los mismos asuntos. Ella prefería callarse. La fría razón de Luisa la exasperaba. « Si ella supiese lo que es amar, no vendría á hablarle en nombre de una razón impotente, que no puede dar la fuerza de seguir sus consejos. ¡Gran remedio para su mal el de esperar! Ella sabría sustraerse á esa ley de la resignación pasiva, inventada para dominar á las mujeres. Luisa se equivocaba grandemente al figurarse que sin su auxilio nada se atrevería á emprender ». Buscando razones de amor propio, la chica prestaba el oído á las sugestiones de la desesperación. ¿« Por qué no iría ella misma á casa de Hermógenes, á quien había abandonado cuando sabía que él estaba herido por salvar á su hermano »? Allá, en la opuesta extremidad de la gran sala, los parientes hablaban. Su madre oía como adormecida por el fastidio los argumentos de don José María sobre las ventajas de arrendarle los Canelos. Luisa estaba á su lado, siempre inflexible con ella, siempre viviendo en un mundo de resignación, que ella no podía comprender. Su idea le acudía como un ruido periódico, como una insinuación persuasiva, dorada con los sofismas del deseo. Como un sonámbulo, miraba, sin ver otra cosa que su sueño; escuchaba, sin oír más que la idea fija. « Aguardaría que su madre, después que se hubiesen ido las visitas, fuese á entregarse al reposo. Saldría con Mañunga, que sabía comprenderla, que era valiente y no tenía miedo de la oscuridad. Iría á golpear á la puerta de Hermógenes, que sin duda velaría pensando en ella. ¡Una larga conversación! Mañunga estaría con ellos. ¡Cómo no habrían de encontrar algún medio para verse con frecuencia! Así,

viéndose, podrian esperar. Semejante á un reverbero que concentra los rayos luminosos sobre un punto dado, su pensamiento iluminaba ese cuadro lejano. Fuera de aquel nimbo de luz, la oscuridad ocultaba los obstáculos de la empresa. De vaga hipótesis, de bravata hija del despecho, ese proyecto temerario, á fuerza de contemplarlo, se habia convertido en natural y sencillo, habia cobrado en el alma de la chica el imperio tenaz de la tentación. Cuando aquella noche los parientes encendian el cigarrillo de la despedida y salian tosiendo por el patio, la chica habia llegado á la resolución suprema.

Besó la mano á su madre al darle las buenas noches. Aquella manifestación de ternura y de respeto filiales, que las modernas generaciones han ido echando en desuso, dejó un peso doloroso en la imaginación de la chica. Las revueltas pasiones que traian destrozado al pais, habian cavado entre la madre y la hija un abismo. Al través de las brumas, ora rosadas, ora oscuras, que forman la atmósfera en que se mece, como una flor de los bosques, el alma de la mujer hasta veinte años, Trinidad no comprendia que se hiciesen cruda guerra los hombres y se dividieran con mortales odios las familias, porque mandasen los patriotas, ó los representantes del Rey. Lo que veia de positivo y de cruel para su suerte, era la imposibilidad de que su madre, con su odio á los españoles, á los asesinos de su marido, consintiese jamás en su unión con Laramonte. La suprema ley de amor que la dominaba, le dió fuerza para no arrojarse llorando en brazos de aquella madre, cuya profunda congoja revestia una majestuosa solemnidad. Al cerrar la puerta de su cuarto, la vió dejarse caer, desplomarse anonadada á los pies de un crucifijo, junto al lecho: se la figuró sola y desamparada, en el silencio de su perpetuo aislamiento.

— ¡Pobre madre! suspiró con una oleada de ternura en el pecho.

En su dormitorio apagó pronto la vela. Su resolución era ya inquebrantable. Para llegar donde Mañunga tuvo que atravesar la sala. El olor á tabaco que habian dejado las visitas la hizo pensar en lo que dirian los parientes, en lo que hablaria Santiago entero, si llegasen á sorprenderla en la calle. «Dirian lo que quisiesen. No serian ellos, por cierto, los que convencerian á su madre para que admitiese á Hermógenes en su casa. ¡Qué entiende de amor la gente

vieja! En lugar de ella, á su edad, todas harían lo mismo! »

Mañunga, sin embargo, no pensaba así. La experiencia le había enseñado que toda aventura de esa clase, es una pendiente resbaladiza « como una cáscara de sandía », era su comparación, sobre la que basta poner un pie para caer sin quererlo. Hablaba de la feria de amor, como le había ido en ella.

— ¡Ay, señorita, por Dios! ¿Y si nos pillan?

No fué posible persuadirla. Había dejado una noche, á hurtadillas, el techo materno, y allá por Renca le estaban criando un chiquillo, mientras que el pícaro de Cámara se hacía el *leso* para no casarse. Encerrada en la lógica de ese raciocinio práctico, que se guardó bien de explicar á Trinidad, contestó á las reiteradas instancias de la chica con obstinada negativa:

— No misiá Trinidad, por nada, no y no. Vaya á acostarse. Yo iré mañana á saber del caballero y le llevaré una carta también si quiere, ¡vaya!; ¡pero ir ahora! ¡eso sí que no, por nada!

Trinidad atravesó el corredor de adentro y la gran sala, donde encontró el mismo olor á cigarro. Iba llorando; mas no de pesar, sino de despecho. Esa dificultad inesperada la enardecía. Su voluntad, como toda fuerza verdadera, cobraba mayor empuje con la compresión. Resueltamente, como el que se arroja a un incendio por salvar algún ser amenazado, la chica se lanzó sola á la calle, sin cuidarse de los peligros que iba á correr. Criada en la severa vigilancia de la educación colonial, ese acto, ella se lo confesaba, era un acto de locura. Con el aire fresco de la noche, con el silencio completo de la calle, empezaba la realidad. La exaltación febril cesaba instantáneamente, como se interrumpe una corriente eléctrica por falta de un aislador. Su imaginación comenzó á poblar de fantasmas los ángulos oscuros de edificios, las puertas de calle; todo punto donde la sombra contrastaba con la claridad relativa, que caía de las estrellas. Al acercarse á una esquina tuvo un gran susto: oyó alzarse en el silencio solemne una voz que rasgaba el aire con eco lastimero:

— ¡Ave María purísima, las once han dado y sereno!

Esa fórmula cantada, que proclamaba para anunciar la hora un misterio del dogma católico sancionado más de cincuenta años después por un Concilio, salía de una

piedra de esquina, donde un sereno, á poco de lanzarla al espacio, volvía á su sueño, maquinalmente interrumpido. La chica había olvidado la existencia de esa clase de guardianes de noche, establecidos por el congreso patriota de 1811 y conservados por los reconquistadores. La existencia de un sereno á corta distancia de ella la hizo recular. Aunque ignorante de los reglamentos de policía, pensaba ahora que una mujer encontrada sola á media noche por la calle, debía correr gran riesgo de ser detenida y llevada ante las autoridades. Este era un punto del cuadro que el reverbero no había iluminado. Esa reflexión tardía dejó caer sobre ella un peso aterrador. Para volverse era tarde, sin embargo. La imposibilidad de huir del peligro, afianzó su resolución de llegar al término de la empresa. Una especie de vértigo la arrebataba. A poco rato, le pareció oir ruido de pasos á la espalda. Indecisa y aterrada se detuvo y miró hacia atrás. Fuese fantasma del miedo, ó algún contraste caprichoso de sombras y de luz, creyó ver á alguna distancia un bulto que se detenía y se disipaba en las tinieblas lejanas, como se borran lentamente las figuras sobre la tela de una linterna mágica. « Sin duda aquella sombra era una creación de su espíritu amedrentado. Desde pequeñita le habían enseñado que no hay ánimas ni brujos, los personajes fantásticos de los cuentos de criadas ». En su andar medroso, la detuvo ahora un nuevo ruido, que la hizo pararse. Felizmente ese ruido, hecho por un sereno que roncaba, como gruñe un perro irritado, la hizo, casi, reir y con esa impresión cobró valor. En las puntas de los pies, haciendo con sus polleras el menor ruido posible, se deslizó por la vereda opuesta al durmiente. Por fortuna para ella el servicio de serenos disponía de un personal muy poco numeroso, de modo que pudo andar largo trecho sin hacer un nuevo encuentro de esta clase. Al fin divisó la puerta de la casita que ocupaba el Coronel. ¡ La había visto tantas veces con la imaginación ! Su primer impulso fué el de acelerar el paso; mas un desaliento súbito la cogió al mismo instante. Había violado la discreta ley de su sexo, que instintivamente, rechaza la iniciativa. La idea de presentarse á Hermógenes á esas horas de la noche, sola, sin haber sido llamada, la cubrió de rubor y le quitó las fuerzas. ¡ Otro punto del cuadro que había quedado en la sombra, y que se presentaba ahora como un obstáculo inmenso ! Al hallarse en la puerta volvió la vista

hacia el camino andado, como para medir su energía y volver á tomarlo sin golpear. Le pareció entonces que á poca distancia volvia á dibujarse en la sombra un bulto más oscuro que ella, semejante al que habia creido ver al principio. Y esta vez no era ilusión, porque el bulto no se desvanecía. Se quedaba ahí, inmóvil, perfectamente dibujado con las líneas de una forma humana. El hielo que sintió en el pecho, le nubló por algunos segundos la vista. Entre los dos terrores: el de golpear, y el de ver avanzar el bulto hacia ella, sintió un instante vacilar su razón y desvanecérsele la cabeza. Tal vez lo del bulto era una creación del miedo, como antes. Asida de esta esperanza tuvo valor para mirar de nuevo, ansiosamente, con los golpes del corazón en los oidos. En lugar de realizarse, la esperanza se convirtió en sensación de pánico. El bulto empezó á moverse hacia donde ella se encontraba, á moverse con la callada y resbaladiza marcha de los espectros y de los brujos. Loca de terror, la chica ajitó convulsiva el martillo de la puerta, sin acordarse de su recato ni de sus escrúpulos. Los golpes resonaron en el patio, y los repitió el eco de la calle, con una prolongación de señal de alarma. Al mismo tiempo volvió á mirar hacia el bulto. Aquello era un sarcasmo de su suerte. El fantasma se habia evaporado. Solo veia la oscuridad dudosa de la noche, oscuridad igual, que iba condensándose, tomando con la distancia un sombreado de dibujo al carboncillo.

Para nuevas vacilaciones era ya tarde. La llave sonaba por dentro de la cerradura, la puerta se entreabría.

— ¿Quién es? preguntó una voz al mismo tiempo.

Un hombre vestido de soldado se hallaba delante de ella. La chica, sin contestar, se deslizó dentro del patio.

— ¡Cierre, cierre ligero! dijo, sin darse cuenta de lo que hacia. Se le figuraba haber visto surgir la aparición en la oscuridad, más cerca que antes todavía.

El soldado se apresuró á cerrar. La extrañeza de lo que le ocurría, se dejaba ver en la mirada que fijó sobre la chica.

— Pasaba sola por aquí y he visto una sombra de hombre que me seguia, dijo con la voz entrecortada por la emoción singular de que estaba sobrecógida.

El terror del bulto misterioso, el rubor de verse en aquella casa á semejantes horas, la íntima satisfacción de encontrarse protegida, la agitaban simultáneamente.

— Si tiene miedo, señorita, yo la acompañaré.

Halló simpática la voz de aquel hombre. El esfuerzo que él habia hecho para dar á sus palabras un acento insinuante, le inspiró confianza.

— ¿No es aquí donde vive el coronel Laramonte? preguntó serenándose.

— Sí, señorita.

— Mi Coronel no está ahora aquí, añadió.

Casi se alegró de la respuesta. En el tumulto de encontradas sensaciones que la sacudían, un pensamiento atroz habia venido á atormentarla. «Hermógenes, al ver que venía á buscarlo así, podía despreciarla». Las viejas teorías de la educación colonial estimulaban la virtud femenil inspirándole un santo horror del varón. «El hombre es un ser presuntuoso y artero, un lobo en perpetua asechanza de la inocente oveja. Desconfiar siempre de él, era el medio seguro de no exponerse á ser víctima de su capricho». No obstante esto, el primer movimiento de satisfacción que le causó lo que oía, se confundió con una tristeza. No se le habia ocurrido un solo instante que Hermógenes pudiera encontrarse fuera de su casa. Él mismo habia escrito que estaba herido. ¿Cómo, en tan pocos días, se encontraba ya en estado de salir, y de salir en la noche?

— ¿Pero qué el Coronel no está herido? preguntó con sorpresa.

— Sí, señorita, herido está.

— ¿Y así, herido, se encuentra fuera de casa?

— Así es, pues, señorita.

Notaba la chica cierta perplejidad en las respuestas del soldado. Parecía evitar las explicaciones y contestaba con las preguntas mismas.

— ¿Usted es su asistente?

— Sí, señorita.

— Y sabe usted dónde se encuentra ahora el Coronel.

— Lo llevaron al cuartel de San Pablo.

— ¿Al cuartel, y por qué? preguntó con inquietud.

— El cirujano pidió que lo llevasen allá para curarlo.

— ¿Qué sigue mal?

— No señorita, está mejor, pero no puede salir todavía.

«El destino lo alejaba siempre de ella. ¿Cuánto tiempo duraría esa separación? Lo imposible, lo vedado, lo que huía de su alcance se revestía de nuevo con el colorido del bien irrealizable. ¿Cómo habia podido, un momento antes,

sentir menos oprimido su ánimo, al oír que Hermógenes no estaba en casa »? La languidez del alma al ver desvanecerse su esperanza, fué entonces su sensación dominante. Resultaba que había comprometido su reputación y pasado mil temores en vano. Hermógenes estaba más inaccesible, más lejos de ella, en realidad, que antes de sacarla del convento.

— Bueno pues, ábrame la puerta, dijo desconsolada.

Habría deseado escribir á Hermógenes algunas palabras; pero pensaba al mismo tiempo que lo más urgente era regresar á su casa, evitar si era posible las consecuencias de su descabellada imprudencia. « Pero ya estaba ahí. Si estaba de Dios, de todos modos descubrirían su ausencia. Cuando estuviese en su casa se arrepentiría de no haber escrito ».

— ¿No habría donde escribir unas líneas? preguntó, cuando el asistente entreabría la puerta.

— Sí, señorita, por aquí.

Guió á Trinidad hacia adentro y la hizo entrar en una pieza. Era evidentemente el escritorio del joven. La chica paseó una mirada curiosa por los muebles. Sobre una mesa de palo blanco, cubierta con una carpeta usada, había libros y papeles formando un paquete. Unas cuantas sillas. Ningún adorno. Un verdadero escritorio de militar, que vive en todas partes como de paso.

El soldado empezó á poner en orden la mesa para que la joven pudiese escribir.

— ¿Y cuándo llevaron al señor de Laramonte? preguntó ella sentándose.

— Ya hace días, señorita. El cirujano dijo que en el cuartel se curaría mejor.

Al contestar se había retirado discretamente á un rincón de la pequeña pieza, como para dejar en libertad á la joven, que se puso á escribir.

« Lo he arrostrado todo por traer á usted algunas palabras de consuelo, por venir á decirle que nada, absolutamente nada, podrá hacer variar mi corazón ni debilitar mi constancia. ¡Figúrese usted mi sorpresa al saber que se halla usted detenido en el cuartel! Esto me explica su silencio. Le escribo estas pocas líneas temblando. Espero que usted encontrará modo de contestarme con su asistente si lo cree hombre de confianza. El podría, pasando por el

costado de la huerta de casa, arrojar la carta de usted por sobre la pared. Yo iré á la huerta varias veces en el día para ver si hay algo. »

Plegó el papel sin firmarlo.

— ¿Podría usted entregar esta carta al señor de Laramonte sin que nadie la viese?

— ¡Seguramente señorita! yo entro á servir á mi Coronel en su pieza desde temprano.

Le hizo empeñosas recomendaciones para estimularlo á entregar la carta con el mayor cuidado, encargándole al mismo tiempo absoluta reserva sobre lo que pasaba.

— No tenga cuidado, señorita, contestó el asistente con orgullo, mi Coronel me conoce, he sido su asistente desde que estábamos en Lima.

— Ahora sí que me abrirá la puerta, dijo la chica, saliendo al patio.

— Yo la voy á acompañar, señorita, mi Coronel no me perdonaría que la dejase irse sola á estas horas.

Ella aceptó la oferta. La idea de la sombra que estaba persuadida haber visto distintamente la última vez, la llenaba de espanto al pensar en la vuelta. Pero en la calle, cuando anduvo unas dos cuadras, se sintió serena y acusó á su imaginación de haberse creado temores quiméricos. Ya no pensaba en fantasmas y apariciones perseguidoras. La sombra de la noche era diáfana. Las estrellas, radiantes, enviaban de lo alto una luz discreta y amiga. Á medida que adelantaban en su camino, le venía esa tranquilidad, esa confianza que trae al ánimo oprimido por algún sueño amedrentador, la primera claridad del alba. « El peligro, pensó, el verdadero peligro estaba en la casa, ó en que algún visitante atrasado la encontrase y reconociese por la calle. La compañía del asistente, en un caso como ese, sería denunciadora. ¿Para qué aumentar los riesgos con semejante compañía, si las calles estaban perfectamente desiertas? »

Cuando faltaban poco más de dos cuadras, despidió al asistente dándole las gracias. El soldado insistía por acompañarla hasta la casa, pero ella no admitió. Hallaba más prudente que el hombre no supiese donde vivía. Volvió á recomendarle la carta y se despidió de él.

— Dígale no más que una señorita estuvo en su casa y

que le escribió esa carta. ¡ Cuidado con que nadie vea entregársela !

Se sintió más tranquila al ver alejarse al asistente, y se puso á caminar con rapidez.

Deslizándose á lo largo de las paredes y figurándosele que el ruido de su traje resonaba como un toque de alarma, al hallarse sola, le volvió la idea que la había asaltado poco después de salir de su propia casa. Le pareció haber oído pasos mal sofocados, y al volverse hacia atrás, creyó ver dibujarse en la oscuridad, á bastante distancia, un punto más oscuro, semejando la sombra de una persona, que se había parado también y que al momento se había desvanecido, como evaporada en las tinieblas de la noche. Los cuentos oídos en su niñez le acudieron á la memoria, esta facultad tan cruelmente viva para evocar ideas atormentadoras. Llegaba á desear que aquel punto negro fuese más bien el bulto de un hombre, que el de alguna de las sombras espantables, que las consejas de los criados dejan para siempre grabadas en la imaginación de los niños. De todos modos, pensaba Trinidad, hombre ó fantasma, aquello, ese bulto misterioso, que con tanta rapidez se evaporaba, podría alcanzarla en un momento y cerrarle el camino, que parecía alargarse ahora interminable, poblado de terror. Pero cobrando fuerzas de su miedo mismo, volvía de nuevo á su marcha precipitada, y casi sentía un consuelo cuando llegaba á sus oídos, como bajando de lo alto, el grito melancólico de algún guardián nocturno, que anunciaba la hora á la dormida población, en nombre de María purísima.

Así recorrió Trinidad la distancia que la separaba de su casa. Faltándole á la vuelta la esperanza que le había dado alientos á la ida, su pobre corazón quedaba entregado sin apoyo á las zozobras de su atrevida aventura, como la frágil barquilla en medio de las olas. En la calle silenciosa y oscura, las sombras le devolvían sus temores en formas fantásticas y caprichosas. Solo oía de cuando en cuando, el lejano ladrido de algún perro, que en la atmósfera liviana se prolongaba como un lamento fúnebre, y el Ave María purísima, que llegaba á parecerle una voz amiga y protectora. Al fin divisó la puerta de su casa. Como acontece en los momentos de angustia, parecióle que el mayor peligro estaba en el corto espacio que aun tenía que recorrer y apretó el paso, oyendo á su espalda distintamente

el sonido sordo de un andar apresurado. Al llegar á la puerta ya no le quedó ninguna duda. Una persona se adelantaba hacia ella. Las líneas de la figura se destacaban de la sombra con más y más precisión á medida que avanzaba.

No se dió tiempo de terminar su observación. Con toda su fuerza empujó la puerta de calle que había dejado junta, se deslizó al interior del patio, y entró en su cuarto palpitante y aterrorizada.

— Algún ladrón sin duda, pensó, sentándose desconsolada y miedosa al mismo tiempo.

Y se acostó luego, abatida por el desaliento, sin comprender de dónde había sacado fuerzas para el acto inaudito que acababa de ejecutar.

No era un ladrón, sin embargo, como lo pensó Trinidad, quien la había seguido y tratado de acercársele al llegar á la casa. Cumpliendo las órdenes de San Bruno, después de las revelaciones arrancadas á Pedro Arenas, el cabo Villalobos había organizado la vigilancia de la casa de los Malsira, con todas las precauciones necesarias para no llamar la atención. De día bastaban dos guardianes. Ellos tomaban razón completa de los que entraban y salian. Pero durante la noche se aumentaba ese número á cuatro. Uno hacía la guardia cerca de la puerta principal, y los otros tres costudiaban el costado del huerto, donde había también una pequeña puerta. La casa era de esquina y tenía, como entonces muchas de las habitaciones importantes de Santiago, una cuadra de fondo. San Bruno había pensado que no era imposible que el asesino del centinela volviese en la noche á casa de la familia Malsira, puesto que, según las declaraciones de Arenas, ese hombre había entrado á la plaza acompañando á las dos señoritas, de las que una se había desmayado. Esta vigilancia se practicaba sin interrumpir el más activo espionaje en las chinganas y en los despachos de licor. Los soldados de confianza, á los que Villalobos había encomendado aquel puesto de observación, vestidos y armados como los serenos, debian cantar la hora de cuando en cuando, y conducirse como si estuviesen haciendo el servicio de tales. Así se alejaba toda sospecha con respecto al verdadero propósito de su presencia en aquel vecindario, y las pocas personas que por ahí transitaban en la noche, alabarían el celo de las autoridades, por la tranquilidad y seguridad de los habitantes.

Los hombres tenían orden de observar y de dar cuenta de las ocurrencias que se produjesen. Pero su mandato no iba más allá. San Bruno quería estudiar primeramente la situación, y deducir su plan de los informes que le trajese Villalobos. Pocas noches después de establecida esta guardia de vigilancia, fué cuando tuvo lugar el viaje nocturno de Trinidad. El guardián del frente de la casa, al oír sonar la llave en la cerradura de la puerta, se había alejado de ésta con precipitación y ocultádose en la sombra. Había visto salir á la joven, y, después de confiar el puesto á uno de sus compañeros, la siguió en su peregrinación á bastante distancia. Había permacecido en observación cerca de la casa del coronel Laramonte y observado á la chica en su regreso. Mas, al ver que se quedó sola y que apresuraba el paso á medida que se acercaba á la casa, el soldado juzgó conveniente tratar de verla, para dar sus señales en el parte que debía pasar á Villalobos. La rapidez de la marcha de Trinidad había frustrado este intento. El soldado reemplazante la había visto pasar envuelta en el mantón, que le cubría la mayor parte del rostro, y no atreviéndose á detenerla, por no tener orden para ello, la dejó seguir su marcha sin moverse de su puesto.

Villalobos llevó al día siguiente á San Bruno una relación minuciosa de estas ocurrencias. San Bruno se quedó pensativo.

— Mi Capitán, podríamos llamar al asistente de mi Coronel, se atrevió á insinuar Villalobos, creyendo hacer una luminosa indicación.

San Bruno lo miró con un gesto de desprecio.

— Y azotarlo, ¿no es así? dijo con tono sarcástico, azotarlo para sacarle la verdad. ¡Hombre! no reconozco en esto su buen tino. Probablemente sacaríamos muy poca cosa de ese asistente, y de seguro echaríamos á perder todo el asunto.

Había tal aire de severidad triunfante en el tono con que esta observación fué pronunciada, que el cabo bajó la vista confuso y tomó el aire más contrito que le fué posible, para desarmar la mala impresión que estaba seguro de haber producido en su jefe.

— Dispénseme, mi Capitán, dijo con sumisa voz, yo lo decía por mi gran deseo de servirle.

— Es preciso pensar bien antes de hablar, sobre todo cuando se trata del servicio de Su Majestad, á quien Dios

guarde, dijo el Capitán con aire sentencioso, inclinándose al tiempo de aludir al monarca.

— Siga usted mi razonamiento, añadió en el mismo tono; porque es menester que usted comprenda bien mis órdenes para saber ejecutarlas. Si una mujer ha ido en la noche de casa de los Malsira á la del coronel Laramonte, es claro que hay alguna intriga entre éste y esa familia. El asistente del Coronel puede no saber de qué se trata, y puede también estar enterado de ello. En el primer caso sería inútil interrogarlo. En el segundo, se guardaría muy bien de revelar lo que sepa, porque es un antiguo servidor del Coronel. Pero de un modo ú otro el asistente daría la voz de alarma á su jefe ó á la familia Malsira, y nada llegaríamos á descubrir. Ya que el señor General no permite los medios activos y enérgicos, lo serviremos con la astucia, y para emplear la astucia, lo primero es tener paciencia. Continúe usted observando la casa de los Malsira. Ahora cambiaremos un poco la consigna en la manera de practicar la vigilancia. Dé usted orden formal á sus hombres, de prender á toda persona que salga de la casa pasadas las diez de la noche, y que toda persona apresada sea traída á mi presencia aunque fuese preciso despertarme.

Fué un rayo de luz para el Coronel la carta de Trinidad. No que se encontrase en un calabozo oscuro, ni que fuese particularmente severo el régimen á que se encontraba sometido. Ocupaba en el cuartel de Talavera una de las mejores piezas y se le guardaban en todo las consideraciones debidas á su rango. Pero vivía profundamente irritado con la suerte que su intervención en la tragedia de la cárcel le había traído. La herida que debía al celo de San Bruno en aquella noche aciaga, le parecía despreciable, comparada con la que había recibido su amor propio en castigo de haber arrebatado su presa al insaciable don Vicente. El General Presidente le había impuesto un mes de arresto, «para dar un alto ejemplo de disciplina», había dicho don Mariano, pero en realidad para contentar á San Bruno. El Capitán había llegado furioso á contarle el ardid del salvoconducto, con el que Laramonte hizo desaparecer al reo, como lo haría con una nuez un cubiletero. Respetuoso, sin embargo, del prestigio de las charreteras, Osorio había dispuesto que se diese al castigo las apariencias de una medida necesaria al cuidado que exigía la curación del Coronel «herido tan desgraciadamente».

Dorada de este modo la píldora, el General quedó tranquilo, porque don Vicente quedaba satisfecho. Pero no experimentaba igual satisfacción Laramonte, que tascaba el freno como un potro de raza. En la noche de luctuosa recordación, las calamidades habían llovido sobre él, como el granizo en un sembrado. Se negaba, en su caso, á reconocer la justicia distributiva de la Providencia, que premia á la virtud y que castiga al malvado. Mediante su buena acción de salvar á Malsira, víctima de una atroz injusticia, el destino le escamoteaba su querida, San Bruno le hacia dar un balazo y Osorio lo arraigaba en el cuartel con un mes de arresto.

No eran estas desgracias, sin embargo, capaces de quebrantar el ánimo viril de Laramonte. La naturaléza lo había dotado de un fondo de enérgica alegría, que lo ayudaba á soportar sin el abatimiento de los pusilánimes y sin la melancolía de los sentimentales, los golpes de la suerte. Dejando al cirujano el cuidado de curarle la herida del cuerpo, él se ocupó desde el primer día de su reclusión, de lo que era entonces el primer asunto de su alma. Con su asistente envió cartas á Trinidad, que el soldado no pudo conseguir hacer llegar á su destino. Veía devolver sus pobres epístolas con la oblea intacta, y tenía cuartos de hora de furiosa impaciencia. La obra del cirujano marchaba con mucho mejor suceso que la que él había acometido. Al cabo de algunos días creyó haber tenido una idea salvadora con escribir un billetito lleno de fina galantería á Violante de Alarcón, pidiéndole intervenir en su favor y conseguir que viese á Luisa Bustos para tener noticias de Trinidad. La viudita, en una esquela perfumada con pastilla de Lima, como su tentadora personita, le contestó que « le pidiese más bien la corona de España ó alguna otra cosa por el estilo ; que nada quería tener de común con la familia de Malsira, de la que el primogénito había desaparecido, sin haberle dicho siquiera « quede usted con Dios »; que ella bien veía que las apariencias, en todos los acontecimientos lamentables que habían ocurrido, le eran particularmente desfavorables ; mas que nada de eso podía justificar la conducta del primogénito de marras, lo que la obligaba, en resguardo de su dignidad, á mantenerse alejada de toda conexión malsiresca, hasta que el ofensor viniese en persona, ó por epístola, á pedir su perdón, de hinojos á sus plantas ».

Hasta entonces el Coronel había resistido á la tentación de dirigirse él mismo á Luisa Bustos y recordarle sus promesas de retornarle el servicio del salvoconducto. Su hidalguía repugnaba cobrar una deuda de esa clase, sobre todo en aquellos momentos de duelo atroz para toda la familia á que Trinidad pertenecía. Pero la contestación de la viudita iba á hacerlo saltar sobre ese escrúpulo, cuando vió entrar en su estancia el rayo luminoso de la carta de su amada. Esto resolvia el problema y le trazaba su conducta, tal, cual sus ímpetus impacientes se la tenian señalada. « Era menester acudir á los arbitrios rápidos y decisivos. Avasallar el destino, tan adverso hasta entonces, no permitir por segunda vez que se le escapase la copa de la mano, al llevarla á los sedientos labios. Por esa figura retórica, entendia decir que: ya no se engolfaria en la inocente serie de las cartas amorosas, suspiros enviados desde lejos, miradas lánguidas de colegial, dirigidas á gran distancia. Era indispensable acercarse á Trinidad, y combinar en persona, con ella, algún plan audaz, que volviese á ponerlos en la situación que la carnicería de la cárcel había cortado tan inopinadamente. Mas no era posible ver á la chica sin violar el arresto, y para violarlo, necesitaba el asentimiento del oficial de guardia ». El Coronel era universalmente querido por los oficiales. Su alta graduación, el lustre de su familia y el valor sereno que lo distinguía en los combates, le habian conquistado el corazón de sus subalternos. El oficial que debia mandar la guardia al dia siguiente, aceptó sin dificultad su palabra de honor, de que volveria al cuartel en la misma noche, después de unas cuantas horas de ausencia. El oficialito comprendió que se trataba de una cita amorosa, tan sagrada para él como el pago de una deuda de juego. Con esa llave en su poder, Laramonte escribió á Trinidad:

« Esta carta será enviada por el conducto que usted me indica. Mañana, en la noche, entre las diez y las once, entraré en el huerto, sea salvando la pared, sea por la puerta del fondo, si usted la deja entreabierta. Es indispensable que hable con usted, para concertar algún arbitrio, que ponga fin á la intolerable situación en que nos encontramos. »

Algunas frases inflamadas terminaban la carta, que el asistente se encargó de ir á arrojar al huerto, con todas las precauciones imaginables.

XXXIV

Corrió veloz como una liebre perseguida, sintiéndose alas en los pies, el cuerpo más ligero y en el ánimo una fuerza de gozo, que le duplicaba el natural vigor de su musculatura de rotito. Cuando resonaron los tiros que le dirigieron desatentados los de la guardia de la cárcel, Cámara, sin disminuír la rapidez de su carrera, respondió con un apóstrofe mental, insigne prueba de la tranquilidad imperturbable de su corazón en medio de los peligros.

— ¡Tiren no más, godos pícaros! ¡No estén gastando su pólvora de balde, pedazos de tontos!

Fuera de la plaza, empezó á torcer esquinas por las calles solitarias, hasta que al cabo de algunos minutos, cuando se convenció de que nadie lo seguía, calmó la velocidad gradualmente y siguió andando después, con paso tranquilo de transeúnte. Pero de transeúnte satisfecho, que siente la elasticidad de los miembros, animados por la fuerza interna de un espíritu contento. Le vibraba aún el brazo con el choque furibundo del puñal contra la espalda del infeliz chilote. La inmensa satisfacción de la venganza cumplida le ensanchaba los pulmones, después de la agitación de la carrera. Su triunfo lo llenaba de orgullo y tenía tentaciones de gritar «viva Chile», como un resumen elocuente de la emoción que lo empujaba hacia adelante.

El rotito sabía donde iba: los de su clase no se hallan nunca en aprietos para encontrar una guarida donde ocultarse. En sus correrías por la capital, mientras vivía en casa de don Jaime Bustos, esperando que lo mandasen con cartas á Mendoza, había encontrado á Contreras, con un *puesto* de silletas de paja en la plazuela de la Compañía. El ex-posadero, como su hija se lo anunció á Cámara en Talagante, se había venido á Santiago á ejercer su oficio de silletero. Vivía detrás del cerro, en una aglomeración de ranchos que no podían aspirar al nombre de calle. Las señas eran infalibles.

— Se va por detrás del cerro, y cuando encuentre una puerta pintada de verde, ahí es.

— Entonces se vino de Talagante con la Marica, preguntó Cámara, prometiéndose ya encontrar algún pasatiempo tras del cerro.

— Sí, pues, me vine con ella y la tengo ahora en el Salto, donde su tía vende brevas en verano.

Este detalle resfrió el interés del mozo. La sociedad del silletero sin su hija, no le inspiraba ningún género de atracción.

— Bueno, pues, ahí lo he de ir á ver.

Y se despidió de Contreras. Después lo había encontrado una noche en la chingana del Parral y había bebido con él *un trago*, es decir, algunos vasos de ponche. Marica continuaba con su tía, en el Salto.

— Bueno, pues, un día de estos lo voy á ver.

— Cuando quiera cumpa, venga á probar el chacolí.

De estos incidentes se acordó Cámara al pensar en un refugio donde sustraerse á la rabia de los españoles.

Halló á Contreras entregado al trabajo, en un estrecho corral, bajo de una mediagua, que le pareció singularmente embellecida con la inesperada presencia de Marica. El silletero explicó que sintiéndose muy solo, había traído á su hija para que le ayudase en el trabajo. Marica torcía la totora con el vigor de sus manos carnudas, en mangas de camisa. Al ver entrar á Cámara se puso un rebozo delgado, que formó una venda discreta sobre la protuberante redondez del seno, al que la tosca camisa de tocuyo, cortada de descote, quitaba todo misterio.

— ¡Ño Cámara! exclamó Marica, con la vista iluminada por la presencia de su galán de pasaje en Talagante.

— ¿Qué anda haciendo cumpa? Al cabo vino á verme, le dijo Contreras.

La acogida fué cordial, bien que sin afectación y con esa especie de frialdad con que se trata por lo común la gente del pueblo. Cámara inventó una historia. « Su patrón don Jaime Bustos lo había despedido de la casa. El era militar y no servía para criado. Prefería trabajar en cualquier oficio, pero ser libre. Si no encontraba trabajo, había decidido irse á la otra banda ».

— ¿Á qué, á morirse de hambre entre los cuyanos? preguntó Contreras, labrando la pata de una silla.

— Allá podré pelear contra los godos, dijo el rotito, trazando rayas en el suelo con un pedazo de totora.

— Sí, pues, para que lo dejen de espalda en la pampa, observó Marica, celebrándose ella misma su chiste con una carcajada, sin dejar de torcer totora.

— ¿Y por qué no trabaja *mientras* con nosotros? repuso el silletero.

El rotito no pedía otra cosa. Contreras y su hija se encargaron de enseñarle á trenzar la totora y á ejecutar las demás partes de la obra. Sin más ceremonia, quedó instalado como aprendiz y huésped en la casa. Antes de medio día, unos vecinos trajeron á Contreras la noticia de los sucesos de la cárcel y de la muerte del centinela. Á porfía encomiaron el arrojo del vengador de los patriotas. Demasiado precavido para exponerse por una indiscreción, Cámara se guardó su secreto. Instalado en casa de Contreras, le pagó su hospitalidad con un asiduo trabajo, y dejó pasar algunos días sin salir. Un respeto rudimentario á esa misma hospitalidad, lo contuvo en su natural afición á la galantería ejecutiva, y hasta procuró no darse por entendido de ciertas miradas y ciertas risitas traicioneras, con que Marica engalanaba sus explicaciones sobre el tejido de la totora. Con ese casto propósito de huir de la tentación, de huir del « enemigo malo », pasó las primeras noches en la chingana del Parral, donde su hermano de leche lo había reconocido. Pero á poco se calificó él mismo de *leso*. Marica era la misma tentadora *china* de Talagante, que hacía ondear la pollera sin afectación y se terciaba el rebozo, modelando el busto con acentuaciones atrevidas. Su cabellera desgreñada, su *chasca*, en lenguaje popular, le daba un aire de amazona atrevida, que no se cuida de velar el fuego intenso de los ojos. Las abundantes pestañas, las tupidas y juntas cejas negras, mezclaban á esa decisión un reflejo del sensualismo inconsciente que la educación no ha modificado en un sabio disimulo. Arrogancia de juventud y de frescura. Una viva representación, en forma popular, del tercer enemigo del alma, según el catecismo.

Ni timidez de un lado: la timidez hija del idealismo que crea en la mente del hombre la mujer vaporosa, el ser diáfano, al que se acerca con respeto; ni resistencia del otro: la resistencia del nativo recato, que toma las proporciones de la virtud, con el cultivo de la civilización. La atmósfera animal de los sentidos, con sus efluvios contaminadores de universal vasallaje, los había de arrastrar en su remolino vertiginoso. En el pueblo, el impulso de las pasiones los reúne: el amor puede venir después, ó, las más veces, no viene.

También un cálculo sagaz había inspirado á Cámara su

negra ingratitud. Se daba cuenta muy bien de haber comprometido grandemente el objeto de su permanencia en Chile. Dejado ahí por su mayor Robles para llevar á Mendoza las comunicaciones que Luisa Bustos quisiera enviar á Manuel Rodríguez, había cortado toda comunicación con ella, al ponerse en la necesidad de vivir oculto. No podía presentarse en casa de don Jaime, donde le sería imposible impedir que ña Peta revelase sus visitas á Juan Argomedo, su hermano de leche, «el regalón de mi ñaña», como lo llamaba Cámara, al hablar de la preferencia de su madre por el hijo del patrón. No podía tampoco ir á buscar á la joven á casa de doña Clarisa, porque suponía, con razón, la casa vigilada por espías españoles. En tales condiciones, necesitaba un auxiliar seguro, que le sirviese de intermediario, á fin de entrar en comunicación con Luisa Bustos. Dueño del corazón de Marica, nadie mejor que ella para desempeñar esta misión. Contándole sus campañas, como Otelo á Desdémona, le infundió, sin dificultad el entusiasmo con que las mujeres abrazan toda causa que tiene por heraldo al amor. Así preparada, Marica oyó con transportes de admiración hacia *su hombre* la confidencia de la puñalada al guardián de los cadáveres en la plaza, y se encargó con orgullo de la misión que le dió Cámara de ir á ver de su parte á Mañunga.

— Decile que tengo que hablar con misiá Luisita y que deje sin llave la puerta de la huerta.

La huerta de casa de doña Clarisa, como casi todas las de las grandes habitaciones de los patricios, comunicaba con el segundo patio y quedaba dividida de éste en la noche, por una puerta con llave. Los dos perros, Alpe y Ponto, quedaban además sueltos en la huerta, también durante la noche, para impedir la entrada de ladrones que fácilmente podían salvar las paredes. Cámara explicó á su mensajera que: para entrar en comunicación con Luisa, le era preciso empezar por prevenir á Mañunga, que era la encargada de cerrar las puertas. Marica desempeñó su misión conforme á las instrucciones de que era portadora. Pero el soldado patriota, inexperto en materia de diplomacia, no había previsto que siendo mujer su emisario y encargada de negociar con otra mujer, las dificultades tenían que surgir de la suspicacia de ambas partes.

— Yo no sé quién es ese ño Cámara, respondió Mañunga, cuando oyó el mensaje que éste le enviaba.

Desde la primera mirada cada una de las dos mujeres había comprendido, por el infalible y secreto aviso del corazón, que se hallaba frente á una rival.

La respuesta hirió por esto sensiblemente á la negociadora.

— No se esté haciendo *lesa*, dijo picada; si lo conoce muy bien.

— Así será, pues, lo conoceré; pero no me acuerdo.

— Entonces, ¿quiere que le traiga alguna seña para que me crea?

— Tráigame lo que quiera, usted ha de saber, pues.

Fué preciso que el asistente del mayor Robles enviase una sortija de *plumbaga*, prenda de amor destinada á conmemorar la promesa de casamiento, de la que el rotito era hasta entonces deudor moroso. En vista de ese gaje irrecusable, la sirvienta de doña Clarisa prometió dejar sin llave la puerta del segundo patio.

Cámara se guardó muy bien de entrar á la casa por ninguno de los puntos que podian encontrarse vigilados. Conocia todas las huertas limitrofes, en las que con frecuencia habia entrado á hurtar fruta siendo niño. Fiado en sus conocimientos prácticos de la topografía local, emprendió su expedición nocturna apenas hubo recibido la respuesta de Mañunga. Aun cuando no eran todavía las nueve de la noche, las calles estaban desiertas. La ciudad conservaba su aspecto lúgubre de pueblo conquistado. Los serenos dormian ó buscaban el sueño. Únicamente á inmediaciones de la casa de los Malsira, los guardianes apostados de orden de San Bruno, montaban su facción. Acostumbrados ya á la soledad y á la misma escena de inútil vigilancia, habian ido abandonando poco á poco el celo de los primeros momentos. Ninguno de esos hombres divisó á Cámara, que después de llegar ocultándose á la sombra de las paredes, trepó á la del huerto colindante por el costado del sur con el de los Malsira y se deslizó al interior, haciendo caer, al desprenderse, algunos terrones del barro que sostenia las tejas de la barda. Sin vacilar atravesó el huerto, pasó por sobre la pared divisoria, como acababa de hacerlo con la primera, y se dirigió con paso seguro hacia la puerta que comunicaba con el segundo patio. Los perros se pusieron á ladrar. Al través de la puerta los llamó por sus nombres.

— ¡Alpe! ¡Polto!

Gruñidos amistosos contestaron á este llamado. Entonces abrió la puerta, persuadido de que los dos guardianes de la casa lo habian reconocido. Como antiguos amigos, se arrojaron sobre él, con alegres cabriolas, poniéndole sobre los hombros ó sobre el pecho las patas de adelante, moviendo la cabeza y el cuerpo en busca de una caricia.

— Bueno muchachos, que no se olvidan de los amigos, les decia Cámara, palmeándolos afectuosamente, contento con tan festiva acogida.

Los dos grandes mastines bayos, de colosales dimensiones, multiplicaban sus festejos con la tosca fuerza de sus miembros fornidos, haciendo por momentos vacilar sobre sus pies al soldado. Éste encontraba que la demostración era suficiente y queria dirigirse á las habitaciones; pero Alpe y Ponto entendian, al parecer, que el nuevo huésped habia ido á jugar con ellos, porque, tomándolo como punto céntrico, emprendian ruidosas carreras hacia el corredor, de donde volvian, luchando de velocidad, á estrellarse contra sus piernas.

— ¡Alpe, Ponto! sosiéguense, dijo la voz de Mañunga, que salia de su cuarto al oir el ruido de las carreras.

— Ño Cámara, ¿es usted? preguntó en seguida con la misma voz apagada con que habia hablado á los perros.

— Yo soy, pues, venga á prestarme auxilio.

Al contestar se habia acercado de ella con viveza y le rodeó la cintura con un brazo, atrayéndola hacia él. Por más rápido que hubiese sido ese movimiento, la mujer lo esquivó con agilidad, *sacando un lance.*

— Vean qué modo de decir buenas noches: ¿quiere estarse sosegado?

— ¡Adiós, diantre! ¡qué fiera te has puesto con tu novio!

— Aguarde las bendiciones y no sea fresco.

— ¡Eso llamas fresco! ¿por qué te quiero? Vaya, pues, me estaré quietecito.

— Así me gusta, eso sí que es hablar.

En la sombra vaga de la noche sus grandes ojos negros parecian reflejar la luz de las estrellas. Cámara le hallaba un aire de señora que le imponia un respeto indefinible. Aunque de tez morena, la regularidad de sus facciones le daba derecho al grado de belleza, lleno de atractivo á veces, como en el caso de ella, que el lenguaje familiar designa con el calificativo de donosa. Cierta elegancia natural de su cuerpo le daba una distinción que la sacaba de la

categoría de las *chinas*, de la raza generalmente fea de las sirvientes. Cámara miraba esa mujer que había sido suya, y no comprendía que opusiese una voluntad inflexible á lo que él creía sus derechos conquistados.

— ¿Y cómo se ha atrevido á venir? ¿No tiene miedo que lo agarren los godos? preguntó ella, para colocar la conversación en un terreno que la defendiese de la osadía siempre expresiva de su amante.

— Vean que pregunta, ¿qué me tienes por falso? He venido á verte, pues, ingrata, contestó él con tono cariñoso, volviendo á su tema de galantería.

— Ya sé que no es falso; pero no debía exponerse, ¿qué no sabe que aquí estamos rodeados de Talaveras disfrazados?

— ¿Quién dice?

— Yo digo, que los oigo toditas las noches desde la ventana de mi cuarto.

— ¡Godos hijos de una!...

No acabó su interjección, tal vez por respeto á Mañunga. Titubeó un momento, y como para desahogar de algún modo su rabia contra los españoles:

— ¡Quién pudiera jugarles una buena! añadió.

— ¡Adiós! ¡no será mucho que quiera matar otro! ¿No tiene bastante con el de la plaza? Ande que lo pillen los godos, no más.

Decíale esto con un tono de suave reproche, de amonestación cariñosa. Siempre la había fascinado la viril osadía del rotito. Aquel hombre que nunca vacilaba en exponer su vida, le parecía un ser con algo de superior.

— ¡Ojalá pudiese matar siquiera una docena, pícaros godos!

Sus ojos brillaban como cuando se había despedido de ella en la calle, aquella mañana del 7, diciendo que no lo esperasen.

— Bueno, pues, ¿y á qué viene ahora?

— Entonces te pesa verme, ¿y me vas á hacer trasnochar toda la noche al sereno?

— Yo no digo eso; pero, ¿á qué viene?

— Vengo á hacerte un encargo para *misiá* Luisita; en tu cuarto te lo diré.

— Y si oyen los demás, ¿qué pensarán de mí?

— Qué han de oir, no seais tonta. Es preciso que yo hable con misiá Luisita. Ya te he dicho otra vez, que me he que-

dado en Chile para un servicio. Si no vengo de noche, ¿quieres que venga de dia por la puerta de calle, para que me apestillen los godos?

— Asi no más es, pues, tiene razón.

— Entonces llèvame al cuarto, aqui no podemos hablar.

— Pero, ¿me promete ser formal? porque sinó lo echo.

— Cómo no, de juro te lo prometo.

Atravesaron el patio escoltados por Alpe y Ponto, que parecian, con sus brincos y agasajos, convidar al soldado á que se quedase con ellos. Mañunga, alarmada con los ladridos, los despidió perentoriamente.

— ¡Zafen! ¡á su cama! ¡ahora van á despertar á toda la casa.

Ellos obedecieron á esa voz. Con las orejas bajas y tardo paso, se encaminaron á su puesto de observación, en dos nichos, uno á cada lado de la puerta que daba al huerto.

— Vaya, siéntese, pues, ¿qué ha hecho todo este tiempo?

Un temblorcito de la voz acusaba el esfuerzo con que Mañunga queria parecer tranquila. ¿Para qué lo habia dejado entrar? Sinceramente se arrepentia de su imprudencia. El rotito paseó una mirada indecisa por la estancia. La vela, en una palmatoria de lata, iluminaba, como soñolienta, el amueblado rudimentario.

— ¿Y aqui es donde tú duermes?

— Aqui, pues ¿dónde quiere que duerma?

— Yo no sé, pues. Te pregunto por saber...

Pensativo, seguia mirando en torno suyo. Un sentimiento de ternura lo invadia. De antemano se figuraba que tras la separación en que habían vivido, iba á recobrar su imperio sobre Mañunga; que la encontraria menos esquiva á sus requiebros. El recato de la criadita le imponia ahora; su actitud de señorita, sentada frente á èl, le hacia pensar con orgullo que la chica no era como las demás, y que no obstante, le habia pertenecido. Mañunga se extrañó de su silencio y no auguró nada de bueno.

— Hable, pues, ya se tragó la lengua.

— ¿Qué quieres que te diga, si te has puesto tan matrera?

Su índole, su temperamento inculto, borraban el asomo de sentimiento que habia lucido en èl por un instante fugaz, como la chispa que un golpe hace saltar del pedernal.

— ¡Matrera! ¡será porque no me dejo abrazar!

— Por eso, pues, ¿qué te hace porque te abracen?

Ella habia vencido ya el miedo con que abia entrado á

la pieza. Dueña de sí misma, trató de desviar la conversación.

— ¿No ve? le dijo señalando la ventana, por ahí oigo á los godos que se pasean y platican por la noche.

— ¡Ah! por ahí es.

Se acercó á la ventana, lo que le permitió llegar junto á Mañunga y sorprenderla con un abrazo y un fuerte beso.

— ¡Sosiéguese, no sea atrevido! Mire que le doy un buen *guantón*.

Forcejeaba por desprenderse de los brazos del soldado.

— No seais lesa; ¡como si se la fueran á comer! ¿Qué te vais á entrar monja?

— ¡Mire ño Cámara que me voy del cuarto, y si no me suelta doy un grito y hago venir las otras criadas.

La voz, con el esfuerzo, le silbaba, apagada. Su energía le daba fuerzas capaces de resistir á las de su hercúleo asaltante. Al cabo de un momento éste la dejó libre.

— Ni me caso tampoco con usted si sigue así, exclamó ella, indignada, arreglándose el rebozo, que aquel momento de lucha había hecho rodar de sus hombros.

— Vaya, no te enojes, no te volveré á hacer cariño si te has puesto tan dengosa.

— ¡Qué bonito! ¡eso llama hacer cariño!

— Siéntate, pues, y conversemos, me voy á estar como santo.

Mañunga volvió á su asiento.

— ¿Y las señoritas? preguntó Cámara, para borrar la impresión producida por su brutal ataque.

— Pobres señoritas, se *la* llevan llorando.

— Y misiá Luisa ¿viene?

— Siempre viene.

— Dile que he estado aquí, para que ella sepa que estoy siempre en Santiago, y que cuando tenga algo que mandarme, no tiene más que dejarlo dicho contigo.

— Entonces usted piensa volver así en la noche; ¿y si lo pillan? mejor que me diga dónde vive, yo iré á buscarlo.

— Sí, para que te siga algún espía y sepan donde estoy.

— ¡Ah! ¿cómo quiere pues? usted se pone aquí tan desvergonzado.

— Cuando vuelva, como un angelito me estaré.

En su interior, Mañunga estaba muy contenta con la idea de tener un pretexto plausible para recibir las visitas del que miraba como su novio. Resuelta á continuar su

táctica de resistencia, hasta que el cura, con las bendiciones, regularizase el pasado y el porvenir, no insistió en sus objeciones y prometió que trasmitiría á Luisa Bustos el mensaje de Cámara.

Al empezar el trabajo, al dia siguiente, no tardó en notar que Marica lo trataba con estudiada frialdad.

— ¿Por qué estás tan taimada? le preguntó, en un momento en que se encontraron solos.

— Á buenas horas se vino anoche; ¿por qué no se quedó allá mejor?

En los ojos, un resplandor sombrío reemplazaba la juvenil alegría de que siempre estaban animados. Los movimientos de las manos, al torcer la totora, eran bruscos. En toda su persona, una agitación mal contenida, dominaba. La discusión fue corta, porque Contreras volvió pronto de las piezas de la mediagua. En el dia, sin embargo, Cámara encontró medio de calmar aquellos celos intempestivos. No se arrepentia precisamente de haber traicionado la generosa hospitalidad de su protector. Entre proletarios, las convenciones sociales están lejos de revestir la importancia que alcanzan entre las clases superiores. Pero el estallido de celos de Marica, le mostraba que se habia creado una posición peligrosa, y privádose de su completa libertad. En la noche no vió, empero, confirmada plenamente esta observación, al anunciar que tenia que repetir la visita á casa de los Malsira. La chica opuso una resistencia tibia á su salida. Mas bien afectaba que las esplicaciones de Cámara la convencian. El soldado llegó á pensar que sus facultades persuasivas debian ser muy poderosas, cuando habia podido «hacerla lesa» tan facilmente.

Mañunga le anunció que su señorita Trinidad, impuesta por ella de la visita de la noche anterior, habia quedado de comunicar la noticia á su prima. Esto dió á Cámara un buen pretexto para decir, cual si fuera un médico de poca clientela, que volveria á la siguiente noche, aunque nadie se lo pidiese. Mientras tanto, encontraba á Mañunga en las mismas disposiciones. Las alternativas de audaces ataques y de sumisa obediencia, no parecian vencer el propósito que se le habia clavado entre las cejas á la chica, de llevarlo al altar en cumplimiento de la palabra empeñada. La poderosa fuerza de inercia que con este objeto le oponía, empezaba á hacer flaquear al infiel en su inveterado culto del celibato. Ella, *ladina*, bien creia notarlo, y se aferraba á su

virtud de segunda mano, á su virtud de experiencia, repitiéndose continuamente que « quien porfía mucho alcanza ».

Él argüía, en sus últimos atrincheramientos:

— ¿Cómo quieres casarte si tu madre no consiente?

— Tendrá que consentir aunque no quiera; diga sí, no más y usted verá.

Con ese argumento le cortaba su último subterfugio. Dijo que á la noche siguiente se decidiría, cuando supiese si misiá Luisa lo mandaba ó no á la otra banda.

Entre tanto, Marica, entregada á los consejos del despecho, había formado un proyecto « para saber á qué atenerse ». Al día siguiente dió un pretexto para salir á la hora de la siesta. « Debía llevar una silleta que le habían encargado en una casa, el sábado anterior, mientras ella tenía el puesto, en la plazuela de la Compañía ». Contreras halló muy natural aquella explicación. Cámara se quedó pensativo; « alguna diabladura va á hacer esta », pensó con su viva sagacidad. Marica, en efecto, llegaba poco tiempo después á casa de doña Clarisa y hacia llamar á Mañunga por el criado, al que despertó en su cuarto del zaguán. La casa parecía un convento, por su quietud y su silencio. El sol daba de lleno en la mitad del patio. La brisa veraniega del sur, mecía, en un rincón, suavemente, algunas matas de *yuyo*, que el descuido había dejado crecer entre las piedras.

Las dos mujeres se pusieron á hablar en el corredor, mientras que el criado iba á continuar su siesta. El mismo golpecito al corazón que habían ambas sentido ya en la primera entrevista, las hizo mirarse de reojo, apenas se encontraron solas. Marica explicó que había llevado una silla para dar un pretexto á su visita y « poder hacerla llamar de adentro ».

— Bueno pues, ¿y para qué me quiere?

La hija de Contreras, que venía de guerra, y quería « saber á qué atenerse », se fué de frente en su ataque.

— Anoche volvió por aquí ño Cámara, ¿no?

Este ¿no? interrogativo y afirmativo á un tiempo, tan peculiar del diálogo chileno, resonó en los labios carnudos de Marica, más bien como una amenaza ó un reproche, que como una pregunta. Agriamente, sin bajar los ojos, alzando al contrario la frente con aire de desprecio ante la mirada provocadora que la observaba, Mañunga dijo:

— Aquí estuvo, ¿y qué hay con eso?

Era la hostilidad de una y otra parte, la rivalidad declarada: eran los celos sin el disimulo de la cultura social.

— ¡ Le han gustado las visitas! ¡ todas las noches se viene por acá! exclamó Marica, con una sonrisa burlona. Y yo sé que no entra por la puerta de la calle, añadió, mirando al techo del corredor, haciendo sonar las palabras con un sonsonete de sarcasmo acusador.

— Entonces, si usted sabe eso, lo habrá seguido: cuando menos le hará mucha falta.

— Á usted le hará, pues, cuando se pica; diga mejor que es *su* hombre.

— No sé, pues, tal vez será de usted, que es tan bonita.

— Mejor que usted soy. ¿Qué tendria que yo le gustase?

— ¡Nada tendría! Si no hubiese malos gustos, no se venderian los géneros.

Se lanzaban sus estocadas sin levantar demasiado la voz. Los ojos, los movimientos de fisonomía revelaban más bien el furor creciente que las animaba. Manuela, sin embargo, tenía más dominio sobre si misma. Su tono de tranquilidad exasperaba á la hija del silletero.

— Yo me voy, dijo, porque ya sé lo que queria saber; pero no me importa que usted esté *templada* con él, porque á él no le gustan las zaparrastrosas.

— Así es, mejor que se vaya, aquí no permiten mujeres de la calle y tendría que llamar al vigilante, para que se la llevase á la policía.

Apenas alcanzaron á Marica las últimas palabras de esta furibunda réplica, dicha desdeñosamente con aire de superioridad, sin inmutarse. La otra contestó algo todavía; pero sus palabras se perdieron en el zaguán, mientras su rival desaparecía por la puerta de comunicación con el segundo patio.

XXXV

Desde el dia siguiente de su excursión nocturna, Trinidad Malsira empezó sus paseos al huerto. Cada árbol era ahí un amigo de infancia. Descuidado por sus padres en las agitaciones de la revolución, el huerto se habia convertido con el trascurso del tiempo, en un confuso matorral de plantas y de yerbas silvestres, sobre las que dominaban unos pocos árboles frutales, como guardianes olvidados en

el inculto paraje. Al entrar por primera vez tras larga ausencia, tuvo una indefinida impresión de que todo había cambiado con el largo abandono. Le pareció que el huerto la recibía como una persona extraña y que ella no lo veía como antes. Pero su preocupación era demasiado grande para detenerse en el análisis de esa impresión. Había ido ahí para ver si encontraba la respuesta de Hermógenes, en la forma que le había sugerido. Con ella habían entrado Ponto y Alpe. Después de lanzarse en todas direcciones con desatentadas carreras, después de explorar las grandes matas de palqui, de las que hacían salir despavoridos, lagartos y lagartijas, los dos perros comprendieron que la chica buscaba algo y se pusieron á explorar con ella la tupida yerba que tapizaba el suelo. Nada, entre las plantas de cicuta que crecían al pie de la pared, alzando sus ramas flacas, que las primeras brisas del otoño empezaban á blanquear. Nada, entre las hojas de romaza y alfilerillo, entre las malvas y las ortigas, entre los yuyos y el quilloiquilloi, que se disputaban el campo, formando la verde alfombra. Ningún objeto extraño entre aquella vegetación exuberante, en aquel pedazo del llano de Maipo, encerrado ahí, como un *huaso* en la ciudad, inculto y silencioso. Cansada de buscar, sin darse cuenta de que su impaciencia anticipaba por lo menos de un día, la hora en que Hermógenes podría hacerle llegar su contestación, la chica se apoyó desconsolada contra un viejo durazno y tendió la vista por el huerto. Entonces tuvo conciencia, acaso por la primera vez de su vida, de esa sensación que oprime y hiela el pensamiento, al darse cuenta de la fuga irreparable del tiempo. El pesar es la más fecunda fuente de meditación. La chica, vencida por su tristeza, pensaba. Su niñez estaba ahí, en aquel campo abandonado, palpitaba ante su memoria, como una mariposa de vivos colores, que agita sus alas en vuelos caprichosos. Prendidos á las ramas de los árboles, flotaban los girones de sus recuerdos. « La higuera de higos blancos, en uno de los rincones del poniente, extendía, como antes, sus ramas irregulares y nudosas. ¡Á su sombra, ella y Luisa habían jugado tantas veces! ¡Al través de los ángulos de sus grandes y ásperas hojas, habían tantas veces divisado, en la tranquila atmósfera azul, los vaporosos contornos del ideal indefinido, que viene á golpear misterioso á las puertas del corazón al terminar la niñez! Allá á la izquierda levantaba su viejo tronco

descascarado el ciruelo, á cuyo pie se sentaban con ella, su hermano Abel y Luisa, absortos en la delicada operación de clavar sobre un papel, la cacería de insectos alados, cogidos en carreras locas, para formar una colección de historia natural embrionaria. Atrás, cerca de ella, lucía sus relumbrosos frutos el manzano, heraldo de la primavera, cuando sus tempranas flores, ligeramente rosadas, brotan como una canción del alba, llamando á la vida la perezosa vegetación, que no se despierta todavía del largo sueño del invierno. Más lejos, el alto peral, en cuya copa se enredaban los volantines. En torno, las paredes divisorias de adobón, con su florida barda, en la que entrelazaban sus flores como en una ronda infantil, las correhuelas blancas, esos suspiros silvestres, y la multicolor yerba loca, que recuerda la gama luminosa del arco iris. Y por toda la extensión de aquel recinto, las frondosas matas de palqui y de culén, las altas cicutas mecidas por la brisa, la bisnaga con sus flores en forma de borla, las plantas de cardo de hojas plomizas y su flor azuleja, semejante á una brocha de pintor. De cuando en cuando algunas amapolas rojas, mezcladas á la verdura, como gritos de alegría lanzados en el espacio.

La chica se figuraba que esa muchedumbre de verdes amigos, ese conjunto de árboles, de plantas y de yerbas, le contaban su historia moral, toda de pensamientos puros y alegres, como sus flores y sus hojas. Era ese cuadro mudo su infancia y su primera juventud, que se alzaban, haciéndole señales de adiós, como amigos que no habría ya de volver á ver; que la ofuscaban con sus resplandores de dicha perdida, tanto más preciada ahora, cuanto que entonces no tenía noción de su valor.

Al despertar de esa excursión imaginaria al pasado, la chica sintió sus ojos llenos de lágrimas. Con paso incierto, explorando todavía el terreno maquinalmente, seguida por Alpe y Ponto, que parecían comprender su congoja, fué á encerrarse en su cuarto, sintiendo como si aquel paseo al huerto le hubiese dado, en menos de una hora, un año entero de sufrimiento.

Con el nuevo día le acudió la esperanza. Al volver al huerto á la mañana siguiente, creyó en los presentimientos. La carta estaba ahí, envuelta en una piedra redonda, cuidadosamente atada con un hilo blanco. Alpe y Ponto la descubrieron, cuando ella, con ansiosas miradas, exploraba el campo sin verla. Pero esas líneas brillaban á sus ojos

como llamaradas de incendio. Aunque en la correspondencia del convento el Coronel no la había acostumbrado á la música sentimental de los amantes tímidos, aquella carga cerrada la llenó de turbación. «Mañana en la noche entre las diez y las once estaré en el huerto, sea salvando la pared, sea por la puerta del fondo, si usted la deja abierta.» Entre los proyectos más descabellados de su desesperación, la chica no había imaginado jamás que Hermógenes pudiera entrar en su casa. Se había visto con él, recibiendo las bendiciones en alguna capillita oscura, lejos de los suyos. Se había visto saliendo de su casa á media noche, para ir á reunirse con él, como cuando la fuga del convento. Le habían pasado por la mente muchos proyectos informes, de insuperables dificultades. Pero ¡recibir á Laramonte en la casa, allí, al lado de su madre, que podía oír cualquier ruido, en aquellas piezas donde la sombra de su padre parecía dominar todavía, con esa autoridad que algunos dejan tras de ellos como el reflejo de larga dominación! aquello le parecía una especie de sacrilegio, que era preciso de todos modos evitar como la amenaza de una catástrofe. Este fué el primer impulso de su espíritu, sobrecogido de sorpresa y de miedo. Pero, ¿cómo evitarlo? ¿Cómo confesar á Laramonte que le arredraba su proposición, si no podía ofrecerle, en cambio, ninguna esperanza de volver á verse, ningún medio de poner fin, como él decía en su carta, á la «intolerable situación» en que se encontraban?

En su desolación necesitaba aferrarse de alguna esperanza. La corriente impetuosa de una voluntad superior y querida la arrastraría al olvido de todos sus deberes, á la ciega sumisión á un destino al que se sentía sin fuerzas de sustraerse, si no buscaba esa rama salvadora, si no tentaba un arbitrio supremo para conjurar el peligro. Naturalmente, ese arbitrio no podía ser otro que una reconciliación con su madre y alcanzar de ella una promesa, aunque fuese vaga y á lejano plazo, de que consentiría más tarde, cuando las pasiones y los pesares se hubiesen calmado, en su unión con Laramonte. Si alguien era capaz de obtener ese bien inmenso era únicamente Luisa, su prima. Con ese pensamiento esperó su visita. Luisa la exhortaba todos los días á la resignación y á la confianza en el porvenir. Sin el consentimiento de su madre, ¿qué podía esperar? ¿en qué podría confiar que le evitase un acto de desesperación?

En ese estado de exaltación de ánimo la encontró su prima. Trinidad se habia trazado un dilema, al que su invencible amor fijaba límites estrechos. Si no obtenia de su madre el consentimiento, dejaria venir á Hermógenes. «Tanto peor, yo no tendré la culpa.» El argumento fatalista de los desesperados le parecia una excusa. Luisa misma le dió la ocasión que ella buscaba. No podia conformarse con ver que trascurria el tiempo y que las relaciones entre la madre y la hija no cambiaban. La misma frialdad, la misma desconfianza mediaban entre ellas, como antes de la gran desgracia que tenia enlutado el hogar.

Trinidad abundó en ese sentimiento de su amiga. «Encontraba que semejante situación, en aquella casa enlutada y silenciosa, era un suplicio atroz. Su madre y ella habian llegado casi á mirarse como extraños, como dos pobres criaturas condenadas á vivir la una al lado de la otra sin que sus dolores pudieran unirse en el consuelo, sin que sus corazones pudieran encontrar en un cariño mutuo, la fuerza de sobrellevar la carga de sus males. Ella, entre tanto, sentia que su ternura filial habia crecido con la desgracia. ¡El ver á su madre tan triste, tan sola en su honda amargura, le desgarraba el alma¡. Tan espantosa situación no deberia prolongarse por más tiempo. Su madre padecia un error, al creer que, tratándola con un desvio glacial como lo hacia, ella habria de renunciar á los juramentos con que se habia ligado para siempre á Laramonte. No podia imponer leyes á su corazón. Los grandes afectos, decia llena de fe, vienen de Dios, están en la naturaleza y no pueden dominarse con la voluntad. ¿Qué culpa tenia ella de la mortal división entre patriotas y realistas? ¿Por qué confundir á todos los adversarios en el mismo anatema? ¿No habia sido Hermógenes el salvador de Abel, con peligro de su propia vida? Condenarla a eterno dolor por accidentes ajenos á su voluntad, era una cruel injusticia. ¿Por qué cerraba su madre el corazón á toda compasión? No le pedia que consintiese en recibir á Hermógenes durante aquellos meses de duelo; no le pedia tampoco que le permitiese verlo. Se contentaria con una esperanza lejana y con que ella le devolviese su cariño. Apoyada sobre el seno de su madre, pudiendo prodigarle los cuidados de su amor, ella tendria fuerza para esperar y seria la hija más tierna y más sumisa.»

Hablaba con una volubilidad persuasiva. Los acentos de

su voz, la calorosa facilidad de la palabra traducían con vivos colores el desbordamiento de la emoción en su alma. Era como esas fuentes cristalinas que dejan caer en ondas plateadas, el exceso de agua que las hace desbordarse. Á veces se apoderaba de las manos de su prima, como si creyese aumentar la fuerza de sus palabras con el contacto ardiente de la fiebre que ardía en ella.

— De ti depende tal vez, le decía, hacer que cese esta dolorosa situación en que mi madre y yo nos consumimos, y que en vez de sentirnos más alejadas cada día, lleguemos á confundir nuestro dolor, cayendo en brazos la una de la otra. Que me deje esperar que después, cuando termine la guerra, podrá Hermógenes ser mi marido con consentimiento de ella y la bendeciré toda mi vida. ¿Te parece que sea demasiado exigir?

Ella creía que no, y pedía á Luisa que fuese á hablar con su madre. « Que le asegurase que su hija se sentía doblemente desgraciada con la idea de haber perdido su cariño; que la persuadiese de que su exigencia no tenía nada de irracional ni de irrespetuoso. Protestas de invariable ternura, recuerdos de su constante sumisión á sus deseos, nada quería que fuese omitido en aquel supremo esfuerzo ». Hablando así, un gran enternecimiento le embargaba la voz. Los sollozos le sacudían penosamente los hombros y hacían temblar su cuerpo fino y elegante.

Luisa hubiera querido poder calmarla con alguna esperanza; pero el recuerdo de sus conversaciones con la señora no le permitía este recurso. Hasta entonces había encontrado inflexible á doña Clarisa, que conservaba un supersticioso respeto á la voluntad de su marido.

— Por ti haré la tentativa y con todo el empeño posible. Te confieso que no creo llegado el momento todavía de persuadirla; que en algún tiempo más, cuando su dolor se haya siquiera adormecido, su ánimo estará más dispuesto á la benevolencia; pero si tú insistes...

— Después sería demasiado tarde, replicó la chica con enfado, levantando los hombros al mismo tiempo, como si exclamase: ¡qué idea!

Luisa salió del cuarto preocupada. Notaba en su prima algo más que la tristeza natural de su penosa situación. El tono decidido de su voz, la nerviosa manifestación de las acciones, le hacían presentir que Trinidad seguía un pensamiento, alguna resolución violenta, más allá de lo que

decia. Dominada por esa convicción, habló á doña Clarisa. En la pieza siempre oscura, como un santuario consagrado al dolor, esa divinidad insaciable, figurábase la chica que sus palabras llegaban á los oidos de la triste viuda sin penetrar hasta su inteligencia. Para que pudiese comprenderla le fué necesario precisar

— Todo cambiaria si usted le diese la esperanza de dejarla, más tarde, casarse con Laramonte...

Doña Clarisa la interrumpió agitada, alzándose del asiento en que permanecia horas enteras inmóvil, en un anonadamiento de desmayo. Con ademán solemne, como para una profecia, recobrando su voz el perdido vigor, declaró que jamás consentiria en insultar con semejante concesión la memoria de su pobre marido.

La imagen de su culto estaba ahí, delante de ella, inspirándole, desde su marco dorado, la resolución inapelable. Con el frac de alto cuello y estrecha solapa, apoyada la barba en la voluminosa corbata, alta la frente con el pelo aplastado hacia las sienes, la mirada altiva, don Alejandro tenia el aire severo de un juez penetrado de la majestad de su ministerio.

La chica invocó la filosofía de la resignación, la fuerza natural de las cosas. «Á las madres que han tenido su lote en la existencia, les toca el saber sacrificarse por los hijos. La criatura humana no debe asilarse en la inflexibilidad, cuando ella misma, en sus tribulaciones, le pide clemencia al Cielo. Si su marido, como jefe de familia y como patriota á un mismo tiempo, creia llenar una misión, imponiendo á su hija el sacrificio de sus sentimientos, á ella, la madre, le correspondia una misión más dulce: la de curar las heridas de ese pobre corazón, que empezaba á vivir y que cedia á un sentimiento tan elevado como independiente de su voluntad».

La señora se habia detenido delante de la joven. Nunca le habia hablado Luisa con esa decisión. La luz tenue de ideas lejanas habia penetrado, con dudosos reflejos, en su cerebro. El foco incierto de esa luz estaba en aquellos razonamientos que oía por la primera vez. Mas, apenas la chica dejó de hablar, la lucecita lejana se borró instantáneamente, se perdió en la distancia confusa y ella sintió como un remordimiento, como un escrúpulo de conciencia timorata.

— ¡Jamás, hijita, jamás! no me vuelva á hablar de eso;

mi marido no habría consentido nunca, y yo no puedo desconocer la voluntad que la muerte ha hecho más sagrada para mí.

Únicamente había suavizado la voz, para no ofender á la chica; pero su actitud, su ademán, la mustia resistencia de su frente amarillenta, eran tan inflexibles como antes.

Toda insistencia era inútil. Al volver á la sala donde Trinidad, con ansiosa mirada, le dirigía su interrogación solícita, Luisa creyó que su valiente energía la abandonaba. Su prima no le dió tiempo de encontrar la frase que buscaba.

— Se niega á todo, ¿no es así?

En vano procuró la interrogada de ese modo, atenuar lo inflexible, lo intransigente de la negativa. En la fisonomía de la otra divisaba el pensamiento de conformidad fatalista, de forzada resignación, que ha de buscar los medios de hacer frente al destino.

— Prométeme que tendrás paciencia, que no darás ningún paso imprudente.

— ¡Y qué quieres que haga! ¿No estoy aquí como en una prisión?

Al enternecimiento de antes había sucedido la cólera sombría. Luisa la vió sentarse al lado de la ventana y mirar hacia el patio, con la vista perdida en una de esas meditaciones en que se maldice la suerte. Al acercarse le tomó una mano.

— Prométeme que serás prudente, hazlo por mí.

— Bueno, bueno, todo lo que tú quieras; pero déjame, quiero estar sola.

Dió esta contestación mirando siempre al patio, como un niño taimado.

— Mañana espero encontrarte más razonable, repuso Luisa, besándola en la frente.

Al retirarse pensaba que nunca se habían separado así, casi reñidas. Trinidad la vió cruzar el patio y salir á la calle acompañada por Mañunga. En un instante, se sentía ya más tranquila. Con toda sinceridad había buscado un medio de evitar la visita clandestina, de la que el solo anuncio había puesto el espanto en su corazón. Ahora se repetía lo que antes se había dicho: « ¡tanto peor, yo no tengo la culpa¡ ». Si su prima hubiese vuelto trayendo el consentimiento que su madre le acababa de negar, en el fondo del corazón, algo le hacía pensar que lo hubiera sentido: ¡tanto

se aferraba su alma á la idea ofuscadora de ver, de hablar al joven aquella misma noche!

También esperaba Cámara la noche para volver á casa de la familia de Malsira. Bien habia observado durante el dia que la calma de Marica era aparente. Después de su borrascosa entrevista con su rival, la hija del silletero se apercibia para la lucha. En su cerebro inculto no formaba ningún proyecto determinado; pero estaba resuelta á disputar el triunfo, sin que obstáculo alguno la arredrase. Para ella, como para todos los que no conocen las trabas del código social, entre el pensamiento y la acción no podia haber distancia. Por eso la veia Cámara, como él decia, «emperrada». En sus ojos, cuando le sorprendia una mirada á hurtadillas, en medio del trabajo, brillaba una vaga amenaza, que lo hacia pensar: «esta china picara me quiere jugar alguna». No le preocupaba esto, mayormente, sin embargo. Él pertenecia á la raza alegre y confiada de los irreflexivos. Su pensamiento no iba á buscar en la reflexión los caprichos probables del destino. Que iria en la noche á ver á Mañunga, era todo su programa. Si se presentaban inconvenientes los venceria.

Con esta resolución, á las nueve se puso poncho y sombrero. Entre tanto, Marica, para poder salir de su cuarto, cuya puerta comunicaba con el de su padre, habia tenido que esperar largo rato.

— Ahora no más principia á roncar mi tatita, dijo acercándose á tientas, en la *covacha* oscura, hasta tocar á Cámara.

Al notar que éste tenia puesto el poncho, su voz, que habia sido un murmullo confidencial, cambió violentamente de tono. La plétora de pensamientos celosos, acumulada durante el dia en su cabeza, se abrió paso, faltándole la valla del disimulo necesario delante de su padre, y la hizo prorrumpir en airadas exclamaciones y furibundos reproches. Cámara, sin inmutarse, arguyó que tenia que ir á saber lo que habia contestado la señorita Luisa.

— Mentira y mentira que va para eso. Va á juntarse con esa india zaparrastrosa, y yo no quiero que salga.

— No seáis tonta, á ti no más te quiero, replicó él, ensayando apaciguarla con una caricia.

— Bueno, pues, si me quiere no salga, quédese aquí.

— Eso sí que no, ya te dije que voy á saber qué ha con-

testado misiá Luisita; yo estoy para eso en Santiago, ella tiene que darme una carta para llevar á Mendoza.

— ¡ Vean qué mentira ! Yo iré mañana á buscar la carta.

Cámara empezó á perder la paciencia.

— Al todo también; ¿ por qué no te pones mis calzones y me haces ponerme tus polleras ?

— ¡ No ve como es mentira que va por una carta !

— Bueno, pues, será mentira, quédate aquí diciéndolo ; yo me voy.

Marica se puso al través de la puerta. En la penumbra, sus ojos, como los de un gato atacado, centelleaban.

— Le digo que no vaya, mire, porque tendrá que arrepentirse si no me hace caso.

El rotito lanzó el más enérgico de los juramentos de la lengua, acompañado de esta amenaza :

— Si no me dejáis pasar te ajusto un buen guantón.

Uniendo el gesto á la palabra, levantó la diestra empuñada, en son de amenaza, sobre la cabeza de la muchacha.

— Pegue no más, verá lo que le pasa, dijo ésta con ademán de provocación.

Hablaba con la precaución de quien quiere ser oido solo de la persona á quien se dirige. En medio de la irritación á que ambos habían llegado, ni uno ni otro olvidaban que Contreras dormia á la otra extremidad de la mediagua. En aquel momento, sin embargo, empezaban á perder toda idea de precaución. Hijos ambos del pueblo, no podían tampoco limitarse á las palabras. Al ademán amenazador del rotito, ella cogiéndole la punta del poncho :

— Pegue no más y verá bueno, repetia, silvándole la voz de cólera y de celos.

— Suéltame, te digo, si ne fueses mujer, ya te habría bajado los dientes de una trompada.

— Pegue, pues, ¿no es tan guapo? ¡me había de pegar no más! ¡era lo que faltaba ahora!

— Suéltame, Marica, *mirá* que se me acaba la paciencia.

— ¡ No quiero, ni lo suelto, ni lo suelto!

Á esta negativa unió Marica fuertes halones del poncho, como acentuando la energía de su resolución, al propio tiempo que repetia la misma frase, con una insistencia de martillo mecánico, que llegó á exasperar al rotito.

— Vais á ver si me sueltas, perra china, exclamó dando

en ese momento un fuerte empujón á la muchacha, que fué á rodar por el suelo.

— Y si te mueves *de ei*, añadió al verla caer así á sus pies, te doy una buena vuelta de patadas, que no te ha de dejar hueso bueno.

Salió tranquilo tras estas palabras, arreglándose el poncho, que con los halones recibidos, le apretaba la garganta.

Ella se quedó sentada donde había caido, inmóvil y silenciosa. El golpe la hizo darse cuenta de que la lucha con aquel mancebo vigoroso, de férrea musculatura, era imposible. Al ver que Cámara desaparecía por la puerta del corral, se mesaba de rabia los cabellos. De sus ojos, que la lucha había encendido con reflejos de luz eléctrica, brotaron algunas lágrimas. Á poco, una reacción empezó á operarse en su pensamiento. En medio de la vorágine de sangre que la cólera le había enviado al cerebro, empezó á condenarse ella misma, por no haber sabido dominar su impaciencia.

— ¡Bien hecho también! eso me pasa por tonta. ¡Quién me mete también en camisas de once varas! ¡Toma! ¿no te gusta?

Queria decir que ella misma se había atraido aquella corrección. Cámara no tenia la culpa. Ella lo había provocado. Con la lógica popular, llegaba á encontrar un orgulloso consuelo en su desventura.

— Quien te quiere te *aporrea*, se dijo levantándose.

Pero esa fué sólo una chispa, en la lobreguez de sus agitadas impresiones. Pronto pensó, volviendo á mesarse los cabellos :

— ¡Pero el pícaro roto me ha pegado por ir á juntarse con la otra!

Las lágrimas de despecho volvieron á brotar de sus ojos. Un gran desaliento la abatió al verse abandonada. En la sombría estancia, la boca desdeñosa de Mañunga le repetia fragmentos de las frases con que la había despedido : « aquí no permiten mujeres de la calle ». « Váyase antes que llame al vigilante para que se la lleve á la policía ». En sus mejillas sentia arder un fuego, como si las palabras de su rival fuesen otros tantos zurriagazos. Así llegó en pocos momentos al paroxismo de la exaltación. La soledad le dió la inquietud afanosa del movimiento, la necesidad de respirar otro aire. La idea de su hombre en brazos de la otra, la sacudió con el frenesí de la venganza.

—¡Buena *lesa* soy yo de estarme aquí mortificando! ¡Aguárdense no más que me la han de pagar!

Al proferir esta amenaza mental, se echó sobre la cabeza, á guisa de mantón, un rebozo colorado de Castilla y salió á la mediagua. Sobre las puntas de los pies se acercó á la puerta del cuarto de su padre. Al lado de adentro, acompasado y sonoro, retumbaba, con entonaciones guturales, el ronquido del silletero. Atravesó entonces el corral con ligero paso, salió á la calle por la puerta que Cámara acababa de dejar mal cerrada y echó á andar hacia la casa de los Malsira, sin darse cuenta todavía de lo que iba á hacer, zumbándole los oidos, con la resolución enconosa de vengarse.

XXXVI

Á la misma hora, poco más ó menos, salía del cuartel de San Pablo Hermógenes de Laramonte. El oficial de guardia, al que había empeñado su palabra de honor de estar de regreso antes del toque de diana, le había dado en el día la llave de la puerta falsa del cuartel. Al encontrarse en la calle respiró á plenos pulmones el aire de la libertad. Le parecía que el cuarto creciente de luna, y su corte de estrellas risueñas, lo felicitaban por aquella aventura, que tenía el doble atractivo del amor y del peligro. Era lo menos que podia depararle el destino, pensaba él, en compensación de lo que por ese mismo amor había estado sufriendo. No paraba mientes en los cantos reglamentarios de los serenos, ni se cuidaba de observar si alguien lo seguía. Persuadido de que era muy difícil que pudiesen reconocerlo bajo el embozo de su capa y bajo el sombrero de anchas alas, que le ocultaba el rostro, como á un galán del tiempo de Felipe IV, caminó con mesurado paso, seguro de llegar á tiempo. Cuando estuvo á inmediaciones de la casa se puso á andar más despacio. Pasó lentamente por delante de la puerta de calle, y observó con satisfacción que parecía reinar tranquilidad completa en el interior. Un sereno que, no lejos de la puerta estaba sentado con la espalda contra la pared, fingía disfrutar ruidosamente del sueño que se atribuye á las conciencias tranquilas. Era aquel uno de los hombres apostados por San Bruno. Con una reflexión de militar sobre el relajamiento de la disci-

plina, que le inspiró el supuesto durmiente, torció el Coronel por la vecina calle, y siguió á lo largo de la vereda, frente á la pared del huerto. Á mitad de la distancia vió venir á un hombre hacia él con paso lento. El primer instinto de Hermógenes fué volver la espalda, alejarse de aquel encuentro intempestivo y peligroso. Pero se encontraba demasiado lejos de la esquina por donde había entrado á la calle, y una contramarcha precipitada lo habría espuesto á ser perseguido como una persona que huye. El mejor partido era seguir avanzando. El hombre continuaba acercándose, sin precipitarse, con paso de quien está de facción y hace ejercicio en su puesto. Pronto se encontraron uno frente de otro. Laramonte vió que era un sereno.

— ¿Amigo, tiene fuego para prender un cigarro? dijo aquel hombre al Coronel.

— Creo que sí, déjeme ver.

Laramonte se puso á buscar en sus bolsillos y sacó un mechero. De un sólo golpe del eslabón sobre la piedra, saltaron luminosas chispas sobre la mecha.

— Aquí tiene usted, dijo presentando el mechero.

— Ya que me da fuego, podría también brindarme un cigarro, patrón.

Al decir esto, procuraba el sereno mirar bajo el ala del sombrero, buscando el rostro del Coronel. Pero Laramonte inclinaba la cabeza en sentido contrario, por un movimiento natural, esplorando los bolsillos, de los que sacó una cigarrera.

— Saque los que quiera, dijo, pasándola al sereno.

Mas como al sacar la cigarrera se había subido el embozo de la capa, el hombre solo pudo verle los ojos.

— Dios se lo pague patrón, dijo, vaciándose en la mano la mitad del contenido de la cigarrera.

— Lo que se le ofrezca, contestó en tono alegre el Coronel y siguió andando.

Al llegar á la puerta del huerto se puso á observar. El sereno que acababa de detenerlo, se veia á lo lejos como un punto dudoso en la oscuridad. Pero á poca distancia del lugar en que él se había detenido, observó por el suelo, al pié de la pared, otro bulto. Al acercarse oyó claramente un ronquido humano. Esto lo hizo modificar el juicio que había formado al encontrarse con el primer durmiente. No acusó ya á la relajación de la disciplina, y pensó que el es-

tado soporífico de los guardianes nocturnos, debía ser una consigna del infatigable San Bruno, perseguidor de insurgentes.

La prudencia le aconsejaba abstenerse de entrar. Pero la prudencia es la virtud de que carece todo hombre verdaderamente enamorado, y muy pocos de los que se aventuran á andar en picos pardos. Él se encontraba en ambos casos. Empujó la puerta, que cedió á su presión sin dificultad. Del lado de adentro torció la llave, para cerrar el camino á los guardianes de San Bruno, si tenían la fantasía de seguirlo.

El huerto le pareció un escenario lleno de misteriosa poesía, aunque en verdad, por falta de luz, él se confesaba que no veía gran cosa. Poco importaba que el cuarto de luna se hubiese ido á iluminar otras regiones. Él llevaba la luz y la ilusión en el alma. Con esas dos fuerzas se adelantó resuelto en busca de la puerta que debía dar entrada al patio.

Del fondo ceniciento del paisaje vió desprenderse, deslizándose hacia él, visión vaporosa de los cantos de Osián, á Trinidad. En pocos segundos salvaron la distancia que los separaba, y por uno de esos acuerdos súbitos de dos afinidades que se atraen, él abrió apasionado los brazos, y ella, sobre el pecho del mozo, se dejó caer palpitante. Con el calor de la emoción que los dominó en ese abrazo, con las exageraciones magnificadoras del amor contrariado, se contaron, como en confidencia, sin turbar el silencio de aquella soledad, la historia, para ellos tejida de incidentes, de los días de separación. Ella se había desprendido bien pronto de los brazos que la estrechaban; pero durante el amoroso diálogo, no se atrevía á impedir que el joven le renovase sus juramentos, tal vez con más frecuencia que la necesaria, besándole con pasión las manos.

— Aquí no podemos continuar; si alguien entrase de la casa, no tendríamos donde ocultarnos, dijo la chica.

Se le figuraba que estando en el huerto, aunque era de noche, se hallaban más expuestos que en la gran sala de la casa. Le parecía que ahí estaban mirándola de todas partes. El espacio, los árboles, las matas de palqui y el bosque de cicuta, que mecía suavemente la brisa, ocultaban testigos invisibles, seres imaginarios, que sin duda veían cada vez que el joven se agachaba para imprimir los labios en sus manos. Ella, por no ofenderlo, ¡oh! ¡la pura

verdad! solamente por no ofenderlo, no se atrevía á retirarlas.

Por supuesto que Laramonte no pedía otra cosa, pasadas las primeras expansiones del dúo de amor. Después de haber admirado, en la penumbra de la noche, los grandes ojos de la chica, bañados en la luz mágica que presta la pasión á las miradas de las mujeres; después de enorgullecerse de que aquel ser delicadamente fino y esbelto, con su cabello rubio, con su belleza diáfana y aérea, arrostrase por él los riesgos de tan atrevida aventura, pensaba, porque la prosa tercia en todo, que estarían mejor, sin duda, en el misterio amigo de una sala confortable, que en aquel sitio agreste, donde ella, con su linda cabeza descubierta, podría coger un tremendo romadizo.

Se acercaron cautelosamente á la puerta que comunicaba con el patio. Al abrirla oyeron el gruñido de Alpe y Ponto.

— ¡Cállense!, les dijo la chica en voz baja, acariciándolos.

Los perros, sin embargo, protestaban con sordos gruñidos, contra la presencia de aquel señor extraño en la casa. Otro par de enamorados oyó también los gruñidos. Manuela y Cámara, que desde hacía rato, formaban proyectos de felicidad, interrumpidos con frecuencia por algún desmán del atrevido rotito, suspendieron su coloquio y se acercaron á la puerta del cuarto donde se encontraban, que entreabrieron.

El coronel y Trinidad caminaban dándose la mano, como dos enamorados de leyenda. Mañunga y Cámara, que no tenían nada de tales, los vieron adelantarse por el patio, sin poder explicar aquella doble aparición. La criada, supersticiosa, pensó que esas dos sombras eran un anuncio del castigo del cielo, por recibir así á su amante, por su reincidencia en el pecado.

— ¡Ay, si creo que son ánimas! exclamó amedrentada.

— Déjame ir á ver, yo voy á corretear á las ánimas, le dijo él, estrechándola entre sus brazos.

— ¿Qué, está loco? ¡Ir á ver! ¡Suélteme, no esté tentando al diablo!

Las sombras del patio continuaban avanzando despacio, sin ruido, indistintas en la semioscuridad de la noche. Cuando se hallaron á inmediaciones de la puerta tras de la que la otra pareja se encontraba, Mañunga reconoció á su señorita.

— ¡Es misiá Trinidad!

— Y el hombre, ¿no será don Abelito?

La suposición del soldado patriota era verosímil. Sabía que Abel Malsira se había escapado de la cárcel, y *decían* que se había marchado á Mendoza; pero bien podía esto último no ser cierto. En la noche, la estatura de Laramonte podía tomarse muy bien por la de Abel.

— No, no es don Abelito. ¿Quieres que le diga quién es?

— ¿Quién?

— Es el Coronel de misiá Trinidad.

— ¡El godo! ¡Vaya con la señorita!

No podía comprender Cámara que una chica, hija de un patriota asesinado por los españoles, pudiese estar enamorada de un español.

— Si lo pillo solo por ahí, añadió con voz de amenaza, de una puñalada lo despacho para el infierno.

Su odio á los dominadores lo hacía olvidar la proximidad de Mañunga, la ternura picaresca que lo encadenaba á la criadita.

Mientras tanto, Trinidad y Hermógenes llegaban al corredor y por la puerta de la antesala se desvanecían en la oscuridad.

— ¡Por Dios, si misiá Clarisa los siente! dijo Mañunga inquieta.

Cámara encontró cómo sacar partido de lo que acababan de presenciar.

— ¿No ves? Los que se quieren se buscan, ¡y tú que me llevas echando!

— Y es mejor que se vaya de una vez, porque si la señora siente ruido, cuando menos alborota toda la casa y nos pillan á nosotros también.

— ¡Bah, qué ha de sentir, estará roncando á pierna suelta! exclamó el rotito, arriesgando una caricia.

Los otros, entre tanto, habían entrado á la gran sala. El espacio ocupado por la ventana se dibujaba menos oscuro que todo lo demás de la estancia, donde la sombra, al principio, les pareció lóbrega. Trinidad, sobrecogida de miedo, se acercó ahí buscando la claridad. Los temores que durante el día la asaltaban, acudieron en tropel á su imaginación. A cada instante se le figuraba ver abrirse la puerta que conducía á las habitaciones de su madre. Mas, no obstante el terror de esa espantable posibilidad, encontraba en aquella situación un encanto punzante, que la hacía tem-

blar y sentirse feliz al mismo tiempo. Laramonte sentia trémula la mano de la chica entre las suyas.

— ¿Por qué tiembla usted? ¿No tiene confianza en mi?

— ¡Por Dios, si nos sorprendiesen!

— Tal vez seria un mal que podria tornarse en bien, dijo el joven, haciéndola sentarse sobre el sofá junto á la ventana y colocándose á su lado.

La chica no comprendió cómo podria resultar un bien, de lo que á ella le ponia el espanto en el alma.

— Sorprendido yo aqui, repuso el joven, su madre de usted, se veria obligada á consentir en nuestra unión.

— ¡Oh! No consentirá jamás.

Le refirió entonces la tentativa que por medio de su prima, habia hecho en la mañana misma de aquel dia, á fin de alcanzar de doña Clarisa siquiera una lejana esperanza.

— En tal caso, huya usted de aqui y llevemos adelante nuestro proyecto de antes.

— No tendria valor ahora para eso, exclamó ella con intensa tristeza.

« Abandonar á su madre en aquellos momentos de desastrosa pena, seria una ingratitud que le traeria la maldición de Dios. Cuando habia consentido en salir del convento, su familia era feliz. Ahora, su madre, agobiada por los golpes espantosos que habia sufrido, no sobreviviria á la vergüenza y al pesar de que ella huyese así de su lado. »

Hacia esas reflexiones con su dulce voz de enamorada sumisa, con la encantadora elocuencia que le prestaba su pasión. Queria que su amante se persuadiese de que con su resistencia se imponia ella misma un inmenso sacrificio. « Si era verdad que su amor por él era superior á todos los demás afectos de su alma, ese mismo amor le enseñaba á no ser desnaturalizada. Jamás se consolaria de acibarar su existencia, de turbar la dicha de vivir al lado de él, con la terrible certidumbre de haber causado la eterna desgracia, acaso la muerte de su madre, por no resignarse á esperar. »

— Esperar es una sentencia sin término, dijo él, rodeándola suavemente con sus brazos.

La chica dió un suspiro, que fué como un sollozo ahogado. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Con acento turbado por la pasión, Laramonte le pintó las tristezas de esa espectativa indefinida. El miraje de la dicha cercana desaparecia al tocarlo. Y esa dicha que se desvanecia, era tanto más prestigiosa, cuanto que en aquel momento, con la dulce

presión que la rodeaba podía formarse una idea de lo que la crueldad de las circunstancias le arrebataban. La eterna cantilena de las esperanzas de amor, suavemente murmurada al oído por el ardiente joven, la fascinaba. « ¡Cuántas veces se había visto en pensamiento viviendo solo con ella, dueño de ella, como de un bien que nadie podría arrebatarle! ¡Qué de encanto, qué de inefable dicha, qué de sorpresas embriagadoras, en esa union de sus dos almas confundidas! ¡Cuán inmensa y misteriosa fuerza la del amor, que con un lazo ideal, llega á unir en una sola dos existencias, que se habían encontrado por algún capricho del destino! Desde la primera mirada, él, que jamás había amado verdaderamente, había sentido su vasallaje en una aspiración hacia ella, únicamente hacia ella, y desde entonces, lejos ó cerca, había vivido adorándola ».

Sin duda que el Coronel le había dicho todo esto en sus cartas al convento, en las raras conversaciones que habían solido tener. Pero los enamorados y los viejos tienen el privilegio de repetir siempre las mismas cosas: aquéllos entre los fulgores de la esperanza; éstos, á la sombra triste de los recuerdos. Y para el oido de las mujeres es una música que nunca cansa, á la que descubren cada vez modulaciones nuevas, según el que la canta.

La chica no se saciaba de oirla. « ¿Qué habían hablado de esperar? ¡Esa era la existencia ambicionada! Se escribirían con la frecuencia posible. Él vendría de cuando en cuando, en la noche, cada vez que no hubiese peligro. Ella lo esperaría en el huerto. ¿No eran ya una felicidad grande aquellas citas misteriosas? Él le hablaría de su amor cual acababa de hacerlo. Como en ese momento, ella lo escucharía con la cabeza sobre su hombro, mecida por el tema inagotable. Y así, en plática ideal, con las manos entrelazadas, esperarían el día en que su madre les permitiese unirse para siempre ».

Pero Laramonte, menos platónico, con su malvado materialismo de hombre, no podía elevarse con ella hasta esas regiones de lo abstracto. Es muy raro que en esos momentos no le flaqueen al hombre las alas de la imaginación. Su lote es más humano. También sucede que la mujer debe su facultad de abstracción al misterioso temor á lo desconocido cuando es sincera, como en el caso de Trinidad; al instinto de la resistencia, cuando no lo es. Aquel plan de colegiala precoz, inexperta en la vida; aquella nube rosada

donde irían á posarse como en una fantasía extática, no causaban al Coronel un entusiasmo desmedido. Á pesar de la fuerza de su amor, no se sentía dotado con la virtud caballeresca de los antiguos paladines. Así fué que las palabras de la chica no encontraron eco en su fantasía. Mientras que el ligero peso de la frente amada sobre su hombro, el perfume natural de sus cabellos, el roce de su tibia respiración, que le acariciaba, como en un vuelo de mariposa, los bigotes, le hizo olvidar sus propósitos respetuosos, caer al empedrado de lo profundo sus buenas intenciones y dar á la chica, en plena boca, un apasionado beso, capaz de poner en despavorida fuga, al ideal más etéreo que mente femenil pudiera imaginar.

Ella no huyó, como hiciera una recatada de comedia clásica. La ardiente osadía del mozo la había sorpendido, pero, ni lejanamente indignado. Con un tacto exquisito de muchacha virtuosa, aunque enamorada, se desprendió de los brazos que la estrecharon, sin retirar la mano que dejaba prisionera. Fué un instante brevísimo de común turbación. El mozo buscaba ya cómo hacerse perdonar su atrevimiento, cuando se oyeron golpes á la puerta de calle, que casi hicieron dar un grito de espanto á Trinidad.

— ¡Dios mío, qué puede ser! exclamó, con la voz apagada por el miedo.

Los golpes se repitieron, despertando los dormidos ecos de la casa. Trinidad, aterrada, se estrechó contra el joven para hablarle al oido.

— Salgamos. Sea lo que fuere, lo principal es que no encuentren á usted aquí.

Salieron precipitadamente de la sala y llegaron al patio, por donde habían entrado. La chica se sentía desfallecer, se creía ya perdida. En su cerebro, las ideas no alcanzaban á condensarse. El completo aturdimiento del pánico le quitaba todo poder de reflexión. Al verse en medio del patio, seguida de Laramonte, que la alentaba, tendió la vista, como en busca de un refugio para el joven. Ponto y Alpe empezaban á gruñir. ¿Era signo de desconfianza ó de bienvenida? No podía distinguirse cuál de los dos.

En el cuarto donde se hallaban, Mañunga y Cámara oyeron también los golpes, y aunque apagados y lejanos, los pusieron inquietos. La curiosidad que les causara el ver pasar á Trinidad y á su nocturno visitante, los mantenía atentos á cuanto pudiese ocurrir. Inmediatamente después

de los golpes, y cuando no podían explicar su procedencia, vieron aparecer en el patio al Coronel y á la chica. Mañunga, olvidada casi del peligro que corrían ella y Cámara, pensó en la crítica situación en en que se encontraba su señorita.

— Si el caballero sale por la puerta del huerto, dijo, seguro que lo pillan los espias.

— Así no más es, apoyó Cámara, seguro que lo pillan. Que se entiendan entre ellos: godos con godos.

— Sí; pero se descubre también á qué ha venido y la pobre señorita queda en vergüenza. Ño Cámara, hágame un favor. Usted saque al caballero por el camino por donde usted viene.

— ¡Bonito! ¡entonces yo voy á sacar de apuro á un godo!

— Hágalo por mí, le dijo la criadita suplicante, echándole los brazos al cuello.

Y como el soldado le contestase sonriéndose:

— Bueno, pues. ¿y con qué me paga?

— No me diga que no, con lo que quiera, exclamó saliendo al patio.

Antes que Trinidad tuviese tiempo de hablarle, ella, con la voz temblorosa de emoción:

— Señorita, ahí está ño Cámara que venía á decirme dónde se encuentra escondido. El puede sacar al señor Coronel, porque si sale por la puerta del huerto, se encontrará ahí con los que espían la casa.

— Llámalo, llámalo, contestó Trinidad, saliendo de su estupor.

Entre tanto, los golpes habían vuelto á repetirse en la puerta de calle. Trinidad, fuera de sí, se adelantó hacia Cámara que salía del cuarto:

— Vas á sacar á este caballero, le dijo con agitación. Manuela dice que tú puedes hacerlo sin que corra peligro. Váyanse ligero, tú me respondes de él.

— No tenga cuidado, señorita, si llegan á tomarlo, será que me han muerto, contestó el rotito, con los ojos brillantes de valerosa seguridad.

La despedida fué precipitada, con expresiones casi incoherentes; tal era el terror que dominaba á la chica y tal el vehemente deseo de no comprometerla, de parte de Hermógenes.

Alpe y Ponto los saludaron con su gruñido enigmático,

cuando el Coronel y Cámara llegaban á la puerta del huerto.

— Ahora, váyase ligerito á su cuarto y hágase que los golpes la han despertado, decia en ese mismo instante Mañunga á Trinidad, que no se hizo repetir la indicación.

Era Marica, que airada y vengativa, causaba tan tremenda alarma. La rabia de la humillación y el escozor de los celos, la habian hecho volar por las desiertas calles, con el furor de un huracán destructor. Á medida que avanzaba, su furibunda saña, lejos de calmarse, iba creciendo. Creciendo como los grandes conjuntos de orquesta, en la música wagneriana, en que los instrumentos, lanzados por la batuta del director á las más altas notas del registro, llegan á formar una tormenta de sonidos que se descarga atronadora sobre la cabeza del oyente. La batuta, en este caso, eran los celos. « El pícaro roto no habia de salirse con la suya. Que se fuese á reír de su madre, pero no de ella. Ella no aguantaba pulgas en la espalda y haria repelarse á la china zaparrastrosa de meterse en su camino. ¡Muy mansita era ella para dejarse pegar por otra! »

Con vertiginosa rapidez daban vueltas en su imaginación esas ideas, resonaban con rugidos de imprecación, le mostraban, como un horizonte de fuego, el momento de la venganza, la humillación de su rival. ¡la cólera del roto pícaro! « ¡Lo que sentia era no tener un puñal para habérselo enterrado en la barriga!» Desatentada, más volaba que corria, hasta que se encontró á inmediaciones de la casa.

Por las confidencias de Cámara, sabia que la casa estaba cercada de espías. Una satisfacción salvaje la empujaba. Se haria prender por los espías y poco á poco, se dejaria arrancar la delación del infiel. Su instinto de venganza, más bien que la reflexión, le sugeria esa astucia. Empezó á deslizarse por la orilla de la pared, fingiendo que se ocultaba. De este modo llamó pronto la atención de uno de los soldados. Ella apretó el paso, huyendo, pero sin correr. El guardián siguió detrás y la alcanzó en un instante.

— Alto ahí, ¿qué anda haciendo á estas horas, pichona!

El soldado español habia agregado á su pregunta una palabra de galanteria, al ver que la mujer era joven y guapa.

— ¡Vean qué pregunta! yo sabré, pues, contestó ella, con el tono y el aire de desenfado de una mujer á quien no alarma un requiebro.

— Eso no basta, chica de mis ojos, yo quiero también saber, replicó el Talavera, que divisaba una agradable aventura, en medio de la esterilidad de su facción.

— Mírenlo no más, ¡qué curioso ha salido! hágase á un lado y déjeme pasar.

Al decir esto emprendía la marcha, riéndose.

— Alto ahí, prenda querida, repuso con viveza el soldado, cogiéndole un brazo.

— Suélteme, que estoy de *priesa*.

— Diga primero qué anda haciendo por aquí.

— ¿*Pa* que quiere saber?

— Usted lo ha dicho, porque soy curioso.

— ¡Entonces no se puede andar por la calle ahora!

— Después de las nueve, no se puede, el bando lo ha publicado.

— ¡Ah! ¡yo no lo sabía! pero ya estoy aquí en la casa, déjeme entrar.

— No puedo, si no se confiesa.

— ¡Vaya qué trabajo! ¿y de qué quiere que me confiese?

— De lo que venía á hacer por aquí.

— Y si lo digo, ¿me deja irme, no más?

— Seguro que la dejo, paloma mía, con tal que sea la verdad.

— Mi purita verdad, vengo á buscar á mi marido, que vive aquí en esta casa.

— ¿Y usted no vive con él?

— No, pues, yo estoy sirviendo en otra parte.

— ¿Y cómo se llama ese marido?

— Usted no lo ha de conocer: se llama Cámara.

— ¡Cámara! ¡vaya un nombre extraño!

El soldado exclamó de ese modo, para disimular su gran sorpresa. Conocía perfectamente ese nombre. ¡El asesino del centinela de la plaza! ¡El hombre que los tenía en facción ahí todas las noches á él y á sus compañeros! Un hallazgo que le enviaba su buena suerte. Era una rifa que él se sacaba. Al descubridor del paradero de Cámara le estaba prometida una gratificación en dinero. Tal vez le darían también un ascenso: el hombre se veía ya la jineta de cabo de escuadra en la manga. Ansioso de presentarse

triunfante al cabo Villalobos, abandonó el tono galante y dijo con voz de servicio, seca y perentoria:

— Venga conmigo, usted se explicará delante del jefe.

— Pero usted me dijo que me dejaria irme.

— Si me decia la verdad; ¿cómo puedo yo saber si lo que me dice es cierto?

— Le juro que es ciertito, mire.

Puso en esta afirmación un acento de sinceridad que le pareció irresistible. Empezaba á sentirse inquieta. Al correr á denunciar á su amante, no habia contado con que pondria en peligro su propia libertad. La respuesta del soldado la desazonaba completamente.

— Asi será, venga usted á decírselo al cabo, contestó el hombre de Talaveras.

— ¿Qué tengo que ver yo con su cabo? ¿No queria usted saber lo que ando haciendo? Ya se lo dije, pues.

— Venga usted, y cuéntele ese cuento á mi cabo Villalobos.

Aquel nombre resonó como una amenaza en los oidos de Marica. En la leyenda de las crueldades de la reconquista, el pueblo se habia acostumbrado ya á unir á la siniestra fama de San Bruno el nombre Villalobos, su satélite. «En buena me he venido á meter», se decia, caminando al lado de su aprehensor, arrepentida. Hallaron á Villalobos á la vuelta de la esquina, estoicamente envuelto en su capote, en un punto que le permitia observar el frente y el costado de la casa.

— Mi cabo, dijo cuadrándose militarmente, vengo á decirle que he descubierto dónde está el llamado Cámara.

Con la suficiencia del que cree haber pasado á ser un hombre importante, refirió su encuentro y su conversación con Marica. La relación hacia honor á su inventiva. Sin su sagacidad, la mujer se habria guardado su gran secreto. Villalobos lo escuchó con envidia y pareció dar poca importancia á la relación del soldado. Para manifestar su superioridad jerárquica, hizo que éste se retirase algunos pa os, y empezó su interrogatorio. Por todo resultado sacó la confirmación de lo que su subalterno habia venido á revelarle. La noticia era de demasiada magnitud para no ir á comunicarla al capitán San Bruno. Confiar este cuidado á otro era perder la ocasión de presentarla como obra propia.

— Quédese usted aqui con esta mujer, dijo al soldado, y no se mueva hasta que yo vuelva.

Rápidamente recorrió entonces los demás puestos de observación, recordando en cada uno la más estricta vigilancia. Hecho esto se dirigió, casi á carrera, al cuartel.

El miedo, mientras tanto, sugería reflexiones amargas á Marica. Los celos la habían conducido á su propia pérdida. Á la sed de venganza se añadía ahora en su ánimo el temor de los males que podrían sobrevenirle. Recobrar su libertad y volver á casa de su padre. llegó entonces á ser su pensamiento dominante. Con el instinto maquinal de un volátil, que para salvar una distancia abre las alas, ella apeló á la seducción, esa fuerza de la naturaleza.

— Si me deja irme, dijo al soldado, le prometo que lo querré harto y le diré dónde podrá encontrarme.

— No, pichona, aquí está usted mejor que en su casa.

La voz era conciliadora y la negativa no parecía ser un rechazo intransigente. En el silencio de la noche, aquella voz de mujer, apagada é insinuante, tan llena de atrevidas promesas en su grosero laconismo, hizo vacilar la voluntad del soldado. Los caprichos impetuosos del amor fortuito y fácil, que dormitan en lo recóndito del alma varonil, ardieron como llamaradas de alcohol inflamado, en su cerebro. Ella repitió, acercándosele, con gracia acariciadora, con la voz y la mirada insinuantes:

— Vaya, no sea malo, déjeme irme y verá después si se lo sé agradecer.

— ¡Demonio de chica! ¡demonio de chica! murmuraba en sus adentros el soldado. Una oleada de tentación se llevaba su respeto á la disciplina, su temor á los tremendos correctivos con que la mantenían sus jefes.

— Vaya, pues, insistía ella, conteste, no sea tirano.

Las objeciones que opuso el hombre á esta provocadora insistencia, indicaban sus vacilaciones. «¿Quién le aseguraba que ella no lo estaba engañando? Si la dejaba escaparse, á él lo pondrían arrestado, le harían dar unos veinticinco palos y no podría ir á reunirse con ella». Marica, con un mimo, con alguna palabra sugestiva, hacía estallar cada objeción, como se parten al menor soplo, los globos de jabón que los niños echan á volar por el aire. Aquella Circe de arrabal, impúdica, tomaba por asalto la voluntad del guerrero.

Felizmente para él, Villalobos llegó, jadeante de correr.

— Aquí viene mi Capitán, dijo al soldado con la voz y la respiración precipitadas.

— ¿Qué Capitán? preguntó Marica, con la rabia de ver arrebatarse su presa.

— Mi capitán San Bruno, contestó el cabo con solemne tono. Se habría dicho que anunciaba el nombre de un gran potentado.

Ya sabia Marica lo que ese nombre significaba. Las maldiciones con que lo habia oído pronunciar por Cámara, cuando referia el sitio de Rancagua ó hablaba de las matanzas de la cárcel, le venian á la memoria. Ella misma habia venido á entregarse en poder del terrible realista: esta fatalidad, unida al terror de su situación, la desesperaba. « Y Cámara tenia la culpa de todo. Si no fuese tan pícaro, ella estaria tranquilamente en su casa. » No se arrepentía de lo hecho. El goce insano de la venganza le infundia nuevo valor. « ¡Tanto peor para ella si algo le pasaba; pero el malvado roto se la habia de pagar! »

Don Vicente llegaba acompañado de algunos hombres del cuartel, para refuerzo. Habia venido á paso de trote, como si se hubiese tratado de una sorpresa nocturna en campaña. La esperanza de dar un doble golpe, capturando al ya famoso Cámara y sorprendiendo á Laramonte en su aventura, redoblaba su ardor infatigable. Desde que habia sabido por sus espias la salida, en la noche, de una mujer que de casa de los Malsira se habia dirigido á la del Coronel, habia establecido una estricta vigilancia sobre éste. Así fué informado de cómo rompía su arresto. Al oír más tarde, la sorprendente nueva de la presencia de Cámara, en la misma casa donde habia entrado clandestinamente Hermógenes, una sospecha se apoderó de su vigilante espíritu. « No era inverosímil que, arrastrado por su intriga amorosa con la hija de un insurgente, el Coronel realista estuviese conspirando. ¡Tantos jefes españoles se habian plegado al movimiento revolucionario »! Tras de esa suposición, don Vicente se veia ya como salvador de la autoridad del Rey, dueño absoluto de la vacilante voluntad de Osorio y exterminador inflexible de insurgentes. Con el prestigio de esa doble captura, nadie podría cerrarle el camino en su misión implacable de defensor de la monarquía. Su mirada fría y penetrante como un escalpelo, examinó á Marica algunos segundos. El cabo se habia retirado con aire de respeto á cierta distancia, llevándose al soldado que custodiaba á la mujer. San Bruno empezó su interrogatorio.

— ¿Qué andaba usted haciendo á estas horas por la calle?

— Ya le dije, pues, al cabo, venía á juntarme con ño Cámara, que está en esta casa.

Volviendo la cabeza, señalaba la casa de doña Clarisa. En el sonido de la voz del que la interrogaba, en la fijeza desconcertadora de su mirada, se convenció al instante de que ella nada tenía que esperar de sus atractivos personales, de su fascinación de mujer sobre la voluntad de aquel militar «tan enterado». El miedo empezaba á apoderarse de ella. No le impedía sin embargo, seguir aferrada á su propósito de venganza, con tenacidad asnal. Mientras la observaba San Bruno, ella bajaba la vista con humildad. Tal vez mostrándose afligida, conseguiría hacerlo creer en su inocencia.

— ¿Y qué hace ño Cámara en esta casa?

— Se ha criado en la casa desde *medianito*

— Desde niño, quiere usted decir, observó el Capitán, no sin advertir lo evasivo de la respuesta.

— Así es, pues, señor, desde niño.

— ¿Usted es su mujer?

— Sí, pues... su merced, contestó Marica con vacilación. Como un descargo de conciencia, se decía que al fin y al cabo era casi su marido, porque le había dado promesa de casamiento, dádiva de que el rotito era siempre muy pródigo.

— ¿Y usted sirve con él en la casa?

— No, pues, señor, yo soy cocinera en otra parte.

Anticipándose á la pregunta que podía hacerle el Capitán, designó una casa cualquiera, un nombre imaginario de familia, donde dijo estar viviendo, por allá lejos, en la Chimba, del otro lado del puente.

Después podría verse si la indicación de la casa era verdad. Por el momento don Vicente buscaba el fin inmediato, su gran golpe de coger á Cámara y sorprender al orgulloso Coronel, siempre indulgente con los perros patriotas, en una intriga susceptible de gravísimas sospechas.

— ¿Y cómo entra usted á la casa?

La mujer no estaba preparada para esta pregunta. Su turbación aumentó con aquel golpe imprevisto. El miedo le discurrió por las venas, como una transfusión helada que le hiciesen en la sangre.

— Tendrá usted una llave de la puerta, sin duda, añadió el porfiado interrogador, al ver que no le contestaban.

Marica vió una luz de salvación con esta pregunta. El miedo le aguzaba su ingenio natural de mujer ignorante, su ingénita argucia femenil.

— Sí, pues, su merced, traía la llave.

— Démela usted, repuso con acento imperioso San Bruno, su acento que no admitia réplica, que vibraba con entonación ronca de amenaza.

Ella empezó como á buscar la llave. En el bolsillo de su pollera de bayeta, en el seno, particularmente en el seno, con precipitación nerviosa, con señales de querer realmente encontrar algo. «¡Sea por Dios, señor! ¡Cuando menos se le habria *rodado* por el camino! Estaba segura de haberla traido; era una llave que tenia siempre, desde hace tiempo, para venir. Era la llave del postigo de la puerta de calle, que todos creian en la casa que se habia perdido. ¡Seguro, por Dios, que se le habria rodado! ¡Segurito, no más!»

Don Vicente la miraba perplejo. ¿Era aquello un ardid de la mujer para no entregar la llave, ó realmente no la tenia?

— Si no me da la llave al momento voy á hacerla registrar, amenazó, siempre con su voz imperiosa.

El peligro tomaba proporciones que ella no habia podido figurarse. Ya se arrepentia, temblando, de su *lesura*. «¿Para qué se habria venido á meter? Ella, por tonta, tenia la culpa. ¡Bonita no más la habia hecho! Si la llevaban presa, junto con Cámara, ¿qué diria su tatita?» Con fulgores de relámpago, cada una de esas reflexiones, le cruzaba por el cerebro aterrorizado.

— ¿Para qué lo engañaba, pues, su merced? contestó con voz afligida; si la tuviese, ¿por qué no la habria de entregar? Hágame registrar si quiere su merced, verá como no encuentra nada. Seguro que se me ha *queido* en el camino.

Villalobos recibió la ardua misión de hacer el registro, bajo el ojo inquisitorial de su jefe. Marica, llorando verdaderamente de miedo y sin la menor alarma por su pudor, no opuso resistencia alguna, sabiendo que nada podrian encontrar. El cabo, temeroso de parecer detenerse demasiado, buscaba rápidamente. Una pesquisa sumaria. Nada en el bolsillo. Bajo del rebozo, el seno joven, opulento, velado sólo por la camisa. Ella se abandonaba sollozando, cubriéndose el rostro con las manos.

— No tiene nada mi Capitán.

« Lo que importaba era no dar tiempo á que el Coronel y Cámara saliesen de la casa, por algún descuido de los hombres encargados de la vigilancia. Con la mujer se entendería después, al día siguiente, después de haberla hecho pasar la noche en algún calabozo del cuartel ».

— Llame usted á ese soldado, dijo don Vicente al cabo.

El hombre llegó á cuadrarse delante del Capitán y saludó militarmente.

— ¿Fué usted quien encontró á esta mujer?

— Sí, mi Capitán.

— Usted se va á hacer cargo de ella. ¡Cuidado con dejarla escaparse, ni gritar, ni hacer nada!

En seguida dió orden á Villalobos de colocar al soldado con su prisionera en el punto mas distante de los que era menester vigilar, de ir de paso á repetir á todos los puestos la recomendación de poner el mayor cuidado y de apoderarse de todo el que saliese de la casa.

— Si alguien sale, é intenta escaparse, que hagan fuego sobre él. Lo mismo si hace resistencia.

Con ese objeto, don Vicente había tenido cuidado de traer armados de fusil á los hombres que había sacado del cuartel.

Marica y su guardián fueron colocados á los pies del huerto, en la calle que lo limitaba por el sur. Era una especie de callejón sin casas, formado por las paredes de los huertos que ahí venían á terminar, lo que se llamó más tarde la calle de Nataniel. Como á una cuadra de distancia de este centinela, hacia el oriente, Villalobos colocó otro. Ninguno de los dos tenía fusil, porque se consideraban esos puestos como los menos importantes. Según el cabo, los que intentasen salir de la casa, lo harían sin duda por la puerta que había dado entrada al coronel Laramonte, al pie del huerto.

San Bruno hizo una rápida inspección de los dos costados que formaban el sitio ocupado por la casa. El del frente daba sobre lo que hoy es la Alameda de las Delicias, entonces una especie de basural, con una vegetación enmarañada de malezas. El costado sobre la calle del sur, de una cuadra de fondo. El edificio de la casa, ocupaba al frente de un cuarto de cuadra y otro tanto sobre el costado. Ni el Capitán ni el cabo creyeron necesario extender su vigilancia por el callejón del sur más allá de los

límites designados al guardián de Marica y al otro centinela colocado á cerca de una cuadra de distancia. El frente y el costado fueron ocupados por doble guardia, sobre todo en la puerta del fondo del huerto, donde pusieron tres hombres, de los cuales dos con fusil, y bala en boca, según la expresión del tiempo. San Bruno empujó con fuerza esa puerta que, cerrada con llave por Laramonte, resistió á su esfuerzo.

Estos preparativos habían ocupado más de media hora. Cuando San Bruno y Villallobos volvieron á las inmediaciones de la gran puerta de la calle, daban las once. Por algunos instantes, en diversos puntos de la ciudad resonaron las voces lastimeras:

— ¡ Ave María purísima, las once han dado y sereno!

La noche era clara. Desde lo alto, las estrellas titilantes, con su sonrisa de hadas, enviaban á la tierra un manto de gasa diáfano y vaporoso, que la cubría como á una novia. Don Vicente no era accesible á esa poesía de misterio. Su idea tenaz de esbirro, su fiebre de persecución lo ataban á la tierra, como la ley de la pesantez sostiene las rocas sobre la superficie del globo.

— Vea usted si puede abrir la puerta, dijo al cabo.

Sacó Villalobos del bolsillo de su gabán un manojo de llaves ganzúas, instrumentos preparados de orden de don Vicente, en su afán de allanamientos y sorpresas de insurgentes. Después de algunos ensayos, una de las llaves hizo jugar el resorte de la chapa.

— Ya está abierta, mi Capitán, dijo el cabo con aire de triunfo, y en voz baja.

— Empuje usted suavemente, á no hacer ruido.

Tres hombres, tras de ellos, esperaban órdenes.

— Cuidado, sin hacer ruido, volvió á decir el Capitán.

Esperaba así sorprender á los de adentro, abriendo silenciosamente las puertas, hasta ocupar patios y pasadizos. Ninguno podría escapársele. El éxito justificaría aquella invasión nocturna, que podría alarmar el espíritu pacificador del general Osorio.

Pero la puerta no cedió.

— Un poco más fuerte, sostenga la mano derecha y empuje con la izquierda.

— Mi Capitán, no quiere abrir.

Don Vicente hizo un movimiento de impaciencia con la cabeza. Le parecía que Villalobos procedía con torpeza y

ensayó él mismo, confiando en su tacto de hombre nervioso. «Esto quiere más maña que fuerza, se decia». Nada, igual resistencia al vano esfuerzo.

— Está trancada. En tal caso, la haremos abrir por fuerza. Cabo, golpee usted fuerte.

Villalobos hizo resonar los golpes. Éstos fueron á poner en alarma á las dos parejas que, dentro de la casa, se contaban, ó se cantaban, sus cuitas, sus esperanzas, sus ambiciones de amor.

XXXVII

Trinidad llegó á su cuarto menos agitada. La Virgen, á la que en su tribulación había ofrecido una novena, la devota promesa del miedo, no la abandonaría. La astucia y el valor de Cámara la serenaban. Él sabría sacar á Laramonte del apurado trance. Un calor de esperanza la envolvía, como una madre cariñosa, y lo peligroso, lo fantástico de la aventura la entusiasmaba, ahora que creía salvado á su amante. Con la lucidez que le daba ese nuevo estado de ánimo, procedió á preparar la escena, á crearse una especie de cohartada, como diría un jurídico, arreglando, con metódica precipitación, las apariencias. Puso en desorden la cama, en la que aquella noche no se había acostado; soltó sobre la espalda, la riça onda de sus dorados cabellos y se dió en el traje, el aire de desaliño de una mujer á la que una alarma repentina, el ruido de un temblor, arranca violentamente del lecho. Pero los golpes se repitieron en la puerta, y la marea del miedo volvia rugiente, avanzaba cuando parecía haberse retirado, y venía á azotarle el corazón con sus olas preñadas de terror. ¿«Por qué golpeaban así? ¿quién podía venir á esas horas? Si Hermógenes no lograba evadirse, todo estaba perdido. ¿Cómo, en trance tan terrible, podría ella ocultar su turbación y su vergüenza»? Su imaginación le lanzaba esos problemas aterradores, como dardos inflamados. Por momentos le venía la convicción espantosa de estar perdida sin remedio. A los segundos golpes había sucedido un silencio. Solamente se oían allá en el fondo del tercer patio, los ladridos de Álpe y Ponto, que aumentaban, con su repetición porfiada de mastines alarmados, el pavoroso misterio de lo desconocido. Pero pronto oyó el sonido familiar de la puerta de la calle que se abría, y

luego después, resonaron voces en el primer patio, distintamente, con ruido de pasos cerca de la puerta de comunicación que daba al interior de la casa.

Abrióse en ese instante la puerta del cuarto. Doña Clarisa, siempre pálida, con las amarillentas mejillas de los desconsolados sin remedio, se adelantó en la estancia. Tenia la majestad del dolor aceptado, algo de la rigidez de una persona que se mueve bajo el imperio del sonambulismo. La chica, embargada por el terror del peligro cierto, de la catástrofe inminente, se apoyaba, la mirada vaga, al respaldo de una silla, buscando una actitud natural, una postura que no fuese denunciadora, sin fuerzas para moverse.

— Hija, ¿qué es lo que pasa? ¿qué serán esos golpes?

No obstante su dolor resignado á la muerte, su completo abandono de las esperanzas de la vida, la señora, sin darse cuenta de ello, venia á buscar la compañía de otra persona, en medio de la sorpresa de aquella alarma nocturna. La intimidaba ese ruido insólito, que tenia que ser, pensaba ella con el pesimismo de los desgraciados, un presagio de nuevas desventuras, de calamidades seguras, que no acabarian de caer sobre ellos, como una lluvia de fuego, mientras durase ese volcán en erupción de la reconquista.

— Yo no sé mamita, á mí me despertaron los golpes; parece como que hay gente en el patio.

— ¡Alguna nueva tropelia! ¡Que se haga la voluntad de Dios!

Ese lamento de resignación que sólo espera infortunios, esa conformidad cristiana ante las catástrofes de un destino implacable, encendieron en la chica aterrorizada, el fuego de un atroz remordimiento. «¡Ella tenia la culpa de todo eso! ¡Ella iba á atraer sobre esa pobre cabeza, doblegada por incesante congoja, la indeleble mancha de la deshonra, como un rayo de oprobio eterno!» Y se esforzaba, sin embargo, por disimular el vértigo de maldición, que la apretaba como un silicio, que le enterraba sus puntas aceradas más allá de la carne, en todo su ser moral, dándole impulsos violentos de arrojarse á los pies de su madre, de confesarle su maldad, con la desesperación del que se lanzara á un abismo en busca de la muerte, único medio de acallar los gritos vengadores de la conciencia.

Azorada, entró entonces Mañunga:

— Señorita, ¿qué hacemos? ¡están golpeando ahora en la puerta de la sala!

— Pregunta quién es, y qué quieren, dijo la señora sentándose, resignada á sufrir, á nuevos martirios que nunca podrian exceder á los ya sobrellevados.

Trinidad, entre tanto, con una mirada ansiosa, había buscado en los ojos de Mañunga algún indicio tranquilizador, algo que le anunciase que Laramonte estaba ya en salvo. Pero la criadita no había visto esa interrogación muda, ó no había podido contestarla. Salió precipitadamente, é hizo á los que golpeaban la pregunta:

— ¿Quién es? ¿qué quieren?

La voz de San Bruno le respondió en tono que no admitía réplica:

— Abra usted, de orden del Presidente, ó echo abajo la puerta.

— Voy á buscar la llave, aguárdese un poquito, dijo Mañunga temblando.

La llave estaba en la puerta, pero ella quería ganar tiempo. Cada minuto ganado le parecía un auxilio á la fuga del Coronel y de Cámara, cuyo paso por la entrada del huerto, Alpe y Ponto habían saludado con sus ladridos.

— Mandan abrir, señorita, á nombre del Presidente.

— Ábreles, ¿qué quieres que haga? contestó doña Clarisa. Tenía la fúnebre conformidad de un mortal desaliento reflejado en los ojos, que alzó al cielo en busca de la única protección que le quedaba.

San Bruno había tenido que golpear largo rato antes que oyese el ruido atronador de los golpes el negro Francisco, que dormía en el cuarto del zaguán, única pieza que entonces se destinaba en toda casa, al criado principal.

— Muy pesado tiene el sueño, amigo, le dijo el Capitán al entrar, hirviendo en impaciente cólera.

El negro reconoció la voz, sobre todo el acento imperioso, que ya había oído en la noche del apresamiento de don Alejandro Malsira. Intimidado, respondió con humildad:

— No había oído nada al principio, su merced.

Y acercaba al Capitán su cara, que en la oscuridad parecía más negra aún, como queriendo mostrarle la buena fe de la respuesta. Don Vicente le asestó en pleno rostro un feroz bofetón, exclamando:

— Eso le enseñará á tener el sueño más ligero, para no hacer esperar en la puerta á los servidores del Rey.

El negro rodó por el suelo, pidiendo perdón en mal arti-

culados sonidos. El dolor y el miedo hacían resonar su voz con acento desapacible, como gemidos de perro que ha recibido un latigazo.

Sin cuidarse de sus lamentos, San Bruno hizo registrar el cuarto del zaguán y encerrar después en él á Francisco bajo llave. Colocó dos hombres de guardia en la puerta de calle, haciéndola atrancar además, y se dirigió enseguida con su gente á la puerta de la sala. Mañunga, con su vehemente afán de ganar tiempo, se había detenido cerca de la puerta, sin torcer la llave.

Don Vicente marcó su impaciencia con nuevos y furiosos golpes.

— Aquí estoy, aquí estoy, no podía encontrarse la llave.

Sonó ésta en la cerradura y abrióse la puerta. Con la vela, que tenía en una mano, alumbró á los que aparecieron delante de ella. La criadita reculó espantada ante los ojos sombríos y la torva expresión del rostro de don Vicente. La idea del tiempo trascurrido desde los primeros golpes á la puerta de calle, lo encendía de furor. Su presa había sin duda tenido tiempo de escapársele, y aunque en todo caso, los fugitivos serían cogidos por sus hombres á la salida, aquella demora en abrir una y otra puerta, le parecía un desacato imperdonable.

— Déme usted esa luz, dijo á la criadita.

Y tomándole con la izquierda la palmatoria, le asestó un furibundo golpe en la mejilla con el revés de la derecha. La palmada resonó en toda la pieza, clara y seca, seguida de un grito de Mañunga. Como el negro, había caído al suelo lamentándose. Pero don Vicente no le dejó tiempo de sumirse en su quebranto. De un puntapié la hizo alzarse al instante.

— ¡Levántese la perra insurgente y tome su vela! Ahora muéstreme donde está la dueña de casa. Ustedes, dijo á Villalobos, exploren mientras tanto, todas las piezas y apodérense de cuantas personas encuentren, hombres y mujeres.

Mañunga, llorando, más de rabia que de dolor, condujo al Capitán á la sala principal, donde se encontraban doña Clarisa y Trinidad. Se habían mirado la una á la otra con inquieta angustia, al oir los lamentos de Mañunga. La tempestad estaba sobre ellas, y el terror del abandono, de la completa falta de protección, las anonadaba. Trinidad seguía el tema de su amargo remordimiento. « ¡Ella tenía la

culpa de todo! ¡Ella atraía sobre su pobre madre, esqueletada con los pesares, esa tormenta del cielo!» Y el silicio le entraba sus puntas aceradas, en un abrazo de fuego; le hacía verter lágrimas de sangre sobre su triste corazón, como de la carne, que una llama voraz hace verter gota á gota su sangriento jugo.

El Capitán entró con el aire adusto ante el que temblaban sus soldados en la revista. Sin descubrirse, con un soberbio desprecio por esa canalla insurgente, fijó su mirada de águila hambrienta sobre la madre y la hija. Lentamente, pasó después la vista por el cuarto, bajo los muebles, por todas partes donde una persona hubiera podido ocultarse. La señora, vuelta de su estupor, tuvo un despertar de su dignidad de patricia:

— ¿Podré saber señor, dijo con voz entera, por qué se atropella á estas horas de la noche nuestra casa, donde sólo hay mujeres indefensas?

— Porque las mujeres indefensas dan asilo en su casa á enemigos del Rey, señora insurgente.

— No comprendo lo que usted quiere decir, exclamó la señora con verdadera extrañeza.

Trinidad se sentía desfallecer. El relámpago había inundado la estancia con su resplandor de amenaza; el rayo iba á caer á sus plantas, con el estrépito de la destrucción y de la muerte. Las palabras del Capitán decían, á no dudarlo, que todo estaba descubierto.

— Se lo voy á decir á usted muy claro. En esta casa se encuentra oculto un sirviente de ustedes, un llamado Cámara, el asesino de un soldado de Su Majestad. Si quieren ustedes evitarse graves males, apresúrense á entregarlo.

No quería hablar de Laramonte. Reservaba esa carta como el último recurso de su juego. Su ambición principal era la captura del soldado patriota, y si era dable lograrla sin hablar del jefe realista, su superior, prefería callarse sobre él por ahora, y guardar para otra ocasión oportuna el secreto con que podría perderlo. Pero esto era un simple cálculo, que estaba resuelto á modificar cuando fuese necesario. Mientras tanto, doña Clarisa estaba persuadida de que el perseguidor de los patriotas, el hombre que le había arrebatado, en noche aciaga, su marido, procedía por algún falso denuncio. En medio de su aflicción inconsolable, sintió una satisfacción orgullosa, la primera desde su viudez, de contestarle:

— Búsquelo usted, puesto que está tan seguro de que se encuentra aquí.

— Lo están buscando, pierda usted cuidado; pero si ustedes no quieren incurrir en la indignación del señor Presidente, harán mejor en evitarme esa pesquisa.

La madre y la hija se callaron. La señora, triunfante, nada tenía que temer si se trataba de Cámara, que jamás había vuelto á su casa desde el 7 de febrero. La chica, por el contrario, bajaba la vista, sobrecogida de terror, temblándole el cuerpo, con la ansiedad desorganizadora de la persona á quien van á hacer una operación peligrosa.

Don Vicente se divertía mucho con la escena. Iba detallando sus sensaciones con la pausada ciencia del glotón. Su gula era ver sufrir á los insurgentes. Tenía su triunfo asegurado. Ya no volvería el general Osorio á preguntarle con un tonito semi-burlón, si había cogido al asesino del centinela, « al fantástico Cámara ». Aquellas dos insurgentes creían burlarse de él; ya verían si alguien puede reirse del capitán San Bruno.

— Hable usted, chica; usted debe saber dónde está Cámara; usted debe saber que el hombre no estaba solo.

El acento era burlón. Los labios, lanzando al espacio el humo del cigarrillo que había encendido en la vela, dibujaban un gesto fúnebre remedando una sonrisa, que acentuaba su aire de cruel satisfacción. La pobre chica, con el hielo en el alma, buscó cómo ablandarlo, con esa mirada de profunda súplica que los creyentes, al orar, fijan en los santos, para pedirles la piedad infinita de un milagro.

— Señor, yo no sé nada. ¿Qué le hemos hecho nosotras para que nos persiga así? ¿Por qué no tiene piedad de nuestra aflicción?

« Tal vez se compadecería viéndola tan humilde, oyendo su voz de plegaria, su clamor de miserable postración. Pero su madre se había vuelto hacia ella con estupor. ¿Qué quería decir esa súplica al verdugo de su familia, esa humillación estéril, indigna de los Malsira? »

— Nada tenemos, hija, que pedir á este hombre, exclamó con dignidad melancólica; déjalo que haga registrar la casa, todo es un pretexto para mortificarnos.

— Gaste menos soberbia la abuela y cuide mejor su casa, vociferó don Vicente con sorna, lanzando el humo de su cigarrillo por boca y narices, como buen fumador que sabe tragar el humo. Luego añadió:

— Vamos, chica, resuélvase usted; Cámara no estaba solo; Cámara y otro están ocultos en la casa. Vamos, ya ve usted que yo sé lo que digo. ¡Ea! un buen ánimo, y salga usted de apuros!

Le ofrecía de este modo una transacción: « entregue usted á Cámara y no diré nada del Coronel ». Por supuesto que don Vicente se reservaba *in petto* el violar la transacción después, si así le convenía. Para él la palabra empeñada sólo regía mientras era conveniente á sus propósitos. Pero Trinidad prefería morir, prefería deshonrarse, antes que denunciar al hombre que se había comprometido á salvar á Hermógenes. Bajó la vista con la resignación del sacrificio, sin fuerzas para continuar semejante lucha, en la que de antemano estaba segura de ser vencida. Por otra parte, el tiempo había corrido ya, y su esperanza de que los fugitivos estuviesen en salvo, se convertía en certidumbre.

La llegada del cabo Villalobos la confirmó en esa esperanza.

— Mi Capitán, nada hemos encontrado, dijo, saludando militarmente.

San Bruno, de burlón, se tornó en iracundo. « Villalobos y su gente eran unos estúpidos. Él les enseñaría á registrar. Bien podían prepararse á recibir después unos veinticinco palos cada uno ». Hablando, se dirigía furioso á la puerta. Antes de salir se volvió hacia la madre y la hija:

— Y ustedes, la vieja y la chica, cuidado con moverse de aquí.

Cerró la puerta con un estrepitoso golpe. Afuera encontró á Mañunga, sentada sobre los ladrillos del corredor, al lado de la puerta. Á pesar de su aflicción y su miedo, ella no había querido abandonar á sus señoritas. Como un perro fiel, velaba por ellas, dispuesta á ofrecerse en sacrificio por salvarlas. Don Vicente la cogió con violencia de un brazo y la hizo ponerse de pie.

— Tome usted la luz, le dijo, y muéstrenos el camino del huerto.

Mañunga caminó delante, San Bruno y sus hombres la seguían. La criadita habría querido todavía ganar tiempo para los fugitivos; pero no había medio de hacerlo. En la turbación causada por los golpes que produjeron el gran trastorno y la apresurada salida de Laramonte y de Cámara, había olvidado sacar la llave de la puerta que daba al huerto. Hubo un momento de indecisión en los que mar-

chaban tras de ella. Alpe y Ponto se habian puesto á ladrar con furia. Mañunga les hablaba con tibieza, casi excitándolos á que continuasen su concierto infernal.

— Si no hace usted callar inmediatamente esos perros, los haré matar ahora mismo, le dijo el Capitán fuera de sí.

Todo obstáculo lo encendía en ira, porque empezaba á temer que se le escapase la presa. Lo infructuoso de la pesquisa en el interior de la casa y el no recibir ningún anuncio de los guardianes de fuera, lo ponía de más en más inquieto, de más en más iracundo.

Mañunga no consiguió apaciguar á los perros, que se quedaron gruñendo, para manifestar que obedecian de mala gana, que todos aquellos hombres les eran profundamente sospechosos.

— ¡Cállense, insurgentes! les dijo Villalobos, que cerraba la marcha.

Á su juicio no podía arrojarles mayor insulto.

San Bruno lanzó sus hombres en todas direcciones por el huerto. Los bosques de cicuta, los matorrales de palqui, las altas yerbas, todo fué explorado con prolijidad. El Capitán estaba en todas partes, hundía su espada con fuerza en todo punto donde el cuerpo de un hombre hubiera podido ocultarse. Y renegaba en su interior, cada vez más irritado y colérico; pero sin dejarlo traslucir, guardando la digna compostura del que está seguro del triunfo.

Cuando ningún rincón quedaba por examinar, volvió á su convicción del principio, que los dos hombres debian haberse guarecido en algún escondite secreto, de los que habia en muchas casas de revolucionarios en aquel tiempo de agitaciones y persecuciones.

— Vuelvan ustedes á registrar por toda la casa, dijo á Villalobos. Es preciso subir á los entablados del techo, no dejar rincón, ni pared, ni mueble por examinar.

Pero al tiempo que la tropa se ponía en marcha, oyóse resonar distintamente del lado de afuera, el agudo silbido, el *piteo* de los centinelas, en el callejón del sur. Los pitos pedian socorro, indicaban algún incidente grave con sus silbos reiterados y penetrantes, que en el silencio se repercutian como un eco á distancia.

— ¡Ah, ah! exclamó San Bruno triunfante, los han cogido fuera. Cabo, corra usted por la puerta de calle con

dos hombres, mientras que yo con los otros voy á buscar una salida por la puerta del fondo.

Fué menester acudir á los culatazos para abrir esa puerta, cuya llave había guardado Laramonte al entrar al huerto. Aunque vieja, la puerta era bastante sólida y resistió á los primeros ataques durante algunos momentos. Al fin consiguieron hacer saltar la chapa y se lanzaron, después de dejar ahí don Vicente un centinela, en dirección al punto donde los silbidos resonaban.

Laramonte y Cámara, mientras el Capitán se hacía abrir y registraba la casa, habían atravesado rápidamente el huerto, salvado la pared divisoria con el sitio vecino, que no era de gran elevación y llegado á la que deslindaba á este sitio con la calle. La precipitación de la marcha no les había permitido cambiar más que las palabras indispensables para concertar sus movimientos, en medio de la oscuridad, por entre las parras de la viña que cubrían la mayor parte de aquel huerto. Uno y otro, mientras habían marchado á paso de trote, pensaban, sin embargo, á su manera, en la singular aventura que los reunía. Las ideas de Cámara giraban en un círculo estrecho. «¡Buena cosa, tener que sacar de apuro á un godo, en vez de ajustarle una buena puñalada!» Le parecía que traicionaba la causa de la patria, él que se jactaba de ser «patriota como nadie, patriota hasta la muerte». Pero su dogma de fidelidad á sus patrones refrenaba su instinto batallador. Su señorita Trinidad le había dicho que él le respondía del godo y «no había remedio», era preciso salvarlo.

El Coronel, mientras tanto, iba profundamente arrepentido de haber expuesto á la chica á la penosa situación en que la dejaba. Se decía que al sacarla del convento la situación era distinta, porque un casamiento inmediato habría puesto la honra de la joven á cubierto de todo ataque, mientras que si en aquel trance no lograba escapar sin que lo descubriesen, las dificultades de una reparación serían insuperables. Trinidad pasaría simplemente por su querida. Se diría que no era aquella la primera vez que entraba clandestinamente á reunirse con la chica, y toda la sociedad patriota temblaría de indignación, en presencia de tamaña afrenta. Esas reflexiones lo condujeron á la convicción de que no debía excusar sacrificio alguno para salvar el honor de Trinidad, aun hasta huír si era perseguido: ¡doloroso sacrificio para su orgullo de soldado!

Al pie de la pared, Cámara parecía indeciso. Su instinto araucano lo hacía precavido, á pesar de su valor incontrastable.

— No será mucho que *haigan* puesto centinelas de este lado también, dijo, resumiendo sus reflexiones, aguárdese aquí, yo voy á asomarme primero.

— ¿Por dónde? preguntó Hermógenes, midiendo con la vista la elevación de la pared.

Era una pared de adobón hasta la altura de tres varas sobre el suelo, con una vara más de adobe, terminada por una barda de teja, asentada sobre barro con paja.

— Por aquel peral, yo soy *baqueano* por aquí.

Señalaba un árbol corpulento cuyas ramas sobrepasaban la altura de la pared, plantado á muy corta distancia de ésta. Uniendo la acción á la palabra, trepó con agilidad por el tronco y llegó en poco rato á poder apoyarse, como recostado, sobre la barda. Desde ahí, avanzando cautelosamente la cabeza, se puso en observación. La calle tenía la quietud de la soledad y de la noche.

Nada pudo distinguir en el primer momento; pero no tardaron sus ojos en acostumbrarse á la oscuridad y en poder ir alejando poco á poco su horizonte visual. Aquella observación duró más de un minuto. El Coronel, en la forzada inacción, se impacientaba. Tener por guía, por salvador forzoso, á un soldado patriota, cuyo nombre había oído ya mencionar repetidas veces, como el del asesino del centinela de la cárcel, le parecía una dura prueba, una lección severa de la suerte, á la que solamente se sometía por Trinidad. Pero su meditación no pudo continuar. Cámara había bajado del árbol á darle cuenta de su inspección de la calle.

— Se divisan dos bultos, dijo, uno á la derecha, cerca de la esquina, y otro á la izquierda. Seguro que son centinelas. El de la izquierda se pasea á lo ancho de la calle.

Laramonte miró con despecho al cielo. El destino se conjuraba contra él. Si había gente vigilando la calle, sería menester trabar una lucha, ó darse á conocer, para franquearse el paso. Pero no había tiempo que perder. Los que habían golpeado á la puerta de calle, podrían estender sus pesquisas hasta el punto donde ellos se encontraban. Su impetuosa organización, por otra parte, no le permitía resignarse á esperar ahí toda la noche, y había prometido al oficial de guardia llegar al cuartel antes del toque de diana.

— Pues si hay gente de los dos lados, dijo, no será posible pasar sin que nos vean. Subamos, y cuando estemos en la calle, yo tomaré á la izquierda, que es mi camino, y usted se irá por la derecha.

— Si nos separamos, yo no puedo responder de lo que pueda pasarle á usted.

Á pesar de su deseo de cumplir su misión, Cámara no podia dominar su orgullo de soldado patriota, hasta tratar al Coronel como un superior, diciéndole su merced, como habría dicho á un caballero chileno. Para él, un español era un « godo pícaro » y lo trataba como igual diciéndole usted. Pero el altivo realista no pudo tolerar el aire de protección que parecía encubrir la frase de su guía.

— Yo sé cuidarme solo muy bien; no tengo necesidad de que usted me defienda, le dijo con acento altanero.

— Yo no le digo que tenga miedo; pero la señorita me ordenó que lo sacase de aquí y que le respondiese de usted. ¿Cómo le respondo, pues, si usted quiere irse así no más, para que lo sujeten?

— También me sujetarán si voy con usted.

— Si va conmigo, sí, pues; pero yo puedo hacer que nadie lo vea.

Hermógenes miró al rotito con incrédula curiosidad. El aire de absoluta confianza con que hablaba lo puso, sin embargo, perplejo. ¿Era aquel un simple jactancioso, ó realmente tenía algún medio de conseguir lo que decia?

— Muy difícil me parece eso, dijo acentuando su incredulidad, con un movimiento de la cabeza casi desdeñoso.

Cámara explicó entonces la idea que le había ocurrido, mientras estaba en observación sobre la tapia. « Solamente habia un medio como él pudiese responder de que el Coronel no sería detenido por uno de los centinelas. Dejar libre la calle por la izquierda, haciendo reunirse el centinela de ese punto con el que se hallaba de facción á la derecha ».

— Los dos subimos sobre la tapia, ¿no ve? y cuando estemos encima, yo me dejo rodar al suelo despacito y emprendo la carrera á la derecha. Seguro que el centinela de la izquierda se pone á seguirme, y entonces, en cuanto pase, usted se deja caer también y se *manda cambiar* por ese lado, sin que nadie lo vea.

Acostumbrado ya á los modismos con que el pueblo ha engalanado en Chile la lengua madre, Hermógenes comprendió que Cámara le proponía deslizarse por la pared

primeramente y llamar así la atención de los que custodiaban la calle, á fin de que él pudiese huír por la izquierda, sin ser perseguido. El rotito se proponía simplemente ejecutar un acto de heroísmo por salvarlo. Y era el mismo hombre que, sin duda por odio á los españoles, había ejecutado el acto temerario de la plaza de armas. El Coronel no acertaba á explicarse la mezcla de grandeza y de ferocidad, que impulsa con misteriosa fuerza el oscuro cerebro del pueblo. Un vivo interés por el hombre fué el sentimiento que se despertó en él, á presencia de la sencilla naturalidad con que hablaba de exponer su vida por cumplir el encargo de la que él llamaba su señorita.

— ¡Pero hombre! exclamó con su levantado espíritu de hidalguía, lo que usted me propone es sacrificarse por mí! yo no puedo consentir en ello.

— ¡Y por qué me *hei* de sacrificar! ¿Qué se le figura que los maturrangos son capaces de alcanzarme? También tengo mi cuchillo para defenderme, si me pillan.

El hombre daba esta contestación casi sonriéndose, con la fe fatalista de los valientes en presencia del peligro, y añadió en seguida, como un argumento irredargüíble, con los ojos brillantes de orgullosa decisión :

— ¡Y si me toca, me toca! pues ¿qué hay con eso? *ei* veremos si yo sé defenderme.

Á pesar de la preocupación del momento, el Coronel pensó en que con hombres del temple del rotito, en el que veía un genuino representante de esa raza que tres siglos de lucha no habían podido vencer, la completa reconquista de Chile no estaba terminada todavía. Pero la necesidad de la acción inmediata no le dejó detenerse en ese pensamiento.

— No dudo de que usted sepa defenderse, replicó; pero si los hombres son dos, yo no puedo dejar á usted solo contra ellos.

— ¡No esté hablando, señor! ¡como si yo no tuviera para dos! ¿quiére que le diga más? esos hombres tienen que ser Talaveras, y lo conocerían á usted al tiro. ¡Buenas quedaban las señoritas, cuando ellos contasen que lo habían visto á usted salir de la casa! ¡Todos se pondrían después á decir que ellas están por los godos!

Cámara tenía su lógica. Para él, nada podía decirse de más ofensivo de una familia chilena. No miraba el asunto bajo el punto de vista de la honra de Trinidad. Sus nocio-

nes en punto al decoro femenil, eran escasas y confusas. Pero en lo que veía claro, era en lo que tocaba á la cuestión patriótica. Estar con los godos era, según él, la degradación final del ser humano. Su áspera franqueza, en vez de ofender al Coronel, lo llamó al sentimiento de su deber para con Trinidad. Por ella debía sacrificar sus escrúpulos de hidalgo y admitir el arriesgado servicio que le ofrecía Cámara. Pensó también que, el exponerse á ser reconocido por los soldados del cuartel donde sufría su arresto, sería comprometer sin remedio la suerte del oficial que le había permitido salir.

— Tiene usted razón, dijo, es preciso que yo trate de escapar sin que me vean.

— De juro, pues, no hay más que pensar. Entonces, suba, pues, y afírmese en mí.

Le presentaba un hombro al decir esto, inclinándose, á fin de que Hermógenes se apoyase sobre él, para escalar la pared.

— Un momento, le dijo el Coronel, usted va á hacerme un gran servicio con peligro de su persona y no podré ya en adelante considerarlo como un enemigo.

— Patrón, hágase patriota entonces, ¿quiere? ¡ya está! exclamó el rotito con sencillo entusiasmo, como si le propusiese una idea salvadora.

Hermógenes no pudo menos que sonreírse de la ingenuidad de su protector.

— Tome usted este anillo en recuerdo mío y seremos amigos en adelante.

— ¿Y qué quiere que haga con su sortija? Yo no lo he venido acompañando por paga, sino porque me lo mandó misiá Trinidad.

— El anillo no vale nada, se lo ofrezco á usted como un recuerdo y como una prueba de que reconozco en usted un valiente.

— Así no más somos toditos en la patria, dijo Cámara con orgullo, aceptando como muy natural el elogio del Coronel; pero si quiere darme algo, añadió, ¿por que no me da esa pistola que tiene en la cintura?

— Se la daré con gusto si usted me jura no emplearla nunca contra ningún realista.

— ¡Qué gracia! entonces, ¿para qué me servía, pues? Guárdesela también y vamos andando.

Oyéronse en ese instante, á lo lejos, los ladridos con que

Ponto y Alpe saludaban la entrada de San Bruno y su tropa, al patio colindante con el huerto.

— Esos son los perros de la casa, ahora hay que darse priesa, dijo Cámara.

Al mismo tiempo presentaba de nuevo el hombro, sobre el que puso Hermógenes un pie, y alzándose sobre este apoyo, pudo, después de haber hecho caer algunas tejas, felizmente del lado del huerto, trepar sobre la barda de la pared y tomar la postura recomendada por Cámara. Éste, cuando hubo ayudado al Coronel, volvió á subir por el peral, y se encontró luego al lado de Laramonte.

— Ahora, no se mueva, y déjeme ver qué hacen los centinelas.

Miró atentamente de uno y otro lado, á lo largo de la calle silenciosa. Su vista, acostumbrada á la oscuridad, descubrió pronto al centinela de la izquierda.

— Allá está uno, se está paseando.

Y como si dirigiera la palabra al que se paseaba, añadió con sorna:

— ¡No te vayas á cansar hombre! tendrás frío en los pies cuando te paseas tanto!

Miraba al mismo tiempo hacia la derecha, y continuaba á poco su monólogo.

— Allá también está el otro... pero no parece estar solo, se ve otro bulto. ¡Á Dios, diantre! ¡Entonces van á ser tres! Mejor, así nos divertiremos más!

El otro bulto que Cámara no alcanzaba á ver confusamente, era el de Marica, entregada á la custodia del soldado que la había aprehendido. La chica, volviendo á su sistema de seducción, había continuado sus esfuerzos por conseguir su libertad. Pero las recomendaciones de Villalobos y la perspectiva de los azotes, habían robustecido la vacilante virtud del hijo de Marte. El cabo le había dicho: «y no se olvide que si deja arrancarse á la muchacha, mi Capitán le hará dar á usted por lo menos cincuenta palos». Las tentadoras insinuaciones de Marica no alcanzaban á traspasar la coraza, con que el miedo de los azotes y ese prestigio pavoroso de la disciplina militar, lo revestían.

— Vaya, pues, no se esté haciendo sordo, le decía ella, con voz de amorosa queja, estrechándose junto á él y haciendo brillar en la penumbra sus ojos de fuego; ¿qué le cuesta?

El soldado, para conservar su fuerza, contestaba con alguna proposición atrevida de pago anticipado, riéndose, haciendo un ensayo por si acaso, con la insolente grosería que el silencio y la noche favorecian.

— Déjante, no pues, ¿ qué me ha visto cara de lesa? replicaba Marica; déjeme irme, y verá después si soy mujer de palabra.

La discusión no habia variado de tema, cuando Laramonte y Cámara se encontraban en observación sobre la pared.

— Bueno, pues, ya es tiempo, dijo el soldado patriota. Y explicó su plan.

— Yo me voy á descolgar despacito y prendo la carrera por la derecha, donde están los dos bultos. Lueguito que me vean, se ponen á pitear seguro, para llamar al otro de la izquierda; y como éste ha de ir donde lo llamen, la calle ha de quedar libre. Entonces, patrón, no hay que perder tiempo; baje ligerito y *pies para qué te quiero*, no más, hasta que llegue á su casa.

Mientras hablaba desprendia dos ó tres tejas de la barda, para no hacerlas caer al bajar, y las arrojaba del lado del huerto. Hecho esto, buscó un punto de apoyo de donde asirse, á fin de no caer al suelo de golpe, haciendo ruido.

— Aguarde usted, le dijo Laramonte iluminado por una idea.

Sacó del bolsillo un pañuelo y pasó la punta á Cámara.

— Tómese de ahí, yo mantendré firme y usted podrá deslizarse con toda felicidad.

— ¡Superior! exclamó el rotito entusiasmado, y añadió al envolver la punta del pañuelo alrededor de la mano derecha:

— No le digo, patrón, ¡ qué lastima que no sea patriota!

— Gracias, prefiero el servicio del Rey, cada uno con lo suyo, contestó sonriéndose el Coronel, mientras Cámara, sujetándose del pañuelo, dejó caer el cuerpo á lo largo de la tapia, y llegó suavemente al suelo sin grande esfuerzo. Ahí se quedó inmóvil un instante.

— Patrón, dijo desde abajo, nadita que me han sentido.

— Abur, amigo, y que Dios le ayude, le contestó Hermógenes, admirando la serenidad con que el plebeyo iba á arrostrar un peligro de muerte por salvarlo.

— Amén, también sé ayudar á misa, replicó Cámara, es-

forzándose por hacer llegar su voz hasta el Coronel; pero sin darle su entonación natural.

Á pesar del sereno valor de que aquellos dos hombres estaban dotados, uno y otro experimentaron al separarse así, con palabras casi de broma, una emoción intensa. Ambos sentían la solemnidad del momento. El alegre asistente del mayor Robles iba á jugar su vida en un acto de caballeresca audacia. El Coronel jugaba la honra de la mujer amada, y por ella admitia con rubor de su orgullo de soldado, que otro se sacrificase por él.

En su rudo lenguje, Cámara, mientras exploraba con penetrantes ojos el espacio, se decia: «si me pillan los pícaros godos, seguro que me afusilan». Pero la proximidad del peligro le encendia el cerebro, cual si bebiese un licor generoso. La idea de la lucha le hacia palpitar el corazón con una especie de alegria salvaje, con impetus de destrucción y de sangre, que comunicaban á sus nervios, á todos sus músculos, un vigor arrogante de gallo que se apercibe á la pelea. Con amor, como se acaricia una esperanza, apretaba al mismo tiempo la cacha de su puñal.

Mientras tanto, Hermógenes, palpitante, esperaba.

El misterio de la oscuridad y del silencio envolvia á esos dos hombres de enemigos bandos, á los que el destino, en sus caprichos, habia unido en aquella excursión nocturna, con una indefinible simpatia.

Cámara, sin embargo, no se detuvo largo rato á reflexionar. La proximidad del enemigo lo atraia con la fascinación de la luz sobre los insectos alados. Su plan, trazado por su audacia, estaba ya perfectameme definido en su imaginación. Atravesar la calle, arrastrándose sobre el pecho, como un niño que gatea; deslizarse cautelosamente á lo largo de la pared hasta donde fuera posible sin ser visto; correr á todo escape, tan pronto como se encontrase á una distancia donde ya no le fuese dado ocultarse al centinela de la derecha; pasar, si podia, pero si no, combatir mientras tuviese aliento,

Sin vacilar se tendió sobre el suelo y empezó á arrastrarse, apoyándose sobre las manos. Con ansiosa mirada, Laramonte, desde lo alto de la pared, vió avanzarse aquel bulto, que se le figuraba algún animal informe, de esos que se atribuyen á la vida antidiluviana, y llegar poco á poco, á la orilla opuesta de la calle. Ahi alcanzó á verlo que se

incorporaba, y en el espacio de un suspiro, con la vaga presteza con que se desvanecen las visiones de un sueño, el bulto se perdió entre las sombras, sin dejar rastro, como un objeto que cae en una agua profunda. ¡Era el momento decisivo!

Hermógenes buscó a tientas el punto que acaba de servir de apoyo á Cámara y levantó un poco la cabeza para oír mejor. El corazón le palpitaba con violencia y en aquel silencio, en aquella oscuridad que no le permitía distinguir los objetos á la distancia, un malestar nervioso, como el de los que se asustan con los tiros de arma de fuego y esperan una detonación, lo mortificaba. La idea de dejar sacrificarse al rotito, en vez de haber bajado á correr su suerte, le empezaba á parecer monstruosa. «¡El coronel Laramonte, que deja que maten á un hombre por salvarse, porque nadie lo vea!» Su rubor le enviaba ese sarcasmo como una acusación vergonzosa. El inquieto esperar duró poco. El pito del centinela de la derecha resonó con entonaciones de alarma. Luego, en confuso ruido, voces humanas, voces descompasadas de riña, turbaron el silencio. Un instante después, el centinela que Cámara había señalado á la izquierda pasaba por delante del joven, haciendo sonar su pito con silbidos que la carrera hacía irregulares y disparatados. Aquel era el momento previsto por el roto patriota, para escapar por la izquierda. El Coronel amarró solidamente su pañuelo á una de las vigas de la barda, en el punto donde Cámara había sacado las tejas, y asido de las puntas que sobresalian del nudo, se dejó caer al suelo. Ahí se detuvo vacilante, un brevísimo momento. Una lucha violenta se había trabado en su espíritu. Su corazón de soldado, todo su impulso generoso de hidalgo, lo empujaba al al punto donde Camára se batía sin duda, contra un enemigo superior. Pero las voces habían cesado y la imagen de Trinidad le sugería el convencimiento de un interés superior, el de la salvación de su honra, que él, con su imprudencia, había comprometido. Su imaginación volvió á repetirle también con viva lucidez lo absurdo de ese movimiento de su alma. Por auxiliar á aquel hombre, que al fin cumplía una orden de quien podía dársela, él iría á combatir con soldados del Rey, y á perder seguramente al oficial que le había permitido salir de su arresto, bajo palabra de honor de no comprometerlo.

— ¡Qué hacerle! exclamó mentalmente.

Volvió la espalda al punto donde la suerte del soldado patriota debia haberse decidido ya y se alejó en dirección opuesta, manteniéndose apegado á la pared, buscando la sombra, como un criminal, descontento de su estrella, rabioso de aquel contraste, que habia cambiado en tormento su aventura nocturna.

Cámara se encontró detenido en su fuga por el centinela de la derecha, que alcanzó á divisarlo á la distancia. Al verse descubierto, el soldado patriota, emprendió una furiosa carrera, con la esperanza de sorprender al centinela por la audacia de esta rápida maniobra, esperando que éste no se atreviese á cerrarle el camino.

Al llegar donde se hallaba el centinela, vió que su esperanza era vana. El hombre, después de llamar con su pito lo aguardaba de pie firme, en medio de la calle, con sable en mano, en actitud de disputarle el paso á viva fuerza.

— Alto ahí, le gritó con voz imperiosa.

— ¿Qué es lo que hay? ¿por qué no deja pasar? dijo la voz jadeante del rotito.

Al hablar descubrió el otro bulto que habia divisado desde lejos: una forma de mujer que se tapaba la cara con el rebozo. Picaresco de carácter, el rotito se puso de buen humor: pelear en presencia de una dama le parecia una buena suerte, después de los largos meses de ocio militar en que habia vejetado.

El centinela le contestó blandiendo el sable.

— Entréguese preso.

— No seais tonto, hombre, envaina el *chafalote* y *andá* á platicar con la prenda, que está ahi tan acurrucada.

Mientras decia esto, riéndose, Cámara se sacaba el poncho y se envolvia con él el brazo y la mano izquierdos, al mismo tiempo que con la derecha tiraba el puñal del cinto.

— ¡Rindase el perro insurgente! exclamó el soldado de Talavera, exasperado por la burla del rotito.

Con la exclamación hizo ademán de atacarlo, levantando el sable. De un salto, como la fiera que se lanza sobre su presa, con una agilidad de gimnástico de profesión, hallóse Cámara junto al soldado, antes que éste hubiese podido descargar el golpe, y le clavó el puñal en el pecho, parando al mismo tiempo, con el brazo del poncho, el sablazo, que cayó sobre él simultáneamente con la puñalada.

— ¡Un godo al infierno!, exclamó triunfante el rotito, al

ver al soldado caer de espalda, dando un quejido y abriendo los brazos en busca de algún apoyo.

Rápido se lanzó sobre él y le arrancó el sable que convulsivamente apretaba. Al enderezarse, vió que á pocos pasos llegaba sobre él el otro soldado.

— ¡Ríndete, perro insurgente! le gritó éste.

— ¡Entonces es refrán! *Mirá* lo que le ha pasado á tu compañero por decirme que me rinda. ¡El soldado chileno no se rinde, eso está bueno para los maturrangos como tú!

Su voz era burlona, y al hablar se había puesto en actitud de combate, orgullosamente plantado frente al enemigo, con el sable que acababa de coger en la diestra, y el puñal, como arma de reserva, en la izquierda.

El que llegaba, al ver á su compañero retorciéndose sobre el suelo, comprendió que tenía que habérselas con un formidable adversario, y se puso prudente, sin atreverse á principiar el ataque.

— *Vení* pues á tomarme preso, le decía Cámara; ¡adiós diantre! Ya te entró miedo, godo falso. ¿Para eso te trajeron de Goda? Mejor será que pidáis perdón.

Arremetió entonces con furibunda rabia sobre el soldado, confundiéndolo con sus saltos, con sus ataques imprevistos de frente y de costado, turbándolo con sus burlas, que le lanzaba con cada mandoble. El Talavera se defendía con serenidad y con método, sin tomar la ofensiva. Pero sin darse cuenta de sus movimientos y confundido por la hostilidad de su terrible enemigo, reculaba instintivamente hacia la pared, para cubrirse la espalda. Mas en ese momento el ímpetu de Cámara se encontró paralizado por algo que le cogía una pierna; una mano venía del suelo y se aferraba á él con rigidez que le parecía metálica. Era el soldado herido, que, arrastrándose poco á poco, había llegado hasta coger á Cámara por sobre el tobillo y le impedía los ágiles movimientos con que tenía confundido á su contendor. El soldado patriota se sintió perdido. Los esfuerzos del que así lo ponía en condición tan inferior, lo obligaban á defenderse en vez de atacar, y si el hombre herido llegaba á incorporarse, podía dejarlo expuesto, casi indefenso, á los golpes de su compañero de armas. Con un rugido de ira, formulado en una de las imprecaciones más enérgicas del castellano, Cámara hizo un supremo esfuerzo para desasirse de aquel grillo de fierro, que lo inhabilitaba para la defensa.

— ¡No lo suelte! compañero, ¡no lo suelte!, gritaba al herido el otro combatiente, y saliendo de la defensiva, arremetía sobre Cámara con vigorosa decisión.

Pero éste paró el ataque, sin perder su serenidad, y simulando replicar, con un tremendo golpe, hizo recular al agresor y dejó caer todo el peso del hachazo sobre el que lo sujetaba de la pierna. El herido, con un lamento de dolor, soltó su presa, sobre la que caía ya el otro en el mismo instante.

Mas en el propio momento se alzó tras de él, de un salto, Marica, que bien había reconocido á su triunfante galán. Sacándose con ligereza el rebozo, lo arrojó por la espalda sobre la cabeza del soldado realista, y lo dejó así, instantáneamente, sin movimiento.

— Bien laceado el manco, exclamó Cámara, tirando el sable al suelo y arrojándose, puñal en mano, sobre su adversario.

— No me mate, estoy rendido, gritaba éste, con voz ahogada por el rebozo de Marica.

Pero el rotito no entendía de *lesuras*, como él decía, y para él, el enemigo á los pies, era siempre el enemigo.

— También vos estáis de más, godo pícaro, como todos los godos, fué su respuesta, y le asestó una puñalada feroz en el cuello, seguidas de otra y otra, dadas con ciega saña, con el deseo de ultimar á la víctima.

— ¡Adiós! ¡ahora sí que la hizo bonita, ya me *aujerió* mi rebozo también!

Á esa exclamación de Marica, el roto despertó de su embriaguez de sangre.

— Y vos, perra china, ¿qué andáis haciendo por aquí á estas horas?

— ¿No ve, pues, lo que ando haciendo? defendiéndolo que no lo maten.

Cámara no comprendía la explicación. La terrible lucha que acababa de sostener le dejaba aún su tremenda excitación al cerebro, como bajo el imperio de una bebida alcohólica. Su pensamiento más lúcido en aquel instante, era que había peleado por no caer en manos de los españoles y que no tardarían en acudir otros en respuesta á los silbidos de llamada, que los dos centinelas habían hecho resonar.

— Vamos, vamos ligero, antes que vengan los otros, exclamó por toda respuesta.

— Yo no le dejo mi rebozo al godo, dijo Marica, descubriendo la cabeza del soldado, lívida ya, inundada por la sangre que manaba caliente de sus heridas.

Le arrancó el rebozo mientras recogía el sable, y echaron ambos á correr; ella con su ensangrentado manto, y él con el trofeo de su victoria: los dos sables que había conquistado en aquella lucha de unos pocos momentos. Pronto torcieron una esquina, graduando la carrera, hasta pasar al trote, y de éste, al cabo de una cuadra, al paso tranquilo de dos personas que vuelven á su casa, sin apuro. Cuando pudieron respirar libremente, Cámara volvió á su curiosidad.

— ¿Y qué andabas haciendo por la calle?

— Vine á aguaitar si usted se quedaba con la Manuela, y los soldados me pillaron.

— Toma, así me gusta, eso te pasa por curiosa, te habían de haber azotado los godos.

Con ese requiebro dió las gracias á Marica, por el servicios que acababa de prestarle. Por lo demás, la explicación le parecía verosímil. Después se pusieron á comentar los incidentes del combate. Cámara se reía de los maturrangos, y hablaba de las puñaladas que había dado, como un jugador de cartas, que examina las jugadas después de la partida.

— La primera puñalada fué *de lo bueno*, decía con convicción, ¡bien dado el golpe, por la perra!

Ella, penetrada de admiración por su héroe, se ponía tierna.

Cuando llegaron á la casucha de Contreras, la reconciliación les borraba de la memoria el recuerdo de lo pasado, como se borra de una pizarra lo escrito con tiza, que podría durar ahí largos años, y sobre lo que basta pasar una esponja para hacerlo desaparecer.

Acostumbrado á los ardides y á las precauciones de la guerra, Cámara había calculado bien al suponer que pronto acudirían los españoles, al punto donde los centinelas habían pedido auxilio con sus pitos. San Bruno con su escolta, llegaba á paso de trote. Villalobos llevaba una linterna encendida. Con estupefacción contemplaron aquel cuadro de los dos soldados tendidos sobre el suelo. Un viento de muerte parecía haber pasado por la calle silenciosa, ejecutando su obra de destrucción con la complicidad de las sombras.

— ¡Se han dejado apuñalear los muy cobardes! exclamó frenético de cólera don Vicente, al ver la lívida faz del hombre que había sostenido el último combate.

La luz de la linterna caía sobre las ensangrentadas facciones en lánguido resplandor, y le daba un aspecto siniestro. Con la contracción de los labios, el dolor había dejado en su boca un gesto que parecía una sonrisa.

— Mi Capitán, yo creo que este está muerto, dijo Villalobos, después de aplicarle el oido á la respiración.

— Pues ha hecho bien en morir, eso lo libra de una vuelta de azotes, que habría recibido por haberse dejado vencer.

Miraba el cadáver con reconcentrada ira. Habría querido poder castigar al hombre más allá de la tumba, ¡y la muerte importuna le arrebataba su víctima! Don Vicente se sentía burlado.

— Vea usted el otro, dijo después, con voz seca. Si ese no ha muerto pagará por los dos, añadió para consolarse, y para enseñar á los que ahí estaban á no dejarse vencer por los insurgentes.

El desgraciado guardián de Marica respiraba con dificultad; pero se hallaba en el uso de sus sentidos, salvo la turbación que el miedo de la muerte y el dolor de sus dos heridas le causaban. Ayudado por Villalobos, el hombre pudo ponerse de pié.

— ¿Qué es lo que ha pasado? le preguntó San Bruno con una mirada de furor, en medio de su estudiada calma.

— Me atacó de repente un hombre que llegó corriendo y me tendió de una puñalada, no me acuerdo de más.

— ¡Ah! ¿no se acuerda usted? vociferó don Vicente.

Volvióse al instante con aire impasible hacia Villalobos.

— Hágale usted dar unos diez azotes para que le vuelva la memoria.

Villalobos miró con estupor á su jefe. Se le figuraba que aquello era sólo una amenaza. El soldado, entre sus brazos, había perdido el conocimiento, con el esfuerzo hecho para hablar y para mantenerse de pie.

— Obedezca usted, dijo el Capitán á su subalterno, con su acento de acero, inflexible, que no admitía réplica.

Sobre el cuerpo inerte, con la vara de membrillo, el cabo que mandaba el piquete, empezó la flajelación. Villalobos, con insegura voz, contaba:

— Uno, dos... hasta diez.

El último latigazo arrancó á la víctima un gemido de dolor.

— Dele usted un trago de aguardiente, ordenó San Bruno.

El fuego del licor hizo abrir los ojos al hombre, que Villalobos y el cabo habían sentado sobre el suelo. Don Vicente volvió á su interrogatorio. Con voz apenas perceptible, el soldado refirió su aventura lentamente, interrumpiéndose para respirar, casi desmayándose por momentos. Al oír el nombre de Cámara, que el soldado había recogido de los labios de Marica en los últimos momentos, don Vicente hizo un movimiento de impaciencia. El destino parecía haber elegido á ese hombre para burlar su poder casi omnímodo en el Estado, y sembrar de cadáveres el camino, para hecerlo tropezar en su marcha de triunfo y de exterminio. Don Vicente, que creía en Dios y en el Rey, se figuraba sus dos divinidades con las ansias de venganza y de castigo que á él le abrasaban el pecho. Estaba persuadido de que ayudado en su misión por aquel poder omnipotente en el cielo y ese poder soberano de las Españas, para él no podía haber obstáculos. El destino, esa fuerza misteriosa que lo escarnecía en ese instante, tendría que plegarse á su voluntad.

— ¿Y usted está seguro que ese Cámara estaba solo?

El soldado oyó confusamente la pregunta. El miedo al terrible Capitán lo galvanizaba para no desmayarse; pero las voces humanas le llegaban á los oídos desde lejos, desde una región que no veía. El sargento Villalobos le repitió distintamente la pregunta.

— Solo, contestó entre dientes.

San Bruno pensó: « entonces el Coronel está oculto en la casa. » Dió las órdenes para que dos hombres llevasen á cuestas el cadáver al cuartel y otros dos, en silla de manos al herido.

— Usted, cabo, venga conmigo, terminó diciendo, y volvió á casa de los Malsira.

Ahí, sin disimular ya su exasperación, lanzando acres insultos á las señoras y furibundos bofetones á los criados, que decían no haber visto nada porque estaban durmiendo desde temprano, entró en un nuevo registro de las habitaciones, presidiendo él mismo esta operación. Convencido, por fin, que su empeño era inútil, volvió á la pieza donde aún permanecían custodiadas doña Clarisa y su hija. En el

ardor del registro de la casa, no había tenido tiempo de pensar lo que iba á hacer. Sus ideas se agitaban en el paroxismo de la irritación, sin claridad y sin concierto. Sobre ellas predominaba el instinto de su naturaleza, que le pedía el sacrificio de alguien, para aplacar la ira desordenada que el sentimiento de su abortado plan le soplaba en el pecho. En presencia de la madre y de la hija, se paseó durante algunos minutos, recogiéndose en sí mismo, para preparar su golpe, como una fiera que recula para saltar sobre su presa. Con la galoneada gorra sobre las cejas, miraba de cuando en cuando, con malos ojos, á las dos mujeres. Su silencio de tempestad cercana redoblaba la aterradora angustia en que Trinidad había vuelto á caer desde su entrada. «¿Por qué la Virgen, ante la cual con la imaginación se encontraba de rodillas, no había de favorecerla con un milagro?» En su fervor de espanto, su ser entero se trasformaba en una plegaria. Con el pensamiento en delirio de pánico, miraba ansiosa los muebles, los objetos distintos de la estancia, pidiendo al cielo la tranquilidad descuidada, la conciencia plácida, que en presencia de esos mudos testigos, había tenido tantos años, antes que el amor encendiera en su pecho la fatal pasión. Cada movimiento de San Bruno la arrojaba en una angustia de pesadilla, en un caos de terror del que es imposible salir. Por fin, don Vicente se detuvo en su paseo, y se paró delante de doña Clarisa.

— Usted ha ocultado en su casa al llamado Cámara, al asesino de un soldado del Rey, mi amo, y amo de usted también. Usted tendrá que responder de este crimen á la justicia militar, á menos que condone usted la falta, entregando á ese hombre, ó por lo menos, dándome á conocer dónde se oculta.

— No he visto á ese hombre, ni oído que aquí haya estado.

— ¿Y qué sabe, entonces, la abuela? ¿Se figura usted que yo he de comulgar con esa mentira? Cámara estaba aquí cuando yo golpeé á la puerta de calle, y ustedes han facilitado su fuga; ¿se atreve usted á negarlo?

— No sé nada, contestó con altanero ademán la señora.

— ¿Y usted, chica? Cuente usted: ¿dónde está ese hombre? Si no está aquí, ¿dónde se oculta? Ea, usted debe saber todo eso, pichona.

Trinidad, desfalleciente, murmuró apenas:

— No sé nada.

El Capitán hizo resonar la pieza con un estallido de insultante risa.

— ¡Nada saben ustedes! ¡Excelentes dueñas de casa son una y otra! Yo voy á refrescarles la memoria. Yo sé tan bien como ustedes, que Cámara no estaba solo, que había otra persona extraña en esta casa, á la misma hora.

Se detuvo, buscando en el descompuesto semblante de la chica algún signo de rendición final, dándole tiempo para que el terror de la revelación le hiciese confesar el paradero de Cámara. Era la tortura de la cuña de madera, enterrada poco á poco hasta la confesión ó el desmayo. Pero la joven y su madre no respondieron. La señora no se dignaba mirar al Capitán. Engrandecida con su orgullo de mujer patriota, alentada con la fiebre del sacrificio, había perdido su doliente actitud de viuda inconsolable, y alzaba la frente como inspirada por un aliento superior, que venía del cielo, «de allá desde donde su esposo la contemplaba.» Trinidad, lívida, encogida sobre una silla, inclinaba al suelo la frente, prosternada con el pensamiento, ante la Virgen, ante Dios, ante ese poder supremo que salva al penitente al borde del abismo, que conmuta las sentencias de muerte al caer el hacha del verdugo, que cambia con un signo la faz y la suerte del universo, según su soberana voluntad.

San Bruno, después de esperar vanamente, lanzó, exasperado, su revelación, el arma que había reservado para un caso supremo si la victoria le era esquiva.

— Vamos, la abuela, exclamó, dando á su voz un tono de amarga burla, ya que usted no es curiosa, y dice que no sabe nada de lo que ocurre á media noche en su casa, en este nido de insurgentes, yo le contaré que el otro hombre que estaba aquí con el asesino Cámara, era el amante de esta pichona, el coronel Laramonte.

— ¡Esa es una infamia inventada por usted, miserable! exclamó la señora.

Sorprendida por aquel golpe atroz, que dejó desde ese instante la ponzoña de la duda en su pecho, á pesar de que aquello le parecía imposible, doña Clarisa, con ese grito de madre ultrajada, creyó anonadar al Capitán.

— ¡Una calumnia! que lo diga esta polla, si se atreve.

Don Vicente se gozaba en su triunfo, en prolongar la atroz tortura, para consolarse.

— Vamos, chica, diga usted si no es verdad que hace un momento estaba aquí, tal vez en brazos de usted, el señor de Laramonte.

La señora se volvió exasperada hacia Trinidad.

— Desmiéntelo tú, este hombre está loco, ¡ Señor, señor! ¡ qué fiera !

La chica, arrojada á lo inevitable, divisando en el fondo del abismo que se abria á sus plantas sólo la vergüenza, la horrorosa vergüenza, habia formado una resolución suprema. ¿ Con qué podria probar San Bruno su cruel acusación ? Hermógenes debia estar lejos ya, libre de cuidado. Era menester negar, no inferir á su madre la abrumadura humillación de oirla confesar su falta en presencia de aquel hombre.

— ¡ Es una calumnia, usted miente ! le lanzó con voz de desesperación, con la actitud provocante del que, atacado por fuerzas superiores, hace el sacrificio de su vida por no rendirse, con la resolución de venderla lo más caro posible.

No se inmutó San Bruno con la negativa, ni con el insulto en que ésta iba formulada. Ya dejaba un dardo envenenado en el corazón de la madre y la desesperación en el de la hija. Con esto bastaba por ahora. Lo que importaba era continuar la pesquisa, para ver si Laramonte no habia salido de la casa.

— Crea usted lo que quiera, abuela, dijo á doña Clarisa, ya veremos si esta enamorada puede probar delante del consejo de guerra, que no ha recibido aquí esta noche al coronel Laramonte. Mientras tanto, ustedes quedan aquí prisioneras hasta que su excelencia, el señor Presidente, disponga lo que debe hacerse.

Dirigióse entonces á la puerta.

— Cabo, dijo á Villalobos, que esperaba con algunos soldados en el corredor; toda la gente de esta casa queda prisionera é incomunicada con el exterior. Si alguien intenta salir de aquí, hágale usted aplicar por pronta providencia cincuenta azotes, sea hombre ó mujer, y dé cuenta.

Hizo entonces apostar centinelas en los patios, además de los que habian sido ya puestos en la puerta de calle y alrededor de la casa. Terminada esta operación, ejecutada con todas las formalidades militares, con marchas y voces de mando, ruidosamente pronunciadas, para amedrentar á los habitantes de la casa, ordenó don Vicente que el criado

Francisco, Mañunga y otros sirvientes trajesen luces, para explorar bien los patios y recorrer nuevamente el huerto. La marcha, emprendida poco después, parecía la de una procesión incomprensible, una romería misteriosa, en la que los alumbrantes, dominados por el miedo de lo desconocido, por la aprehensión de algún castigo atroz, marchaban como al suplicio.

En el patio, Alpe y Ponto gritaron á su modo ¡quién vive! San Bruno y Villalobos, que marchaban al frente, tuvieron que detenerse ante los furiosos ladridos de los dos mastines. Esa ruidosa resistencia le pareció á don Vicente una nueva burla del destino, y como Alpe y Ponto amenazaran tomar la ofensiva, no obstante las voces con que el negro y Mañunga se empeñaban por calmarlos, el Capitán de Talavera decidió saciar también su encono en aquellos enemigos.

— Pillen ustedes á esos perros y mátenlos á sablazos, ordenó á su gente con irritado acento, teniendo que forzar la voz en medio de aquel concierto canino.

Villalobos y los dos soldados se adelantaron denodadamente en actitud de ataque, sable en mano. Excitado sin duda con la presencia de su jefe, el cabo se mostró más temerario que los otros. Desdeñando hacer uso de su arma, corrió sobre Ponto, que estaba más cerca de él, y quiso cogerlo por el collar. Esperaba intimidarlo, como sucede con algunos perros, que huyen al ver simulada una amenaza. Mas en vez de recular, Pontó se lanzó sobre él y alcanzó á darle un tarascón en el brazo, del que le arrancó un girón de manga. Rápido en la defensa, Villalobos alargó entonces un fuerte golpe de filo sobre el perro, que huyó con lastimeros aullidos, buscando por dónde escapar. Pero los dos soldados y San Bruno le cerraron el paso, sin cuidarse de las embestidas de Alpe, que maniobraba para libertar á su compañero. El combate entre Ponto y el cabo se hacía desde ese instante, desigual. Ponto, amilanado con el tajo que había recibido sobre el lomo, no se atrevía á embestir, y se encogía medrosamente, cuando uno de los soldados le echó al cuello una cuerda, de la que había hecho un lazo. Arrastrado entonces á viva fuerza, el perro hizo inútiles esfuerzos para resistir. Mientras se empacaba, como aferrándose al empedrado, arremetió de él Villalabos y le asestó un mandoble maestro sobre la nuca. El infeliz Ponto, víctima expiatoria de la ira del Capitán

realista, cayó al suelo sacudido por un temblor de todo el cuerpo; fué rindiéndose á la muerte, con ese abandono tétrico y silencioso del toro que recibe el golpe mortal del espada. Dobló primeramente las rodillas, como buscando la manera de morir con majestad y compostura; arrojó después una vidriosa mirada de despedida á Mañunga, una mirada doliente de ser que no puede expresar lo que está sintiendo; estiró las patas en un movimiento epiléptico; dejó caer la cabeza sobre el suelo, con una lentitud de vibración que se apaga, y se quedó en la quietud indescriptible de todos los seres sobrecogidos por la eterna inmovilidad.

— Cojan al otro y mátenlo también, dijo San Bruno.

Pero Alpe había puesto pies en polvorosa. Buscáronlo en vano los soldados é hicieron, sin mayor fruto, que Francisco y Mañunga lo llamasen con voz cariñosa, traidoramente. Alpe, por un albañal, había pasado al huerto vecino, como el fugitivo que pone la frontera entre él y sus perseguidores.

La exploración del huerto buscando al perro, convenció á don Vicente que el Coronel no estaba ahí, como no estaba en la casa. Al fin tuvo que abandonar la partida. Él sabía esperar y moderó su cólera, repitiéndose que la perseverancia es la primera de las virtudes en el que persigue un fin. «Cámara caería tarde ó temprano en su poder. Mientras tanto, pagarían por el fugitivo todos los habitantes de la casa, señoras y servidumbre, nivelados por él con el anatema común de «perros insurgentes».

Resonaron en el corredor, después en el patio, los pasos militares de los que se retiraban. Los centinelas quedaban en sus puestos, con su consigna de no dejar salir á nadie. En el interior los habitantes de la casa podían circular libremente. Si el perro prófugo volviese, deberían cogerlo á toda costa y hacerle correr la misma suerte que su compañero, que yacía inerte allá en el tercer patio, frío ya, bañado en sombras, medio húmedo con el rocío de la noche.

Donde las había dejado San Bruno, la señora y Trinidad permanecieron mudas largo rato. ¿Qué podían hablar en la fiebre de la inquietud, rodeadas de soldados, con el oido atento á lo que pasaba fuera de la casa? Doña Clarisa, con la confianza orgullosa de su nombre, de su sangre patricia, la sangre azul de la noble casa de Bustos, desdeñaba

interrogar á su hija. El negro punto de la duda, la picadura emponzoñada del dardo que San Bruno le habia clavado en el alma, le causaba un malestar importuno, del que ella no queria darse cuenta, que rechazaba como un pensamiento bajo. Miraba, para no pensar en eso, en esa infame calumnia, miraba hacia atrás, á lo largo de su existencia de severas virtudes. Respiraba la pura atmósfera de su hogar inmaculado; veia crecer á Trinidad, en su inocencia ideal, rodeada de ese ambiente vigorizador de altos ejemplos domésticos, de la rígida observancia de los preceptos cristianos. « Los extravios vergonzosos de las pasiones estaban reservados á las clases inferiores, á la plebe, eran cosas de rotos ». Y en aquel silencio de pieza abandonada, ante la inmovilidad de los muebles, Trinidad pensaba lo mismo, exageraba « su maldad », que la Virgen no habia querido perdonar, y para huir de su remordimiento y de la humillación que la hacia sentirse tan miserable, queria arrojarse á los pies de su madre y pedirle perdón, con la desesperanza infinita del que se despeña en un abismo para anonadarse, para huir de todo en los brazos siniestros del suicidio.

La entrada de Mañunga la desvió de esa crisis, que la arrastraba irremediablemente á la confesión. La criada, entre sollozos, diciendo que ya tenia mal de corazón « con tantas cosas », refirió el triste fin de Ponto.

— Me miró como gente, señorita, con los ojos tan tristes, como si supiera lo que nos estaba pasando; « adiós, pues, ya no las puedo defender », queria decirme, seguro, el pobre animal.

Las otras sirvientes, que entraron tras de Manuela, contaban, con hondos suspiros, con invocaciones á la santísima Virgen, á nuestro padre san Francisco sus impresiones.

— Seguro que son hijos del maldito y que tienen cola como el diablo, decian con aire convencido, haciendo eco á la creencia popular sobre los Talaveras.

Con la tribulación común se habia establecido cierta confianza entre amas y criadas: la igualdad del terror, la democracia del peligro que amenazaba á todos. Como si hablasen de un temblor que acaba de pasar, contaban, con devotas exclamaciones, su alárma. Al cabo de un rato, doña Clarisa les dijo que fuesen á acostarse. Salieron las criadas, dándose las buenas noches, convidándose para no separarse, para acompañarse en su miedo.

— ¡Ay hijita, quien va á poder dormir con tanto susto!

Trinidad, al verlas salir, sintió un miedo de niño que va á recibir un castigo. Temblaba de encontrarse sola con su madre. Sentia, con la superstición que queda de los cuentos de brujos, como si su conciencia fuese un fantasma, que venia á cogerla de sus largas trenzas y á arrastrarla con amenazas infernales, á los pies de la señora.

— Buenas noches, hija, oyó que le decia doña Clarisa.

« ¿Cómo no arrojarse de rodillas? ¿cómo callar, cuando el cielo, tras de tantas desgracias, le abria esa puerta de perdón? » Sus nervios se resistieron, sin embargo. No podia acercarse á sus labios esa copa llena de amarga hiel. Todo su ser, en un grito de rebelión, la obligaba á callarse. « ¡Después! ¡mañana! ¡ahora no podia! ¡Cómo cubrir de horror y de oprobio á su pobre madre, que ya no tenia fuerzas para soportar sus horribles desgracias! Mañana lo confesaria todo. »

— Buenas noches, mamita, contestó cubriéndole las manos de besos y de llanto.

Se figuraba así pedir perdón. Habia dado á su voz un acento de tristeza, una inflexión humillada de penitente en el confesionario. La señora salió, rígida y fria, perdida en su dolor, con su herida de duda en lo más recóndito del pecho, una herida escocedora, un fuego de cáustico que no podia arrancarse. « Pero ella estaba segura que lo que habia dicho ese malvado era una atroz calumnia, y nada la haria descender hasta interrogar á su hija. Entre dos mujeres cristianas, no podia hablarse de esas cosas. ¡Una sola palabra de duda habría manchado la santidad del hogar! »

XXXVIII

Al acercarse á la puerta falsa del cuartel, Hermógenes divisó dos hombres de pie que parecian conversar, fumando. Instintivamente acortó el paso para darse el tiempo de reflexionar. Los peligros que acababa de correr lo ponian precavido. Inútil era cambiar de rumbo. Si aquellos hombres estaban apostados para espiar el cuartel, ahí se quedarian, y él tenia que entrar á toda costa. Lo más corto y lo más acertado era arrostrar el peligro de frente, si peligro habia. Á medida que se acercaba, vió que los dos hombres vestian de soldados y que se aproximaban más y

más á la puerta por donde él tenía que pasar. « Aquello era sin duda una casualidad, porque nadie tenia noticia de que él hubiera quebrantado su arresto, ni podía imaginarse quién tuviera interés en expiarlo ». Subiendo el embozo y bajando el ala del sombrero, se dirigió resueltamente á la puerta. Pero los hombres no se movieron, distraídos en su conversación sin duda.

— ¿Qué hacen ustedes aquí? preguntó con acento autoritario.

— Pase su camino, y vaya con sus preguntas á otra parte, contestó uno de los hombres.

El joven se echó los pliegues de la capa sobre el hombro con ademán de impaciencia, pronunció en voz que quiso hacer apagada: « ¡Insolente! » y dió al hombre, en medio del pecho, un vigoroso bofetón, que lo estrelló contra la pared. Pero con este movimiento Laramonte se descubrió el rostro. El que había recibido el golpe, incorporándose con prontitud, se adelantó como para trabar la riña, cuando al mismo tiempo su compañero exclamó con admiración:

— ¡Hombre, si es mi coronel Laramonte!

— Dispense, mi Coronel; no había reconocido á V. S., dijo el otro con humildad.

El joven, arrepentido ya de su violencia al verse reconocido, abrió la puerta, mientras los soldados se alejaban.

— Con tal que no sean espías, pensaba al entrar en su pieza, después de haber anunciado su llegada al oficial de guardia.

« ¡Todo le salía mal aquella noche! Pero allá, en el salón oscuro, estaba su esperanza. La había tenido cerca de sí, casi en sus brazos ». Su turbación de enamorada le venía á la memoria, como una melodía interrumpida que deja el ánimo en suspenso, encantado y rabioso al mismo tiempo.

Rabioso, nadie lo estaba como Vicente San Bruno, después de aquella noche acontecida. También á él todo le había salido mal. El hombre fantasma, su constante preocupación de los últimos tiempos, le había muerto un soldado y herido un segundo de gravedad, mientras que él sólo había podido matar un perro. La cuenta se saldaba de una manera oprobiosa. Tener que confesárselo encendía en su pecho el insano furor de la venganza frustrada. Alguien debía ser la víctima expiatoria de su descalabro, y como Cámara se le escapaba entre las sombras, tenía que volverse sobre Laramonte.

Un Coronel de los ejércitos del Rey, en intrigas con los insurgentes, era un magnífico tema para distraer la atención del jefe del Estado, á quien tenia que dar cuenta de la trágica aventura. Poniendo á Hermógenes en primer término, el cadáver del soldado muerto y el asendereado cuerpo del herido, quedarian en la penumbra. Á la luz de esa lógica refirió al dia siguiente los sucesos de casa de doña Clarisa al general Osorio.

Don Mariano fijaba con curiosidad la vista sobre el rostro pálido y adusto de aquel hombre infatigable, mientras hablaba. El celo de este subalterno le producia ya en el ánimo algo parecido á lo que pasa á los delicados de estómago, después de una navegación, con el olor á buque. Sentia la tortura de las luchas anteriores, en que la tenacidad del Capitán habia triunfado siempre. Su empeño de perseguir á los patriotas habia sido el más grave obstáculo que encontrara su política de conciliación, uno de los grandes títulos con que el General contaba pasar á la posteridad. Se le figuraba don Vicente uno de esos perros de presa, á los que es imposible arrancar su víctima cuando han mordido. El feroz Capitán estaba siempre en el sitio de Rancagua. Don Mariano llegaba á sentirse mortificado con oirle el metal de voz, su voz de bajo profundo, que parecia subir de una tumba entreabierta. Referia la vigilancia que habia establecido en la casa, el denuncio de la presencia en ella de Cámara y las medidas que habia tomado para cogerlo en el nido.

— Pero usted no allanó la cosa, Capitán.

— Mi General, eso no podia evitarse; era preciso prender al asesino.

— Ya verá usted cómo hoy mismo empezarán á llegarme quejas de que no concluyen las persecuciones. Todos mis esfuerzos para tranquilizar los ánimos serán infructuosos.

El General quería manifestarse enérgico, movia sentenciosamente la cabeza. « Él veia más allá que esos intereses de detalle. Á los pueblos debia tratárseles como á los niños. Después de la férula, tras del correctivo de la lección enérgica, debia tendérseles la mano con paternal benevolencia. La responsabilidad que pesaba sobre sus hombros era demasiado para cambiar un plan político, detenidamente meditado, por coger á un asesino vulgar, á un roto, que en la gran lucha entre la metrópoli y sus colonias, era un átomo invisible ».

— Ya verá usted, ya verá usted confirmado todo esto en breve, con las quejas de estas persecusiones.

Don Vicente lo escuchaba sin pestañear, inmóvil, con un ademán indescriptible de desdeñosa humildad. Sabía que el General, como todos los hombres de carácter débil, principiaba con fuego; pero ese fuego era de paja. El esplendor de sus llamas duraba en razón directa de la fugaz combustión.

— Quejas de insurgentes, mi General. Para contentarlos sería menester que los buenos servidores de Su Majestad saliesen del país y los dejasen despedazarse entre ellos. Los perros que ladran acometen sobre el que huye, ó les manifiesta temor. Mientras no se fusile una media docena de los más caracterizados insurgentes, nadie les quitará de la cabeza de que se les tiene miedo.

— No se equivoque usted, Capitán. El país es monárquico, porque es profundamente aristócrata. La gente no pide sino implorar el perdón de Su Majestad, y es menester, en vez de fusilar, acoger á los arrepentidos. De los arrepentidos, usted sabe... Lo mismo pasa en el reino de la tierra.

Meneó la cabeza con aire de inteligencia, como preguntando al Capitán si había estimado en su verdadero valor la ingeniosa aplicación que acababa de hacer del refrán sobre los arrepentidos; y como San Bruno le contestase solamente con su mirada enigmática, con un pliegue de duda en los labios, que insistían, aun así, mudos, en el fusilamiento de la media docena de insurgentes, don Mariano, vencido por ese silencio de hombre porfiado, agregó con tono confidencial, con aire entendido de compinche:

— Los fusilamientos vendrán á su tiempo, pierda usted cuidado; nuestra meta, Capitán, no puede ser otra que la gloria de Su Majestad y la pacificación de este reino.

Don Vicente continuó callado. «Ya había dicho que debía principiarse por el suplicio final de media docena de insurgentes por lo menos. Eso de «después» era dudoso. El porvenir es traicionero. No hay que dejar para después de la patada el correctivo que se ha de aplicar al asno, cuando se empaca ó da coces».

El silencio de San Bruno inquietaba al reconquistador. Los ojos, el semblante del hombre, su actitud de esfinge, todo seguía pidiendo la «media docena». Don Mariano sentía que su poder de presidente vacilaba en presencia de aquel

oficialillo. Vagos temores de que ese hombre, ese oficialillo, lo denunciase como tibio al gobierno de Madrid lo asaltaban. Para desechar esa idea hizo un ademán, como quien espanta una mosca tenaz que viene á cada instante á posarse en la nariz, y buscó modo de sacar la conversación del terreno de las abstracciones políticas.

— ¿Y pudo usted apoderarse de ese asesino?

— No, por desgracia, señor presidente.

— ¿No estaba?

— Estaba, pero huyó.

— ¿Cómo? ¿Á pesar de haber allanado usted la casa? ¡Entonces ese Cámara no estaba en ninguna cámara; ¡y no es Cámara, sino que es un gamo!

El semblante de don Mariano resplandecia de júbilo, con su detestable chuscada. El doble placer de mostrarse chistoso, que era en él un impulso genuino é irresistible, se aumentaba esta vez, con la satisfacción de ver humillado al Capitán. Este era el momento que esperaba don Vicente para proyectar toda la luz de su narración sobre el coronel Laramonte, y dejar en la sombra al muerto y al herido de la pelea.

— El hombre no estaba solo en esa guarida de insurgentes, excelentísimo señor, contestó con retintin en la voz, como diciendo al General: «Maldita la gracia que me hacen sus chistes»; no estaba solo, y esto es lo grave. Con él estaba en la casa un servidor de Su Majestad, una persona de toda la confianza de V. E.

— ¡Hombre! ¿quién es ese?

— El coronel de Laramonte.

— ¿Está usted seguro?

— Perfectamente, mi General.

«Tenia pruebas irrecusables. Su gente lo habia visto entrar á la casa por el huerto; y otros hombres, apostados á la puerta falsa del cuartel, lo habian visto de regreso antes de amanecer. Sobre esto no cabia la menor duda». Don Mariano estaba abismado. San Bruno leyó esta impresión en su rostro y refirió entonces los demás sucesos, ligándolos con la presencia del Coronel. Pero la revelación era de muy desmedida magnitud para que el reconquistador no diese un salto de espanto, un brinco de caballo que recibe un zurriagazo en las ijadas.

— ¿Qué dice usted? ¡Un hombre muerto y otro herido! ¿No ve usted, Capitán? ¡Se va á comentar el hecho como

una victoria de los insurgentes! ¿Qué le decía yo? ¡Más valía haber dejado de perseguir á ese Cámara, hombre! ¡Estamos aquí comprometiendo nuestra obra, nuestra grande obra de reconquista, por perseguir á un roto!

Volvía á arder el fuego de paja. San Bruno dejó pasar la observación, con su aire impasible de hombre de carácter, que sabe que la calma es la primera fuerza en toda controversia. El General se perdió un momento en sus quejas. « El tenía su política, su gran política de la conciliación, y era menester no comprometerla por exceso de celo. No hay que ser más papista que el Papa ». Pero la mirada del adusto subalterno lo desconcertaba, y fué cambiando de tono poco á poco; buscando, por medio del movimiento estratégico de la diversión, cómo apagar el resplandor sombrío con que los ojos del Capitán le pedían la media docena de fusilamientos y lo acusaban de frío, con una vaga amenaza de denunciarlo á la corte de Madrid.

— Yo creo, Capitán, que no es mucho decir, que si todos los jefes de los ejércitos de Su Majestad, hiciesen como *nosotros* en Rancagua, antes de un año todas estas Américas estarían á los pies de nuestro amado soberano. Mas para eso, yo pienso como usted: no hay que flaquear un solo instante: ¡el castigo después de la falta!; hay que perseguir, como usted dice, hasta las intenciones, esa es mi teoría; pero con cierta maña, Capitán, ¿no ve usted?, con cierto ten-con-ten, ni aprietes, ni aflojes, como quien dice.

San Bruno condescendía en aprobar con la cabeza y con su gesto indefinido de sonrisa en caricatura, de sonrisa con vinagre, concesión que hacía al « nosotros » con que don Mariano lo asociaba á su gloria. Pero esto no le impedía volver á su tema, con su obstinación de máquina en movimiento.

— Pero en casos como el presente, mi General, si no hace vuestra excelencia un ejemplo, la disciplina puede relajarse. Ya ve vuestra excelencia que si los coroneles del real ejército pactan con los insurgentes y van á casa de ellos á media noche, la disciplina se viene por los suelos.

Con su manera de invocar la disciplina, la deidad de su ciega devoción, el Capitán hacía sentir á don Mariano, como si le introdujesen la barba de una pluma en los oidos. Su sistema nervioso se convertía todo en cuerdas tirantes, próximas á estallar. « ¡Como si él no supiese lo que es la disciplina! ¡Vaya con un majadero sentencioso! « El tío

este me desespera más que un callo entre los dedos », pensaba el reconquistador del reino, enviando á todos los diablos al indigesto moralista.

— Sabe usted, Capitán, exclamó sudando de impaciencia contenida, que usted formula ahí contra el coronel de Laramonte, una acusación de traición.

— No soy yo, excelentísimo señor, quien lo acusa, son los hechos.

— ¡ Los hechos! ¡los hechos! ¡ Hay á veces apariencias tan engañadoras !

— Estas no son apariencias, son realidades confirmadas por testigos, realidades que pueden probarse en juicio, si vuestra excelencia tiene á bien ordenarlo.

— ¡ Un juicio, un juicio ! Ahí veremos, Capitán, un juicio en estos momentos, cuando no está pasada aún la emoción de los sucesos de la cárcel !

— Precisamente, mi General, lo mejor es machacar el hierro mientras está en ascua. Con dos ó tres golpes más como el de la plaza, nadie se atreverá á conspirar. ¿ Quién nos dice que no estén conspirando esos señores de Malsira, que reunen en la noche, á deshoras, en la misma casa, al coronel de Laramonte y al asesino de la plaza ?

— Las apariencias, eso sí, son sospechosas. Pero hay que ir con cautela, un ten-con-ten, como decíamos.

— Se podría empezar por un sumario secreto.

— ¡ Hombre !, ¡buena idea ! un sumario secreto ! Ya veremos, yo proveeré, Capitán, yo proveeré.

— Mientras tanto, mi General, ¿ se mantiene ó no la incomunicación de la casa ?

— Justamente, si levantamos sumario secreto, empecemos por hacer desaparecer toda prueba de desconfianza. Procedamos como si no diéramos importancia alguna á lo ocurrido. Retire usted su gente y que ni siquiera se hable del muerto ni del herido. Ya veremos, ya nos concertaremos después para el sumario.

Se había puesto insinuante, tomaba un acento persuasivo para decir esto. « El y San Bruno se concertarían, él y San Bruno levantarían más tarde el sumario ». Por libertarse de la presencia del Capitán, había concluido dándole la autorización de proceder desde luego. Pero don Vicente se guardó de insistir. Por el momento tenía bastante con que el General hubiese digerido, sin grandes aspavientos, la noticia del trágico descalabro de la noche anterior;

con que retirase su favor al coronel Laramonte, el único rival que tenia en el espíritu variable é indeciso del jefe del Estado.

Con un suspiro de satisfacción, como alguien á quien sacan una enconosa espina, don Mariano, lo vió salir de su despacho. La entrevista lo confirmaba en la alta idea que tenia de sí mismo y de su diplomacia. « Se las habia tenido con un fuerte atleta y no habia reculado un solo palmo ». La ciencia de sacar el lance á las dificultades era, según él, la suprema habilidad. Pero su amor propio levantaba también un murmullo lejano. « Su dignidad le aconsejaba luchar con el celo invasor del capitán de Talavera, ya que no podia suprimir este rodaje indispensable para el mantenimiento del orden en el reino. El reconquistador debia tener su política propia, la gran política de la conciliación, en la que no debia ceder á ese Capitancillo, bajo instrumento de su acción, con ínfulas de constituirse en consejero. Para servir á esa política y dar al Capitán una prueba de superioridad, era menester llegar por maña y astucia, á lo que el subalterno no habia podido por la fuerza y los medios aterradores ». El solo pensamiento de habérsele ocurrido esta idea, le persuadia de que albergaba en su cerebro la chispa del genio. Enardecido con esta inspiración, se sentó á su escritorio. Después de escribir algunas líneas, plegó la hoja en forma de esquela y llamó á José Retamo, que tronaba en la antesala, orgulloso siempre de su gran posición de mayordomo de palacio, ufano de su traje y de su gorra galoneada.

— Esta carta, en el acto, á don Jaime Bustos. Si no estuviese en casa que lo busquen.

— Yo mismo, vuestra excelencia, voy á llevarla, dijo el mulato, con su tono familiar de hombre importante, de hombre á quien se confian los secretos de Estado y que sabe guardarlos.

XXXIX

Inquieta con el recuerdo de la sombría agitación en que dejara á su prima la noche anterior, Luisa Bustos dijo que tomaría el desayuno en casa de su tia Clarisa, y salió temprano, envuelta en el mantón, acompañada por una sirviente que le llevaba la alfombra. A esa hora matinal, raros transeúntes se encontraban por la calle. Devotas que iban á oír

las primeras misas; cocineras que iban á la plaza de abastos ó volvían ya de allí, seguidas por muchachos andrajosos como el niño mendigo de Murillo, con la gran canasta de provisiones sobre la cabeza; uno que otro comerciante que iba á abrir su tienda, envuelto en la capa de esclavina, y haciendo resonar la tos de la madrugada, bajo el embozo friolento; de cuando en cuando algún perro famélico caminando al trote, mirando tímidamente á todos lados, buscando con avidez algún hueso olvidado entre las basuras, que nadie se encargaba de hacer desaparecer. Luisa seguía su marcha, sin fijarse en ese movimiento de ciudad perezosa que se despierta, sin sentir ningún halago en su coquetería de mujer joven, al recibir las miradas codiciosas que le arrojaban los de capa. No le conmovía tampoco la fiesta de luz y de frescura, de aire suave y de brisas embalsamadas, con que el otoño se despedía de la tierra; ni la poesía familiar de los tejados en que el sol iba secando el rocío de la noche; ni la gracia de las golondrinas reunidas en los moginetes prontas á emprender el vuelo tras del verano que huía; ni la majestuosa elevación de los Andes, que parecen empinarse hacia el cielo, buscando la eterna renovación de su esplendente corona de nieves virginales. Todo aquello á que no se asociaba su alma, le daba por el contrario, la mortificante impresión que los presentimientos de desgracia sacan de los objetos exteriores : esa tristeza óptica, que el oscuro velo del temor proyecta sobre todo lo que se mira con la imaginación alarmada. Su vaga aprehensión se cambió en angustia, al ver que nadie respondía á los primeros golpes que dió á la puerta de calle. Después de algunos instantes, volvió á golpear, y esta vez lo hizo con energía, resueltamente. Su natural entereza había triunfado del indefinible temor con que llegaba.

— Estarán durmiendo todavía, señorita, observó la criada.

Pero luego oyeron pasos en el zaguán y vieron abrirse la puerta, tras de la cual apareció un soldado.

— ¿Qué se les ofrece? preguntó, suavizando con la voz, al ver á la guapa chica y á su sirvienta, el gesto de pocos amigos con que había abierto la puerta.

— Vengo á ver á doña Clarisa, respondió la joven.

— ¿Quién es doña Clarisa?

— La dueña de la casa.

— No se le puede ver, ni á ninguna de las personas que hay adentro.

— ¡Ah! ¿y por qué? yo soy sobrina de la señora.

— Y aunque fuese su hermana, ó el padre eterno, nadie puede entrar á la casa, replicó el español con enfado.

— ¿De orden de quién?

— De eso no tengo que darle cuenta, chica curiosa, retírese de aquí.

Tras estas palabras cerró la puerta con estrépito, en forma de acentuar su orden.

La joven tomó maquinalmente el camino por donde había venido. Perdida en conjeturas, buscaba la explicación de aquel misterio, como el que extraviado en la oscuridad, busca vanamente su camino. Lo cierto, aquello sobre lo que no podía dudarse, era que algún terrible suceso debía haber ocurrido en casa de su tía. Pero, ¿qué relación podía existir entre el estado en que había visto á Trinidad al despedirse, y el hecho de encontrar la casa ocupada por tropa y toda la familia incomunicada?

En el comedor, á esas horas don Jaime y sus dos hermanas tomaban el chocolate. Prima Catita y prima Cleta llegaban al desayuno antes de haberse ocupado de borrar, en los misterios del tocador, las injurias de los años. Mal que mal, prima Cleta, gordita, lograba conservar, con el lujo de la carne, algún vestigio de la gracia que el cielo ha dado á su sexo. Prima Catita, descarnada y angulosa, era una protesta viva contra la frivolidades de la ilusión. Pero don Jaime rescataba con el arreglo de su persona, la idea poco aventajada que pudieran dar sus hermanas, sobre los hábitos de aseo en la vida colonial. Bien afeitado, bien acepillado, bien vestido, sus aires de hombre que no abandona todavía las pretensiones de impresionar á las mujeres, bien podían, á pesar del medio siglo que cargaba á cuestas, no parecer del todo ridículos. Además, por la mañana, delante de la taza del chocolate, él estaba generalmente de buen humor, tenía la jovialidad de los hombres de buen estómago, que duermen bien, exentos de sentimentalismo. Tomaba parte en las preocupaciones de sus hermanas tocante á las fiestas de iglesia, hablaba del predicador en boga y no las contradecía cuando encontraban feas á todas las mujeres jóvenes qué conocían. Lo esencial era para él no tener discusiones y había encontrado á fuerza de tropezar en los ángulos y puntas agudas de la vida doméstica, que el modo de cortarlas era ser siempre del parecer de las dos vestales. Por lo demás, optimista ó pesi-

mista, según los acontecimientos que podian afectarlo, todo iba bien, según él, por el momento. En la tertulia presidencial habia oido que las noticias de los emigrados á Mendoza eran una garantia de tranquilidad para los partidarios del Rey. O'Higgins y los Carreras, reñidos de muerte, no llegarian jamás á entenderse para traer de nuevo la guerra de este lado de los Andes. En Santiago, los patriotas, como el loco del refrán, se hacian cuerdos por los golpes recibidos. Todo les anunciaba una era de tranquilidad, que les hacia olvidar las zozobras de los últimos tiempos.

Pero en ese momento Luisa entraba al comedor, á punto para turbar el risueño concierto, con que el estómago y el cerebro de don Jaime celebraban la era de paz que la hora presente le prometia. La chica, sin disimular su turbación, contó lo que acababa de ver.

— Algún insurgente que han pillado en la casa, eso no puede tener otra explicación, exclamó don Jaime.

Dejó con desaliento en el platillo una tostada que habia estado bañando, con lentitud de sibarita, en el espumoso brevaje.

— ¿Y qué insurgente quieres que sea ese? exclamó prima Catita.

— Así es, ¿qué insurgente? hizo eco prima Cleta.

— ¡Qué sé yo! lo cierto es que siempre encuentran medio de comprometernos en esa casa.

El caballero acompañó su exclamación de un ¡caramba! como un lamento, entre dientes.

— Á no ser que haya vuelto Abel, exclamó prima Catita.

— Cuando menos ha vuelto, agregó prima Cleta.

Las dos miraron maliciosamente á Luisa. Habian notado con su perspicacia de náufragas del amor, que su sobrina parecia turbarse siempre que se hablaba del joven Malsira. Ambas se consultaban con la vista brillante de quien cree haber hecho un hallazgo. «Ellas sabian que eso debia ser, á ellas no *se la pegaban* en esas cosas. ¿Por qué se le habia ocurrido á Luisa ir tan temprano á casa de Clarisa?» La sospecha de una intriga amorosa les hacia rejuvenecerse.

— Eso tiene que ser, repitieron, después de ese diálogo de los ojos, en que se entendian, como dos sordomudos por medio de señas.

Pero Luisa se quedaba impasible. Con un ligero movi-

miento de hombros había desechado la maliciosa suposición de las dos hermanas. Su imponente frialdad las azareaba. No podían perdonarle su juventud y su aire impasible de mujer que no se enamora. En ese momento entró la criada, á decir que ahí estaba don José Retamo y que quería hablar con el patrón.

— Dile que venga, contestó don Jaime.

Mientras salía la criada, miró á sus hermanas y á Luisa con la expresión del que ve realizarse la catástrofe que había anunciado.

— ¡No ven! ¡algo hay! ¡Cómo que no sea para anunciarnos que quedamos presos también nosotros! ¡No digan nada, háganse que no saben nada!

Esta última recomendación resonaba apenas, cuando Callana apareció en la puerta, saludando con su voz ruidosa, con su entonación familiar de hombre á quien todo se permite.

— Buenos días y buen apetito. ¿Cómo está el señor Marqués? ¿Y estas niñas, cómo están? Siempre buenas mozas. Si yo fuese soltero, les pondría un mulato á sus plantas.

Miraba con aire de requiebro cómico á prima Catita y á prima Cleta simultáneamente, mostrando tras de sus gruesos labios risueños las dos hileras de dientes blancos de la raza africana.

— ¿Y quién te había de querer, perro negro fresco, ni para llevar la alfombra á la iglesia? contestaba la mayor de las hermanas, entre risueña y enfadada, al ver que el mulato había exceptuado á su sobrina de la broma.

— Si pues, ¿quién te había de querer para nada? apoyaba prima Cleta.

José Retamo se rió de la contestación con buen humor, aceptó una taza de chocolate, contó algunos chascarritos de la crónica mundana, y sacudiendo después las migas que le habían caído en el chaleco.

— Ahora, señor Marqués, ya que hemos hecho por la vida con este buen chocolate, vamos á las cosas serias. Aquí tiene su merced una carta que su excelencia el señor Presidente, me ordenó traer á usted en persona.

Don Jaime tomó la esquela esforzándose por aparentar tranquilidad. Le parecía que dentro del pliego dormitaba una serpiente.

— ¿Y el señor Presidente, está bien? preguntó con oficiosa solicitud.

— Muy bien para que usted y yo lo sirvamos. Así se habla de los grandes, añadió con seriedad cómica, haciendo un gesto de compunción.

Don Jaime abrió la esquela con mano trémula. Sus hermanas le buscaban en el rostro la impresión de la lectura.

— Vaya, niñas, cuéntenme si tienen novio, les dijo el mulato, para sacarlas de su observación.

Prima Catita y prima Cleta lo miraron picadas, frunciendo los labios y alzando la frente, como para refrenar el desmán del burlesco mulato.

— ¿Quién te ha dado tanta confianza, mulato jetón? contestaron ellas á dúo.

— No se enojen con José, niñas, intervino don Jaime para calmarlas; ya saben que siempre está de broma.

— Les hablo así porque las quiero, dijo Retamo, y ellas también me *retan* porque me quieren, ¿no es cierto, niñas? De balde disimulan.

Era imposible resistir á la alegría franca que brillaba en su rostro bronceado, á la inofensiva malicia de su mirada inteligente.

— Te queremos cuando eres respetuoso, le dijo prima Catita. Prima Cleta hizo eco.

— Eso es, aprende á ser respetuoso.

— Lo seré cuando ustedes estén viejas, hasta entonces tendrán que aguantar al mulato, niñas.

Por este cumplimiento, las hermanas le enviaron una sonrisa de perdón.

— Con este pícaro negro no hay como enojarse, dijo prima Cleta, siempre más inclinada á la indulgencia que su hermana mayor.

— Me voy ligerito, antes que se les pase el buen humor, exclamó Retamo.

— ¿Hay respuesta, señor Marqués? aquí está su criado para que lo mande, añadió hablando á don Jaime, que parecía preocupado.

— Dirás á su excelencia que le beso las manos y que me tendrá en palacio á sus órdenes á la hora que se sirve indicarme.

Apenas José Retamo salía de la casa, las dos hermanas estallaron en preguntas. Querían saber lo que contenía la carta, querían ver la letra del Presidente. Don Jaime no

opuso ninguna resistencia á ese torrente de curiosidad. Lleno de medrosos presentimientos, quería que sus hermanas y Luisa los calmasen, que con su voz le disiparan de la imaginación los fantasmas que el miedo empezaba á forjarle.

— Acaba tu chocolate, le decían sus hermanas, después de darse por vencidas en las conjeturas sobre el objeto del llamado á palacio.

Pero don Jaime había perdido el apetito. «Era seguro que el Presidente iba á hacerlo responsable de lo que hubiese ocurrido en casa de Clarisa. Nadie le sacaría eso de la cabeza. ¿Para qué otra cosa podía llamarlo? Si don Alejandro Malsira hubiese seguido sus consejos, ahí estaría vivo en su casa y nada de esto ocurriría. Pero no, señor, les da con la tontera del patriotismo, como si Chile no fuese una provincia de España y su majestad Fernando VII su legítimo soberano». Bajo el peso de estas reflexiones salió de su casa. La cita del Presidente era para las doce. Tenía necesidad de buscar aire, de ver otras gentes, de esperar la hora en compañía de personas que nada supieran, que hablando de otras cosas, le hiciesen olvidar sus temores. La costumbre lo llevó á la tertulia de la tienda. La petulancia de don José María Reza le daría valor. Él creía de buena fe en la energía de aquel hombre de fierro, que á nadie se las callaba. Fué la primera voz que oyó al entrar en la trastienda, oscura ya con el humo de los fumadores:

— ¿Qué dice don Jaime de la noticia?

La mirada de don José María era una mirada de reproche, una mirada inquisitorial, que lo hacía responsable de algún hecho que él ignoraba, de que él era inocente.

— ¿Qué noticia? preguntó, disimulando que él también sabía algo.

— ¿Qué no sabe? ¡Buena cosa! ¿Qué pies lo cargan entonces?

Don José María lo atacaba como á un adversario que recula. El lechero de la casa les había contado á sus criadas, que al ir á dejar la leche donde doña Clarisa, había encontrado la casa llena de soldados, que no dejaban hablar con nadie. Los vecinos contaban que habían denunciado un gran depósito de armas; que no era cierto que don Alejandro Malsira había sido asesinado en la cárcel, sinó que se había fugado en la noche del 6 de febrero y debía venir á tomar las armas á su casa con Manuel Rodríguez y una

banda de patriotas, para ir á atacar el palacio y el cuartel de Talavera.

— ¿No ve, pues, señor? continuaba, dirigiéndose á don Jaime con su tono acusador, ¿no ve, pues, las gracias de su hermana? Y la prueba que es cierto, es que ahí está la casa llena de soldados. Ya andan diciendo por ahí que nos van á tomar presos á todos esta noche. ¡Por causa de ustedes principiarán de nuevo las persecuciones!

Los demás tertulios se miraban consternados, con movimientos de fatalismo, con aires de resignación cansada de luchar, que no puede oponerse al destino. Don Manuel Cardenillo suspiraba hondamente en contemplación de las desgracias. Con su gesto de rechazar fantasmas con disimulo, cerraba los ojos á cada instante, para no ver convertida en faz cadavérica la cara pálida de don Jaime, como habia visto extenderse las sombras de la muerte sobre el semblante de aquel primo, que había fallecido en sus brazos.

— Lo que es yo, añadía don José María, yo no he de esperar á que me tomen preso, mañana mismo me voy á la chacra.

Ese viaje lo contrariaba sobremanera, porque ya había resuelto que el casamiento de Quintiliana con Beno tuviera lugar al fin del mes « para taparles la boca, porque no lo dejaban vivir con su apuro por casarse ». « Pero haga usted casamientos y dé usted fiestas, cuando una parte de la familia tiene la casa ocupada por tropa y se le acusa de conspiración. Á él, que nunca se ha metido en nada, le pasaban aquellas cosas. Si O'Higgins ó los Carreras estuviesen ahí, él no se mordería la lengua para decirles unas cuantas claridades. Aquella continua alarma que no permitía hacer una siembra con tranquilidad, no era vida. Él iría á enterrarse en la chacra y los demás que se aviniesen como pudieran ».

En un momento de pausa, don Jaime, que veía correr la hora y temía atrasarse, se puso de pie y buscó algún modo de calmar á Reza, poniéndolo sobre un asunto de su predilección.

— ¿Y los mellizos, cómo están? le preguntó con tono solícito, arriesgando una sonrisa amable.

Pero don José María, con el calor adquirido en su monólogo, no podía calmarse con tanta rapidez; tenía que seguir en el tono quejumbroso y apasionado con que hablaba de la supuesta conspiración.

— ¡Qué mellizos, señor! Buenos estamos para ocuparnos de ellos. Ahí los dejé bramando, porque ya tienen seca á la Panchita. Ha sido preciso tomar dos amas, ya la Panchita no podía seguir criando.

— ¡Adiós! eso es señal de nuevos mellizos, don Pepe, exclamó don Francisco Carpesano.

— ¡Seguro! nuevos mellizos, dijeron en coro, con risas significativas, los demás tertulios.

Los que habían dejado un instante de fumar, encendían nuevos cigarrillos.

— ¡Qué gallo es ese don Pepe! decían contentos, olvidados casi de los temores de nuevas persecuciones.

— ¿Y cuántos son ya, don Pepe? preguntaba uno.

Don José María no había podido hablar durante aquel coro de alegres campechanos, encantados de tener algo sobre qué decir sus chuscadas de todos los días, de ver un rayo de sol en aquella atmósfera opresora de la reconquista. Otro de los tertulios arrebató la contestación á don José María.

— ¡Trece! la docena del fraile.

— ¡Caramba, don Pepe, entonces van á ser quince!

Reza recibía aquellas exclamaciones como incienso; pero á pesar de esto, él no se las había de callar, «él no tenía pelos en la lengua».

— Bueno pues, no hay más que imitarme. ¿Para qué andamos con cuentos? ¡si la envidia fuera tiña!... ¿No ven? ¡El que no pase de la docena está bueno para el hospicio!

La alegría era general. Don Jaime aparentaba tomar parte en ella; pero su pensamiento estaba en palacio, cerca del presidente. «¿Para qué lo llamaba?» Don Manuel Cardenillo, al mismo tiempo, suspiraba en medio de las risas de los demás. Á todos les veía el semblante desfigurado. Todos tendrían, á pesar de estarse riendo en ese instante, que recibir algún día, en sus rostros ahora festivos, la palidez azuleja del primo que había muerto en sus brazos. Con el ademán disimulado, apartaba esa idea obstinada, esa pesadilla del fin común, del fin inevitable de todos los seres vivientes.

Pretestando ocupaciones urgentes, don Jaime salió de la tertulia. Lejos de haber conseguido calmar su inquietud, salía de allí más lleno que antes de aprehensiones desconcertadoras. En un momento de la conversación había oído

al dueño de casa tratar de invenciones, de cuentos de brujos, aquello de la conspiración. « Él sabia muy bien que don Alejandro Malsira estaba muerto y enterrado y que no habia de resucitar para seguir en su mania de conspiraciones. Sabia que Manuel Rodriguez estaba en Mendoza, que no era probable tampoco el descubrimiento de fusiles; pero al fin y al cabo ¿por qué estaba ocupada por soldados la casa de su hermana? Él habria dudado de esto si lo hubiese oido únicamente en la tertulia mas no podia ponerlo en duda, desde que lo sabia por Luisa, que no era visionaria, á quien nada asustaba, como á él ». Asi pensaba al atravesar la plaza de Armas, arrojando á la puerta de la cárcel, de soslayo, una mirada de perro timido, que cree que va á recibir un zurriagazo. Habia recorrido mil absurdas hipótesis. Llegaba á suponer que debia pesar sobre él alguna tremenda acusación, relacionada con lo de la casa de su hermana, y que él no hallaria pruebas para sincerarse.

Osorio lo recibió con aspecto muy poco adecuado para tranquilizarlo. Queria infundirle, para principiar, lo que él llamaba «un terror saludable», á fin de prepararlo á secundar su plan con calor, á hacerse su auxiliar, como un medio de salvación. Al lado del Presidente, se mostraba el solemne oidor jubilado don Anacleto Malespina, á quien Osorio consultaba con frecuencia como conocedor del pais y hombre de consejo. Con su caja de polvillo en una mano y el gran pañuelo de algodón de variados colores, plegado sobre las rodillas, el oidor conservaba su actitud de oráculo, como si estuviese en la Real Audiencia.

— Malas noticias tenemos, señor don Jaime, siéntese usted.

Otras veces le decia « amigo don Jaime ». El tono ceremonioso redoblaba su inquietud. Al mismo tiempo veia que don Anacleto aprobaba el anuncio del General moviendo la cabeza con el compás de un idolo chinesco, « si, si, malas noticias » parecia repetir con sus automáticas inclinaciones de cabeza.

— ¿Cómo asi, señor presidente?

— Si, señor, parece que en casa de su hermana de usted se está conspirando.

— ¡Conspirando, excelentisimo señor! ¡dos infelices mujeres!

Don Jaime volvia hacia el oidor una mirada suplicante.

— Usted las conoce, señor don Anacleto. Clarisa y su hija son incapaces de cosa semejante.

— Sin embargo, parece, amigo, que hay pruebas, ¿qué quiere usted? repuso Osorio.

Don Jaime miró á sus interlocutores con una sonrisa de humilde incredulidad, que parecía más bien la contracción de labios de una persona que va á llorar.

— ¡Pruebas! excelentísimo señor.

— Cuéntele usted, Malespina, cuente usted al señor don Jaime lo que hemos sabido.

Don Anacleto se incorporó en su asiento, sorbiendo una narigada de polvillo, la manera que tenía de buscar la inspiración. En tono sentencioso que no admite réplica, con sus frases altisonantes, tradujo lo informado por San Bruno. En su relación, Laramonte era calificado por « un desconocido » y Marica, la oscura heroina del drama, recibió el apodo de « meretriz ».

— Ya lo ve usted, señor don Jaime, todo estaba preparado con infernal alevosía. Los planes proditorios salen luminosos de la noche en que debían ejecutarse: arrastrar á una emboscada á uno de los más celosos servidores de Su Majestad, el capitán San Bruno, al que el asesino Cámara había designado, sin duda, como su víctima; arrastrar después á la tropa, bajo el mando del « desconocido », del hombre cuya personalidad no quiere, por ahora, revelar el excelentísimo señor Presidente, y dar con esa tropa un ataque de sorpresa al palacio de Gobierno, aprovechando las sombras de la noche, para arrebatarnos la más preciosa existencia de este reino, y sumirnos de nuevo en la anarquía, con los que, bajo el engañoso manto del patriotismo, encubren sus ambiciones procaces.

— ¡Y bastardas! puesto que el llamado general O'Higgins es un bastardo, agregó don Mariano triunfante, brillándole los ojos de contento, por su rasgo de ingenio.

El oidor había hablado accionando, con movimientos sentenciosos, con inflexiones de voz que pasaban del tono grave al bajo majestuoso. Su pronunciación de castellano contribuía á dar á los vocablos una importancia de aumentativos y superlativos, una fuerza convincente, que en otra boca no habrían podido tener. La disparatada invención tomaba así á los ojos de don Jaime, una verosimilitud de hecho comprobado, que lo confundía.

— Ya ve usted, amigo, que la cosa es grave, observó el General con aire de convicción penosa. Nada menos que n caso perfectamente calificado de alta traición, añadió,

consultando con la vista al oidor sobre este punto jurídico.

— Efectivamente, señor General, de alta traición.

Don Jaime bajaba la frente. Se sentia abismado como el reo que no tiene nada que decir en su defensa, ante la evidencia de las cosas.

— Ahora, de lo que se trata, amigo don Jaime, es de evitar un juicio de esa naturaleza á la hermana y á la sobrina de usted, y para eso he deseado tener con usted esta entrevista.

— Disponga V. E. de mí, estoy penetrado de la magnanimidad de V. E.

Don Mariano explicó entonces su gran politica de conciliación.

« Á ella queria deber la conquista de los chilenos extraviados y no á las medidas de rigor. Queria que se dijese de él en los juicios de la historia: « Osorio el pacificador » más bien que el « reconquistador » del reino. Pero la gran política de conciliación y de olvido era una divinidad, y como toda divinidad, exige holocaustos ». Al hablar asi el General miraba al oidor como se consulta á un entendido, para ver si habia gustado de su frase. Don Anacleto aprobaba con aire deferente, con gesto de doctor satisfecho. « Ese holocausto, agregaba el General, debe ser la persona del atrevido asesino del centinela de la plaza, el conspirador de marras, el malvado Cámara, servidor de la familia Malsira, que don Jaime conocia muy bien ».

— Y aqui viene, amigo mio, decia el Presidente en tono insinuante, al perplejo don Jaime, la intervención de usted, su acción directa como cooperador de mi gran politica de concordia: usted, mejor que nadie, puede hacernos coger á ese malvado.

Don Mariano, con la voz anudada en la garganta, indicó por un gesto, que no se le alcanzaba cómo podia él contribuir á ese resultado.

— Claro, amigo, intervino el oidor; usted como hermano de doña Clarisa, en cuya casa han tenido lugar los acontecimientos de anoche, debe exigirle que revele el paradero del hombre, para salvarse ella y salvar á los suyos de un juicio de alta traición.

« Ella y los suyos » oyó particularmente don Jaime. « Es decir, que él también podria ser complicado en la causa », pensó con terror.

— ¿No ve usted? cooperador de mi política conciliadora y salvador de su familia, ese es el papel que le cabe á usted, amigo mio, en la pacificación del reino, y es menester que proceda usted sin pérdida de tiempo.

Era una idea de Malespina, á quien había llamado el General para consultarlo. Apoderarse sin ruido, sin aparato de persecuciones, del hombre que San Bruno no había podido aprehender con todos los elementos de fuerza armada y de persecución de que disponía. Don Mariano anticipaba ese resultado como un golpe maestro. «El capitancillo presuntuoso tendría que convencerse al ver á Cámara cogido sin su intervención, que él, el general Osorio, superior en la jerarquía militar, le era superior también en artes gubernativas.» Pensaba don Mariano en Maquiavelo, porque se atribuía ya ingenuamente la paternidad de la luminosa idea, simple aplicación, según él, de su gran política, de su método de ten-con-ten: «*suaviter in modo*, más bien que *fortiter in re*». Esas reflexiones pasaban apresuradas por su imaginación, mientras observaba satisfecho que la fisonomía de don Jaime se había serenado, que ya no tenía ese aire de cariátide agobiada por el peso que sostiene, y que parecia aceptar de buen grado la misión que le confiaba.

El tono amistoso con que el Presidente acababa de hablarle, había, en efecto, calmado como un bálsamo benéfico, el escozor de su miedo. Pero con aquella naturaleza cargada á los extremos, que volvía á flote con la rapidez de un corcho hundido por fuerza, la reflexión, paralizada antes por el susto, le volvia lúcida y previsora, señalándole las dificultades que encontraría cerca de su hermana, para cumplir el encargo que el General le encomendaba. «Su hermana se obstinaría en el silencio; á nadie en la casa le podría *sonsacar* el paradero del maldito Cámara: tendría que volver á palacio á confesar su impotencia y entonces, ¿quién sabe que le sucedería con el irritado Presidente?»

— Sin duda, Excelentísimo señor, dijo con tímida voz, lo mejor es no perder tiempo. Pero yo temo que mi parentesco inmediato me dañe más bien que me sirva en este caso. Mi hermana se negará á decirme á mí, lo que tal vez no se atrevería á negar al señor oidor, por ejemplo; él sí que tiene influencia en la familia, y nada se hace sin consultarlo.

— Nada se hace de lo lícito, entendámonos, porque para conspirar, es bien seguro que no se me consulta.

Don Jaime aceptó la observación con humildad, pero explicó y amplió su pensamiento, aferrándose á su idea, como un niño se aferra de lo que puede, cuando quieren llevarlo al encierro. Entonces intervino don Mariano, acercándosele con ademanes de confidencia.

— Vaya, amigo, como usted es hombre de buen criterio se le puede confiar todo. Pero esto que voy á decirle es un secreto de Estado, ¿entiende usted? un verdadero secreto de Estado, y un secreto de su familia de usted al mismo tiempo. Usted va á ver cómo se complican los casos y por qué he pensado en usted más bien que en cualquier otro.

El señor don Anacleto hablaba á usted hace un momento de «un desconocido», del presunto jefe de la conspiración. Ahora bien; pásmese usted, mi amigo, pásmese usted: ese desconocido es el coronel de Laramonte, y es indudable que conspira, porque está en amoríos con la sobrinita de usted, con esa pollita, la hija de doña Clarisa.

— ¡Con Trinidad!

— Eso es, Trinidad, usted lo dice. Tenemos pruebas de esto.

Bajó abismado la vista don Jaime, meneando la cabeza, con aire de supremo desengaño, perdido en la contemplación de aquel cúmulo de adversidades.

— Ya ve usted que no se puede confiar á otro la misión de que se trata. Nadie, sino usted, debe aparecer instruido de este secreto; nadie, sino usted, puede juzgar cuando sea oportuno hacerlo valer para alcanzar la confesión sobre el paradero del asesino. En fin, mi querido amigo, al confiar á usted todo esto, lo asocio á los actos de Gobierno, ¿no ve usted? Lo hago mi auxiliar en la gran política, y le procuro al mismo tiempo la ocasión, calva como todas las ocasiones, de salvar de un juicio de alta traición á su hermana de usted y á los suyos: honra y provecho, como dicen.

Don Jaime se puso de pie. No podía resistir por más tiempo. El tono del General se había puesto enteramente afectuoso. Lo trataba como compañero, como hombre de su camarilla. Le reconocía los mismos fueros que al oidor. Aquello lo enaltecía á sus propios ojos. Con su facilidad de transiciones morales, veía el horizonte despejado. «Clarisa no podría resistirse á sus argumentos, y él, una vez que

hubiese descubierto la guarida donde se ocultaba el malvado roto, hijo de ña Peta, afianzaría su posición en la corte presidencial de un modo definitivo. Sólo una objeción le ocurrió entonces.

— Oí decir, excelentísimo señor, que la casa de mi hermana estaba ocupada por tropa. Yo, por supuesto, me abstuve de ir á verla antes de recibir las órdenes de V. E.

— Así era, lo estaba en efecto; pero yo, mi amigo, tengo demasiada confianza en usted para haber mantenido esa ocupación. Apenas decidí asociar á usted á mis trabajos en este caso, impartí la orden de que la tropa fuese retirada. Esto lo hice únicamente por usted, para que su famllia se persuada de la gran confianza que me merece, ¿no ve usted? Diga usted, y puede decirlo en verdad, que su señora hermana y los de su casa han recobrado la libertad gracias á la intervención de usted, á quien nada podré negar, despues del éxito que va á tener en su misión.

Encontraba Bustos, al salir de palacio, que las puertas eran demasiado bajas para su importancia. Al atravesar la antesala envió á José Retamo un saludo protector, lleno de bondad paternal, casi como una bendición de obispo, que envía la bienaventuranza á los que se inclinan á su paso.

— El señor Marqués va de plácemes. ¡vaya, pues, tanto mejor! Se le figura que en cada saludo deja caer una onza de oro para los pobres mulatos.

Y José Retamo, con su risa filosófica de hombre que perdona las debilidades humanas, se alegraba de ver contento al magnate, «porque le gustaba que todo el mundo fuese feliz, después de tantas tragedias que habían pasado en el reino».

En aquella mañana, al tomar su mate, doña Clarisa se hacía referir por Mañunga los sucesos de la noche.

— Yo, pues, señorita, estaba ya acostada en mi cuarto, cuando se me apareció ño Cámara golpeando á la puerta.

— ¿Qué no le habían dado ya la carta de Luisa para que se vaya á Mendoza?

— Así era, pues, señorita; yo también creía que ya se hubiese ido para la otra banda; pero nada, pues, anoche se apareció, como le digo á su merced.

— ¿Y á qué venía?

— Dijo que venía á dejarme un recado para *misia* Luisita.

— ¿Y cuál era el recado?

— ¡Cuándo pudo decírmelo, nunca pues, señorita! Todavía no empezaba á hablar, cuando se pusieron á ladrar los perros. ¡Ave María, la bulla que metían! Ño Cámara quería ir á hacerlos callarse; pero yo no lo dejé que fuera, porque había visto temprano los soldados que se paseaban cerca de la casa. « No vaya á ser algún soldado godo, que le dije » y nos pusimos á aguaitar calladitos por la puerta de mi cuarto.

— Pero Cámara no vino solo, yo sé que otra persona entró también en la casa, no me mientas; ¿quién era esa persona?

Doña Clarisa había meditado toda la noche sobre la acusación de San Bruno. Al principio aquello era una infame calumnia. Trinidad había negado, pero no con la indignación que ella esperaba. Es cierto que la impresión que debían causarle las extrañas escenas por que estaban pasando en aquel instante, podía muy bien, en una persona tímida como ella, haberle quitado toda energía, aun para defenderse de tan atroz acusación. Pero la duda volvía obstinada, con una periodicidad de dolor reumático, sin dejarla reposarse en su confianza. Por la mañana había decidido hacer indagaciones, empezando por Mañunga, cuando le trajese el mate.

— No me mientas, repitió al ver que la criadita se turbaba, que se ponía balbuciente.

Mañunga no quería traicionar á su señorita Trinidad; pero en el fondo de su pensamiento sentía, al mismo tiempo, el deseo de apartar en lo posible las ideas de la señora de la presencia de Cámara. Su pregunta sobre otra persona le parecía un excelente arbitrio, para distraerla de seguir averiguando sobre la visita del soldado patriota. « Además, la señorita decía que sabía ¿cómo negarle todo? ¿y si la pillaba en la mentira? No se detuvo más á reflexionar, sentía que el silencio habría sido más acusador que una explicación cualquiera.

— Yo le diré, pues, señorita. Al ratito que estábamos aguaitando, vimos que entraba al patio, por el lado de la huerta, un hombre con capa, que parecía caballero. Entonces yo le dije á ño Cámara : « Cuando menos que será don Abelito. Quién sabe, pues, ¿no dicen que se fué á la otra banda, que me dijo él? »

La señora se sentía sobrecogida de un hielo mortal.

— Tú lo viste, ¿era Abel? preguntó con viva ansiedad.

— Como no se veía claro, no estábamos seguros de que fuese don Abelito; pero él tenía que ser no más; ¿quién podía haber sido sino él?

Mañunga se abstenía de hablar de que con el encapado, había visto llegar á Trinidad. Fué la única salida que encontró en su turbación. « Como su señorita Clarisa sabía, ¿para qué negarlo? » Con decir que ella no estaba segura de que fuese don Abelito, creía su responsabilidad inatacable.

— Y entonces, ¿qué hizo ese hombre de capa? preguntó la señora, queriendo, á fuerza de clavarle la vista, leer la verdad en el rostro de la sirviente.

— Había tomado como para las piezas de adentro, cuando empezaron golpe y golpe á la puerta de calle. « Esos son los soldados que, cuando menos, han visto entrar á don Abelito; vienen á tomarlo preso », que le dije á ño Cámara: « váyase por la huerta antes que lo pillen á usted también ». « Las cosas suyas, que me dijo ño Cámara, ¿y el patrón don Abel? ¿y si lo pillan los godos? Yo no lo dejo aquí solo, corra á llamarlo y dígale que yo lo sacaré sin que lo vean ». Los golpes parecía que iban á echar la puerta abajo. Su merced los sentiría también; ¿qué, no los sintió, señorita?

— Perfectamente, y no podía explicarme qué podría ser.

Mañunga se figuraba que hablando continuamente, la imaginación de la señora se apartaría de pensar en la presencia de Cámara y del de capa. Por lo menos, estaba segura de que hablando evitaba nuevas preguntas.

— ¡Vaya con el susto grande, señorita! Yo no me animaba á moverme. Parecía que el corazón me se salía por la boca de puro miedo. « Anda, tonta, me decía ño Cámara; ahora salen pillando al caballerito ». Entonces, pues, señorita, yo me encomendé á todos los santos y á la virgen santísima. Cuando, ¡bendito sea Dios! no se aparece, pues, en el patio el señor don Abelito. Apenas lo vimos, ño Cámara salió al patio y se puso á platicar con él; y, poquito después, los dos cortaron para la huerta. Entonces fué cuando entraron los soldados, como vió su merced; pero como Francisco y yo embromamos harto antes de abrirles, seguro que don Abelito y Cámara han podido arrancar sin que los tomen.

La señora se quedaba profundamente pensativa, mientras

que Mañunga, sin abandonar su táctica de adormecer sus sospechas á fuerza de locuacidad, continuaba:

— Y ahora, ¿qué vamos á hacer, señorita? Estamos aquí todas cautivas. ¡Ni mandar á la plaza vamos á poder siquiera! ¡Ave María, señor! ¿Qué pensarán hacer con nosotras?

— Que se haga la voluntad de Dios, dijo la señora.

Despidió á la criada, y, lentamente, se dirigió al cuarto de Trinidad. Un vértigo de sufrimiento la empujaba, estoica y resuelta, hacia donde creía encontrar el inmenso dolor de una deshonra inaudita. No quería que en su alma se condensase una esperanza, con aquella fábula absurda de la presencia de su hijo, que ella sabía, que ella sentía tan lejos. Con una arrogancia casi sacrílega, llegaba á desafiar al cielo, á que operase el milagro de hacer que fuese una calumnia la vergonzosa acusación lanzada por San Bruno á la frente de su hija. Un momento, al tocar la puerta, vaciló sin embargo, aturdida de emoción repentina. Era la idea de llegar á lo irremediable, de estrellarse contra el hecho consumado, contra la realidad brutal, que casi la hacía retroceder, como se encabrita y tiembla y quiere volver hacia atrás un animal, al borde de un abismo. Pero luego el sentimiento augusto del deber espoleó al ser material que se resistía, y con un movimiento nervioso, abrió la puerta.

En pié desde temprano, Trinidad no se había atrevido á salir aún de su dormitorio. ¿Para qué ir á continuar tan pronto esa lucha acerba, que hacía del hogar «el valle de lágrimas» de que habla la Escritura? En su mirada, la fiebre del insomnio doloroso, los fantasmas de la incesante ansiedad, habían resistido al soplo leve con que la luz de la mañana disipa las visiones de la noche. La señora le dió los buenos días, con la voz sin vibración de las almas que han dejado de comprenderse. Ella respondió lo mismo. Pero doña Clarisa traía su propósito y no quería separarse de él. Romper el misterio, aunque al rasgar el velo que lo cubría, hubiera de recibir en el corazón la herida atroz de que se sentía amenazada.

— ¿Cómo no me dijiste anoche que Abel estaba aquí?

Pero al ver á su hija con la mortal angustia retratada en el rostro, al oír ella su propia voz en esa estancia, donde el silencio mismo parecía cargado de sollozos, la señora se sintió arrepentida de su obstinación y de sus dudas, sobrecogida, de repente, por un violento deseo de que su hija le-

negase, con alguna mentira, la revelación que ella había venido á buscar.

«No hables, no me respondas, no me digas que era Laramonte quien estaba aquí anoche», hubiera querido gritarle. Donde había llegado como juez severo, una crisis moral se operaba en su pecho, hasta entonces engolfado en sus propias penas. La contracción dolorosa que, por sujetar el llanto, hacía temblar con una palpitación apenas visible, el labio inferior de Trinidad, sacó á la señora de su egoísta aislamiento de alma herida. Vió entonces las sombras con que el terror y el insomnio habían turbado la armoniosa belleza de aquel rostro, en el que debía brillar la alegría de la juventud. Esa devastación del ser querido, tocó más profundamente el corazón de la madre, que lo que hubiera podido hacerlo la más elocuente plegaria de perdón, que la chica le hubiese dirigido de rodillas. «Era suya, fruto de sus entrañas, prenda de un amor perdido para siempre, la hermosa criatura desfigurada y doblegada por el largo y silencioso martirio. Esos pobres labios descoloridos, que agitaba una contracción doliente, habían sonreído para ella en otro tiempo con el puro contento de la infancia». En su corazón, que despertaba á la congoja ajena, rápido como el golpe eléctrico, el recuerdo de aquel tiempo se evocaba, y una honda compasión, una oleada irresistible de infinito amor, la asaltó entonces, con su fuerza ciega de torrente, llevándose de ella el ser ficticio, la tiranía de las preocupaciones aprendidas, para dejar bañada su alma de madre en un mar de cariñosa, de inconmesurable indulgencia.

Trinidad, entre tanto, callaba. ¡Qué inmensa tentación de alejar el peligro presente le daba la pregunta de su madre! Con sólo no contradecirla, con acogerse á esa rama de salud, podía su alma aterrorizada desviar la tempestad, disipar tal vez para siempre esa atroz amenaza de la afrenta inmediata. La misma posibilidad de conjurar el mal la quizo retroceder, sin embargo, ante la vergonzosa supercheria. Su incontrastable ternura filial le puso en el pecho la fuerza calorosa del sacrificio. Parecióle una crueldad degradante el adormecer las sospechas de aquella madre afligida, haciéndole creer que su hijo había estado cerca de ella sin abrazarla, sin cuidarse de calmar su inquietud, de verter sobre sus heridas el consuelo de su presencia inesperada. Con el valor que dobla la energía al tocar el peli-

gro, la chica selló en sus labios la mentira y miró á su madre sin contestarle. Doña Clarisa, temblando también de oir la verdad, no se atrevió á repetir su pregunta. El silencio pesaba sobre ambas, y podia crear una corriente de irritación irremediable, llevarse otra vez sus almas á la distancia en que casi se perdia el cariño de la sangre.

Al fin la señora, con una ansia fervorosa de poner término á la opresora situación y empeñándose más todavia por dar á su voz un acento natural, la entonación casera de las conversaciones familiares:

— No comprendo tu silencio. Si tu hermano estaba aquí, ¿por qué no decírmelo?

La joven se dejó caer de rodillas, anonadada, con la humilde resignación de la víctima que no se atreve á defenderse y se cubrió el rostro con las manos.

— Perdón, mamita, perdón; no era Abel, balbuceó, llorando esta vez.

Faltáronle la voz y el aliento para pronunciar el nombre de Laramonte. Las palabras que quiso articular se convirtieron en el hipo estridente de los sollozos, que separa las sílabas con un estremecimiento histérico. En su desolación violenta, la chica se descubrió el rostro y doña Clarisa vió otra vez el temblor nervioso del labio, ese temblor de ser desamparado y vencido, que le iba al alma con su calor de compasión infinita. Sin saber cómo, empezó entonces la señora á hablar y oia al mismo tiempo sus palabras que resonaban en la estancia, con una significación que ella no habria querido darles, con una significación que habria querido cambiar, que traicionaba su voluntad, por ese fenómeno misterioso de las grandes exaltaciones del espíritu, que hace decir á veces lo contrario de lo que se piensa, al buscar una gradación que permita pasar de un sentimiento á otro. «¡Ah! ella misma lo confesaba! Con que entonces era Laramonte, como lo habia dicho anoche ese malvado oficial español! De modo que con el nombre que ella llevaba, con los ejemplos y la educación que habia recibido, sin tener compasión de las penas de su madre, no habia vacilado ante la deshonra y habia tenido la osadía de hacer entrar un hombre á la casa de sus padres, clandestinamente! ¿Qué le quedaba ya que hacer? Hoy sería ya toda la familia la fábula de la ciudad. Su pobre hermano, que estaba en el destierro, tendria que avergonzarse ante sus compatriotas, cuando le contasen que mientras él se sacrificaba con

honor, su hermana deshonraba el nombre de la familia ».

No decía estos reproches con la irritación de su largo encono; no vibraba en su voz la intransigencia adusta que su marido le dejara al morir; no hablaba de los grandes deberes, ni invocaba al Dios justiciero en auxilio de su autoridad desamparada. Su voz, por el contrario, tenía quebrantos de tono, modulaciones afligidas de queja, y al hablar de su hijo, del que estaba allá tan lejos de su presencia, tan aferrado á su corazón, una amargura invencible le quebró la voz.

— ¡Pobre Abel! mi pobre hijo, ¿qué va á decir?

« No hablaba de ella. Ella ya no contaba para nada; era una pobre mujer de la que no había para qué ocuparse ». Pero mientras se enjugaba el llanto con mano temblosa, dejando la humedad de las lágrimas en las arrugas que el pesar había arado en sus mejillas, la extraña embriaguez de la palabra volvió á dominarla. Los sentimientos compasivos se borraban de su alma, como imágenes que no guarda el espejo si un objeto cualquiera se interpone. La indignación, casi ficticia, con que había principiado á hablar, le traía á la memoria, le arrojaba á los labios, las amargas sospechas que en las horas lentas de su duelo solitario se habían acumulado en su pecho, como malos humores que han de minar la existencia, si alguna operación natural ó artificial no los extrae del cuerpo.

Así continuó hablando largo rato. Trinidad, en su actitud penitente, sintió al principio que las palabras de su madre le atravesaban el corazón, como dardos encendidos. Por grados, no obstante, la conciencia de su miseria, el rubor que la abrasaba con su atmósfera de fuego, empezaron á turbarle la clara percepción de lo que oía. Su ser se dividía. Ella, fuera de ella, en un *desdoblamiento* de su persona moral, se veía sufrir, arrodillada, sumida en una vergüenza ominosa. Las frases de su madre resonaban sobre la cabeza de esa criatura humillada, en amenazadora confusión, como el fragor subterráneo de un terremoto que pasa. Su alma, separada de ese pobre ser entorpecido, que seguía de hinojos en un abandono de inercia, se levantaba de su postración, le dejaba sentir la conciencia de la vida, el sombrío goce del que se sacrifica por una idea ó por un sentimiento, le hacía soportar ya, casi contenta, aquella tortura, engolfada en el culto severo, en el fanatismo renovado por su amor invencible.

Pero doña Clarisa había vuelto de nuevo, en la rotación casi mecánica que pasa de la exaltación al desfallecimiento, á condolerse de su propio dolor, con ese egoísmo humano que es el fondo de los grandes sufrimientos. La situación volvió á converger á sus pesares personales; á lo que la falta de su hijo agravaba su desdicha sin igual; á la memoria venerada del muerto. Y su acento se iba suavizando en el enternecimiento de los recuerdos, en la fría desolación de la desesperanza, hasta que vencida por la tremenda lucha de sus emociones, su voz resonaba como un gemido, un lamento de su propia miseria, una invocación desesperada al poder supremo que abate ó consuela á las criaturas, según los designios insondables de su sabiduría omnipotente.

— ¡Ay, Dios mío, que se haga tu voluntad! ¡Soy tan desgraciada!

— ¡Madre, perdóneme; perdóneme, por Dios! ¡Si supiese cuánto sufro de verla llorar, si supiese cuánto la quiero! ¡Yo daría mi vida por no verla sufrir así!

La estrechaba entre sus brazos con la violencia comunicativa del sentimiento que desborda, la besaba como cuando era chiquita, le comunicaba el calor vivificante de la juventud que hace brotar del duelo la esperanza, que hace lucir la posibilidad de los días mejores.

— Yo sé que he sido muy culpable; pero si he cometido una gran falta no me creo por eso deshonrada. Su hijita es inocente, y antes morirá que empañar su honor.

La señora hizo un movimiento de denegación desconsolada.

— No basta tu conciencia; hoy se sabrá *que ese hombre* ha sido encontrado en casa á media noche, y con eso basta para que quedes tú, para que quedemos todos deshonrados.

— ¡Y qué me importa lo que piensen y lo que digan los otros, si usted consiente en perdonarme!

La señora miró delante de sí, como perdida en una meditación intensa. No protestaba, como antes lo habría hecho, indignada al oír aquella suposición de que pudiese perdonar. Divisaba en la distancia del pensamiento el punto luminoso de una nueva apreciación de las cosas.

«¿Qué habían obtenido su esposo y ella, con esa ley de la obediencia absoluta? ¿Qué con sacrificar la felicidad de su hija en aras de esa divinidad insaciable del qué dirán? La juventud no estaba formada para consumirse en el llanto,

para desfigurarse en el constante desconsuelo. ¿Qué tenian que ver las madres con esas divisiones de patriotas y realistas, con esos odios de los hombres, que las obligan á ser los verdugos de sus hijas? » Pensaba en lo frágil de la existencia, comparándola con el extravío humano de dar á sus caprichos la importancia de leyes inmutables é ineludibles. Su mente escrutaba, agitada é incierta, todos esos problemas, y un temor de haberse equivocado, de haber sido demasiado cruel con su pobre hija, la asaltaba como un remordimiento. De lo más íntimo de su seno de madre, la idea de un perdón reconciliador le anticipaba la promesa de una nueva existencia de reparación y de consuelo.

La chica, alentada por ese silencio, continuaba hablando: «¿Qué más hubiera deseado ella que ser una hija sumisa y obediente? Fuera de ese amor desgraciado, más fuerte que su voluntad, que mil veces habia pedido á Dios le arrancase del corazón, ¿qué pesar había causado ella á sus padres? ¿Qué culpa tenia ella de esa guerra atroz que había venido á separar españoles de chilenos, como si hubiesen nacido enemigos? Ella sabia que Hermógenes deploraba esas terribles divisiones. Si su honor se lo hubiese permitido, ya habría abandonado su carrera. Hermógenes condenaba las crueldades cometidas por los españoles, y si actualmente se encontraba preso, era por haber sacado á Abel de la cárcel, contra las órdenes de San Bruno. »

— Usted sabe eso, mamita, ¿no es verdad? Ya ve usted que, lejos de ser enemigo de nuestra familia ni de nuestra patria, Hermógenes está sufriendo por nosotros. Pero esta guerra habrá de concluir de un modo ú otro, y apenas venga la paz, él me ha jurado que dejará la carrera de las armas, que será tan chileno como nosotros y que espera alcanzar de usted, á fuerza de respeto y de cariño, su consentimiento á nuestra unión. Entonces tendría usted un hijo más, tan amante como yo, que me acompañará á quererla, á hacer menos amargos sus pesares, que me ayudará á cuidarla y á hacerle olvidar lo que le he dado que sufrir.

Hablaba con acentuaciones de voz que envolvían á la señora en una atmósfera calmante, como una sensación de convaleciente que va recobrando las fuerzas. En medio de sus frases encontraba las exclamaciones delicadas, las interjeciones adormecedoras que necesitarían escribirse en notas de música, para darles toda la dulzura de su poesía.

Con la maestría ingénita de su sexo para cuanto toca á la delicadeza de los sentimientos, habia graduado esas exclamaciones para hacer resonar el nombre de Laramonte á los oidos de la señora.

Ya mediaba entre ellas ese nombre, que antes no se podia pronunciar. Ya no parecia un intruso que venia á turbar la paz del hogar. Y los cariños de profunda ternura con que la hija la hacia divisar ese nuevo horizonte, calmaban los rencores de la madre, eran una especie de *anestético* moral que adormecia sus escrúpulos, que la llevaba, por transiciones suaves, á la contemplación de un porvenir casi feliz, al apaciguamiento venturoso de las agitaciones presentes. Sus ideas flotaban inciertas en ese despertamiento de amor maternal. Los severos propósitos, de que habia hecho una especie de holocausto arrancado de su corazón, para calmar la sombra severa del muerto, perdian su rigidez inflexible. Todo tomaba un tinte suave y apacible; un ambiente de paz refrescaba la fiebre de su cerebro.

— Señorita, ahí está el patrón don Jaime con *misiá* Luisita, entró diciendo Mañunga.

— Diles que vengan, contestó la señora con naturalidad, mostrando en la voz perfecta calma, trasformada ya por aquella evolución de su espíritu.

XI.

En el camino de su casa á la de su hermana, don Jaime hablaba á Luisa en términos velados, con aire de discreción oficial, de la misión que le habia confiado el presidente Osorio. «Era sin duda muy honroso para él que el jefe supremo del Estado lo asociase á los actos de su gobierno, como él mismo se lo habia dicho. Ahí estaba, para atestiguarlo, el oidor Malespina que no lo dejaria mentir». Se persuadia, hablando así, que el lustre que le daba el favor presidencial, podria tocar el corazón rebelde de la chica, y ensayaba sus indirectas galantes, así como acostumbraba hacerlo cuando se encontraba solo con ella. Pero Luisa esquivaba sus requiebros con manifestaciones de cariño filial, con afectuosas chanzas, preocupada sobre todo de saber en qué consistia la importante misión sobre la que su tío, contra su natural comunicativo, se mostraba tan reservado.

— Pero vamos á ver, ¿qué es lo que en realidad le ha encargado el General?

— Tú verás, tú verás, cuando estemos con Clarisa.

— ¡Ya veo que usted no tiene confianza en mí!

Tal vez había en el tono de la voz un ligero acento de coquetería, de ese encanto misterioso que vibra en la voz de la mujer cuando se emociona. La frase envalentonó al galán. Él se sentía conquistador, con su nueva importancia de hombre asociado á las medidas del Gobierno. Le pareció que era llegado el momento de declararse, de dar ese salto, en el que siempre se detenía con un pie en el aire. Era necesario coger la frase al vuelo, con delicadeza y tino, como se coge una mariposa que extiende sus alas al sol. «Las mujeres son tan caprichosas, pensaba él, que es preciso saber aprovechar el momento oportuno».

— ¡Qué idea, Luisita! creer que no tengo confianza en tí.

«Para ella no tenía secretos, ella lo sabía muy bien», continuó diciendo.

Pero luego se interrumpió con voz insinuante:

— Miento, sí, tengo un secreto, que hasta ahora no te he dicho nunca con entera franqueza. ¿Apuesto á que tú sabes lo que quiero decirte? Tú lo debes haber conocido muy bien.

—¡Vaya tio, ya está con sus misterios!, déjese de secretos, yo no quiero saber sus secretos.

Se apoyaba en su brazo con infantil abandono, que el buen caballero tomaba por una señal alentadora.

— Eso es, picarona, porque no me quieres como yo.

— Claro: usted me quiere como padre y yo como hija.

— ¡Yo, más que como padre!

— Como abuelo, entonces, ¡para qué se hace tan viejo!

Le sonreía con agrado. Se burlaba con cariño de la confusión de don Jaime. Le tenía un profundo afecto; pero un afecto concentrado en él solo, como se figuraba que habría querido á su padre y á su madre al mismo tiempo. Sabía estimar, con su inteligencia sutil y delicada, ese corazón de niño bondadoso, del que los años no habían empañado la frescura de las emociones, al que debía ella que le hubiese endulzado, con esmero solícito, su existencia de huérfana.

— No, como abuelo, no; ese es mi secreto, lo que te iba á decir.

La chica se puso seria, alarmada con la insistencia. Su

silencio hizo callar al caballero, que iba á seguir, sintiéndose los alientos que hacen á veces que un cobarde se arroje de cabeza al peligro. Le inquietaba, además, notar que el camino que tenian que andar se iba acortando, y pensaba que no debia perder el arranque de osadía que le daba la idea de su importancia, la idea de que el supremo mandatario, el representante del Rey en Chile, lo hubiese asociado á su política. En la casa, por un sentimiento de honradez, no se atrevia á cortejar á su pupila. Se le figuraba que cometia un abuso de su situación de tutor, una falta de delicadeza. Era en los paseos, al aire libre, donde la chica se mostraba también más expansiva con él, que ensayaba. En sus adentros, se decia como la gente del pueblo: « por si pega ».

El silencio no fué largo. Ella, con voz que ya no era festiva, lo rompió, acortando el paso, con aire grave:

— No me diga su secreto, tio. Eso turbaria la confianza que tengo con usted; pondria una distancia entre nosotros, y yo perderia mi mejor amigo.

— Y, ¿por qué? ¡No te comprendo!

No se le alcanzaba, en efecto, lo que su sobrina queria decir. Esas sutilezas de sentimientos no entraban en su sindéresis. Pero mientras hablaba la joven, habia sentido un friecito de malestar, el enfriamiento de la esperanza en el pecho. La voz armoniosa y sentida con que ella se habia expresado, cuadraba con el porte altivo de la cabeza, con la arrogancia de su estatura, con lo vago y sereno de la mirada. Nunca habia podido vencer don Jaime la timidez que le inspiraba ese conjunto de majestad sencilla, que lo hacia pensar en que « así debian ser las reinas ». Como ella no contestase, él repuso con viveza:

— ¿Por qué? No te comprendo. ¡A menos que estés enamorada!

— ¡Qué ocurrencia!

Trató en vano de sonreír, de volver al tono familiar con que hablaba al principio. Su sonrisa fué forzada. Una exclamación de defensa, como cuando en un movimiento de pudor, la mujer recatada trata de levantarse el escote del vestido, bajo la mirada curiosa del hombre. Él se encontró ridículo. Sintió que la diferencia de edad no le permitia esa actitud indagadora.

— Vaya pues, no te diré nada si tú no quieres, dijo don Jaime con tristeza.

— No se ofenda, tío, por lo que le digo.

— ¡Ofenderme! contigo, hijita, ¡jamás!

Conmovida con esa exclamación, en la que el caballero había puesto toda la sinceridad de su alma, ella quiso recompensarlo por ese amor desinteresado de padre, que en el corazón del caballero existía de consuno con su otro amor.

— Así estamos mucho mejor. Yo quiero poder tratarlo á usted con el mismo cariño de siempre. Usted es el único hombre en quien tengo una confianza absoluta, el único á quien podría contar mis penas... si las tuviese.

— Pero no las tienes, ¿no es verdad? ¿por qué podrías tener penas?

— Así es, ¿por qué?

— Una muchacha como tú, que puede hacerse querer de quien le agrade y casarse cuando se le antoje.

— ¡Ah, no, no, no pienso casarme! Me quedaré soltera para acompañarlo á usted y á las tías; pasaré á ser la tercera prima, ¡prima Luisita!

Llegaban á casa de los Malsira. La chica al hablar había vuelto á su tono de alegre confianza. Don Jaime se reía también por complacerla; pero con una risa forzada de chasqueado, prometiéndose tener más osadía otra vez. Él no se desalentaba. En su robustez de cincuenta años, de hombre tranquilo y casto, que lo hacía aparecer apenas de cuarenta, sentía por la chica el amor paciente de los que quieren bien, sin vanidad, este fuerte ingrediente de las grandes pasiones, y sin romanticismo, ese vidrio de aumento en las cosas de la vida.

— Bueno, pues, chiquilla, acabó por decir, alegrándose al fin, con la previsión de su perseverancia, ante la idea de lo que podría alcanzar más tarde, yo no pido otra cosa, quédate soltera.

Ambos, al entrar á la pieza donde se encontraban doña Clarisa y Trinidad, advirtieron la transformación que acababa de operarse en la fisonomía de la madre y en la de la hija. Tenían una y otra algo de plácido y resignado, como un suave resto de sombra que se desvanece. Luisa, más observadora que su tío, vió brillar en los ojos de su prima un incierto fulgor de contento, que no acertó á explicarse, un fulgor que las tristezas recientes velaban todavía; el contento de la tierra que empieza á secarse después de la lluvia, al calor del sol, medio cubierto aún por las nubes

que se disipan. Don Jaime oía con un recogimiento de hombre imparcial, la relación que le hacia su hermana, de los sucesos de la noche, sin hablar de Cámara ni de Laramonte. Mañunga, que servia mate, terciaba á veces en la conversación, sin que le preguntasen nada, con la confianza de las sirvientes familiares. « Los españoles habian entrado á bofetones. Á Francisco casi le habian roto una quijada, y ella no tenia parte del cuerpo que no le doliese, de los puntapiés de San Bruno ». No pudiendo pillar á nadie, porque no habia nadie en la casa, « ¿cómo habian de pillar pues? », habian muerto á sablazos á uno de los perros. « Ahí estaria hasta ahora, tirado, el cuerpo del pobre Ponto, si Francisco no hubiese ido de mañanita á enterrarlo ». Y Alpe que se llevaba ahullando, en la huerta vecina, ¡que daba tanta lástima! »

Don Jaime se impacientaba con la locuocidad de Mañunga, locuocidad intencional, « para que no pensasen en Cámara, para que no se pusieran á preguntar ». Él, penetrado de su misión, de que el Presidente lo habia asociado á su gran política, queria mostrarse complaciente, pero firme, « usar de un ten-con-ten », habia sido la última recomendación de don Mariano.

— ¡Vaya, Mañunga!, dijo con aire bonachón, sin querer ofenderla, ¿para qué estás con cuentos? En el gobierno se sabe perfectamente que Cámara estaba anoche aquí.

— Así será, pues, señor, dijo ella, llevando el mate para que « no le siguiesen averiguando ».

Doña Clarisa restableció la verdad.

— La muchacha no quiere decir nada porque no sabe si yo aprobaria que hablase; tú sabes lo aguda que es.

— Sí, pero ustedes no deben negar, hija; el señor Presidente sabe de una manera segura que Cámara estaba oculto aquí en tu casa.

— Oculto no estaba, como tú dices; habia venido á despedirse de los criados, porque se va para Mendoza.

— ¡Venido! ¿de dónde? eso es lo que ustedes deben saber. ¿Y cómo viene á tu casa, hija, sin que tú lo sepas? Un criminal, un asesino como ese no debia entrar á tu casa.

Doña Clarisa protestó. « Cámara no era un asesino. Si por un acto de arrojo inaudito, habia dado muerte al centinela de la plaza, eso fué por vengar el infame asesinato de su patrón y de tantos otros infelices, bárbaramente sacrificados en la cárcel ». Luisa y Trinidad intervinieron, apoyando

á la señora. Entre sí, don Jaime buscaba modo de apaciguarlas. «Él tenía la culpa de empezar con acusaciones de asesinato. Ese no era el ten-con-ten que le había recomendado el General».

— Sin duda, no digo que no; ¡cálmense, por Dios! No soy yo quien dice que ese muchacho pueda llamarse asesino; pero ustedes convendrán también conmigo que es muy natural que las autoridades lo persigan por esa muerte y por la de anoche: ¿les parece poco?

La señora, cuya exasperación revivía á la menor referencia hecha á los luctuosos sucesos del 6 de febrero, replicó, sarcástica, con un vigor que antes no mostraba:

— ¡También deberían perseguir á Osorio y á ese infame San Bruno, los autores de esa tremenda iniquidad!

Con timidez, con voz conciliadora, don Jaime defendió al Presidente. «Él había sido el primero y el que más había deplorado los tristes sucesos de la cárcel».

— Debería haberlo manifestado públicamente haciendo enjuiciar y fusilar á San Bruno y á Villalobos, exclamó con indignación la señora.

— Pero, hija mía, un Presidente no puede hacer todo lo que quiere; hay la razón de estado, mil consideraciones que pesan sobre él únicamente. Pero el General está animado del espíritu más conciliador del mundo, esa es su gran política; hay que observar en todo un ten-con-ten; ¿no ves?

— ¿Dónde está esa conciliación? ¡vamos á ver! ¡Conciliación, persiguiéndonos á todas horas, allanando con brutalidad nuestras casas! ¡Me admira que te atrevas á defenderlo!

— Es menester no mostrarse injustos. ¿No es acaso un acto de conciliación el haber retirado de aquí las guardias que había dejado San Bruno?

— ¡Oh, qué magnanimidad, después que todo Santiago habrá sabido que se nos trata como criminales, con centinela de vista!

En ese tono, don Jaime se veía cada vez más lejos de su objeto y buscaba en vano con miradas de súplica el auxilio de Luisa. Lejos de ayudarlo, la joven parecía aprobar la exaltación de su tía.

— ¡Por Dios, hermana! dijo con desaliento, con ustedes no se puede discutir. ¡Cómo! ¡Avisan á las autoridades que en esta casa se oculta el asesino de un soldado del Rey, de

un soldado muerto estando en facción, fíjate en eso, eso es capital, hija, en activo servicio de Su Majstad! ¡Y tú te quejas porque te allanan la casa! Yo pregunto, ¿qué otra cosa habrían podido hacer? ¡Y después que ese hombre perseguido sale de aquí y mata á un soldado y hiere á otro, ustedes no le agradecen al Presidente de que las deje libres y que me mande cerca de ustedes para evitarles las malas consecuencias de todo esto!

— ¡Es mucha generosidad; cuando menos querría que yo vaya á darle las gracias!

— ¿No ves? ¡Así no se puede discutir!

Levantaba los ojos al techo con una protesta desesperada contra la lógica de las mujeres. «¿Quién diantres podría hacerles entender razón?»

— No, hija, no pide que le vayan á dar las gracias, pero sí que sean ustedes razonables, que no le hagan imposible su política de conciliación.

— Pero, ¿qué llamas «razonables»? ¿qué quieres decir con eso?

— Quiero decir que me ayudes á arreglarlo todo para que no las persigan á ustedes.

— ¿De qué manera? No te comprendo.

— De una manera muy sencilla, entregando á Cámara si está aquí, ó diciéndome dónde se oculta.

Doña Clarisa miró á su hermano como si hubiese perdido el juicio.

— ¡No faltaba más! ¡Habráse visto cosa semejante!

No hallaba otras palabras para expresar su indignación.

Don Jaime intentó justificar su indicación haciéndose insinuante, sin responder á las exclamaciones con que su hermana lo interrumpía. «Lejos de ser un despropósito humillante como doña Clarisa calificaba la proposición de entregar á Cámara, era, al contrario, un arbitrio de conciliación, una idea de hombre de estado que él confesaba modestamente haber sugerido á S. E. ¿No valía mucho más arreglar así el asunto, como en familia, y no sacrificarse por un roto *malaso*, exponiéndose á ser arrastradas á la cárcel y procesadas por alta traición?

— ¡Alta traición! Fíjate bien en eso, Clarisa; nuestra familia enjuiciada por ¡Aaalta tra-i-ci-ón!

Hacía sonar esas palabras como si pudiera darles una altura y una magnitud de inconmensurable amenaza en proporción á lo que alargaba las sílabas, acentuando las

últimas con notas bajas y trágicas. Todo su esfuerzo por aterrorizar á la señora fué vano, sin embargo.

— ¡Que hagan lo que quieran! Muy bien sabemos que sólo se buscan pretextos para oprimirnos y vejarnos. ¡Qué suceda lo que Dios quiera!

La estoica resignación de su hermana y la serena actitud con que Trinidad había oído sus amenazas lo exasperaba. « Su misión se venía por los suelos. En vez de seguir asociado á la política presidencial, ¡quién sabe si don Mariano no lo creería á él también un conspirador! » Entonces pensó en tocar otra cuerda, ver modo de apiadarlas, sin dejar por esto la intimidación que hasta ese momento había creido un compulsivo infalible con las mujeres.

— Ustedes son mujeres y no alcanzan á comprender la realidad de la situación, dijo después del silencio imponente que había seguido á la respuesta de la señora. ¿Quieren saber toda la verdad? El General estaba furioso, pero disimulaba. Se necesita no conocerlo. Es capaz de hacernos llevar á todos á la cárcel, á mí junto con ustedes. Y después vendrán los procesos, las confiscaciones, el destierro. ¡Cállense, no más! ¡No digan nada! Con tal que el caballero Cámara no sea molestado, ¿qué les importa á ustedes que nos arruinemos todos? ¡Que me arruine yo, que soy en esto inocente como un cordero! ¡Bonitas parientes son ustedes!

Gesticulaba y se movía en todas direcciones con ademanes teatrales, con la vehemencia del orador que se deja arrastrar por el fuego de la improvisación al anunciar un gran peligro, la seguridad pública amenazada. Al fin volvió á su silla abatido, hablando del desengaño que le daban, acusando el egoísmo de los suyos que lo condenaba al sacrificio, « cuando si él se asociaba á la gran política presidencial era por el bien del país, por supuesto; pero sobre todo por salvarlas á ellas, mediante su influencia con el Presidente ».

Luisa lo interrumpió, como se busca una distracción cuando se quiere hacer callar á un niño que sigue llorando sin motivo:

— Pero tío, aun cuando ellas quisiesen decirle el paradero de Cámara no podrían hacerlo porque no lo conocen. Desde el suceso de la plaza, nadie sabe dónde se oculta.

Don Jaime recibió esas palabras como un nuevo golpe, y exhaló al contestar el dolorido reproche de César:

— ¡Y tú también, hijita, estás contra mí!

— Te aseguro que no lo sabemos y que nadie en casa lo sabe, apoyó doña Clarisa.

Pero él no podía creerlo. Tenía las nociones corrientes con que se acusa á las mujeres de muy poco respeto á la verdad.

— Así será, pues. Entre tanto, ¿con qué cara voy yo á presentarme al General? Al verse burlado así se pondrá furioso. Yo no seré responsable de lo que haga, y sobre todo de lo que diga contra ustedes.

— ¡Que diga lo que quiera; poco nos importa!

— Sí, tú dices eso porque no sabes lo que me contó esta mañana, en secreto. Si lo supieses, no hablarías así.

Esa amenaza velada era su último cartucho, y creía llegado el momento de dispararlo.

— Te repito que no me importa lo que diga, contestó doña Clarisa; ni quiero saberlo.

— Si se lo dijo en secreto, exclamó casi al mismo tiempo Luisa, ¿para qué habla de eso, tío? mejor es que se calle.

Un temor indefinido le había arrancado esas palabras.

Temía que don Jaime fuese á cometer alguna grande imprudencia. Trinidad, por su parte, había sentido el golpe eléctrico de la sospecha. Con la exquisita perspicacia del que teme un mal inmediato, adivinó el secreto y bajó la vista ruborizada.

Así, las tres mujeres, en las que don Jaime había esperado despertar la curiosidad, no mostraban ninguna prisa de oir la revelación. « Él tenía que hacerla, sin embargo, porque era la última esperanza que le quedaba de no fracasar vergonzosamente, el único modo de evitar el desagrado del General, que lo asociaba á las altas labores gubernativas ».

— Aunque no quieran saberlo, es preciso que lo oigan, para que vean que no hay otro medio de evitar el deshonor sino entregar á Cámara.

— ¡El deshonor! Nuestra honra no depende del señor Osorio; puede perseguirnos y vejarnos, pero empañar nuestro honor, ¡jamás! ¡Él sí que está deshonrado con los actos de barbarie con que intenta exterminar á los patriotas!

Doña Clarisa se transformaba con la indignación. Estaba ya cansada de sufrir, harta de su lote de víctima, y prefería la lucha. Su voluntad, como un arco sujetado por una

cuerda, la cuerda de su larga nulidad en la vida matrimonial, recobraba su fuerza de expansión con la ruptura de esa traba. La desdicha le había dado una personalidad y estaba resuelta á defenderse. Don Jaime, espantado de oír hablar así del Jefe del Estado, contradecía en voz baja, para evitar que las criadas oyesen y no exponerse á los denuncios.

—No seas temeraria, hija; no seas temeraria; anda que esto llegue á oidos del Presidente, murmuraba para calmar á su hermana.

— ¡Que se lo cuenten poco me importa; él sí que está deshonrado con los asesinatos cometidos de su orden!

— ¡De su orden! ¡Oh, hija, no digas eso!

— De su orden ó tolerados por él. ¡Cómo no ha hecho enjuiciar al asesino San Bruno, ni al asesino Villalobos, que presidían la matanza!

Don Jaime veía desviarse la discusión y degenerar en una de esas disputas diarias en todas las familias, divididas por los odios políticos. « Él tenía que quemar su último cartucho. No podía volver donde Osorio á confesarle que se había quedado con el último argumento de que él mismo lo había armado para vencer toda resistencia ».

— En fin, no se trata de eso; esa materia está ya discutida hasta el cansancio, replicó con cierta energía, animándose con su propia voz para no recular, y diciéndose que si se dejaba vencer sería hombre perdido en palacio; ahora se trata de que sepas lo que dice el General, para que vean ustedes si prefieren seguir callándose sobre el paradero de Cámara, con riesgo de que se divulgue lo que puede deshonrar á toda la familia.

No atendía á las miradas con que Luisa quería detenerlo en la pendiente de la revelación, ni la súplica que brillaba en los ojos de Trinidad. Estaba ya lanzado y quería seguir haciendo ruido para no flaquear. Su hermana lo interrumpió con nerviosa impaciencia:

— Te he dicho ya que tenemos tranquila la conciencia y que todo lo que se diga contra el honor de mi casa, no puede ser sino calumnias.

— Si es así, tanto mejor. Yo no pido otra cosa; pero es preciso que sepas lo que han informado al General.

Doña Clarisa desechó la insistencia con un movimiento de desprecio.

— El General dice que tiene pruebas irrecusables de-

que el coronel Laramonte ha entrado aquí, á tu casa, anoche, por la puerta del huerto. ¡Ah! ¿Qué dices tú á eso?

Luisa y Trinidad miraron con angustia á la señora. Serena y digna, dejando el tono de exasperación con que acababa de hablar, ella contestó con la frente erguida:

— ¿Y á ti se te figura que el señor Laramonte hubiese podido venir á casa sin mi consentimiento? Puedes decir á *tu* Presidente que yo autoricé esa visita y que á nadie tengo que dar cuenta de las personas que recibo en mi casa.

El caballero dió un salto de sorpresa como si le hubiesen disparado un cañonazo debajo de su silla. Esa declaración lo dejaba abismado. El cañonazo echaba á rodar el castillo de sus esperanzas. Nada sacaría sobre Cámara y tendría que renunciar al favor presidencial. Desde ese momento, y ya que todo estaba perdido, sólo pensó en neutralizar el efecto de la acusación de que se había hecho portador.

— Por supuesto, era lo que yo creía; pero sin estar seguro, ¿tú comprendes? no me atreví á asegurarlo al Presidente.

— Pues debías haberlo asegurado, replicó la señora con sequedad.

El continuó por algunos instantes batiéndose en retirada, contando historias que nada tenían que ver con la conversación, buscando cómo destruir en el espíritu de su hermana y de sus sobrinas la mala impresión que su actitud primera les había producido.

Cuando, poco después, se encontró solo en la calle con Luisa, quiso justificarse, explicar los altos fines de la misión con que el Presidente lo había asociado á la obra gubernativa, como no se cansaba de repetirlo, para tonificar su ánimo profundamente impresionado con el mal éxito de su tentativa. Pero sus argumentos no tenían fuerza. Sentía que sus explicaciones sonaban en tono falso como las notas de un instrumento bajo la mano de alguien que no sabe tocarlo. Al fin con su infantil franqueza confesó su desengaño, se lamentó de tener que ir á presentarse así al General.

— ¡Caramba! ¡Con qué cara voy á presentarme ahora á don Mariano! era el estribillo que terminaba sus lamentaciones.

Luisa conocía esa naturaleza versátil y sensitiva, tan rápida para encenderse de entusiasmo como para apagarse

en desaliento. Con una observación, produjo sobre el desconsolado magnate lo que algunas gotas de cordial enérgico operan sobre una persona á punto de desmayarse.

— ¡Vaya, tío! Está usted mortificándose sin razón, puesto que le lleva al Presidente una noticia mucho mejor que la del paradero de Cámara.

— ¿Dónde está la noticia? preguntó él con la incredulidad de los afligidos.

— En lo que tía Clarisa acaba de decirnos. Si ella permite las visitas de Laramonte á su casa, es claro que acabará por consentir en que Trinidad se case con él.

— Bueno, ¿y qué hay con eso?

— Nada menos que la unión de un gran familia patriota, rica é influyente, con un oficial realista; es decir, la reconciliación con el nuevo Gobierno, con el Gobierno del Rey. ¿Qué suceso más importante en estos momentos para la política de Osorio? El que le lleve esta noticia tiene que ser bien recibido en palacio, mucho más bien que si fuese á decir dónde está Cámara escondido.

— ¡Oh! sin duda que como noticia política es mucho más importante. Eso no se puede dudar, era lo que yo pensaba cuando se la oí á Clarisa; pero como yo tengo encargo de buscar á Cámara, ¿no ves? no es lo mismo.

— Precisamente, no es lo mismo; es algo de mucho más importante, y el General, que según usted dice es inteligente, se aplaudirá de haberse dirigido á usted, porque supondrá que usted ha influido en ese cambio tan favorable á su política.

— ¡Y tendrá razón! ¡mucha razón! puesto que yo estoy todos los días predicando en nuestra familia para que se dejen de tonteras y de patrioterías. Se debe apoyar al Gobierno establecido. Tú verás que todos me harán justicia.

Ya tomaban nuevo giro sus ideas y nueva intensidad sus impresiones. El ceño airado del General era sustituído por el semblante afable del que recibe una buena noticia. «Noticia de alta importancia política, Luisita. El General verá de cuánta utilidad le es mi influencia en mi familia, se convencerá de que ha tenido mucha razón de asociarme á su política, ¿no ves? Y es seguro que todos nuestros parientes, los que han sido tejedores y los que han dado en la tontería de ser patriotas, habrán de seguir el ejemplo que les da la viuda de don Alejandro Malsira, influenciada por mí, ¿no ves? Porque, no hay que decir lo contrario,

este cambio de Clarisa se me debe á mí, y así se lo diré al señor don Mariano. Ya le tardaba encontrarse en palacio, explicar al General la gran transformación que iba á operarse en lo más granado de la sociedad de Santiago. Tras ella, el país entero seguiría. Y todo por haber usado él de un ten-con-ten, conservando sus relaciones en los dos bandos. Ante ese resultado trascendental, en presencia de esa conquista pacífica de los que aún quedaban sin adherirse al Gobierno del Rey, Cámara, el malvado roto, desaparecía como un átomo, como uno de esos insectos que mueren sin que nadie lo note, aplastados por el pie del que va caminando». En alas de su entusiasmo, marchaba más de prisa, sintiendo que el airecillo al soplar sobre sus sienes, le daba un contento de la vida, una fecundidad en las ideas, una ebullición de todo su ser, que le traía otra vez á la superficie del alma, flotante como el grano que el hervor hace subir á la superficie del agua, su amor porfiado de quincuagenario.

— ¿No ves, Luisita? tu tío sirve para algo, tú sola no quieres reconocerlo.

— ¡Yo, tío! Soy al contrario, la primera en decirlo.

— Y entonces, pícara, ¿cómo no quieres que te diga mi secreto?

Ella tomó entonces el tono frívolo, el acento de filial cariño con que le contestaba siempre en esa materia.

— No, no; á mí no me gusta que me digan secretos, prefiero adivinarlos.

Él volvía á encontrarse con el pie en el aire, sin poder dar el gran salto, sin alcanzar á coger la flor en aquel borde fantástico de principio, donde la chica le parecía colocarse siempre que intentaba hacerle su declaración. Si ella lo dejase hablar, acabaría por decirle alguna vez las frases que desde tanto tiempo tenía preparadas para la primera ocasión, preparadas como trajes de gala para una fiesta, en la que al entrar le cerraban siempre la puerta.

Comió de prisa, con el apuro de un hombre agobiado por los negocios. En frases que eran enigmáticas para prima Catita y prima Cleta, aludía, dirigiéndose á Luisa, á la visita que acababan de hacer, á su gran proyecto de reconciliar á doña Clarisa y á toda su familia con el gobierno de la reconquista. Las dos hermanas, picadas de no saber lo que ocurría, cambiaban miradas con fruncidos de labios y movimientos desdeñosos del rostro para demostrar su dis-

gusto. Antes de los postres, sin embargo, la curiosidad las sacó de su estudiada indiferencia.

— Mejor será que no digas nada si has de estar con tanto misterio, exclamó prima Catita, perdiendo la paciencia de no comprender las alusiones hechas por su hermano.

— Sí, pues, guárdense sus secretos para los dos, ¡cómo si nosotras no supiéramos nada! agregó prima Cleta, acariciando el gato, que había subido sobre la mesa.

— ¿Y qué saben? vamos á ver.

Impaciente, sin concluír de mascar un bocado, don Jaime las desafiaba con la vista, con la energía que le daba la idea de su importancia y de la obra colosal que tenía entre manos.

« Ellas sabían muy bien, porque no había quien no lo contase en la Compañía donde iban á misa, y en la plaza de abastos donde lo había oído la Peta, que Laramonte había entrado á robarse á Trinidad Malsira; que Cámara, apostado por doña Clarisa en la huerta, había *animado* los perros sobre el Coronel y los soldados que lo acompañaban; que Hermógenes había alcanzado á arrancar, mordido por Alpe y Ponto, con la casaca hecha tiras, y que Cámara había muerto á puñaladas á uno de los soldados y herido gravemente á otro. »

Habían hecho esta relación arrebatándose la palabra, con la autoridad de testigos oculares, engalanándola con detalles sobre el combate, asegurando que á Peta le habían mostrado en la plaza una de las colas de la casaca del Coronel que la cocinera de doña Clarisa había sacado escondida en el seno, para mostrársela al carnicero y pedirle una buena yapa.

— ¡Jesús, Jesús, qué atado de disparates! ¿Cómo pueden ustedes creer semejantes invenciones? exclamó don Jaime.

— Y si no es cierto, ¿á ver, pues? cuenta tú la verdad, replicaron las hermanas, inflamadas de despecho.

El caballero dirigía á Luisa miradas de consulta, moviendo la cabeza con la impaciencia del que no puede revelar un secreto que lo aclararía todo.

— Por ahora no puedo hablar, son asuntos de Estado; no me pregunten nada.

— Déjalo, hija, dijo prima Catita á su hermana; *éste* se pone cada día más tonto.

Éste, en tono de desprecio, era don Jaime. Para dejar pasar la tormenta, Luisa había salido del comedor.

— ¡Qué dirá esta muchacha de ver cómo me tratan ustedes! les reprochó con acento conciliador el caballero.

— ¿Y qué quieres que diga, pues? ¿Por qué te ocupas tanto de ella? exclamó indignada prima Catita.

— ¡Parece que no hubiese más que ella en la casa! apoyó prima Cleta, estrechando al gato entre sus brazos.

— Sí, pues, ¡ella es la señora que manda!

— El día menos pensado se casa con ella.

Con esta idea se pusieron furiosas.

— Ya estás viejo para tonterías

— ¡Quién te mete á jovencito! ¿Qué cosa más fea que un viejo verde? exclamaban las dos, mirándose entre ellas.

« En Santiago se empezaba á hablar de eso. Á ellas se lo había preguntado el *mocho* de la Recoleta cuando había venido á pedir limosna. Mejor sería que se dejase de andar saliendo solo con esa muchacha, y así les taparía la boca á los habladores. Luisa no debía salir sino con ellas. »

Iba ya don Jaime atravesando el patio hacia la puerta de calle para sacudir esa pesadilla de escena doméstica, por la que prima Catita y prima Cleta lo hacían pasar con cualquier pretexto, y alcanzaba á oírles las voces todavía, que continuaban sus comentarios sentenciosos, sus reglas de conducta apoyadas de algún aforismo casero, contra sus pretensiones galantes.

— Á buey viejo, pasto tierno, hijita.

— ¡Jesús, si los hombres son tan tontos!

— Y no lo niega; ¡cuándo menos será cierto!

La idea de ver de dueña de casa á esa joven desdeñosa, con su tesoro de juventud, con el cautivador atractivo de su esbeltez y de su aire de mujer inconmovible, las exasperaba. Era la impetuosa envidia de los bienes ajenos que nunca llegarán á tenerse.

Don Jaime, entre tanto, no las oía ya. En la calle trató de compaginar sus argumentos, de arreglar las frases con que debería hablar al Presidente. Pero como un colegial que va á dar examen, sentía que se le embrollaba todo en la cabeza. Apenas si en el descalabro de sus ideas que la voz de sus hermanas habían hecho desbandarse, le quedaba la persuasión de llevar una noticia más importante que la del paradero de Cámara. Para recobrar la serenidad, dejando pasar un poco de tiempo antes de presentarse á palacio, volvió á la tertulia de la tienda. Allí podría empe-

zar su obra de propaganda para la adhesión de sus parientes y amigos al régimen colonial. Entre los tertulios reinaba una calma relativa con la ausencia de don José María.

— Se ha ido á preparar el viaje á la chacra: dijo que se marcharía esta tarde sin falta.

— Este don Pepe, por todo se alarma, dijo Bustos, dándose aires de hombre de sangre fría, de hombre que mira con ánimo sereno las dificultades de la vida.

Algunos de los tertulios menearon la cabeza con señales de duda.

— No hay humo sin fuego, señor don Jaime. Es seguro que los españoles están preparando nuevas persecuciones. ¿Por qué allanaron la casa de doña Clarisa y le pusieron centinela de vista á toda la familia?

El contestó victorioso. «Todo provenía de un error de la tropa de San Bruno. Había bastado una visita de él al Presidente para que la tropa fuese retirada. Era esa una gran prueba del espíritu conciliador del general Osorio».

— Sí, él concilia y San Bruno apalea, interrumpió don Francisco Carpesano.

— Una de estas noches nos tomarán presos á todos, dijo otro tertulio.

Don Manuel Cardenillo suspiró su aprobación. «Él abundaba en ese temor. Los tiempos eran aciagos. Él veía síntomas de una tremenda reacción».

— Se habla de una contribución forzosa, dijo otro con voz lúgubre.

En el silencio que siguió á estas palabras, las inquietas aprehensiones de gente oprimida vibraban contagiosas.

No podía estar peor preparada la opinión para su propaganda, pensó don Jaime. Esto hacía vacilar su fe en la posibilidad de una sumisión en masa de la parte aristocrática de la población, trabajada por las ideas revolucionarias. El Presidente le había encargado, no obstante, disipar los temores y persuadir á las gentes de los elevados propósitos del Gobierno. Esto lo obligó á empezar un trabajoso discurso, con frases mascadas, con un esfuerzo de orador que no tiene fe en la causa que defiende. La entrada de don José María Reza vino á interrumpirlo.

— ¡Cómo, don Pepe! ¿y el viaje á la chacra?

— ¡No me hable, señor; si parece que el diablo mete en todo la cola, para sacarlo á uno de paciencia!.

Varios de los tertulios lo miraron alarmados. Otros pre-

sumian que sólo podia tratarse de alguna de las usuales exageraciones de don Pepe.

Víctima de una jugada de los jóvenes Carpesano, se figuraba que la aventura que lo traia lleno de inquietud, era un síntoma de nuevas persecuciones políticas, en las que él seria uno de los mártires ilustres.

— Á usted lo andaba buscando, don Jaime; vea lo que me pasa.

No se habia dado tiempo de quitarse el sombrero. En medio de la agitación que parecia dominarlo, no olvidaba sus actitudes sentenciosas de hombre que no sufre contradicción, persuadido que lo que á él le ocurre es particularmente excepcional, «que á él no más le pasan esas cosas».

— ¿Á mí? Estoy para servirlo, mi señor don José María, dijo don Jaime con su voz de agradar á todo el mundo.

— Sí, pues, á usted le busco. Vamos á ver si realmente tiene influencia en el Gobierno. Á nosotros no se nos deja levantar cabeza ¿no ve? y se nos persigue como si fuéramos insurgentes declarados. ¡Á ver, pues, usted que se lleva metido en palacio, á ver qué consigue!

En su acento prevalecia lo que él llamaba su tono *golpeadito*, el acento agresivo de una persona exasperada, que busca alguien á quien hacer responsable de lo que lo atormenta.

Todos los tertulios pidieron á una voz explicaciones.

— Pero don Pepe, diga pues, qué es lo que hay.

— ¿No les habia dicho? Yo creia que lo sabian.

No podia suponer que alguien ignorase lo que á él le pasaba.

— Ustedes saben que salí de aquí esta mañana para ordenar que preparasen la carreta y mandarme cambiar con toda la familia para la chacra. ¡Qué quiere usted, pues, mi señor don Jaime, si su hermana se pone á conspirar y hace que nos persigan á todos, yo no tengo la culpa ¿no ve? Lo mejor es irse al campo, para que vean que uno no se mete en nada.

Algunas voces lo interrumpieron:

— Vaya, don Pepe, ya se pasó á la otra alforja: cuente, hombre, lo que le ha pasado, y no se ponga á hablar de política.

Don José María replicó con unas cuantas claridades, á las que lo interrumpian, y volvió con nuevo calor á su historia:

— De mi mujer para abajo, hasta los mellizos que lloraban de hambre porque no hay ama que les dé abasto, todos en la casa protestaron contra el viaje. Beno y Qu'n iliana eran los más *aleonados*. Pero yo me mantuve firme, por más que quisieron hacerme aflojar. Después de mandar al carretero que enyugase luego, salí un rato á hacer algunas diligencias. Al volver á casa divisé una porción de gente en la puerta y en medio á la Panchita, con una rabia que echaba chispas por los ojos. ¿Qué creen ustedes que había pasado? Mientras ño Felipe estaba enyugando los bueyes, al lado de afuera de la puerta de calle, había venido un vigilante, y con el pretexto de que ño Felipe había dejado los bueyes sin manea y se podían arrancar, se los había llevado á los tres para la policía.

— ¿Qué tres? preguntó una voz.

— Á los tres, pues; al carretero y los bueyes.

— Con el yugo serían cuatro, dijo un tertulio que pasaba por chusco.

— ¡Si, pues, ríanse no más! replicó don José María; pero ¡que vengan á decirnos, como usted, señor don Jaime, que han cesado las persecuciones! Hoy son los bueyes, mañana seremos nosotros, que somos tan pacíficos como ellos.

En el fondo, la mayor parte de los tertulios pensaba como Reza. El fantasma de las persecuciones tomaba forma en todas las ocurrencias que no fuesen ordinarias, con el pretexto de cualquier incidente. Sólo don Francisco Carpesano se reía para su capote. En el apresamiento de los tres, como había dicho don José María, él divisaba la mano de sus hijos. Una buena pegata que impedía el viaje de la familia á la chacra.

— Entonces pensé en usted, don Jaime, prosiguió el narrador. Usted que tiene entrada en la corte va á conseguir que se me devuelva mi carretero y mis bueyes.

Por no aparecer como un hombre que dudaba de su propio influjo en el Gobierno, Bustos ofreció intervenir. Pero hizo una salvedad, para dar una muestra de su previsión de hombre que en asuntos graves no se compromete á la lijera.

— Á menos que el negocio esté relacionado con algún asunto de Estado fuera de mi alcance, dijo con reflexiva actitud.

— ¡Vaya! ¡no empiece á echarse por atrás! ¡ya está buscando disculpas! exclamó don José María con impa-

ciencia. No se ande con tapujos, diga más bien que tiene miedo de empeñarse en mi favor; pero entonces no venga á contarnos sus cuentos de conciliación. Si no se me devuelven mis bueyes, nadie me quitará de la cabeza que ese es el principio de nuevas persecuciones.

— Don Pepe tiene razón, ese es un atentado; á buen seguro que no lo harian con un realista, exclamó uno de los tertulios.

— Y andan diciendo, añadió otro, que San Bruno está levantando un sumario indagatorio sobre lo que pasó anoche en casa de doña Clarisa.

Don José María encontró un nuevo argumento en ese rumor.

— ¡No ven! ¿qué le decía yo, don Jaime? ¡Y usted que nos está anunciando á cada momento la conciliación! ¿Quiere que le diga más? ¡La conciliación, amigo, es como el Mesías de los judíos, que no llega nunca! Ahí verá usted. Así principió el golpe de mano de los apresamientos de febrero.

Imposible pensar en la propaganda. Don Jaime se apresuró á salir de la tertulia. El humo de los cigarrillos, la voz *golpeadita* de don Pepe, lo aturdian. El incidente de los bueyes y el rumor sobre el sumario de San Bruno, habian soplado el hielo de la desconfianza sobre los elevados sentimientos del General. «Bien podian tener razón los oráculos de la trastienda. ¡Qué triste figura haria él en tal caso, al presentarse ante don Mariano con la noticia que antes de entrar al cenáculo de los magnates, consideraba salvadora!» En el flujo y reflujo de su espíritu de indeciso, la marea del entusiasmo se retiraba, arrastrando los argumentos victoriosos con que lo habia armado Luisa Bustos para presentarse al General. «Don Mariano se figuraria que se estaba burlando de él, cuando le oyese la revelación que le traia». Sus esperanzas de salir airoso de aquel aprieto, rodaban por el suelo. Su imaginación turbada anticipaba las frases irónicas con que don Mariano, tan aficionado á lo chistoso, lo confundiria. «¿Con que consiente doña Clarisa? ¡Y ustedes los insurgentes, se figurarán cuando menos, que yo voy á fletar un buque para comunicar este gran acontecimiento al Virrey!» Veía las arrugas que la sonrisa sardónica trazaría en las sienes de don Mariano, mientras que sus ojos brillarian con el fulgor de su descontento amenazante. «Después de todo él tenia la culpa de

haberse apropiado la ocurrencia de una muchacha inexperta, por hacerse el galán. Á él no más se le había podido ocurrir semejante disparate ».

Pero á pesar del pánico que lo invadía, continuaba su marcha hacia el palacio presidencial. Lo impelía esa extraña fuerza del miedo que empuja á los pusilánimes al peligro con los ojos cerrados. Se encontraba entonces próximo á la casa de Violante de Alarcón. El fluido, no estudiado aún, pero que existe, agente de inspiraciones súbitas en el cerebro, le hizo pensar en la viudita, con la alegría de los que van en el bote escapados del naufragio, y divisan una vela lejana. « Le confiaría su caso, y la haría su intermediaria cerca del Presidente. Con la magia que adquieren los argumentos en boca de una mujer bonita, ella convencería al General ». En esto de sus reflexiones oyó que lo llamaban de cerca.

— Señor don Jaime, señor don Jaime.

Era don José María. Había salido de la tienda tras de él. Quería volver á recomendarle su empeño sobre el carretero y los bueyes.

— Que dejen preso al carretero si ha faltado á los reglamentos de policía, pero que me devuelvan la yunta, ¿no ve? ¿Qué culpa tengo yo ni que culpa tienen los bueyes? Yo que usted me iba de aquí derecho al cuartel á reclamarlos. Si quiere, ofrézcale una peseta al cabo de guardia y estoy seguro que se los entrega. Todo se consigue con plata, ¿no ve?

Se figuraba que nada podía haber de más urgente ni de más interesante que su asunto de los bueyes. Su tono sentencioso de la tienda se había suavizado. « Él había hablado así por interés por el Gobierno, por supuesto. Él era un hombre que no se metía en nada, y estaba siempre con las autoridades. » Así siguió hablando hasta que don Jaime le hizo formal promesa de ir á reclamar los bueyes como si fuesen de él.

— Y ofrézcale la peseta al cabo de guardia para ablandarlo. Con dinero, amigo, no hay puerta cerrada; ¡para qué le digo más! Que dejen guardado á ño Felipe si quieren y le hagan aflojar la multa; pero que me devuelvan mis bueyes. No salga de ahí, mi amigo. Hay justicia ó no hay justicia. Aquí lo vamos á ver, ¿no le parece?

Era la tenacidad de la mosca que se encarniza sobre una cabeza calva. Don Jaime habría querido apartarlo con un

ademán desesperado. Por fin, en la puerta de Violante de Alarcón pudo verse libre y entró azorado, recordando con dificultad el objeto que lo llevaba.

La vindita lo recibió con grande agasajo, como se recibe en una plaza sitiada al mensajero que llega de fuera. Había vivido completamente privada de noticias directas y positivas sobre Abel y sobre su familia, desde los trágicos sucesos de la cárcel de Santiago. La evolución psicológica de su espíritu la había hecho pasar por sacudimientos morales superiores á la resistencia de sus nervios de mujer mimada y egoista. En vano había esperado durante los primeros días que viniese Abel á llorar á sus plantas el terrible fracaso del plan que debía devolver la libertad á don Alejandro. Semanas habían transcurrido sin que nadie viniera. Únicamente llegó á saber por prima Catita y prima Cleta, á las que intencionalmente encontró en la iglesia, que el joven se había marchado á Mendoza. Marchádose sin despedirse de ella, sin enviarla una sola palabra. Aquello parecía una ruptura, la ruina de sus proyectos de fortuna, largamente acariciados. «¿Por qué la hacía á ella responsable de las atrocidades cometidas por sus compatriotas?» Perdida en un laberinto de conjeturas, concluyó por echarlo todo al diablo. Ese cavilar era demasiado penoso para su cabecita, tan coquetamente peinada, para su corazoncito de golondrina, acostumbrado á caprichosos giros á través de la trasparente atmósfera de la ilusión. Si no venían á buscarla, no volvería á ocuparse de esas gentes. Galanes no habían de faltarle, pensaba, con el voluptuoso contentamiento que le daba la conciencia de su hermosura. Pero siempre, en el fondo, allí atrás, en la cabecita, le quedaba la comezón interna de la curiosidad. Don Jaime debía traerle la clave del enigma. Apenas dió tiempo al caballero de pronunciar una de las frases galantes con que acostumbraba ponerse á las plantas de las damas.

— Siéntese usted. ¡Por donde saldrá el sol mañana! Ya pensaba yo que usted había olvidado el camino de esta casa. Vamos, si así trata usted á los cristianos, ¿qué deja para los moros? Pero tras de la enmienda el perdón, si viene usted á confesar sus culpas.

— Yo he sufrido, señora, mi penitencia con no ver á usted.

— Entonces haga usted su confesión, cuénteme qué ha

pasado durante todo este tiempo en su familia, ó más bien, en la de su pobre hermano, que he compadecido del fondo del alma. Cuénteme usted. Me dicen que anoche fué ocupada militarmente la casa de doña Clarisa, que hubo combate, ¡ qué se yo ! Vamos á ver, ¿ qué ha pasado?

Don Jaime refirió los sucesos, poco más ó menos, dándoles su propia interpretación.

— ¡ Entonces, doña Clarisa consiente ! exclamó al fin la viudita.

Sus ojos brillaron de contento. Un nuevo horizonte se descubría con sus tintes rosados de sol que tiñe las nubes. Laramonte aceptado por la patricia inflexible, era la reconciliación con los españoles, la unión posible de ella con Abel.

— Si lo admite en su casa, quiere decir que consiente, repitió.

— Sin duda alguna.

— ¡ Pero esa es noticia de mucha importancia ! ¿ sabe usted ?

— Es lo que yo digo, señora, una importante noticia. Lo malo es que para llevarla al general Osorio, tengo que principiar por confesarle que no he podido descubrir el paradero de ese Cámara.

— ¡ Ah ! eso es secundario.

— Lo mismo digo yo: eso es secundario.

— Vale mucho más para el Gobierno conquistar la adhesión de una gran familia, con deudos y numerosas relaciones, gente toda acaudalada é influyente, que prender á un miserable roto, que al fin y al cabo nada significa.

— No hay comparación, pero yo conozco al General. Su primer momento, sabe usted, es de polvorín, y como espera que le entreguen á Cámara, no querrá oír nada más.

Ella cogió la ocasión al vuelo. El objeto de la visita de aquel buen señor era trasparente y venía á presentarle una oportunidad de servir á la familia del joven Malsira.

— ¿ Quiere usted que yo le hable al General ?

— Me haría usted un señalado servicio.

— Bien está ; pero yo no debo de ir sóla. ¿ Qué calidad tengo yo para hablarle de estos asuntos ? Yo debo de ir con usted que es de la familia.

« Pero no debían presentarse juntos, observó la viudita, á fin de que no viese el General que ellos estaban de acuer-

do. Ella estaria en palacio una hora después, calculando que don Mariano hubiese terminado su juego de pelota, al que se entregaba diariamente con furor para no engordar ».

— Usted llegará algunos minutos más tarde, así emprenderemos el ataque por los dos flancos, como diria ese tunante de Hermógenes, concluyó la viudita, riéndose, contenta de salir de su inacción.

Con más de una hora delante de sí, don Jaime no se atrevió, sin embargo á volver á la tertulia de la tienda. Prefirió ir al tajamar, donde su meditación seguia el turbio curso de las aguas del Mopocho. Hacia el oriente, trás del árido cerro de San Cristóbal, se empinaban buscando el cielo, las blancas crestas de los Andes, con la majestad inconmovible de lo eterno. El rio, sobre su lecho pedregoso, murmurando, juntaba con trabajo sus aguas al llegar al puente de cal y canto, para no pasar bajo sus grandes arcos como una pobre acequia de arrabal. Al poniente la planicie vaga y despoblada entonces, tenia hacia el horizonte reflejos de mar lejano, como el principio del espacio infinito. Don Jaime no se dió cuenta de la grandeza del paisaje que tenia á la vista. En la caja del rio, dos hombres que llenaban con arena los árguenas de una tropa de cuatro ó cinco borricos, mientras que éstos luchaban tan ilusos como pacientes, por descubrir algunas hebras de verdura entre las piedras, le inspiraron pensamientos filosóficos. La envidia secreta del poderoso, que supone á los rústicos una alma exenta de cuidados, le hacia compararse á los burreros. « Esos rotos irán á comer sin cuitas una tortilla y un pedazo de chancho arrollado, mientras que el con su sangre azul de noble y su riqueza, sacudido y estropeado por las agitaciones de la existencia, como una puerta entreabierta que el viento azota continuamente contra el marco, no podia distraer el pensamiento de la « cara que le pondria don Mariano ».

Violante se encontraba ya en palacio cuando él entró. En la antesala hizo un saludo deferente y cariñoso á José Retamo, un saludo de solicitante al lacayo del Ministro. Don Mariano, envanecido con la visita de la de Alarcón, sintiéndose ágil después de su partida de pelota, estaba de humor festivo.

— Mi embajador, señora, aquí tiene usted á mi embajador.

— Pues está usted perfectamente representado, señor General.

— Hasta en lo gordo ¿no es verdad? El señor don Jaime debía jugar á la pelota, como yo.

Don Mariano se reía, palmeaba protectoramente el hombro á Bustos, que con esas muestras de cordialidad, sentía lo que debe producir la soga en el pescuezo del pobre diablo á quien van á colgar de la horca.

— Estaba refiriendo lo de anoche á esta señora y hablándole de la misión que confié á usted. Vamos á ver señor don Jaime ¿qué noticias me trae usted? ¿que hay del asesino? ¿dónde se oculta?

— Excelentísimo señor, nadie lo sabe.

— ¡Como! ¡nadie lo sabe! ¿qué dice usted hombre?

Bustos, aterrado, se encogía de hombros, indicando con una mirada desesperada, que él tampoco se podía explicar aquel enigma. Don Mariano cambiaba de posturas sobre su silla para conservar moderación delante de la viudita, y acudía á las exclamaciones admirativas para el que acababa de llamar su embajador.

— ¡Pues vaya una historia! ¡No ve usted hombre que es querer hacerme comulgar con una rueda de carreta! El tal Cámara ha sido sirviente de la familia Malsira, estaba anoche en casa de ella. ¡y nadie sabe donde para! ¡Pues vaya una historia!

Bustos miraba á la viudita con ojos de devoto que implora un milagro.

— Pero General, exclamó Violante, no está probado que ese hombre se encontrase anoche en casa de la señora. Por que atacó á los centinelas en la calle, no está dicho que salía de la casa.

— De todos modos, ellas deben saber dónde se oculta.

— Bien pueden no saberlo, General. Por lo mismo que el hombre sabe que lo persiguen no ha de andar revelando dónde pueden encontrarlo. Yo considero mucho más importante que todo eso, lo que usted me decía hace un momento sobre Laramonte.

— ¡Ah! ¿y qué dicen de eso sus parientes, señor don Jaime? ¿Vamos á ver? ¿qué dicen de eso? ¿Cómo estaba ahí el Coronel?

Don Jaime no acertaba á contestar. La viudita lo animaba con movimientos de cabeza alentadores, para indicarle que era llegado el momento de dar el golpe.

— Vamos, hable usted, volvía á decir don Mariano, ¿ qué dice la señora de la presencia del Coronel á esas horas de la noche en su casa?

— Excelentísimo señor, dice que el Coronel estaba ahí con su consentimiento.

— ¡ Pues estamos frescos! ¿ y eso qué importa que lo supiese? ¡ Vaya una historia! Yo pregunto qué hacia á esas horas el coronel Laramonte en casa de doña Clarisa.

Violante entró de nuevo á terciar en el debate. Tomó un tonito de confidencia, la voz medio velada de la mujer que habla de las cosas del corazón, de un misterio tan fascinador en el que ellas se creen sacerdotisas.

— ¡ Ah, General! ¡ Cómo se ve que usted no se ocupa sino de los negocios de Estado! ¿ Nada sabe usted? ¡ Laramonte está enamorado de la chica?

No se le alcanzaba á don Mariano que la explicación fuera muy concluyente, ni cómo los amores del Coronel fuesen la parte más importante de los extraños sucesos que ponian en peligro su gran política de conciliación. El temor de pasar por poco listo delante de tan guapa persona como su interlecutora, le hizo, sin embargo exclamar, con aire penetrado de la importancia del caso, con un movimiento de cabeza que todo se lo explica.

— ¡ Ola! ¡ Está enamorado!

— Sí, Excelentísimo señor, está enamorado, repitió don Jaime, acompañando al General en su movimiento de cabeza. Y figurándose que en caso de afirmación, el superlativo es infalible para desvanecer cualquiera duda :

— Enamoradísimo, enamoradísimo, repitió con entusiasmo.

Iniciado el ataque, Violante no dejó tiempo al Presidente de ponerse en la defensiva. Era menester anticipar el razonamiento, para no permitir que don Mariano se engolfase en buscar objeciones y recriminaciones.

— Por eso le decia, General, que lo de Laramonte me parece lo de más interés en el asunto. Si la señora autoriza las visitas del Coronel á su casa...

— ¿ Y por qué á esas horas, hombre? le interrumpió don Mariano, medio impaciente de no comprender.

— Porque usted tiene arrestado al Coronel y es claro que no puede salir sino en la noche.

— Claro, repitió don Jaime, entusiasmado de ver que su defensora tenia explicaciones para todo.

Con una mirada el General lo hizo arrepentirse de su tono de triunfo.

Violante tornó á su raciocinio interrumpido. «Si doña Clarisa autorizaba las visitas de Laramonte era indudable que estaría dispuesta á consentir en darle la mano de su hija. Eso importaba nada menos que la adhesión de una de las más poderosas familias patriotas al Gobierno del Rey. ¡Un verdadero triunfo de la política conciliadora del General! Tras de la familia Malsira vendrían todas las demás, que seguirían su ejemplo. Aquello sería como ganar una batalla sin haber disparado un tiro. Luego se sabría en las provincias que las más pudientes familias de la capital se habían plegado al gobierno legítimo y abandonarían su hostilidad». La viudita empleaba su tono más persuasivo y no predicaba en desierto. Don Mariano no podía sino convencerse. Á medida que ella hablaba él erguía la cabeza, tomaba su grande actitud de jefe supremo. Todo aquello entraba en su política de conciliación. El divisaba su triunfo. Una satisfacción íntima le enviaba su vaporcito lisonjero al cerebro.

— Ya ve usted General, toda la gloria será para usted, el reino pacificado por su gran política.

— La única eficaz, no lo duden ustedes. Tras del triunfo tender la mano al vencido. ¡Sembrar concordia para cosechar paz!

— Paz y concordia entre los fieles súbditos de S. M., exclamó sentenciosamente don Jaime, arrebatado con aquella magnanimidad del vencedor de Rancagua.

Don Mariano estuvo á punto de soltar la risa, pero se contuvo.

— Bien glosado, amigo, bien glosado, exclamó, golpeando el hombro amistosamente á don Jaime. Á usted le toca ahora coronar esta obra.

— ¿Cómo así Excelentísimo señor? preguntó con inquietud.

— Trayéndome el consentimiento explícito de su hermana.

— Puede Vuestra Excelencia estar seguro que haré todo lo posible.

— Entendámonos, aquí no se trata de hacer lo posible. Ese consentimiento es indispensable. ¿me entiende usted? Sin eso me veré forzado á hacer formar causa á su señora hermana y á toda la gente de su casa.

Para calmar el espanto que se pintó en el semblante del Marqués, condescendió don Mariano en explicar sus razones. « Un mandatario tiene que ponerse en guardia contra la malevolencia pública y contra las críticas envidiosas de los subalternos. Él tenia que sacar la consecuencia de los hechos y desprender de ahi, como se saca la incógnita de un cálculo matemático de probabilidades, la linea de conducta que debia seguir en aquella delicada emergencia. Los hechos eran perfectamente definidos. El coronel Laramonte habia intervenido en los sucesos de aquella noche del 6 de febrero para hacer fugar de la cárcel al joven Malsira, hijo de conspirador convicto, y en la noche de que ahora hablaban se le habia encontrado, ó por lo menos habia irrecusables pruebas de que el Coronel se hallaba, en la casa de la madre de ese joven, viuda del conspirador consabido, donde también se albergaba el asesino insurgente Cámara. La presencia de un oficial del Rey en esa casa estaba autorizada, se decia, por su dueño. Si después de esto no se probaba con la única demostración posible, que era la del casamiento, que ese oficial venia á casa de insurgentes sólo por la hija de la señora, el público con su genial malevolencia acusaria de complicidad al Jefe del Estado, y los subalternos harian llegar sus criticas y sus acusaciones hasta la Corte de España ». Como corolario de su metódica demostración, don Mariano concluyó en tono perentorio:

— Ya ve usted, señor don Jaime, el dilema es ajustado: ó consentimiento, ó enjuiciamiento.

— ¡Oh! yo espero que no habrá necesidad de lo segundo, dijo la viudita, alentando á Bustos con la mirada. El señor don Jaime, añadió, tiene demasiada influencia con su hermana para no persuadirla.

— ¿Qué quiere usted? O consentimiento, ó enjuiciamiento, repetia el General, ufano de la forma concreta y concisa que habia dado á su dilema.

Por no seguir oyendo la tremenda amenaza, en la que ya creia verse envuelto, don Jaime aseguró que al dia siguiente traeria al General el consentimiento de doña Clarisa; pero aventuró timidamente una observación, con la que esperaba ganar tiempo.

— ¿No cree V. E. que deberiamos saber primeramente si el Coronel está dispuesto á pedir á mi sobrina desde ahora?

—¡Oh! sobre eso no hay la menor duda, exclamó la de Alarcón, yo sé que es ese su mayor deseo.

—Nada, nada, añadió don Mariano, que sospechó la intención del magnate chileno, el consentimiento ante todo, ya sabe usted, y tenga esa fórmula por invariable: ó consentimiento, ó enjuiciamiento

Como si le ocurriese una nueva idea, repuso:

—Además, si el señor Laramonte fuese hombre de faltar á su deber para con la sobrina de usted, á usted le tocaría pedirle razón, señor don Jaime, y obligarlo á que se conduzca como caballero.

Bustos se apresuró á salir. Con esta última observación el General le abría una terrible perspectiva de agitaciones infinitas. «¡Bueno estaba él, murmuró entre dientes, para constituirse en paladín, en desfacedor de agravios! y buscar pendencia á un militar como el Coronel. «Obligarlo á que se conduzca como caballero», había dicho don Mariano. Era muy fácil decir: «obligarlo». Como si él fuese un espadachín». La idea de provocar en duelo á Laramonte, le daba fiebre. Se sentía sin ánimos para continuar su forzada odisea. Ese vaivén, ese movimiento de péndulo entre la casa de su hermana y el palacio, cuando en cada oscilación se estrellaba con alguna nueva dificultad, cuando de cada dificultad surgía un nuevo peligro, lo arrojó exánime á su hogar. Después de la cena contó sus cuitas á sus hermanas y á Luisa. Ya no se cuidaba de la reserva diplomática, que en la mañana había herido la susceptibilidad de prima Catita y prima Cleta. Ellas, picadas todavía, escuchaban las dolencias del hermano con un airecillo fruncido. «¿Para qué les contaban? ¿Por qué no les seguían guardando secreto?» Pero al calorcillo de la historia de amor entre Laramonte y Trinidad, su encono fué derritiéndose y se les desató la lengua. «¡Y era eso lo que don Jaime había querido ocultarles! Como si no lo supiesen ellas desde hace tiempo. No eran sordas ni ciegas para no oir y no ver lo que pasa». Se alentaban la una á la otra para enrostrar con indirectas á don Jaime su discreción de la mañana. «Y ellas no se extrañaban de que pasasen esas cosas. Doña Clarisa tenía la culpa con su porfía de burro. No debían contrariarse las inclinaciones de las muchachas cuando se fijan en un hombre digno». En esa serie de observaciones no miraban ni á Luisa ni á don Jaime. Se consultaban con la vista. La sombra del difunto novio de Cleta, muerto de

la peste, vagaba entre ellas, les daba derecho de saber lo que eran esas cosas de amorios, esas golosinas del espíritu por las que no se pierde nunca el apetito femenil.

Don Jaime quiso atajar aquel torrente de palabras que lo desvanecia.

— Todo eso está muy bien; pero sea ó no la culpa de Clarisa, lo cierto es que si ella no da su contimiento, como dice el tremendo Presidente, tendremos enjuiciamiento.

— ¿Y por qué no ha de darlo?

— ¿Qué más quiere?

— Un hombre noble, buen mozo.

— Y Coronel á su edad.

— Si dice todavía que no, es para que la rueguen.

— De melindrosa que es.

Las dos hermanas habian dado esas respuestas con la rapidez de un fuego graneado, con una volubilidad apasionada, que cerraba el camino á toda discusión.

— Y á ti, ¿qué te parece, Luisita?, preguntó Bustos.

— No me parece tan seguro que mi tía dé su consentimiento.

Prima Catita y prima Cleta tomaron esta opinión como un ataque directo á ellas, por el puro deseo de contradecirlas. « ¡Como se cree tan bonita le parece que lo que dicen las otras es un desatino! »

— ¡No te parece tan seguro! ¡Adiós! ¿Por qué? Tú sabrás más que nosotras. Será por contradecirnos.

— ¡Oh, como pueden ustedes figurarse, es una simple opinión!

— Claro, hijas, es una simple opinión, apoyó don Jaime.

— Pues si están ustedes tan de acuerdo, ¿para qué nos preguntan?

— Bueno, pues, piensen ustedes lo que quieran, no hablaremos más.

Cambiaban una mirada de víctimas. « Si ellas se hubiesen casado tendrían independencia ». La sombra del muerto de la peste, tornaba; venia á terciar en aquel diálogo mudo, á soplar sobre la irritación sorda y perpetua de las que se han quedado solteras.

XLI

Inquieto sobre el resultado de su misión, don Jaime, al dirigirse al día siguiente á casa de su hermana en compañía de Luisa, no pensaba, como en otras ocasiones, en hablar á la chica de su secreto, sino de persuadirla á que ella se encargase de abogar por el consentimiento.

— Tú eres la única persona que puede persuadir á Clarisa.

— ¿Con qué razones?

— El General ha dicho: « ó consentimiento, ó enjuiciamiento », ¿qué más poderosa razón que esa?

— No se dejará amedrentar por esa amenaza, dijo Luisa pensativa.

Sin haber recibido las confidencias de su prima, ella había adivinado que en el drama íntimo que se desarrollaba en casa de doña Clarisa, la madre no había vacilado ante una falsedad, por salvar el honor de la familia. Pensaba también que aunque hubiera podido dejarse enternecer por el dolor inmenso de su hija, la idea de consentir en su unión con el Coronel realista no habría entrado ni por un segundo en su imaginación. Y sabía que las mujeres no abdican su libertad de acción por las trabas de la lógica, en las que se enredan con tanta frecuencia los hombres.

— Clarisa misma dijo que el Coronel estaba de visita en su casa con su autorización, luego es que consiente.

Este argumento le parecía sin réplica al caballero. Era lo que había oído decir á don Mariano.

— ¿Le parece, tío? ¡Ojalá!

En la casa, Trinidad y su madre, sentadas en la antesala, cosían. Muy temprano habían estado en misa. Así evitaban encuentros con las amigas, se libraban de la curiosidad inquisitorial del comadreo. Luisa tomó como un buen signo la reunión de la madre y de la hija, que por tanto tiempo sólo se encontraban en los momentos inevitables en la vida de familia. Al abrazar á Trinidad, encontró modo de decirle al oído:

— Venimos á hablar de tus asuntos, ándate con cualquier pretexto.

Después, apenas la chica hubo salido, habló sin rodeos, á pesar de la grande alarma de don Jaime, que, llegado el

momento de decidirse, había aplicado toda su observación, para ganar tiempo, á contemplar los muebles que le eran familiares desde años atrás.

— Mi tío está encargado de una misión cerca de usted.

— ¡Ah! una misión, exclamó la señora, sin apariencias de interés, ni siquiera de curiosidad. Un temor inquieto de todo se traducía en su voz, ese temor que se alarma, como las aves, de todo lo que oyen y miran.

— Una misión que me ha encargado el general Osorio, dijo don Jaime, tratando de ocultar su inquietud bajo un aire de importancia. Se figuraba revestirse de ese modo con una parte de la autoridad del Presidente.

La señora lo miró con extrañeza, más que con temor.

— ¿Y tú te encargas de comisiones de ese hombre?

— Él no puede evitarlo, tía. El General lo manda llamar y le ordena que venga á hablar con usted. Él no puede resistirse.

— Así será, pues, contestó doña Clarisa, sin convicción, por no discutir, dominada por su desaliento de melancolía.

Viendo que su tío no se atrevía á replicar, Luisa habló por él.

— El general Osorio ha sabido que Laramonte estuvo anoche aquí y mi tío se vió obligado á decirle que usted había autorizado la visita.

— Hiciste bien, dijo doña Clarisa volviéndose hacia su hermano. Es preciso que ni ese hombre ni nadie tenga derecho de pensar mal de una hija mía.

La frase alentó á don Jaime. Su ánimo, desequilibrado por el temor, cobró confianza, volvió á su normal tendencia hacia la tranquilidad, como vuelve, en el tubo del nivel de agrimensor, la bola de aire, al punto céntrico, con el más ligero movimiento. Olvidándose que había confiado á su sobrina el cuidado de hacer triunfar su misión, tomó la palabra, de pie delante de la señora, con las manos sumidas en los bolsillos del pantalón. «Él no era hombre de permitir que alguien, por elevado que estuviese, pensase mal de una persona de la familia, sobre todo de una hija de su hermana; mas como no había podido llevar al General ni siquiera indicios del paradero de Cámara, él y Luisa habían tenido la idea ¡á los dos se les había ocurrido al mismo tiempo! de hacer notar á don Mariano, que la visita del Coronel, así autorizada, era un hecho mil veces más im-

portante que la captura de un roto como Cámara. El General, hombre inteligente, «¡ah! eso no podia negarse, el hombre era inteligente», habia comprendido al momento lo trascendental de semejante noticia, y habia cogido la ocasión al vuelo».

— Si la señora autoriza las visitas, todo se explica, dijo el señor Osorio; si las autoriza es porque debe estar resuelta á dar la mano de su hija al Coronel.

— Y tú, ¿qué contestaste? preguntó con una ansiosa mirada la señora.

— ¿Yo...? ¡Ah! yo vacilé por supuesto en contestar, aunque el razonamiento no tenia réplica.

— ¡No tenia réplica! exclamó con grande admiración la señora, mirando á Luisa para hacerla testigo de lo que ella creia un despropósito de su hermano: ¿por qué no tenia réplica? Un caballero puede ser admitido en una familia como amigo, sin que por eso se le acepte como marido. Eso pudiste haber contestado en vez de vacilar y de encontrar razonable lo que oías.

Don Jaime trató de justificarse, diciendo que algo en ese sentido habia respuesto.

— Pero el General no oye cuando no quiere. Él es el que manda, él tiene la férula y no permite que le contradigan. Además, ¿qué culpa tengo yo si este asunto se roza con los negocios de Estado? El General asegura que su situación en este caso es muy difícil. Dice que si Laramonte se encontraba en tu casa, quebrantando un arresto, y á escondidas, en la noche, no podia venir sino con uno de estos dos objetos: ó á conspirar, puesto que está probado que aqui se encontraba Cámara también, ó á enamorar, puesto que aqui hay una chica bonita, de la que todo el mundo sabe que está prendado. Yo no habia de dejar creer que se conspira en tu casa, ¿no es asi? Por eso vacilé, como dije; ¡yo se la doy á cualquiera!

— ¿Y qué pretende el señor Osorio con tantas averiguaciones?

— ¿Qué pretende? La cosa es clara.

— Pretende, tia, interpuso Luisa, que se le dé la prueba de que no se conspiraba, sino de que Laramonte estaba aqui por Trinidad.

— ¡La prueba! ¿Qué prueba puedo darle yo?

— Su consentimiento para que se casen Trinidad y el Coronel.

El golpe era demasiado recio para su pobre espíritu atribulado. Si por un instante, al reconciliarse con su hija, la idea de esa unión había podido cruzar por su cerebro, eso era para mucho más tarde, allá cuando el tiempo hubiese cicatrizado todas las heridas, cuando ella estuviese ya muy vieja, que el frío de los últimos años le hubiese enseñado á perdonar. Pero aquella intervención de una autoridad aborrecida la exasperaba.

— ¿Qué derecho tiene el general Osorio de mezclarse en mis asuntos de familia? exclamó con profunda irritación. Después de hacer asesinar al padre, de hacer expatriarse al hijo, pretende ahora disponer de la suerte de la hija? ¿Se le ha figurado que somos esclavos de su amo?

Bajando la cabeza y encogiendo los hombros, como si hubiese creído que iba á caerle una parte del entablado del techo, don Jaime procuraba hacerse pequeñito, de doblegarse al suelo, para que pasase sin tocarlo esa ráfaga de huracán. Y esa actitud humilde de su hermano hirió, como en otras ocasiones, el espíritu de la señora, con la conciencia de su triste abandono, con la inutilidad de aquel hombre, llamado á ser su defensor y su apoyo. La idea de su impotencia, como el viento que condensa las nubes y las hace resolverse en lluvia, cambió su despecho en un desconsuelo abrumador, que hizo estallar su llanto. Invocó, con descompuesta voz, la memoria de su marido, y se cubrió el rostro con las manos, como abandonándose para siempre á su desventura irreparable.

Luisa la rodeó con sus brazos, buscando cómo consolarla, cómo hacerla aceptar lo inevitable.

— ¡Cómo ha de ser, pobre tía! Es preciso tener resignación; lo pasado no puede ya remediarse. Piense en que sus hijos necesitan de usted, y ármese de valor. Nosotras, Trinidad y yo, estaremos siempre á su lado para acompañarla.

Y después, poco á poco, le hizo volver el pensamiento á la situación en que se encontraba. «Ciertamente que era muy duro tener siquiera que admitir la posibilidad de que su hija se casase con un español; pero ya que así sucedía, era preciso confesar que la desgracia no era tan deplorable, puesto que se trataba de un hombre digno en todos conceptos de la familia, y que no se había manchado con ninguno de los crímenes cometidos por los reconquistadores». Hizo el elogio del Coronel con el calor de la convic-

ción. « Era preciso ser justos. Laramonte no se ha mostrado jamás enemigo de los chilenos ni tampoco enemigo de la familia que le ha hecho tan tenaz oposición. Él acudió á salvar las víctimas de la cárcel apenas tuvo noticia de lo que allí pasaba. Desgraciadamente llegó demasiado tarde. Pero pudo salvar á Abel, que se encuentra libre gracias únicamente á su intervención, y que sin ella estaría aún probablemente prisionero, muerto tal vez ».

La señora oía en silencio. La voz de la chica la llamaba á la reflexión, á la calma de la justicia. La idea de que sin Laramonte tal vez habría tenido que llorar la pérdida de su hijo le hacía sentir, solo entonces, el peso de una deuda á la que no debía ser ingrata. « Luisa tal vez tenía razón. »

Alentado don Jaime con el silencio de su hermana, sentía el deseo de intervenir, ya que no parecía haber peligro de un nuevo estallido de indignación.

— Sí, pues, hija, es necesario ser justo. Lo cierto es que Laramonte iba á salvar á los de la cárcel. No fué culpa de él si llegó tarde. Pero si no es por él, ¿que sería de tu hijo? ¡Ah! es preciso que seas justa.

Se figuraba, repitiendo lo mismo que había dicho su sobrina, que había dado mayor fuerza á los argumentos de ésta. Doña Clarisa se mantenía, á pesar de todo, en sus ideas.

— Pero todo eso, exclamó, no es una razón para que yo consienta en lo que mi marido no quiso jamás permitir.

— Tía, las circunstancias no eran las mismas.

— Sí, pues, hija, no eran las mismas, hazte cargo.

— ¡Qué dirían de mí!

— ¿Y quién tendría derecho de criticarte?

— ¿Quién? Todos. Los patriotas que se han sacrificado por la misma causa que mi marido.

— Pero los patriotas no han de impedir que si te niegas, se te forme una causa por conspiración; que te arranquen de tu casa y te metan á la cárcel. Después de eso se hablaría en todo Chile de la presencia, á media noche, del Coronel realista en tu casa. Entonces sí que se podría preguntar: ¿qué dirán los patriotas?

Don Jaime se sentía elocuente alejado del temor de las lamentaciones y de las disputas.

— Los de nuestra familia, dijo la señora interrumpiéndolo, serían los primeros en acusarme.

— ¡Póngalos de su lado, tía! exclamó Luisa.

— Pero, ¿cómo?

— Consultándolos á todos reunidos y procediendo conforme á lo que aconsejen.

Don Jaime se dió un golpe en la frente, desesperado de que no se le hubiese ocurrido á él tan luminosa idea.

— ¡Es lo que yo iba á decir, un consejo de familia! ¿no ves, Luisita? á los dos se nos ocurre al mismo tiempo. Un consejo de familia, no hay otra cosa que hacer.

Luisa explicó su idea. «Las circunstancias, á su juicio, imponian el consentimiento. No se encontraban en presencia de un capricho pasajero que permitiese esperar su curación del tiempo. Con su inquebrantable constancia Trinidad habia probado que se hallaba dominada por una pasión irresistible. En casos como ese, cuando el objeto de la pasión no es indigno, la resistencia de los padres debe tener un límite. Ella pensaba que habia llegado ese término. Además, en una población como Santiago, donde todos se conocian, donde nada podia ignorarse, la visita de Hermógenes y los sucesos de la pasada noche debian ya ser objeto de comentarios en todas partes y convenia no dejar expuesta por más tiempo la honra de Trinidad. Pero aun con el propósito de consentir convenia que doña Clarisa sometiese la decisión á un consejo de familia.»

— ¡Oh! no hay más que eso, como digo yo, un consejo de familia, interrumpió don Jaime.

«De ese modo, continuaba Luisa, quitaria la señora todo pretexto á los que quisieran criticar una determinación de semejante género. El voto de la familia calmaria sus escrúpulos, relevándola de una responsabilidad que la dejaria siempre insegura y descontenta si ella asumiese por sí sola el pronunciar una negativa ó un consentimiento».

— Y no hay que olvidarlo; el General ha dicho: ó consentimiento ó enjuiciamiento, y el General no se anda con bromas, recordó don Jaime, levantando sentenciosamente la mano para formular la amenaza conminatoria salida del palacio.

— ¿Entonces, hija, en mi lugar, tú someterias el asunto á los de la familia?

— Creo que es lo mejor.

— Y si ellos se pronuncian por la negativa, ¿cómo nos disculparemos nosotros delante del General? preguntó Bustos alarmado ante esa idea, con que su espíritu inquieto tropezaba de repente.

— Si yo creyese que fueran capaces de eso, no lo propondría, replicó la chica. ¿Se imagina usted que alguno de ellos querrá exponer á mi tia á que le formen juicio? ¿Cree usted, además, que alguno se atreva á mostrarse un adversario confesado de los deseos del señor Osorio?

— ¡Imposible!

— Entonces ustedes, en mi lugar, consentirían, volvió á repetir vacilante la señora, convencida por el razonamiento de su sobrina.

— Enteramente, á ojos cerrados, exclamó don Jaime.

— ¡Ah! yo pondría una condición, dijo Luisa.

— ¿Qué condición? preguntó con extrañeza el caballero.

— Que Laramonte se retire del servicio de España, ó que por lo menos contraiga compromiso solemne de no volver á pelear jamás contra los chilenos.

— ¡Ah! si dejase el servicio, eso cambiaría la situación, dijo doña Clarisa. Se figuraba conciliar de este modo sus deseos de dar la felicidad á su hija y respetar la memoria de su marido.

Don Jaime volvió á sentirse humillado de no ser el autor de tan conciliadora idea.

— ¡Oh! naturalmente, eso por sabido se calla, yo no te aconsejaría, Clarisa, que dieses tu hija sin esa condición. Es indispensable, ¿no te parece, Luisita? que el Coronel contraiga compromiso formal de no hacer armas contra los chilenos.

— Mejor haría de retirarse del servicio.

Luego con aire de hombre que ve claro en política, que sabe apreciar las circunstancias, don Jaime repuso:

— Nada le costará el compromiso por otra parte, puesto que la guerra está bien concluida.

— Eso, ¡quién sabe! exclamó la chica.

— ¡Cómo quien sabe! El poder del Rey está afianzado en Chile para siempre.

Luisa no pensaba de ese modo. Su corazón de chilena protestaba contra esa dominación de una raza que se pretendía superior á los chilenos. « Los patriotas que después de una heroica defensa habían ido á refugiarse á Mendoza, no se conformarían jamás con que la tierra de su cuna y de sus afectos más caros, quedase para siempre en poder de sus opresores ».

— Hombres como O'Higgins, los Carreras, Manuel Rodríguez no son de los que se desalientan, concluyó con

exaltación. Mientras ellos vivan no perderé la esperanza.

— No digo nada de don Bernardo O'Higgins, ese es un hombre serio, pero tu Manuel Rodríguez es un bullanguero y tus Carreras unos sempiternos revoltosos.

— Rodríguez ha probado cien veces que es un ardiente patriota y un valiente. Los Carreras han podido cometer algunas faltas; pero siempre estarán dispuestos á dar toda su sangre por la patria.

En sus ojos lucía la exaltación de las grandes convicciones. Vencido por su extraña hermosura más que por sus argumentos, don Jaime buscó su salida ordinaria.

— Bueno, bueno, no hablemos de política. Ahora de lo que se trata, es de reunir pronto el consejo de familia, yo me encargo de eso.

Había tomado su sombrero y salía de prisa para no dejar tiempo á su hermana de volver á sus vacilaciones. Ya en su imaginación empezó á levantarse con su aspecto de nubecilla que colora el sol, la satisfacción del importante papel que le cabría en aquel gran suceso de familia. «Al fin y al cabo, pensaba, á él se le debía todo aquello, y el General había andado bien advertido al confiarle la misión con que lo asociaba á su política». Fué dejando recado en casa de cada uno de los parientes que debían concurrir al consejo. Todos á esa hora dormían la siesta tradicional á calzón quitado, después de la comida. El Marqués se consolaba de no poder hacer otro tanto, pensando en el discurso que tendría que pronunciar para exponer el objeto de la consulta. Un solo temor á este respecto lo inquietaba. Era la posibilidad de que don Anacleto Malespina, con sus fueros de oráculo de la familia, intentase quitarle la palabra y arrebatarle la gloria de dirigir el debate. Su calidad de oidor jubilado, más que sus setenta años de edad, daban á don Anacleto una situación preponderante, y no era posible dispensarse de solicitar su concurso. De él dependería, hasta cierto punto, el resultado de la reunión. Amigo y consejero del presidente Osorio, su opinión prevalecería sobre cualquiera otra adversa á esa solución. Era, en consecuencia, un auxiliar indispensable al que don Jaime tenía demasiada consideración, por otra parte, para contentarse con dejarle un simple recado.

El oidor, solemne como siempre, acababa de levantarse de la siesta. Don Jaime le explicó los antecedentes del asunto, hasta llegar á la decisión de doña Clarisa de some-

ter el caso á un consejo de familia. En vano buscó en el rostro seco y anguloso del viejo, la impresión que le causaran sus palabras. Don Anacleto, con el pañuelo de algodón extendido sobre las rodillas, con la caja de polvillo entre los dedos de la mano derecha, lo había tenido durante su relación, bajo la amenaza de un estornudo inminente. Era el ardid que había empleado siempre en el tribunal para apoderarse de la palabra en los acuerdos importantes, la táctica que con muy buen suceso usaba cuando joven, en todos los comparendos para turbar á su adversario, el recurso á que acudía en su vejez para ocultar sus impresiones y conservar su prestigio de oráculo impenetrable.

— Como usted ve, señor oidor, terminó don Jaime con la sensación nerviosa que le causaba la amenaza del estornudo, es de la más alta importancia que yo pueda llevar al señor Presidente la noticia del consentimiento de mi hermana. De usted depende el voto de la familia, porque nadie se atrevería á manifestar una opinión contraria á la de usted.

El oidor pareció haber llegado al término del supremo esfuerzo que había hecho para no interrumpir á su interlocutor. Por toda respuesta dejó estallar su estornudo, atronando los ámbitos de la pieza con un estruendo descomunal.

— Esto descarga la cabeza, fué lo único que dijo, mientras se frotaba rabiosamente las narices con su pañuelo multicolor.

Fué todo lo que don Jaime pudo obtener del enigmático personaje, con la promesa de que no faltaría en la noche. Sobre el asunto mismo, don Anacleto se mantuvo impenetrable.

— Yo pensaré, yo pensaré, repitió con importancia, acompañando á su visitante hasta la puerta de la sala.

En la casa, comunicó don Jaime la noticia á sus hermanas, que zurcían medias, envueltas cada una todavía en el mantón con que habían estado en misa por la mañana.

— Vean qué gusto de hacer tonterías, exclamó prima Catita; ¿qué necesidad había de reunir consejo de familia para una cosa tan sencilla?

— Con decir: que se casen, se acabó por supuesto, agregó prima Cleta, buscando la aprobación en los ojos de su hermana mayor.

— Es lo mismo que yo pensaba, dijo don Jaime, que no quería enfrascarse en una disputa y perder la lucidez de su espíritu para la noche.

— Tanta alharaca para dar su consentimiento, repuso prima Catita.

— Creerá que no hay más niña casadera que su hija, agregó prima Cleta, completando el pensamiento de la otra.

En su perenne descontento de solteras, nunca habian perdonado á su hermana Clarisa la felicidad con que la suerte la había favorecido por largos años. Todas las ocasiones eran buenas para *desquitarse* con la hermana que se había casado.

— Así es, pues, su hija no más puede casarse.

— Lo hace de puro regodeona, no más.

Acompañaban sus observaciones con sonrisitas discretas de indulgencia compasiva. «Ellas sabian muy bien que eso era por hacer creer que todos se andaban muriendo por Trinidad. ¡Como si ellas no supieran lo que son esas cosas! Clarisa debía andarse con cuidado y acordarse de su madre, que por regodearse tanto las había dejado á ellas solteras. ¡Y no eran pretendientes lo que les habian faltado!» Ponian de ello al cielo por testigo, alzando los ojos al techo y evocando con suspiritos ahogados, el testimonio de aquella sombra del muerto de la peste que las acompañaba siempre: un redentor arrebatado á sus nobles intenciones por la injusticia de la suerte.

Acostumbrado á esas erupciones de mal humor, don Jaime se escabulló callandito. Quería meditar en su improvisación para la noche. Cediendo al gusto por la oratoria que las asambleas populares de la revolución habian despertado, hubiera querido escribir su discurso. Pero la falta de tiempo, las arduas dificultades de la redacción, lo arredraron y decidió confiarse á su ingenio.

Desde poco después de las oraciones fueron llegando los miembros de la familia convocados. Todos importantes y graves, con la barba de tres días por lo menos. El afeitarse jueves y domingo era por entonces el mayor esfuerzo de aseo, exigido por las costumbres coloniales. Don Francisco Carpesano, que había cerrado su tienda media hora antes que lo de costumbre, llegaba con algunos de sus tertulios: don Manuel Cardenillo, don José María Reza y otros. En grupos de dos ó tres, según sus simpatías ó sus intereses, los

convidados se comunicaban sus noticias. Los temores de hallarse convocados para oír el anuncio de alguna nueva contribución forzosa, que los amigos de Osorio patrocinarían con el nombre de empréstito voluntario, era la principal preocupación de cada grupo. Don José María Reza se quejaba de la discreción de don Jaime, que no quería desflorar su asunto, comunicándoles desde luego el objeto de la reunión. « Pero él no se mordería la lengua para oponer una formal negativa á una demanda de dinero de parte del Gobierno. Las cosechas serían malas, el tiempo estaba nublado y el trigo podía apolvillarse. El precio de las vacas estaba por los suelos. Querer sacar dinero á las gentes en esas circunstancias era tiempo perdido ». Los demás hacían coro, frotándose la barba que les invadía las mejillas y les daba, con la luz de las velas, un aspecto de hombres enfermizos y desaseados. Don Jaime los tranquilizaba con ademanes importantes de personaje que sabe los secretos de Estado.

Al fin llegó el oidor. Su entrada hizo cesar el ruido de las conversaciones y de las toses. Todos lo saludaron con la deferencia que se conquistan las mediocridades intelectuales cuando disponen de un exterior adusto y de maneras graves. Con un saludo protector de la cabeza y de la mano, con la sonrisa benévola del poderoso que desciende hasta los humildes, el oidor atravesó la sala y fué á ocupar en el estrado una poltrona de preferencia, que el dueño de casa se había preparado para él mismo con la idea de presidir la reunión.

— Vamos á ver, ¿qué tiene que comunicarnos nuestro buen amigo el señor don Jaime? dijo al sentarse.

Todos los rostros vueltos hacia él, con la mirada curiosa de los que esperan un discurso, turbaron á don Jaime, lo pusieron balbuciente.

— Señores, el objeto de esta respetable reunión...

Don Manuel Cardenillo exhaló un fuerte suspiro.

— Yo propondría ante todo, caballeros, interrumpió, que empecemos por nombrar un Presidente.

Don José María era enemigo de las formalidades; « las cosas debían tratarse *á la pata la llana*, en familia, y él no se las callaba á nadie ».

— No venga con lesuras, don Manuel; aquí no estamos en el Cabildo, hombre. ¿Para qué estamos con cuentos? Que hable el que quiera y cuando quiera, señor. ¡Un Pre-

sidente! ¿para qué? Que traigan un cencerro también y así pareceremos recua de mulas.

Los más se reían por lo bajo de las cosas de don Pepe. Á favor de su violenta salida hablaban todos á un tiempo y hacían sonar los mecheros para sacar fuego. Don Jaime movía desesperado los brazos. «Con don Pepe, decía á su vecino, no se puede hacer nada; él quiere atropellar á todo el mundo.» El oidor, entre tanto, había extendido sobre sus rodillas el gran pañuelo de algodón y sacaba una gran narigada de polvillo, que empezó á sorber, mientras se restablecía el orden. Cuando vió que don Jaime hacía señas para hablar, creyendo haber calmado la agitación, él se apresuró á tomar la palabra.

— La mejor demostración de la necesidad de un Presidente, dijo en tono amistoso, la estamos dando ahora, me parece, y si continuamos así correremos riesgo de no entendernos.

— Así no más es, murmuraron algunos, formando un ruido que la fraseología parlamentaria llama «aprobación en muchos bancos».

— Yo propongo, dijo uno de los respetuosos, que nombremos Presidente al señor don Anacleto.

La mayoría se pronunció en favor de la proposición.

— ¡Cómo no, el señor don Anacleto!

— Vaya, pues, señores, dijo con la modestia del que se somete á una honrosa violencia, ya que ustedes lo quieren.

Don Jaime creyó llegado el momento de reasumir la palabra y empezó á decir:

— Contestando á la pregunta que me dirigió el señor oidor, decía á ustedes que...

Pero don Anacleto no lo dejó continuar. Sin parecer darse cuenta de que don Jaime hablaba, alzó su voz quebrada por los años.

— Ya principia el oidor con su voz de paila rota, dijo don José María á sus vecinos.

Don Anacleto decía, apagando la voz de don Jaime:

— Principiaré por hacer una declaración importante para todos. Al entrar aquí he oído que algunos temen que esta reunión tenga por objeto prepararnos de parte del Excelentísimo señor Presidente de este reino, á acoger con favor una nueva contribución. ¡No señores! Todos pueden tranquilizarse. El Gobierno paternal de nuestro augusto soberano no acude á la generosidad de sus leales súbditos

sino en los grandes apuros del erario, y aunque hoy por hoy el real tesoro se encuentra casi escueto, el señor Presidente no impondrá gravámenes forzosos á esta nación privilegiada, sino que aceptará gustoso los préstamos que voluntariamente le ofrezca el reconocido amor de la nobleza y de los acaudalados chilenos.

Los oyentes se miraron aterrados. Ya sabian lo que el gobierno llamaba suscripción voluntaria. El que no se presentase á ofrecer tendria que dar por fuerza. Don Pepe se volvió exasperado hacia don Manuel y don Francisco:

— ¿ No ven? ¿ que les habia dicho yo? El diablo tenia que mostrar la cola. Lo que es yo, mañana mismo me voy á la chacra. ¡ Y para esto nos convida don Jaime ! bien dicen que un tonto no es bueno sino para una averia !

Mientras tanto, el oidor notó muy bien el hielo que sus últimas palabras habian arrojado en el auditorio y trató de calmar la alarma que leia en los semblantes.

— Esperemos que tardará mucho en hacerse sentir de una manera apremiante la necesidad de recurrir á esas ofertas voluntarias.

— Eso es, ahora nos va á dorar la píldora, decia don Pepe.

— Ahora, señores, repuso don Anacleto, nuestro amigo el señor don Jaime va á imponernos del asunto que motiva la convocatoria de este respetable consejo de familia.

Don Jaime, temblando de emoción, se apresuraba á tomar la palabra. Habia llegado por fin el gran momento de desplegar su elocuencia. Las frases que desde temprano tenia preparadas en su imaginación, traidoramente desertaban, como centinelas de un campamento sobrecogidas de pánico. Cuando pudo hablar, le pareció que no era su propia voz la que resonaba. Para dominar los encomiásticos murmullos con que algunos hablaban todavia del talento oratorio del oidor, empezó por una nota demasiado alta.

— Se trata, señores, de un asunto de familia...

Una puerta se abrió con estrépito y dos mulatas, de las que el tipo se ha perdido ya con la extinción en Chile de la raza negra de los esclavos, entraron á la sala. Traian mate y bandejas con dulces para los convidados. Prima Catita y prima Cleta, que desde la vecina pieza sin luz, para ver y no ser vistas, presenciaban la reunión, habian lanzado á las mulatas con sus bandejas apenas don Anacleto terminaba su alocución, sin darse cuenta de la prontitud con que don Jaime iba á obedecer á la indicación del pre-

sidente. La entrada de las mulatas, cuando ya había encontrado la hebra de su improvisación, fué el tropezón del caballo que arroja su jinete al suelo por la cabeza. Al volver del estupor que le causaba aquella inesperada y ruidosa interrupción ya don Jaime sentía embrolladas todas sus ideas. No era posible además, continuar en forma de discurso en medio del ruido de platillos, de cucharitas y vasos, con el ronquido del mate que sonaba al concluirse, con los cuchicheos de los que saboreaban el dulce ó pedían agua. El moverse de las mulatas, cuyas evoluciones dirigían las dos hermanas por medio de señas desde la otra pieza, añadía á la escena, al aire ambiente en que se desarrollaba, un tono de cosa familiar, donde toda forma de elocuencia habría sido ridícula. Le fué forzoso principiar su historia en lenguaje ordinario, con el tono de voz que ruega para que escuchen, interrumpido á cada instante por las observaciones de don José María Reza, que lo estimulaba á hablar claro «á no andarse con tapujos». Pronto, sin embargo, se restableció el silencio. Las mulatas, que él en su imaginación, enviaba á los infiernos, salieron de la estancia; los concurrentes, fumando, después del dulce y del mate, habían dejado de cuchichear y le prestaban una atención alentadora. Con esto se propuso volver al tono declamador del principio y alcanzar un triunfo oratorio del que la fama llegase hasta el palacio presidencial. Espoleado por la inspiración llegaba ya á las regiones excitantes, en que las ideas acuden al cerebro con alas tendidas, palomas que vienen de lejos á pararse en la copa de un árbol. Pero en ese momento encontró la mirada del oidor, una mirada vidriosa con reflejos de ironía; lo vió, con su gran pañuelo sobre las rodillas, sorber la narigada de polvillo, ruidosamente, con la aspiración que debía hacer llegar el polvo sutil á las más remotas cavidades de su aparato nasal, y oyó el estornudo que don Anacleto dejó entonces estallar con estrépito. Antes que él hubiera alcanzado á reanudar su frase interrumpida, alzó el oidor con autoridad la descarnada diestra mientras seguía sonándose con la izquierda.

— Yo puedo continuar por nuestro amigo. Veo que la modestia lo pone tímido al hablar de la gran amistad con que le distingue el Excelentísimo señor don Mariano Osorio.

Y mientras don Jaime, sin valor para protestar, con la

flaqueza lamentable de los tímidos, se agitaba impotente sobre su silla, oía la voz del oidor, ora solemne y sentenciosa, ora familiar y risueña, contar, en frases que consideraba inferiores á las que él había empleado, los incidentes de la noche anterior en casa de doña Clarisa, arreglados á su manera. Al fin la clara conciencia de su situación, se despertó de la especie de síncope intelectual que lo embargaba, cuando oyó á don Anacleto formular el objeto de la consulta.

— La señora doña Clarisa desea, pues, conocer la opinión de este respetable consejo de familia, sobre si deberá ó no consentir en el enlace de su hija con el coronel español don Hermógenes de Laramonte. ¿No es así señor don Jaime?

— Así es, en parte, señor oidor, contestó con ademán magistral don Jaime, ufano de poder agregar algo que se le escapaba á su audaz interruptor. Pero es preciso que sepan estos caballeros que mi hermana, exijiría, en caso del voto afirmativo de esta respetable asamblea, que el coronel Laramonte se retire del servicio, ó que, por lo menos, contraiga el compromiso solemne de no volver, si se casa con Trinidad, á tomar jamás las armas contra chilenos.

Los del consejo callaron. Ninguno quería comprometerse dando el primero su opinión. El oidor sorbía sus narigadas de polvillo, los demás se comunicaban por lo bajo sus dudas y sus temores. Comprendían que la cuestión política estaba envuelta en esa consulta, que se presentaba simplemente como un asunto de orden doméstico. Don José María echaba plantas en el grupo de sus vecinos don Manuel Cardenillo y don Francisco Carpesano.

— Que hable el oidor, decía don Pepe, yo sé muy bien lo que pienso; pero no soy tonto para darle en el gusto al viejo sarraceno; que hable el oidor.

Los demás hallaban esto muy justo, y aprobaban con la cabeza.

— Échele don Jaime, no tenga miedo, insistía don Pepe, tírele la lengua á ese zorro viejo. A usted le toca hablarle, como dueño de casa.

Don Jaime se dejó empujar, era una ocasión de mostrar que era hombre de importancia:

— Me parece que todos pensarán como yo, dijo, que el señor oidor podría ilustrarnos con su opinión, la más autorizada, sin duda, de esta concurrencia.

Los otros, hicieron coro. Don Anacleto empezó á sonarse, para tener tiempo de pensar alguna frase. En silencio, durante un momento, los concurrentes respetaron su meditación.

— Toda cuestión matrimonial, dijo al fin, alzando la frente inspirado, envuelve un problema de alta gravedad. Su incógnita encierra la dicha ó la desgracia de dos seres humanos.

Al oir este exordio don Pepe, agitado de impaciencia, dijo á sus vecinos en voz baja:

— ¡No pues! un nuevo discurso!; eso sí que no; yo no aguanto más cataplasmas!

— Yo quisiera saber, señores, interrumpió en voz alta, antes de pasar más adelante, si no nos estamos repartiendo los huevos antes que cacaree la gallina, ¿no ve? y preguntó: ¿el señor Laramonte ha pedido ya la mano de Trinidad?

El oidor se encogió de hombros, endosando á don Jaime la responsabilidad de la respuesta. Por su parte el Marqués se mostraba perplejo.

— Lo que es pedido, pedido... no puede decirse que la haya pedido; pero es como si ya lo hubiese hecho.

Pero don Pepe no admitía ambigüedades, la actitud de la sala estimulaba su genial petulancia.

— Aquí no se trata de suposiciones, para qué andarnos con tapujos, señor. Á mí me gusta sobre todo la franqueza: pan, pan; vino, vino; ¿no ve? Si la pide, ahí veremos; y sino, ¿para qué apurarnos?

El auditorio le recompensó su audacia.

— Cabal, pues, cabal, señor, murmuraban frotándose contentos las erizadas mejillas con las manos.

— No amaine, don Pepe, le decía en voz de sordina don Francisco.

El oidor se amostazó con la interrupción de don José María. Las aprobaciones que consagraban ese acto de desacato, lo sacó de quicio:

— Yo me permito diferir, dijo con una sonrisita verde de hombre picado, de la opinión del señor don Pepe... de nuestro amigo el señor don José María.

— Si, pues, le lastima la enjalma, no permite que nadie lo ensille, refunfuñó don Pepe al oido de don Manuel Cardenillo.

Don Manuel suspiró, para indicar que él no tenia opinión, que él no queria comprometerse.

— Pienso señores, de muy distinta manera, insistió el oidor...

— De gustos no hay nada escrito, replicaba en voz poco inteligible don José María.

— Cállese, don Pepe, le aconsejaban sus vecinos con aflicción.

— ¿Qué les parece? yo no me dejo pisar el pie, amigo, me callo sólo por ustedes. ¡Ah! ¡yo no me muerdo la lengua para decir claridades!

El oidor volvía á triunfar. La concurrencia, con apagados ¡Chito! ¡Chito! hacía cesar el ruido de moscardón en una pieza oscura, con que don José María, sin atreverse á entrar en lucha abierta con el oráculo de la familia, rezongaba.

— El dictamen que se me pide, repuso doctoralmente don Anacleto, no versa sobre si la pidió ó no la pidió, como acaba de decirse. En otros términos: no versa sobre el hecho concreto de saber si el señor de Laramonte ha hecho ya su demanda. Se trata de algo mucho más lato, señores, de mucho más general. Se nos pregunta nuestro parecer para el caso muy probable de que la demanda tenga lugar. Es una precaución, una manera de evitar *a priori* toda sorpresa. *Si vis pacem, para bellum*, prepararse en la paz para la guerra.

— ¡Adiós! ya nos aplastó con sus latines, felizmente que no sabe griego, volvía á murmurar don Pepe, impaciente.

— ¿Deberá acogerse con favor esa demanda? ¿deberá imponerse la condición que la señora doña Clarisa juzga necesaria? Si, ó no.

Los semblantes se pusieron impenetrables. Todos tomaron la fijeza concentrada de los jugadores de ajedrez. Nadie quería pronunciarse el primero. Era una cuestión de responsabilidades políticas más que cuestión de familia. La negativa importaría un acto de hostilidad al régimen dominante. Don Jaime había circulado el rumor de que el general Osorio deseaba el casamiento. Por otra parte, dictaminar por el consentimiento era comprometerse para el porvenir, los patriotas podrían volver y el que así opinase quedaría sindicado de realista, de sarraceno.

El oidor quería también sacar al fin la castaña del fuego con mano ajena.

— ¿Qué piensa usted, señor don Manuel? preguntó á Cardenillo, que recibió la pregunta como la descarga de una pila eléctrica.

— Bueno, pues, señor, contestó, ganando tiempo con un suspiro, yo creo pues, que doña Clarisa debe hacer lo que le parezca.

— ¿Y usted, señor don Francisco?

— Yo también, pues, señor, yo creo que las muchachas deben casarse cuando los padres consienten.

— Y cuando las piden, exclamó don José María, insistiendo en su idea.

Todos fueron dando su dictamen en la forma que les parecía menos comprometente.

Don Jaime se pronunció abiertamente por el consentimiento, con ó sin la condición impuesta.

— Mi parecer, señores, dijo por fin sentenciosamente el oidor, es que si el coronel de Laramonte solicita la mano de la señorita Trinidad de Malsira, se acceda lisa y llanamente á la petición, sin imponerle la condición de que se ha hablado.

— ¡Si la pide! ¿no ven?, si la pide! murmuraba triunfante don José María.

El oidor, para apoyar su voto, dió rienda suelta á su locuocidad. «No podía, según él, pensarse en una negativa desde que, á pesar de la divergencia de opiniones políticas, se había permitido las visitas del galán. El nombre de la joven estaba comprometido. Nadie comprendería una negativa.» Se extendió después sobre los méritos y alta prosopia del pretendiente. Por lo mismo no debía imponérsele condición ninguna.

— ¡Como no, pues! darle la breva pelada, como si una muchacha rica, bonita y de gran familia no pudiera regodearse, decía para sus vecinos don José María.

Carpesano se adhería, en voz baja también, á la observación de don Pepe. Si se imponía la condición, el Coronel se retiraría indignado y Trinidad podría casarse, más tarde con alguno de sus hijos.

El rumor sordo de ese diálogo no impedía continuar á don Anacleto y llevar su argumentación al campo de la política. «La oficialidad de todo el ejército real, protestaría contra una condición vejatoria. Podría decirse que los que creen necesaria tal condición, admiten la vuelta de los disturbios pasados y que desean conspirar, puesto que la restricción en debate suponía tácitamente que podrían presentarse nuevas ocasiones de conflicto entre las tropas del Rey y sus súbditos, lo que, además, era injurioso para el reino

mismo de Chile. El sostenía que los vencidos de Rancagua habían trasmontando los Andes para no volver, y purgado así el país de sus malos hijos. No podía suponerse que los otros llegasen á conspirar. La lealtad al soberano era la primera de las virtudes de que debería enorgullecerse el buen chileno».

— Demos un gran ejemplo, terminó diciendo. Contribuyamos con nuestro dictamen á la gran política de conciliación de nuestro amado mandatario, el glorioso general don Mariano Osorio, y habremos merecido la gratitud de la tierra descubierta por Colón. ¡Qué venga la era de la fraternidad!, agregó alzando la voz como si hablara en una catedral, ó en la plaza pública. ¡Qué se borre el recuerdo de la pesadilla revolucionaria! y la prosperidad volverá á renacer en este suelo privilegiado, que tiene por guardián á los majestuosos Andes, y todos nos haremos dignos del paternal cariño del admirable Fernando VII.

— Viejo está el hombre para que le tengan cariño paternal, refunfuñó entre dientes don José María.

Pero su voz se perdió en el coro de alabanzas que recibió la peroración del oidor. Todos convenían en que hablaba como un libro. Su parecer fué aprobado por aclamación, y don Jaime se hizo cargo de comunicárselo á su hermana.

XLII

La sesión de aquel areópago de familia terminó demasiado tarde para que don Jaime hubiese podido ir á comunicar á su hermana el resultado. Con ella y las dos jóvenes había quedado convenido que lo esperarían hasta las nueve y media solamente. Si él no llegaba, Luisa pasaría la noche en casa de su tía, como solía hacerlo. Él volvería á la mañana siguiente á buscarla, trayendo la noticia del dictamen del consejo.

Las tres esperaron vanamente. Doña Clarisa permaneció con las chicas hasta las nueve y media. La reconciliación entre la madre y la hija había traído á la vida de aquel hogar, tan cruelmente tratado por el destino, el alivio de la confianza que renace, la conciencia de una nueva fuerza moral para hacer frente á las tristezas y á las alarmas del momento. El perdón, un perdón enternecido de amor materno que recobra su imperio, se cernía sobre ellas, entibiaba el hielo de la atmósfera de luto y de extra-

ñamiento en que habian vivido. Ninguna de las tres, sinembargo, se atrevió á tocar en la conversación el asunto que sobre todo las preocupaba. Guardaban esa reserva de convenio tácito, que en las graves crisis domésticas aparta, como si fuese una arma peligrosa, cuanto puede tocar á la idea ó al dolor que predomina. Como un derivativo á la preocupación dominante de saber lo que pasaba en el consejo de familia, la imaginación de cada una de ellas evocaba, con la coincidencia magnética, tan común, del pensamiento súbito, el recuerdo de Abel. Entre las tres, su imagen estaba más presente desde la triste noche de su partida, que si no se hubiese ausentado. Su nombre surgia en la conversación sin saber cual de ellas lo pronunciaba. La penosa realidad de no haber recibido ninguna noticia de él, las unia en la misma incertidumbre, y con la mente trasmontaban á un mismo tiempo los Andes, salvaban el espacio para asociarse, en aquel pais desconocido y lejano, á la existencia del ausente. Pero habia posibilidad de escribirle, porque tenian ya noticias de Cámara. En la mañana de ese dia un hombre habia hablado á la cocinera ña Gervasia, en la plaza de abastos. Estaba disfrazado con tal perfección que la cocinera no lo habia reconocido, según contaba, hasta que él habia dicho quién era. Andaba vendiendo silletas de paja. Ña Gervasia, al contar á las señoras su conversación con el rotito, conservaba todavia la emoción perturbadora de aquel encuentro. «Me encargó que le diese recado á misiá Luisita, que cuando lo necesite lo encontrará allí en la plaza». «Y el malvado no tiene miedo, señorita, agregaba la cocinera, con el orgullito de satisfacción de quien ha hablado con una celebridad. ¿Sabe, señorita, lo que me dijo? Hei andan contando, que uno de los godos de la otra noche no se ha muerto: ¡vaya con la mala suerte! ¡yo que creia que los habia despachado á los dos. Y se reia, señorita, el malvado.» «Quiere no ser malo, que le dije, de alegrarse del mal del prójimo». «¡Al todo tambien! que me dijo, como si los godos fuesen prójimos». «Cállese, no vaya á castigarlo Dios, que le dije yo entonces». «Si usted me vende á los godos me castigará Dios, me respondió él riéndose; no me vaya á vender, no mas, mire que si me afusilan, la iré á tirar de las patas á media noche, cuando me vuelva ánima y esté en el purgatorio». Aquella relación, en que la cocinera habia puesto la verbosidad humorística del pueblo, era comentada por la se-

ñora y las dos chicas, en la noche, como un grande acontecimiento. Se tendría á Cámara en reserva para comunicar á Abel el resultado de lo que estaba pasando. Luisa expresó esta idea con palabras veladas, por no aludir directamente al consejo de familia y evitar la discusión peligrosa de las probabilidades que por su decisión podrían presentarse. Pero desde que doña Clarisa se hubo retirado, Trinidad quiso saber cuanto había ocurrido con su madre. Luisa refirió la conversación que ella y don Jaime habían tenido con doña Clarisa. Demasiado leal para disimular la parte de responsabilidad que le cabía en la proposición sometida al consejo de familia, no calló ninguno de los incidentes de esa conversación. Trinidad no comprendía la rigidez de principios que había dictado ese consentimiento condicional. « El consentimiento de su madre debía ser sin esas restricciones. ¿ Por qué crear nuevas dificultades ? »

— Sin esas condiciones se diría que tu madre, por evitar tu deshonra, se humilla ante los españoles, rogando á Laramonte que se case contigo. Fíjate en que esas condiciones son indispensables para ti. Si él dejase el servicio sería ya como chileno. Nadie podría obligarlo á tomar las armas contra nosotros.

— Pero si él no acepta la condición que se le impone, todo está perdido para mí, replicó Trinidad con exaltación.

— Si no acepta será que no te corresponde con un amor digno del tuyo.

— Yo nunca, en ningún caso, dudaré de su amor. Si no acepta, serán ustedes la causa. ¿ Por qué le imponen esa condición ?

En vano Luisa trató de hacerle comprender los fundamentos de la resolución que ella había aconsejado. « Era preciso tranquilizar la conciencia de doña Clarisa. De otro modo ella no habría tolerado siquiera que se discutiese la posibilidad de un casamiento». Sus explicaciones se estrellaban contra la tiranía inflexible de la idea fija que dominaba á su prima. La sorda y egoista lógica del amor, la aislaba en un orden de ideas exclusivas, que no admitía resistencia extraña. Luisa no podía sustraerse enteramente á la admiración que le causaba el estado de esa alma entregada con un ardor de fanatismo religioso, á un sentimiento único, superior á todos los lazos de la sangre, capaz de atropellar las más austeras convenciones sociales. Ese problema del amor, que como el fuego interno de la tierra,

viene conmoviendo á la generaciones, cambiando la faz moral del universo con su poder invisible, turbaba su corazón de mujer joven, le descubría, entre los resplandores de una revelación, las dulzuras acres del sacrificio. Trinidad sospechó la emoción de su prima, la sintió conmovida, como si la severidad de sus ideas se hubiese debilitado, como si un sentimiento de tierna simpatía la inclinase en su favor, y creyó acabar de convencerla, ó más bien de conquistarla á su causa, abriéndole el campo de las confidencias del corazón, que desarman.

— ¡Ah, tu acabarás por ser de mi opinión! Por más que aparentes que eres incapaz de amar, yo no te creo. Siempre te ha gustado recibir mis confidencias; pero nunca me has correspondido con las tuyas. ¿Temes que te traicione? ¿Se te figura que yo no leo en tu alma? ¿Por qué no te confías á mí? á la persona que más te quiere en el mundo.

En tono de súplica persuasiva, apoyaba su exigencia con esas caricias que las mujeres parecen tener solo para ellas; le cubría de besos el cuello y las mejillas, la estrechaba contra su pecho repitiéndole las mismas preguntas, acusándola, con infantil reproche, de su reserva.

— ¡Qué idea! ¡qué locura! ¿Por qué no habría de tener confianza en ti? No tengo nada que ocultarte.

— Bueno, pues, eres una egoista guardándote tu secreto, no tengo necesidad de que me lo digas para saberlo.

Con su amistosa amenaza, buscó en los labios de su prima una sonrisa de confesión, el instante de abandono en que se salvan las vacilaciones, el esfuerzo en que el corazón se desprende de las trabas de la voluntad. Pero la joven se había revestido de su majestuosa indiferencia de estatua, de su aire inaccesible á las pasiones humanas. Con su mirada vaga, vivía en una región invisible, se aislaba en su silencio como sobre un pedestal; todo con naturalidad, con aire tranquilo de mujer que no tiene secretos, que acepta la vida con sus tristezas, como un deber indeclinable y natural.

La conversación siguió angustiosa para ambas. Á las diez y media se despidieron, descontentas, con un beso frío de personas preocupadas, que piensan en otra cosa.

Al día siguiente, á la hora del almuerzo llegó don Jaime. Nada se habló en la mesa tocante al consejo de familia, para evitar que los sirvientes se impusieran del gran secreto. Trinidad buscó en vano alguna luz sobre el enigma

en el semblante de su tío. Él no abandonaba el aire de reservada importancia, que le parecía adecuado á la magnitud del papel que le cabía en aquella cuestión semi-política. Concluída la espumante taza de chocolate, cuando estuvieron solos, entró por fin en la vía de las confidencias. En su relación, el oidor pasó al segundo plano. « No había hablado nada mal, salvo su manía de arrebatar la palabra á los otros, sonándose con el estruendo destemplado de una nota falsa de corneta ». De buena fe citaba don Jaime como pronunciadas, las frases que él había pensado decir en la reunión. Pero en el fondo, pudo llegar al fin de su relato sin alterar sustancialmente la verdad.

— Ya ves, hija, terminó á guisa de resumen dirigiéndose á doña Clarisa, que ya no tienes por qué abrigar ningún escrúpulo. Quedas cubierta con el voto de nuestros parientes, que opinan por el consentimiento liso y llano, sin condición de ninguna clase.

Antes que nadie pudiese hablar, exclamó, mirando esta vez á Luisa :

— ¡ Ah, Luisita ! no admitieron *tu* condición. Era lo que yo creía; pero, en fin, yo la propuse, y hasta la defendí ; pero no hubo medio, todos se pronunciaron en contra.

Únicamente en el rostro de Trinidad se había reflejado una franca alegría. La declaración del consejo colmaba todas sus aspiraciones. Era el sol que empezaba á lucir tras de la tormentosa noche de mortales angustias. Su madre y su prima, entre tanto, se habían quedado pensativas. Doña Clarisa no se atrevió á pronunciarse por sí sola.

— ¿ Qué te parece? preguntó á Luisa con indecisión.

— ¿ Qué puedo decirle, tía ? Yo pensé que la dignidad y la conveniencia de usted y de Trinidad misma, aconsejaban esa condición ; pero si el Consejo no la cree necesaria...

— ¡ Oh ! ¡ la considera peligrosa ! exclamó don Jaime alentado por las ojeadas que le dirigía Trinidad, para que defendiese el voto del Consejo.

— Será que yo me he equivocado, concluyó Luisa.

— Pues yo también, yo pensaba como tú, dijo la señora.

La manía de conciliación sopló una idea de término medio al caballero.

— Expresemos la condición como un deseo, y no como una cosa indispensable, *sine qua non*, como dicen en latín. ¿ Qué te parece, Luisa ?

La chica no respondió por no hablar contra su concien-

cia. Doña Clarisa buscaba cómo contemporizar. La condición le parecía necesaria; pero temía arrojar el desconsuelo en el corazón de Trinidad. La dilación, el aplazamiento de la dificultad era el único medio de conciliar su convicción y su deseo.

— Está bien, dijo. Yo sé la opinión del consejo de familia. Ahora es preciso que venga la petición.

— Entonces, ¿ puedo decir que tú la autorizas? preguntó don Jaime.

— Yo no digo que la autorizo; la esperaré para contestar.

Las reflexiones de su hermano fueron inútiles. No quería la señora dar otra respuesta. Así ganaba tiempo sin comprometerse. Trinidad hacía señas con la cabeza y la vista á su tío para que se conformase con esa solución. Una fuerza de esperanza, la inspiración de los jugadores cuando se creen con suerte, la hacía estar segura de vencer después las dificultades. Lo principal era que hubiese petición. Su madre no podría negarse á sus ruegos. Haber llegado ya á la situación presente le parecía un milagro, la intercesión, sin duda, de la Virgen. Don Jaime, por su parte, incapaz de reiterar por mucho tiempo sus insistencias, se dió prisa á terminar la discusión.

— La petición vendrá, no tengas cuidado, dijo al despedirse.

Quería figurarse que todo estaba resuelto, bien resuelto. Pero luego pensó que no podría presentarse al General llevándole una contestación ambigua. Era á su juicio, no obstante, una contestación favorable, puesto que su hermana admitía que se le presentase la petición. « Él no era un tonto para ir á señalar el lado débil del asunto. Las cosas se irían arreglando poco á poco La viudita, su auxiliar cerca de Osorio, sabría presentar el negocio á don Mariano con su gracia de mujer bonita y hacerlo conformarse». Con estas reflexiones de su fácil optimismo llegó á casa de Violante.

— Todo marcha perfectamente, le dijo al besarle la mano con su pretensión de hombre de corte.

Ella se hizo referir lo que había pasado. Don Jaime, según su costumbre, dió á los hechos el colorido conveniente á sus propósitos. Nada de consejo de familia, nada de condiciones indispensables.

— Mi hermana, usted comprende, tiene que mostrarse reservada; pero yo sé que recibirá bien la petición, si llega.

— En cuanto á eso, cuente usted con ella. Hoy mismo voy á ver al Coronel; ya tengo autorización del Presidente para poder visitarlo.

La viudita parecía radiante. Á fuer de galán, para alentarla en tan buenas disposiciones, creyó don Jaime que debía acariciar su amor propio con un cumplimiento.

— ¡Ah! señora, yo me haría poner preso para recibir una visita suya.

Al exclamar así, cedía también don Jaime á la tentación que de dirigirla requiebros inspiraba la voluptuosa belleza de Violante.

— ¡Calle usted! si jamás me ha hecho usted la corte, hombre.

Lo envolvía con la mirada picaresca de sus grandes ojos, lo bañaba con la luz de su sonrisa, con el encanto de su genial coquetería. Don Jaime no dudaba del triunfo final de su misión semi-política, halagado con que fuese su aliada aquella mujercita tan fascinadora que coqueteaba con él. Violante, puesta de buen humor con la idea de arreglar el matrimonio y cobrar así un gran ascendiente en la familia de Abel Malsira, se prestaba á los cumplimientos amanerados del galán quincuagenario, lo persuadía entre risitas, cuando él se quejaba de no tener diez años menos para ponerse á sus pies, que los hombres, como la buena fruta, debían tomarse maduros.

— Pero usted, señor don Jaime, es fruta vedada, porque se corre mucho que acabará por casarse con su sobrina.

El caballero se sonrojó.

— ¿Qué sobrina? ¡tengo tantas!

— Luisita, su pupila de usted ¡guapa chica!; tiene usted muy buen gusto.

En ella veía la viudita una terrible rival y aprovechaba la ocasión para saber si don Jaime la tranquilizaría por ese lado.

— ¡Ah! dijo él con modesta tatuidad, ¡dicen tantas cosas!

— Ya veo que usted es hombre reservado. Después me contará usted, cuando tengamos arreglada la boda de Trinidad. Será el pago de mis servicios. Ya ve usted que soy discreta y no pido nada adelantado.

Esto dicho con mil monadas cautivadoras, con la mira de hacer del caballero un fiel aliado para sus planes futuros:

— Y ahora, añadió, ocupémonos de cosas serias. Co-

mo se trata de un militar, diremos que el asunto debe llevarse á paso redoblado. De aquí me marcho á verlo, y luego que convenga con él sobre la demanda lo haré saber á usted y llevaré la noticia al General.

Aquel vigor de actividad, aquella decisión que no divisa obstáculos, penetraba de admiración al caballero. Al salir de la casa se le ocurría que nadie como Violante podría servirle de intermediario cerca de Luisa.

La viudita no perdió tiempo. Media hora después entraba á la pieza que ocupaba Laramonte en el cuartel de Talaveras.

— ¡Un rayo de sol entra con usted á esta mazmorra! exclamó con alegría el Coronel al verla.

— Un sol que nunca ha quemado á usted, sin embargo, paisano, contestó ella en el mismo tono.

Al sentarse en la silla que le pasaba Laramonte, hacía gala de su talle redondito, de la gracia de su cuello, de la viveza á un tiempo aterciopelada y oriental de sus ojos y sin que tuviese el joven lugar de replicarle, exclamaba:

— ¡Ya sé que ha hecho usted de las suyas! En Santiago no se habla de otra cosa. Esto ha venido á borrar el recuerdo de Rancagua. ¡Introducirse á media noche en las casas donde hay chicas bonitas! ¡Vaya un escándalo!

El Coronel se sonreía sin negar ni disculparse.

— ¿Viene usted á levantar el sumario? pues no recuso al fiscal.

— ¡Qué sumario! ¡hombre, si lo sé todo! Vengo á traer á usted una soga para ahorcarse.

— ¡Una soga! De tan hermoso verdugo se puede recibir la muerte, paisana: aquí me tiene usted. Veamos la soga.

— Está usted condenado al casamiento. ¡Ah, usted se pone pálido! exclamó ella con su tono festivo.

Hermógenes pidió explicaciones. No acertaba á comprender cómo podría él casarse con Trinidad.

— ¡Toma! pidiéndola primero, le dijo la viudita.

— Le explicó entonces lo que sabía por don Jaime: el consentimiento de doña Clarisa y la empeñosa iniciativa tomada por el general Osorio. Hizo desfilar los diversos incidentes ante sus ojos con luces de fantasmagoría.

Hermógenes estaba maravillado de aquel cambio. No sería él quien opusiese dificultades. «Al toque de llamada, él respondía, presente.»

— Pues entonces, sobre la marcha, no hay más que pedirla.

— Perfectamente; pero debo ante todo estar seguro de la venia del General y creo que no podré enviarle más irresistible mensajera que usted para pedirle una audiencia.

— Cuente usted con ella hoy mismo.

Le hizo mil bromas por la docilidad con que sometia su cuello «á la dura coyunda»; lo cumplimentó, en tono sincero por su noble comportamiento, del que ella, añadió riéndose y pidiendo perdón, casi dudaba, por lo rehacios que son los hombres contra el enajenamiento de su «dulce libertad», y se despidió como habia venido, habladora y coqueta, cubriendo al Coronel con su mirada de terciopelo, mostrándole en medio de sus deliciosas sonrisas, las perlas de sus dientecillos minúsculos y admirablemente alineados.

— ¿Sabe usted? le dijo el joven al estrecharle la mano, yo soy más generoso de lo que usted se imagina.

— ¿Cómo asi?

— De la soga que usted me trajo, me basta la mitad, y dejo á usted la otra para su uso.

Ella dió un medio suspiro sospechoso, sin ponerse seria.

— ¡Ah, pícaro! Adiós, adiós. ¡Mal agradecido!

Y salió acompañada por Hermógenes hasta la puerta del cuartel.

No tardó en recibir Laramonte una orden del General, mandándole presentarse á su despacho. El arresto quedaba terminado. Don Mariano lo recibió con una sonrisa amistosa. Dijo que deploraba la medida que se habia visto obligado á tomar á su respecto. «Guardián supremo de la disciplina en el reino, le habia sido imposible desentenderse de actos conocidos por los subalternos, y que no reprimidos, hubieran dejado una mala simiente en el espíritu de la oficialidad». Hablaba en tono familiar de compañerismo, tratando de hacerse perdonar su severidad pasada. Superior á rencorcillos ni celos tan comunes en la vida militar, Hermógenes, inspirado siempre por un certero sentimiento de justicia, correspondió con toda franqueza á la actitud de su jefe.

— Mi General, en lugar de V. E. yo habría hecho otro tanto. Soy el primero en reconocer mi falta, y ya que V. E. me hace el honor de tratarme como amigo, voy á justifi-

carme ante su indulgencia, confiándole la causa de mi culpa.

Con aire entendido, el General contestó que conocía esa causa. «Todos, cual más, cual menos, habían pecado por ella», observó con amable filosofía, poniéndose á pasear familiarmente á lo largo de la pieza, para no engordar; preocupación que rara vez lo abandonaba.

— Pero usted sabe, Coronel: de los arrepentidos es el reino de los cielos.

— Justo, mi General, y por eso vengo á pedir á V. E., que me permita entrar en la vía de la enmienda.

— ¿Qué puedo hacer yo? Si tengo la puerta de esa vía, hable usted, Coronel, un mandatario tiene también cura de almas.

— Vengo á solicitar con V. E. el permiso de ordenanza para contraer matrimonio con la señorita Trinidad Malsira.

— ¡Hombre! Lástima que esa señorita sea insurgente.

— De familia de insurgentes, mas no insurgente ella misma, mi General.

— Lo cierto es que las mujeres son del partido donde está su amor, dijo sentenciosamente don Mariano, con un ademán y una sonrisita de hombre de experiencia que conoce las pasiones humanas.

Enseguida asumió su actitud oficial de profundo político estiró el busto con importancia majestuosa, y se acercó al Coronel en ademán de confiarle un secreto.

— ¿Sabe usted por qué estoy dispuesto á acceder á su solicitud? Voy á ser franco. Usted es mi auxiliar en la misión que me he trazado de volver á todos los habitantes de este reino, por las vías de la conciliación, al culto de nuestro augusto soberano.

Hermógenes se inclinó en señal de que estimaba la honra que se le hacía. Don Mariano se hizo entonces más confidencial.

— Entrando usted en esa familia de insurgentes es indudable que los hacemos dar un gran paso hacia nuestra causa. Usted hará lo demás, Coronel, y al par que su felicidad, hará usted un buen servicio al Rey, ayudándome en mi gran política: la conquista pacífica de los obcecados y de los vacilantes.

El Coronel volvió á inclinarse. Él era de los conciliadores, y perdonaba gustoso á don Mariano la solemnidad con que le confiaba su pensamiento.

— Entonces, mi General, puedo presentar á V. E. mi solicitud escrita.

— Hágala usted, hágala usted, y será provista favorablemente.

Después de darle las gracias con sincera y calorosa efusión, Laramonte se despidió del General y se apresuró á ir casa de Violante para comunicarle el resultado de su visita.

— Esto va pareciendo un cuento de hechicería, dijo á la viudita, y usted es la hechicera, sin duda; porque todas las dificultades desaparacen como por encanto.

— Pues para que el encanto no se rompa, no hay más que seguir adelante, contestó ella.

Violante estaba tan entusiasmada con la marcha del negocio, como maravillado parecía Laramonte. En sus alegres comentarios de tan prodigioso cambio, el joven volvía á hablar de la mitad de la soga, para continuar tratando cómo habían principiado, entre bromas y chistes, tan grave asunto.

— No hable usted de soga delante del ahorcado, lo interrumpía la viudita. Quería disimular así el placer que le causaban las alusiones del joven á la posibilidad de que ella también entrase en la familia de Malsira.

— Y hablo así, añadía Hermógenes, porque quiero que usted me preste todavía un servicio, que siga con sus hechizos y sea mi representante para pedir la mano de la chica.

— ¿Cómo lo entiende usted? ¿en qué forma?

— Que me sirva usted de pariente, yo no los tengo aquí, y ya con usted tenemos por lo menos el parentesco del paisanaje.

— ¿Y que vaya yo, en persona, á pedir la mano de Trinidad?

— Justo, usted lo ha dicho.

Violante se puso seria. La idea de presentarse á doña Clarisa la intimidaba. ¿Qué acogida le haría la adusta matrona patriota? Pero en el fondo, á pesar de sus temores, tan ardua empresa la tentaba. Tenía confianza en su poder de seducción, y se figuraba que puesta en presencia de la señora, acabaría por conquistarla. También el Coronel la instaba con ardor. «Ya que había intervenido con éxito tan brillante en la negociación, le argumentaba, no podía abandonarla. No era natural que él se presentase antes de

saber que sería bien acogida su demanda: no fuese que por andar más ligero tuviera que quedarse en el camino ».

— Hágase usted abrir la puerta de la fortaleza por el papá don Jaime. Él será su mensajero, le decía, y aunque no tiene alas en los pies el buen señor como Mercurio, ni creo que posea tampoco su mitológica elocuencia, conoce en cambio, como él, el secreto de los dioses, y sabrá guiarnos en nuestra empresa.

Violante se dejó persuadir y llamó á don Jaime, que acudió presuroso. Por grados rápidos crecía el á sus propios ojos. Jamás le había acontecido ser el centro de una negociación tan importante. El éxito lo ponía fanfarrón.

— Yo haré comprender á mi hermana, dijo al oir la relación de lo ocurrido, el honor que usted nos hace, señora, y ella tendrá, no lo dude usted, un gran placer en recibirla. Esta misma noche tendrá usted la contestación. La hora de su visita la fijará usted.

En el espíritu de doña Clarisa, entre tanto, la incertidumbre había continuado su trabajo sordo y tenaz de roedor. Entregada á sus propias inspiraciones, habíase persuadido que la condición indicada por Luisa, era lo único que podría calmar su conciencia. Toda su ternura de madre no era bastante para hacerla olvidar la autoridad del esposo, viva como una huella de fierro incandescente en su alma de mujer sumisa. «Él la juzgaba desde el cielo». Lo que ahora es el espiritismo activo, sectario y militante, la evocación de los espíritus en su forma terrenal, vivía latente en su imaginación, engendrada por la acción estimulante de las prácticas religiosas. Hablaba con el muerto, veía su ceño adusto de mártir de la patria, recibía sus mandatos. « Él no habría cedido jamás, sin la condición rechazada por el consejo de familia ».

Don Jaime la encontró en su dolorosa perplejidad: « ofender la memoria del muerto, que la juzgaba desde el cielo, ó exponerse, con una negativa, á levantar una barrera insuperable á la felicidad de su hija. » En la tremenda disyuntiva su pensamiento se revolcaba adolorido como un enfermo en su lecho de martirio.

— Es imposible que no recibas esa visita, le decía don Jaime para vencer la resistencia de su hermana. Tú verás si impones ó no la condición de que hablas. Pero no recibir á esa señora sería causar un escándalo, inferirle una afrenta que nos atraería la venganza del Gobierno y la más

viva odiosidad de todo el partido realista. Piensa que tu hija está ya comprometida en su reputación y que tú misma has autorizado en cierto modo la demanda de su mano que te va á dirigir Laramonte.

— Bueno, pues, ¡cómo ha de ser! que venga, suspiró la señora desalentada, sintiéndose impotente para la lucha.

En el patio, cuando salía don Jaime, lo esperaba Trinidad.

— Tio, ¿hay algo de nuevo? le preguntó ansiosa.

— Todo se arreglará, chiquilla curiosa, contestó él.

No le gustaba hablar de las dificultades. ¿Para qué alarmar á la chica contándole las vacilaciones de su madre? Á él le gustaba que todo fuera fácil y feliz. Su ánimo huía de esos obstáculos que embarazan el libre desarrollo de casi todos los negocios humanos, como huyen los aprehensivos del contagio.

— ¡Cuénteme! ¿á ver? ¡cuénteme! le dijo la chica acariciándolo.

Aquello de que «todo estaba arreglado» la hacia casi desfallecer de felicidad.

— Ahora no tengo tiempo. ¿Para qué quieres saber más? Laramonte ha hablado ya con el General, y está seguro de obtener el permiso de ordenanza para casarse contigo.

— ¡El permiso! ¿por qué tiene que pedir permiso?

«¿Qué nuevo obstáculo era ese?» Al lanzar su nave en el ancho mar de la esperanza, la chica se encontraba frente á un escollo desconocido. Esa voz de «ordenanza» le pareció resonar como una nueva amenaza del destino tan implacable con ella. El caballero leyó la aflixión en su semblante.

— ¿Qué, no sabias? Ningún militar puede casarse sin permiso de su Gobierno, y el Gobierno es el general Osorio. Pero aqui estoy yo, chiquilla, yo me encargo de que no le nieguen el permiso. Tú verás. Mañana en la noche Violante de Alarcón vendrá á pedirte á nombre del Coronel. ¿Para qué te digo más?

— ¿De veras? ¿Está usted seguro?

— La pura verdad, como estamos los dos aqui conversando.

Salió tras estas palabras ufano de su importancia, persuadido de que todo estaba arreglado como acababa de decirlo. Una superstición infantil le hacía creer que no hablando de las vacilaciones de su hermana, el único obs-

táculo posible al casamiento desaparecería. Se consideraba ya entre los favoritos del general Osorio, asociado siempre á su gran política de conciliación, gracias á la actividad que había desplegado en el importante asunto.

Esa misma actividad, con la que esperaba conservar el favor del Presidente, no podía, entre tanto, quedar ignorada del capitán San Bruno. Cuanto ocurría en torno de este vigilante enemigo de los patriotas, avivaba su atención, estimulaba sus instintos de inquisidor. Su espíritu sutil de observación, le servía de hilo conductor, como el olfato guía con seguridad á los perros.

La entrada de don Jaime y de Violante á palacio, la entrevista de la viudita con el Coronel, y la audiencia dada á éste por el Jefe del Estado, fueron los indicios reveladores. Como se divisan tras de una espesa cortina los objetos informes y vagos, el Capitán divisaba algún fin, vago también, sin forma precisa, intangible, al través de esos indicios. No le inquietaba, empero, su incertidumbre. Sabía que no habrían de faltarle medios de llegar á la verdad, por oculta que fuese. El primero, el que le pareció más eficaz, era atacar de frente el problema y dirigirse á quien no podía ignorarlo. Seguro de su influencia se presentó al despacho del general Osorio. Tenía su pretexto preparado con su paciente método. Un sumario de los sucesos ocurridos en la memorable noche en casa de doña Clarisa. El auto cabeza de proceso era el parte que sobre esos acontecimientos, se había hecho dirigir por el cabo Villalobos. El sumario le serviría de argumento conminatorio para hacer capitular á don Mariano si á la sazón su espíritu indeciso se inclinaba en favor del Coronel y de la familia de insurgentes. Bien que al verlo entrar, sintiera el General esa mortificación indefinible de la antipatía, no dejó por esto de acogerlo con aire de benévola protección. Aquel hombre, que siempre venía á hablarle de persecuciones, á denunciarle tenebrosas tramas de los insurgentes, le cansaba siempre la impresión del remedio que presentan al enfermo con el estómago descompuesto. Don Mariano tragaba el remedio por el servicio del Rey; pero, en su interior, protestaba con una energía de gaz comprimido, contra esa tiranía de celo intempestivo é intransigente.

— Siéntese, Capitán, ¿nada da nuevo, no es así?

San Bruno se sentó respetuoso, como un mayordomo que

llega á recibir las órdenes de su patrón. Colocó sobre una silla que tenia al lado su gorra de galón, con precauciones de hombre cuidadoso y económico, y empezó á dar vueltas entre las manos el expediente, hecho un rollo, atado con una huincha roja de hiladillo. Don Mariano, al mismo tiempo, tomaba su actitud importante del servicio, arreglando papeles sobre la mesa, sin dejar por eso de mirar al soslayo el rollo misterioso con la desazón del que ve una víbora que le puede saltar á la cara.

— Nada de nuevo, mi General.

— Tanto mejor, eso prueba que los insurgentes van entrando en razón, gracias en gran parte á la vigilancia de usted, Capitán.

Estaba seguro al hablar así que la tranquilidad del reino era el fruto de su gran política de conciliación y olvido; pero decía eso á don Vicente para que no le saltase la víbora, para que se fuese cuanto antes y lo dejase en paz. Sin dar tiempo al Capitán de replicar al elogio que desde su grandeza presidencial había dejado caer sobre él, como se lanza un pedazo de pan á un perro para que se esté quieto, don Mariano se puso á escribir, aliviado de inquietudes, y pasó en seguida á San Bruno lo que había escrito.

— Aquí tiene usted, Capitán, el santo y seña : « Conciliación y energía ». Nuestra divisa por ahora, Capitán. Llévela usted al Jefe de servicio.

— Mi General, dijo San Bruno poniéndose de pie, siempre respetuoso, yo venía también á hablar con V. E. sobre los sucesos de la otra noche.

— ¡Ah! ¿qué es lo que hay?

Habría querido, en vez de esa pregunta, lanzar un buen reniego, el reniego más enérgico, desahogarse contra esa opresión tenaz que venía de abajo y ordenarle que lo dejase en paz; pero, ¿cómo tratar autoritariamente á un hombre capaz de escribir chismes sobre él á la corte de Lima, á Madrid tal vez, á ese hombre de una energía indomable?

— Para constancia de lo ocurrido en casa de la familia insurgente de Malsira y para perseguir á los culpables, si V. E. quiere ordenarlo, he levantado un sumario que vengo á someter á V. E.

«¡Y el muy obstinado le pasaba, con el respeto jerárquico, su rollo de papeles, ese atado con la víbora oculta, con

su amenaza de nuevas persecuciones y procesos, á él, el Jefe del Estado, que tenía otra política, la del santo y seña, que con tan oportuno ingenio acababa de formular!»

— Ha hecho usted bien, Capitán, de levantar ese sumario. En eso veo el precavido celo del buen servidor de Su Majestad. Déjeme usted aquí el expediente, lo leeré con atención, lo leeré pronto.

Daba golpecitos con una mano sobre el rollo que habia tomado y puesto sobre la mesa, para no estar en contacto con la víbora; pero con su ademán, con el aspecto de su rostro, mostraba su energía justiciera, su alto pensamiento de mandatario responsable. «Él leeria y determinaría. ¿Qué más esperaba ese majadero? ¿Por qué se quedaba así, inmóvil con su rostro bilioso, con su mirar concentrado de fraile fanático?»

— V. E. me permitirá observarle con el respeto debido, previa la venia de V. E., que si no se procede pronto, la trama que revela el sumario se nos desvanecerá entre las manos y que los culpables quedarán con alientos para seguir sus maquinaciones.

— ¡Ca! ¿qué dice usted, Capitán?

— Si V. E. me permite leerle algunas declaraciones, verá que es indispensable, por pronta providencia, reducir á prisión á todas las personas que estaban en la casa y mantener incomunicado al señor coronel de Laramonte.

— ¡Al Coronel, hombre! ¿Qué dice usted? El celo de usted, su laudable celo, Capitán, lo induce en un grave error. Laramonte es un buen servidor de S. M., créame usted.

— No anticipo juicios, excelentísimo señor. V. E., por supuesto, puede ver más claro que yo. V. E. me ha hecho el honor de creer que le puedo servir en su noble empeño de afianzar en este reino la autoridad del Rey nuestro amo, á quien Dios guarde, y yo señalo á V. E. las medidas que me parecen adecuadas á ese propósito.

El tono era mucho menos obsecuente que la respetuosa forma de la frase. Ninguna fórmula faltaba del respeto que impone la disciplina militar; pero el acento era inflexible, el título de V. E. sonaba golpeado entre los labios del Capitán, se hacia sentir como el esfuerzo de un atleta por sacudir con violencia el peso del adversario, la protesta de un temperamento férreo, contra la dura necesidad de una obediencia ciega. Don Mariano lo advertía á medida que el otro

hablaba. Por los ámbitos de la pieza, la voz acre de ese hombre vibraba con ecos de amenaza. « Á mí nada me resiste », parecía decir. Y esa voz podía ir á resonar á Lima, ó allá á Madrid, al departamento general de Indias, acusándolo de pusilánime, empañando su alta gloria de reconquistador de Chile. Había un modo de conciliarlo todo, pensó don Mariano, y era entrar en la vía de las medias confidencias ».

— Y tiene usted razón, Capitán, de creer que estimo en mucho sus servicios y que lo creo perspicaz; por eso mismo he confiado á usted el puesto de más responsabilidad en estos tiempos. Y ¡ claro está ! en el caso de que hablamos, usted no puede ver con la verdadera luz si no se halla al cabo de mis planes.

Se había puesto á pasearse, por calmar la agitación que le causaba su obstinado subalterno, y le hablaba con voz de autoridad benévola, para no dejar ver sus temores. Luego, decidiéndose á entrar en una media confidencia, se acercó á él y con la voz velada del que va á decir un secreto importante:

— De la combinación que tengo entre manos, ¿sabe usted? ¡Se trata de un casamiento ! Si alcanzo mi propósito, será un golpe maestro. ¡Un casamiento! ¡Ya verá usted! No le digo más por ahora, Capitán. Un golpe que puede hacer más que una batalla ganada, para afianzar la autoridad de nuestro augusto soberano en esta tierra! Fíjese usted en el santo y seña: « Conciliación y Energía ». Todo está ahí, conciliar, conquistar los ánimos sin dejar de ser enérgicos. Esa debe ser ahora nuestra divisa, Capitán: « Conciliación y Energía ». *Suaviter in modo, fortiter in re.* Usted es buen latinista, San Bruno. Los romanos eran grandes políticos. « Conciliación y Energía ».

Había ido animándose á medida que hablaba y se persuadía que el Capitán lo miraba con aprobación admirativa por su habilidad política, por su ingeniosa oportunidad para sintetizar la situación en las dos palabras que repetía con visible complacencia. « La frase latina sería el golpe de gracia para suavizar esa voluntad rebelde ». Más convencido él mismo con sus propias palabras que su interlocutor, creía ya ganada la partida. « Había salvado su autoridad en aquella lucha de su talento contra el ciego fanatismo de persecución que animaba á su terrible subalterno ». San Bruno, sin embargo, permaneció impasible. La semiconfidencia

del General le bastaba por el momento. Él sabia, en la tortura, hasta donde forzar el cuño, para arrancar la confesión al paciente. Mientras hablaba su jefe, había visto, con su fascinación de ave de rapiña, palpitarle los párpados, tener el frio de la ansiosa incertidumbre en los ojos. Sin inmutarse, con el desprecio en el fondo del alma por todo signo de debilidad de ánimo:

— ¿Nada más tiene que ordenarme V. E.?

— Nada más, Capitán; nada más: yo leeré el expediente. Mientras tanto, «Conciliación y Energia», esa es nuestra divisa.

Lo vió salir sombrio é impenetrable, rigido como un enigma, el rostro inmóvil de esfinge que guarda en su cerebro de granito el secreto de las debilidades humanas.

XLIII

Acompañada por don Jaime, Violante de Alarcón llegó puntualmente á las doce. En los corredores, las criadas, que tienen segunda vista para todo lo que atañe á los patrones, con mucho disimulo, la habian visto entrar y cuchicheaban. Allá, en su cuarto, Trinidad, por la puerta entornada, palpitándole el corazón, la vió también pasar, mensajera de venturosas esperanzas. En el estrado de la gran sala, doña Clarisa en compañia de Luisa Bustos, la recibió con sencilla dignidad. Pero en todo, sin que hubiese aparato, se sentia algo de solemne, la acompasada ceremonia de una visita oficial, que empieza por frases rebuscadas, exentas de toda alusión al objeto subentendido, al que domina la escena con su importancia latente. La hermosa viudita se empeñaba en templar el brillo de su coqueteria ingénita con un airecito de modestia de colegiala que va á dar examen. Sus grandes ojos habian encontrado una mirada de cariño respetuoso, que empezó desde el primer momento á desarmar las prevenciones de la adusta matrona. Sin aludir ni remotamente á las opiniones políticas que las dividian, ni mucho menos á los sucesos recientes, Violante fué deslizando la conversación, como una barquilla que hiende silenciosa las ondas sin quebrarlas, en términos de mesura y de gracia, realzados con su armonioso acento peninsular, con la suave pronunciación de las *ces* y de las *zetas*, que jamás se distinguen en la pronunciación chile-

na, hasta hablar de la «honrosa misión», fueron sus palabras, que le habia proporcionado el placer de acercarse á doña Clarisa. Conocedora del orgullo de casta que cultivaban con religioso esmero las familias de la aristocracia nacional, se mostró instruída de la alta genealogia de los de Malsira, y por una transición natural, como una nota corrida de música, trajo á colación algunos datos biográficos concisamente expuestos, como suelen ahora los diccionarios enciclopédicos, sobre los de Laramonte. «Nobleza de espada, figuraban ya los de ese nombre en las filas de las tropas de Carlos V que pusieron cerco á la plaza de Metz en 1552». Así quedó establecida la paridad de alcurnias que hacía dignas la una de la otra á las dos familias. «Esta feliz circunstancia le facilitaba en gran manera, dijo con su vocecita de sirena, el cumplimiento de esa misión», y con respetuoso rubor en las mejillas, conociendo la alta valía de lo que solicitaba, pidió á nombre del coronel don Hermógenes de Laramonte la mano de la «preciosa chica».

Oyendo aquella palabra fácil é insinuante, pronunciada por los labios rojos, fácilmente risueños, tras de los cuales lucían su esmalte de nácar los dientecitos bien alineados y perfectos, doña Clarisa olvidaba por momentos que escuchaba á una enemiga de los suyos, vencida por el entusiasmo extraño, por esa especie de suspiro melancólico hacia el pasado, con que las mujeres viejas admiran la belleza de las jóvenes: ¡la mirada de nuestra madre común al paraíso perdido!

Luisa, mientras tanto, fijaba también en aquel dechado de gracia y de frescura su mirar profundo de mujer joven, ese mirar analítico que abraza el conjunto y desmenuza los detalles al mismo tiempo. Violante sentía sobre su cutis trasparante ese rayo de sol que le daba en los ojos y le obligaba á cerrarlos. Un dardo acerado de rival, pensaba ella, satisfecha de su brillo, de su encanto indiscutible, de la irradiación de sortilegio que se desprendía de su personita, al oír resonar su propia voz en el corazón de la señora, como siente un buen tirador cuando la bala ha dado en el blanco. Y mientras así se observaban las tres, en esa justa de sonrisitas, de subentendidos y de ansias mortales, con que las mujeres tratan entre ellas las más arduas cuestiones, en que manejan los asuntos de sentimiento con la misma destreza con que hacen bailar entre los graciosos dedos las palillos con que tejen alguna obra, don Jaime, pe-

netrado de su varonil superioridad, alentaba á Violante en su discurso, con gestos y ademanes, con exclamaciones y adverbios, que le parecian el golpe de martillo indispensable para remachar la convicción en el espíritu de su hermana y de su sobrina.

Cuando cesó la voz de la viudita, doña Clarisa pareció despertar de su encantamiento. El sueño magnético, como una neblina, se despejaba y la verdadera conciencia de la resolución que se le pedia, le hizo tornar los ojos hacia Luisa, buscando la fortaleza de voluntad que sentia escapársele. Raras veces se habia dado cuenta como entonces de la profundidad á que penetraba en todo su ser el amor de madre. La idea de romper para siempre esa frágil quimera en la que la chica habia embarcado toda su fuerza vital, le hizo temblar el corazón. Luisa evitó la mirada. No queria tampoco, en aquel instante decisivo, poner el peso de su convicción inalterable en la balanza que iba á decidir del destino de su prima. Con ojos distraidos miraba al patio por la gran ventana y veia, sin mirarla, á la viudita que se arreglaba las anchas mangas con golpecitos discretos, para dar tiempo á la señora de pesar bien sus palabras. Aquel instante de silencio agitó á don Jaime como si le hicieran cosquillas en las plantas de los pies, y no pudo quedarse callado. Se le figuró que si no intervenia, la solemne entrevista iba á concluir por una ruptura desastrosa.

— Ya ves, pues, hija, se apresuró á decir á su hermana, que la señora de Alarcón es una abogada muy elocuente y que no hay cómo resistirle.

Pero en ese instante fugaz, la imginación de la señora, al pedir su inspiración á la Virgen, habia encontrado en lo alto, en la región indefinida donde divisamos á los que hemos perdido, el rostro de su esposo, que su propia turbación medio borraba. De allá le bajó como paloma mística la fortaleza tranquila del deber, y le hizo recobrar la posesión de sí misma. Lentamente, con la entonación sencilla de quien no conoce más oratoria que la conversación familiar:

— Yo le agradezco mucho, *señorita*, que se haya tomado la molestia de venir á casa y estimo, como es debido, la petición del caballero Laramonte, que como usted dice, es de tan buena familia como la nuestra...

— ¡Ah! eso es seguro; las dos familias se valen en no-

bleza, intervino en tono de convicción alentadora don Jaime, temblando de oír que su hermana saliese con lo que él llamaba un despropósito. Y ese es un punto capital, añadió con aire sentencioso, convencido de haber enunciado un pensamiento profundo.

Doña Clarisa resumió lo que iba diciendo:

—Sí, pues, yo estimo todo eso. Pero...

El adverbio resonó en los oidos que escuchaban con una vibración de deshaucio, como una nota destemplada, algo como el sonido de las campanas que tocan á muerto en el silencio de la atmósfera. La señora buscaba sus palabras para suavizar su frase.

—Pero aunque usted no es madre, comprenderá muy bien que tratándose del casamiento de una hija, y no pudiendo olvidar lo que hemos sufrido en estos tiempos...

«¡Adiós, ya lo echó á perder todo! ¡qué necedad!» exclamó para sí con desesperación don Jaime.

—Yo habré reflexionado mucho en este asunto desde que mi hermano me anunció la visita de usted.

—¡Eso sí! las cosas graves hay que pensarlas, observó medio consolado don Jaime, con la esperanza de que su alarma había sido vana.

—¡Oh! naturalmente, dijo la viudita con aire penetrado de convicción, pensando que así encaminaba á la señora á una respuesta favorable.

—Así ha sido, pues; he pensado mucho y estoy convencida de que si concedo la mano de Trinidad al señor Laramonte, ha de ser con una condición.

Le había temblado la voz ligeramente al quemar sus naves; pero como aliviada ya de un peso, sostuvo con plácida modestia la mirada de dudosa interrogación que le dirigía la viudita al decirle:

—¿Qué condición, señora? Espero que será una condición aceptable.

—¡Oh! por supuesto, aceptable, interpuso el Marqués, en ascuas, esperando prevenir así el ánimo de Violante en favor de lo que ya era inevitable.

—Á las madres no nos gusta separarnos de las hijas, respondió doña Clarisa, usted se hará cargo; por eso yo pediría que ese caballero dejase la carrera militar, ¿no le parece justo?

—Justo, puede ser; pero me parece difícil, replicó la

viudita palideciendo, olvidada un instante de sus monerías, juzgando que su misión abortaba.

— Ó que por lo menos se comprometa solemnemente á no volver á tomar las armas contra los chilenos en ningún caso.

— Y eso es muy fácil, observó con júbilo don Jaime, como si hubiese hecho un gran hallazgo, porque aquí no volverán á haber revoluciones.

Doña Clarisa, con la conciencia del deber cumplido, tornaba á pensar en Trinidad y se volvía conciliadora.

— Espero que el señor Laramonte, dijo, se hará cargo de nuestra situación y comprenderá que no es por su persona, sino porque no puedo proceder de otra manera, que he hablado de esa condición.

— Él es muy razonable, dijo la viudita, sin comprometer su opinión propia.

— Muy razonable, repitió don Jaime que acababa por estar en los dos lados de aquella tirante situación, para quedar bien con todos.

La viudita se había puesto de pie y se despedía. Para dejar abierta la negociación, resumió su resultado.

— Entonces, señora, usted me autoriza para decir á Laramonte que con una de las dos condiciones que usted ha dicho, está dispuesta á acordarle la mano de Trinidad.

— Sí, pues, eso es, con cualquiera de las dos condiciones.

De una y otra parte, al despedirse, hubo empeño en separarse amistosamente, de evitar cualquiera apariencia de frialdad que habría semejado á un rompimiento definitivo. Luisa se mostró amable también. Por momentos, durante aquella conversación, á la que su tía le había pedido que asistiese, más de una vez temió verla flaquear y consentir sin condiciones. Pero se había abstenido de intervenir. No quería que su prima la acusase más tarde de su desgracia. La contestación final de doña Clarisa hizo desaparecer su inquietud, una inquietud de profunda convicción, que la hacía sobreponerse á su ternura por Trinidad. Ahora le era dado manifestarse afable, porque nada se había sacrificado de lo que, á su juicio certero de persona de altivo carácter, no debía sacrificarse.

Al verlas así, con la sonrisa en los labios, don Jaime salió figurándose que « todo se arreglaría », una fórmula de estribillo con la que su espíritu se ponía el velo de los timi-

dos para no divisar las dificultades. En la calle, al pasar con la viudita por una de las ventanas de la casa, oyó que lo llamaban, y al mirar tras de la reja, una reja de gruesos barrotes de Vizcaya, como tenían las grandes casas, él y Violante divisaron á Trinidad Malsira. En sus facciones de exquisita pureza vieron retratada la penosa agitación de su alma de enamorada, que venía á reflejarse en los dulces ojos azules, con las ansias de una inquietud calamitosa.

— ¡ Tío !, ¡ tío !, había llamado con apagada voz.

Don Jaime se acercó risueño, con cara de buenas noticias, cediendo á su inspiración espontánea de hombre benévolo, amigo siempre de agradar. Violante vacilaba en ponerse á su lado. La chica le hizo señas que la veía con un saludo vago que la alentó á avanzar hacia la reja.

— ¿ Qué hubo ?, preguntó, con la expresión del que implora un consuelo, que parece pedir una contestación tranquilizadora.

Pero en la transformación del semblante de su tío, que tomó un aire mohino y embarazado, veía ya un presagio de tristeza.

— ¿ Qué hubo ? ¡ Ah ! yo te diré... tu madre dijo que consentiría, ¿ no es así, señora ?, preguntó, poniendo á la viudita por testigo ; pero... pero puso una condición.

— Exije, para dar su consentimiento, que Laramonte se comprometa á dejar el servicio, dijo Violante.

— Ó, por lo menos, á no hacer armas nunca contra los chilenos, agregó, como un paliativo, don Jaime.

— Es como si se negase, ¿ no les parece ?

Los ojos de la chica, al hacer esta reflexión, se llenaron de lágrimas.

— No se te dé nada, chiquilla, nosotros lo arreglaremos todo poco á poco, no te aflijas.

¿ Cómo lo arreglaría todo ? Él mismo lo ignoraba y acaso no lo creía. Aquello de poco á poco sonó en los oidos de Trinidad como un plazo indefinido, la serie de largos meses, de años eternos de incierta esperanza como los que había vivido ya.

— Yo creo, como el señor don Jaime, que todo se arreglará, intervino Violante, compadecida de la pobre criatura.

— ¡ Ojalá !, dijo ella, con una mirada vacía de fe, que levantó hacia el cielo, allá donde estaba el único poder capaz de conjurar la tenacidad cruel de su destino.

El caballero murmuró algunas nuevas seguridades, que nada aseguraban, que sonaron huecas y sin sentido para la triste chica. En sus ojos, el fuego sombrío de una conformidad estoica pareció secar las lágrimas, que no se habian desprendido de los párpados. Hubo una expresión de prisa en su voz, una penosa contracción de sus labios descoloridos que quisieron, vanamente, sonreir.

— Bueno, pues, tio... adiós, me están llamando.

Nadie la llamaba. Se alejó con precipitación de la ventana y se deslizó por las piezas interiores, hasta una del segundo patio donde la esperaba Mañunga.

— Anda ligero, toma la carta y búscalo por todas partes sino está en su casa, dijo á la muchacha.

Todo lo habia preparado. Su conversación del dia anterior con Luisa, la dejó convencida de que era menester anticiparse á la probable eventualidad, de que la demanda de Hermógenes se estrellase contra la maldita condición. «Ella no admitiria esos fallos caprichosos, pensaba con sombría exaltación, no se inclinaria ante ese poder despótico que disponia de su existencia. Se sentia enérgica, armada para la lucha con la desesperación de su largo martirio». Casi empujaba á Mañunga porque no se daba suficiente prisa, porque no volaba donde él. «¡Tanto peor! ella no tendria la culpa, saldria de la casa aunque fuese en medio del dia, si Hermógenes acudia á su llamado. Después de todo, era mejor así, porque él no tendria que humillarse al entrar como solicitante en una casa donde lo aborrecian, á pesar de lo que se habia expuesto por Abel». Su imaginación inflamada por el desconsuelo inmenso, la arrojaba, con una violencia de llama, en las resoluciones desperadas, le mostraba una dicha superior en las atrevidas satisfacciones de lo irregular, en la rebelión triunfante, en el desprecio de tanta traba «que convertia á la mujer en una criatura á la que está vedado amar sin permiso, que no tiene más poder, en esta existencia dada por Dios, que el de sacrificarse y de llorar», pensaba la chica.

— Anda, ligerito, y no vuelvas sin haberle entregado la carta.

Le ponia el rebozo que Mañunga, aunque prevenida de hallarse pronta, no encontraba. De antemano las dos tenian preparado el plan. Mañunga, en el fondo de su alma, estaba dispuesta á sacrificarse por su señorita, aunque la *retasen*. Ella habria hecho lo mismo, por ese pícaro de Cá-

mara que no podia dejar de querer. Burlando la vigilancia celosa con que las matronas chilenas velaban por la moralidad de la servidumbre, se saldria por la puerta *falsa* de la casa, de la que con tiempo habia buscado y ocultado la llave. Cuando la vió salir, Trinidad volvió á su cuarto, serena, con la calma de la resolución cumplida. « ¡ Tanto peor ¡ no se arrepentia, su madre y Luisa tenian la culpa ! »

Violante y don Jaime siguieron andando. En medio de sus preocupaciones é incertidumbre, el Marqués sentia lisonjeado su amor propio de solterón con que lo viesen por la calle con una de las más celebradas bellezas de Santiago. Insistió en acompañarla hasta su casa, y al divisar algún conocido tomaba un airecillo comprometedor de hombre que no es indiscreto; pero que hace todo lo posible para que lo crean un galán feliz. En casa de Violante examinaron la situación, que la marcha y algunos requiebros anticuados de don Jaime no les habian dejado considerar con madurez. Á juicio del caballero, todo acabaria por arreglarse. La viudita fluctuaba en la duda. Ella, en lugar de Laramonte, no vacilaria en aceptar. La razón fundamental de ese espíritu de fácil composición no la decia; pero en el confín de su cabecita pequeña, incapaz, al parecer, de abrigar ningún sentimiento serio, pensaba que « Laramonte se pasaria de necio, si despreciaba una ocasión como aquella, de casarse con una polla que seria considerablemente rica, amén de su notable belleza ».

Era preciso, fué la conclusión á que llegaron, mandar llamar al Coronel y darle cuenta de la respuesta de doña Clarisa. Entre los tres buscarian el camino de aquella situación que parecia sin salida. Pero cuando un criado de Violante salia apenas en busca del Coronel con el recado de su señora, Laramonte atravesaba el patio y se les presentaba de improviso. La franca sonrisa de su saludo, su aire de marcial desenvoltura, hicieron creer á Violante y á don Jaime, que el mozo llegaba con la ilusión del éxito alcanzado, y respondieron á su saludo con el aire doliente de los que se proponen preparar el ánimo de una persona amiga para recibir una mala noticia. Hermógenes los sacó muy pronto de esa creencia. Acababa de leer la carta de Trinidad :

« Le escribo antes de saber la resolución de mi madre. Una conversación que acabo de tener con Luisa, me deja poca esperanza de que no haya oposición. Si recibe usted

esta carta, será que mi temor se habrá realizado desgraciadamente ».

Ninguna frase de sentimiento. Todo estaba dicho entre ellos. Ningún juramento. Lo que habia jurado ya, era una obligación sagrada para ella y no habia menester de repetirse. La carta vibraba de resolución ardiente, una expansión poderosa de aquella alma oprimida, que hacia el esfuerzo supremo para romper la férrea cadena que la aprisionaba. Luego concluia:

« Nuestra suerte queda en manos de usted. Yo aceptaré la resolución que usted tome, sin vacilar. Cualquiera que ella sea, en mi corazón vivirá usted siempre, y nadie, ni obstáculo ninguno, me impedirá seguirlo cuando usted me llame ».

La chica, sin pensarlo, tocaba en el alma varonil de Laramonte la cuerda más sensible. Le aprisionaba el cuello con sus brazos de ser indefenso y débil, con su sumisión de esclava. « Aquella linda muchacha era su propiedad. Era suya, vivia solamente para él, con renunciamiento de su ser, de pureza soberana; con ese encanto misterioso, que hace aparecer á ciertas mujeres como inaccesibles al amor, como demasiado ideales para las profanaciones del hombre».

Mañunga aguardaba la contestación, envuelta en su rebozo, pensando, con la idea fija de los que llevan un rayo de amor en el pecho, en que tal vez á la vuelta podría encontrar por la calle al « malvado roto ». El Coronel no se dió tiempo de reflexionar. En aquella lucha no cabia para él vacilación posible. Los obstáculos le hacian encabritarse con generoso empuje el corazón, como el corcel que va á saltar y tiembla de brio por vencer la rienda que lo detiene.

« Lo único que no sacrificaría por usted seria mi honor. Todo lo demás será un homenaje de amor que iré lleno de entusiasmo á depositar á sus plantas. No sé todavia en qué forma admitiré las condiciones que se me imponen, pero desde este instante, juro á usted que las aceptaré ».

Con esta resolución se presentaba en casa de Violante:

— Lo sé todo, señora mia, y vengo á dar á usted las gracias por su bondadosa intervención, dijo al saludarla.

Era el tono jovial de quien toma las cosas con alegre filosofía, el acento de persona que trata los contratiempos de la vida con desdeñosa indiferencia.

— ¡Cómo! ¿usted lo sabe todo, y por quién?

— Permítame usted ser discreto, contestó el joven, indicando, con un ligero movimiento de cabeza, que no podía hablar delante de don Jaime.

— Pero lo sé todo, no lo dude usted, todo: incluso las condiciones que se me imponen.

— Que, en verdad, no son muy duras, observó Violante, con un airecito seductor de mujer que se ríe de los escrúpulos varoniles.

— ¡Ca! Para un militar, lo son, señora mía, muy duras!

El joven miraba á don Jaime, lo ponía de testigo, á él, hombre, de lo que la viudita trataba de poca cosa. El Marqués estaba en ascuas. Para salir del paso, movió reflexivamente la cabeza, sin decir nada. Así, era de la opinión de los dos, ó de ninguno. Pero Hermógenes no se detuvo á interpretar aquel enigma. Lo que pensase el vejete le importaba poco. Su resolución estaba ahí, condensada en su cerebro con el vigor de una voluntad impetuosa.

— Muy duros, en verdad, repitió, lo reconozco; pero vea usted hasta dónde soy sincero y vea usted el precio que doy á la mano que he solicitado: acepto esas condiciones.

— ¡Hermógenes, es usted un hombre de corazón! exclamó la viudita entusiasmada.

Era su entusiasmo de mujer calculadora el que daba por su boquita de rosa esa noble exclamación. No creía más en el desinterés del Coronel que en el suyo propio. «Tú sabes que la chica tendrá una gran fortuna y haces bien en no dejarla escaparse» era su pensamiento luminoso. Le entusiasmaba la rápida visión del porvenir, que «el buen sentido» de Laramonte le abría á ella con su consentimiento.

Por su parte, don Jaime creyó de buena fe en el entusiasmo de la linda personita, cuya alegría lo contagió al instante.

— Es usted un hombre de corazón, repitió, confirmando lo que oía, merece que lo quieran las buenas mozas.

Pero el joven veía brillar en los ojos de su interlocutora, la lucecita burlona de su escepticismo. La conocía demasiado para no adivinar en su sonrisa picaresca el pensamiento con que acogió su declaración..

Y continuó como espoleado por esa incredulidad de mujer coqueta que sólo tiene fe en su belleza, que rebaja las acciones del hombre al nivel de su propia apreciación de la vida.

— No las admitiría tal vez si hubiera creido que se me imponen como una humillación; si no creyera que en ellas busca la señora doña Clarisa una garantía de que jamás el que sea su yerno llegue á verse obligado á combatir contra los suyos. Yo respeto ese temor, y aunque soy español ante todo, comprendo que se me trate como enemigo y que se exijan garantías. Yo las daré porque mi honor y mi deber nada tendrán que sufrir con ello. He dado ya muy repetidas pruebas de mi amor á mi rey y á mi patria para que mi resolución pueda poner en duda mi lealtad. Chile está ya reconquistado y tranquilo; bien puedo comprometerme á no tomar armas contra sus hijos si llego á ser el esposo de una chilena. Hay todavía otras colonias de España, donde un militar español puede ir á ofrecer al soberano el sacrificio de su sangre, si es necesario.

La viudita lo alentaba con los ojos, con exclamaciones de aprobación, de adverbios confirmativos, que parecían acabar el pensamiento de cada frase, mientras que don Jaime repetía los ademanes del que hablaba, como repite una sombra los movimientos del cuerpo que la produce.

— Señora, la autorizo á usted formalmente, concluyó el joven, para llevar mi sumisión á la señora doña Clarisa y repetir mi demanda. Puede usted asegurarla que acepto la segunda condición y me comprometo bajo palabra de honor á cumplirla religiosamente.

— Bien está, pero usted parece ignorar un detalle. Se pide que usted contraiga ese compromiso por escrito.

— Eso no me arredra; la mano puede muy bien firmar lo que promete el corazón. Aquí mismo voy á hacerlo si usted me da con qué escribir.

Mientras traía la criada papel y pluma don Jaime aventuró una observación.

— Yo que usted, Coronel dejaría el servicio militar. Así quedaría usted libre y nadie podría obligarlo á separarse de su mujer.

— Eso podría hacerlo si España estuviese en paz con todo el mundo, mi señor don Jaime. Mientras haya colonias sublevadas ó enemigos exteriores que combatir, un militar de honor no puede retirarse de las filas.

— Pero si después de casado lo mandan á usted á combatir fuera de Chile, usted se expone á dejar una viuda, Coronel.

— ¿Qué quiere usted? ese es nuestro destino. Y las mujeres lo aceptan; ¿no es verdad, señora?

— Cierto, somos tan bobas.

— Y todo tiene sus compensaciones. En esa lotería del casamiento, un militar no debe apostar sino al amor y dejar á un lado el sentimentalismo. Al toque de generala, espada al cinto y paso redoblado.

— Para dejar á la pobre mujer muerta de inquietud, exclamó la viudita con un suspiro burlón.

— ¡Ó de gusto! señora, replicó con alegría Laramonte. Además, si hay inquietud, tanto mejor; el amor sin inquietudes, se gasta con el tiempo.

Había tomado ya la pluma con alegre ademán y se puso á escribir:

« La señora doña Violante de Alarcón acaba de darme cuenta de la entrevista que por encargo mio tuvo con usted, para solicitar á mi nombre el alto honor de que me conceda usted la mano de su hija la señorita Trinidad de Malsira».

« Aceptando la condición impuesta por usted para otorgarme tan señalada merced, me comprometo solemnemente, bajo mi palabra de honor, á no volver á combatir en este país contra ninguna fuerza armada de Chile desde el dia en que sea el esposo de la expresada señorita ».

— Ahí tiene usted, y firmado en letra gorda para que nadie dude.

Don Jaime se encargó de llevar la carta á su hermana, repitiendo con nuevo entusiasmo que el Coronel era un hombre de corazón. Se encargó también de solicitar de parte de Laramonte la autorización de presentarse en casa de doña Clarisa á hacer su visita de esponsales. Tan pronto como don Jaime avisase el consentimiento definitivo de la madre de Trinidad y señalase el dia y la hora para la visita, á la que se presentaría con Violante, el Coronel llevaría su solicitud oficial de casamiento, para lo que tenia ya el permiso del general Osorio.

XLIV

Antes que llegase don Jaime á casa de su hermana, Trinidad veía ya despejarse el largo tiempo encapotado horizonte de su porvenir. Mañunga le había traído la respuesta de Hermógenes.

— ¡Ay señorita, lo contento que parecía el caballero!

Así le anunciaba con el instinto de su cariño, para calmar la mortal angustia que veía en el rostro de Trinidad, la buena nueva, al pasarle el billete del Coronel, que sacó de debajo del rebozo. No le decía, sin embargo, que al pasarle la contestación, el Coronel le había deslizado un peso fuerte en la mano, signo infalible de la alegría del enamorado, tan dulce para ella como si hubiese sido una caricia « del malvado roto ».

La chica leyó con orgullo la respuesta á su prima, contándole antes lo que había hecho.

— ¡Mira si tengo razón de no dudar jamás de él! « No sé todavía en qué forma admitiré las condiciones que se me imponen; pero desde este instante, juro á usted que las aceptaré ».

Luisa llegaba á inquietarse del fuego de resolución que esas líneas encendían en los ojos de la muchacha. ¿Qué habría sido si Laramonte no hubiese aceptado? se preguntaba al oír el acento de su convicción triunfante, al sentir en las vibraciones de esa voz, los latidos profundos de las decisiones inalterables. Y juntamente con el tono de su voz, las palabras revelaban la independencia de una voluntad que no teme la lucha, que ha roto ya con la timidez de una sumisión de infancia, y está resuelta á sacudir la superstición maquinal de la obediencia ciega. Mañunga llegó á llamarlas de parte de doña Clarisa. Don Jaime se encontraba con ella en la sala.

— Aquí tienes á tu tía que aun está vacilando, á pesar de la carta que le he traído de Laramonte.

Al tiempo de tomar la resolución final, la señora, en efecto, vacilaba. Su alma de buena esposa cristiana doblegada por largos años bajo el dominio de la autoridad marital, se detenía amedrentada ante las grandes responsabilidades, como si sintiera el misterioso pavor que producen los abismos sin fondo. Le parecía que hablar era despeñarse y rodar al horror de lo desconocido. Había esperado, por otra parte, que Hermógenes se rebelaría contra su exigencia y que el orgullo ofendido de su hija haría en un instante lo que no habían podido alcanzar los consejos ni las durezas. Como mujer gastada ya por los años, daba á la pasión de su hija las proporciones pequeñitas de un capricho de muchacha.

Luisa leía la carta del Coronel que don Jaime le había

pasado. Trinidad no parecia inquieta con la vacilación de su madre. Si la señora se hubiese atrevido á mirarla, habria conocido que su autoridad, como un ídolo arrojado por el suelo, no ponia espanto al corazón de su hija. Con una contracción indefinible de los labios parecia decir: «¡Qué me importa!» Pero Luisa, aun sin alzar los ojos, sentia esa actitud casi provocadora de su prima, al oir que doña Clarisa le preguntaba á ella con timidez:

— ¿Qué te parece?

— Creo que no hay más que un camino que seguir. Usted ha impuesto una condición; se la aceptan, usted está obligada á consentir. Además, usted ha sido más exigente que el consejo de familia.

— ¡No ves! ¡no ves! ¿qué te decia yo? exclamó con ruidoso júbilo don Jaime, si no tienes por qué estar vacilando!

La señora se puso de pie, y acercándose á Trinidad sencillamente, con la vibración de la ternura que lo domina todo, le tendió los brazos.

— Vaya, pues, hijita; ¡Dios quiera que seas feliz!

El airecito de rebelión que brillaba en los ojos de la chica se tornó en enternecimiento al sentir el contacto de aquel cuerpo enflaquecido por los pesares. En un abrazo mudo sellaron la gran reconciliación, confundieron los suspiros y las lágrimas, temblaron con el estremecimiento regocijador de la naturaleza que recobra sus derechos. La señora, vencida, sentia el melancólico alivio de dejar para ella todo el dolor del agudo remordimiento. «Ella imploraria á la Virgen que abogase por su causa ante la grande alma del muerto. Con tal que su Trinidad fuese feliz, ¿qué importaba que ella perdiese su reposo, que ella sintiese su conciencia reprocharle su debilidad imperdonable?» Y la chica la cubria de caricias, con el impulso del alma que recupera la libertad. «¿Cómo habia podido dudar del corazón de su madre? ¿Dónde habia encontrado esa resolución taimada y cruel, esa ansia de desobediencia que la agitaba hace un momento?»

D. Jaime las miraba con orgullo enternecido. «Aquello era su obra, exclusivamente su obra. Bien sabia él que todo se arreglaria. Ya entraba á palacio, embajador triunfante, en una gran negociación. El General se aplaudiria de haberlo asociado á su gran politica».

— ¡Vaya! ¡así me gusta que todo se arregle! Yo voy á

llevarle la noticia á Laramonte y á la señora de Alarcón. ¿Entonces puedo decirles que tú los recibirás mañana en la noche? ¿no te parece? De ese modo se verá que procedemos con cortesía y sin precipitarnos demasiado. En todo hay que usar de un ten-con-ten, como dice el General.

— Sí, tío; vaya, vaya, puesto que mi mamita, que es tan buena, consiente.

Trinidad estaba transfigurada por el esplendor de aquel cielo que se abría á su esperanza, de aquel espacio resplandeciente y armónico en el que su alma desplegaba las alas, con la loca alegría del ave á la que han abierto los hierros de la jaula.

— Sí, tío; vaya luego, no se ponga á hablar hasta mañana.

Para ella era lentitud lo que el buen caballero llamaba precipitación. Y lo acariciaba también, porque saliese pronto, viva y risueña, con la fuerza inconmensurable de reacción que le devolvía la fe de la juventud en la prodigiosa riqueza de la vida, en las promesas de los horizontes rosados, en la aurora perpetua de días luminosos de amor, que se suceden como una serie de dichas infinitas.

Para contagiarse con el entusiasmo de la chica, no necesitaba don Jaime de estimulantes. En poco tiempo llegó á casa de la viudita anunciando: ¡victoria! « Todo estaba arreglado, no le había costado poco; pero él había conducido el asunto, « como que no quiere la cosa », con un ten-con-ten, como decía el General. « El incienso de las alabanzas con que Violante y Hermógenes aplaudían, le envió al cerebro de viejo aniñado la desvanecedora embriaguez del triunfo. El Coronel dió la señal de la acción inmediata. « Era preciso, según él, proceder sobre la marcha. Tenía ya preparada su solicitud. En campaña, las marchas forzadas aseguran la victoria. Iba en el acto á llevar el pliego á la secretaría presidencial ».

D. Jaime salió con él, después que hubieron convenido en reunirse al día siguiente, á las ocho, en casa de Violante para ir juntos á la visita de esponsales. D. Jaime los llevaría á casa de su hermana. Quería que al entrar con él fuesen testigos de su triunfo. D. Anacleto Malespina pasaría al segundo plano, por más que se sonase con su terrible pañuelo, y aunque se vaciase en las narices su caja entera de polvillo.

Entraron al patio de palacio conversando, por ocultarse

mutuamente la emoción que medio les oprimía la garganta. Hermógenes sentía el friecito peculiar que discurre por los nervios de los más valientes, al entrar en batalla. Su solicitud era el primer cañonazo. Él no miraba para atrás, dejaba que se desbandaran á su espalda, como una tropa sobrecogida de pánico, sus grandes teorías de aventurero de amor contra « la coyunda matrimonial », según la clásica expresión del tiempo. En medio del patio se separaron. El Coronel se dirigió á la secretaría. Profundamente conmovido con la noticia que llevaba al General, don Jaime entró á la antesala, donde José Retamo, galoneado siempre, dominaba con su locuacidad de mulato. En escaños de madera, sentados, con el aire obsequioso y humilde, celebraban discretamente sus dichos algunos solicitantes. El edecán de servicio salía y entraba, arrastrando garboso el sable, con el aire de un hombre fastidiado por la inacción. Dos lacayos de librea, destinados á realzar el boato presidencial, apenas disfrazaban bajo el oropel de sus galones su rústica apariencia de chilotes. D. Jaime hizo anunciar su visita por José Retamo.

— Su excelencia está en su ejercicio, y ruega á su señoría que tenga la bondad de esperar un momento en el salón. ¿Qué quiere usted, señor Marqués? tenemos miedo de engordar como los demás mortales, y debemos jugar á la pelota para desbastarnos. Á su señoría y á mí, que somos metiditos en carnes, nos haría mucho bien ir á pelotear las que se le vayan á Su Excelencia.

— Así es, Retamo, tienes razón, contestaba don Jaime con protectora benevolencia, con risa bonachona.

— Pero como no nos convidan, señor Marqués, nos peloteamos la palabra, agregaba el mulato con una carcajada.

Y mostraba sus dientes blancos, al par que se le sacudía el abdomen con la franca risa de su inalterable alegría. Le gustaba mostrarse familiar con los grandes y dejar pasmados á los solicitantes.

Al cabo de pocos momentos el General entró en la sala. No pudo continuar don Jaime la sonrisa obsecuente de su saludo. D. Mariano parecía preocupado. La erguida frente del embajador que traía la buena nueva se tornó en humilde. La higiénica agitación del juego de pelota no había sido bastante para disipar la sombra que arrojaban en el espíritu presidencial las noticias que por entonces cargaban la atmós-

fera política con su inquietadora electricidad. Del lado de los Andes una nubecilla casi imperceptible proyectaba hasta el palacio del reconquistador del reino de Chile, una sombrita tenue, que desazonaba vagamente á don Mariano. La voz anónima que lanza las noticias, como envia los rayos de luz un reflector oculto en una sala de teatro, contaba, con su susurro de viento al través de una ventana entornada, que los malditos insurgentes empezaban á reorganizar sus fuerzas en Mendoza. Principiaba por vez primera á resonar del lado de Chile, donde los ecos de la patria parecian mudos para siempre, el nombre de un gobernador San Martin, santo de fama amenazante. San Martin, se decia, reclutaba y disciplinaba gente, en tierra cuyana, ayudado de los jefes y oficiales que la catástrofe de Rancagua habia hecho trasmontar la cordillera. El General, mientras jugaba á la pelota, pensaba en todo eso, que venia á turbarlo en su confianza de vencedor. Al entrar en la sala divisó perfectamente á don Jaime; pero en vez del saludo cordial con que acostumbraba acogerlo, se revistió de su gran dignidad de Jefe del Estado. Con la diestra, ceremoniosamente, ofrecióle una silla. Don Jaime pensaba afligido: « ¡Caramba! ¡he venido á caer en un mal momento! »

— ¿Su salud buena, Excmo. Señor?

— Sí, señor... buena... buena, contestó el Presidente distraido.

La respuesta parecia más bien una pregunta. Para don Jaime resonó como si oyera: « ¿y quién te mete á venir á saber de mi salud y á quitarme el tiempo con tus majaderías? »

— ¡Ah! no hay como la pelota para conservar la salud, Excmo. Señor, no hay ejercicio como ese.

El General lo miraba perdido en su preocupación, mientras él no atinaba cómo pasar del juego de pelota al objeto de su embajada. « Este debe haber oido algo », pensaba don Mariano.

— ¿Qué hay de nuevo, señor don Jaime? le preguntó suavizando el tono, bajando algunos tramos del solio de su dignidad.

— V. E. me hizo el honor de confiarme una misión cerca de mi hermana y venia á dar cuenta á V. E...

— Efectivamente... sí, pues... dice usted bien.

No podia apartar la vista de la nubecilla de los Andes.

Maldito si se acordaba de lo que el buen señor venía á hablarle.

— Tengo la satisfacción de anunciar á V. E. que todo está arreglado.

— ¡Hombre! me alegro. ¿Qué me dice usted? Vamos á ver, cuénteme usted.

Don Jaime se puso á referir su embajada. Él estaba en primer término. «La cosa no le había costado poco. Al fin, con un ten-con-ten, había persuadido á su hermana.»

— Lo que acabó de vencer sus escrúpulos, Excmo. Señor, fué el saber que V. E. se interesa por el casamiento.

Los recuerdos se clasificaban en la memoria de don Mariano. Ya divisaba el móvil de su intervención en aquel asunto. «El casamiento de un oficial del Rey con la hija de encopetados insurgentes. Una idea suya, para hacerla servir como elemento de conciliación. La nubecilla de Mendoza venía á dar una prueba elocuente de su previsión, de la conveniencia de una política suave y paternal para atraer á los insurgentes á la causa de la monarquía ».

— Hizo V. bien, amigo don Jaime, en decir que yo me intereso por ese casamiento. Ya lo dije á usted: la conciliación, la unión de los hijos de Chile bajo el cetro paternal de nuestro amado soberano.

Don Jaime se inclinó, saludando la augusta sombra de Fernando VII, que don Mariano evocaba con un « á quien Dios guarde », lleno de unción respetuosa.

José Retamo entró en ese momento y puso un pliego cerrado en manos del Presidente.

— ¡Hombre! vea usted qué coincidencia, exclamó Osorio, después de recorrer con la vista el escrito que había sacado del sobre, hablando del rey de Roma y él que asoma, como dicen, aquí tiene usted la solicitud del coronel Laramonte.

Leyendo entonces el exordio de la solicitud entre dientes, con un murmullo como zumbido de moscardón que vuela por una pieza, concluyó en voz alta:

— « En esta virtud: á V. E. pido y suplico se sirva concederme el permiso de ordenanza para contraer matrimonio con la expresada señorita doña Trinidad de Malsira. Es gracia, Excmo. Señor, Hermógenes de Laramonte. »

— Ya ve V. E. que he desempeñado bien su comisión.

— Perfectamente, y la petición será despachada sin tar-

danza, puede usted decirlo á su señora hermana, mi amigo don Jaime.

Ambos se lanzaron en el lirismo de las congratulaciones. Pero las de don Mariano eran dobles: las alabanzas que en tono cortesano le dirigia don Jaime, y las que él mismo se prodigaba, como autor de ese casamiento de alta importancia política. Satisfecho de su obra, pensó entonces en recoger los frutos de aquella feliz idea «que nació aqui mi amigo», decia á don Jaime, apuntándose en la sien con el índice, señalando el laboratorio intelectual donde tenía lugar la gestación de la gran política.

— No crea usted, mi amigo, que está terminada su misión, dijo golpeando el hombro familiarmente al Marqués; lo bien que ha sabido usted ejecutar mi pensamiento, me responde de su acierto en la coronación de la obra. Diga usted á sus parientes que al conceder el permiso doy una prueba señalada de mis pensamientos paternales. ¡Cuidado que es cosa grave el sentimiento de un jefe de los ejércitos reales con una hija de personas sindicadas de insurgentes! Á usted y todos los suyos toca ahora manifestarme su gratitud, por medio de una pública adhesión á la causa de la monarquía. Que todos vengan á palacio; que todos acepten la mano que les tiendo. Promueva usted esas ideas entre sus parientes y amigos. ¿Por qué no habian de hacer una manifestación de ese género, tan justificada por mi procedimiento conciliador? Esa es misión de usted, mi amigo, tráigalos usted aquí, hágase usted el jefe de la concordia chilena, señor don Jaime, ya verá usted cómo se digna nuestro augusto soberano recompensar á sus buenos servidores.

Á la voz del General, un miraje de grandeza se levantaba en la imaginación de don Jaime, un miraje como los vapores que tiñe de rosado y púrpura el sol naciente. «Él sabría infundir á los otros su entusiasmo. Todos vendrian tras él á sellar en palacio la reconciliación entre criollos y peninsulares. Los honores, con su sabor mitológico de ambrosía, lloverían sobre su persona desde la región prestigiosa de la madre patria. ¿Por qué el Rey no habria de hacerlo grande de España, de darle ese título que permite estar cubierto ante Su Majestad y que transforma á un hombre en una especie de semi-Dios».

La última frase, que el reconquistador pronunció con el gesto de un soberano paternal y augusto, con un ademán

solemne de Obispo que pontifica, encerraba todas esas promesas. D. Jaime salió de la sala á reculones. Para él, don Mariano era el mismo Rey en aquel instante, el Rey que casi tiene la facultad divina de leer en las conciencias, de ver todo lo que pasa, el Rey providencia que se digna recompensar á los buenos servidores. En la antesala, el edecán, los solicitantes, José Retamo, los chilotes que trataban de tomar un aire en armonía con su librea galoneada, le parecieron seres de otra raza, de la raza de que no puede hacerse grandes de España, de otra raza destinada á poblar las antecámaras. La turbación con que salía avivó su natural benévolo, y lo hizo saludar á tontas y á locas á todos esos humildes, como si les dispensara una parte de los favores que iban á llover sobre él.

El edecán cambió una sonrisa con José Retamo.

— Sale ofuscado, como el toro del toril, dijo al oído del mulato.

— Y en lugar de embestidas, da la mano : eso es mejor. El Marqués es un cordero, contestó Retamo con su voz sonora de hombre alegre.

Al atravesar el patio don Jaime divisó á San Bruno en la puerta del cuarto de bandera. Esa estatua de monumento fúnebre lo desazonaba, pero no era posible sustraerse á su mirada, una mirada que seguía á su hombre como un remordimiento. Pero el Marqués, lejos de sentirse intimidado en ese instante con la presencia del siniestro Capitán, se alegró de hallarlo al paso.

Al salir de la sala presidencial sentía esa fuerza de la expansión con que las grandes alegrías hacen dilatarse el cerebro, como el calórico expande los metales. Una imperiosa necesidad de hablar, de vaciar el desbordante exceso de sus impresiones lo dominaba, y ahora que el General mismo lo había autorizado para hablar quería que nadie « le ganara la palmeta » de la gran noticia que llevaba *in petto*.

— ¡ Qué hombre, amigo, qué hombre ! dijo al tender la mano al Capitán, señalando con el gesto la ventana de la sala donde acababa de despedirse del Presidente.

— ¿ Quién es ese ? señor don Jaime.

— ¡ El señor Presidente ! qué hombre tenemos en él, un digno representante de Su Majestad.

— Así es : gran talento, gran fuerza de voluntad.

— ¡ Y qué perspicacia para comprenderlo todo ! Acabo

de arreglar con él un asunto de la mayor importancia, sin la menor dificultad.

— Lo del casamiento ¿eh? dijo San Bruno, con aire confidencial de quien está en el secreto.

— ¡Cómo! Capitán, ¿usted sabia ya?

— Esas cosas se saben antes que sucedan, ¿no ve usted? Son noticias que vuelan por el aire; nadie las cuenta y todos las conocen.

— Si, pero esta vez no era tan fácil adivinar, porque todo se ha conducido con el mayor secreto.

— Pues, justo, por eso mismo; secreto para los demás, pero no para mi.

— ¡Vea que diantre de Capitán, nada se le escapa! dijo con lisonjera familiaridad don Jaime.

— Y lo que me ocultan, lo descubro, replicó San Bruno. Con su sonrisa enigmática dejó en la duda al caballero sobre si esas palabras eran una chanza ó una prevención para que fuese comunicativo.

— No, no, ya no hay secreto. El señor Presidente me ha autorizado á contarlo.

— Y se casarán pronto, por supuesto.

— No lo sé todavia, eso lo arreglaremos mañana en la visita de esponsales. El Coronel y la señora de Alarcón irán á las nueve de la noche de visita á casa de mi hermana y ahi se señalará el dia de la boda.

— Entonces el señor Coronel tiene ya la licencia del señor Presidente.

— De palabra, sí. Precisamente ahora recibió la solicitud escrita del Coronel y me prometió proveerla inmediatamente.

— Se ve, señor don Jaime, que es usted hombre de influjo. Cuando yo quiera casarme acudiré á usted.

El Marqués se figuraba que el umbral de la puerta de calle, donde se habian detenido, se alzaba como un pedestal. La lisonja del hombre que todos temian le halagaba la vanidad como una caricia.

— ¡Oh! dijo con falsa modestia, el señor Presidente me distingue con alguna amistad.

— Mas que amistad, señor don Jaime. Conseguir que Su Excelencia dé su consentimiento para que un oficial del Rey, nuestro señor, se case con una insurgente, es tener una grande influencia. Eso es más que simple amistad.

Vaya, digámoslo claro, usted es un favorito de Su Excelencia.

— Un amigo, nada más que un amigo.

Enseguida, los impulsos de su vanidosa satisfacción lo empujaron. «La modestia era una tontería de la que era menester curarse».

— Su Excelencia me hace el alto honor de creerme útil para algo. Usted conoce la política del señor Presidente; «la conciliación, la unión de los hijos de Chile con los hijos de España, bajo el cetro paternal de nuestro amado soberano».

— Muy buena está la unión, dijo el Capitán con su sonrisa enigmática, acentuada por un tono sentencioso y sardónico, muy buena está la unión, si los insurgentes dan la oreja y piden perdón.

No era posible humillarse hasta celebrar el ominoso chiste. Don Jaime buscó un tono de suave dignidad para replicar:

— En el caso de mi sobrina todo se hace en un perfecto pie de igualdad, como era natural.

— ¿Hola? ¿cómo así?

— Mi hermana se encontraba, la pobre, en una situación muy difícil, como es fácil concebirlo y no podía conceder la mano de su hija así no mas. Puso sus condiciones, y el Coronel, que es todo un caballero, las aceptó.

— ¡Qué me dice usted! en ese caso estoy seguro de que usted condujo la negociación. Para que el señor Coronel haya aceptado condiciones, debe haberse necesitado de mucha habilidad, á menos que esas condiciones fuesen insignificantes.

— ¡Oh! casi de pura fórmula, por supuesto; la condición de no volver después de casado, á combatir contra chilenos.

— ¿Ah?

— Lo que equivale á nada, porque el país está ya sometido para siempre.

— Eso es seguro. ¿Y el Coronel aceptó? Bien puede haberlo hecho sin intención de cumplirlo, ¿quién podría obligarlo llegado el caso?

— Su palabra de honor, comprometida solemnemente por escrito.

— ¿Y quién ha vista ese escrito? preguntó el Capitán dándose los aires de incrédulo.

— Yo lo he visto, yo mismo lo entregué á mi hermana.

— En tal caso, nada tengo que decir. La cosa se ha hecho en un pie de perfecta igualdad, sin duda.

— Esa es la verdadera conciliación, Capitán, convénzase usted, exclamó don Jaime tendiéndole su mano para despedirse, muy contento de haber persuadido á ese incrédulo.

San Bruno habia vuelto á su aire reservado y sombrío.

— No es la mia, por lo menos, señor don Jaime; para mí, la conciliación es : palo y bala con los perros insurgentes.

Vió lucir don Jaime en los ojos del Capitán una llama que no conocia, un resplandor como un relámpago, que le dió miedo. San Bruno volvia la espalda después de tocarle apenas la punta de los dedos, y le lanzaba, á guisa de despedida, como un reto de desprecio :

— ¡Vaya usted con Dios!

Fueron esas voces para el Marqués como el grito que se da en las serranías de los Andes, donde brillaba el sol. Con su eco, la atmósfera en que salia de palacio, se le convirtió en una neblinita penetrante y fria, una llovizna que le heló el espíritu. « ¡Á qué diablos le iria á decir lo de la condición ! » pensó afligido. Y él mismo, con rubor, se acusaba : « de puro miedo, no más ». Habia querido suavizar á ese hombre terrible, hablándole de la conciliación. En ese rápido examen de conciencia, acusaba al cielo, que no le hubiese dado un poco de valor, la energía de callarse cuando es necesario, ese poder que tienen los enérgicos, de no hablar nunca de más. Pero la idea del prominente papel que estaba representando en el gran drama de los destinos del pais hizo saltar aquel espíritu impresionable y versátil, sobre un pensamiento consolador. « Habia hablado á San Bruno de la condición, para que viese que los insurgentes no dan asi no más la oreja, como el decia, con su insolencia de godo ». Esta reflexión lo rehabilitaba, lo enaltecia á sus propios ojos. « Habia dado una buena lección á ese *cuco*, que á todos les metia miedo ». Ahora, la comezón de ir á contar la noticia lo hizo apretar el paso, y entrar erguido y risueño á la tertulia de la trastienda. Habia coro, como decian los tertulios cuando la reunión era numerosa.

— Entre, señor don Jaime, usted no más faltaba, fué la voz que salió de diversos puntos.

Ya el cenáculo habia agotado las noticias y los chismes corrientes. Ya todos estaban cansados de oir á don José María Reza contar las gracias de los mellizos, y á otros ter-

tulios, referir en voz baja, las noticias de la otra banda, como si revelasen una conspiración en la que se figuraban estar comprometidos.

La disputa diaria, que apasionaba y siguió apasionando por muchos años á los chilenos, sobre si el general Carrera pudo ó no romper el cerco de Rancagua para socorrer á O'Higguis y evitar el desastre de la Patria, había cesado tambien. La presencia de don Jaime fué saludada con la viva curiosidad con que ahora se reciben los diarios en las haciendas apartadas.

— ¿Saben ustedes la gran noticia? Trinidad se casa con el coronel Laramonte, es cosa arreglada, dijo él orgulloso con la magnitud de su revelación.

La voz autoritaria de don José María Reza resonó sobre las exclamaciones de admiración que acogieron las palabras del Marqués.

— ¡Vean que noticia tan fresca! ¿Quién no la sabía después del consejo de familia? Es casi lo mismo que si yo viniese ahora á dar parte del casamiento de *la* Quintiliana con Beno, ¿no ve?

Algunos protestaron. Era muy diferente.

— Y ahora si que los casaremos lueguito, don Pancho, dijo á don Francisco Carpesano, ahí estan los malvados chiquillos como dos pichones. Ya tienen loca á la Panchita. Digale don Jaime de mi parte á *la* Clarisa, que no sea tonta, que acorte el noviazgo lo más que pueda, si no le pasará lo que á la Panchita ¿no ve?

Los demás, sin embargo, querian saber detalles. ¿Cómo había podido vencer sus escrúpulos la madre de Trinidad? ¿Podría Laramonte obtener el permiso del general Osorio para casarse con chilena, y chilena de familia patriota?

— ¡Vaya si le darán permiso! ya lo creo, y volando, dijo don José María. ¿No ven que la muchacha tiene con *quibus*? Con pobre no lo dejarían casarse al Coronel, para qué andamos con cuentos; ¿pero con muchacha rica? volando, señor; se necesita ser tonto para dudar de eso, señor, dejémonos de tonterías.

Don José María se irritaba de que alguien dudase. «Él, sin lo que contaba don Jaime, habría metido su mano al fuego por que se casarían. ¿Qué otra cosa venian á buscar los españoles en América, sino plata y más plata? Era preciso hablar claro y no andarse con tapujos. ¡La inocencia de don Jaime, para creer que por lo de la condición se habría

echado atrás el Coronel! ¿Qué no le habian oido el cuento á don Juan Egaña, que es hombre que sabe historia? Un rey de Francia, uno que se llamaba Enrique no sé cuántos, que era hereje, se habia convertido porque le entregasen á Paris, que estaba sitiado. Lo mismo era lo del Coronel y lo del permiso, ¿para que andar con cuentos? ¡hasta capaz de hacerse chileno, el Coronel, si se lo exigiesen, por apestillar las talegas!»

«Con aquel hombre no era posible decir una palabra, pensaba exasperado don Jaime, él todo lo sabia y todo lo desfloraba». Timidamente, volvia el Marqués á su relación y trataba de deslizar algunas frases de la propaganda que le habia encomendado hacer el General, «la conciliación, la unión de los hijos de Chile con los hijos de España, bajo el cetro paternal del rey». Á ellos, los parientes de la familia de la novia, les tocaba aprovechar la ocasión que se les ofrecia, de ir á dar las gracias al Presidente, de sellar la paz, con una franca adhesión al representante del soberano». Ante la idea de comprometerse, los más se ponian mudos, tomaban el aire de ocultarse como la tortuga en su concha. Unicamente dominaba la voz de don José María. «Ellos debian estarse á la capa. Si no se metian en nada, ¿qué tenia que decir el gobierno? Ya les habian sacado bastante plata, y si volvian los patriotas, seguro que llegarian imponiendo contribuciones; palo porque quieres y palo porque no quieres ¿no ve? como la pandorga».

Al oido, con disimulo, mientras peroraba don Pepe, el Marqués insinuó á los intimos la conveniencia de que fuesen á casa de doña Clarisa, para dar cierta solemnidad á la visita de los esponsales. Al salir se aventuró á hacer la misma indicación á don José María, que le replicó en alta voz, por que él no se mordia la lengua:

— ¡Vea qué cosa! ¡por supuesto que he de ir! Sino fuese, creerian cuando menos que tengo envidia de que la Clarisa case á la única grande que tiene, cuando yo con tantas, no he encontrado marido para ninguna.

Los tertulios se reian, lanzando nubes de humo de sus cigarrillos; don José María decia todo aquello como una gracia.

— ¡Las cosas de don Pepe!

Y ya fuera de la trastienda, don Jaime le alcanzaba á oir todavía la voz.

— ¿A que no me quedo con ninguna? ¿cuánto apostamos? Sus buenos realitos que tienen, ¿no ve?

Con la instantánea rapidez de una explosión de gas, la noticia del casamiento estalló entonces en Santiago. El rumor, como ese cuerpo químico impalpable, había penetrado ya silenciosamente por las casas, se había deslizado sin que nadie supiese cómo por todos los conductos sociales, con su sordo ruido de afirmaciones y de dudas. Los tertulios de la trastienda, que salieron presurosos á llevar la gran noticia á sus familias, fueron los que aplicaron la luz al elemento combustible, y produjeron el estallido. ¡ Qué acontecimiento, para una población sumida en el marasmo colonial, dividida por las rivalidades de nacionalidad, por los odios de lucha, enlutada por los duelos de las batallas, amilanada por los furores de la reconquista ! Los oficiosos turbaban con sus pasos la paz monacal de los grandes patios, despertaban á los parientes en su siesta, se multiplicaban por las calles solitarias, para llevar y comentar la estupenda nueva. Patriotas y realistas veian en ella un elocuente síntoma de los tiempos. Unos y otros llegaban á la conclusión de que, sin duda, la familia de los Malsira se había convencido de que las ruinas de Rancagua eran la tumba donde iba á reposar para siempre la causa de la patria, cuando consentía en aliarse por medio de aquel casamiento á los dominadores. En los conciliábulos patriotas se decia : « Aliarse á los asesinos de don Alejandro Malsira, á los perseguidores de su hijo, del propio hermano de la novia ».

Una de las casas donde había tenido más eco la explosión, era el hogar del más activo agente de aquel acontecimiento político-social. Prima Catita y prima Cleta se hacían lenguas para comentarlo. José Retamo, que llegaba de los primeros á felicitar á don Jaime, encontró á las dos solteronas en un pasmo. Nunca habían creido que *la* Clarisa diese su consentimiento. Con una risita indefinible, recibían las felicitaciones semi-burlescas del mulato :

— Vaya pues, niñas, ya entró san Antonio en la familia, no hay más que apurarse.

— Estamos esperando que tú enviudes, mulato fresco, respondió picada prima Catita.

— No nos habría faltado novio si hubiésemos querido, añadió prima Cleta.

Se miraban entonces con aire de inteligencia. La sombra del malogrado pretendiente, arrebatado por la peste de viruela, tal vez un antojo de aquellas fantasías maltratadas

por la indiferencia varonil, flotaba entre ellas, como un consuelo lejano.

— Si, pues, ya sé, decia Retamo, con su risa de tarasca, pero ese se murió, busquen alguno vivo, como el novio de la niña Trinidad. Ya ven que esa se casa.

— Y qué otra cosa podian hacer, pues, replicó prima Catita, con un gesto de desprecio.

— Así también, ¡qué gracia! exclamaba prima Cleta, ¿quién no se casa?

Se volvían á mirar con aire entendido, con sonrisas de reticencia. « Ellas no recibian visitas de hombres en la casa á media noche como *la* Clarisa. La gente que no tiene vergüenza, puede llegar á todo ».

— Así es, hijita, ¡qué gracia!

— Es lo que yo digo: ¡qué gracia!

Con eso lo decían todo. « ¡Ave María! ¡para qué hablar! » Y se quedaban calladas, esperando que se fuese el mulato desvergonzado.

— Vaya, niñas, veo que el señor Marqués no viene, dénle mi recado pues, y reciban ustedes mis parabienes. Y aunque ustedes no tienen barba, niñas, no importa, bueno será que la echen en remojo. ¡Quién sabe, pues! todo puede pasar.

— Adiós, Callana, ya debías estar ardiendo por malo en el infierno, le dijo, frunciendo los labios prima Catita.

— Te habian de poner bozal en la jeta, perro mulato, para enseñarte á bromista, agregó prima Cleta.

— Adiós, niñas, no se enojen, las embromo porque las quiero, las gritaba Retamo, parándose en el patio.

Beno Carpesano habia llevado, entre tanto, la noticia á casa de su futura, antes que llegase ahí don José María.

— ¡Ahora sí que nos casamos, Quintiliana! Se acabó el luto. Trinidad está comprometida con Laramonte y don Jaime anda dando parte.

En aquel campo femenil la explosión fué de ruidosa alegría. El respeto al dolor de la familia de Malsira habia ido haciendo aplazarse el concertado matrimonio de Beno con su prima Quintiliana. Desde Primitiva para abajo, hasta los números inferiores de Septimiana y Octaviana, todas celebraron la noticia como si cada una de ellas fuese la novia.

Doña Panchita, con los mellizos en los brazos, tuvo que hacer uso de toda su autoridad, para impedir que Beno, so

pretexto de congratulación, diese un beso á Quintiliana y abrazase á las otras.

— ¡ Sosiéguense, niñas ! ¡ déjense de chacotas, miren que me enojo ! les gritaba, mientras que él perseguia para abrazarlas á su novia y á sus otras primas, lo que causaba una algazara general.

Pasado aquel desorden, que el inmediato parentesco y las sencillas costumbres coloniales justificaban en cierto modo, Beno entró en explicaciones. « Apenas habían sabido la noticia del casamiento, él y sus hermanos decidieron que irían á la noche siguiente á llevar un *esquinazo* donde doña Clarisa, á la hora de la visita. Lucho y Pepe habían salido ya á prevenir á Zúñiga para que no fuese á faltarles ».

— No le digan nada al tío. Nosotros llegaremos aquí con Guitarrita á las ocho y media, cuando él se haya ido ya á la tertulia, donde es seguro que irá á juntarse con mi padre y los demás, para ir donde tía Clarisa. A las nueve y cuarto llegaremos todos á dar el esquinazo y tendrán que convidarnos á entrar. Llevaremos mistela por si no tienen en la casa.

Era la perspectiva de una noche de regocijo. Las chicas, por su orden numérico, fueron rogando á doña Panchita para que las dejase ir al esquinazo. La mamita iría también, por supuesto, y le prometían ser muy juiciosas y obedientes. Antes que le llegase su turno á Septimiana, la señora, que nada sabía negar á sus *chiquillas*, estaba tan contenta como ellas con la idea de aquella fiesta, una especie de oasis para todos, en la terrible aridez de la monotonía santiagueña.

— Verá no más, tía, ¡ nos vamos á divertir duro ! decía Beno, exaltado con el pensamiento del esquinazo y de la oportunidad de dar algunos abrazos de contrabando á su novia.

XLV

Que no había tiempo que perder, pensó San Bruno, al ver alejarse á don Jaime. En posesión de la solicitud de Laramonte, el General, con su achaque de conciliación, se daría prisa en despacharla favorablemente. Tal vez formularía el decreto de concesión en algún verso, más ó menos chistoso, por dar prueba de ingenio ; pero en cualquier es-

tilo que fuese otorgado el permiso, seria muy arduo hacer anularlo cuando se le hubiese dado curso. Con estas reflexiones no esperó hasta la noche para ver al Presidente. Libre de entrar á toda hora á su despacho golpeó á la puerta en circunstancias que don Mariano, por seguir los impulsos picarescos de buen humor, escribia el borrador de la providencia para copiarla después al pie de la solicitud :

Antes que el amor se pase
Que el ocurrente se case.

« Qué mejor epitalamio para un hombre enamorado », pensaba, con la paternal benevolencia que tenia por las producciones efímeras de su numen. Permiso envuelto en un velo transparente de filosofia, dejaba divisar al través de su leve urdiembre, que los fugaces impulsos del corazón deben cogerse al vuelo, como la ocasión, de tradicional calvicie.

« Antes que el amor se pase ». El verso tenia el movimiento alado de la mariposa. « Que el ocurrente se case ». « Ocurrente » era, sin duda, con su sequedad oficial, una nota de prosa ; pero era también una pincelada de colorido local en el concepto, y el verso entero traducia, con su rápida contextura, la solicitud del autor, del Presidente poeta, por la felicidad del amante.

Los golpecitos discretos que dió San Bruno á la puerta, lo hicieron bajar de su Pegaso. Pero el pálido rostro del Capitán no le produjo esta vez la sensación penosa de estar viendo un acreedor exigente.

— Siéntese usted, Capitán, ¿ hay algo de nuevo ?

— Nada, mi General.

— Tanto mejor, pues llega usted muy á tiempo.

Don Mariano se paseaba á lo largo del escritorio, después de dar vuelta hacia abajo la poética providencia, que estaba analizando.

— ¿ Recuerda usted lo que le dije cuando me trajo el sumario de marras ? Hablé á usted de una combinación, que llegaria á ser como una batalla ganada, ¿ recuerda usted ? El santo y seña de aquel dia lo resumia todo : « Conciliacion y energia ».

« Atraerse á las grandes familias de insurgentes por medios pacíficos, en vez de proseguir el sumario que le habia llevado el Capitán. El sumario habria conducido

á una causa, con sus indagaciones, sus persecuciones y sus alarmas. Bastante tenian ya con los procesos por las ocurrencias de la cárcel. Era preciso cambiar de rumbo. La ciencia de gobierno está en no tirar demasiado la cuerda, en usar de un ten-con-ten, en tener la balanza de la prudencia en la mano, la balanza que le viene tan bien á un gobernante como á un juez. ¿Qué otra cosa era gobernar sino hacer justicia? »

—Y aquí tiene usted que hoy veo coronados mis esfuerzos y que voy á desarmar, con un solo golpe, la malquerencia de los insurgentes. ¿Qué dice usted de todo esto, Capitán?

— Me parece muy bien, Excelentísimo señor.

Don Mariano halló muy fría la apreciación del Capitán. Su vanidad de gran político vió un fondo de envidia en la vulgaridad de la respuesta. « Ya iría viendo y tendría que confesar su admiración el capitancillo. »

—¿Y sabe usted del agente de que me he valido para alcanzar ese gran resultado?

— No se me ocurre, mi General.

— ¡Del amor, Capitán, del amor! ¿Qué tal? El niño ciego de la mitología.

En vez del semblante maravillado que esperaba encontrar, se estrelló su vista contra la sonrisa enigmática del Capitán, un gesto feo que lo desconcertaba, como una objeción despreciativa. Ya estaba lanzado, sin embargo, y no podía detenerse. « Era preciso hacer ver á ese subalterno, con cara lúgubre de responso, que se hallaba en presencia de un verdadero hombre de Estado ».

— Cómo usted oye; del amor.

Y desarrolló su plan paseándose á lo largo de la pieza para combatir la gordura. « Había sabido que el coronel Laramonte estaba en amores con la hija de la señora de Malsira. Uniendo en matrimonio á la amartelada pareja, desarmaría á la parte más granada de los insurgentes de Santiago. ¿Cómo podrían continuar en su obcecación después de admitir la entrada del Coronel realista en la intimidad de la vida de familia, después de unirse á él por los lazos del parentesco? Aquello crearía una nueva situación en Chile. Puestos en relación directa con él por medio de Laramonte, los magnates de la oposición comprenderían su error y harían acto público de adhesión y de obediencia al monarca. Serían grandes ovejas descarriadas que volverían á su rebaño ».

No habría empleado más fuego en la explicación de un plan de batalla, que el que desplegaba para manifestar lo ingenioso y lo profundo, á un tiempo, de su combinación. « La ciencia de gobierno no debe desdeñar ninguno de los resortes que mueven el corazón humano », decía, animándose más y más. En el fondo, esa es la gran teoría de Maquiavelo. La práctica de esa ciencia demuestra que los grandes resultados proceden de medios pequeños ».

Sentía, no obstante, que su calor y su elocuencia no alcanzaban á comunicar la convicción á San Bruno. La mirada vidriosa del Capitán parecía helar los argumentos antes que llegasen á sus oídos. Fastidiado don Mariano, quiso sacudir esa muda dominación que lo oprimía como una sorda amenaza.

— Guarde usted el sumario, Capitán. No es ya por la fuerza, sino por los medios pacíficos que afianzaremos la conquista de este reino.

Con esta frase, en la que se resumía su discurso, pasaba el expediente á San Bruno. Pero la inmovilidad de aquel semblante bilioso, le daba violentos deseos de saber lo que pensaba ese hombre impasible, que obedecía como dominando, que parecía fraguar en lo recóndito de su cerebro oscuro, algún pensamiento de protesta y de desprecio.

— Parece que usted no piensa como yo, Capitán, dijo, estallando al fin, picado con la obediencia silenciosa del subalterno.

— Salvo la venia de V. E. yo estoy por el sumario, señor Presidente, respondió el Capitán con su gesto feo de sonrisa reprimida, una especie de sumisión sardónica desesperante.

No decía por qué. « Todo lo que he dicho entonces, son necedades. Con su aire de hipócrita obediencia, se figura que yo no leo en el fondo de su alma envidiosa ». La altanería del jefe acostumbrado á dominar, se exasperaba ante aquella resistencia con aires de respeto. Su orgullo de hidalgo en presencia del plebeyo, del fraile secularizado, le inspiraba una indignada protesta. « Al fin, era menester arrojar lejos esa influencia nefasta, dominar esa amenaza taimada y silenciosa, peor que una crítica descubierta y franca ».

— ¡El sumario! Piense usted lo que dice, Capitán.

— Salvo la venia de V. E., repitió San Bruno con aire de modestia que se resigna á la obediencia, pero que se

reserva su derecho de despreciar la autoridad que no puede vencer.

—¿Y en qué se funda usted? vamos á ver.

La voz de don Mariano se había puesto agria, destemplada con la mal contenida indignación. «¡Pues no faltaba más! El capitancillo quería corregirle la plana, darle una lección de gobierno».

—En el interés del servicio de Su Majestad, primeramente.

La mirada vidriosa y el tono seguro desmentían la sumisión aparente, dejaban sentir una voluntad que no se doblega.

—¡Primeramente! dice usted. ¡Ah! ¿Hay otras razones además?

—Sí, mi General, hay también el interés de V. E. si V. E. me lo permite.

—¡El mío! ¿Cómo así? Pienso que en este particular yo debo creerme buen juez. Vamos, Capitán, explíquese usted.

La voz de don Mariano dejaba sentir que nada podría convencerlo. Tomaba actitudes de incrédulo, como de persona que tiene curiosidad de oír el despropósito con que se va á contestar á su lógica.

—Vamos, hable usted con toda franqueza. ¿Cómo puedo yo equivocarme, tratándose del servicio de Su Majestad y de mi interés propio?

—V. E. no ignora que tiene poderosos émulos en Lima.

—¡Envidiosos! ¡Ah! Eso lo sé. La reconquista de este reino ha desvelado á más de uno por allá.

—Envidiosos ó enemigos, todo es uno, Excelentísimo Señor. Lo cierto es que tratan de arrebatar á V. E. el mérito de la reconquista.

—¡La gloria, diga usted! y el vocablo no es exagerado. Tendrán que resignarse.

Don Mariano era otro ya. Con ese exordio el capitán lo turbaba.

—Así debería ser; pero V. E. me permitirá hacerle notar que no es lo que sucede. Ahí está la *Gaceta* de Lima con un artículo en que el excelentísimo Virrey se atribuye la gloria de la reconquista de Chile. Y ese papel llegará á España, excelentísimo señor, hasta el pie del trono, sin duda.

Recordar ese artículo, que después han reproducido los

historiadores de Chile, era aplicar un sinapismo sobre la herida del General.

—¡Así contesté yo! ¡Así he pulverizado la calumnia! Y la *Gaceta* de Chile irá también hasta los pies del trono, no lo dude usted, he tomado mis medidas para que así sea.

—V. E. sabe que el señor Virrey tiene muy poderosos órganos para hacer oir su voz en la Corte.

—Eso sí, no lo niego, es persona de alto valimiento. ¿Pero qué tiene que ver esto con el plan de que hablábamos?

—Si V. E. se digna seguir mi razonamiento, encontrará la correlación de esos negocios. Es seguro digo yo, salvo el parecer de V. E., que el artículo de la *Gaceta* de Lima y la contestación de la *Gaceta* de Chile habrán sido enviados á Madrid, con glosas, y lo más probable es que, para que triunfe el Virrey, las glosas desfigurarán el espíritu de la respuesta de V. E.

El razonamiento causaba á don Mariano un escozor de escalpelo y le hacia temblar las carnes. No se le ocultaba que entre la palabra del Virrey del Perú y la suya, la opinión del Concejo de Indias no sería en su favor.

—El hilo se corta por lo más delgado, quiere usted decir, Capitán; pero, al fin y al cabo, ¿qué podrá alegarse en mi contra?

—¡Qué se yo, mi General! Dirán, como se susurra ya por ahí entre las gentes que mantienen correspondencia con Lima, que la respuesta revela una irritacion incompatible con el espíritu de la disciplina militar; que en el fondo de la respuesta de V. E. se divisa el propósito de arrojar desprestigio sobre la alta persona del Virrey, del caracterizado representante de Su Majestad.

—¡Pero esas son invenciones calumniosas! La respuesta restablece simplemente la verdad histórica, y nada más.

—Para los imparciales, ciertamente, excelentísimo señor; pero cuando se quiere perder á un hombre, la intriga cortesana no se detiene en los medios, y dará al artículo de rectificación los colores de un despecho insubordinado.

El peligro no era ilusorio. La voz de San Bruno le daba una siniestra verosimilitud. Don Mariano perdia por grados su aplomo. La desmoralización de espíritu del reo que oye leer su sentencia condenatoria daba al traste con su

entereza. Pero no se le alcanzaba todavía la correlación que quería mostrarle San Bruno entre su querella con el Virrey y el asunto del casamiento.

— Pues bien está, que calumnien, yo descanso en mi conciencia, dijo para reaccionar él mismo contra el temor que lo invadía.

Para ocultar su desasosiego había vuelto á pasearse á lo largo de la estancia y arrojaba de cuando en cuando miradas al soslayo sobre San Bruno. Aquel hombre inmóvil, con su razonamiento frío y duro como el acero, adquiría en el espíritu del General las proporciones de un ser superior; profundamente antipático, pero superior, capaz de leer el pensamiento ajeno con la mirada, de prever los acontecimientos con una intuición de iluminado.

— Sea como fuere, repuso buscando un argumento tranquilizador; yo he conquistado á Chile, el hecho está ahí, nadie lo puede negar. Su Majestad tendrá en más alta estimación este hecho, que le devuelve una de las perlas de su real corona, que todos los embustes que puedan enviarle desde Lima.

— Y así sería, excelentísimo señor, mientras sus adversarios no encuentren pretextos para desfigurar los actos de V. E.

— ¿Pretextos? ¿Qué pretextos pueden hallar? Los desafío á que puedan citar uno solo de mis actos que no sea inspirado por el más ardiente celo en pro del servicio de Su Majestad.

El calor de su defensa le daba nueva energía, miraba de frente al Capitán y se le figuraba verlo vacilante.

— Por ese lado no los temo. Como mandatario, mi casa es de vidrio: todos pueden ver lo que pasa en ella. Ahí están mis actos que me defenderán.

— Por esa razón he hablado de pretextos, excelentísimo señor, y aquí llego al asunto del casamiento.

Don Mariano había olvidado el punto de partida de la discusión. Los artículos, las *Gacetas*, Lima y Madrid, pasaban por su imaginación con la rapidez de objetos que una mano hace dar vuelta circularmente y se juntan en su giro veloz hasta ocultar el eje que los sostiene. La alusión al casamiento lo trajo á la realidad.

— El casamiento será otra prueba en mi favor, cuando se vea que gracias á ese arbitrio habré hecho pasar á nues-

tro campo con armas y bagajes y convertidos en súbditos leales á los más poderosos enemigos del Rey.

—Desgraciadamente, excelentísimo señor, antes que eso llegue á suceder, los calumniadores tendrán ancho terreno donde sembrar y cosechar. Y no lo digo por mera suposición, sino por lo que observo y averiguo. Más de uno de los mismos españoles escribirá á Lima, que con una concesión semejante se da alientos á la insolencia y al espíritu de rebelión de los insurgentes; que los buenos servidores del Rey se desalentarán con esa relajación de la severidad con que debe tratarse á los facciosos; que al ver á un Coronel de los ejércitos reales entrar con el permiso de V. E. á una familia de insurgentes, la tropa y los oficiales mismos se irán contagiando, entrarán en contacto con los que no reconocen la autoridad del Gobierno legítimo y se infestarán con el espíritu revolucionario.

La fosfórica energía del General se iba gastando al áspero contacto de ese razonamiento, al que la voz de San Bruno daba entonaciones de profecía. En balde don Mariano lo interrumpía con exclamaciones de incredulidad; en balde se paseaba agitado para no convencerse. El Capitán no se detenía ni se inmutaba: parecía condenar á su oyente á que lo escuchase. Lo perseguía como con una antorcha, mostrándole los peligros seguros de su confianza, haciendo resonar en sus oídos la sorda conjuración de los descontentos, agitando ante su conciencia de jefe del Estado el fantasma de la responsabilidad, de la relajación funesta de la disciplina, de su ejército contagiado con el virus de la rebelión, desbandándose en deserciones, amenazando su grande obra de reconquista.

—Es claro que las más sabias medidas pueden desfigurarse, dijo encogiéndose de hombros, buscando una conformidad filosófica que no tenía.

Pero ya lo del casamiento empezaba á parecerle un fardo inútil, que bien se podía arrojar por la borda si arreciaba el viento. «Bien podía tener razón el Capitán. De todos modos, sus argumentos manifestaban verdadero interés por su jefe y le mostraban un camino seguro, sin peligros: la política de la energía, que nadie podría criticarle, en la que hasta la exageración sería excusada y aplaudida como prueba de celo monárquico». El amor propio, sin embargo, no le permitía rendirse á discreción. La idea del triunfo del subalterno lo humillaba. Era preciso defenderse, ba-

jando la pendiente y no saltar de rondón como en derrota.

—Déjelos usted, Capitán, repuso con acento conciliador, con cierta dignidad de jefe que aprecia el celo del subalterno; déjelos usted: cuando se vean los efectos de la política de conciliación, no sería extraño que la *Gaceta de Lima* llegue á sostener que se me habían enviado instrucciones expresas en ese sentido, y aun podrá decir, no lo extrañaría, que lo del casamiento es obra también del señor de Abascal.

—Bien puede ser, excelentísimo señor; pero hoy por hoy, lo que hay de cierto es que si ese matrimonio se hace con el permiso de V. E., los de Lima sabrán muy pronto y escribirán á Madrid lo que andan ya diciendo los parientes de la novia.

—¿Y qué andan diciendo?

—Que la familia de Malsira ha impuesto condiciones.

—¡Condiciones! ¿Á quién?

—Al señor Coronel.

—¡Hola! ¿Qué condiciones son esas? Me gustaría saberlas.

—De comprometerse solemnemente, bajo palabra de honor, á no volver á combatir contra chilenos en este reino después de casarse.

—¡Bah! Alguna nueva calumnia, Capitán; eso no puede creerse!

—Mi General, lo sé de muy buen origen; acaba de decírmelo don Jaime Bustos.

—¿Y dijo á usted que Laramonte ha aceptado la condición?

—Por escrito, mi General, y agregó que el papel está en poder de la señora de Malsira.

«¡Ahí estaba el camino de salida!» Osorio se lanzó en él como el que quiere recuperar el tiempo que ha perdido buscándolo por entre zarzas y matorrales.

—¡Eso tenemos! ¿Cómo no lo decía usted? ¡Pero esa es una conspiración en regla para burlar mi autoridad!

Su acento era ya el de jefe supremo del Estado. Los ojos fulminaban la amenaza. Con la satisfacción de haber encontrado un camino honroso para rendirse á las razones de San Bruno, dominaba el despecho verdadero que le producía aquella revelación. En completa posesión de sí mismo hablaba con la autoridad de hombre seguro de su fuerza, contento de poder mostrarse enérgico en presencia

del feroz Capitán. « Los que no parecian dispuestos á acogerse á su benevolencia sentirian el peso de su justa indignación. Lo haria sentir á don Jaime Bustos, á la familia de Malsira, al coronel Laramonte, á todos los que hubiesen sido partícipes en tan feo engaño. Cada uno recibiria su castigo según el grado de su falta. Seria benévolo con otras familias de insurgentes, porque aquella ocurrencia no podia cambiar su política de conciliación; ¡pero los que habian querido engañarlo verian que nadie lo aventajaba en energía cuando era menester! »

—Por pronta providencia, el permiso de casamiento que habia concedido de palabra lo negaré por escrito, dijo sentándose al escritorio con aire resuelto.

Al lado de la solicitud del Coronel vió la hoja en que habia escrito su primera providencia. Las dos líneas se trasparentaban al través del papel, cortas y paralelas como dos mitades de una compañía que marchan de frente. Don Mariano, haciendo esta comparación militar, leia sus dos versos, sin necesidad de dar vuelta al pliego:

« Antes que el amor se pase
Que el ocurrente se case. »

« ¡De buena se escapaba! ¡Si no hubiese llegado San Bruno tan á tiempo, en qué atolladero se veria metido! » El ánimo, con esta reflexión se le tornaba ligero. La dulce sensación del que ha escapado de un peligro lo reconfortaba como un vaso de generoso vino y le devolvia su inclinación picaresca á la burla literaria. En verso habia estado á punto de otorgar la licencia, pues en verso la negaria.

—Va usted á ver, Capitán, que haré sentir al señor Laramonte la gravedad de su falta. Y se la haré sentir en verso, para que vea que conservo mi tranquilidad, que procedo con justicia y no con ira.

Sobre la misma hoja, sobre las líneas que se traslucian, escribió sin mucho tardar:

Por oculto compromiso,
De parte del ocurrente,
No se concede el permiso
Y se arresta al delincuente.

—¿Qué tal? Esa estrofa anula el permiso que yo habia concedido verbalmente, y nada falta en ella: considerando, resolución y castigo, todo va en las cuatro líneas.

Volvió á leer en alta voz, con el doble orgullo de autor y de jefe severo, que no transige con la disciplina:

No se concede el permiso
Y se arresta al delincuente,

se quedó repitiendo, como si saborease su producción, como si la musa, con sus dedos rosados, le acariciase la frente. Se figuraba dejar atónito al Capitán.

Pero San Bruno se curaba del talento poético de su jefe como de las moscas que volaban por el techo de la pieza. Lo importante para él era haber traído al Presidente á buen camino, haberlo obligado á que hiciese acto de atrición y se arrepintiese de sus boberías de política conciliadora. El momento le pareció propicio para insistir.

—Entonces, mi General, podremos seguir adelantando el sumario.

De ese objetivo no se había apartado su pensamiento. Mas en aquel combate de autoridad don Mariano no quería rendirse á discreción. Habría creido desprestigiarse á sus propios ojos si cedía á San Bruno en lo del sumario. Era hombre de términos medios, y concluiría por una transacción.

—El sumario vendrá á su tiempo: ya veremos. Mientras tanto, vamos á lo más urgente. Es preciso impedir á toda costa ese casamiento, no sea que confabulados los Malsira con Laramonte, y pretextando éste mi autorización verbal, precipiten la ceremonia y quedemos burlados.

En su interior, San Bruno se rió de ese fuego de neófito, de esa precipitación de hombre nervioso, que ahora se afanaba por impedir lo que antes le parecía de la más alta conveniencia. Pero ya que el jefe se obstinaba en suspender el sumario, él se aprovecharía de la disposición de su espíritu para hacerle asestar otro golpe á la odiada familia de insurgentes.

—Impedirlo es fácil, excelentísimo señor; bastaría arrestar desde luego al señor Coronel. Pero eso no es conjurar el peligro, es únicamente aplazarlo.

—Pero hombre, ¿dónde ve usted un peligro? ¿de qué peligro habla usted? exclamó don Mariano volviendo á pasearse impaciente.

— El peligro de dejar al señor Laramonte en Chile, excelentísimo señor, irritado con V. E. y á quien rodearán

con más empeño ahora los insurgentes para sacar partido de su encono.

Osorio miró al Capitán con una mezcla de admiración y de miedo.

Aunque nuevo y osado, el pensamiento lo sedujo. Ese cerebro de granito, que adivinaba las flaquezas humanas, habia hecho el diagnóstico del malestar de su alma. Con ojo certero le señalaba su mal, el punto que sentia dolorido y le presentaba el remedio, violento y doloroso, pero el remedio único que podria darle alivio. Eso de que hubiese peligro en dejar á Laramonte en Chile, le pareció una idea de profundo político. Ella respondia á la íntima mortificación que germinaba en su espíritu, desde que se habia visto precisado á sacrificar al Coronel. Una especie de remordimiento temeroso lo habia asaltado. La presencia de su víctima á todas horas, seria un suplicio insoportable. Alejarla, era arrancarse la espina punzadora. Pero, ¿cómo, con qué pretexto? Para no incurrir en la responsabilidad de tal perfidia, hizo explicarse á San Bruno; que todo viniese de él.

— ¿Qué entiende por peligro de dejar en Chile al Coronel?

Como la fatalidad, el Capitán perseguia su fin, exento de esos escrúpulos. El no temia ni los compromisos, ni los remordimientos. Con su palabra lenta y su voz de bajo sin inflexiones ni pretensión á la elocuencia, explicó su pensamiento. « Un jefe prestigioso en el ejército, simpático á los insurgentes, enconado contra el mandatario supremo del Estado, era un peligro para éste y para la tranquilidad pública. Los insurgentes lo rodearian y agazajarian. Su amor burlado lo empujaria al bando de los enemigos. El les daria el valor de conspirar y la esperanza del triunfo sin la que hoy vivian amilanados. El remedio á ese mal inminente era hacer salir al Coronel del reino, alejarlo con un buen pretexto. »

— Pero, hombre, ¿qué pretexto?

El Capitán habia traido á don Mariano á formular esa pregunta para hacerle tocar la dificultad y dar mayor fuerza convincente al medio de solución que tenia pensado de antemano. « El pretexto, por una feliz coincidencia, dijo San Bruno, venia á ofrecerse como si se le hubiese preparado de intento. El Presidente se habia ocupado en aquel tiempo de organizar un destacamento de tropas para en-

viar como refuerzo al Virrey del Perú. Chile, dominado ya, podia devolver á la Metrópoli del Rimac una parte de la fuerza empleada en la reconquista. ¿Qué puesto más honroso que el de jefe de esa tropa, que llevaba el prestigio de la victoria? Invistiendo de ese cargo al coronel Laramonte, se le conferia una distinción en vez del agravio, que seria un arresto. Con tal nombramiento se acallarian también las criticas de émulos y de enemigos, si llegaba á divulgarse la noticia del proyectado matrimonio y del permiso verbal con que contaba Laramonte ».

Todo concurria, pues, para la más feliz y la más completa solución de la dificultad. Con el ruido de su voz monótona y profunda de máquina chancadora, que todo lo aplana y tritura, San Bruno hipnotizaba al General, reducia á polvo las objeciones con que á veces lo interrumpia y le presentaba su plan, como la superficie llana donde ningún tropiezo podria detenerlo, ninguna calumnia alcanzarlo. No tardaron ya los dos hombres en llegar así á un acuerdo común. Ambos apartaban un obstáculo. El General, un obstáculo á su tranquilidad con la presencia de un compañero de armas á quien sacrificaba, de un subalterno independiente y temerario, que podia arrastrarlo á cometer errores irreparables, so pretexto de conciliación y olvido. San Bruno quitaba de su camino á un rival temible en el espíritu del jefe, á un protector de insurgentes que lo cubria con su sombra de superior jerárquico. y lo humillaba con su altivez. Fácilmente concertaron entonces las medidas de ejecución. Ellas debian ser rápidas y tenebrosas como el espíritu que las habia concebido. Don Mariano se entregaba á esa voluntad superior á la suya. descansaba en esa fuerza que parecia tener algo de los misterios, como tenia las crueldades ciegas del destino.

XLVI

El espíritu velador, el demonio que sentia Sócrates anidarse dentro del pecho, no dió paz, sin embargo, al reconquistador del reino. Apenas hubo salido el Capitán de la pieza, nuevos temores surgieron á su espíritu; diablillos fantásticos, que venian á mostrarle, bailando su zarabanda endemoniada que habia cometido una ligereza imperdonable. «Bien podia don Jaime Bustos estar equivocado, ha-

ber comprendido mal, y no existir sino en su imaginación el tal compromiso de Laramonte. Con esa credulidad infantil, de la que jamás se curan ciertas almas cándidas porque tienen una dosis de inocencia mayor que la del común de los mortales, podia el Marqués haber creido la invención de alguno de los interesados en el casamiento. Y mientras tanto, su acuerdo con San Bruno tenia su principal justificación en la existencia del compromiso ». Don Mariano buscaba como tranquilizarse. « Aun era tiempo, se dijo, con la sensación calmante del que respira después de haber corrido, aun era tiempo de remediar el mal, de evitar una crueldad de la razón de Estado, modificando las duras medidas concertadas sobre esa hipótesis, que ahora le parecia dudosa ».

Inmediatamente confió á José Retamo la misión de ir á llamar á don Jaime, usando de la mayor discreción para evitar que alguien propalase la noticia y se alarmasen los parientes. Era preciso conducir todo aquello con gran cautela, el tea-con-ten era más indispensable que nunca.

Don Jaime no se hizo esperar. La chistosa charla del del mulato le habia hecho comprender que en palacio se le esperaba con amable impaciencia. Alguna sorpresa agradable que sin duda le preparaba el excelentisimo señor Presidente.

— Vaya usted calladito, señor Marqués, no le diga á nadie que he venido á llamarlo, después me dará las albricias.

Don Mariano lo recibió con amable familiaridad. « Él podria sacarlo de una duda. Se andaba corriendo que el coronel Laramonte se habia comprometido para no volver á tomar las armas contra los chilenos si se le concedia la mano de la señorita Trinidad. Él, Osorio, comprendia perfectamente una promesa de ese género, pero era menester ser cauto ». Con un chiste, para no alarmar á don Jaime, ilustró su pensamiento. « Un cura de aldea, muy truhán y picaresco de ingenio, á quien una muchacha se quejaba de que su galán no queria cumplirle la palabra de casamiento, preguntó á la afligida: « ¿En qué circunstancias te hizo esa promesa? » La chica, sin contestar, habia bajado los ojos, encendidas de grana las mejillas. « Anda, tonta, yo absuelvo al mancebo, no hay más que un san Antonio » habia dicho el cura. »

Don Mariano se reia á carcajadas de su propio cuento.

Entre hombres podian contarse esas cosas. El Marqués lo acompañó en su risa, celebró mucho el chascarrito y se penetró de la moraleja.

— No ve usted, mi amigo don Jaime, no hay que fiarse en promesas hechas al aire, eso lo digo á usted para su gobierno y por el interés que me inspira. ¡Cuidado, que en materia de amor, el juramento se lo lleva el viento!

— Por eso, excelentísimo señor, yo exigí compromiso por escrito, yo sé lo que son esas cosas.

Lo decía con orgullo. Así vería el Presidente á quién asociaba á su política.

— Hizo usted muy bien; hombre prevenido nunca fué vencido.

— Justo, excelentísimo señor.

— Entonces el Coronel ha dado promesa por escrito.

— Solemne, bajo palabra de honor. Yo mismo recibí el escrito y se lo llevé á mi hermana.

— Oiga usted; bueno será no decirlo. Así nadie tendrá que murmurar. Laramonte es hombre de honor y siempre respetará su firma. Eso basta para ustedes.

— Es lo que yo pienso, excelentísimo señor.

Con esto, la conciencia del General perdió toda inquietud. Por su parte, don Jaime salió felicitándose de haberle hecho tragar la píldora con gran suavidad. « Donde él se figuraba recibir reproches, cosechaba alabanzas. Con todas sus ínfulas, el oidor no habría tenido esa habilidad ». Así reflexionaba por la calle, andando con paso ligero hacia su casa. Mientras tanto, en pocas horas, la noticia del casamiento de Trinidad era ya del dominio público. En su marcha lo notaba el Marqués. Á cada instante los amigos lo detenian y cumplimentaban. Querían saber los pormenores de aquel acontecimiento extraordinario, que era una promesa de concordia y de unión para la dividida familia chilena. Cada uno de los que preguntaban ponía la curiosidad sobre las espaldas de su esposa. « Las mujeres son tan curiosas, decían, y como casi nunca salen de la casa, hay que llevarles noticias ». Don Jaime respondía sin negar el hecho, con reticencias y reservas de consumada diplomacia y continuaba su marcha triunfal, contento de la vida, sintiéndose fuerzas de cariátide para soportar sobre los hombros su obra colosal de la completa pacificación del reino.

Entre los miembros y allegados de la familia de Malsira,

la emoción era grande. Las mujeres se interesaban en esa historia de sentimiento y de constancia, flor perfumada y rara que nacia en el árido peñón de la existencia colonial. Los hombres saludaban la posibilidad de una conciliación, que borraria las inquietudes de la hora presente, haria cesar los procesos, las contribuciones y préstamos forzosos, permitiria sembrar y cosechar en paz.

Pero los más agitados con el suceso que se preparaba eran los tres hijos de don Francisco Carpesano. Desde la mañana, se habian repartido las atribuciones de cada uno para preparar el esquinazo que se proponian llevar en la noche á casa de doña Clarisa. Lucho contrataria á Guitarrita, el mulato cantor, sin el cual no habia fiesta posible en la aridez de recursos artísticos de que sufria la capital. Lucho también compraria la mistela y el gloriado en el despacho de dulces y licores que las hermanas de Guitarrita, tipos acabados de esa raza perdida hoy en Chile, sostenian con brillo sin rival. Las mulatas Zúñiga, bautizadas por prima Catita y prima Cleta « mulitas caleseras », á causa de gran semejanza, poseian secretos especiales para hacer los huevos chimbos y los huevos moles, las tostaditas rellenas y las llamadas de las monjas, el pan de huevo, los dulces de *alcayota* con puntas de almendra, la infinita variedad de los dulces de almibar. Á esa especialidad unian la de los licores y refrescos, la aromática mistela y el gloriado, el ponche en leche y la orchata con malicia. Lucho hizo provisión de manjares y bebidas para animar la fiesta que los hermanos se habian propuesto improvisar en casa de doña Clarisa. Pepe, que como gran aficionado á la pirotécnica, se habia creado cierta celebridad desde niño prendiendo á Judas apenas la iglesia cantaba « Gloria », en la Pascua de Natividad, y que con más ardor que nadie seguia al Santísimo á caballo tirando voladores, los domingos de Cuasimodo, se encargó de llevar varios paquetes de cohetes para prender en el patio durante el esquinazo, entre las estrofas de las tonadas que habia de cantar Guitarrita. Por fin, Beno acompañaria á doña Panchita con su rebaño de siete muchachas, las siete cabras como las llamaban en Santiago, apodo inventado por prima Catita y prima Cleta, que se desesperaban con la ruidosa alegría, los saltos y los juegos que aquella cohorte de chicas desbordantes de salud y de agilidad, llevaban consigo por doquiera.

Por todas partes en Santiago, se alababa la constancia de Trinidad Malsira, se le trenzaban las coronas que aguardan siempre al que triunfa. Las niñas Reza la tomaban como ejemplo, la citaban, hablando con las amigas, como una prueba de heroica fidelidad. Prima Catita y prima Cleta, que siempre la habian tratado de « tonta, que se lleva llorando por un hombre », reconocian al fin, cuando se encontraban solas, que « Trinidad habia hecho muy bien en no dar su brazo á torcer. Ellas, en su caso, hubieran hecho lo mismo », se decian en voz baja, buscando en el techo la sombra amiga del que la peste de viruela habia arrebatado prematuramente á la ternura de Cleta. Y todas querian ver á Trinidad, todas esperaban la noche, con femenil impaciencia, « para ver qué cara tendria ». Ella aguardaba con la dulce vaguedad del pensamiento que se aduerme en un limbo rosado de esperanza satisfecha. Habia querido que Luisa la acompañase todo el dia. Por primera vez sentia su alma la plácida quietud del que ha hecho entrar su frágil esquife en la bahia, al través de las violentas olas del temporal. Con su profunda fe cristiana, que la felicidad convierte en poesia de gratitud inefable, pareciale que el cielo premiaba su perseverancia, esa fuerza de los débiles en las luchas de la vida. Su imaginación, como las alondras, emprendia el vuelo hacia las alturas, entonando un canto de júbilo en una ferviente acción de gracias á la Virgen, por la inmensa ventura que le deparaba. Pero su alegria no era ruidosa ni expansiva. En el vasto espacio de la felicidad conquistada, su mente se concentraba en vitalidad y en silencio religioso, un silencio de armonía que apenas osaba turbar, con el infantil temor de que hablando de su dicha, el destino, esquivo siempre, podria desviarse de ella. Más que las palabras, era su actitud contemplativa, eran los cariños enternecidos que de cuando en cuando, en arrebatos de contento, prodigaba á su prima, era el brillo de sus ojos azules, radiantes de juventud, el sano color de las mejillas, la sonrisa fácil y discreta, lo que revelaba la reverberación y el esplendor de aurora, en que esa alma llena de amor, respiraba la plenitud de la existencia. No tenia impaciencia, no le parecia lento el curso de las horas. Se imaginaba que la hora de la visita, era un momento solemne de la vida que no debia acelerarse, que era mejor dejar venir lentamente, con su majestuoso paso de felicidad segura. Asi atravesó, en un éxtasis consciente, hasta la noche. Vivia en otra re-

gión, que no es la tierra; maquinalmente tomaba parte en la conversación, revistiendo con las sonrisas del alma, los objetos familiares que la rodeaban. «¡Ahí mismo habia sufrido y desesperado! ¡Nunca debe dudarse de la bondad del cielo»! Muchas veces, buscando pretextos, pasaba delante de la Virgen, colocada sobre una mesa de arrimo, la misma Virgen á la que habia contado sus cuitas en las horas de tribulación, y la Virgen tenia cada vez una mirada de bondadosa simpatía, que le penetraba el alma y hacia resonar en ella un coro de rendidas alabanzas, de gratitud infinita!

Durante la comida, á la que habian asistido don Jaime y sus dos hermanas, Trinidad, grave y modesta, cubierta con el pudor de su felicidad como con un velo nupcial, evitaba cualquiera manifestación de alegría para no ofender el pesar que divisaba en la mirada de su madre. Por lo demás, la comida tuvo muy poca animación. Prima Catita y prima Cleta, con los labios fruncidos, no abandonaban su aire usual de resentimiento meticuloso. Creian que algo se les ocultaba todavía, é intercalaban, cuando podian, sus frasecitas puntiagudas y cortantes. Les fastidiaban en sumo grado las entradas y salidas de Alpe, que en su desolación de animal herido de tristeza, andaba por los rincones, buscando al compañero desaparecido, con el afán melancólico de una pesquisa infatigable. Interpretaban como hipocresía la tranquila compostura de Trinidad, y se decian entre ellas, con miradas entendidas, con levantamientos de cejas, significativos, que Cleta habria tenido una actitud mucho más digna, si la catástrofe aquélla, la de la terrible epidemia, no les hubiese quitado la ocasión de manifestarlo. Don Jaime, con su deseo de ser siempre agradable y de ver á su alrededor semblantes alegres, habia procurado al principio dar alguna animacion á la comida. Pero la vaga tristeza del aire ambiente, lo habia penetrado luego y hécholo caer en una grave preocupación. En la noche, cuando todos estuviesen reunidos, el tendria que dirigir á los de la familia, en tono muy natural, bien entendido, algunas palabras alusivas á las circunstancias. El presentimiento de que el oidor Malespina, con sus maneras de oráculo infalible, le arrebataria la palabra, turbaba en su mente la franca incubación de las frases que se empeñaba en componer. A los postres, sin embargo, ya tenia en la imaginación el bosquejo de su discurso: «Con apariencias modestas, importante aconteci-

miento; la política de conciliación á la que el Presidente había tenido la bondad de asociarlo; lazo de unión; prueba de la importancia de la familia»; y para concluir, algún cumplimiento á los novios. Pronunciada la alocucioncita se sustraería á los parabienes de los menos envidiosos, para ir á buscar á Violante de Alarcón y al novio, como estaba convenido.

Á las oraciones, los parientes empezaron á llegar. Los elegidos eran pocos. Encapados y fumando, en grupos de dos ó tres los hombres, hacían resonar sus *aclarados de pecho*, con el catarro inveterado de los fumadores, al atravesar el patio. Los últimos fueron los de la tertulia de la trastienda, porque don Francisco Carpesano no había querido *dejar de abrir* á fin de evitar comentarios en la ciudad. Don José María Reza, don Manuel Cardenillo y los tertulios lo acompañaban. Las conversaciones eran en voz baja, con la satisfacción discreta de hombres importantes. Hablaban de las siembras y de las engordas, evitando la política. Don Anacleto Malespina, llegado de los primeros, para que los demás se acercasen á saludarlo, sentado sobre un gran taburete, frente á las señoras, pontificaba. Don Jaime, con la inquietud del que espera un momento de silencio para decir un brindis en una comida, contestaba distraído á las preguntas que solían dirigirle. Únicamente don José María alzaba su voz sobre el ruido sordo de las conversaciones, interrumpía al oidor para contar alguna nueva gracia de los mellizos, hacía indiscretas alusiones á la visita que se esperaba, y para mostrar á Trinidad que él no se andaba con tapujos y que era chistoso cuando quería, se acercaba á ella, con el pretexto de encender un cigarro, y le decía al oido:

— ¡Cómo estará ese corazoncito! brincando como potrillo, ¿no?

Mientras tanto, el tiempo avanzaba sin que viera llegar don Jaime un momento de silencio para anunciar con un discursito familiar la próxima visita del Coronel. Don José María Reza hacía notar á don Manuel Cardenillo y á otros, la visible inquietud del Marqués.

— Don Jaime quiere decirnos algo; ahí anda, como gallina que quiere poner un huevo, buscando donde sentarse, para tomar la palabra.

Don Jaime se decidió por fin, y comenzó á dar tosecitas significativas, preparándose la voz.

— ¡Válgame Dios, ya va á poner! dijo don Pepe á su vecino.

— Señores, pronunció con emoción don Jaime, bueno será que yo les explique para lo que nos hemos reunido, aunque ustedes lo supondrán.

Las conversaciones cesaron. Varios de los concurrentes, los que se creían graciosos, se pusieron á mirar á Trinidad, enviándole sonrisitas entendidas y discretas. La chica, con las mejillas encendidas, bajó la vista. Al mismo tiempo don Jaime vió la mirada del oidor, que se fijaba en él con un fruncido de párpados desconcertador. ¿Quién es el impertinente que interrumpe así? le pareció que decía esa mirada, y vió agitarse al mismo tiempo la caja de polvillo entre los dedos descarnados de don Anacleto.

— Sí señor, todos sabemos de lo que se trata, exclamó don José María. ¿Para qué estamos con cuentos, pues? Aquí nos encontramos en familia, no hay para qué andarse con tapujos.

— Pero tal vez nuestro amigo don Jaime tiene algo de nuevo que comunicarnos, interpuso magistralmente el oidor, impaciente con la petulancia de don Pepe.

— Era para decirles que vamos ahora luego á poner el sello á una negociación que, aunque de apariencias modestas, es un importante acontecimiento. Mis débiles esfuerzos...

Pero las últimas palabras de don Jaime se perdieron en el ruido de trompeta que hacía el oidor para sonarse con su gran pañuelo de algodón.

— Yo soy testigo de ellos, dijo dándose los últimos golpecitos en la nariz, porque he presenciado los esfuerzos de nuestro amigo; pero el convendrá con nosotros que es mejor no meneallo. ¿No le parece, señor don Jaime?

El Marques, mohino, se encogió de hombros, y el oidor continuó sin esperar su respuesta. «No convenía tocar un asunto en el que había que tomar en boca al señor Presidente. Todos conocen su interés por Chile, su gran política de conciliación, de la que en este caso ha dado insignes pruebas. Pero era más conveniente no hablar de eso, porque cuanto se roza con las autoridades es ocasionado á comentarios y á suposiciones.» Hablaba á media voz, en tono confidencial, con movimientos de cabeza llenos de subentendidos. No importaba que los demás ignorasen los esfuerzos hechos por don Jaime, ni sobre que habían versado

esos esfuerzos. Él los conocia, y dejaba entender que él los habia inspirado y dirigido. Eso debia bastar. Salvo don José María, que anotaba cada frase del oidor con alguna crítica pronunciada entre dientes, los demás le atendian con deferente recogimiento. El asunto tomaba para ellos proporciones de un suceso político, que iba á cambiar la faz del país, que pasaria á la historia. Los novios se divisaban apenas en el magnífico cuadro de grandeza subentendida, pasaban al plano más apartado, eran valores secundarios en la gran tela donde de cuerpo entero y de frente, dominaba la rígida figura del oidor.

Trinidad, mientras tanto, lo escuchaba sin oirlo. Nada le importaba aquella charla insípida, nada la glorificación de la gran política presidencial, ni la nube de incienso en que se envolvia el oidor, relegando á don Jaime á la modesta penumbra donde se coloca á los comparsas en un proscenio. La monotonía del discurso la arrullaba como un canto de nodriza que hace dormir á un niño. Llegaba á sentir gratitud por aquel grave personaje, que distraia la atención de los demás y la dejaba aislarse, con su egoismo de enamorada, en la solemne majestad de la expectativa. Sentia la voluptuosa pereza del que se despierta de un sueño poblado de fantasmas y ve la luz del dia, la tranquila realidad de las cosas, la inmovilidad consoladora de los objetos que distingue la vista. En aquel instante de felicidad, cuando unos pocos momentos la separaban solamente de la presencia de Hermógenes, sentia una ternura compasiva al evocar sus pesares, algo como la lástima que se tiene por los pobres y los desvalidos. Se divisaba en los dias de llanto y desconsuelo. « ¡Cómo habia tenido fuerzas para resistir, para no morirse en la oscura noche de las horas sin esperanza! De esa horrenda prueba se habia levantado radiante, subia al cielo, después del martirio, purificada por la expiación. ¡Bienaventurados los que sufren! » El dolor, como un arado fecundante, después de romperle el alma con la acerada punta, hacia brotar las flores, convertia en un jardin este valle de lágrimas. Desde las alturas ideales en que su alma desplegaba las doradas alas de la ilusión, con la embriaguez de las aves por el espacio infinito, su pensamiento se mezclaba, sin embargo, á la vida que se movia en torno suyo. Veia á Mañunga pasar el mate á los convidados, envuelta en su rebozo, veia á otra criada con la gran bandeja de platillos de cristal, servir

dulce de almíbar, veía las nubes de humo que en su incesante fumar lanzaban los convidados. En medio de esa contemplación maquinal, un cuidado importuno, como nota discordante, vino á turbar la plácida armonía de su perfecta beatitud. « ¿Por qué no se marchaba su tío en busca de Hermógenes? Ya era cerca de las nueve y se quedaba ahí oyendo la voz del oidor, que caía en el silencio de la sala, continua y monotona, como si fuera el chorro del pilón de San Agustín. ¿Por qué no se iba, en vez de llevarse moviendo sobre su silla como si todas las posturas le pareciesen incómodas? »

Don Pepe se interpuso entre su pensamiento y don Jaime. So pretexto de encender un cigarrillo, se había acercado á él y le hablaba como en secreto.

— Mire amigo, si espera que el oidor tome resuello, puede quedarse aquí hasta mañana. No sea tonto. Vaya no más á buscar al novio; cuando vuelva con él tendrá don Anacleto que parar el molino. Hacerlo callarse ahora, sería lo mismo que tirar un burro de la cola, ¿no ve? ¡para qué estamos con cuentos!

El tiempo había transcurrido, en efecto, sin que don Jaime se diera cuenta de ello. Desde el principio había esperado que el oidor le cediese la palabra. La observación de don Pepe le trajo á la realidad. Eran ya más de las ocho y media, hora en que él debía encontrarse en casa de Violante.

— Tiene razón don Pepe, mejor es que me vaya.

Trinidad le vió salir, andando sobre las puntas de los pies, con precauciones de hombre tímido, para que no se fijase la atención en él. Y volvió la chica á sus devaneos fantásticos, al trinar de ruiseñor de su fantasía. Saludaba la aurora naciente del plazo que iba á cumplirse, la larga noche que huía con sus tinieblas, la bondad infinita de la Virgen, que la dejaba llegar al fin de la jornada, olvidándose ya de las asperezas y de los abrojos del camino.

Para quitar oyentes á don Anacleto Malespina, don Pepe había organizado una mesa de malilla. En torno de ella habían ido juntándose, poco á poco, la mayor parte de los caballeros. Prima Catita y prima Cleta, muy dignas, con su aire de personas que se figuran estar de más, afectaban no querer mirar hacia donde se hallaban los hombres, mostraban con el fruncimiento de los labios que no tenían necesidad de ellos para nada. El oidor había quedado reducido á

no tener más oyente que doña Clarisa. Trinidad hablaba en voz baja con su prima. El nombre de Abel resonaba en la conversación discreta, como el de una persona que estaba ahí cerca, que podía tomar parte en sus proyectos. Los planes de nueva existencia, que son el descuento con que el corazón impaciente quiere anticipar el goce de su nuevo tesoro de felicidad, surgían como inesperadas sorpresas. Trinidad sentía ahora un deseo imperioso de no contar el tiempo, de conversar incesantemente para impedir que su pensamiento midiese la duración excesiva de los minutos. Siguiendo con la imaginación á don Jaime, viéndolo entrar á casa de Violante, sostenía con empeño la conversación, que Luisa, con su mirada de persona indiferente, dejaba languidecer. Con cariñosa instancia le pedía que tuviese confianza en ella. «En aquel momento debería colmar su felicidad saliendo de su reserva. A ella, su mejor amiga, que la quería como á una hermana, ¿por qué tratarla como á una extraña?» Luisa se defendía con naturalidad, sin calor ni afectado disimulo.

— Así será, pues; me habré equivocado, dijo Trinidad. ¡Yo estaba tan contenta con la idea de que estuvieses enamorada de Abel!

— Ni de Abel ni de nadie, no estés con esas suposiciones.

Á la mirada incrédula con que Trinidad recibió la respuesta, Luisa, como quien da la prueba de lo que asevera:

— Tú sabes muy bien cuál es la pasión de Abel. ¡Nunca disputaría yo á otra el amor de un hombre!

— Lo cierto es que yo no podía comprenderlo, repuso Trinidad pensativa. ¡Cómo me hablaba á veces de ti con tanto entusiasmo! ¡Cualquiera se habría figurado que te quería!

Después de esto se quedaron calladas. Con su indiferencia desdeñosa, con su majestad de mujer inaccesible, que tiene la voluntad de conservarse independiente, Luisa imponía la reserva. Trinidad se vió entonces obligada á contar la marcha del tiempo. En la sala, los jugadores de malilla discutían las jugadas del último *solo*, mientras la *mano* barajaba las cartas. Mañunga continuaba sirviendo mate.

Prima Catita y prima Cleta habían consentido en mezclarse á la conversación del oidor con doña Clarisa, después de hacerse rogar; «á ellas no les gustaba ser entremetidas». Don José María Reza se había levantado ganando,

contento de su buena suerte. Con frecuencia se acercaba á Trinidad, sonriéndose maliciosamente, y al oido le repetia su pregunta, que él creia muy salada:

— ¿Y ese corazoncito? ¡Como potrillo chúcaro, seguro que está saltando! De balde disimulas, á mí nadie me la pega. Eso pasa por enamorarse, ¿no ves? Lo mismo le pasaba á la Panchita.

Pero nada de eso impedia á la chica notar que eran ya las nueve, la hora de la visita. Y mentalmente calculaba: el tiempo para que don Jaime hubiese llegado á la casa, el tiempo empleado en saludarse con Violante y Hermógenes, que estarian prontos, esperándolo, luego el necesario para la vuelta. Ya deberian estar entrando. A cada momento se le figuraba oir ruido de pasos en el patio, mezclado con el sonido metálico del sable que Hermógenes llevaba pendiente del cinturón. Aunque Violante y don Jaime lo acompañaban, ella no veia entrar sino á Hermógenes, saludar apuesto y triunfante á su madre, á todos los demás con gallarda desenvoltura, y vencer, con la franqueza de sus maneras, la fria reserva con que sin duda lo recibirian. Después, ¡la dicha indecible! ¡Hermógenes vendria á hablar con ella! Un temblorcillo de emoción la estremecia con un extraño vértigo de altura, un vértigo que le turbaba la vista y el pensamiento.

Pero nadie llegaba. Los minutos empezaban á tener la duración de las horas de expectativa, cantadas por el poeta: «¡Qué largas son las horas del deseo!» Lentamente con asechanza traicionera, al temblorcillo de emoción, venia á mezclarse un miedo vago, una aprehensión absurda de temor informe, que daba remedos de sonido sarcástico, de burla disimulada, á las voces de los jugadores de malilla en su sempiterna discusión sobre *abarrotes*, *embarques* y *renuncios*. Era un malestar indefinible, que le hacia encontrar fastidioso el vaivén de Mañunga sirviendo mate, y percibir el ruido de sus talones de china pesada, sobre los ladrillos de la sala que no estaban cubiertos por el petate del estrado. La voz del oidor, con su continuo resonar de chorro de pilón, la mortificaba también. Le parecia insoportable y ridículo el gesto fruncido de dignidad con que prima Catita y prima Cleta cabeceaban mecidas por el *run run* de don Anacleto. Y otros y otros minutos pasaban, como las largas horas del deseo. Una agitación extraña de cerebro amedrentado la afiebraba entonces y casi prorrum-

pia en llanto cada vez que don Pepe, con su majadería de hombre sin cultura, con su pesadez de gracioso sin chispa, venia á repetirle sus agudezas:

— Desde aqui te siento el corazón que te salta como pescado fuera del agua. Eso te pasa por enamorarte, ¿no ves? Son los dolores y gozos, niña. El que quiere ser *este* que le cueste. ¡No se te dé nada, lo mismo le pasaba á la Panchita y ahora ya la ves gordita, teniendo mellizos!

El *tufo entabacado* que don Pepe le hacia sentir al hablarle al oído, añadia una mortificación física al sufrimiento moral de su creciente desazón.

En ese momento se hizo un gran silencio. Del lado de afuera, en el primer patio, se oia distintamente un sonido de vihuela, un punteado cadencioso como el preludio de una canción.

— ¡Esquinazo! ¡esquinazo tenemos! No hay que asomarse, dejen que canten.

Don Pepe asumia con estas exclamaciones la dirección de la escena y reprimia de ese modo á dos ó tres curiosos, que, al oir la música, habian hecho ademán de salir al patio.

Compacto, en la obscuridad, cerca de la gran ventana con reja de la sala, el grupo de los del esquinazo se habia colocado. Doña Panchita, que decia tener el estómago en un hilo, y las hijas hasta *la Sistina*, habian entrado, con sofocadas risitas, precedidas por Lucho, Pepe Carpesano y Guitarrita, mientras que Beno se deslizaba en el grupo femenil, á favor de las tinieblas de la noche, y se colocaba al lado de Quintiliana, burlando la vigilancia de la madre. Suponian que Laramonte se encontrase ya en la sala y que debia estar conversando con Trinidad en algún punto que no alcanzaban á divisar. Con gran dificultad conseguia Lucho que su tía y sus primas no se acercasen á la ventana con su ansia de ver á los novios. Era preciso conservar el incógnito hasta el último y los de adentro podrian reconocerlos al través de los vidrios. Pepe Carpesano habia colocado las provisiones de licor y dulces en el cuarto del zaguán y con un paquete de cohetes en la mano y varios otros en los bolsillos, esperaba las órdenes de Lucho. Beno se hacia chiquito para que doña Panchita no lo viese tan cerca de Quintiliana.

— Vaya, Guitarrita, que *corrompa* la música, dijo Lucho, blandiendo un bastón, como el jefe de banda que da la primera señal.

Zúñiga atacó entonces el preludio de la canción. La habian compuesto entre él, Lucho y Pepito para aquella circunstancia sobre varios modelos del sencillo repertorio corriente.

— Ya oyeron adentro, no hay que acercarse á la ventana, muchachas, dijo Lucho.

Era el momento en que don Pepe habia anunciado el esquinazo. En el silencio completo que dentro y fuera de la sala se habia hecho, la voz del cantor, con sus entonaciones nasales, empezó:

Me han contado que te casas
Con la prenda de tu amor;
Haces muy bien, niña hermosa,
Que para eso te hizo Dios.

Las últimas notas de la estrofa se perdieron en el espacio. Pepe encendió de un solo golpe su mechero, y lanzó al aire, con la mecha prendida, el paquete de cohetes, que atronó los ámbitos del patio con su fuego graneado de detonaciones. Un gran movimiento se produjo con esto en el alegre rebaño de doña Panchita. Las chicas saltaban con ruidosas carcajadas huyendo de los cohetes que estallaban cerca de ellas, y Beno, á favor de la confusión, aplicaba un ruidoso beso sobre el cuello de Quintiliana, que solamente cuidaba de defender las mejillas de este ataque.

— ¡Sosiégate Beno¡ que te va á ver mi mamita! le decia para contenerlo en su insistencia de no dejar *guacho* al beso, como él decia, por aplicarle un segundo.

En la sala, los hombres, con el semblante iluminado de alegria, aplaudieron la primera estrofa y la descarga pirotécnica que la habia seguido. Aun el oidor, abandonando su gravedad, dirigió algunos cumplidos de añeja galanteria á prima Cleta, que miró á prima Catita, como en demanda de púdica protección, por no ofender la memoria del malogrado víctima de las viruelas. Don Francisco y Reza cumplimentaban á Trinidad, y don Manuel Cardenillo los acompañaba con un suspiro de alegria. Don Pepe hablaba más alto que los otros en este coro de felicitaciones.

— Vaya, chiquilla, animate, pues; ya no tardará en venir el militar. Se ve que el mozo es entendido porque se hace desear; yo hice lo mismo con la Panchita y ya la ves con su par de mellizos.

Trinidad los miraba, haciendo violentos esfuerzos por sonreír, como ellos. Quería ocultar la negra angustia con que el espíritu fatalista de sus largos pesares le apretaba la garganta y le quitaba la respiración. La alegría de los semblantes, la necesidad de mostrarse serena, las felicitaciones que los parientes se creían obligados á dirigirla, todo redoblaba su tortura. No era ya la aprehensión absurda de informe temor, no era el miedo vago, que había empezado á desazonarla poco después de las nueve. Los minutos habían seguido, cayendo en el vacío del tiempo como los granos de una ampolleta, amontonándose con su silencio de fatalidad inflexible, que nada detiene. El miedo vago y la aprehensión absurda iban helándola de espanto, tomando la forma de realidad definida y tangible «¡Si Hermógenes no viniese! ¡Si algo hubiera pasado!» Rendido el corazón por la obstinada piedad de su profunda fe, se volvía hacia la Virgen con la fácil inclinación de la planta que ha cedido desde temprano al constante soplo del viento. ¡Ella, la piadosa madre de Dios, que había hecho el milagro de la reconciliación, no la abandonaría al pisar en la orilla del paraíso soñado!» En las notas de la vihuela, que resonaban fuera, hallaba casi un consuelo. «Esa música no podía llegar á convertirse en burla. Los que venían á dar el esquinazo sabían sin duda que Hermógenes no tardaría en llegar».

Guitarrita, animado por las chicas y por los mozos, empezaba la segunda estrofa:

Como nuestro padre Adán,
Que con Eva se casó,
Es bueno que todos amen
Y que se casen, mejor.

En coro, las chicas, y hasta doña Panchita, repitieron, siguiendo la entonación de Zúñiga:

Y que se casen, mejor.

Pepe Corpesano lanzaba al mismo tiempo el segundo paquete, y entre el ruido infernal de las detonaciones, Lucho y Beno gorgoriteaban la última palabra, con contorsiones grotescas de voz, que produjeron una risa general tanto en el patio como dentro de la sala.

— Seguro que son sus hijos, don Francisco; ¡qué mucha-

chos tan diablos! dijo don José María Reza á Carpesano, pero hay voces de mujeres también.

— Serán las de su casa, don Pepe.

— No sea bueno, hombre, las dejé cosiendo y contando cuentos: ya se habrán acostado *cuanto ha*.

En el patio cesaba la algazara con los acordes de la tercera estrofa, que entonó Guitarrita con su afectada pronunciación de mulato:

Y aunque ser el preferido
Me gustaría ser yo,
Con tal que tú estés contenta
Yo por contento me doy.

Nuevo coro, más animado y más gorgoriteado que el anterior. Nuevo paquete de cohetes que Pepito lanzo al centro del espacio que ocupaban las chicas y doña Panchita. La confusión y la bulla subieron de punto en ese instante. Las chicas saltaban y gritaban amedrentadas huyendo de los cohetes, se dispersaban en todas direcciones. Esta evolución inopinada dejó en descubierto á Quintiliana, que flojamente resistia al segundo par de besos con que Beno queria sellar el fin del canto. Doña Panchita conoció entonces la imprudencia cometida y quiso reasumir su autoridad.

— *Mirá* atrevido, dijo á Beno, si no te sosiegas te voy á acusar á José María. ¡Así te irá con el!

Beno se excusaba con su largo noviazgo, y Quintiliana iba á colocarse al lado de su madre para calmarla.

Pero en ese mismo instante don Pepe, don Francisco Carpesano y don Manuel Cardenillo salieron al patio á convidar á los del esquinazo de parte de la dueña de la casa. Don Pepe tomó la palabra:

— Caballeros y señoras, la dueña de casa les ruega á ustedes que pasen para adentro.

Su voz se perdió en el ruido de las detonaciones de nuevos cohetes, que en ese instante lanzó al aire Pepito, gritando, como si estuviese á gran distancia:

— ¡Qué viva don Pepe María!

— ¡Que viva mi tatita! contestaron de Primitiva á Sixtina, las voces femeniles.

— Al reconocer á sus hijas, no supo don José María si amostazarse ó reirse. Ellas lo rodearon con grande algazara y lo hicieron optar por el último temperamento.

— Quítense de aquí, chiquillas de porquería, exclamaba don Pepe riéndose y tratando de separarlas de sí.

— ¡ No ve, pues, don Pepe ! bien le decía yo que eran las de su casa, observaba don Francisco Carpesano.

— Sí, pues, cosas de la Panchita. ¿Por qué no trajiste á los mellizos también ? decía don Pepe á su consorte, al ver su ruidosa prole llenar el patio con su número y vocería.

Entraron todos en tropel á la sala, haciendo gran ruido, jactándose de la ocurrencia de haber venido á dar un esquinazo. Las chicas, bulliciosas como bandada de *catitas*, rodearon á Trinidad. Todas hablaban al mismo tiempo.

— ¿Y tu novio ? ¿ qué se ha hecho ?

— Todos creíamos que ya estaba aquí.

— ¿ Cómo decían que llegaba á las nueve ?

— ¡ Bonita cosa, un novio que se hace aguardar !

Volvían sobre la misma pregunta, comentaban el atraso del Coronel, lanzaban máximas contra los hombres, « todos son así, muy amigos de hacerse *del rogar*, como si fueran tan gran cosa ». « Y no tienen por qué ser tan enterados, porque si las mujeres quisieran, siempre andarían muy mansitos ». Todas eran de opinión, que cuando Hermógenes llegase, Trinidad « se hiciese la enojada, y le echase una buena ronca ».

Trinidad, entre tanto, hacía esfuerzos inauditos para resistir á esa granizada de observaciones intempestivas, sin dejar que retratara su rostro la desesperación que la destrozaba. Ellas la acosaban con sus voces destempladas, con sus risitas agrias de envidia. Parecían disputarse el placer de clavarle sus malignas observaciones, de abrumarla con las dolencias de su interés hipócrita. Hubiérase dicho una bandada de niños que se gozaban en martirizar un animal herido, con la crueldad alegre de la infancia. Luisa la defendía y contestaba por ella. « Sabían de antemano que Hermógenes vendría tarde. Sin duda que si él hubiese sospechado los deseos tan vivos que ellas tenían de verlo, habría descuidado, por venir temprano, los deberes oficiales que lo detenían en el cuartel. » Con explicaciones por ese estilo, dichas en tono de broma, hizo pronto comprender á las Rezas que harían mejor en callarse.

A la sazón vino también en auxilio de Trinidad y de su defensora, el punteado de Guitarrita. Los Carpesano habían hecho servir la mistela y el gloriado, anunciando que fal-

taba una estrofa para concluir la tonada. Todos, hasta don Anacleto, habian pedido que cantase Guitarrita, á quién Pepe hizo beber un gran vaso de licor «para aclararle la voz». Algunos querian que empezase de nuevo. Otros eran de contrario parecer. En la discusión, nadie atinaba á consultar á la dueña de casa. Cierto era que doña Clarisa no parecia darse cuenta de la discusión, ni advertir siquiera el ruido exajerado de las voces que la sostenian. La triste señora leia en el rostro de su hija la horrenda lucha en que la duda arrancaba la esperanza de esa pobre alma angustiada. Sus ojos de madre divisaban en medio de los esfuerzos con que la chica se empeñaba en ocultar su desolación, la fuerza moral que se derrumbaba, la inquietud que habia convertido á ese ser delicado, radiante de felicidad hacia un momento, en algo como un despojo de tempestad, como un pálido cadáver de náufrago, arrojado sobre la arena por la furia de las olas embravecidas.

— A ver, ¿qué dice misiá Clarisa? la sacó de su contemplación dolorosa don Francisco Carpesano con su calma de hombre benévolo, pidiéndole que diriniese la disputa.

— ¿Qué cosa? dijo ella inquieta, cual si la hablasen de una catástrofe posible.

Don José María explicó el asunto anteponiéndose á los demás.

— Como les parezca, lo que ustedes quieran, contestó la infeliz, procurando también como su hija ocultar su amargo sinsabor, bajo las apariencias de la amabilidad.

Las dos últimas estrofas no más, decidió Reza. Bueno está el canto; pero no se trata de trasnochar, para qué estamos con cuentos.

Guitarrita, estimulado por el vaso de mistela, volvió á los acordes punteados, y cantó:

Y aunque ser el preferido
Me gustaría ser yo,
Con tal que tú estés contenta
Yo por contento me doy.
Y hasta le diré al feliz
Que te robó el corazón:
«San Pedro te la bendiga,
Puesto que Dios te la dió.»

Los mozos Carpesano, repitieron, como antes, el último

verso, con contorsiones vocales de la mayor alegría, y los demás, entusiasmados, aplaudían.

— ¡Al cogollo, échale el cogollo, Guitarrita! gritaron Lucho y Beno, mientras su hermano salía al patio y hacía estallar el último paquete de cohetes.

El cantor empezó entonces buscando la inspiración en el techo:

Señora doña Clarisa,
Cogollito de verbena,
Todos venimos ahora
Á darle la enhorabuena.
Sacuda de su dolor
La insoportable cadena,
Y verá que la alegría
Viene después de la pena.

Todos repetían los dos versos finales, con delirante alegría, entre el estampido atronador de los cohetes.

Lucho y Beno hacían servir gloriado y pedían « zamacueca ». Don Pepe protestaba, alegando que los mellizos despertaban siempre á esa hora « todos mojados » y que su madre debía estar con ellos para ver que mamasen bien y mudarles los pañales. Las hermanas Reza, desde Primitiva, hasta Quintiliana, rodeaban á Trinidad pidiéndole que, como dueña de la fiesta, se decidiese por la zamacueca. Pero ella no las escuchaba. Con la vista fija en la puerta por donde debía entrar Hermógenes, oía resonar, al mismo tiempo que las instancias bulliciosas y apremiantes de sus primas, en medio del ruido de las conversaciones, como una promesa falaz, con acento de despedida que debe ser eterna, como un estribillo perseguidor, los dos versos finales que hería melancólicos el espacio, vibrando todavía cual si la voz nasal y aguda de Guitarrita no hubiese dejado ya de cantarlos:

¡Y verá que la esperanza
Viene después de la pena!

Y para su amarga mortificación, los repetía también el eco lejano, fuera de la casa, en la región donde moran los caprichos de la fiebre, dándoles entonaciones disparatadas, con la medida, ora lenta de su desconsuelo, ora precipitada, de su impaciencia mortal.

Ella y Luisa fueron las primeras que divisaron entrar á

don Jaime en la sala, como si viniese huyendo de los cohetes de Pepito Carpesano, que aun resonaban en el patio. Ambas vieron que venia solo. El rojo tinte que la excitación y la lucha interna habian pintado en las mejillas de Trinidad, se tornó entonces en palidez sombria, tomó el color plomizo de los arreboles cuando el sol desaparece en el ocaso. Don Jaime traia el aire acontecido y descompuesto. No hacia empeño siquiera por ocultar su turbación. Lo vió Trinidad acercarse á doña Clarisa, el gesto y el ademán afanosos de quien llega con un secreto, como si quisiera decir algo confidencialmente si no estuviesen observándolo. Pero á él lo observaban casi todos apenas entró en la sala. Su presencia habia apagado el sordo rumor de las conversaciones, que cesó repentinamente como el ruido de una tetera hirviendo, cuando le añaden agua fria. Un momento fugaz de silencio, siguió á su entrada. La voz de don Pepe convirtió la curiosidad del auditorio en la opresión del ánimo con que se oye á la gente indiscreta, que no tiene el tacto intelectual de saber callarse cuando es preciso:

— Vaya, pues, señor don Jaime, desembuche la noticia, ¿por qué no viene el españolito?

Sólo turbó el silencio glacial que esas palabras produjeron, un suspiro de don Manuel Cardenillo, que sin duda se sintió pasmado con la indiscreción de Reza. Don Jaime contestó entre dientes, algo que no era una respuesta, ni satisfacia la curiosidad de nadie. «Probablemente no habria podido venir. Lo habian estado esperando con la señora de Alarcón. Viendo que no llegaba, él habia pensado que era mejor no esperar más. Como era ya tarde, habian convenido con doña Violante, que vendria con el Coronel al dia siguiente. Alguna cosa muy importante del servicio, que tal vez no podria decir, lo debia tener ocupado. ¡Los militares! nunca se puede contar seguro con ellos; una orden superior, y *¡tas!* ahi los tiene usted que no pueden disponer de su persona.»

Don Pepe quiso insistir. Esos subterfugios no le satisfacian.

— Desembuche, don Jaime, ¿á qué nos viene con tapujos? Aqui estamos en familia. Lo que es yo, no tengo el gargüero tan ancho para tragar esas ruedas de molino, amigo.

No pudo continuar. Otras voces, medio indignadas, lo llamaron á la moderación, sin contradecirlo directamente.

— Es lo que dice don Jaime: en estos tiempos, los militares no se pertenecen á ninguna hora. ¡Para qué está hablando don Pepe!

Muchos bordaban observaciones sobre ese tema; pero sin convicción, sólo por hacer callar al majadero, que parecía no ver la aflicción de la señora, ni que Trinidad había salido de la sala, como huyendo, sin duda avergonzada con aquella discusión.

En la sala, la atmósfera parecía haberse helado, á pesar del empeño que los hombres tomaban por hablar en alta voz, con la mira de borrar la impresión embarazosa producida por las palabras de Reza. Doña Panchita hizo sentarse á sus hijas, diciéndoles que no fuesen tontas, y ellas siguieron hablando como cotorras. Prima Catita y prima Cleta se miraban, meneando la cabeza significativamente. Parecían decir que ellas sabían muy bien lo que había de pasar, que lo estaban esperando, porque los hombres son así. «¿Quién se puede fiar en lo que prometen?» El oidor, al mismo tiempo, para entretener la atención de la concurrencia, contaba viejas historias de la Real Audiencia, chascarritos de la corte de Carlos IV, que todos sabían ya de memoria. Los mozos Carpesano, en un rincón de la sala, donde se habían retirado con Guitarrita, discurrían sobre la mejor manera de continuar la *parranda*, ya que se les había *aguado* el esquinazo. Don Pepe, no encontrando quien quisiese oírle sus impertinencias, daba por concluida la fiesta y ordenaba la retirada.

— Vámonos, Panchita. ¡Hasta cuándo esperamos! Esto es reirse de la gente, y yo no me morderé la lengua para decírselo á todos. Cuando no se puede venir, se manda un recado. Á qué estamos aquí haciéndonos los tontos. Vamos, chiquillas, digan las buenas noches. Esto va pareciendo velorio.

Las chicas objetaban que no era tarde:

— Pregúntele, tatita, al señor oidor, que tiene reloj, y verá.

— ¡Sí, bonito reloj! Una callana del tiempo del rey Perico. Levántense no más, y vámonos de una vez.

La voz lastimera del sereno, resonó entonces en el patio y llegó apagada á la sala, como una alarma lejana.

— ¡Ave María purísima, las diez han dado y sereno!

— ¡No ven, pues! ¡las diez! ya debíamos estar durmiendo.

Yo tengo que irme temprano á la chacra, exclamó don José María.

La misteriosa ausencia del Coronel le parecía el presagio de algún suceso político que era mejor esperar fuera de Santiago. Doña Panchita y las chicas tuvieron que obedecer.

Los demás no se atrevieron á despedirse inmediatamente. Deseaban manifestar interés á doña Clarisa en aquel contraste inesperado. La señora expuso con timidez una idea:

— Usted que tiene tanto influjo, señor don Anacleto, podía hacernos el gran servicio de averiguar lo que ha pasado y cuándo volverá el señor Laramonte.

Los otros caballeros se unieron á esta indicación con calor. Cada uno de ellos encontró una frase lisonjera para decidir al oidor. « A él no le negaba nada el Presidente, mientras que cualquiera otro que se presentase á hacer la indagación, sería por lo menos recibido con frialdad, y tal vez como un intruso ».

— Usted es muy distinto, señor, ¡ el General le tiene tanta consideración ! dijo don Francisco Carpesano.

Don Manuel, apoyó la idea con un suspiro de lisonja.

— ¡ Tanta consideración ! repitió.

No estando presente don Pepe, ninguna voz discordante se oía en aquel concierto de alabanzas, que el oidor recibía con su dignidad de ídolo antiguo.

— Mañana iré temprano á palacio, dijo golpeando amistosamente con una mano las de doña Clarisa, después de haber sorbido con reflexiva importancia, una narigada de polvillo.

El oidor, don Francisco Carpesano, don Manuel Cardenillo y los demás se despidieron poco después, con frases ambiguas, sin saber si debían expresar condolencias por lo ocurrido, ó si era mejor desentenderse, como si no dieran importancia al incidente. Don Manuel se contentó con un suspiro al decir buenas noches. Para él todo era presagio de desgracia. Así lo decía con los ojos á la triste señora. Don Pepe no podía sufrirlo por su aire de eterna aflicción.

— Yo creo que si lo apuran se pone á llorar, dijo á doña Panchita cuando salían al patio.

Los mozos Carpesano y Guitarrita siguieron á los demás. Beno había exigido que lo acompañasen para entretener á don Pepe y á doña Panchita en el camino, mientras que el

seguiría en el grupo femenil, dando el brazo á Quintiliana. Allá en la casa, tratarían de seguir la *parranda*, si don Pepe no los despedía.

XLVII

La dispersión de los convidados tomó así la apariencia de despedida de pésame. Las velas, que nadie se había ocupado de despabilar, alumbraban trabajosamente, con sus mechas convertidas en pavesa. La llama terminaba en una punta humeante y negra. Todo, en torno, tomaba un aspecto triste, todo caía en el silencio fatídico del abandono. La señora, de pie, con sus negras vestiduras, parecía la doliente sacerdotisa de ese santuario de duelo. El ceño adusto del muerto venía á recobrar la autoridad burlada, á reprocharle, en la inquieta conciencia, el olvido de su memoria, el desprecio de la causa á la que había sacrificado su vida. La voz de don Jaime la sacó de su obsesión enfermiza. Estaba violento por hablar.

— ¿Sabes lo que ha pasado? ¡Á Laramonte lo han tomado preso y lo han encerrado en el cuartel de Talaveras!

Su hermana lo miró atónita.

— ¡Preso! ¿Y por qué?

El Marqués se puso á contar. «Como no llegara Hermógenes á la hora convenida, había salido á buscarlo á su casa. Allí había encontrado solo al asistente, que acomodaba los baúles del Coronel como para un viaje. El soldado parecía tener miedo de hablar y se mostró muy reservado al principio. Don Jaime había tenido que apoyar sus preguntas con un peso fuerte, y prometerle que no contaría lo que le dijese. Cuando el Coronel iba á salir había llegado el capitán San Bruno con un cabo y cuatro soldados. Lo que pasó entre el Coronel y el Capitán lo ignoraba el asistente, porque los dos oficiales estaban solos en el cuarto de escribir de Laramonte. Pero había oído como que se disputaban, y que su Coronel parecía furioso. El Capitán contestaba en voz más baja. Poco á poco la disputa había concluido y su Coronel lo había llamado para ordenarle que preparase su equipaje. El Capitán había dicho que vendrían luego dos soldados con una mula aparejada, á buscarlo. Después, todos se habían ido; su Coronel y el Capitán marchando adelante; detrás, á poca distancia, el cabo

y los cuatro soldados. Al salir, el Coronel, como dándole instrucciones sobre lo que debia poner en los baúles, le habia dicho en voz baja que corriese á casa de la señora de Alarcón y le dijera que no podria ir, que lo llevaban preso, no sabia porqué, al cuartel de Talaveras. El asistente estaba esperando que llegasen á buscar los baúles, para poder llevar el recado á la señora doña Violante.

— ¿Por qué no le dijiste esto al señor don Anacleto antes que se fuese? preguntó la señora.

— ¡Si! ¡cuando menos! ¡para que se hubiera negado á ir á ver al Presidente y me hubiese echado la carga á mi!

Acompañó esta exclamación con un movimiento desesperado de hombros. «Estaba ya harto de sacrificios. Al fin y al cabo todo caia sobre él».

Doña Clarisa se habia quedado abismada. «Aquello tenia que ser una advertencia del cielo. Por salvar á Trinidad, habia consentido en unirla á un español, después de la trágica muerte de su esposo, que desde la otra vida la condenaba, con su aire de autoridad infalible, con el ceño severo de las apariciones».

— ¿Pero por qué lo toman preso? tornó á exclamar, confundida con la inexplicable noticia.

— ¡Eh! ¡quién diablos puede saberlo! ¡yo no entiendo nada de lo que pasa!

— ¿Y ahora qué vamos á hacer? ¿Cómo decirle esto á Trinidad? repuso la señora, mirando con angustia á su hermano.

Don Jaime se encogió de hombros. «No seria él por cierto quien se encargase de esa misión. Ya tenia medio perdido el juicio con tantas agitaciones y sinsabores. Cuando á fuerza de actividad y perseverancia lo habia arreglado todo, el edificio se desmoronaba como un castillo de barajas. Si Luisa estuviera ahí, ella podria aconsejarlos; pero se habia ido siguiendo á Trinidad y no habia vuelto á la sala. ¿Cómo llamarla? Trinidad sospecharia que se le ocultaba algo, que habia otra cosa que las explicaciones dadas á los parientes».

En su perplejidad dejaban transcurrir el tiempo sin llegar á una resolución.

— Lo mejor, dijo al fin don Jaime, guiado por su espíritu de aplazar las dificultades, es que nada digamos. Yo le contaré después á Luisa, para que la vaya preparando. Así podrá dormir esta noche. Mañana estará más conforme.

La señora no juzgaba la situación con la filosofía casera de su hermano. Su corazón de madre presentia una catástrofe. El apresamiento de Laramonte no podia ser un incidente casual. Pero en su impotencia para encontrar un derivativo al dolor de la situación presente, llegaba á la misma conclusión de su hermano: era mejor ocultarlo á Trinidad, por lo menos hasta el dia siguiente.

Luisa, en efecto, fué á reunirse con su prima poco después que la habia visto salir de la sala. Encontró á la chica en su cuarto sentada al lado de una mesa. Aunque pálida en extremo, notó que la miraba con fijeza, alzando la frente, como para desafiar las humillaciones que acababa de sufrir. Con voz entera, en la que vibraba un acento de rencor, se quejó del empeño que todos parecian poner en dar proporciones de un acontecimiento inaudito á lo que habia ocurrido. « ¿Se figuraban que ella iba por eso á dudar de Hermógenes? Su tio habia dicho muy bien: los militares no se pertenecen. Una orden imprevista, un deber repentino, en aquellos tiempos de luchas y de desconfianza politica, los pueden hacer faltar á los compromisos más serios. Era lo que debia haber sucedido á Laramonte. La exaltaban, sobre todo, las frases de simpatía pérfida con que sus primas parecian darle el pésame. ¡Y luego la singular ocurrencia de los Carpesano, de venir á dar un esquinazo aquella noche! Y los versos ridículos del canto, con los que, so pretexto de felicitaciones, venian á recordar á su madre, como un reproche de que pudiera olvidarlos un momento, los pesares que la agobiaban! ¿Por qué no las dejaban solas y tranquilas? Hermógenes vendria cuando quisiese. Ninguno de los que parecian compadecerla, ni todos reunidos, podrian jamás hacerlo faltar á su palabra».

Retorcía nerviosamente su pañuelo de narices mientras hablaba. Y su voz tenia acentuaciones extrañas á la suave dulzura que habitualmente completaba la poesía infantil de su diáfana belleza de rubia. Luisa veía en su rostro pálido, en el fulgor de sus ojos, que de azules la indignación tornaba en oscuros, la lucha heróica del orgullo de la mujer humillada, contra el hielo mortal de inmensa pesadumbre que discurría por su cuerpo. Todo su empeño en ese instante era mostrarse fuerte, persuadir y persuadirse ella misma, que aquella terrible prueba era accidental, que ella tenía razón de no dudar ni por un solo ins-

tante de Hermógenes. Luisa la alentaba en la dolorosa contienda, abundaba en sus ideas, le daba ese tónico moral del consuelo que viene de otra persona y que el ánimo herido acoge como un bálsamo bienhechor, con el instinto de conservación que domina á todo el organismo humano. Por momentos la voz parecía flaquear. Las inflexiones de un enternecimiento invencible, sobre todo cuando hablaba de Hermógenes, le estrechaban la garganta y parecía á punto de hacer rodar el riego del llanto sobre sus mejillas quemadas por la exaltación. Pero la chica se dominaba como el que á punto de desfallecer en una larga carrera, busca nuevo aliento en un supremo esfuerzo de la voluntad, y recobra en los nervios el vigor que los abandona.

Llegó el momento en que los convidados se retiraban. Las dos jóvenes los oyeron salir y siguieron el ruido de sus pasos y de sus voces al atravesar el patio. El postigo de la puerta de calle hizo su ligero rechinamiento de goznes enmohecidos, y todo quedó en silencio.

— En fin, ya parece que se han ido todos. Asómate á ver si no queda nadie.

Luisa fué á echar una ojeada á la sala y volvió diciendo que todos se habían marchado, que sólo quedaba don Jaime.

— Entonces podemos volver, dijo Trinidad.

Y pasó delante de su prima, autoritariamente, sin consultarla, como ansiosa de llegar pronto á la sala. Quería saber los detalles de lo que había ocurrido. Doña Clarisa y su hermano se admiraron de verla entar, serena y resuelta, cuando la suponían sumida en la desesperación y las lágrimas. «Lo que son las muchachas, luego se consuelan» pensó don Jaime. Y esa observación le surgió á manera de corolario, la idea de decir la verdad. «Puesto que está tan *conforme*, más vale que lo sepa todo de una vez».

— A ver, tio, cuénteme lo que ha pasado.

Doña Clarisa se interpuso por temor de que el caballero cometiese una ligereza, olvidando lo convenido. Ella no se había engañado con la aparente serenidad de su hija. Había leido, como Luisa, en el rostro de la chica la tempestad de su alma; en el acento destemplado de la voz, la angustia aterradora del corazón, que teme oir una noticia terrible.

— No ha pasado nada, hijita, nada más que lo que le oiste á tu tio cuando entró.

Con la vista, con la ansiedad reflejada en las facciones, la chica seguia interrogando. Miraba á don Jaime. La prisa de su madre para contestarle, le habia puesto en el alma la duda sospechosa del enfermo, á quien vienen á decir que el médico no le encuentra nada de grave.

— ¿Eso no más, tio? ¿Cierto?

— No, hay algo más, que no quise decir delante de los otros, contestó don Jaime con aire de malicia, buscando en los que le oian alguna muestra de admiración por su sagacidad.

Doña Clarisa quiso hacerle señas para que callase; pero no era posible sin que Trinidad lo viese. La chica se habia adelantado hacia su tio:

— ¿Qué cosa? preguntó con voz turbada por la entonación exigente de una inquieta curiosidad.

— Mientras estábamos esperando con doña Violante, llegó el asistente con un recado del Coronel, diciendo que no lo esperasen porque acababa de recibir una orden secreta del General y tenia que cumplirla inmediatamente.

— ¿Cómo no me habias dicho eso? le preguntó doña Clarisa respirando, aliviada del susto con que habia oido contestar á su hermano.

— ¡Ah! porque guardaba la noticia para decírsela primero á esta chiquilla, contestó don Jaime con aire de triunfo.

Así dejaba contenta á Trinidad, y sólo mentia á medias. Después, Luisa, podria explicar á su prima que aquello de la orden secreta era una orden de prisión.

Aplaudiéndose de su ingenio, habia vuelto á su natural optimista. Alejar siempre las contrariedades y no ver semblantes contristados era todo su empeño. Por su parte, doña Clarisa abrevió la conversación, temerosa de que á fuerza de hablar, don Jaime dejase traslucir la verdad. Su hija parecia satisfecha con la explicación y era menester dejarla en ese estado de ánimo por lo menos hasta el dia siguiente.

Pero cuando se encontraron solas, Trinidad volvió sobre el asunto. Le parecia que el silencio de su madre y su empeño en despedir pronto á don Jaime y á Luisa, eran una manifestación de disgusto contra Hermógenes, una manera de hacerle ver que habia sacrificado su reposo y el de su

familia por un hombre que no daba pruebas de un amor digno del de ella.

— Yo estoy segura que él cumplirá su promesa, dijo cuando su madre le daba las « buenas noches ». Que no haya venido no es una razón para juzgarlo desfavorablemente. ¿Cómo sabemos nosotras las órdenes que habrá recibido?

A medida que hablaba descubría razones para disculpar á Laramonte y afirmarse en su fe de mujer que ha entregado su corazón para siempre, que no concibe la existencia sin esa segunda religión del alma.

— Y además, el general Osorio, mamita, es nuestro enemigo. Es seguro que habrá dado su consentimiento de mala gana, y que habrá estado muy contento de darnos un mal rato. ¡Dicen que es tan amigo de las bromas! Es seguro que sabiendo que tenía que venir esta noche á casa, le habrá dado alguna comisión muy urgente para impedírselo.

Se abstenía de nombrar á Hermógenes por una especie de temor supersticioso, figurándose que el sonido de ese nombre podría producir en el semblante de su madre alguna manifestación de incredulidad, ó alguno de esos signos indefinibles con que se evocan mejores tiempos en presencia de una desgracia, los de la paz y de la felicidad del hogar, que la amargura presente poetiza como un recuerdo venturoso. Pero continuaba hablando. Tenía ansias de persona sedienta, un afán de salir del silencio á que la habían condenado las visitas, de persuadirse ella misma, con el sonido de su voz, en presencia de otra persona, que todo era como ella lo decía; que solamente la malignidad de sus primas Reza era capaz de poner en duda la lealtad de Laramonte. Pero á medida que hablaba, su voz había tomado modulaciones de más en más nerviosas. Resonaba destemplada por los ángulos de la pieza, con finales de voz de ventrílocuo, como si estuviera soñando. La señora no se atrevía á interrumpirla. Las frases se sucedían las unas á las otras, con una velocidad de torrente que corre á saltos desiguales sobre el lecho pedregoso.

Con no ponerle obstáculo, ese paroxismo de desconsuelo atroz, encubierto por la altivez del orgullo herido, fué calmándose por grados. Con el fino tacto del cariño maternal, doña Clarisa aprovechó un momento para adormecer ese dolor que le destrozaba el alma.

— Tienes mucha razón, yo espero en Dios que todo se explicará mañana.

No pudo la señora impedir que su voz temblase al evocar al único consolador de las miserias humanas. Su emoción pareció repercutir en el alma de la chica. Sus ojos se humedecieron como si un soplo de enternecimiento pasase sobre esa alma escaldada, que se aferraba á su ilusión para no caer en el abismo de un dolor sin remedio.

— Acuéstate, hijita, tú verás que mañana se explicará todo. Buenas noches.

La chica avanzó la frente al beso de su madre. No quería llorar. Se apresuraba á sustraerse al contagio de las lágrimas, alejándose con fingida calma después de murmurar las mismas palabras: «buenas noches», con voz indiferente, como una criatura que ignora los sinsabores de la vida.

Al entrar á su cuarto le pareció que se desmoronaban sobre ella los vanos argumentos con que había querido persuadir á los otros. La realidad la estrechó con su hielo penetrante. Una nube parda, de mal agüero, hacia oscurecerse la radiante luz en la que sus esperanzas infinitas se mecían, con reflejos de átomos dorados que remolinean sobre un rayo de sol. Pero la animaba al mismo tiempo una fuerza de reacción que en sus pasadas penas no había sentido jamás. Era un deseo de lucha, eran unos ímpetus de alma rebelada contra la suerte, una seguridad de fanatismo en la Virgen que no podía abandonarla. Como en un faro de luz intermitente, á la lobreguez del desaliento sucedía de súbito la luz de una nueva esperanza, una invención del cerebro afiebrado que borraba las barreras de lo imposible. «¿Por qué no podría suceder que Hermógenes, sustrayéndose á ese deber que lo alejaba de ella, ó terminada la misión que le había impedido acudir á la cita, viniese por la huerta, seguro de que ella habría de adivinarlo y lo esperaría? ¿Cuántas veces no sucede, pensaba con supersticiosa exaltación, que dos personas que se aman tengan á la distancia el mismo pensamiento, una inspiración idéntica, como si cerniese sobre ellas en el mismo minuto sus alas misteriosas un presentimiento común?» Con fe porfiada de inventor, se aferraba á esta idea. Lo inverosímil se desvanecía en su criterio, como los colores del arco iris, que se tornan más inciertos mientras más fijamente se les mira.

Lo imposible y lo fantástico se alzaban delante de ella convertidos en razones persuasivas, con la engañosa apariencia de verdades incontestables. Su imaginación tenia necesidad imperiosa de movimiento. El detenerse á pensar la espantaba. La inmovilidad del pensamiento tenia en ella algo análogo al horror que la ciencia atribuye á la naturaleza por el vacio. Un aliento de fiebre la obligaba á poblar de quimeras el espacio en que se agitaba su imaginación exaltada. « Hermógenes no era hombre de dejarse arredrar por las dificultades ». Ese era un punto luminoso del que ella no apartaba los ojos. A su alrededor, los antojos de la alucinación se agitaban remedando el ropaje tangible de la realidad; la arrastraban encantada en sus revueltos giros, cada vez más lejos, á las confusas regiones en que se sueña despierto. «Indudablemente Hermógenes vendria ». Lo vió salir de la casita, donde en una noche de exaltación como aquella habia estado á buscarlo; lo vió andar resuelto á lo largo de las calles solitarias, por donde ella habia corrido amedrentada, y llegó á pensar que si continuaba ahí, en absurdas vacilaciones, se exponia a que él se fuera desconsolado de la huerta, acaso dudando de su amor, que no sabia adivinar.

Acercóse entonces, en puntillas, á la puerta que comunicaba con el dormitorio de su madre. Oyó la respiración tranquila de una persona que duerme con la pesadez del primer sueño y se alejó, deslizándose, leve y sin ruido, hasta la puerta de su cuarto, por la que podia irse á las salas de recibo. En la profunda oscuridad atravesó con paso seguro, hasta llegar al corredor del patio, donde el frio y la humedad de la atmósfera la hicieron estremecerse, con la sensación de entrar al agua helada. Pero en su mente, la idea impulsiva no la dejaba detenerse y la conducia al cuarto de Mañunga. «No se trataba ya de la visita clandestina de antes. Era preciso recibir á Hermógenes en compañia de alguien. Las circunstancias lo obligaban á venir asi; pero era su novio, aceptado por su madre, su novio que venia á explicarle la causa de su ausencia. Nadie tendria que reprocharle que lo hubiese recibido ». La escena de la noche, en la gran sala de recibo, se repetia confusamente en su memoria. La voz de Guitarrita resonaba con entonaciones burlescas. A tientas buscó la cama en que oia roncar á la muchacha.

Mañunga despertó sobresaltada, al sentirse remecer por

el hombro, mientras que la voz apagada de Trinidad le murmuraba en la oreja:

— Levántate, soy yo, quiero que me acompañes á la huerta.

— ¡Á la huerta! Señorita, por Dios, ¿qué, está loca?

Trinidad cedió á un movimiento de impaciencia. La observación de Mañunga le pareció descomedida. Su altiva sangre de patricia, acostumbrada á mirar á los sirvientes casi como esclavos, le encendió el cerebro con una irritabilidad que nunca había sentido:

— ¡Qué te importa, tonta! Tú eres la loca, que te pones á fastidiarme. ¡Levántate ligero y no me hagas esperar!

La voz imperativa no admitía réplica.

— Bueno, pues, señorita; ya voy.

Apenas se dió tiempo para anudar el ligero fustán á la cintura y echarse sobre los hombros el rebozo. Trinidad salió delante de ella. En el patio, Alpe había empezado á gruñir, como preludiando un ladrido de alarma. Pero cuando estuvieron cerca de él batió la cola en signo de paz, con una mirada de interrogación melancólica, como si les preguntase por su compañero Ponto, el compañero de los días felices. Trinidad pasó seguida por Mañunga, sin advertir esa tristeza muda de ser abandonado, que vive de recuerdos.

En la oscura huerta, la invisible niebla que trae su beso de rocío á las plantas, envolvió con un abrazo de hielo á las dos mujeres. Mañunga, con el calor de la cama apenas abandonada, sintió la impresión con más fuerza.

— ¿Qué, no tiene frío, señorita? preguntó tiritando.

Trinidad no contestó. Empezaba á repetir, con puntualidad supersticiosa, todo lo que había hecho en la noche memorable de la cita. Le parecía que el olvido del menor detalle sería romper el encanto del misterio que tendría que realizarse. Eran las mismas sombras de entonces, negras en los rincones del huerto, y gradualmente menos densas hacia el centro, como los tintes de una acuarela. De pie, con rigidez estática cerca del durazno donde había esperado la primera noche, la chica fijaba la vista en la sombra que envolvía á la higuera del rincón, de donde había visto desprenderse la esbelta figura del nocturno visitante.

Mañunga, entre tanto, con el terror supersticioso de la oscuridad y del silencio, temblaba de miedo y de frío al

mismo tiempo. ¡Si su señorita, siquiera, hubiese hablado! Pero Trinidad continuaba inmóvil, sin desplegar los labios, con la vista clavada en aquel rincón oscuro, perdida en su evocación del que debia de repente destacarse de las tinieblas.

— Entonces, señorita, el caballero va á venir por aquí esta noche, dijo Mañunga, por hacerla hablar, sin dar á sus palabras la entonación de una pregunta.

— ¿Para qué estaria yo aquí, entonces, si no *debiese* venir? contestó sin variar de actitud, con la vista siempre clavada al frente, con la voz mecánica de un *medium* de magnetizador.

Mañunga se sintió un nuevo miedo agregado al que ya la atormentaba.

— Por Dios, ¿qué, se estará volviendo loca?

Trinidad, en el mismo tono de magnetizada, dijo después de un instante:

— Á no ser que por mortificarnos le hayan dado alguna nueva comisión.

— ¡De juro, señorita, los godos perversos!

Creyó necesario asociarse á las ideas de su señorita por calmarla, como se calma á las personas cuya razón parece vacilar. El tono de Trinidad la alarmaba. En el fondo de su voz, á la que una intensa emoción de tormentosa expectativa daba inflexiones guturales, creia percibir un gran rencor, una modulación de amenaza y de venganza.

— Pero él ya conoce el camino, repuso Trinidad con aire de persona convencida, que se ha persuadido ella misma, es seguro que vendrá, porque ha de adivinar que lo espero.

Como para sacarla de su sueño, para volverla á la realidad y que no hablase con esa voz extraña que la inquietaba más y más, Mañunga volvió á preguntarle:

— ¿Señorita, qué, no tiene frio?

Ella seguia tiritando, pero Trinidad no la miró.

— Yo no sé qué le hemos hecho á ese general Osorio, dijo como buscando lejos, en la oscuridad, la razón ignorada.

— ¡Son tan malasos los godos, señorita!

— Pero no han de impedir que nos casemos, por más que hagan.

— ¡Cómo se habian de salir con la suya! ¡No faltaba más!

La chica no volvió á hablar. Sus ojos no se apartaban un momento del punto oscuro, con la fijeza violenta de la evocación, como si luchase por hacer surgir de las sombras la figura que ocultaban sin duda. Visiblemente, el diálogo continuaba en su imaginación. La realidad y la fantasía se disputaban el dominio de su razón, en algún punto turbado de su cerebro. La silenciosa lucha se prolongó todavía por algunos minutos. Poco á poco, sin embargo, como si la ilusión fuese perdiendo gradualmente sus vivos colores, el rostro de la joven perdió también su inmovilidad de estatua, la rígida cohesión que daba á las facciones el trabajo ardiente del pensamiento. Estaba cansada de mirar, cansada de evocar esa visión que no tomaba forma. Una sombra de desaliento, como la extenuación de una larga marcha, empezó á invadirla.

— ¡Ya no vendrá! murmuró abatida, con desconsuelo, mirando á Mañunga, como un niño que busca protección.

Los ojos se habían humedecido. En la huerta las sombras permanecían impenetrables. «Era imposible que de ellas pudiese surgir el ser lejano, ese ser que no se pertenecía, al que una ley superior encadenaba á una obediencia ciega».

— ¡Lo habrán mandado fuera de Santiago, tal vez!

— Cuando menos, señorita. ¿Qué picardía no han de hacer los godos, pues?

Y como Trinidad parecía no tener conciencia del tiempo ni saber ya donde se encontraba:

— Mejor será que se recoja, señorita, no se vaya á enfermar aquí. Seguro que el caballero vendrá mañana.

— Es lo que dice mi mamita; vendrá mañana.

Bajó la frente como resignándose y se encaminó á la puerta del huerto persiguiendo esa convicción, tratando de asirse de ella. En el patio, Alpe vino á acariciarle la mano afectuosamente, sin cabriolas ni ladridos de alegría como antes, siempre con su muda pregunta por el compañero ausente retratada en los ojos profundos que parecían pedir consuelo. La chica se detuvo ante esa mirada que en la oscuridad le llegaba luminosa.

— ¡Pobre Alpe, pobre Alpe!

Le pasaba con suave caricia la mano sobre la cabeza. Aquel ser de otra especie, que penaba como ella, le inspiraba una intensa simpatía de confraternidad en el dolor. Era una víctima también de la ley universal del senti-

miento común que une á todos los seres de la creación. Le parecía que todos alzaban juntos su grito de amarga congoja al cielo, que un clamor de suplicante angustia se exhalaba de la naturaleza entera, resonando por los espacios con la oración del desamparo terrenal: « ¡Oh santa Virgen María, á ti suplicamos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas! » Ahora solamente venía á comprender la verdad aterradora de ese llamamiento á la conmiseración omnipotente del Cielo; ahora no más tomaban forma y significación tangible á su criterio, esas palabras que se había acostumbrado á repetir desde la infancia como una simple fórmula de deber religioso. Un aliento de fuego se las imprimía en el alma, sobre los despojos de sus esperanzas tronchadas. « Á ti suplicamos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas », repetía después, sola, en su cuarto, con miedo de acostarse, con miedo de todo: miedo de las expectativas que no se cumplen, de las promesas que no se realizan, de las innumerables imprevistas formas que toma la desgracia en su desatado curso de vendaval destructor. Pero no era la soledad la que le ponía en el alma ese nuevo espanto de la fatalidad ineludible. Sentía, por el contrario, una voluptuosa satisfacción de no ver á nadie, de que nadie viniera á interponerse entre ella y la Virgen, á cuyos pies colocaba su alma palpitante, postrada de rodillas, en la penumbra de la estancia silenciosa. « Á ti suspiramos gimiendo y llorando » podía decirle en alta voz, anonadada en el terror de la existencia, sumida en un piélago de inmenso desencanto, con ansias de volar en alas de su fe, « á mezclarse en los coros de ángeles, en los coros de arcángeles, en los coros de serafines, que entonan himnos de alabanzas al Señor, y han huido de la tierra por no empañar su diáfana pureza con las pasiones humanas ».

Al día siguiente, Luisa y don Jaime llegaron temprano.

— Tú verás que la encontraremos ya muy conforme, había dicho el caballero antes de llegar, con ese escepticismo de los viejos, que creen que sólo en su tiempo había grandes pasiones.

En la puerta de la sala les salió al encuentro doña Clarisa. La gravedad de su rostro, demacrado por los pesares, aparecía más visible. La alegre luz de la mañana le ponía sobre el cutis la tristeza de los géneros viejos y desteñidos cuando se miran á la luz del sol. En los ojos, una honda inquietud alumbraba su llama fulgurante.

— Me parece que Trinidad está enferma, les dijo sin saludarlos, absorta en una preocupación dominante. Esta mañana me levanté con cuidado muy temprano á verla, y encontré que la pobrecita se habia dormido vestida, rezando, sin duda, al pie de la cama. Me costó mucho hacerla acostarse.

— No ha de ser nada, hija, ¿por qué ha de estar enferma? Tendria demasiado sueño y por eso no alcanzó á desnudarse.

Sentada en su cama, envuelta en un chal de espumilla azul, que realzaba la trasparente pureza de su cutis, Trinidad recibió el beso de su prima con aire de perfecta indiferencia. Apenas, de soslayo, una ojeada furtiva de desconfianza.

— ¿Qué tienes? ¿qué es lo que sientes? le preguntó Luisa apoderándose con cariño de una de sus manos.

Trinidad no contestó inmediatamente. Miraba al espacio como buscando una idea.

— Á mi mamita se le puso hacerme acostar; yo no quise contradecirla; pero luego voy á levantarme.

Sus labios, al pronunciar las primeras palabras, habian dibujado una incierta sonrisa, persuadida de que su madre se equivocaba. Mas su resolución de levantarse, el gesto y la voz la acentuaban como un propósito inquebrantable. La voz, sobre todo, era honda y gutural, como cuando hablaba en el huerto con Mañunga. Clavó después la vista en el espacio, evitando la mirada de su prima. No queria preguntar nada. «Todos debian estar complotados para engañarla. Luisa era una intrusa, una curiosa que venia á observarla. ¿Por qué no le decia, sin que ella le preguntara, si Hermógenes iba á venir? ¿Por qué no le contaban lo que sabian, lo que debian haber averiguado? ¡No seria ella la que hiciese una sola pregunta! ¡Qué le importaba que nada le dijeran! ¡Hermógenes sabria muy bien cómo llegar hasta ella!»

Luisa sentia quemante la mano que tenia entre las suyas. Trinidad la retiró con un movimiento brusco, fingiendo que buscaba algo en la cama:

— Lo que me incomoda es la sed, dijo con su voz descompuesta, esforzándose por darle una acentuación natural, con su idea orgullosa de que nadie se figurase que pudiera estar pensando en Hermógenes.

Luisa se puso á prepararle un vaso de naranjada, hablándole al mismo tiempo:

— El señor oidor nos prometió anoche ir á ver al Presidente. Ya debe saber algo sobre la comisión de que habló mi tío anoche. No tardará en llegar, porque dijo que vendría temprano al salir de palacio.

Trinidad pareció no haber oido. Seguia con vivo interés los movimientos de su prima que revolvia con una cuchara la naranjada y sacaba las pepas que habian quedado flotando. Luego tomó el vaso con las dos manos y bebió con ansia, á grandes tragos, hasta apurar la última gota. Y volvió á quedarse silenciosa, agitando de tiempo en tiempo, como impaciente, una de sus piernas, bajo las frazadas. Luisa no se atrevió á romper el silencio. Veia en la actitud de la chica un propósito de aislamiento sombrío que producia entre ellas una frialdad de amigas que han reñido. Hubiera deseado estrecharla entre sus brazos, restablecer, al calor de su cariño, la fraternal confianza que siempre las habia unido; pero Trinidad permanecia en obstinado silencio, con la mirada vaga de una idea fija, suspirando á ratos como si terminase una carrera.

— Ahora creo que tengo sueño, dijo como pensando en voz alta.

Y se volvió hacia la pared, cerrando los ojos, fingiendo que iba á dormirse, con una alegría maliciosa de niño que ha encontrado un buen medio de sustraerse á una vigilancia importuna. Necesitaba de quietud y de silencio para reflexionar. Queria salir del cuadro familiar que veian sus sus ojos, á un campo fantástico que divisaba con la imaginación, un campo indefinible de sombras y de luz que la atraia hacia si con su atmósfera aspirante de curiosidad. «Allí encontraría la explicación de lo que habia pasado á Hermógenes. Ese misterio flotaba ante sus ojos como una bandera que batía el viento, mostrándole por instantes, escrita en el centro, la palabra del enigma. Allí podria también mezclarse, huyendo al descuido, mientras su madre y Luisa estuviesen en la sala, al coro de ángeles, arrodillados en fila sobre una blanca nube, con las manos juntas en humilde adoración; allí encontraria también el coro de arcángeles que seguian más arriba en la misma reverente actitud; recibiria la luz del coro de serafines, que dominaban el espacio cubiertos de flotantes vestiduras, resplandecientes de pureza, con alas inmensas que perdian

sus flamígeras puntas en el cielo. Ya había cesado el clamor de suplicante angustia que antes resonaba con la oración de terrenal desamparo. Ya el grito de amarga congoja, vibraba apagado por los aires, como el tañido lejano de una campana que llama á la oración, en el silencio de los campos. Los que penan, doblegados por la ley universal del sufrimiento, se habían quedado allá, turba confusa, sombras del valle de lágrimas, donde se gime y se llora. Ella se uniría á la celestial cohorte, se bañaría en la atmósfera redentora, sentiría una beatitud inefable al recibir la palma que reserva el cielo á los que á nadie hicieron mal en la tierra. « Por momentos, sin embargo, no sabía si estaba despierta ó soñando. Los movimientos de las personas que se hallaban cerca de ella la arrancaban de aquel mundo aéreo de febriles devaneos, como se desprendería un meteoro lanzado al inconmensurable espacio, un átomo arrancado á una esfera de rotación vertiginosa. Y al tocar la tierra, las realidades de la vida la envolvían con su abrazo de espinas, con sus leyes de opresión constante, con sus fórmulas anuladoras de todo sentimiento espontáneo. « Venían de nuevo sus primas Reza en bullicioso tropel á confundirla con sus preguntas insidiosas; los parientes, envueltos en la nube de humo de sus cigarros, marcaban su desaprobación con movimientos de cabeza acompasados y solemnes; « ¿no ve, pues? nosotros lo decíamos », parecía murmurar la voz nasal de Guitarrita que imitada en coro burlesco por los mozos Carpesano repetía su estribillo sarcástico de la alegría, que viene después de la pena. Ninguno se dolía de su martirio, todos le ocultaban, complotados contra su amor, lo que detenía á Hermógenes lejos de ella, tan lejos que no oía su voz, ni podía ver la horrenda aflicción en que la dejaba ». Al lado de la cama, su madre y Luisa, la miraban dormir, y contenían la respiración para no despertarla. Ella las veía por intuición, haciéndose signos de inteligencia, con miradas de consuelo, diciéndose que aquel sueño le haría mucho bien, que era preciso cuidarle ese sueño reparador.

En ese momento entró Mañunga al cuarto y anunció en voz baja á doña Clarisa y á su sobrina que el oidor las esperaba en la sala. Ambas acudieron, después de hacer prolijas recomendaciones á la criada sobre el cuidado que debía tener con Trinidad.

Don Anacleto venía de palacio y parecía envuelto en el

aire reservado de las regiones oficiales, como conservan el frio de la atmósfera exterior los que entran de fuera en una pieza abrigada. Doña Clarisa no se atrevió á preguntarle si le traia alguna esperanza. Luisa no creyó tampoco deber interrogarlo. Las dos temblaban de oirlo principiar con alguna frase desconsoladora. El oidor leyó la inquietud en el semblante de las dos mujeres y golpeó su caja de polvillo, meneando la cabeza con aire de hombre providencial.

— Todo se arreglará, todo se arreglará, no tengan ustedes cuidado, fueron sus primeras palabras.

— ¡Ah, señor! ¡cuánto le agradezco lo que dice! exclamó doña Clarisa enternecida. Estamos con tanto cuidado. Creemos que Trinidad ha amanecido enferma.

— Algún dolorcillo de cabeza. Eso no será nada, replicó el oidor.

« Él traia el mejor remedio para curar esa enfermedad », dijo sonriéndose, seguro de su pronóstico. Retirió entonces su entrevista con el Presidente. Lo habia sorprendido en su desayuno, antes que hubiese recibido á nadie. Era una prueba de bondad que todos debian agradecer profundamente á Su Excelencia. Lo habia recibido con la mayor cordialidad, aunque parecia preocupado con algunas de las noticias traidas por un buque que acababa de llegar á Valparaiso. Don Mariano le habia dicho que después le hablaria de esas noticias, que iban á ser publicadas en la *Gaceta* de Gobierno. En seguida se habia informado con la mayor solicitud del objeto de su visita. Después de oirlo, se manifestó vivamente molesto de haber tenido que confiar al coronel Laramonte una comisión secreta del servicio. Pero aseguró que esa comisión estaria terminada en pocos dias más y que el Coronel podria entonces volver á Santiago, y reparar el mal que involuntariamente pudiese haber causado. No habia, pues, por qué alarmarse, fué la conclusión del oidor. Lo sucedido era sin duda un contratiempo sensible, pero que no tenia nada de extraordinario tratándose de un militar.

— Pero, señor, observó Luisa, mi tio dijo anoche después que ustedes se fueron, que el mismo Laramonte habia enviado á la señora de Alarcón un recado con su asistente, diciendo que lo llevaban preso.

El oidor se sonrió de la objección con aire de misterio.

— Preso para el público. El General es hombre de ta-

lento y avezado á los ardides de la guerra. Lo que ha hecho es como una maniobra estratégica para ocultar á la curiosidad pública y á los enemigos del Rey el verdadero motivo de la desaparición del Coronel.

— Eso ha de ser, dijo doña Clarisa, admirando, con el oidor, el talento del Presidente.

— No tengan ustedes la menor duda, es hombre que todo lo prevee.

Habia hecho su relación entre narigadas de polvillo y repetidos mates que la señora le hacia servir. « Estaba persuadido de que don Mariano quedaba tan impaciente como ellos porque volviese el Coronel. No le parecia extraño que llevase su bondad hasta enviar órdenes de regreso inmediato. Era el más cumplido mandatario que la suerte hubiera podido deparar á Chile ». El oidor estaba persuadido de que el Rey, « en su alta justificación », colmaría de honores al reconquistador del reino y lo confirmaría en el mando supremo por largos años.

Cuando hubo terminado su panegírico del reconquistador, y tomado una media docena de mates, se despidió de las señoras colmado de atenciones y de palabras de gratitud de parte de doña Clarisa.

— Bueno será que no corra mucho esta noticia, dijo con aire discreto al salir.

XLVIII

Desde temprano la sociedad entera de Santiago discutia el singular acontecimiento. En misa, las amigas se lo habian contado las unas á las otras. Entre las nobles familias, casi todas más ó menos emparentadas con la de Malsira, se condenaba el hecho como una afrenta imperdonable. Los que habían asistido á casa de doña Clarisa daban detalles que, pasando de boca en boca, tomaban proporciones de drama. En la trastienda de don Francisco Carpesano, la concurrencia era más numerosa que de costumbre. Los que no eran tertulios cuotidianos, iban á recoger noticias para llevarlas, abultadas por la fantasía de cada uno, á sus familias, de modo que el mismo incidente parecia en cada casa un hecho distinto. Nadie podia explicarse la conducta del coronel Laramonte. Los que habian estado, por curiosidad, á preguntar por él en su casa, la habian encontrado

cerrada. En la casa de enfrente, por la vecindad, la ignorancia sobre lo que motivaba la ausencia del Coronel era absoluta. La dueña de la casa, una vieja realista, á la que también habian acudido algunos, pensando que algo podrian averiguar, no estaba mejor informada que los demás. Otros, que habian acudido á José Retamo, esperanzados en su reputación de « cartilla vieja », que todo lo sabia, contaban que el mulato respondia con bromas y cuchufletas para disimular sin duda que conocia el secreto. Á cada instante llegaban á la trastienda nuevos curiosos que exasperaban con su ignorancia la exitada curiosidad de la tertulia. Señoras de mantón, que volvian de la iglesia, entraban á la tienda, so pretexto de comprar algunas varas de cotón ó de tocuyo para calzoncillos de los maridos, y estrechaban con insidiosas preguntas á don Francisco Carpesano, haciéndole recomendaciones al mismo tiempo de que no midiese la vara tan corta, como lo hacia, por mera distracción, sin duda. Á cada parroquiana que salia, alguno de la trastienda, don Pepe por lo general, asomaba la cabeza, preguntando:

— ¿Nada, don Francisco?

— Nada, amigo, todos vienen á preguntar.

La tertulia, trabajaba en el vacío, excitándose y recalentándose como la caldera de una máquina en ejercicio á la que falta el agua suficiente. Ante la imposibilidad de aclarar el misterio, las conclusiones que del hecho descarnado deducian los tertulios, empezaban á reflejar la amargura del desengaño en que terminaban las esperanzas de apaciguamiento político, fundadas en la unión de Trinidad con el Coronel realista. Don Pepe era el primero que daba forma al descontento general:

— Eso pasa por meterse con godos. ¿Para qué estamos aquí con tapujos? Con estos diablos de maturrangos no hay más que ¡palo y tente tieso, señor!

— ¡Cierto, no hay que aflojarles! agregaban otros.

En los suspiros con que don Manuel Cardenillo acompañaba esas exclamaciones, no era posible discernir si aprobaba ó desaprobaba.

Los más estaban acordes en suponer que la desaparición misteriosa del coronel Laramonte, era el indicio de algún cambio trascendental en la política gubernativa. La entrada de don Fernando Peñuelas, un conspirador imaginario con un aire misterioso como si se tratase de alguna conspira-

ción, confirmó ese parecer de la mayoría de los tertulios.

— Vaya, don Fernando, usted debe saber algo, venga á sacarnos de la curiosidad. ¿Qué se ha hecho el Coronel?

— No sé nada sobre el Coronel; pero sé algo de mucho más importante, que puede estar relacionado con lo que pasa.

Contó en tono confidencial, pidiendo que no lo nombrasen al divulgar la noticia, que en carta llegada de Valparaíso, en la noche, á uno de sus amigos, se le decía que acababa de anclar en el puerto el bergantín *Dos amigos*, del Callao, trayendo una gran noticia. Los ingleses habían derrotado á Napoleón, en una gran batalla librada en un campo llamado Waterloo, cerca de Bruselas. Bonaparte quedaba preso en Inglaterra. Los tertulios se miraron admirados y perplejos á un tiempo.

— ¿Y qué tiene que ver la derrota de Napoleón con que se *chingue* el casamiento de la niña de doña Clarisa? ¡Qué se quiere reír de nosotros, señor! exclamó don Pepe, creyendo hacerse el eco del sentimiento general.

— ¡Pero, hombre, y le parece poco! Un acontecimiento que va á cambiar la faz de Europa, replicó don Fernando, que permitirá al Rey de España enviar nuevas tropas á América, y someternos para siempre al ominoso yugo del opresor!

Picado don Pepe de que lo creyesen falto de penetración política, insistió en su observación:

— Pero yo pregunto, ¿no ve? ¿Qué tiene que ver que derroten á Napoleón, con que aquí se haya hecho humo el novio de *la* Trinidad? Ahora lo que nos importa saber es: ¿qué se ha hecho el godito? ¿no ve? Á mí no me sacan de esto. Responda primero, que poco nos importa que á Napoleón lo manden los ingleses á *Buenaparte*, como su apellido, ¿no ve?

Con este juego de palabras, que le pareció superlativamente chistoso, se iluminó de alegría la cara de don Pepe. Desafiaba con la vista al revolucionario, para que le contestase, y paseaba después su mirada sobre los demás, convidándolos á que celebrasen su chuscada.

— Aguárdese, don Pepe, usted va á ver. El Capitán del bergantín bajó inmediatamente á tierra con pliegos cerrados que el Gobernador mandó una hora después con un propio á Santiago. Á la llegada de los pliegos el general Osorio se encerró en su despacho, y cuando salió tenía el

aire sumamente preocupado. He sabido que llamó á San Bruno y que le dió órdenes secretas. Es seguro que esas órdenes están relacionadas con la desaparición del coronel Laramonte.

— ¡ Bah ! pues yo estoy seguro que tendrán tanta relación con él como con Perico de los Palotes.

Replicaba así don Pepe « por quedar encima », como él decia. Los informes de don Fernando Peñuelas lo dejaban tan inquieto como á los demás. Don Fernando respondia de la autenticidad de sus noticias. Insinuaba, en voz más confidencial todavia que la que habia empleado para referir las grandes nuevas, que él tenia inteligencias en todas partes, y que nada podia ocurrir sin que él lo supiese.

— Bueno, pues, descubra entonces dónde está el Coronel y por qué no vino anoche, volvió á decir don Pepe, con su tenacidad de hombre que no se las callaba á nadie.

La llegada del bergantin *Dos amigos*, y los pliegos recibidos por el Presidente, se divulgaron poco después por todas partes. La noticia habia irradiado de la trastienda de don Francisco Carpesano, á las tertulias de otras tiendas y á las dos cigarrerias principales de la capital, centros de reunión, laboratorios de noticias politicas y sociales. La caida de Napoleón, llamado en los circulos realistas « el infame usurpador », y la llegada de pliegos de España para don Mariano, relegaron á un orden secundario el suceso ocurrido á los Malsira. Una agitación de curiosidad y de inquietud daba cierta animación á las desiertas calles. Las personas *visibles* entraban á las casas, ó salian de ellas en busca de noticias. El partido realista aplaudia la derrota del « intruso militarcillo francés », que habia expuesto á la corona de España á la pérdida de « sus espléndidos florones de América ». Los patriotas veian restablecida la paz europea y la posibilidad del envio de nuevas fuerzas de la Península, que vendrian á afianzar para siempre la dominación española. Eran nuevas y densas nubes en el ya muy entoldado cielo de la patria oprimida. Los corazones se volvian entonces hacia los que habian emigrado. Olvidábanse sus disensiones y sus rivalidades, hijas inevitables de la lucha. Se recordaba únicamente el heroismo que los habia sostenido en la desigual contienda. Se median con intimo orgullo los pasos de la corta historia nacional, en la obra fecunda de despertamiento á la gran existencia de pueblo libre, que habian acometido, ansiosos de luz y

de progreso, en medio del estruendo de los combates. Un desaliento de enfermo que piensa en lo poco que estimaba el tesoro de salud, entristecía por momentos los ánimos. Después, el tardío arrepentimiento de haber sido indecisos y tímidos, se despertaba en las conciencias. El sordo trabajo del jugador desgraciado que quiere desquitarse, empezaba tras esto á germinar en los espíritus, con su lenta incubación de encono porfiado y rebelde á la ciega fuerza de la suerte.

Las noticias vagas y flotantes, que como hojas de otoño arrastradas por el viento, llegaban de cuando en cuando del otro lado de los Andes, parecian, á semejanza de esas hojas marchitas, traer consigo el presagio de largos y oscuros dias de desolación y de abandono. Aunque en forma fragmentaria, comunicadas por las escasas cartas que burlaban la vigilancia de las autoridades realistas, ó traidas por soldados del ejército patriota, que preferian los peligros de la vuelta al suelo natal á las miserias de la proscripción, las comunicaciones que llegaban á los chilenos adictos á la revolución, les traian la desconsoladora certidumbre de que nada podian esperar de ese jirón de ejército que habia trasmontado la cordillera en busca de un refugio. Todas revelaban la desorganización de aquellas fuerzas en el torbellino de la derrota. Los odios de los jefes revolucionarios habian estallado al contacto del aire del destierro, como un incendio largo tiempo contenido. En vez de calmarse en la fraternidad de la desgracia común, las rivalidades que habian consumado la pérdida de la patria, enarbolaban allá sus enseñas de irreconciliable enemiga. En un trabajo afanoso de colmena que forma su panal, los tertulios de don Francisco Carpesano habian conseguido, á fuerza de prolijas indagaciones, compaginar las noticias que llegaban, hasta componer en sus lineas principales, aunque con perfiles inciertos, el cuadro de la emigración chilena en la República vecina. Desde los primeros dias, el general don José Miguel Carrera, asumiendo el papel de un Jefe de Estado al mando de sus tropas, entraba en conflicto con el Gobernador de la provincia de Cuyo el coronel argentino don José de San Martin. Don José Miguel y su hermano don Juan José habian sido apresados por San Martin, á vuelta de ardientes disputas de autoridad, y enviados bajo escolta á Buenos Aires. Las tropas, en parte incorporadas á regimientos argentinos; los oficiales, obligados á buscar la sub-

sistencia en humildes ocupaciones. Los parciales de Carrera y los de O'Higgins vivían divididos por antiguos celos que la inacción y el destierro convertia en odio irreconciliable.

¿Cómo pensar que de ahí pudiera venir la redención? ¿Cómo que de ese caos saliese un vengador de Rancagua? ¿Cómo que llegasen á aparecer por esas cumbres, de las que el sol se levanta derramando su riqueza de luz y de vida, las huestes salvadoras que sacasen á la patria de la noche de opresión y de horror en que sufria su martirio?

Nadie lo esperaba. La resignación de lo imposible se imponía como una fatalidad. Las preocupaciones caseras, debian necesariamente sustituirse al fuego sin pábulo de las aspiraciones patrióticas. Agotados los comentarios sobre la caída de Napoleón, sobre los pliegos llegados al Presidente y sobre las divisiones de O'Higginstas y Carrerinos en la otra banda, la tertulia de la trastienda, después de un dia de inusitada agitación, volvía á la aventura de la noche pasada. En la tarde, ninguna luz habia podido hallarse todavía para aclarar el misterio. Se sabía que don Jaime Bustos habia empleado todo el dia en diligencias infructuosas sin descubrir el paradero del coronel Laramonte. Los mejor informados contaban detalles: «la viudita de Alarcón no habia podido obtener una audiencia del general Osorio, para averiguar si la desaparición de Hermógenes era efecto de órdenes superiores; don Jaime habia interrogado, sin fruto alguno, á Callana, que sabía siempre cuanto pasaba; ni el Marqués ni la viudita se habían atrevido á acercarse á San Bruno, seguros que toda tentativa de ese lado los expondria inútilmente á las ásperas respuestas del Capitán.

Entre tanto, según don Pepe, «aquello no podía continuar así. Por consideraciones á doña Clarisa, el casamiento de Quintiliana con Beno Carpesano, habia sido postergado ya varias veces, y la chiquilla y su novio le sacaban el juicio por esas demoras. Todos en su casa estaban contra él. ¿Qué culpa tenía él ahora si al godo se le antojaba desaparecerse como si se lo hubiese tragado la tierra?» Don Pepe declaraba que su paciencia estaba ya agotada con ese cuento de nunca acabar, y que él no era hombre de aguantar pulgas en la espalda. En la noche misma iria donde doña Clarisa, á significarle que ya los niños no podían esperar más, ni él tampoco.

— Si el godo *parece*, se casarán al mismo tiempo; pero

sino lo encuentran, santas pascuas. La Trinidad no se ha de quedar soltera, para eso tiene sus buenos reales.

Después de cerrada la tienda, los amigos acompañaron á don Pepe á casa de doña Clarisa. Más que el interés por la chica, los arrastraba la curiosidad de saber si algo se había llegado á averiguar de nuevo. Encontraron á don Jaime en la sala desierta.

Conociendo lo frágil de su discreción, Luisa le había exigido que no fuese durante el día á la tertulia de la trastienda, á fin de evitar que se divulgase con demasiada rapidez la revelación del oidor.

— Y si he de decirle la verdad, tío, había dicho la chica, al confiarle la noticia, yo no creo en la historia de la comisión secreta. El recado de Hermógenes á Violante no puede ser una invención del asistente. De otro modo, Hermógenes habría encontrado medio de escribir, de disculparse.

Pero don Jaime tenía demasiada admiración por el Presidente.

— ¡ Oh ! ¡ el General no engañaría así al oidor ! Tú verás que Laramonte vendrá de un momento á otro. Cuando don Mariano dice una cosa es como el evangelio.

Después de esta conversación, don Jaime, había pasado el día viéndolo todo de color de rosa. « Pronto llegaría el Coronel. Su presencia bastaría, como el oidor lo había pronosticado, para hacer sanar á Trinidad. Todo volvería á arreglarse ». Lo único que lo molestaba en su optimismo, era la exigencia de Luisa, de que no fuese á la tertulia á contar la buena noticia.

— ¿ Qué hay, señor don Jaime, hay algo de nuevo ? le preguntó don Pepe, al saludarlo.

Para huir de la tentación de revelar el secreto, don Jaime contestó como si le preguntasen por Trinidad.

— Á mí me parece que está un poquito mejor.

Grande fué la extrañeza de los tertulios. Ninguno sabía que la chica hubiese amanecido con fiebre.

— No era para menos, dijo don Manuel Cardenillo suspirando.

Don Pepe estimó el acontecimiento con relación al objeto principal de su visita.

— ¡ Era lo que faltaba ! exclamó impaciente.

Don Francisco Carpesano y don Manuel creyeron que don Pepe deploraba como ellos aquel nuevo contraste de la infeliz Trinidad.

— Así es pues, esa es otra desgracia, ¡pobre muchacha! dijeron con aire consternado.

— ¡Cómo no, pues, señor! replicó don Pepe, por poco que se le antoje ahora ponerse grave, ahí nos tiene usted plantados todavía quién sabe por cuanto tiempo.

Don Jaime explicó la enfermedad, á los demás, constituidos ya en consejo deliberativo. Cada uno daba su opinión sin haber visto á la enferma. Para ellos los síntomas eran claros.

— Tiene que ser *chavalongo*, declaraban casi unánimamente, con aire de profética convicción.

Don Manuel Cardenillo hacía sus gestos misteriosos. Veía ya el rostro de la enferma desfigurado por las sombras de la muerte. Con un hondo suspiro anunció la idea que le acudía :

— Debían llamar á Pasamán.

Pasamán era el Doctor más afamado. La proposición fué recibida con frialdad. Los demás, obedeciendo á las ideas del tiempo, pensaban que bastaría con remedios caseros. Cada uno citaba algún ejemplo de *chavalongos* curados en su casa *como con la mano* por algún medio muy sencillo. « La enfermedad de la chica no podía ser grave, puesto que la noche anterior estaba buena y sana ». Don Manuel Cardenillo creía que con *torrejas* de papa en las sienes y paños de vinagre en la frente, á las pocas horas no tendría *señas* de fiebre. Don Francisco opinaba por la entrecáscara de *palqui* y hacerla sudar toda la noche. En ese momento entraba á la sala doña Clarisa. Á porfía, uno por uno le recomendaron cada cual su sistema.

— ¡Para qué andar con paños tibios! exclamó don Pepe, ¡déjense de tonterías señor! Yo que usted, misiá Clarisa, le ponía una buena ayuda de agua tibia con jabón de Castilla ¡y verá bueno!

— ¡Tan franco este don José! dijeron los otros, al ver que el naturalismo de Reza hacía venir por un instante el carmín sobre las pálidas mejillas de la señora.

— ¡Cómo no, pues! insistió don Pepe, una buena ayuda misiá Clarisa, si no tiene jeringa, mande pedir á casa no más, allá nunca le falta á la Panchita.

Don Manuel Cardenillo volvió á suspirar el nombre de Pasamán. La entrada de don Anacleto Malespina interrumpió la discusión que se trababa acerca del arbitrio impulsivo recomendado por don José María. La señora ex-

plicó el caso al oidor; pero antes que hubiese terminado, don Pepe volvió con ímpetu á su receta.

— Yo, señor, he aconsejado que le pongan una buena ayuda de agua tibia con jabón de Castilla. El otro dia, la Panchita, por tomar agua una hora después de chancho arrollado, se estaba retorciendo como si tuviera un cólico de *miserere*...

El oidor, sentenciosamente, golpeando su caja de polvillo, lo interrumpió:

— Pero yo creo que aquí no se trata de cólico.

— ¡Ya lo sé, señor! pero siempre debe empezarse por una ayuda, replicó don Pepe con exaltación.

La señora juzgó conveniente intervenir.

— ¿Quiere verla, señor oidor?

El gran personaje tenía privilegios especiales. Sin responder, porque aquel acto de deferencia le era debido, siguió á doña Clarisa con paso acompasado, levantando los hombros, solemne como cuando entraba en la Real Audiencia, antes de jubilarse.

— Si se va á sonar allá, dijo don Pepe, picado, seguro que hará saltar á la enferma de la cama.

Era el momento que esperaba don Jaime con impaciencia. Desde la entrada del oidor, una desazón lo mortificaba. Don Anacleto contaría su visita al Presidente y revelaría el secreto que Luisa, sin necesidad ninguna, le había impedido á él que fuese á revelar á la tertulia.

— Les voy á contar un secreto, dijo entonces acercándose al corrillo de los parientes, que habían quedado riéndose de la ocurrencia de don Pepe: el oidor estuvo á ver al Presidente esta mañana, y Su Excelencia le dijo que Laramonte volvería muy pronto. No digan nada porque don Anacleto quiere que esto no se sepa.

— ¡Vean qué gracia! exclamó don Pepe, yo creía que iba á contarnos qué clase de comisión del servicio es la que han dado al Coronel. Son cosas de ese viejo catarriento: ¡por darse importancia, señor! ¡para qué estamos aquí con tonteras! ¡Que ha de volver pronto el Coronel! ¡Vean qué novedad! ¡Por supuesto, que ha de volver! ¡Á menos que el oidor crea que se lo puedan comer los brujos!

Mientras tanto, al lado de la cama Luisa Bustos, con fraternal solicitud, observaba á la enferma. Trinidad se había dormido. Las visiones que agitaban su cerebro le habían dado un instante de tregua; el momento indeciso, en que

el ser material y el ser moral caen anonadados en el piélago de completo olvido, «imagen espantosa de la muerte». Pero luego las quimeras empezaron á levantarse de nuevo, con sus formas fantásticas de nubes caprichosas que se disputan el horizonte después de ponerse el sol; que suben las unas en pos de las otras, amenazando cubrir con sus opacos tintes, todo el cielo. Los ángeles, los arcángeles, los serafines, en una vorágine de remolino, se hundian en los abismos insondables. Uno á uno se desvanecian, después de haber crecido en el espacio, con el impulso instantáneo de las sombras chinescas sobre un telón iluminado por detrás. Luisa la oyó murmurar palabras incoherentes de misteriosa comunicación con lo invisible, girones de frases, que rompian el silencio de la estancia, como atraviesan en noche oscura, iluminando el espacio, las grandes chispas que se desprenden de un incendio. Los ámbitos del cuarto se animaban con el eco extraño de esas palabras cortadas, revelación de otra existencia indefinible en esa triste criatura, ayer no más sana de cuerpo y sana de razón, que agitaba inquieta su cabeza sobre la almohada, como invitando, en su casta y diáfana belleza, los besos abrasados del delirio. Luisa buscaba en la vaga sonrisa de la enferma, en su respiración afanosa, en la frente que sentia arder, la revelación del gran arcano, el secreto del indeclinable tributo de pasión latente que todas tienen que llevar, como esclavas antiguas, á los pies de la terrible divinidad. Ella habria querido ser semejante á las plantas de la ladera, á las que llega como besos de aura leve el soplo del vendaval, que arranca las hojas y las ramas á los árboles de la cumbre. «¿Por qué ese mandato imperioso, impuesto al corazón que quisiera sacudirlo?» Involuntariamente se dejaba invadir, como por un contagio, por el delirio de la enferma. Tenia miedo de declararse vencida. «El vendaval podia cambiar su rumbo de destrucción, bajar de la cumbre del amor correspondido, á la oscura hondonada donde ocultan sus tímidas flores de celosa orfandad, las pasiones involuntarias». Esas reflexiones, que se mezclaban á la oración con que pedia al cielo por la salud de su prima, la turbaban profundamente. Siempre el espectáculo de los amores felices habia hecho replegarse su alma en el altivo orgullo de su fuerza. La lucha delirante de la pobre criatura que tenia junto á sí la dominaba por el contrario, con su fascinación de tem-

pestad. Como una altura, le daba una sensación atrayente de vértigo, un encanto seductor de sacrificio.

Trinidad se despertó desazonada y jadeante. No encontraba postura cómoda. El movimiento, casi continuo, de su rodilla bajo la sábana, marcaba el trabajo invasor de la sangre agolpada al cerebro. Siempre el dolor de cabeza y el encendido carmín de las mejillas. La pobre máquina humana vibraba, con un estremecimiento oculto, como en las fábricas modernas tiembla todo el edificio, al impulso de las ruedas que agita con su afanoso respirar la locomotora. En ese momento entraron doña Clarisa y el oidor.

— ¿Has dormido un poco, hijita? ¿Cómo te sientes?

Trinidad murmuró algo de ininteligible, suspirando, cansada de su excursión al mundo de las sombras, con la mirada incierta, perdida en las lejanías de donde llegaba. El oidor le dirigió algunas frases paternales, algunos de esos consuelos vulgares con que los indiferentes quieren hacer creer á los enfermos que pronto van á sanar. Pero, visiblemente, la chica no le oía. Lo miraba sorber con ruido su narigada de polvillo, sin verlo. Había un trabajo en su cerebro que se revelaba por la vaguedad variable de su mirada. El oidor se puso á desarrollar su teoría sobre las fiebres, con la seguridad doctoral con que antes dictaba los considerandos de alguna sentencia. Para disculparse modestamente de su saber, concluyó diciendo, como si fuera de cosecha propia:

De médico, poeta y loco
Cada uno tiene su poco.

Trinidad, mientras tanto, se había incorporado, medio sentada. Con la vista parecía buscar algo en los rincones de la pieza. Un objeto que los demás no veían, que debía ocultarse tras los muebles. En los movimientos de la cabeza que se adelantaba como para ver más de cerca, había la desconfianza temerosa del niño asustado con los cuentos de brujos que oyó antes de acostarse. Luisa y la señora seguían ansiosas esos movimientos, mientras que el oidor hacía su diagnóstico de aficionado pedante. La chica, á fuerza de buscar en los rincones, pareció haber descifrado el enigma de la oscuridad. Con aire satisfecho, hizo una seña discreta á su prima, y cuando Luisa estuvo cerca, le murmuró al oído:

— ¿No ves? ¿Qué te decia yo? ¡Ahí está!

Señalaba con los ojos y con los labios el rincón donde ella veía á Hermógenes, ó por lo menos una sombra que debia ser él. Se impacientaba de que no se mostrase.

— ¿Hasta cuándo se esconde? dijo después, mirando á Luisa con aire afligido.

Luisa trató de tranquilizarla hablándola en secreto, al mismo tiempo que hacia señas á la señora y al oidor para que saliesen de la pieza.

Don Anacleto meneó solemnemente la cabeza, y salió seguido por doña Clarisa.

— ¡Yo creo que está con delirio! dijo la señora espantada.

En el aire ambiente sonaron á sus oidos los vaticinios siniestros. Allá, en lo alto, el rostro vengador le enviaba sus amargos reproches.

— ¿Qué haremos? ¿qué le parece? murmuró con tono de desolación suplicante.

— Yo le aconsejo llamar á Pasamán, fué la respuesta del oidor.

Al entrar á la sala anunció este dictamen á los de la tertulia. Todos ellos preguntaron si era chavalongo. Lo importante era dejar constancia que ellos lo habian dicho. No podia ser otra cosa. Don Pepe insistía de nuevo en su consejo y ofrecia el instrumento necesario, recomendando su eficacia.

— ¡Qué médico ni que matasanos! exclamaba, dominando las voces de los demás, una buena ayuda, señor; la Panchita puede venir á ponérsela; ¡la Panchita es *batasa* para las ayudas!

Don Jaime, sin detenerse ante la oposición de don Pepe, habia salido ya á mandar á buscar al médico. Cuando volvió á la sala, el consejo consultivo de parientes, bajo la presidencia, tácitamente aceptada, del oidor, se habia constituido á dictaminar hasta la llegada del facultativo. Pero luego se olvidaron de la enferma. Las grandes noticias políticas se sustituyeron á la enumeración de los remedios con que la inagotable farmacopea casera disputaba entonces su dominio á la ciencia. El oidor declaró ante su auditorio atónito, que á Chile le tocaría su parte en el gran libro de la Historia cuando se tratase de la caida del coloso de Córcega y del desmoronamiento del Imperio francés. «Manteniéndose fieles al soberano legítimo, Chile y los de-

más florones de la colonia española en América, habían privado al usurpador de grandes recursos que habrían contribuído al sostenimiento de su poder. Don Francisco Carpesano, aceptando esta filosofía de la historia, se congratulaba con movimientos de cabeza llenos de orgullo, por la importancia de su patria en la grande escena del mundo. Don Manuel Cardenillo suspiró su admiración sin gran convencimiento. Don José María, por espíritu de contradicción, se mostró escéptico:

— ¡Las cosas del señor don Anacleto! ¿Se le figura que Napoleón sabe siquiera donde está Chile? ¡El hombre ha caído porque lo han derrotado, señor! ¡Para qué estamos aquí con cuentos! Con Chile ó sin Chile, de todos modos, se lo había de llevar el diablo por ambicioso, ¿no ve?

Un ruido de herraduras de caballo sobre el empedrado del patio, no permitió seguir la discusión.

— Ese es el doctor, dijeron algunos.

El doctor entró con su guasca en la mano. Don Anacleto le explicó el caso de que se trataba. Con el buen propósito de ilustrar al médico, don Francisco y don Jaime dijeron que la enfermedad no podía ser otra cosa que chavalongo. Don Manuel Cardenillo hacía al mismo tiempo laudables esfuerzos por impedir á don Pepe que indicase la aplicación de su remedio favorito.

Pasamán, después de escucharlos á todos, hizo un movimiento de cabeza como para decir que estaba enterado, y se dirigió, siguiendo á don Jaime, á la pieza de la paciente.

Un cuarto de hora después, volvía á entrar en la sala, donde lo esperaba la curiosidad de los parientes. El doctor dió un nombre latino á la dolencia que acababa de examinar, y se puso á escribir su receta. Esta vez fué ya imposible contener á don Pepe.

— Mándele echar una buena ayuda, doctor, eso vale más que cualquier remedio de botica, dijo, como si cumpliese un deber de conciencia.

Según él, su remedio era una panacea soberana. « Los médicos podían saber mucho, pero nada era como la acción de la jeringa ».

Pasamán, que sin duda conocía las genialidades de Reza, firmó su receta sin contestarle. En seguida explicó á don Jaime y á doña Clarisa, que entraba, la manera de aplicar los remedios, y se despidió reservado y pensativo, prometiendo volver á la mañana siguiente.

Los otros habian escuchado llenos de curiosidad las explicaciones del doctor.

— ¡Caramba, cáustico y sanguijuelas! como para curar á un caballo, exclamó don Pepe, y nada de ayuda. ¡Qué charlatán!

En el patio, al retirarse, deploraba aquella enfermedad intempestiva, que venia á demorar nuevamente el casamiento de Quintiliana. Con feroz egoismo calculaba lo que habria de esperar.

— Si escapa, tenemos para un mes á lo menos. Ahora si se muere viene el luto, y entonces, ¡quién sabe hasta cuando!

La noche, en casa de la enferma, fué terrible. Á las dos de la mañana, en medio del silencio tétrico de las horas del sueño, Trinidad quiso levantarse. «Todo ardia en su derredor. Era una crueldad detenerla asi, cuando el fuego entraba por la ventana». Su voz suplicante imploraba piedad, mientras con un vigor que Luisa y la señora apenas podian resistir, pugnaba por saltar fuera del lecho. Con la voz lastimera de la chica, las sirvientes habian acudido. En toda la casa empezó entonces un pánico de inminente catástrofe. Mañunga y su madre ayudaban á contener á Trinidad; otras sirvientes corrian desatentadas por los corredores en busca de cualquiera cosa que les parecia buena para calmar el ataque. Los chicos, en sus cuartos distantes, levantaban, asustados, la cabeza de la almohada para oir, buscando una explicación á los lamentos que los habian despertado.

Los hermanos más grandes querian ir á ver. Una impresión desconocida y asustadora de tragedia, la idea de que estaban matando á alguien les heria el alma con el primer terror de la vida, que jamás se borra después de la memoria. En las piezas oscuras resonaban al mismo tiempo, como presagios de desgracia, los largos aullidos que allá en el fondo del patio, inquieto por el movimiento de la casa, Alpe dirigia á las estrellas, con esa intuición de animal inteligente, que asocia sus misteriosas emociones á los goces y á los dolores de sus amos. Sin hablar, ó en medio de indicaciones breves, de advertencias rápidas, las que rodeaban á la chica cambiaban miradas de terror. Con el hielo del espanto en el corazón seguian esa lucha de la fuerza juvenil contra lo invisible. Veian á la chica convertida ya en otro ser distinto de ellas, llevada en brazos de fantasmas intangibles, la poetica criatura, que no les oia,

que no entendía su lenguaje, que vivía otra existencia, en un mundo vecino al pavoroso misterio de la muerte.

En medio de su desolación sin límites, por un concierto de voluntades espontáneo, se arrojaron todas de rodillas, mirando al cielo, buscando esa protección de la fe que penetra el alma con la vigorosa creencia en el milagro. Doña Clarisa principió el rosario, Luisa y las sirvientes hacían coro. Las voces, como un clamor de ruido intenso, se unían en un concierto caloroso de impetración sobrehumana. El *ora pro nobis* subía al cielo con las inflexiones de un grito desesperado que implora misericordia.

Al cabo de una hora, sin embargo, la tremenda agitación empezó á disiparse. Las sanguijuelas, aplicadas tras de las orejas, habían hecho abundante obra de absorción. La enferma, poco á poco, se adormecía. El velo de un descanso plácido apagaba en los ojos la llama del delirio. Á las voces de terror había sucedido un susurro de frases inarticuladas. Sin duda que las cohortes celestiales habían vuelto en nubes rosadas y le enviaban, al batir de sus alas, las brisas refrigerantes de un contentamiento virginal. Al cabo de un rato de tranquilidad relativa, la señora mandó las sirvientes á acostarse. Ella y Luisa seguirían velando, cuidarían de dar á cada hora la bebida calmante. El silencio era ya menos temible. Con una vislumbre de esperanza en el pecho ponían en orden los objetos, moviéndose como sombras, sin ruido, sujetando la respiración. Delante de la vela habían puesto una pantalla. Sobre una mesita, al lado de la cama, el frasco con la poción traída de la botica, la cuchara, el vaso, el reloj para medir las horas, un gran reloj que don Alejandro había heredado de su padre y enviádolo á su mujer desde la cárcel, por temor de que ahí se lo robaran. Después de estos arreglos se sentaron silenciosas, cambiando á veces miradas tímidas, como para alentarse con la posibilidad de una pronta mejoría. Pero al amanecer, la enferma volvió á dar señales de un malestar creciente. Con la venida de la aurora, las dolencias graves parecen despertarse del sopor de la noche. El mal, que se hubiera creído en decadencia, tornó á su obra de desvastación, como un incendio apagado en un punto que estalla con furiosas llamas por alguna otra parte del edificio. Del cerebro, la inflamada sangre había bajado á la pleura, poco á poco, con oleadas de marea que va inundando la indefensa playa, en su marcha irresistible de

fuerza bruta. La frágil máquina humana buscaba el aire con ansias espasmódicas de pez que han sacado del agua. La pura y suave belleza del rostro maculado con la sangre de las sanguijuelas sobre la almohada, tomaba un aspecto trágico. Por su dilatación desmedida, las órbitas parecian inmovilizadas en la contemplación de un abismo. Era la lucha atroz trabada de nuevo entre el vigor de ese cuerpo joven y el enemigo invisible, que paseaba su tea encendida por las hinchadas venas, enviando oleadas de sangre hirviente á todos los órganos vitales de aquella armoniosa estructura de mujer. Con la nueva alarma, la casa tomaba también de nuevo la agitación siniestra de las grandes crisis. Doña Clarisa y Luisa redoblaban los cuidados, las aplicaciones de remedios á la ventura, en medio de mudas y desesperadas plegarias á la intervención del cielo. Las sirvientes sorprendidas en el pesado sueño, después de la velada, corrian, en alas de un interés compasivo, medio dormidas aún en busca de lo que pedian las señoras. La luz creciente de la mañana marcaba con tonos lívidos los rostros exangües de espanto y la inmovilidad de los objetos familiares, á los que la imaginación presta vida asociándolos á sus goces ó á sus quebrantos, marcaba el eterno y tristísimo contraste entre lo estable y lo pasajero, entre la insensibilidad perenne de las cosas inanimadas y lo deleznable y fugitivo del don fatal de la existencia.

El doctor Pasamán, después de tres dias de porfiados esfuerzos, llegó á la hora de desaliento en que el General ve desbandarse sus fuerzas y desespera á un tiempo de las combinaciones de la ciencia y de las inspiraciones del ingenio. Sus recetas habian salido de la casa, siguiéndose por momentos como las órdenes en el campo de batalla. Los remedios llegaban unos tras otros cual refuerzos de la reserva que viene á reemplazar los azotados tercios en la línea de combate. La fiebre era invencible. El sordo trabajo de volcán seguia su elaboración interna de elemento destructor. Las luces del voraz incendio poblaban otra vez el cerebro de la enferma con sus visiones de delirio. «Los cánticos de lo alto la convidaban á la fiesta de la adoración angelical. La dicha, que las crueldades del destino le habian arrebatado, le venia del cielo en la forma impalpable de una pureza sobrehumana. Con ella subia Hermógenes por los espacios infinitos, diciéndole su amor en un lenguaje desconocido que ella solamente entendia, el len-

guaje que no habían podido hablar en la tierra. En torno de ambos, como una atmósfera de sonidos, el canto de los ángeles, de los arcángeles, de los serafines, resonaba. Era un concierto entonado al batir de las lucientes alas, que modulaba promesas de dicha imperecedera». La voz de la chica vibraba en la pieza, cantando en frases extrañas, con entonaciones de revelación profética, ese poema de la ventura realizada. Pero la voz se apagó por grados, fué más débil en cada crisis, como un sonido que se aleja, una despedida enviada á gran distancia, un adiós que resuena después, con la melancolía torcedora de lo irremediable, en el alma de los que sobreviven.

En la noche, el silencio, parecido á una sombra lúgubre, invadió la estancia, donde acababa de terminar ese drama de amor. Doña Clarisa había sido llevada, casi exánime fuera de la pieza. Mañunga, cansada de llorar á los pies del lecho, dormitaba temblando, y Luisa inmóvil, perdida en su contemplación doliente, agotadas las fuerzas, agotadas las lágrimas, se abismaba en el espantable problema de las agitaciones humanas, ante esa imagen de inmovilidad eterna, á la que la muerte había devuelto el esplendor de su belleza al recibirla en su seno de paz, como un presagio de otra existencia feliz.

XLIX

No fueron solamente las tres acongojadas mujeres las únicas que en aquella noche hubieran sentido el peso de la humana desventura. El glorioso reconquistador del reino también sufría, también llevaba escondido el rayo de dolor dentro del pecho, que un poeta ve arder en el seno de la humanidad entera. Al abrir los pliegos oficiales de que había sido portador el bergantín *Dos Amigos*, una víbora alevosa le había saltado al corazón, y allí la guardaba oculta, como un remordimiento que no podría arrancarse. Se le anunciaba que el Rey, su amo, se había dignado nombrar un nuevo mandatario para su florón de Chile, un nuevo Presidente, que, si estaba adornado de tantos méritos, como tenía de nombres y de títulos, el imperio de la dominación española quedaría afianzado para siempre en esta angosta faja del Continente sud-americano. Llamábase don Francisco Casi-

miro Marcó del Pont, Angel Díaz y Mendez, caballero de la orden de Santiago, de la Real y Militar de San Hermenegildo, de la Flor de Lis, maestre de la Real de Ronda, benemérito de la patria en grado heroico y eminente, mariscal de Campo de los reales ejércitos, superior Gobernador, Capitán General, presidente de la Real Audiencia, superintendente, subdelegado del General de Real Hacienda y del de correos, postas y estafetas y vicepatrono real del reino de Chile.

La hoz del capricho real había venido á segar en sus verdes tallos, antes de florecer, las altas ambiciones, los planes á largo plazo con que mecia don Mariano su sueño de conquistador. En su lugar veia levantarse con erguidas cabezas de víboras envidiosas, cada uno de los nombres, cada uno de los retumbantes títulos de que venia precedido quien iba á sucederle en la tierra que él había reconquistado para su « sabio soberano ». En la *Gaceta Oficial*, Osorio anunció con el lenguaje ampuloso de la época, que el corazón de Fernando VII quedaba « inundado del más puro regocijo » con la noticia de la victoria alcanzada por « el muy ilustre señor don Mariano Osorio ». Pero el mismo don Mariano se guardó muy bien de añadir la extraña manera que tenia el Soberano de probar el regocijo en que se bañaba su real corazón. Guardóse para sí el ominoso secreto, pensando, sin duda, que si así premiaba el gran Fernando á sus servidores, cuando le reconquistaban reinos, ¿qué premio reservaría para los que se los perdiesen? En esas negras reflexiones pasó dos días engolfado. La Camarilla no comprendia el semblante acontecido con que don Mariano celebraba la inundación aquella, y la noticia de la caida de Napoleón, de quien tan duro trato habían recibido en Bayona el del corazón inundado de regocijo y su padre Carlos IV.

La visita matinal del oidor le trajo á la memoria el asunto de Laramonte, que con sus propias cuitas había puesto en olvido. Al consentir en la severa medida que contra el Coronel le había sugerido San Bruno, no estaba el todavía en posesión de los funestos pliegos traídos por el bergantín *Dos Amigos*. « Con un amigo habría bastado, pensaba don Mariano, sin poder desprenderse de su tendencia al chiste; el barco ese debería llamarse *Dos Enemigos*, que tales lo han sido para mí ». Antes de leer los pliegos se consideraba inamovible, por derecho de conquista. Tenia cura de

pueblo. Era preciso velar por la cohesión de sus elementos militares, asentar sobre sólidos cimientos la fuerza de su autoridad suprema. Juzgado por el criterio de la propia conveniencia, el compromiso de Hermógenes le había parecido un peligroso ejemplo: ende su gran severidad. Pero ahora, todo variaba. «Desde que su amado soberano, lo arrojaba á un rincón como una escoba vieja, ¿por qué concitarse enemigos? ¿por qué arrostrar compromisos en defensa de una causa que le pedía su sangre para devolverle ingratitudes y humillaciones? Dios puede exigir esa virtud en holocausto á su sacrificio por el mundo; pero un mortal, aunque sea Soberano, jamás».

En su mente desengañada bullían tales ideas, cuando Malespina, con su solemnidad doctoral, le habló de Laramonte y de la consternación en que había quedado la familia. Don Mariano era en el fondo, lo que se llama un hombre de buen corazón. Los sentimientos generosos, los impulsos compasivos brotaban en su alma como las flores agrestes que se arrancan de los sembrados con el nombre de maleza. Los deberes de su autoridad lo obligaban á extirpar impulsos y sentimientos, como malezas perjudiciales. Pero en aquel instante no tenía por qué refrenarse. «Con una simple orden podía devolver la felicidad á los que sufrían. Pues esa orden la daría, y el contento de su conciencia mitigaría la amargura del acíbar que había bebido desde la llegada de los malhadados pliegos».

— Todo se arreglará, todo se arreglará, señor don Anacleto, dijo el General. ¿Qué quiere usted? Las necesidades del servicio son imperiosas y hasta crueles; pero hay que atenderlas. Muy pronto verá esa familia que vuelve el Coronel á ponerse á las plantas de la chica.

El oidor atribuyó á su elocuencia este feliz resultado de la misión que lo había traído á palacio tan de mañana, y se apresuró á llevar la buena nueva á doña Clarisa, repitiéndole las mismas tranquilizadoras palabras del Presidente.

Pero esa satisfacción de conciencia, ese alivio de espina arrancada, duró poco á don Mariano. La enconosa ponzoña de la víbora lo atormentaba; el escozor de la necesidad ineludible le quemaba el pecho. Era preciso hacer saber á los fieles súbditos de Fernando que el sabio monarca les enviaba un aguinaldo, para las fiestas de Natividad, en la forma de don Francisco Casimiro Marcó de Pont, Ángel Díaz y Méndez, que venía á coger «la breva pelada», como

dicen los rotos », pensaba don Mariano. « Él, Osorio, había plantado en aquella tierra el árbol de la reconquista, lo había regado con la sangre de sus tropas, expuesto su propia existencia por cultivarlo, y todo para que viniese don Francisco Casimiro á recoger el fruto de sus sacrificios». La indignación arrojó de su alma el abatimiento, como llena el calórico el vacío que el enfriamiento produce.

Don Mariano, tuvo entonces la dignidad estoica aconsejada por la filosofía popular: « á lo hecho, pecho ». Nadie le oyó proferir una queja. Desde su sillón presidencial saludaba al Soberano con el altivo apóstrofe: « Cèsar, los que van á morir, te saludan ». Quería caer al suelo de la desgracia en una soberbia postura de gladiador herido, pero no vencido; envolverse en su manto de hijodalgo, que ocultaría la herida de su pecho, como la capa de los aventureros de su patria tapaba las roturas de la pobreza.

San Bruno lo encontró en esa disposición de espíritu, cuando vino á darle cuenta de la ejecución de sus órdenes relativas al coronel Laramonte. La entrevista diaria con el Capitán, especie de examen de conciencia, tomaba para don Mariano las proporciones de una fiebre intermitente. Otras veces, al divisar á don Vicente, se le figuraba ver entrar al barbero, que venía á sacarle una muela. Aquel hombre sombrío, sin emociones, que llegaba con la regularidad del puntero del reloj, á referirle lo que hacía sufrir á los insurgentes, las emboscadas que descubría, los azotes que hacía dar á los sospechosos, las celadas que tendía á los sindicados de patriotismo, le pesaba ya como una mala acción sobre su conciencia de hombre humano. Al verlo delante de sí, se preguntó, en uno de esos relámpagos del pensamiento que iluminan con rapidez eléctrica todo un orden de ideas, ó de recuerdos: « ¿ de qué le había servido doblegar su autoridad de Jefe supremo, ante la férrea voluntad del adusto Capitán? ¿ de qué manchar su conciencia y su memoria con las atrocidades de la cárcel, con los destierros á Juan Fernández, con el envío de tantos patriotas á las inmundas casasmatas del Callao? » Una amargura tardía de pecador arrepentido, le hizo deplorar con rabia su falta de voluntad para resistir al funesto consejero, « de voluntad la primera, la indispensable virtud del hombre público », pensó don Mariano, prometiéndose ser firme y enérgico en lo sucesivo.

Para afianzar su propósito, empezó á pasearse por la

pieza como se paseaba de costumbre, á fin de combatir la gordura que lo invadia. En ese momento, lo que quería combatir era la flaqueza de la voluntad.

San Bruno, inmóvil, esperaba sus órdenes.

Quería don Mariano decir: « sáqueme la muela, y verá si esta vez encuentra un hombre resuelto, una voluntad de mandatario, de hombre que ya nada tiene que temer, puesto que la negra ingratitud del soberano ha venido á quitarle el fruto de sus victorias y el fruto de sus imperdonables concesiones ».

— La gente se puso anoche en marcha á las dos de la mañana, dijo San Bruno.

Aludía al refuerzo de tropa que enviaba Osorio al Perú, á petición del Virrey.

— ¿Y el Coronel?

— Marchó con ella.

Los dos hombres, como los adversarios de un duelo, medían sus armas antes de atacar; se quedaban en guardia recelosos, esperando que se descubriese el adversario. Don Mariano quería y temía al mismo tiempo, saber los pormenores del apresamiento del Coronel. San Bruno, qué, según su práctica, había dado á las órdenes de su jefe la latitud de su imperiosa voluntad, no curaba de decir sino lo que fuese necesario, según el estado de espíritu que manifestase el General.

— ¿Ninguna resistencia?

— Pretendió ser conducido delante de V. E. protestando contra la orden de prisión; pero al fin, como militar, tuvo que obedecer.

El General se paseó en silencio por algunos instantes. « ¿Á qué preguntar detalles? Las palabras de San Bruno « tuvo que obedecer » le indicaban con suficiente claridad que la orden había sido ejecutada con mano de fierro. Tanta mayor razón para reparar la falta cometida. ¡No sería don Fernando VII quien le agradeciese el exagerado celo por el servicio de que había hecho víctima á Laramonte! »

— Capitán, prepare usted un propio para que vaya á alcanzar esa tropa, y le lleve al Coronel la orden de regresar á Santiago.

Se había detenido en su marcha al decir esto, para examinar el efecto de la orden en el semblante de San Bruno. Pero San Bruno se quedó impasible con su rostro de es-

tatua, en un silencio que le parecía un mudo reproche al General. Habría preferido que hablase, que con alguna observación diera indicios de su pensamiento. Sus nervios, como las cuerdas demasiado tirantes de un instrumento, amenazaban estallar. La impasibilidad del Capitán le daba un hormigueo insufrible de impaciencia, una comezón de discutir, de hacerle confesar que la orden le parecía muy acertada. « Puesto que el taimado fraile no quiere hablar, yo le tiraré la lengua ».

— Los servicios del Coronel pueden ser más útiles aquí. Y luego en Lima, ¡yo no sé! pero hay ahí, en las altas regiones una mala voluntad manifiesta contra mí, un prurito de desfigurar mis intenciones. Dirán que mando ahí al Coronel por temor de que por acá me haga sombra. No, no, es mejor que aquí se quede. Prepare usted el propio Capitán, y vuelva dentro de una hora á buscar el pliego.

Al verlo tan resuelto, juzgó San Bruno que era menester dar el ataque.

— El propio estará pronto dentro de una hora, excelentísimo señor.

Al fin, don Mariano se sentía fuerte, seguro de su autoridad. Sin duda, el Capitán, había adivinado que era ocioso resistirle.

— Sí, sí, agregó estirando el busto, aumentando su estatura á la medida de la autoridad vigorosa que lo animaba, el coronel Laramonte es un buen jefe al fin y al cabo, y estará mejor por acá. No faltaría quien dijese en Lima que lo he desterrado por celos.

— Pero al verlo volver, excelentísimo señor, los buenos españoles de por acá, dirán que V. E. ha revocado sus órdenes, por terror á las críticas de los insurgentes.

— Será una injusticia; usted, Capitán, se encargará de explicarles que cometen una injusticia.

— Lo haré por obedecer á V. E., sin esperar convencerlos.

— ¿Y por qué, Capitán? Diga usted por qué.

— Porque todo el mundo sabe ya el compromiso que contraía el Coronel con los insurgentes para casarse; porque los buenos españoles de aquí, aplaudían la energía de V. E. para reprimir ese acto relajador de la disciplina, y porque todos dirán ahora, si ven llegar al Coronel, que triunfan los enemigos del Rey.

Don Mariano replicó exasperado:

— Y esos mismos que se dicen buenos españoles me acusarán de que introduzco el desaliento en el ejército, castigando con excesiva severidad á un jefe valiente y leal, como es Laramonte, por una ligereza, sin oirlo siquiera.

— Lo oirán en Lima, excelentísimo señor. El sumario va en regla, y nadie, al leerlo, comprendería que V. E. dejase impune al que pacta con los insurgentes.

— ¡Qué pacto! ¡hombre! Ca, ¡que pacto! ¡una calaverada de enamorado! En Lima me acusarán de arbitrario, y tomarán eso como pretexto para desacreditarme en Madrid.

— Perderían su trabajo, excelentísimo señor. En Madrid se aprecian ante todo los actos de energía.

— ¡De mucho me ha servido la energía! exclamó don Mariano con amargura.

La impaciencia lo sacaba de quicio. «San Bruno hablaba así porque no conocía la noticia traída por los funestos pliegos del Consejo de Indias», era la reflexión de don Mariano. Ese secreto lo ahogaba, y como tenía que divulgarlo forzosamente, mejor era principiar por hacerlo valer como argumento para convencer al obstinado. En medio del descalabro de sus esperanzas, arrojado por la ola de la incertidumbre como el barco de Ulises, á estrellarse contra las críticas de los realistas de Chile, ó contra la malevolencia de los enemigos de Lima, á balancearse entre Escila y Caribdis, tenía necesidad del apoyo de una voluntad más fuerte que la suya para perseverar en su primer propósito, para no continuar sacrificándose por un fantasma de poder que se le escapaba. Violentamente, tomando una resolución suprema, se acercó al Capitán y en un tono caloroso de confidencia:

— ¡De mucho me ha servido la energía! repitió, ¡va usted á ver lo que he ganado con la energía!

Corrió al escritorio, y del cajón que tenía con llave sacó los pliegos, la víbora que le picaba el corazón.

— ¡Oiga usted, oiga usted!

Y leyó el oficio, recalcando la pronunciación sobre los nombres de don Francisco Casimiro Marcó del Pont, Ángel Díaz y Méndez; haciendo sonar sus títulos como otros tantos motivos de exasperación, como otras tantas pruebas de lo inútil de la energía que ensalzaba su porfiado interlocutor.

—¿Qué tal? ¿Se habria figurado usted esto, Capitán? ¿Qué dice usted ahora de la energía? ¿Quién pudo desplegarla más que yo? Una brillante campaña, el cerco y toma de Rancagua, la reconquista del reino, la supresión con férrea mano, usted lo ha visto, la supresión del espíritu de revuelta, la vigilancia incansable, la pacificación de los espíritus, y todo para que venga don Francisco Casimiro Marcó del Pont, Ángel Díaz y Méndez, con sus manos limpias, á recoger el fruto de tan improba labor! ¡Hábleme usted de energía!

Gesticulaba con fuerza, accionaba con mímica expresiva, daba á su voz entonaciones de admiración ó de ironía, como si hablase de un caso único en la historia, de uno de esos fenómenos que están llamados á hacer temblar á la humanidad, ¡de una injusticia que pasaba los límites de lo posible! Al lanzar la última exclamación, se sintió, sin embargo, desconcertado. El antiguo franciscano recibía la estupenda noticia sin conmoverse, en su actitud glacial de subalterno que respeta por obligación, pero que reserva su criterio propio de pensar lo que se le antoje.

—¡Y usted quiere que persista dando pruebas de energía, concitándome odios y exponiéndome á que Su Majestad reprueba mi conducta en el asunto del Coronel, como reprobará el virrey del Perú, ¡estoy seguro!

—Sin duda que Su Majestad reserva á V. E. algún puesto superior, algún puesto de mando en la campaña del Alto Perú, donde necesitan hombres de acción, dijo San Bruno con acento convencido.

—¡Hombre! ¿usted cree?

Don Mariano no habia visto en el horizonte el punto luminoso que le señalaba San Bruno. Éste continuó su razonamiento:

—Es lo que se me figura, excelentísimo señor. Allá en Madrid, tienen que medir á los hombres por sus actos, y por más que se hayan querido desfigurar los de V. E., el hecho de la reconquista de este reino, nadie puede desmentirlo. Lo más probable es que se hayan dicho que el que ha dirigido tan gloriosa campaña, está mejor para mandar en otras, que para perder sus dotes militares en la administración del país reconquistado.

El elogio más sutil que el aire, más liviano que los gases inflamables, penetraba en don Mariano por todos los poros de su organismo moral y le subia al cerebro, calmándole

instantáneamente el ardor de su encono de hombre chasqueado. La palabra fría y sentenciosa de San Bruno le hacia discurrir por las venas, como un bálsamo, el fuego reconfortativo de la ambición que se despierta. Mientras hablaba, Osorio creia descubrir en su colaborador un hombre nuevo, de una inteligencia superior, buen juez del mérito ajeno, guiado por una noble convicción de sacerdocio, capaz de ver más claro que los demás en la enmarañada trama de la existencia.

— ¡Pues, hombre! ¡vea usted, eso no se me había ocurrido! ¡Tanta más razón entonces, para no dar prenda con el destierro del Coronel!

San Bruno comprendió perfectamente lo que quería decir esta frase, pero fingió entenderla al revés para insistir en su idea.

— Es lo que me parece excelentísimo señor. Si vuestra excelencia revocase ahora la orden de partida del Coronel, sus enemigos de Chile y sus émulos de Lima, se darian prisa de escribir á España, tildando el acto de debilidad y de connivencia con los insurgentes, para hacer cambiar así el concepto de jefe enérgico y decidido en que se debe tener á vuestra excelencia.

— Justo, eso es, dijo el General, guardándose de contradecirlo, me acusarian de debilidad los de Lima.

— Y en el supuesto de que no estuviese vuestra excelencia destinado á un mando importante, peor sería aún el efecto de revocar lo hecho en el asunto del señor Coronel, porque los de Lima se fundarian en ello para argüir que la medida de enviar á Chile un nuevo mandatario no puede ser más cuerda, puesto que vuestra excelencia al revocar sus propias providencias, daria tan señalada prueba de parcialidad hacia los enemigos del rey nuestro amo.

« ¡Demonio de hombre! » pensó exasperado don Mariano. Esta reflexión del Capitán, cuando ya lo había hecho convenir en la necesidad de no hacer regresar á Laramonte, le hizo el efecto de sentirse envolver en una sábana húmeda. No divisó ya don Mariano el punto luminoso del horizonte, que volvia á cubrirse con las negras nubes de la realidad. «¿En qué estaba pensando al atribuir una inteligencia superior á aquel fraile disfrazado? No había en él, sino perfidia para doblegarlo todo á su voluntad. Ahora admitia la hipótesis de una simple destitución como cosa

natural, y aun sacaba partido de ella para reforzar sus argumentos. ¡ Demonio de hombre ! »

Hastiado, sintiendo la reacción de un nuevo desaliento tras de la efímera esperanza que la voz de San Bruno había hecho lucir en su alma, don Mariano abandonó la lucha. Volvió á su postura moral de gladiador herido, á cubrirse con su manto de hidalgo estoico. « Él haría ver al fraile que nada lo abatia ».

— Pues no les daré pretexto para que digan tal cosa, exclamó, y el señor Laramonte irá á que lo juzgen en Lima.

« Era él, por su propia voluntad, quien tomaba esta enérgica determinación». Por lo menos, así queria hacerlo creer y trataba él mismo de persuadírselo.

En la tarde de ese dia Osorio comunicó á la Real Audiencia y al Cabildo de Santiago la nueva de su reemplazo por Marcó del Pont, á quien dió en el oficio todos sus nombres y títulos honoríficos. Este anuncio se difundió por todas partes con inaudita celeridad. Fué como un cañonazo que hubiesen tirado en la plaza de armas de Santiago á la hora de la siesta. La capital se despertaba sobresaltada de su genial somnolencia. Como siempre, la trastienda de don Francisco Carpesano presentó un compendio exacto de la conmoción de los ánimos. Las entradas y salidas de los que venian á traer ó á buscar noticias, habian hecho de la tienda misma una especie de pasadizo, donde el dueño se mantenia en vano con su vara pronta para medir, porque nadie tenia tranquilidad de espíritu para comprar. La inventiva de los noveleros, á falta de datos biográficos sobre el nuevo Capitán General, acomodaba á su manera una relación fantástica de sus antecedentes, que ya se repetian con todos los caracteres de la autenticidad. Se decia con orgullo que la opinión del oidor Malespina era que un hombre tan condecorado, debia ser uno de los primeros personajes de la corte de España.

— Para gobernar en Chile tienen que mandar de lo mejorcito, argüian muchos, como una razón concluyente de esta hipótesis.

Don Pepe no participaba de esta ilusión forjada por el amor propio nacional. Su espíritu de perpetua contradicción, sobre todo tratándose de las opiniones del oidor, lo hacia formular la suposición contraria.

— Debe ser algún rotoso, dejémonos de cuentos. No ten-

dría con qué comer en España y lo mandan por acá á esquilmarnos el bolsillo.

«Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer», decían los resignados á la dominación española, los que formaban la masa inerte y tímida, la turba gobernable y pacata. Un cambio de gobernante les inspiraba el temor de lo desconocido. Pero el núcleo de los patriotas de la trastienda, que ocultaba sus simpatías por la causa de la patria de miedo á las persecuciones, no podía olvidarse que el General era el hombre del saco de Rancagua y el tolerador de los asesinatos de la cárcel.

— Bueno que se *friegue*, decía don Pepe. ¡No le gusta sacar multas!

No se conformaba todavía con los quinientos pesos de contribución que le había costado su libertad, cuando los apresamientos de noviembre del año anterior.

Don Francisco Carpesano, don Manuel Cardenillo y otros, que conversaban con don José María en grupo separado, abundaban en la misma opinión. «El cambio de mandatario era un síntoma de malestar en el Gobierno de la península. Era indudable que no consideraba á Osorio bastante enérgico. El nuevo Capitán General debía ser un hombre de fierro, un verdadero inquisidor».

Los días se sucedieron, sin que la agitación de los espíritus se calmase. La expectativa del cambio en el primer puesto del Estado mantenía en la sociedad realista esa atmósfera de esperanzas y de ambiciones, en que respiran sobresaltados los que tienen la sartén gubernativa por el mango.

En los primeros momentos, la camarilla del Presidente trató de crear una manifestación nacional en favor del mandatario desposeído. Á su instigación la Real Audiencia celebró un acuerdo para dirigir una representación respetuosa al soberano, en favor del mantenimiento del General. Las corporaciones fueron en cuerpo á palacio á expresarle sus condolencias. Los tertulios, en la noche, lo dejaban ganar á la malilla en señal de respetuosa consideración.

Pero don Mariano no se olvidaba de su papel de gladiador antiguo que busca la postura clásica para caer en la arena, y rehusaba cuanto pudiera parecer una resistencia á las reales órdenes que le arrebataban el mando.

Nobles y plebeyos, caballeros de sangre azul y rotos de

sangre araucana, pudieron admirar en la gran procesión del dos de diciembre de aquel año con que se inauguró la venta de la Bula de Cruzada, el continente sereno y majestuoso del primer magistrado de la Nación. Don Mariano marchó con la frente erguida y el paso firme, como si contase todavía con el favor del sabio monarca don Fernando. Los de la tertulia, desde la trastienda, al verlo pasar escoltando al Santísimo, que llevaba bajo palio el Obispo, encontraron sin embargo, que le faltaba la sonrisa protectora con que contestaba á los vivas oficiales en la gran procesión con que había iniciado su gobierno, y celebrado al llegar de Rancagua, la reconquista del reino.

— Muy tiesesito va; pero la enjalma lo lastima, había dicho don Pepe que veía pasar la procesión de pie, sobre una silla, en la puerta de la tienda, con doña Panchita y sus hijas en grupo, delante de él.

— Así es; no tarda en dar el corcovo, agregó Beno, que sostenía á Quintiliana de la cintura sin que lo viesen.

¡Era el resplandor del sol en el ocaso, que parece hacer gala de su luz al despedirse, cual si quisiera, augusto soberano del Universo, dejar grabada su fulgente imagen en los espacios infinitos!

El reconquistador de Chile iba á desaparecer del teatro de sus proezas. En Valparaíso la fragata *Jariera* fondeaba el mismo día 20 de diciembre de 1815, hundida con el peso del gran personaje en cuyas manos iba á romperse para siempre el cetro de la dominación extranjera, en esta altiva tierra cantada por Ercilla.

L

. . . . . .

. . . . . .

« Mientras tanto, ninguna noticia directa recibimos desde entonces de Laramonte. Sabemos que fué embarcado en el buque que debía llevar al Perú la tropa que se mandó de aquí. Eso es todo. Ninguna carta. Si ha escrito, lo que es más que probable, sus cartas deben haber sido interceptadas por los que lo sacaron de aquí tan violentamente. Además, ¡qué nos importa ahora! ¡Qué tenemos que ver ni qué tenemos que esperar de un hombre, que aunque invo-

luntariamente, ha sido causa de la irreparable desgracia que nunca lloraremos bastante! »

. . . . . .

« ¿Por qué me toca á mí tener que referir á usted tantas tristezas? Hace ya más de un mes, y mi pobre tía está tan inconsolable como en el primer momento. Yo tengo que escribir por ella y por mí. Así es que, aun cuando hubiera querido comunicar únicamente á usted cosas agradables, que lo consolasen en su destierro, me veo en la precisión bien dura de hacerme tal vez odiosa, dándole esta terrible noticia. Le aseguro que el cumplimiento de este deber es el más penoso que podia sucederme, después de los sufrimientos por que hemos pasado. Pero no se trata de mí, sino de usted, que ha hecho tanta falta en su casa durante estas horas de prueba. Casi no necesito decirle que aunque distante, y tal vez por esto mismo, lo hemos tenido en nuestro pensamiento á todas horas. Hablarle de usted á mi tía era el solo medio que yo habia encontrado para darle valor en su aflicción, de modo que puede decirse que usted nos acompañaba en estas horas mortales. Nos parecía que teniéndolo así tan presente no estábamos tan solas; llegábamos á veces á figurarnos que usted estaba á nuestro lado. Sobre todo, ahora, después de la gran desgracia, tengo que hablarle siempre de usted, decirle que pronto tal vez podrá volver, para que no se deje abatir totalmente por su pena ».

Con ese lenguaje sencillo, reflejo de la noble elevación de su alma, terminaba Luisa, en una larga carta á Malsira, la historia de aquel torbellino de desastre que habia arrebatado la existencia de Trinidad.

Escrita dia á dia durante las horas de soledad y de recogimiento, que le dejaba su piadosa misión de enfermera cerca de su prima, esa carta también fué para la chica una especie de examen de conciencia, que la condujo, sin pensarlo al principio, al estudio de sí misma. El papel, confidente mudo, puesto así en contacto íntimo con su pensamiento, tenia exigencias de enamorado que insiste en hacer confesar á la mujer amada los sentimientos del corazón, cuando ella se defiende por instintivo recato. Esa tiranía la dominaba en el silencio de la casa dormida, con un encanto de resistencia desfalleciente; le daba la dulce sensación femenil de obedecer á una voluntad de hombre amado; la embriaguez enervante de someterse á una suave

violencia. Con la curiosidad del viajero que penetra en una selva desconocida, su vista exploraba la sombría enramada donde su alma habia porfiado hasta entonces por sustraerse á su propia observación. Pero al acercarse á esa misteriosa fuente de la conciencia, donde queria al fin ver reflejarse desnudo su pensamiento, se detenia la chica con el recelo de las aves que llegan al manantial oculto, mirando en torno temerosas de que las sorprendan al beber. Su pudor empleaba ingenuas precauciones de lenguaje, para dar una forma indecisa á las confesiones que le hacia el corazón. Sí, ese ausente ocupaba toda su alma, y al decírselo á ella misma apenas se atrevia á escribir:

« Casi no necesito decirle que aun distante, y tal vez por esto mismo, lo *hemos* tenido en nuestro pensamiento á todas horas ». Sí, ella se confesaba ahora con emoción profunda, que el abrazo de supremo adiós que los habia estrechado el uno al otro al despedirse, habia hecho circular por sus venas un fuego desconocido, un filtro extraño de poder fantástico, como en los cuentos de encantamiento. Y sin embargo, sólo decia al joven: « Nos parecia que teniéndolo así tan presente no estábamos tan sólas; llegábamos á veces á figurarnos que usted se encontraba á nuestro lado ». Y al copiar en limpio esta parte de su carta, ofuscada con aquel recuerdo del fugaz abrazo, agregaba, temblando: « Y yo, hasta creia, y creo muchas veces, oir su voz en el momento de nuestra triste despedida ». Después, como para neutralizar la osadía de esta frase, en la que temia dejar ver á su primo el estado de su alma, añadia: « Le digo todo esto, porque tal vez usted, al ver pasar tanto tiempo sin recibir noticias de su casa, habrá podido figurarse que lo olvidábamos ».

Le parecia que con esa explicación, en la que hablaba nuevamente por ella y por su tia, la evocación de aquel momento decisivo de existencia, de aquel abrazo revelador, en que habia sentido identificarse todo su ser con el del hombre que la estrechaba sobre su pecho, no tendria á los ojos de Abel más importancia que el de un afectuoso recuerdo de fraternal cariño. Al dar una forma precisa á las sensaciones que durante largo tiempo habia combatido, queria, por una de esas sutilezas del amor menos tangibles que la nube que se evapora ó que el sonido que pasa, darse el amargo placer de decir al joven su secreto, sin que él pudiera comprenderlo. El sacrificio de velar así con pro-

fundo disimulo esa confesión de su alma, era para ella tanto más cruel, cuanto que en ese examen de conciencia, en esa meditación solitaria en que por primera vez se detenía á contar los latidos de su corazón, adivinaba con su agudo instinto femenil, que su rival, la encantadora viudita, no ocupaba un puesto superior al de ella en el corazón de Abel. El recuerdo de sus conversaciones con su primo, hasta aquella de la separación en la modesta casita de José Retamo, convertia en certidumbre, bien que en inexplicable certidumbre, ese presentimiento. Por lo menos, el amor de Abel fluctuaba indeciso entre ella y Violante. La chica explicaba ese fenómeno con la fórmula superficial que las mujeres aplican á todo lo que no comprenden en los hombres: « ¡los hombres son tan raros! » Pero ella estaba segura que Abel no habría estrechado en sus brazos á una hermana con la emoción intensa que le habia comunicado aquella noche, ni que su voz, al deslizarle en el oído con turbado acento, las palabras de despedida, habría podido tener si no la amase la vibración comunicativa y ardorosa con que le habia grabado en la memoria el recuerdo de ese instante, convertido ahora por ella en un poema de gloria y de pesar al mismo tiempo.

De pesar sobre todo, porque un recuerdo atroz volvia constantemente á su espíritu, con la tenacidad inerte de los cadáveres que sobrenadan en la superficie, al furor de las olas, después de un naufragio. Si Abel hubiese estado ahí delante de ella, con la exaltación que le producia su examen de conciencia, le habría referido la historia de ese dolor, de esa vergüenza de su vida, á la que habia sacrificado el amante impulso de su alma, que siempre habia volado hacia él, desde tantos años. Una historia confusa y sombría como las silenciosas horas de la noche en que habia tenido lugar el ominoso atentado. Desde que su tío y tutor, don Jaime Bustos, habia hecho salir de su casa á Juan Argomedo, ella vivia libre de inquietud. Las manifestaciones de amor, con que el mozo la perseguía sin descanso, tímidas y respetuosas al principio, habian ido haciéndose intolerables para ella, á medida que Argomedo se entregaba con menos disimulo á su funesta pasión por la bebida. Don Jaime no tardó en notar esa persecución obstinada, y no tardó tampoco en persuadirse de que su autoridad era impotente para refrenarla. Á la vuelta de violentas escenas, acabó por cerrarle definitivamente las puertas de su casa. Juan se retiró

amenazando vengarse de los desdenes de la chica y de las severidades del que él llamaba « el patrón ». Durante algún tiempo no volvió á oirse hablar de él sin embargo. Ña Peta, su *mama* que lo habia criado, intervenia de cuando en cuando cerca de don Jaime, para obtener en favor del mozo algunos suplementos pecuniarios á la pensión que le habia asignado. Luisa llegó á creerse libre ya para siempre del importuno galán. Su memoria le trazaba ahora con prolija fidelidad, todos los detalles de la escena que puso fin á esa ilusión. Habian estado aquella noche en casa de los Malsira, donde don Jaime iba á jugar malilla. Abel acababa de llegar de los Canelos. Recordaba perfectamente que el joven, al que veia después de una larga ausencia, habia tenido cerca de ella una actitud distinta que la del trato fraternal que desde la infancia habia mediado entre ambos. Sus primas Reza, bulliciosas y observadoras, al mismo tiempo que prodigaban al joven sus más insinuantes sonrisas, le habian dicho, una por una, desde Primitiva hasta Quintiliana, que Abel « estaba coqueteando con ella ». En el fondo, á ella no le desagradaba la observación maliciosa de sus primas. Si hacian esa observación, habrian notado probablemente que Abel le manifestaba alguna preferencia sobre ellas. Pero por sustraerse al examen inquisitorial de sus cuatro rivales, ella se habia visto obligada á corresponder con estudiada reserva á las discretas demostraciones de su primo. Abel lo habia notado. Al despedirse, en un momento en que las chicas Reza pedian á don Pepe que les diese *barato* por lo que estaba ganando en la malilla, el joven le habia dicho con cierta emoción: « ¿Sabe, prima, que la encuentro cambiada desde mi último viaje? ¡Y yo, que al venir, no pensaba sino en que iba á volver á verla! ». Palabra por palabra, esas frases habian quedado impresas con las acentuaciones de la voz más significativas, más turbadoras para ella que las palabras mismas. Recordaba muy bien que le habia contestado confusa, con un inexplicable deseo de ocultar el desconcierto de su espíritu: « ¡Nunca me habia hablado usted así, nunca habia mostrado tanto deseo de verme! » Y como si fuera en aquel momento, oia la voz de Abel, replicar con precipitación, al ver á las cuatro primas que se acercaban curiosas: « Es porque me he decidido á decírselo, al ver que usted parece no haberlo notado ».

Habia vuelto á su casa con la sensación de llevar una nueva

luz en el alma, un tesoro de vida descubierto en ese corto diálogo; maravillada de que unas cuantas palabras pudieran así trasformar la existencia, dar un interés desconocido á los menores incidentes, cambiar en intensa agitación la monotonía del pensamiento que dormita en la vulgaridad de las ideas caseras. Pensando así se había desnudado maquinalmente, con el alma engolfada en el nuevo mundo de infinitos mirajes, que le abría sus puertas de oro. Había luchado de buena fe por apartar de su oración nocturna, de la oración aprendida en la infancia, las palabras de Abel, que la perseguían con su tentación de secreto revelado á medias. Entraba poco á poco, cansada de esforzarse por desprender su espíritu de la tierra, á esa región en que las ideas indecisas se van apagando, como las lucecitas fugaces de un papel consumido por la llama. Entonces creyó oír el ruido de la puerta de su cuarto, que se abría suavemente y se cerraba en seguida, cual si la empujasen con precaución. La sorpresa y el terror la tuvieron paralizada durante algunos segundos. Sin atreverse á levantar la cabeza de la almohada, prestó el oído. Todo permanecía inmóvil en la vibración que parece tener el silencio cuando se le escucha. Entonces empezó á creer que una ficción del sueño, que algún sobresalto nervioso, había venido á turbarla con esa sensación de caer en el vacío, tan común en el momento en que el velo del sueño empieza á cubrir el cerebro. El bienestar del susto disipado empezaba á infundirle su bálsamo calmante en los nervios, cuando una realidad terrible, un golpe eléctrico de pavor la dejó por un instante anonadada.

En su cama, al lado de ella, un hombre se deslizó precipitadamente y una voz conocida le murmuró al oído:

— No te asustes, soy yo, Juan.

Argomedo al decirle esto, la inmovilizaba entre sus brazos, la cubría de besos, en el rostro, en el cuello, sobre los labios, con un ardor de delirio. La chica sentía esa respiración lasciva que la ofendía con su hálito vinoso de bebedor. La sensación de una mano violenta que le profanaba el seno, le dió un ímpetu de fuerza, un arranque de rubor irresistible, que la hizo saltar fuera del lecho, desprendiéndose de los brazos que la enlazaban. Fué todo aquello unos pocos segundos de lucha, de voces de horror á las que el espanto ponía una sordina, de protestas de amor acompañadas de infames osadías. En la oscuridad, como huyendo de las llamas, la chica empezó á buscar la puerta. El salto

con que se habia arrancado del abrazo opresor, la dejó desorientada, y en aquella estancia, donde habria podido encontrar en completa oscuridad todos los objetos, no acertaba á descubrir la salida. Juan habia saltado tras de ella y volvia á aprisionarla con su abrazo insolente, tratando de apagarle la voz y de serenarla con protestas de amor, ó de intimidarla con amenazas de violencia.

— Si gritas, tú misma te pierdes, porque todos vendrán y te verán entre mis brazos.

Pero Luisa, defendiéndose con desesperación, habia tomado á Argomedo del pelo y conseguia mantenerlo á cierta distancia de su cuerpo. Sentia, sin embargo, que las fuerzas del hombre acabarian por sobreponerse á las suyas. El instinto de pudor que casi le embargaba la voz, desaparecia con esa convicción. Preferia, no pudiendo continuar aquella lucha atroz, no pudiendo salvarse sola, que llegasen todas las personas de la casa y le encontrasen en tan extraña y bochornosa situación, casi desnuda, en brazos de su agresor semibeodo. Pero en ese instante, cuando iba á lanzar un grito desesperado, vió un rayo de luz en la parte de abajo de la puerta, y ésta se abrió enseguida con violencia. Don Jaime, envuelto en su capa, con una vela en la mano, entró en la estancia. Con la luz y al ver á su padre, Argomedo dejó escaparse á la chica.

— ¡Tío, tío, sálveme de este monstruo! dijo ella, corriendo hacia su lecho y envolviéndose, como con una túnica romana, entre los anchos pliegues de la colcha que tiró sobre sí de la cama.

Don Jaime se lanzó sobre su hijo y lo cogió violentamente del cuello. Una extraña energía de hombre tímido que ataca contando con no encontrar resistencia, lo animaba. Con los brazos rígidos, hizo recular á Juan hasta la pared, y empezó á darle ahí de golpes como si quisiese ultimarlo. Jadeante, entrecortada por la violencia de los movimientos, su voz se unió á la acción.

— ¡Ah, pícaro! ¡ah, infame! ¡cómo te has metido aquí, salteador!

Juan se defendia mal. Hubiérase dicho que el fracaso de su empresa le quitaba las fuerzas. Apenas, con movimientos sin vigor, como si despertase de un sueño, murmuraba entre dientes:

— Suélteme patrón, suélteme, mire que me enojo; suélteme, pues.

Don Jaime se calmó al fin con el sentimiento de su superioridad. Un orgullo de victoria le devolvía la reflexión.

— Ahora, dijo á Juan con tono imperioso, pero apagando la voz para no ser oido de afuera, vas á salir de aquí callandito, y que yo no vuelva á verte más en mi vida. Si pisas otra vez esta casa te haré meter á la cárcel después de darte de palos.

Como avergonzado de su propia acción, Argomedo bajó la vista y recogió del suelo su sombrero. No se atrevió á mirar á la chica, que le arrojaba una mirada de indignación y desprecio fulminante.

En su carta, Luisa refirió esta sombría escena, como quien sufre una operación dolorosa, por cumplir la promesa hecha al joven al despedirse. Con el rubor en la frente precipitó en lo posible el relato, para abreviar el martirio de la revelación; omitió los detalles ofensivos á su pudor, como si se ocultase á una mirada profana. Y, sin embargo, al terminar sentía un indefinible contentamiento, el alivio de la dolorosa operación terminada. Esa confidencia establecía un lazo de unión entre ella y el joven. «Él la juzgaría, él vería que á pesar de su desesperante fatalidad, ella podía levantar la frente con el orgullo de su pureza inmaculada. Él le quitaría del alma ese sudario de vergüenza que había enlutado su vida desde entonces, que la había hecho combatir su amor como un mal pensamiento, que la había envuelto, desde aquella aciaga noche, en un propósito de eterno sacrificio, en una melancólica resignación á ese castigo del cielo.»

«Ya ve, Abel, que le he cumplido mi promesa. Si usted puede darse cuenta del esfuerzo que habré tenido que hacer para contarle este secreto, que jamás he revelado, y que mi tío y yo hemos guardado desde entonces sin volver á hablar de él, alcanzará á comprender que hago por usted un sacrificio que por nadie en el mundo me habría impuesto, y que le doy una prueba de amistad y de confianza, más que si fuese usted mi hermano. La conducta de mi tío para conmigo desde entonces, le explicará el cariño tan grande con que lo venero y que le ha parecido á usted á veces exagerado. Al día siguiente me mostró su fe en mi inocencia, pidiéndome, casi de rodillas, que fuese su mujer. Me decía que de ese modo, si algo se sabía de lo que acababa de pasar, nadie se atrevería á calumniarme. No puede usted figurarse el empeño que puso en hacerme ce-

der á sus ruegos. Desde ese instante le tengo un amor profundo de hija y sería capaz de cualquier sacrificio por él. »

« Como ya le he contado la desgracia irreparable que nos arrebató á nuestra querida Trinidad, y le he dicho también el sacreto de mis propios sufrimientos, es preciso que le hable de otras cosas que puedan interesarle y distraerlo en su soledad. »

Empezaba por explicarle el motivo de su largo silencio. En los primeros tiempos, después de la partida del joven, no habiendo nada urgente que comunicarle, les había parecido prudente á su tia y á ella hacer esperar á Cámara, el único mensajero al que se habrían aventurado á confiar sus cartas. Después los acontecimientos se habían sucedido, encadenándose los unos á los otros, hasta llegar á la catástrofe que cubría de nuevo luto á la familia.

« No hemos sido nosotras únicamente los que hemos tenido que sufrir esos terribles días », agregaba.

« No habían terminado las persecuciones de patriotas con que la reconquista pensó apagar para siempre el fuego revolucionario que amenazaba consumir el viejo edificio de la monarquía. Las prisiones y los destierros habían continuado después de la carnicería de la cárcel de Santiago. Cada familia lloraba la ausencia de alguno de los suyos, y las que hasta entonces habían escapado indemnes, vivían bajo el terror de la amenaza, suspendida sobre todo el que no se declaraba abiertamente por el Rey. Mientras Osorio proclamaba la conciliación y el olvido, llamando á todos los chilenos á acogerse « entre los brazos paternales del magnánimo monarca », se iniciaban procesos contra los hombres más importantes del país, se les arrancaba del hogar para enviarlos á Juan Fernández ó á las casasmatas del Callao, á purgar delitos imaginarios. Se había creado una junta de vigilancia, presidida por el capitán San Bruno, para investigar la conducta de los patriotas durante el tiempo que había dominado la revolución. De este modo se esperaba extirpar del suelo de Chile el contagio revolucionario. La fiebre de la reacción impedía ver á los vencedores, que una fuerza oculta había arrojado la simiente de la libertad á todos los vientos de las antiguas colonias, una fuerza acumulada durante una incubación secular del poder incomprimible de las ideas, tan inevitable, tan fatal, como los fenómenos que desarrolla la naturaleza en su tra-

bajo grandioso de destrucción y de creación incesante ». La chica no podía tener esa previsión filosófica de la historia, que no tuvieron tampoco los consejeros del monarca español. Las reflexiones sencillas con que pintaba al joven el cuadro de terror que la reconquista iluminó con la tea de sus venganzas, en el que ponía en práctica con su áspera mano de vencedor la teoría del escarmiento, « la letra con sangre entra », entonces soberana en el Estado y en la familia, le venían de la fe persistente, en su alma de chilena de que la suerte de la patria no estaba perdida sin remedio.

« Á pesar de todo, escribía, el ánimo de nuestros amigos no desespera. Las noticias que suelen venir de la otra banda se comunican en secreto entre las familias y mantienen nuestra esperanza. En el pueblo también se conoce que la gente es enemiga de los peninsulares. Apenas algunos soldados de la tropa española se muestran por los arrabales en las chinganas, los rotos los atacan á cuchillo. El Gobierno ha tenido que dar órdenes muy severas para que no se alejen nunca los soldados de los cuarteles, sino en grupos que puedan defenderse. Varios soldados de Talavera han sido encontrados muertos en las rancherías del Cobi y de la Chimba en estos últimos tiempos. Los criados dicen que Cámara es uno de los que han empezado ese género de guerra á muerte, y que cada día cuenta con nuevos compañeros, que se reparten por los arrabales. Muchos de nuestros amigos creen que si alguien reuniese esos hombres y se pusiese al frente de ellos, podría formar una montonera temible para los españoles. ¡Ah! Si Manuel Rodríguez estuviese aquí, él podría reunir todas esas fuerzas que ahora se pierden por falta de un hombre que tenga su audacia y su talento ».

» Dicen también que entre la gente de los campos no sería muy difícil encontrar hombres dispuestos á levantarse contra los sarracenos. Se corre mucho la voz de que una partida de gente anda robando las haciendas y salteando en los caminos por el lado de Cumpeo. El que capitanea esa partida, según Cámara, es Neira, el inquilino que dejó usted en los « Canelos », y que, como usted recordará, es hijo de un vaquero de Cumpeo y se crió en esa hacienda. Cámara ha estado con muchos deseos de ir á reunírsele, pero mi tía se lo ha impedido. Él asegura que Neira no ataca generalmente más que á realistas. El Gobierno ha enviado

un piquete de caballería al mando de un Alférez para perseguirlo ».

« Pero lo más importante que ha sucedido en política desde que usted se fué, es el cambio de Presidente, que debe ya saberse en Mendoza. Aquí se supo la noticia de este gran acontecimiento en los últimos días de noviembre del año pasado y causó general sorpresa entre los realistas. Un mes después llegó la fragata *Javiera* trayendo á su bordo al nuevo Capitán general. Es un Mariscal de campo que se llama don Casimiro Marcó del Pont, con varios otros nombres y una infinidad de títulos y condecoraciones. Cuentan que ha traido mucha servidumbre y que su equipaje se compone de más de ochenta bultos entre baúles, cajas y cajones. Los realistas se hacen lenguas hablando del lujo de sus trajes, y ahora, cuando se muestra por las calles ó en el paseo del Tajamar, en un lujoso coche que ha traido de España, se agolpa de curiosidad la gente para ver los bordados de sus trajes y los galones de sus libreas. Se le hizo un gran recibimiento y se han dado muchas fiestas en su honor. Entre otras, una función en el teatro que ha sido causa de que llevasen á la cárcel á los tres primos Reza, por una farsa que hicieron en la misma noche. Le mando una carta de Beno en la que le cuenta esa aventura ».

« Pasadas las fiestas en honor del Presidente, muchas personas han empezado á echar de menos el gobierno de don Mariano. Como dicen aquí, « otro vendrá que bueno me hará ». Marcó del Pont no parece ser partidario de la política de conciliación. Desde sus primeras providencias manifiesta el propósito de gobernar por la intimidación, sin duda para evitar los cargos de debilidad con que los realistas desacreditaban á su predecesor. Se han mandado partidas de gente en todas direcciones para recoger las armas y dictado las penas más severas contra los que las oculten. El tribunal de vigilancia ha redoblado sus rigores, se aparta de todo empleo á los que no son españoles europeos, se enrola en el ejército hasta los hijos de familia, se prohibe salir de las ciudades sin permiso ó pasaporte de la autoridad local, se cobran con excesiva violencia las contribuciones, se multiplican los impuestos, se manda á todos los hacendados de esta provincia venir á presentarse á Santiago. Por esta enumeración, en la que omito varias otras medidas, calculadas para mantener el terror, verá

usted que la existencia se ha hecho insoportable para los patriotas. Vivimos en alarma continua, temiendo cada cual ser víctima de las tropelías que cada uno ve cometerse con otros. Sabiendo que el sistema de espionaje puesto en planta por San Bruno, cada día más feroz contra los patriotas, puede convertir en crimen las más inocentes conversaciones en que se hable de lo que pasa, se llega á desconfiar hasta de los sirvientes. Á esto se agrega que redoblan las persecuciones y los procesos, y que á pesar de haber llegado de España el indulto de los desterrados á Juan Fernández y al Perú, el Gobierno se ha negado hasta ahora al cumplimiento de esa orden superior ».

« Se ha tomado como pretexto para tantas providencias de rigor la noticia que circuló hace días de haber recibido anuncios el Gobierno de que está por llegar á nuestras costas una expedición naval, organizada en Montevideo y Buenos Aires contra los españoles. La alarma en el Gobierno y entre los realistas se deja ver por las medidas que se toman para defender la costa. Los patriotas no se atreven á dar crédito á esa noticia, porque en la desgracia todos se ponen incrédulos si se les anuncia que puede suceder algo feliz. Pero de todos modos, los ánimos empiezan á salir del abatimiento en que quedó el país en los primeros meses de la reconquista, y las tropelías y crueldades que diariamente se cometen contra los patriotas, en vez de amedrentar como sucedia entonces, producen una indignación y un deseo de venganza que se deja sentir entre caballeros y pueblo. »

« Usted habrá sabido que Osorio decretó el secuestro de los bienes de todos los patriotas que salieron de Chile después del sitio de Rancagua. Puestas á remate varias haciendas y casas secuestradas, no se presentaron postores, lo que manifiesta que no hay confianza en la duración del régimen monárquico. Gracias á la intervención de mi tío Jaime, los bienes de ustedes fueron exceptuados del secuestro decretado por Osorio, fundándose en que estos bienes estaban indivisos y en que su principal representante, que es mi tia Clarisa, no ha emigrado. Pero no ha sido posible conseguir lo mismo de Marcó, que ha mandado llevar adelante los secuestros y poner á remate varias haciendas, entre las que está « los Canelos ». El remate debe tener lugar dentro de un mes y se dice que para entonces no faltarán interesados entre los realistas. Como la

casa de ustedes está también embargada, mi tia piensa irse con la familia á la que tiene mi tio Jaime en Melipilla. Yo me iré con ella y no la abandonaré un solo dia mientras usted esté ausente. »

« ¿Cuánto durará esa ausencia? Eso lo sabe usted mejor que nosotras. Si ella debiese depender de lo que lo recordamos, ya estaria usted de vuelta. Pero pronto, ó más tarde, es menester que cuando se encuentre aqui pueda usted sacar la plata que tenia mi tio enterrada, como usted sabe, en su casa. El cajón que contiene los tres mil pesos, que puse entonces y vuelvo á poner ahora á su disposición para que use de ellos cuando quiera, está enterrado en casa de mi tio Jaime, en el rincón del norte del cuarto del carbón que abre sobre el segundo patio y se encuentra, como usted recordará, al lado de la cocina. En cuanto al depósito de armas, nada pudimos cambiar antes del secuestro de los Canelos. El apunte que llevó Manuel Rodriguez contiene las señas para encontrarlas. Están repartidas en los mismos puntos donde las escondió mi pobre tio Alejandro, cuando se supo el desastre del ejército del general O'Higgins en Rancagua. Como la hacienda está ahora á cargo de un depositario español que ha puesto allí algunos huasos con sables viejos á custodiarla, no será difícil sacar esas armas, si llega el caso de poder utilizarlas, como lo esperaba Rodriguez antes de marcharse de aquí ».

Este último párrafo y las demás frases que hubieran sido comprometentes en caso de caer la carta en manos de los españoles, estaban escritos por medio de una clave que Manuel Rodriguez habia dejado á Luisa al despedirse. La chica puso en esa labor paciente, especie de tapicería en que su espíritu bordaba ilusiones, una consagración de largas horas. Se complacia en prolongar esa fiesta de su alma, esa larga conversación con el ausente, á quien la uniria como un lazo de confidencia intima, la revelación de la triste aventura que habia arrojado una sombra de incurable melancolia en su existencia. « Cuando volviese á ver á Abel, pensaba ella, podria leer en sus ojos el fallo de su corazón. Por lo menos, él no la miraria entonces como un enigma, ni le hablaria de su altanera frialdad, que tantas veces, aunque indirectamente, le habia reprochado ». Terminó su carta dándole minuciosas noticias de sus hermanos y hermanas pequeñas, con una solicitud casi maternal,

contándole los progresos de cada uno de ellos, para mitigar con las esperanzas del porvenir la crueldad del golpe inesperado que iba á herirlo en su destierro.

« Adiós otra vez. Piense en los que aquí lo aguardan rogando al cielo por su vuelta. Mi tia lo abraza mil veces con toda su ternura, y yo, que soy ahora su hermana, para reemplazar la que ha perdido, lo abrazo también como en nuestra triste despedida ».

Cámara llevó esa carta con la de Beno Carpesano, de la que la joven había hecho mención en la suya.

« Te escribo esta epístola, como dice el oidor don Anacleto cuando habla de cartas, para contarte lo que nos ha pasado con los godos y las demás cosas que suceden por acá. Dile á Manuel Rodríguez que ahora somos tan patrioteros como él, y que el dia que quiera nos encontrará prontos á mi, á mis hermanos y á los amigos de nuestra logia, á acompañarlo hasta el infierno, si él va mandando. Díselo así. Ahora voy á mi cuento, y verás cómo nos han tratado estos pícaros de sarracenos ».

« Has de saber que nos ha llegado de España, revuelto con una gran cantidad de baúles y de cajones, un nuevo Capitán General que tiene tantos nombres y títulos como baúles. Á don Mariano lo mandan que vaya con su juego de pelota y sus decretos en verso á otra parte; pero por no dar el brazo á torcer, el muy pícaro ha recibido á su reemplazante con mucho agasajo, ya que no puede sacarle los ojos. Don Mariano, que está muy *enterado* porque ha hecho abrir el teatro, preparó una función con grande aparato para hacerle ver á Marcó del Pont que aquí estamos tan adelantados como España, y mandó que esa noche se volviese á representar *El sitio de Calahorra ó la constancia española*, que es la única pieza que medio saben de corrido Nico Brito, el primer galán, y la Chepa Morales, la primera dama. Como ya nos tienen atosigados con esa comedia, que están representando desde el tiempo del Presidente Muñoz Guzmán, se nos ocurrió á mis hermanos y á mi hacer una buena farsa para divertirnos y nos pusimos á escribir una tontera en forma de comedia; alquilamos una gran pieza con puerta á la calle cerca del teatro y pusimos afuera un gran cartel manuscrito, imitando letra de imprenta, en el que se anunciaba para la misma noche, la representación de la insigne comedia intitulada *La olla de mazamorra, ó contra basura, escoba*. Nuestros amigos

de la logia se encargaron de convidar otros mozos diablos y de traer bastantes rotos para que metiesen bulla. La comedia era un atado de disparates. El telón era una sábana con un rollo pintado en el medio y al pie un mozo de turbante con un letrero que decia: sarraceno. Los bastidores de sábanas también. En el medio del proscenio una gran olla cuidada por unos cuantos indios. Llegaban los sarracenos y se la quitaban á sablazos y se ponian á comerse la mazamorra, echando plantas contra los chilenos, hasta que éstos volvian con escobas y barrian á todos los sarracenos. El diálogo era lo divertido. Todos los godos, desde don Mariano y don Casimiro, hasta San Bruno y Villalobos salian á bailar de lo lindo con otros nombres. En la noche pusimos un farol en la puerta. La orquesta se componia de Guitarrita y uno que tocaba el rabel. Apenas se oyó por la calle la banda de Talaveras que venia acompañando á los dos Presidentes, Guitarrita y el del rabel empezaron á tocar también. Con nuestros amigos y los rotos la sala se nos habia llenado. Pepe mi hermano, que es el más gordo de nosotros, hacia de don Mariano, que en la comedia se llamaba don Marrano; Lucho era Marcó del Pont, con el nombre de Relumbrón, por lo bordado de sus trajes; yo hacia de San Bruno, con el nombre de Capitán Siniestro; otro amigo hacia el papel del cabo, y se llamaba Pillalobos. Desde que principió la representación se armó una tremenda algazara porque los rotos pifiaban á los que haciamos el papel de sarracenos y aplaudian todas las tonteras de los chilenos que defendian la olla de mazamorra. Todos nos reiamos á carcajadas y armábamos disputas con los rotos de la sala. En esto estábamos, cuando entró de tropel una mitad del batallon de Talaveras mandada por San Bruno en persona, con bayonetas desenvainadas, y nos rodearon á todos los que haciamos de actores. Algunos rotos se pusieron á gritar: «abajo los godos, mueran los maturrangos», pero entonces entró otro piquete de soldados armados con fusiles, al mando del cabo Villalobos, y empezaron á repartir culatazos para qué te quiero, hasta que los rotos despejaron la sala en un santiamén».

» Cuando no quedamos adentro más que la tropa y nosotros, San Bruno nos ordenó formar de dos en fondo; y ¿qué te figuras que hizo el muy bribón? Nos mandó á todos que nos bajásemos los calzones hasta los tobillos, y nos hizo tomar á cada uno una vela encendida en la mano. No hubo

más que obedecer porque al que se negaba, le bajaban por fuerza los calzones y Villalobos le alargaba dos ó tres chicotazos con una vara de membrillo. Á Guitarrita, que lloraba como una Magdalena, lo pusieron al frente con el del rabel que era de los que se taimaron y tuvieron que obedecer á palos. Cuando la formación estuvo hecha así, San Bruno dió la orden de marcha al son de un paso doble que hicieron tocar á Guitarrita y á su compañero. La gente se había apiñado como hormigas en la calle, y cuando nos vieron salir en camisa, con los calzones como grillos y una vela en la mano, algunos se soltaron á reir, creyendo que seguia la farsa de la comedia. Pero otros conocieron al tiro que era una picardía de los godos y se pusieron á pifiar y á torearlos con cuchufletas. Yo alcancé á oir á un roto que les decia á los soldados, que nos hacían bajar los calzones para ver si teniamos cola como ellos. Ya te figurarás cómo iríamos nosotros de vergüenza y de cólera; pero si alguno chistaba, ahí venía Villalobos y le ajustaba un varillazo por detrás. Así anduvimos en procesión hasta el cuartel de Talaveras rodeados por la tropa, con Guitarrita y el del ravel que tocaban su paso doble y una porción de rotos, de chinas y de chiquillos de la calle siguiéndonos. Á dos ó tres rotos que en el camino gritaron « mueran los godos » y á otros que gritaban para animarnos « vivan los patroncitos », San Bruno los hizo tomar por los soldados y en la misma noche les ajustaron veinticinco azotes á cada uno delante de nosotros ».

» Al dia siguiente por la mañana nos soltaron á todos, después de afirmarnos cincuenta pesos de multa á cada uno. »

» Ya te podrás figurar la alarma que hubo en Santiago, en la misma noche, porque la noticia corrió al momento por todas partes como un volador. La tertulia de la tienda de mi padre se desparramó al instante, como si hubiese habido temblor. En las casas, las señoras se pusieron á llorar y mi padre llegó medio muerto al cuartel para ver si era cierto que estábamos presos. Mi tio Pepe se mandó cambiar al dia siguiente de madrugada para la chacra con la familia. Advierte que ya estaba fijado para ocho dias después mi casamiento con Quintiliana y como con esta venganza de los godos no hay poder humano que haga volver á don Pepe á Santiago, ni consentir tampoco en que nos casemos en la chacra, de miedo á algún manotón de San Bru-

no, aqui estamos todavía Quintiliana y yo esperando, quién sabe hasta cuándo, el santo advenimiento ».

» Desde esa noche mis hermanos, nuestros amigos y yo se la hemos jurado á los godos. Ahora hemos venido á comprender cuánta razón tiene Manuel Rodríguez y tienen todos los que han tomado las armas contra estos pícaros. Nos afrentaron por una broma inocente y nosotros les juramos odio á muerte. Por eso te decia al principio que Manuel Rodríguez puede disponer de nosotros. El que lleva esta carta les dirá á ustedes dónde pueden encontrarnos con seguridad si ustedes llegasen á venir á Santiago. Tenemos algunas armas reunidas y seguimos juntando más poco á poco, hasta que se presente alguna ocasión de hacer uso de ellas contra los malditos maturrangos ».

» Yo sé que nuestra prima Luisa te cuenta la gran desgracia ocurrida en tu familia, que todos hemos sentido tanto y de la que los godos también tienen la culpa, y que te cuenta además las noticias de lo que ha ocurrido en nuestra tierra desde que ustedes se fueron; pero me ha dicho que no te habla nada de lo que pasa en palacio y hasta me encargó que nada te contase, porque dice que eso sería darte pena. Para penas vivimos todos en estos tiempos, mientras tengamos á los sarracenos sobre las espaldas; pero como yo creo que la cosa te ha de interesar, no le hago caso á la prima y voy á contarte. »

» Al nuevo Presidente le gustan mucho las fiestas, así como le gustan sus trajes tan bordados y galoneados. José Retamo dice que don Casimiro ha llegado á echarle tierra y que ahora él se siente chiquitito con su casaca y su gorra de galón, que lo han tenido siempre tan orgulloso. Así es, pues, que casi siempre están en palacio de mantel largo y que la tertulia de Relumbrón, como le han puesto prima Catita y prima Cleta, porque nunca las convida, está todas las noches lo más concurrida de godos y godas, sin que falten muchos chilenos de los que les gusta tener un amo aquí y otro en España. Ya sabes que aquí la gente no cuece peumos en la boca y que apenas nota algún tiemple todos se apresuran á hacerlo correr, como si fuese real ó peseta de cobre. Así ha sucedido, que antes que hubiesen pasado quince días desde la llegada de don Casimiro, empezó á correr por todo Santiago que la viudita de Alarcón le ha dado en el ojo y que el Presidente se ha templado con ella como un palomo. Nadie se extraña de esto, por-

que la viudita tiene para todos, como dicen, y es capaz de engatusar á un santo si le vuelve los ojos. Lo cierto es que Marcó no sale de casa de ella y que le hace la corte duro y parejo, y como doña Violante no es persona que se anda por las ramas, no sería mucho que apestillase al Mariscal con sus casacas bordadas y su coche de gala. No falta quien diga que el hombre ha elevado ya su solicitud al Rey para matrimoniarse con esta culebra ».

» Esto no sería nada, ni te importaría sino como una cosa curiosa, porque estoy seguro que tú ya le habrás hecho la cruz á esta diabla de goda, que en lo que ha puesto la mano para hacerles bien á ustedes, le ha salido todo al revés. Lo que á ti te interesa si saber, es que le ha puesto los puntos á los Canelos, y que espera enriquecerse á costa tuya y de tu madre y hermanos. Como los bienes secuestrados á los patriotas por el conciliador don Mariano, se quedaron sin postores en el primer remate, porque los godos tenian miedo á la vuelta de los dueños, el maricón galoneado que ahora nos gobierna, ha mandado que esos bienes vuelvan á rematarse sin fijar minimum para las posturas. Don Pepe María, que todo lo averigua y todo lo sabe, ha contado muy en secreto en la tertulia de la trastienda, que la viudita anda haciendo diligencias de plata para presentarse al remate y que don Casimiro la ha recomendado para que le presten *con quibus* á un realista medio comerciante y medio usurero al que se dará la misma hacienda en hipoteca. La viudita se apronta, pues, á pujar de lo bueno y sin ponerse colorada, y cuenta con que la comisión licitadora, con una palabrita de su galán, el Presidente, no la hará pujar muy fuerte y la dejarán sacar la hacienda á huevo. El remate tendrá lugar dentro de un mes ó poco más. Te cuento esto á efecto de que vayas echando tu barba en remojo y mandes tus instrucciones si es posible, para que le den una buena zancadilla á esta intrigante ».

LI

Los palaciegos, desde la llegada del nuevo Presidente, creían respirar un aire distinto del que cargaba de soporíficos vapores la atmósfera colonial. Un aire de señorío y de corte, ameno y majestuoso á un tiempo, reinó en las

salas de la augusta mansión que levantaba su mojinete en la esquina de la plaza de armas y de la calle del Puente. Sentian palpitar á la vista de los suntuosos uniformes con que don Francisco Casimiro engalanaba su persona, el alma de la madre patria, que vivia en la grandeza de sus glorias pasadas, á la manera que las nubes conservan por largo tiempo los rayos de luz y de oro, después que el gran astro se ha perdido en el ocaso. Los peninsulares admiraban las acciones y los gestos del Mariscal, como glorifican los cortesanos hasta las debilidades del monarca. Se empezaba á saludar á la Marcó, á hablar á la Marcó, á comer á la Marcó. En él, según sus admiradores, se sintetizaban las elegancias de Madrid, por su origen español, y las de París, por su larga residencia en Francia, donde habia sido prisionero de guerra. Las mujeres, adoradoras de la luz y todo lo que relumbra, como las mariposas, lo encontraban seductor. En el templo, ó en los salones, cuando se presentaba el Capitán General, deslumbrante de bordados y de cruces, muchos escapularios, que muellemente reposaban bajo el corpiño, en púdico altar, entraban en una agitación semejante á la de la barquilla que mecen las ondas, muellemente, con el cadencioso impulso de una brisa cariñosa.

A los halagos de esa emoción que se reflejaba en lánguidas miradas, en suspiritos ahogados, el nuevo dominador no era insensible. Su pecho, con ese incienso, tomaba la amplitud del fuelle que se hincha. Le inundaba el cerebro su vanidad natural en espumosa irrupción al contacto de esas mudas lisonjas, como de una botella de soda en súbita efervescencia, el líquido, con el contacto del aire, se derrama. Pero entre todas esas miradas discretas y suaves, como el aterciopelado de la trinitaria, una de reflejos de acero, atrevida y conquistadora, le habia dado en el pecho, con la certeza proverbial de la pedrada en ojo de boticario. Los ojos de la viudita de Alarcón le habian lanzado ese rayo, que llevaba consigo en su violencia incendiaria, el poder avasallador de los tres enemigos del alma: del mundo, del demonio y de la carne. La soberana tentación del fruto sazonado, un perfume más capcioso que el de la mujeril flora indígena, lo subyugaron desde el primer momento, y era su solaz soberano en medio de su afanosa actividad de defensor del reino, añadir lo dulce á lo útil, en un palique galante desenfrenado. Esto acreditó bien

pronto la creencia no desmentida por la viudita, de que en primera oportunidad iría un pliego rotulado al Consejo General de Indias, portador de la solicitud del Capitán General, « para contraer matrimonio con doña Violante de Alarcón, natural también de España como el ocurrente ». Por lo demás, las viejas, con el desinterés filosófico de los años, declaraban muy explicable y natural ese incendio de don Francisco Casimiro, mientras que las jóvenes no podían comprender que tan gran señor « se dejase engatusar por una coqueta artificiosa, que tenía ojeadas para todos los hombres ».

Ella, impertérrita en sus combinaciones ambiciosas, maniobraba hacia la conquista final de su nuevo adorador con la serenidad del colmenero, á quien no turba en su tarea el zumbido de las abejas en torno de sus oidos. La llegada de aquel reflejo viviente de la majestad real, iluminó ante su vista una nueva vía en la noche de desconsuelo que la abrumaba desde la desaparición de Abel Malsira. Al ver que tan fácilmente un soplo del destino habia hecho derrumbarse el edificio levantado con tanto ingenio, ella se arrojó en esta nueva empresa, con la rapidez del que está convencido de que toda buena ocasión es esencialmente calva. Sobre ese mismo principio de lo escaso y fugaces que son las buenas ocasiones, y por aquello de que « lo que se ha de llevar un moro es mejor que se lo lleve un cristiano », formó la viudita el propósito de adquirir con poco dinero una valiosa hacienda, en el remate de bienes secuestrados á los patriotas, contando como elemento de triunfo para inclinar en su favor el martillo del rematante, con el influjo poderoso del jefe del Estado. Y en su discreta cabecita, que no parecía por su gracia primorosa sino un nido de adorables frivolidades, fijó su elección precisamente en la hacienda de los Malsira, porque se le puso en las mientes que esta sería la mejor manera de quitar á la posesión rematada, la aleatoria contingencia de un nuevo triunfo de los patriotas sobre las armas del Rey. En esta eventualidad, poco probable, fácil le sería persuadir á Abel Malsira que habia rematado « los Canelos » para conservar el fundo á su familia, impidiendo que algún otro interesado lo adquiriese. Mientras que en caso de continuar la dominación de sus compatriotas, la posesión de una hacienda tendría que soplar la llama del enamorado Presidente, hasta hacerle quemar las naves de su empecinada

soltería. Todo fué realizándose tan al canto de su cálculo, que ya empezaba á creer que no era pura lisonja varonil, aquello de asegurar que lo que la mujer quiere, Dios lo quiere, porque el favor de don Francisco Casimiro le hizo encontrar en préstamo los fondos necesarios, y ayudó á que el martillero diese el golpe de la posesión antes que otro interesado sobrepujase su primera postura. Todo pasó rápidamente, con grave formalidad, sin que nadie se atreviese á protestar, porque por lo bajo se corría en la sala de la licitación en respetuoso cuchicheo, que el Presidente vería con agrado que nadie se empeñase en la puja. Y así se encontró la hermosa Violante dueña de un valioso fundo, sin más trabajo que el de confesar entre risitas y coqueterías á don Francisco que él era un hombre irresistible, y habría, al fin, de tener que acompañarlo al altar.

Con igual fulgor que en ese campo frívolo de los triunfos amorosos, lucían en el de los negocios de Estado las altas dotes del representante del Rey. *La Gaceta de Gobierno*, como que recibía de palacio inspiraciones y subvenciones, incensaba en cada número las virtudes portentosas del mandatario, con no menor descaro que el de los inventores de productos farmacéuticos, para enumerar las múltiples virtudes de sus infalibles panaceas. Como pan bendito tragaban esas alabanzas los realistas y los privilegiados de la camarilla, atizaban el fuego de la admiración, proclamando que había sido inspiración del cielo, la del « amado soberano », al enviar al egregio mandatario que en el suelo privilegiado de Chile había extirpado ya, con los dones de su talento, la maleza destructora del espíritu revolucionario. Él había remachado con un engaste indestructible el hermoso florón del reino de Chile á la corona de España. Su vigilante ingenio había multiplicado las medidas certeras en esa obra magna de afianzamiento.

Había colocado en los boquetes de la Cordillera la compuerta de la fuerza armada que ponía el reino á cubierto de toda invasión de insurgentes. En los campos, en las aldeas, en los pueblos, otras partidas volantes de fieles servidores armados, perseguían á los bandoleros. La Comisión de vigilancia purgaba el país de enemigos encubiertos, lo desinfectaba de antiguos servidores de la criminal revolución. En los puertos, atentos vigías atalayaban el mar escudriñando en el horizonte la aparición de corsarios. El ejército velaba con el arma al brazo por la quietud de los

amantes súbditos de Su Majestad. Y por fin, coronación de esa obra que aseguraba para siempre á los felices habitantes de Chile, la sombra benéfica y protectora del estandarte de Castilla, el excelentísimo Capitán General, con un rasgo de genio, fundaba sobre el cerro de Santa Lucía dos poderosas fortalezas, que serían el baluarte de la seguridad interior y exterior del reino.

En medio de su gloria, sentía, no obstante, el Capitán General ese malestar indefinible del hombre que tiene en incubación alguna grave enfermedad. Síntomas, al parecer inconexos, venían á turbarlo en su fatuidad de poderoso, con la repetición que ponen las moscas en los calores del verano, para volver á la frente del que lucha por espantarlas. Los boquetes de la Cordillera, tan bien custodiados, según la *Gaceta*, dejaban pasar y repasar los emisarios de los insurgentes, las cartas misteriosas que mantenían en el interior del reino una agitación intangible. Las partidas de bandoleros perseguidas en vano por las tropas reales, se ocupaban más de perturbar á las autoridades de los pueblos que en despojar á los caminantes. La Comisión de vigilancia se veía reducida, para poder condenar, á suplir con actos arbitrarios la falta de pruebas en sus procesos. Los asesinatos de soldados españoles, cometidos con frecuencia, semejaban las erupciones intermitentes de un volcán que no está apagado. Por las noches, en la majestad del silencio, resonaban en Santiago voces de « Viva Chile », como los alertas de centinelas, anunciando la vitalidad obstinada de los vencidos. Turbas de rotos acometían, puñal en mano á veces, las rondas por los suburbios, al grito de « mueran los godos » como una protesta desesperada de un patriotismo indomable.

Pero todo aquello, de tiempo en tiempo, sin cohesión ni unidad, parecía á los gobernantes como una aprehensión supersticiosa que debe desecharse; hechos aislados, sin la fuerza de un propósito común; pequeños dolorcitos inevitables en el gran cuerpo político, que no le impediría vivir luengos años, « como viven, decían, la gallina con su pepita ». Los naturales de España, la raza que se creía superior á la indígena y á los criollos, olvidados de la heroica lucha cantada por Ercilla, no se conmovían con esos síntomas de una sorda ebullición nacional. « Los destinos del reino estaban en manos poderosas. No había nada que temer». El empeño común era manifestar la más perfecta confianza en

la dominación perpetua de la monarquía. La *Gaceta*, con entonaciones épicas, anunciaba victorias reales ó imaginarias, alcanzadas en todas partes de América por las armas españolas y se callaba las derrotas. El Presidente divertía al pueblo con fiestas públicas, daba alientos al clero con *Tedeum* y procesiones, lisonjeaba á los peninsulares con saraos y besamanos. Quería que por todas partes estallasen las manifestaciones de la lealtad colonial, y para hacer que los chilenos engrosasen la « lucida y selecta concurrencia » de que hablaba la *Gaceta*, al dar cuenta de tantos regocijos en aquella colonia privilegiada, un sistema de onerosas multas, aplicado con la avaricia de un tesoro siempre exhausto, obligaba á los magnates patriotas á llevar una vela en las procesiones, á ocupar los escaños de la catedral en los *Tedeum*, y á mostrarse en los besamanos de palacio entre los altaneros hijos de la madre patria. Así el reconquistador hacia flamear su pendón de triunfo sobre grandes y pequeños, reprimía con mano airada los ímpetus de los atrevidos y proclamaba como única ley de salud y de tranquilidad, la sumisión absoluta al soberano de España, « al amado Fernando ».

Un año de este vigoroso régimen gubernativo, al par que había exaltado hasta el optimismo la confianza de los dominadores, había convertido en fuerza de resistencia y de expansión el desaliento de los oprimidos. Era el fenómeno lógico de la presión excesiva, que puede hacer estallar la caldera, á la que no se han puesto válvulas de seguridad. Pero por el momento, á fines de aquel año de 1816, la mano del conquistador mantenía y forzaba la presión, con absoluto desprecio de esa ley común al organismo vital y al organismo físico. Y llegaba á ser el principal artículo en el catecismo del « súbdito leal », que las colonias rebeladas tendrían que volver una por una, por la razón ó la fuerza, á la sumisión secular.

El anuncio enviado en esos días de uno de los destacamentos apostados en la Cordillera para cerrar toda comunicación con las provincias de allende los Andes, vino á confirmar en el Gobierno y en los peninsulares esa teoría de la sumisión inevitable. El comandante de aquella fuerza anunciaba á Marcó del Pont habérsele presentado un parlamentario con importantes comunicaciones, según decía, del Gobernador de Cuyo, pidiendo pasar á Santiago para entregarlas en persona al Excmo. Capitán ge-

neral. Al leer el oficio, retirado en su gabinete de trabajo, don Francisco sintió que un airecillo tibio de primaveral satisfacción le bañaba la frente. ¿Qué podia traer ese emisario, sino la sumisión de las provincias unidas del Rio de la Plata? La Camarilla, instruida de la importante nueva, se extasió en la admirable previsión del Mariscal.

— Vuecencia profetiza en politica con el don de segunda vista, propio solamente de los grandes hombres de Estado, le dijo don Anacleto Malespina, con solemne aplomo.

Sabia el oidor que las narices del Capitán general resistian sin lesión alguna á los más fuertes golpes de incensario. Los demás, Rodríguez el Obispo electo, el obispo Villodres, que estaba en Santiago para consagrar á ese prelado, y otros grandes bonetones de la camarilla, todos peninsulares, aplaudieron con discretas narigadas de polvillo la gruesa lisonja del oidor. Pronto la estupenda noticia llegó á la antesala, donde José Retamo le dió la fórmula con que debia circular en la ciudad:

— Los cuyanos mandan un parlamentario á S. E. para decir que se amansan y dejan que les pongan el freno.

En la trastienda de la calle de la Compañía la consternación era tétrica. Hablaban en voz baja, entre dos puchadas, desconfiados, como si temiesen que pudieran oirles los escasos parroquianos que llegaban de cuando en cuando á dar actividad a la vara de don Francisco Carpesano. Unicamente don José María Reza tomaba una franca actitud de filósofo utilitario.

— ¡Para qué estamos con cuentos! Hace un año que debian haber empezado por someterse, señor, y dejarnos al fin trabajar en paz y vender nuestras cosechas. ¡Cuántas multas y contribuciones nos habrian ahorrado! ¡Quién nos mete á nosotros á ser independientes. Nuestros padres no pensaban en eso y eran felices y tenian hartos hijos!

Una estafeta llevó sin tardanza al alférez de la Fuente, realista entonces, más tarde Presidente del Perú, que era el jefe del destacamento ante el cual se habia presentado el parlamentario, la orden de hacerlo avanzar hacia la capital con buena escolta.

El hombre eminente, que con inauditos esfuerzos de genio y de perseverancia, forjaba en Mendoza el formidable instrumento que debia derrumbar para siempre en Chile el desquiciado edificio colonial, habia ideado el ardid del

envio del parlamentario, para reconocer el camino por donde pensaba lanzar las huestes invasoras. San Martin fué la viva confirmación de esa máxima que hace surgir de las circunstancias en los grandes momentos históricos los hombres necesarios, los hombres providenciales. Su gran figura crece con el tiempo entre la bruma de lo pasado, como parecen crecer y levantarse hacia las nubes, en razón de la distancia á que se les mira, los picos elevados de los Andes, testigos de su elaboración colosal del ejército libertador. Tenia el genio de los conceptos creadores, con el talento minucioso de los detalles que exige la ejecución de toda idea grandiosa. Como los planetas, tuvo sus satélites en su misteriosa rotación de agente del destino. Los unos, oscuros, héroes anónimos que desaparecen en el gran piélago del olvido, después de su obra de abnegación silenciosa, como celajes que caen al mar, sin dejar rastro de su existencia. Otros, brillantes, con resplandor propio, que están ahi, en el firmamento de la historia, y proyectan el fulgor de sus grandes hechos y de sus grandes sacrificios, como los rayos de luz que se extienden más y más á medida que se aleja el foco de donde parten. De éstos fué Manuel Rodriguez. El ardiente tribuno, hombre de impulso ingénito, encontró luego en el destierro un campo de acción á sus activas facultades de combatividad. Su intenso amor á la causa de la independencia lo apartó del campo de los descontentos, agrupados en derredor de su antiguo jefe y amigo el general Carrera. La sombra de esa tienda de Aquiles que don José Miguel clavaba en suelo extranjero, frente á la patria ensangrentada, no podia convenir á su alma de patriota. San Martin no tuvo dificultad de atraérselo. Ese hombre de acción, despreciador del peligro como los precursores, como los apóstoles de un dogma, debia comprender á la primera mirada, al pensador taciturno y rígido, que marchaba á su fin con la voluntad paciente y segura de una inspiración sobrenatural. Esas dos fuerzas sintieron desde su primer contacto como la comunicación de los dos fluidos eléctricos que engendran el rayo. Cada uno encontró en el otro lo que las exigencias de una idea dominante les hacia buscar para realizarla. El General descubrió en el tribuno la osadia temeraria que no recula ante el sacrificio de la vida. El joven patriota, al hombre de autoridad que llevaba en su cerebro grandes ideas y que estaba resuelto á ejecutarlas. Uno y otro, fecundos en ar-

dides de guerra, en estratagemas ingeniosas y atrevidas, en combinaciones sutiles.

San Martin habia resuelto el envio de un parlamentario á Chile. So color de llevar una comunicación oficial deberia reconocer los pasos de la cordillera, estudiar los caminos, tomar nota de los obstáculos que al poniente de la falda de los Andes hubiesen formado los realistas para oponerse á una invasión del lado de Mendoza. En el viaje á Santiago y en el de regreso, que el comisionado procuraria hacer por distintas vias, un hombre inteligente y experto en reconocimientos militares, hallaria modo de recoger los datos indispensables para la marcha del ejército, con el que el gobernador de Cuyo meditaba invadir á Chile. Para esa dificil empresa no bastaba el valor personal. Un hombre de ciencia, habituado á las operaciones de agrimensura, con el golpe de vista rápido y certero del buen topógrafo, era indispensable. San Martín confió esta misión á un sargento mayor de ingenieros, don José Antonio Álvarez Condarco, un estudioso, arrancado á sus libros por la fiebre patriótica que encendia entonces los más frios y reflexivos espiritus.

Manuel Rodriguez solicitó un puesto en la atrevida empresa. En su existencia consagrada á la patria, la falta de peligros que arrostrar por su causa, era la inacción. Con su calorosa elocuencia explicó su plan. « El acompañaria al parlamentario, haciendo las funciones de arriero para conducir las mulas que debian llevar el equipaje. San Martin le daria cartas que arrancaria á ciertos realistas de Mendoza, sobre los que tenia suspendida la amenaza de un juicio, por haberlos sorprendido en correspondencia con realistas importantes de Chile. Esas cartas, entregadas misteriosamente, le servirian de credenciales en el campo enemigo. Así podria obtener noticias de alto interés que el enviado oficial no lograria por ningún medio adquirir. Se informaria de un modo seguro sobre el proyecto que la voz pública del otro lado de los Andes atribuia entonces á Marcó, de ir á atacar á los independientes en Mendoza mismo. Indagaria el verdadero estado de las fuerzas realistas, el grado de su adhesión á la causa monárquica, los recursos de todo género con que podia contar Marcó para defender la reconquista. Observaria el estado del espiritu público en el pueblo y en las clases elevadas de la sociedad indígena, contaria los partidarios. Rodriguez hallaria medio de en-

viar á San Martin este conjunto de preciosos datos, elementos indispensables para su plan de campaña. El arriero de Álvarez Condarco se quedaria en Chile para organizar montoneras, inquietar á los realistas con ataques ciertos ó simulados, despertar el espíritu de rebelión, organizar la propaganda revolucionaria, buscar adeptos y combatientes que mantendrian la agitación en los pueblos y en los campos y obligarian á Marcó á distraer partidas de sus fuerzas para sofocar esos síntomas de un levantamiento general. » Rodriguez habló entonces de su amigo Abel Malsira, que el Gobernador habia tenido ocasión de conocer en aquel pueblo pequeño donde nadie le era desconocido. Malsira cruzaria la Cordillera acompañado de un sirviente, el hombre de la temeraria acción ejecutada en plena plaza de Santiago, historia que San Martin se habia hecho referir varias veces. Con ellos iria un viejo oficial patriota, el mayor Robles, que entonces instruia reclutas en el campamento formado por San Martin á inmediaciones de Mendoza. El Mayor, que ardia por entrar en acción, seria más útil como organizador de guerrillas que en la monótona ocupación, en la que engañaba por entonces sus belicosos instintos.

Á fin de burlar la vigilancia de los guardianes en los boquetes, Abel y Cámara aprovecharian el momento en que la atención de la avanzada española estuviese concentrada sobre el parlamentario y sus sirvientes.

El plan sedujo al General. La audacia y la astucia que requeria su ejecución cuadraban demasiado bien con su propia índole para no prestarle su caloroso apoyo. Rodriguez llevó la noticia á sus amigos, que lo esperaban en la casita apartada donde vivian juntos, entregados á la nostalgia de la patria y de la familia, agobiados por el peso de las horas inútiles, consumidos por la inacción, ese orin de las almas bien templadas. Los ojos de Malsira se iluminaron con un sombrío resplandor de esperanzas vengativas. El mayor Robles tuvo una alegría de niño al que van á devolver sus juguetes y se puso á buscar en su memoria algún texto de la Ordenanza del ejército que pudiera pintar su ansia de combates. « Artículo 3.°, título 32, recitó con énfasis: Los oficiales tendrán siempre presente que el único medio de hacerse acreedores al concepto y estimación de sus jefes es... acreditar mucho amor al servicio... constante deseo de ser empleados en las ocasiones de mayor riesgo y fati-

ga ». Como un canto de victoria repetía esas máximas militares, mientras que Malsira y Rodríguez ordenaban á Cámara que hiciese con todo sigilo los aprestos de la partida.

Los viajeros salieron del pueblo pocos días después por distintos rumbos, para reunirse en el camino que conduce al boquete de los Patos, por donde debían penetrar al territorio chileno. Durante la marcha, fijaron definitivamente la manera como debían reunirse en Santiago. Malsira, el Mayor y Cámara, llegados á Santiago irían á ocultarse por sugestión de Cámara en casa de Contreras, el silletero, hasta que Rodríguez se presentase á buscarlos. Una vez reunidos empezaría la ejecución de los proyectos que Rodríguez y Abel habían trazado juntos, después de la lectura de las cartas llevadas por Cámara á Mendoza.

Ningún contratiempo puso dificultades á la marcha del parlamentario y de su comitiva. Álvarez Condarco, seguido por su arriero, se presentó en una mañana al destacamento realista, mandado por el alférez de la Fuente. Como Rodríguez lo había previsto, la atención de los guardianes del boquete se concentró con vivo interés sobre el emisario del Gobernador de Cuyo, un representante del enemigo, que podía traer la paz ó el principio de las hostilidades. En la soledad del lugar, tras largos días de forzada inacción y de tremendo fastidio, la llegada de aquellos hombres fué un grande acontecimiento para el oficial realista y su gente. Después de enviar á Santiago aviso de la misión de Álvarez Condarco, el oficial lo admitió con militar cortesía á descansar en el campamento, hasta la llegada de las órdenes del Presidente.

Rodríguez, con la maestría de un arriero consumado, bajó de la mula el almofrej y el baúl que contenían el equipaje y fué después á mezclarse fraternalmente con la tropa.

El parlamentario y el Alférez se retiraron á la tienda de campaña que servía de habitación al oficial.

Fácil le fué al tribuno chileno cautivar la atención de los soldados, ávidos de noticias, con cuentos estupendos de la guerra. Su fecunda imaginación supo revestirlos de animados colores, engalanarlos con pintorescas expresiones populares, que hacían lanzar grandes risotadas á los oyentes. Algunos sabrosos chascarrillos sobre aventuras amorosas de campamento, sazonados con sal prieta de cocina,

ponian el colmo á la alegría de los defensores del Rey. Disfrazado con la maestría que lo hizo comparar á Proteo por el gusto clásico de sus contemporáneos, Rodríguez habría podido desafiar el examen del más caviloso esbirro.

Gracias á su locuacidad y á dos botellas de aguardiente que sacó de las alforjas, ninguno de los soldados se curaba de lo que podía pasar en aquellos contornos. Favorecidos por esa suspensión de toda vigilancia, Abel y sus compañeros salvaron á esas horas la frontera á inmediaciones del boquete, sin que nadie los sintiese. Después de algún tiempo de marcha se bajaron para hacer descansar sus cabalgaduras. Al través de los árboles pudo al fin Malsira contemplar, bañada por la viva luz del medio día, una gran extensión de paisaje en el suelo de esa patria por la que había suspirado durante largos meses de soledad y de tristeza. En ese paisaje divisaba el joven la placidez tranquila del tiempo pasado. Desde la altura en que se hallaba desaparecían las fragosidades del terreno, las quebradas oscuras, los senderos pedregosos. Las líneas se confundían armónicas, los árboles se agrupaban en bosques amenos, las peñas en el llano tenían reflejos luminosos de enormes diamantes engastados en la verdura. « Tal la vida que fué, pensaba Abel, mirada desde la altura de los recuerdos. Las asperezas del trato humano, la punzante amargura de las esperanzas fallidas, las impaciencias, las angustias, los desalientos, se borran de la memoria. La fantasía extiende sobre ese conjunto de días perdidos el tinte luminoso de su incesante anhelo de felicidad ». La palpitación de la luz del sol, que reverberaba en ondas de fuego iluminando la inmensa lontananza, le dió entonces la sensación de un contraste doloroso entre la realidad y la apariencia. Aquella tierra dominada por los conquistadores de su patria se le figuraba una hermosa esclava, que sonreía bajo la mirada del amo, con su tristeza de ser oprimido que quiere hacerse perdonar su debilidad. La desesperación atroz que en la cárcel de Santiago había soplado sobre su alma de soñador la llama de un odio mortal, sacudió su cuerpo con una ansia de fiebre. Silencioso, volvió á subir á caballo. Cámara, montado sobre una mula, dejándose guiar por el instinto de la bestia, lo seguía, cantando una copla galante de algún oscuro bardo popular:

Como dos que bien se quieren
Dos palomas se besaban,
Cuando aparecía el sol
Por el tejado de casa.

—

Yo solito, con envidia,
Pensando en vos las miraba,
Y decía: ¡buena cosa!
Quién pudiera! ¡quién besara

LII

En Santiago se aguardaba con impaciencia la llegada del enviado del Gobernador de Cuyo. La gente de los arrabales del sur, en grupos de pueblo que va á una fiesta, atravesaban el Mapocho por el puente de Cal y Canto, una de las joyas arquitectónicas de la capital, y llegaba á confundirse en la Cañadilla con la turba de rotos y de chinas que ocupaba la avenida en aquella hermosa tarde de principios del verano. Se decía que las monjitas del Carmen Bajo, tras de las celosías de las ventanas que daban á la calle, habían suspendido sus místicas mortificaciones y á sus devotas preces, por contemplar el pasaje del enviado mendocino. La curiosidad hacia volverse los rostros en dirección del norte. Las *chupallas* y las cabezas *chasconas* de la plebe espectadora tenían las ondulaciones y los vaivenes de las espigas de trigo en una sementera agitada por el viento. Un sordo ruido de muchedumbre en expectativa salía de esa masa de curiosos, como el rumor lejano del mar. Su incesante movimiento llenaba el espacio con una nube de polvo, como la que levanta en los corrales el continuo remolino del ganado, cuando hay rodeo.

El rumor y el movimiento aumentaron al divisarse al parlamentario y su escolta. Llegaban cubiertos de una espesa capa de polvo, con las barbas y el cabello cual si fueran de estopa, con las facciones desfiguradas como para una farsa carnavalesca. Rodeados por un piquete de carabineros, el emisario de San Martín y Manuel Rodríguez, parecían, más bien que una comitiva diplomática en misión extraordinaria, un par de bandoleros conducidos por los representantes del orden social, á purgar en dura cárcel sus

depredaciones. La turba que los veia llegar expresaba esa impresión en su lenguaje burlesco.

— ¡Bonito modo de recibir visitas! ¡podian haberlos dejado lavarse la cara siquiera antes de llegar!

El pueblo veia bien que el parlamentario y su sirviente entraban en la capital casi en calidad de prisioneros.

— ¿Qué no *sabis* que la agua no se merca este año, replicaba otra voz, aludiendo á la sequedad que se hacia sentir por aquel tiempo.

— ¡Qué le hagan rogativa á san Isidro, entonces!

Otros aprobaban la indicación con algún chiste popular.

Al llegar al Carmen Bajo, el cabo que mandaba la escolta ordenó hacer alto. Desde aquel punto empezaba el aparato militar con que Marcó habia dispuesto que se recibiera al enviado de los insurgentes de Mendoza. El batallón de Talavera y dos compañías del real de Lima que también habian combatido en Rancagua, descansaban sobre las armas, distribuidos los hombres á cierta distancia los unos de los otros, formando calle. Más allá, dispuestos en filas de á seis jinetes en fondo, á cien varas de distancia en dirección al puente, los húsares de la Concordia cerraban la Avenida. Aquel despliegue de infanteria y de caballeria, mirado en conjunto, daba la idea de una gran fuerza militar. Era un ardid de Marcó para impresionar el espíritu del enviado con el espectáculo del aire marcial de aquellos veteranos. Obedeciendo á su programa, se dejó que Álvarez Condarco y su gente pudiesen dar una mirada sobre ese aparato bélico y en seguida, como si se tratase de la recepción de un parlamentario en campaña, se les vendó á ambos la vista. Aquel acto teatral produjo un profundo silencio. El pueblo, no comprendiendo la utilidad de semejante medida, la explicó con su espíritu burlesco.

— Ahora van á jugar á la gallinita ciega, decian.

— Seguro que el « Supremo », tiene miedo que vayan á ojearlo los de la otra banda.

El « Supremo » era el Capitán General, á quien con justicia atribuian la orden de vendar los ojos al parlamentario y á su arriero. El jefe militar que comandaba la tropa, hizo entonces la señal de emprender la marcha y la comitiva se puso en movimiento. Los caballos que montaban Álvarez Condarco y Manuel Rodríguez eran conducidos por la rienda. Los hombres de la escolta arreaban la mula. Tras de la comitiva, la muchedumbre, *pechando* por seguir la

marcha, se oprimía, como las ovejas al atravesar un puente. Muchos rotos, descontentos con la inútil precaución de vendar la vista al parlamentario, y también por el gusto de *jalear* á la autoridad, pifiaban con agudos silbidos.

Rodeado de una corte de magnates solemnes, el Capitán General esperaba en la gran sala de palacio. Los oidores de la Real Audiencia, vestidos y aseados como si fuese domingo; el obispo Villodres de Concepción, y el obispo electo de Santiago, con sus trajes y sus solideos morados; los más prominentes personajes de la camarilla, don Anacleto Malespina, conspicuo entre ellos, eran en el augusto cuadro como las pinceladas oscuras del fondo, que hacen sobresalir las figuras del primer plano. Don Francisco Casimiro había enarbolado su más vistoso uniforme. Con sus bordados y sus cruces resplandecía, semejante á los héroes descritos por Homero. Como oleadas de satisfacción orgullosa, le acudían recuerdos de la historia de Francia, leída durante su cautiverio en aquel país. Pensaba en Luis XIV, recibiendo con gran pompa algún embajador oriental. Sentía sí no poder lucir, como el rey Sol, la torneada pantorrilla. Y sentía también, tan común es que los pensamientos frívolos vengan á turbar en los momentos más solemnes la elevación de las ideas, que no estuviese ahí Violante de Alarcón, para que hubiera podido contemplarlo en el prestigio seductor de su grandeza. Pero la viudita, ansiosa de hacer acto de propietaria en su nuevo dominio, se había puesto en marcha para los Canelos, protegida por una buena escolta de carabineros, que el amartelado Presidente había puesto á sus órdenes.

José Retamo, en la antesala, se multiplicaba. Cada uno de los personajes que iban llegando, era recibidos por él con su exuberancia de mulato. Á cada cual sabía darle su título de nobleza, ó el de su puesto en la jerarquía administrativa, mezclando con frecuencia, entre sus cumplimientos, ese grano de ironía filosófica, del que únicamente se despojaba en presencia de las miserias y de los sufrimientos humanos.

— Gran día, señor oidor, espero que usted no habrá olvidado su caja de polvillo, dijo á don Anacleto, aludiendo al ardid de sorber polvillo y sonarse con estrépito, que el oidor empleaba siempre para apoderarse de la palabra en todas las reuniones.

Poco después, al ver entrar la comitiva del parlamentario

al gran patio del palacio, volvió Retamo sobre su alusión á don Anacleto.

— Vaya, si el oidor ha olvidado su polvillo, aquí le traen bastante los de la otra banda.

La escolta que custodiaba á los de Mendoza, quedó formada delante de la puerta del palacio para impedir al pueblo que se acercase. En el patio, el oficial que la mandaba quitó la venda de los ojos al parlamentario y á su sirviente. Alvarez Condarco, dió una mirada tranquila de hombre que poco se conmueve, al grupo de edecanes que lo contemplaba desde lo antesala. Manuel Rodriguez, inconocible en su disfraz, y con la larga barba que habia dejado crecer durante la emigración, se puso á enderezar la carga del equipaje, que habia perdido su centro de gravedad con la marcha. Mientras tanto, José Retamo conducia al parlamentario hasta dejarlo frente á Marcó del Pont, que le hizo un saludo protector de soberano. Un silencio de pieza vacia reinó entonces en la gran sala, mientras que el parlamentario presentaba al Presidente un gran pliego cerrado.

— El señor coronel don José de San Martín me ha dado la honrosa misión de poner este oficio en manos de V. E.

Todos esperaban un discurso. Al ver que Álvarez Condarco se limitaba á esa frase pronunciada sin énfasis, en un tono casi familiar, se miraron desconcertados. Don Anacleto tomó maquinalmente una narigada de polvillo, con visible desprecio por aquel hombre que perdia la ocasión de pronunciar una arenga histórica.

Entre tanto, Marcó del Pont, rompiendo el sello, extendia el pliego ante sus ojos, con ademán de hombre que sabe que sus menores gestos han de pasar á la posteridad. La *Gaceta* del gobierno, en un trozo literario que ha recogido la historia, dejó á las edades futuras el estado psicológico de don Francisco Casimiro al tender sus ojos sobre la comunicación del Gobernador de Cuyo: «El público dió por cierto que San Martín y los pueblos de su mando, desengañados por la imposibilidad de llegar al logro de su soñada independencia, y deseosos de evitar el golpe mortal que se les acerca, dirigiesen este mensaje con miras pacíficas y juiciosas; que intentasen volver á la debida obediencia del monarca, que le han negado perjuros, restituirse á la unión de la patria madre á quien han abandonado ingratos, y que buscasen la protección y garantía de este superior Gobierno para alcanzar que el señor virrey de Lima suspendiese las

hostilidades del Perú, y que el compasivo soberano perdonase sus pasados extravíos ».

Pero á medida que don Francisco Casimiro avanzaba en su lectura, viéronlo palidecer los magnates, y doblar al fin el pliego, con el semblante demudado de un hombre que, á duras penas, domina una emoción poderosa. La misma *Gaceta*, en otro párrafo hace sentir los latidos del corazón presidencial al tiempo de terminar la nota de San Martín: «Cuando nuestro dignísimo Jefe, vió que no contenía sino una indecente acta de independencia, formada entre los desvaríos del crimen y de la desesperación en la ciudad de Tucumán, un celo impetuoso é irreflexivo á vista de rebelión tan declarada y provocación tan insultante, habría tomado providencias ejecutivas que hubiesen sido sensibles y capaces de escarmentar al conductor del pliego y á su mitente; pero nuestro Jefe supo temperar los impulsos de su fidelidad, y atendiendo á que el moderno derecho de gentes consagra las personas de los enviados aun en casos de esta clase, dispuso que don José Antonio Álvarez fuese recibido en casa del señor coronel y comandante de dragones don Antonio Morgado, y allí tratado y hospedado con afabilidad, aseo y cortesía ».

La llama de ira que en presencia del parlamentario había sofocado en su pecho don Francisco, se comunicó, como un soplo de incendio, á los magnates de la corte. Apenas el enviado de Cuyo salía de palacio á gozar de la « afabilidad, aseo y cortesía » preconizadas por la *Gaceta* de Gobierno, el Capitán General leyó con voz conmovida á los circunstantes atónitos la comunicación que acababa de recorrer consternado. Con términos de estudiado laconismo la nota de San Martín se reducía á comunicar al representante del Rey en Chile, el acta de independencia de las Provincias Unidas del río de la Plata, proclamada en el Congreso de Tucumán. En coro, los obispos, los oidores y la camarilla anatematizaron aquella pieza. La emoción del momento está retratada en los calificativos con que el articulista de la *Gaceta* engalanó su reseña de la memorable escena. Don Anacleto Malespina, cogiendo al vuelo la ocasión de pronuncior un discurso, apagó las quebradas voces de los doctos varones que lo rodeaban, con el sonoro auxilio de su trompeta nasal, y en una improvisación de singular monotonía, llegó á calificar el acto del Gobernador de Cuyo de « la más descarada burla internacional que jamás

recordaría la historia ». Sin que nadie se lo pidiese abrió dictamen sobre el que llamó « estupendo desacato del insurgente mendocino ». El oficio debía pasar incontinenti al auditor de guerra, para que informase sobre el sucio libelo. El escándalo de una declaración de ese género, constituía un crimen de lesa majestad que merecía infamarse por manos del verdugo; un ataque escandaloso á las regalías de la corona que debía castigarse con el fuego, como un crimen de herejía, puesto que atentaba contra la majestad real, que es delegación de la majestad divina ».

Después de don Anacleto hablaron otros, por no parecer menos celosos que el oidor jubilado.

Con el ardor de los jinetes en una carrera de caballos, cada uno espoleaba y agotaba su cerebro para sobrepujar al que le había precedido. «No solamente era necesario, como lo había indicado al preopinante, quemar por mano del verdugo el infame libelo, sino que debía añadirse algún castigo ejemplar, aplicado al que había tenido la osadía de traer el sacrílego escrito ».

Otros oradores, ensanchando el tema de la disertación, hablaron del sagrado deber de armarse en masa para castigar á los rebeldes en el sitio mismo de sus crímenes. Lanzados en esa justa de celo penal, todos cedieron, con una coquetería de mujeres que hacen valer sus encantos en presencia de una rival, á la comezón de sazonar sus arengas con la sabrosa salsa de la erudición. El aire ambiente se convertía en una atmósfera académica. Los obispos hallaron textos latinos, de esos que pueden aplicarse á todos los casos, como puede cubrir un solideo cualquiera corona de tonsurado. Los oidores de la Real audiencia hicieron resonar los ámbitos de la sala, hablando de las Pandectas y del Digesto, de Justiniano y de don Alfonso el Sabio, citando textos de las Siete Partidas, con el calor que ponían los muchachos de aquel tiempo en los torneos literarios de Roma y de Cartago. Al fin, cuando pareció que todos habían agotado su elocuencia, don Anacleto Malespina, desazonado de oír discursos más brillantes que el suyo, volvió á sonarse con estrépito, y en una inspirada arenga hizo trasmontar los Andes á los vengadores tercios españoles, puso en manos de don Francisco Casimiro la espada de Aníbal, y al calor de las llamas de Tucumán, vencida y pisoteada, devolvió « al escudo ibérico el lustre resplandeciente que le habían dado las llamas gloriosas de Sagunto ».

Fué aquello un verdadero fuego de artificio, en el que los rasgos de erudición brillaban como voladores de luces. La sesión, tan imprevista como lucida, había sido un compensativo á la frustrada esperanza de recibir la sumisión de los rebeldes del Río de la Plata.

Cada uno salió más tarde de palacio con la doble satisfacción de haber salvado al reino de un grave peligro, y alcanzado una victoria sobre sus rivales en elocuencia y en ardoroso monarquismo.

Ceñida la frente con los laureles de la lisonja, el Capitán General repartió pomposos elogios á los oradores, como se reparten los premios, en el colegio, á los estudiantes más aprovechados. « El Rey y la Patria madre, como llamaba á España la *Gaceta*, tendrían cuenta á cada uno de sus nobles esfuerzos por la gloria de la monarquía ». Dejando después á un lado las exageradas hipérboles y los proyectos quiméricos de ir á buscar al enemigo hasta Mendoza, como se arrinconan para otra ocasión, en algún depósito de trastos viejos, las banderas y los trofeos de una fiesta, don Francisco Casimiro encomendó al auditor de guerra don Francisco Lazcano, ahí presente, la tarea de abrir dictamen sobre el destino que debía darse á la audaz misiva de San Martín. Lazcano, no sólo abrió su dictamen incontinenti, si no que lo cerró furibundo. Recopilando las distintas opiniones que acababa de oir, con un vigor de razonamiento que les daba nueva fuerza, terminó opinando porque se entregase el infame libelo á manos del verdugo, para ser quemado en la plaza pública. Marcó dió forma ejecutiva á este dictamen, ordenando que la incineración tuviese lugar al día siguiente con gran aparato oficial. La ceremonia debía ser imponente para que repercutiese su fama, según el propósito de sus autores, por los amedrentados ecos de las regiones insurgentes, en la gran extensión de Hispano-América.

Mientras tanto, Álvarez Condarco, no tardaba en convencerse de que « la afabilidad, aseo y cortesía » del hospedaje del coronel Morgado, no eran sino el barniz de lujoso adorno dado á la cadena que le cerraba las puertas de la casa. Podía disfrutar ahí de todas las libertades, salvo la de salir á la calle, de comunicar con otras gentes sin permiso de su huésped, de recibir correspondencia cerrada. Sin duda, como un objeto de saludables impresiones, que podría más tarde comunicar á San Mar-

tin, á « su mitente », como lo llamaba la *Gaceta*, se les había mostrado á él y á su arriero, al salir de palacio, como un adorno de circunstancias, la horca plantada en el centro de la plaza. Ese aparato de lúgubre sencillez, simbolizaba la política de guerra á muerte con la que Marcó esperaba sofocar la savia del germen revolucionario, que con su empuje seguro de ley moral ineludible, con su calor de esperanza cercana, parecía, como las hojas y la verdura, al aproximarse la primavera, querer brotar por todas partes. Los que sacaron de palacio al parlamentario, le refirieron, al mostrarle el instrumento de muerte con la afabilidad que acababa de recomendárseles, que pocos días antes, tres infelices patriotas, convictos, aunque no confesos, de flagrante crimen de conspiración, habían recibido en sus brazos el último suplicio. Álvarez Condarco oyó impasible esta primera muestra de la « afabilidad » de sus huéspedes; pero los ojos del arriero, en el que nadie fijaba la atención por supuesto, despidieron llamas sombrías, como despiden las del león hostilizado por su domador, al través de los barrotes de la jaula que lo aprisiona. En sus oidos, con vibraciones de campanas que tocan á muerto, los tres nombres de los ajusticiados resonaban, dichos con aires de triunfo, con gestos de venganza satisfecha, por los soldados, al mostrarle la horca: ¡Traslaviña! ¡Hernández! ¡Salinas! « Tres vidas oscuras, arrojadas al cráter de la revolución por el terrorismo de la reconquista, tres nombres que se borrarían de la memoria del pueblo, pensaba Rodríguez, como se desgastan y se borran, con la lima de la intemperie, los epitafios de las losas abandonadas en los cementerios ».

En la casa, sintiéndose observados, el plenipotenciario y su rústico sirviente se mantuvieron en perfecta reserva. Manuel Rodríguez descargó su mula con la pericia de un hombre que no ha hecho otra cosa en su vida, mientras que su patrón conversaba con el coronel Morgado, en el corredor, fumando. Las expresiones con que el joven tribuno reprimía los movimientos de la bestia, mientras bajaba la carga y le quitaba el aparejo, venían de la otra banda, con el acento peculiar de los hombres de la pampa. La transformación del revolucionario era acabada. El dueño de casa lo hizo ayudar en sus operaciones de descarga por un asistente, y no volvió á ocuparse más de él. Por la tarde llegó el capitán San Bruno. En su calidad de jefe del ser-

vicio de policía, quiso conocer de cerca á los recién llegados. Álvarez Condarco le mostró cartas de recomendación escritas por realistas de Mendoza, en las que se le pintaba como un hombre indiferente á las cuestiones que agitaban á la América, un estudioso más que un soldado; nada había que temer de él como enemigo. « Sé de buena tinta, decía una de las cartas, que el titulado general San Martín ha elegido á este hombre inofensivo para que sea conductor de los pliegos que dirige al Excmo señor Marcó del Pont, para mostrar con esto, como quien dice, su anhelo por la paz; pues, como quiera que por la hebra se saca el ovillo, así lo manso del mandador ha de patentizar lo pacífico del mandante. Plegue, pues, al cielo y á María Santísima, que siendo sana la intención, sirva de remedio para curar á estas Américas de la fiebre remitente de revoluciones, que contra nuestro amo el Rey se le ha entrado en la sangre ».

El Capitán se rió para su coleto de la inocencia de su paisano, autor de la carta: « lo que es éste, pensó, se ha tragado entera la de Belén y es un tonto de capirote ». El interrogatorio disimulado á que sometió al emisario de San Martín, so pretexto de tener noticias de los españoles residentes en Mendoza, le dejó, sin embargo, una buena impresión de Álvarez Condarco. El hombre no parecía belicoso ni darse cuenta de la burla descomunal de la misión que lo había traído á Chile. De paso, al salir, observó en silencio al arriero, que se había sentado en un rincón del patio á remendar el cuero desgastado del aparejo. Manuel Rodríguez sintió como la punta de una daga, la mirada escrutadora de su adversario de Talagante. Sin turbarse levantó la vista un momento, como esperando que éste le dirigiese la palabra. Sea que el arriero le hubiese parecido tan estúpido como la mula que acababa de descargar, sea que no quisiese parecer desconfiado con un interrogatorio del sirviente después del de su patrón, San Bruno continuó su marcha hacia la puerta de calle, donde el asistente de Morgado, cuadrándose, le hizo el saludo militar.

— Como está mandado, y cuide usted de que nada sospechen, le dijo al pasar, rápidamente, sin mirarlo.

Los viajeros se acostaron temprano. Alvarez Condarco, en una pieza vecina á la de Morgado; el arriero, en otra del segundo patio, á la que no se extendía sin duda la condición de « aseo », de que habló la *Gaceta* en el párrafo

recogido por la historia. Sobre el suelo, en el estado primitivo en que lo habian pisoteado las oscuras generaciones de antes de la conquista, Manuel Rodriguez tendió los pellones de su avio á guisa de colchón, puso la dura enjalma por almohada, y, cubriéndose con su gran *chamanto*, dió pronto indicio, con el roncar sonoro, de dormir como un bienaventurado. Sueño aparente, á pesar de la gran fatiga de un largo dia de marcha sobre una mula montaraz. El áspero tratamiento de una vida de lucha y de aventuras, habia aumentado la sutileza natural de su ingenio, como se aguza la punta de un escalpelo al roce del molejón. Varias veces, durante el viaje, él y Álvarez habian examinado las distintas hipótesis á que era ocasionada la manera de cómo seria recibido el portador de la singular misión que los traia á Chile.

— Lo que en todo caso es indudable para mí, habia dicho Manuel Rodriguez, es que no dejarán de registrarnos el equipaje, á escondidas de nosotros.

Su previsión no lo habia engañado. Mientras fingia roncar, con los ojos entreabiertos, se fué acostumbrando á distinguir la forma de los objetos, en medio de la opaca luz que por la entrada de la pieza en la que no habia puerta, penetraba desde el patio: la luz velada de las estrellas en una noche del estío chileno, luz discreta y serena, como la tranquilidad de un ánimo contento. Antes de mucho esperar, vió que una sombra interceptaba esa luz. Pronto, al restablecerse de nuevo la comunicación entre el patio y la estancia, divisó un objeto, que, lentamente, con los movimientos silenciosos de las apariciones en los cuentos que hacen temblar á los niños, se acercaba á él. Rodriguez bajó entonces de algunos tonos el diapasón de sus ronquido, cual si percibiese, desde las profundidades del primer sueño, algo que habia turbado el silencio de la pieza. La aparición misteriosa se quedó inmovil un instante, y tornó á moverse, siempre con precaución extrema, apenas el ronquido alzando la nota, indicó que el durmiente volvia al absoluto reposo. Poco después el asistente del coronel Morgado salia del cuarto llevándose las alforjas del arriero, puestas por éste intencionalmente, donde pudiesen ser cogidas. El tribuno, esta vez, satisfecho de su previsión se quedo dormido de veras.

El asistente corrió con su presa al cuartel de Talaveras, donde lo esperaba San Bruno.

— Mi Capitán, yo creo que hay cartas en estas alforjas.

— Bien está, deje usted eso ahí sobre la mesa y espere fuera mis órdenes.

Entre el tejido que formaba las alforjas y el tosco forro interior encontró San Bruno disimuladas dos cartas.

— Aquí está el verdadero objeto de la misión pensó, ufano anticipadamente con su triunfo. Mientras descocía el forro, le venía á la memoria la sesión académica de palacio, los discursos ampulosos de los magnates.

« Á ninguno de esos brutos se le ocurrió indicar este modo de saber á qué viene el insurgente que se hace el bonachón ».

Hablaba su orgullo de hombre práctico, que desdeña la palabra y sólo estima la acción. Lo hacía casi sonreírse de desprecio el recuerdo de las Pandectas y del Digesto, la soberana dignidad con que el Capitán General, había fulminado su decreto contra el « infame libelo ». Él, en vez de tan ociosa charla, habría llevado el parlamentario al pie de la horca, al medio de la plaza, y le habría mostrado lo que se le esperaba, si no decía la verdad sobre su atrevida misión. « ¡ Y el Auditor de Guerra, que habló de « Derecho de gentes », como si los perros insurgentes fuesen gentes, ni tuviesen otro derecho que el de ser ahorcados ».

La lectura de las cartas que encontró en las alforjas, cortó sus reflexiones y lo dejó perplejo. No contenían revelaciones importantes, ni planes de conspiración entre los insurgentes de uno y otro lado de los Andes como lo esperaba. Las cartas están firmadas « Isidro Maza, Lorenzo Zorraquín », dos españoles europeos comprometidos en el asunto de un padre López, á quien San Martín había sorprendido llegando á Mendoza con correspondencia de realistas de Chile. El Gobernador de Cuyo había obligado á Maza y á Zorraquín, á escribir las cartas que acababa de abrir San Bruno.

« Ese hombre es seguro y de toda confianza, y buen realista, aunque no es español europeo. Yo le conozco desde chico, escribía don Isidro Maza, á un realista prominente de Santiago, hablándole del arriero; nos ha hecho grandes servicios por poca plata. Tiene de bueno que no es hombre interesado. Sirve á nuestra causa por vengarse de los perros insurgentes que le mataron un hermano. Hemos conseguido que lo lleve de mozo sirviente don José Antonio Álvarez

Condarco, creyéndolo tan insurgente como el diablo con nombre de santo que nos gobierna y oprime. Fiese usted á él y créale las noticias que le dará de viva voz sobre las cosas de esta tierra, que no me atrevo á confiar á la presente por precaución, y por igual motivo firmo:

CHANCACA. »

La carta de Zorraquín hacia iguales elogios del acendrado monarquismo del arriero, que llevaba encargo, prueba de la confianza que en él se depositaba, de recoger algunas sumas que se adeudaban en Chile á don Lorenzo. « Con él puede mandarme usted los realejos que restan del precio de los animalitos que le mandé el año pasado, y él le entregará el recibo ». « En esta infeliz tierra, continuaba Zorraquín, el mandón insurgente nos tiene en un breque y nos impone contribuciones una tras de otra á los fieles súbditos de Su Majestad. Si el glorioso señor Marcó del Pont, hiciese lo que pudo hacer su antecesor, es decir, si enviase unos dos mil hombres para invadir esta provincia, los titulados patriotas, con su San Martín á la cabeza, pondrían pies en polvorosa á la primera descarga, y á la primera descarga también, nosotros tomaríamos las armas y les menudearíamos por la espalda hasta que pagasen sus maldades con la vida. Hable amigo con los hombres del gobierno á que vengan aquí á cegar laureles y cortar orejas de insurgentes ».

Si las cartas eran auténticas, no podría presentar el arriero mejores credenciales para inspirar confianza á San Bruno. Sin esperar al día siguiente, el Capitán visitó en la misma noche á los corresponsales de Maza y de Zorraquín. Uno y otro, sacados de su sueño por el exigente jefe de la policía, se dieron por muy contentos, temiendo que viniese á hablarles de nuevas contribuciones, de reconocer la autenticidad de la letra y designar los nombres verdaderos correspondientes á los de las cartas que se les presentaba.

Al día siguiente Álvarez Condarco y Manuel Rodríguez, en pie desde temprano, se encontraron en la caballeriza. Álvarez, con el pretexto de ver el estado en que habían llegado las cabalgaduras y el otro á darles el pienso. Nadie podía oirlos. Con disimulo habían explorado la caballeriza y sus alrededores. Examinando las patas de los caballos con aparente concentrada atención, se comunicaron sus impresiones de la noche. Rodríguez dijo que los españoles

había tragado el anzuelo. El robo de las alforjas justificaba sus previsiones, y si nada se había sustraido á su jefe era porque debían suponer los españoles que éste no se haría portador de correspondencia comprometiente. No sería aquella la primera ni la última vez que un hábil sabueso de policía se enredase en sus propias redes. Mas, para que la sustracción de las cartas surtiese el efecto que de ellas esperaban Rodríguez contó que había estado ya á denunciarla al dueño de la casa, á confiarle en gran secreto, que los autores de las cartas le habían dado el encargo de espiar á su patrón y de abrir correspondencia con los realistas de Chile. « De este modo, observaba el tribuno, la confidencia hecha espontáneamente al coronel Morgado, será una confirmación de lo que en las cartas se informa á los corresponsales realistas de Santiago, tocante á la misión confiada al arriero.

Mientras conversaban, el dueño de casa se presentó en el patio y convidó á Álvarez á tomar mate en el comedor. Los dos hombres se alejaron, dejando al arriero ocupado en la caballeriza. Pronto notó el parlamentario que la confidencia de Rodríguez preocupaba el ánimo del Coronel. Con preguntas insidiosas, hechas en diversas formas, procuraba sorprender á su huésped, para ver si no estaba de acuerdo con el arriero. Pero toda su diplomacia se estrelló ante el aire de sencilla sinceridad de Álvarez Condarco. No pudo notar en él ni un lejano indicio de que sospechase la fidelidad del que lo había acompañado en su viaje.

Hombre de guerra, sin ninguna afición á la intriga, Morgado se apresuró á descargarse de toda responsabilidad en las confidencias que acababa de recibir de Rodríguez, comunicándolas á San Bruno.

— Todo eso lo sabía, contestó el Capitán ; yo fuí quien hice sustraer las cartas, y ellas son en realidad tales como el hombre lo ha dicho á usted. Yo iré hoy, si usted lo permite, á interrogarlo.

Un verdadero combate de preguntas arteras y de astutas respuestas fué, poco después, el interrogatorio á que el Capitán realista sometió al tribuno patriota. San Bruno atacó de frente y de flanco, de estoque y de plano. Rodríguez paró los golpes sin parecer que se defendía. Sus respuestas estuvieron en perfecto acuerdo con el contenido de las cartas, que no podía conocer, pensaba, don Vicente, puesto que él había encontrado intacto el sello de lacre con

que habian sido cerradas. Por grande que fuera la suspicacia del Capitán, no era posible que adivinara la estratagema urdida por San Martin y el revolucionario chileno, allá en Mendoza, con elementos que él ignoraba. Entre dos enemigos con el alma igualmente templada por una energia indomable, la superioridad de la inteligencia, debia, por otra parte, decidir del triunfo. Rodriguez, sin esfuerzo visible, acabó por convencer á San Bruno de que tenia delante de sí á un realista ardiente y resuelto, un subalterno de inmenso precio para llevar y traer noticias entre Mendoza y Santiago.

— Mi Coronel, dijo á Morgado al darle cuenta de su conversación con el arriero, conviene que usia deje á este hombre en perfecta libertad de salir, á fin de que pueda desempeñar los encargos que trae. Su patrón no verá en esto nada de extraño por la calidad del sirviente, pues hallará muy natural, que siendo tan rústico como parece, y viniendo por primera vez á Chile, no nos inspire desconfianza.

Al salir, antes de llegar á la puerta de calle, la genial suspicacia de ese espíritu velador y taciturno, cobró su imperio habitual.

— Mi Coronel, dijo entrando nuevamente á la pieza donde acababa de dejar á Morgado, ¿tiene usia entera confianza en su asistente?

— Me sirve bien, lo creo un hombre fiel y un buen soldado.

— En tal caso, permítame usia emplearlo en hacer vigilar al arriero. Nunca están de más las precauciones.

— Como usted quiera, Capitán. Hombre precavido nunca fué vencido, dijo el Coronel con una sonrisa, moviendo ligeramente los hombros, como si aquello le pareciese un exceso de precaución.

San Bruno llamó al asistente, y le dió sus instrucciones. « Deberia acompañar al arriero con el pretexto de mostrarle las casas donde tenia que llevar las cartas y dejarlo solo después, para espiar desde lejos lo que hiciese. En la noche iria á dar cuenta de todo á don Vicente. »

Poco después, Manuel Rodriguez salió de la casa en compañía de su guardián. El Coronel le habia devuelto las cartas de Maza y Zorraquin, anunciándole que podia llevarlas á su destino. Su asistente iria á mostrarle donde vivian las personas á las que esas cartas estaban dirigidas.

La existencia de azares y de peligros en la que el tribuno patriota sentia una especie de inspiración, semejante á la de un gran general en presencia de las tropas que inician la batalla, principió desde ese momento para Manuel Rodriguez. La compañia forzada del asistente, lejos de contrariarlo, le hizo moderar el ardor que lo arrastraba á la acción. Desde el primer instante comprendió el papel que se habia encomendado á aquel hombre cerca de él. La necesidad de refrenar el ímpetu con que llegaba á la lucha se le imponia como una condición indispensable de triunfo. Se habia lanzado en aquella temeraria aventura, colocándose él mismo en poder de sus enemigos, como único medio de estudiar de cerca el estado del partido realista. Para el general San Martin era de extrema importancia tener noticias positivas acerca del rumor propalado y acreditado en los dos paises, de una expedición realista de Chile sobre Mendoza. Llegar al fondo de ese rumor, sorprender la verdad en el mismo campo enemigo, fué el propósito que decidió á Rodriguez á la arriesgadisima empresa en que se encontraba ahora comprometido. Con su admirable facilidad para acomodarse á todas las situaciones, para representar todos los papeles, para esquivar todas las dificultades, tardó muy poco en conquistarse la simpatia del hombre encargado de vigilarlo. Él conocia el lenguaje de los humildes, de los hijastros de la suerte, que llevan siempre una gota de acibar en el pecho. En vez de hablarle de realistas y de patriotas, de los combates pasados, de los odios que habian cavado un abismo entre peninsulares y americanos, empezó por sondear el alma del asistente, evocando en su pecho ese eco de melancólica nostalgia que vibra siempre en el que se halla lejos de la patria. El español habló de su aldea, de los padres y de los amigos, de las fiestas y de los amores de aquel mundo lejano de recuerdos y de afectos, que tiene para todos los desterrados los resplandores de una aurora boreal. En pocas horas, la confianza entre el vigilante y el vigilado era completa.

La conversación se habia interrumpido naturalmente al llegar á las casas donde Rodriguez debia entregar las cartas de que era portador. Pero al reanudarla, el joven patriota sabia renovar su interés, darle el encanto subyugador de la melodia que vuelve á un tema musical interrumpido, cautivado al parecer por el entusiasmo que despertaban

los recuerdos en el alma del soldado realista. Rodriguez declaraba que á él le gustaria más ir á esa tierra que pasar su vida arreando mulas y conduciendo *piños* de ganado al través de las pampas de su pais natal. Algo como un sentimiento fraternal, al fin del dia, llegaba á ligarlos.

En sus visitas durante aquella excursión, Rodriguez pudo recoger datos preciosos sobre las intenciones del gobierno realista. Los corresponsales de Maza y Zorraquin entraron en largas conversaciones. Rodriguez empezó por afianzar en ellos la confianza que sobre la misión que se decia encargado, debian inspirarles las cartas. Refirió á uno y á otro una historia de su invención sobre el modo cómo el padre López, encargado de llevar á Mendoza las cartas sorprendidas por San Martin, habia podido entregarlas burlando la vigilancia del Gobernador. Es decir, todo lo contrario de lo que habia ocurrido. Gracias á estas noticias y al convencimiento que tenia adquirido sobre las relaciones que mediaban entre los realistas de Santiago y los de Mendoza, el revolucionario chileno recibió importantes confidencias para trasmitir de palabra á Maza y á Zorraquin. «Después de pensar seriamente en una expedición á la otra banda, el ilustre Capitán General de Chile habia renunciado á ese proyecto, porque, como quien dice: «más vale un pájaro en mano que cién volando», no era cuerdo ir á buscar enemigos del otro lado de la cordillera, cuando tenia en casa enemigos muy inmediatos y más activos. Por más que el excelentisimo señor Marcó del Pont, afectase una confianza absoluta acerca de la tranquilidad del reino, en el fondo tenia el cominillo de la inquietud por los síntomas de descontento y los conatos de rebelión que empezaban á mostrarse en varios puntos del pais, «como brotan los diviesos al que tiene mala la sangre», fué la comparación que usó uno de los corresponsales. El de Zorraquin, al que no le hacia maldita la gracia la presentación del recibo por el saldo de su deuda, cargó las sombras del cuadro para escusarse de hacer el pago. Habló en tono de queja de los *cupos* con que el Capitán General tenia que gravar á los amigos después de haber esquilmado á los patriotas, á fin de hacer frente á los gastos que demandaba el ejército. Tanto este prócer realista como el otro, el corresponsal de Maza, le dejaron ver que en el ejército mismo habia un visible descontento «en razón de la rivalidad, ¿no ve usted? entre españoles y criollos». Hasta los chilotes, que

eran los soldados más pacientes y adictos á la causa del Rey, empezaban á mostrar síntomas de descontento, y recibian con menos resignación las palizas y los arrestos con que se les mantenía en la obediencia y en el culto del amado soberano.

La primera parte de la misión del asistente estaba cumplida al salir Rodríguez de casa del corresponsal de Zorraquin. Según las instrucciones de San Bruno, debía despedirse del arriero y seguirlo desde lejos en las excursiones que emprendiese. Pero el joven patriota había adquirido sobre el soldado el ascendiente de la inteligencia, como entre dos personas que caminasen en un campo oscuro, el que llevase una luz en la mano sería necesariamente seguido por el otro. Cuando el soldado quiso despedirse, Manuel Rodríguez dijo que él se iría también á la casa, porque temia perderse en la ciudad.

— Pero antes me ha de llevar á beber un trago de chicha á alguna parte, yo me muero de sed.

Entraron á un bodegón, donde hicieron copiosas libaciones. La actividad ficticia de los cerebros, promovida por los vapores de la bebida nacional, les prestó al cabo de poco rato su vidrio de colores. El asistente vió entonces la existencia poblada de atractivos que no divisaba con su criterio de máquina humana, movida por el duro propulsor de la disciplina militar. Le pareció preferible y muy conciliable con su consigna seguir acompañando al arriero en las excursiones que quisiese hacer, en vez de regresar tan pronto á las monótonas ocupaciones del servicio doméstico. Gracias á esta transacción de su conciencia, pudo Rodríguez continuar su inspección de la capital, pasar delante de los cuarteles, conversar en una ramada con algunos hombres del pueblo y algunos soldados, sondear los ánimos de unos y otros sin despertar las sospechas de su compañero de paseo. En la tarde, al regresar á la casa, llevaba una considerable copia de noticias y de observaciones que cuidó de trasmitir al parlamentario, su jefe, apenas estuvieron solos. El asistente de Margado había ido á dar cuenta á San Bruno del desempeño de sus órdenes, guardándose de hablar de la modificación que había hecho á la segunda parte de éstas. El Capitán reiteró para el dia siguiente el encargo de vigilar al arriero desde lejos y tomar nota de las casas donde entrase.

Aun á juicio del Capitán de Talaveras, esta medida era

un exceso de precaución. « Indudablemente, á su juicio, el arriero era un hombre sobre el que podia contarse, y aunque confuso en su manera de expresar sus ideas, tenia cierta inteligencia, una especie de instinto certero adquirido entre las mulas en que cabalgaba por su profesión. De todos modos, nada se perdia con seguir vigilándolo ». En este sentido fueron las instrucciones que dió al asistente. Cuando el joven patriota insinuó, el dia después, su deseo de ir á las tiendas á comprar un corte de vestido para llevarle á su mujer, el soldado le ofreció acompañarlo. En la calle vagaron, comunicándose sus ideas. El arriero admiró la catedral, y encontró muy chistosa la idea de tener la horca plantada frente á la iglesia. « Así los pícaros insurgentes que cuelguen se van derechitos al cielo », observó con una risa de hombre que sabe interpretar la malicia de los otros, « derechitos se van al cielo pataleando », agregó con nuevas risas, alusivas á las contorsiones de los ahorcados. El español hacia coro, sin entusiasmo. Recordaba de los tres insurgentes ahorcados pocos dias antes, los rostros descompuestos y congestionados, los movimientos siniestros de seres que se aferran á la vida vanamente. « Después de todo, mire usted, dijo, como mortificado por la alegría cruel de su compañero, esos infelices son gente como nosotros ». El sordo trabajo del descontento que minaba el ejército realista, iba formulado en la observación del soldado español. Los insurgentes, al fin y al cabo eran hermanos, y defendian su tierra, como ellos, los hijos de España, habian defendido la suya contra los franceses de Napoleón. El arriero no pareció comprender la comparación. Nunca habia oido hablar de franceses ni de Napoleón. « Lo que él sabia era que al insurgente debia matársele como á los perros rabiosos. »

Entraron de la plaza á la calle de la Compañía, en busca de una tienda. El asistente mostró la de don Francisco Carpesano, frente á la cual, como sin fijarse, se habia detenido Rodríguez. Tras del mostrador, don Francisco, con su vara en la mano, esperaba á los raros compradores, *á los marchantes*. Un vago rumor de voces, tras de la puerta que daba á la trastienda, alcanzaba por instantes á percibirse. El tribuno conocia aquel cuadro. Sabia que tras de aquella puerta, en medio del humo de los cigarrillos, la tímida voz de los oprimidos comentaba las noticias del dia. Casi ninguno de los quimones que mostraba don Francisco

era del gusto del arriero. Con la desconfianza del campesino, los estiraba para probar su resistencia, y luego, con disimulo de conocedor, escupía una punta para ver si el género desteñía. Don Francisco, acostumbrado por una larga práctica, presenciaba esas maniobras ocultando su impaciencia tras de una sonrisita irónica de vendedor que está seguro de su mercadería. El soldado español, aburrido de ese mudo combate de intereses entre comprador y vendedor, se había plantado en la puerta de la tienda, á decir alguna fresca á las chinas que pasaban, envueltas en sus *rebosos* de balleta, contorneándose, provocantes con su opulenta robustez de plebeyas.

De una ojeada rápida, Manuel Rodríguez se aseguró que el asistente no lo observaba. Entonces con su voz y con su pronunciación naturales:

— Señor don Francisco, entréguele á su hijo Beno esta carta lo más pronto posible.

Pasaba al mismo tiempo un papel doblado en forma de carta, al caballero. Don Francisco reculó de sorpresa y lo miró indeciso.

— Recójala y métala al cajón, repuso el joven, antes que mire el soldado, si no quiere perderme.

El caballero obedeció maquinalmente, muy pálido. Sin que le fuera del todo desconocida esa voz, no acertaba á darse cuenta de la persona que así le hablaba. Su timidez de hombre pacífico, enemigo de grandes emociones, le hacía figurarse alarmado, que un misterio de drama, una situación peligrosa de conspirador lo envolvía, después de las palabras del desconocido, como en una red.

— No se alarme, soy amigo, le dijo éste, un vengador de lo del « sitio de Calahorra ». Beno sabe de lo que se trata.

El soldado se volvía en ese instante hacia Rodríguez. Con su entonación de cuyano, el arriero se decidió entonces, sin más vacilaciones, por uno de los cortes de vestido:

— Vaya, pues, patrón, éste le compro; pero me dará algo de *yapa*.

Don Francisco se apresuró á cerrar el trato, y agregó de *yapa*, un ovillo de hilo. Tenía impaciencia de ver salir de la tienda á ese hombre misterioso que lo comprometía. El arriero sacó trabajosamente de su ceñidor una bolsa de cuero de cabrito y de ésta algunas pesetas, que puso alineadas sobre el mostrador, con aire de orgullo.

— Aquí tiene, ¡y de carita! dijo tomando el corte de vestido.

Durante la discusión sobre los méritos de la pieza de género, Manuel Rodriguez no habia perdido de vista á su guardián. Al reunirse á él sabia ya por dónde flaqueaba su coraza de soldado obediente. Con la familiaridad que con él habia adquirido, le habló sin rodeos:

— Más buenas mozas que en mi tierra son aquí las mujeres.

— Eso sí, son guapas, dijo el español con tono de convicción.

— Se conoce que á usted le gustan, amigo.

— Como á todo cristiano.

— Á mí también, para qué es mentir, harto me gustan.

Iniciado ese tema fecundo, los dos se pusieron locuaces. Uno y otro tuvieron su momento de expansión y se contaron sus aventuras amorosas, como dos bebedores, sirviéndose mutuamente el licor, se estimulan en busca de la embriaguez. Rodriguez deploró entonces no conocer á nadie donde poder ir á divertirse. «Su nuevo amigo debia llevarlo donde se bailase y se bebiese; él pagaria todo». El asistente no se resistió á esa insinuación. La perspectiva de una noche de jaleo, que surgia en medio de su existencia de ejercicios doctrinales y de servicio doméstico, engalanada con la idea de que no tendria que gastar, tuvo la fascinación emoliente de la fruta vedada.

— Si quiere, dijo á Rodriguez, esta noche, cuando se duerma mi Coronel, como yo tengo la llave de la puerta de calle, lo llevaré á una chingana donde podremos divertirnos.

Rodriguez aceptó con entusiasmo. La facilidad con que el soldado le hacia esta proposición dejaba ver que no seria aquella la primera vez que hacia uso, á deshoras de la noche, de la llave que se le confiaba. Este proyecto no impidió al asistente ir en la tarde á dar cuenta á San Bruno de las ocurrencias del dia. «Al salir de la tienda en que habia comprado un corte de vestido para llevar á su mujer, el arriero volvió á las casas donde el dia anterior lo habia conducido. Iba á buscar las contestaciones á las cartas de Mendoza». Nada de sospechoso, por consiguiente. «El hombre era en realidad lo que decia, pensó San Bruno, y no habia para qué volver á ocuparse de él, sino dejarlo marcharse con su patrón el parlamentario. Á más de las con-

testaciones á Maza y á Zorraquín, se le encargaría llevar otras cartas para españoles de Mendoza, á fin de establecer un sistema regular de correspondencia y estar al cabo de los trabajos de los insurgentes del otro lado de los Andes. Esto era combatir al enemigo con sus propias armas », se decía el Capitán satisfecho, congratulándose de hallar un medio seguro de mantener una vigilancia constante sobre el único enemigo que podía amenazar seriamente la seguridad del reino.

Antes de las diez de la noche, los dos amigos llegaban á la chingana del parral de Gómez, que la autoridad continuaba tolerando para divertir al pueblo. Las mismas zamacuecas, al son de arpa y vihuela, que habían presenciado el cabo Villalobos y Juan Argomedo cuando andaban en busca de Cámara; las mismas cantoras con su voz nasal, afectando recibir desdeñosas los galanteos y los besos de los espectadores entusiastas; el mismo clamoreo de avinadas voces *animando* á los danzantes; los mismos grupos de hombres, ebrios ya, disputándose, sacando el cuchillo con cualquier pretexto, á influjos de ese espíritu batallador que enciende tan fácilmente el alcohol entre los rotos. Rodríguez llevó á su compañero á una mesa ocupada ya por muchos bebedores. Allí estaba Juanito Argomedo, entre dos luces, con vaso en mano, haciendo eco con voz destemplada y con la tenacidad de los borrachos, á las notas lejanas de la zamacueca, repitiendo « *tondondoré*, *tondondoré* », como si ese refrán, vacío de significado, fuese el resumen de la felicidad humana. Rodríguez pidió al *mozo* una botella de gloriado. En pocos momentos, con el prestigio dominador del que paga, era dueño de la simpatía general. La botella quedó vacía en un instante y otra llegó á reemplazarla. Pronto, todos fraternizaban con el arriero. Él estimulaba á Juanito, le servía más que á los otros. Argomedo empezó á hacerle sus confidencias en medio de la algazara general. « Si él tuviese plata también pagaría. Á él le gustaba que todos bebiesen á costa suya. Pero ahora estaba « pobre como la cabra », y los acreedores querían meterlo otra vez á la cárcel ». La idea de la reclusión « sin poder echar un trago » lo enfurecía. Para afirmar su odio á la cárcel y á los acreedores bebía grandes vasos de gloriado. Era su manera de protestar contra la tiranía de la pobreza. Y repetía « tondondoré, tondondoré, yo sé que me moriré », como un estribillo, al fin de cada vaso.

El soldado español, entre tanto, más sobrio que los demás, propuso á Rodriguez ir donde las cantoras. Pero el arriero estaba ya «achispado» y queria seguir bebiendo con los buenos amigos, que se disputaban el contenido de la tercera botella.

—Vaya usted no más, aquí lo espero. Si es decir la verdad, á mí me gusta más el gloriado que las chinas.

—Sí, sí, ¡viva el gloriado! Tondondoré, tondondoré, vociferó Juanito, ya inconsciente.

El español no era de la misma opinión que su amigo, y se alejó hacia el tablado donde bailaban.

—Vaya no más, aquí lo espero, le repitió el joven tribuno alzando el vaso.

Pocos instantes después desapareció de la mesa, deslizóse entre las sombras sin que nadie hiciese atención á él y salió del parral. Sin vacilar, como perfecto conocedor de la localidad, emprendió la marcha con rapidez, alejándose, ágil y resuelto, por las calles silenciosas bajo la claridad de las radiantes estrellas que le enviaban desde el cielo sereno una sonrisa amiga de bienvenida.

LIII

Anduvo hasta llegar á una casa en la calle de las Capuchinas arriba, no lejos del cerro de Santa Lucía. Allí, en dos piezas con puerta á la calle, que Beno habia pedido prestadas á uno de los de la logia, los tres Carpesano lo esperaban con inquieta emoción. Manuel Rodriguez era el héroe ideal para la juventud patriota. Encarnaba el espíritu de aventura que fascina, la osadía temeraria y picaresca que engendra la leyenda. Tenia la elocuencia que inflama á las masas, la convicción ardiente que forma los prosélitos, la independencia de carácter con que se domina á los hombres. Delante de él, los tres hermanos se sentian respetuosos. Recibir á Manuel Rodriguez clandestinamente, en medio de la noche, era ya un principio de conspiración que los enaltecia á sus propios ojos. El orgullo del colegial chico, al que un grande confía el secreto de la próxima diablura contra algún maestro, los ponia graves. Beno habia recibido la carta. Habia tenido que jurar á su padre que se trataba de una pegata que él y sus hermanos se

proponian jugar á don José María Reza. Los tres, arrebatándose la palabra, le contaron la aventura que Beno le había referido en su carta « la noche de Calahorra », como ellos la llamaban:

— Íbamos maneados con los calzones, como si nos hubiesen puesto grillos, y los soldados se reian de nosotros.

— Esa fué más que pegata, ¡caramba!

— ¡La han de pagar los godos pícaros!

La humillación de aquella noche les atizaba el odio, les encendia en los ojos el fuego de la venganza.

— Y así, maneados, teníamos que ir alumbrando cada uno con una vela en la mano.

— Como yo era el más grande, dijo Lucho, me pusieron adelante, y los rotos, que de todo se ríen, decian que yo era la cruz alta.

Beno contaba la deplorable consecuencia que la triste aventura habia tenido sobre su siempre aplazado casamiento con Quintiliana Reza. Desde esa noche nadie habia podido conseguir que don Pepe fijase el dia de las bendiciones. Argüia que era preciso dejar que pasase algún tiempo, para no llamar sobre ellos la atención de los españoles.

— ¿Sabe lo que me contesta? « ¡Cuándo menos voy á dejar que se casen tan luego! ¡Te llamarian el novio á calzón quitado! »

Lucho y Pepe, olvidándose de que eran conspiradores, celebraron la ocurrencia de don José María.

— El miedo llega á ponerlo gracioso, decian riéndose.

— Después te casarás, Beno, le dijo Manuel Rodríguez golpeándole un hombro; ahora es preciso pensar en vengarse: yo cuento con ustedes.

— Mande no más y verá, dijeron los tres hermanos.

El joven revolucionario les explicó lo que esperaba de ellos. « Lucho iria á San Felipe á llevar cartas para algunos amigos, que solamente esperaban sus órdenes para levantar montoneras y entrar en campaña. Con las respuestas de estos corresponsales se trasladaría á San Francisco del Monte, en el camino de Melipilla. Allí, con la prudencia conveniente, buscaria las señas de un pequeño caserío llamado « lo Chacón », no lejos de aquella villa, al poniente, y preguntaria por un José Guzmán. Este hombre lo hospedaría á la presentación de ciertas palabras en cifra, que Rodríguez puso en manos de Lucho, escritas con tinta sim-

pática en una hoja pequeña de papel, con la que hizo un cigarro. Luchio debería esperar en casa de Guzmán, fingiéndose comprador de cosechas en yerba.

Rodríguez esperaba pasar por allí hacia las Pascuas, es decir, hacia el 24 de diciembre.

Pepe se trasladaría á Colchagua y procuraría averiguar el paradero de la banda de salteadores de Neira que había llegado á ser el terror de aquella provincia. Con este objeto llevaría una carta de Rodríguez para un amigo de San Fernando, hombre resuelto, que estaba también dispuesto á hacerse montonero. Pepe esperaría en casa de ese amigo hasta que alguien de parte de Rodríguez se le presentase. Beno quedaría en Santiago para servirles ahí de corresponsal con sus demás amigos, trasmitirles las noticias que pudieran interesarles, repartir proclamas manuscritas en los cuarteles, propalar rumores que alarmasen á los españoles: una obra de actividad infatigable que pudiera hacer creer al Gobierno en la existencia de una conspiración permanente y obligarlo á mantener en Santiago la mayor parte de sus tropas. »

Los jóvenes Carpesano, acostumbrados hasta entonces á la existencia descuidada y fácil de hijos de familia, mimados y tolerados en sus travesuras y en sus pegatas, sintieron el friecito desconcertador del miedo. Sólo en ese instante se daban cuenta de hallarse bajo las órdenes del temerario conspirador, al que, por una baladronada de mozos irreflexivos, habían ofrecido obediencia en un momento de despecho. La precisión del plan que acababa de bosquejar, la voz de resolución serena, la mirada penetrante con que el tribuno parecía espiarles la vacilación de la voluntad en la vista, les hacía sentir que ellos mismos habían evocado el peligro y que la hora de la acción y de la prueba había sonado. Leyendo en el semblante de los jóvenes esa impresión del soldado que oye la primera descarga en el campo de batalla, Rodríguez los tranquilizó con sus explicaciones, como calma un buen jinete á su corcel asustado, pasándole suavemente la mano sobre el cuello:

—Ustedes son inexpertos todavía en esta clase de lucha y por eso les confío comisiones relativamente poco peligrosas. En ningún caso quiero que tengan que tomar las armas y exponer su vida en los combates que se preparan. No por esto serán menos útiles á la patria los servicios que ustedes le presten. Para el triunfo de una causa persegui-

da como la nuestra, sin soldados, sin armas, sin dinero, un trabajo de actividad infatigable, de astucia y de consagración absoluta, es tan necesario como los surcos que abre el arado en la tierra y sin los cuales se esterilizaría la semilla que se arrojase sobre ella. En esa misión, que va á ser la de ustedes, si realmente son hombres y buenos patriotas, se puede cosechar tanta gloria como en los campos de batalla.

— Cómo no, pues, dijo Beno convencido.

Los jóvenes se habían serenado. Los semblantes recobraban su juvenil alegría. Rodríguez les dejaba ver la perspectiva de ensayar sus fuerzas y su vocación de hacerse hombres importantes, sin empezar por los grandes peligros. Por otra parte, el tribuno era fascinador y los arrastraba con su fuego.

— Además, agregó Rodríguez sonriéndose, seguro ya de su poder sobre los tres noveles revolucionarios, el toro no es tan bravo como lo pintan, y ahora de lo que se trata es de ser buen capeador; más tarde lo tomaremos por los cuernos cuando nos embista.

Después de un momento de silencio, agregó con calor, como un hombre resuelto á no cejar en la lucha:

— ¡ Y veremos quién triunfa !

Entonces entró en los detalles que exigía la ejecución de las medidas que acababa de indicar. « Los jóvenes deberían tener siempre caballos listos para los viajes que hubiesen que emprender. Pepe y Lucho saldrían lo más pronto posible cada uno á desempeñar la comisión que iba á confiarles. Él escribiría las cartas en la noche misma, cuando ellos se hubiesen retirado. Beno vendría muy temprano á buscarlas y las llevaría á sus hermanos. Las personas á las que iban dirigidas indicarían el modo de hacer llegar las contestaciones á sus manos. De paso escribió unas pocas líneas y encargó á Beno que las llevase muy temprano al convento de San Francisco para un frailecito que le entregaría unos hábitos de la Orden, con los que Rodríguez pensaba disfrazarse para sus excursiones durante el corto tiempo que tendría que permanecer en Santiago. Al día siguiente Lucho y Pepe prepararían también además de sus caballos, otros dos cada uno con buenos *habios* de pellones. Por distintos rumbos los harían llevar á la hora y al punto que él les indicaría por medio de Beno, cuando éste viniese á buscar las cartas y á traerle la *encomiendita* del

fraile de San Francisco». La proximidad á que se encontraba de Santiago la chacra de los Carpesano, donde se recibian caballos á talage, facilitaba considerablemente el encontrar y tener listos los caballos que el joven revolucionario decia necesitar.

Hizo esta explicación sin apresurarse, repitiendo aquello que podia ser ocasionado á errores, y haciendo repetir también á cada cual lo que le correspondia, para estar seguro de evitar cualquiera equivocación.

—Ahora, muchachos, á dormir. Yo me quedo aqui, y cuento con ustedes: buenas noches.

Cuando estuvo solo se puso á escribir. La fiebre del entusiasmo hacia correr su pluma con rapidez. Llegaba el momento de la lucha activa, que el joven patriota habia esperado con el ardor impaciente con que otros hombres de su edad aguardan la hora, siempre tarda, de una cita de amor.

La querida, para él, la única cuyo amor en vez de enervar fortalece y fanatiza, era la patria. Los complicados detalles del vasto plan de acción forjado poco á poco, durante las impaciencias del destierro, bullian ahora en su mente con un ruido de fragua donde arde una llama sobre otra llama, donde palpitan, al soplo continuo del fuelle, las brasas inflamadas, sobre el hierro que su calor reblandece. A cada uno de sus corresponsales enviaba instrucciones precisas: donde podrian encontrar armas ocultas, donde ocurrir por algún dinero, á qué gentes dirigirse para reclutar hombres seguros y esforzados, capaces de no rendirse á la fatiga continua de la vida del guerrillero. A ninguno hablaba sino de la esfera de acción que le correspondia. El plan de un movimiento simultáneo en diversos puntos del pais era su secreto. Los resortes que debia tocar para poner en movimiento esa máquina informe y descompaginada que es una campaña de guerrillas, estaban en su mano, y no contiaria á cada cual sino aquello necesario para sus movimientos. De este modo, jamás podria caer en manos del formidable enemigo que sojuzgaba á la patria su plan completo, no podria adquirir de un solo golpe noticia cabal de los elementos que el esperaba poner en juego. Datos fragmentarios en caso de sorpresa ó de traición, era lo único que podrian obtener los españoles con el sistema de acción imaginado por el joven caudillo.

La noche estaba ya muy avanzada cuando concluia su co-

rrespondencia. Hasta entonces no había tenido tiempo de pensar en el asistente del Coronel que lo habría buscado vanamente en la chingana.

— ¡Bah! bien se le ocurrirá entrar á la casa y decir mañana que salí á media noche, sin que él me sintiera.

Esta reflexión y el pesado sueño que le cerraba los párpados, con la satisfacción de haber empleado su día en provecho de la patria, lo hicieron dormirse profundamente, con la tranquilidad de los hombres sanos y que no conocen el miedo.

Beno lo encontró por la mañana completamente trasformado. Había hecho desaparecer las grandes barbas del destierro, que le daban, con lo demás del traje, el aspecto característico de los arrieros del otro lado de los Andes.

— Ahora, tú me vas á hacer el cerquillo, y me verás convertido en un motilón que va á pedir limosna en las casas para su convento.

Con unas tijeras de atusar caballos, que en la noche anterior habían visto entre otros artículos de campo, pendientes de un clavo, en la pared, Beno ejecutó sus funciones de peluquero, bajo las instrucciones que le iba dando Rodríguez. Trasformado en *padrecito*, con su larga sotana raída y grasienta, el revolucionario podía afrontar el examen más atento, sobre todo de gentes que por mucho tiempo habían dejado de verlo. Repitió á Beno las instrucciones de la noche anterior, dándole las cartas para sus hermanos y se separaron.

En la plaza de armas comenzaban ya los aprestos para el acto solemne, decretado por el Capitán General. Á las seis de la tarde el ya famoso oficio del Gobernador de Cuyo, debía ser quemado por manos del verdugo. ¡Una tremenda lección dada á los pueblos de América! un baldón de infamia que caería sobre el espíritu revolucionario, como cae el rayo en las alturas que desafían el fuego del cielo. El día anterior, poco después que Manuel Rodríguez salía de la tienda de don Franciscano Carpesano, llegaba José Retamo. El calor hacía relucir las redondas mejillas del mulato como las de un santo quiteño. En la trastienda lo acogieron con cierta reserva. Su presencia era ya mirada por los tertulios como un presagio de mal agüero. Bien que estuvieran persuadidos de que Callana, cuando se presentaba entre ellos, era movido únicamente por el deseo de suavizar en lo posible la dureza de las órdenes gubernativas, los

tertulios sabian al verlo entrar que en sus frases irónicas ó simplemente festivas, vendria envuelto el anuncio de alguna nueva medida vejatoria contra la aristocracia santiagueña.

Empezó hablando de *la* calor, secándose la frente, y sorbió después, á cortos tragos, un vaso de aloja que le presentó don Francisco.

— Señores Condes y Marqueses, mis patrones, ustedes saben que mañana, á las seis de la tarde, vamos á asar en la plaza el pavito cuyano.

Algunos de los tertulios trataron de sonreirse. Otros ocultaron su disgusto, torciendo gravemente un cigarrito entre los dedos. Todos sabian ya, al oir la frase irónica con que Retamo hablaba del acto solemne del dia siguiente, que el mulato venía á intimarles la orden de asistir á la ceremonia.

— ¿De quién te quieres reir, mulato? le dijo don José María Reza, ¿de tu amo el Presidente, ó de nosotros?

— De nadie, de nadie, señor Conde. No vengo aqui á reirme, sino á traerles la noticia para que no se les olvide. Nada menos que esta mañana le oí decir al capitán San Bruno que S. E. espera que toda la nobleza de Santiago concurra á solemnizar la fiesta con su presencia.

— ¿Eso llamas fiesta? ¡Tanta bulla para quemar un papel!

— Fiesta, como no, y de guarda, porque nadie puede dispensarse de asistir á ella. Toditos tenemos que ser devotos.

— Yo me voy esta noche para la chacra, dijo don Pepe, tú sabes que tengo permiso para ir y volver sin avisar á la autoridad.

— Ya sé, ya sé; « anda y vuelve luego », como decia mi maestro en la escuela cuando le pediamos permiso. Usted verá si ha de ir. Yo les contaré en secreto, añadió Retamo con fingido aire de misterio, que esta vez la dispensa cuesta cien pesos.

— ¡Cien pesos! ¡Aprieta! ¡Por no asistir á la última procesión yo pagué cincuenta! exclamó en tono sarcástico un tertulio. ¡Vaya, cuesta no divertirse!

— Ya ven como es bueno que yo les advierta que ha cambiado la tarifa, mis patrones, ¡quién sabe á cuántos les hago ahorrar sus buenos pesos!

— ¿Por qué no nos pides barato también por la buena noticia? dijo don Pepe enfadado.

En otras tertulias hizo igual notificación José Retamo. El

Capitán General quería dar un aparato importante á la ceceremonia, que simbolizaría el exterminio de los insurgentes en toda Hispano-América. La presencia de la nobleza criolla sería particularmente significativa en tan grandiosa manifestación alegórica del real disgusto. Pero no era posible expedir con este objeto una orden, que habrían invocado los americanos como prueba irrecusable, para desvirtuar el carácter de acto espontáneo que debía tener el concurso de la nobleza santiagueña. En estos casos la dificultad quedaba salvada con la intervención del mayordomo de palacio. José Retamo cumplía su misión resignado, burlándose con su filosofía picaresca de los que se la imponían, y evitando multas y vejaciones á los que hubiesen tenido veleidades de independencia.

Los preparativos para aquel « auto de fe », que aplicado á los magnates nacionales se convertía en « auto de tunda », empezaron en la plaza de armas desde temprano, cerca del recreativo adorno de la horca, mantenida en el centro para saludable meditación de los patriotas. Algunos soldados, al mando de un cabo, levantaban una artística pirita de leña de espino, sobre la que debía consumarse el sacrificio. Otros soldados, dispuestos en contorno, con el fusil en descanso, protegían á sus compañeros de armas en la tranquila ejecución de esa obra.

Cuando Manuel Rodríguez, disfrazado de « padrecito limosnero », entró á la plaza, á eso de la una del día, los curiosos, hombres y mujeres del pueblo, en número considerable, se agrupaban en contemplación, detenidos por la tropa, delante de los trabajadores. Más le interesaba á él examinar los rostros y la actitud de los de la plebeya concurrencia, que los movimientos de los que colocaban, con cierta lentitud acompasada, los palos de leña unos sobre otros. En las reuniones de pueblo buscaba el tribuno la expresión del sentimiento nacional, como un fisonomista interesado en leer en el alma de una persona, escudriña empeñoso su semblante. Pero su examen se perdía en esa impasibilidad del roto chileno, que desafía la más atenta observación. Algo de la profunda inmovilidad del mar en calma, que oculta la vida y los combates bajo la tersa superficie, tienen esos semblantes serenos, cuya tranquila armonía no turban las emociones ni las pasiones que se agitan en el pecho. Los rotos miraban crecer la pira, sin otra expresión que la de un lejano sentimiento de curiosidad.

Pero luego, un grupo compuesto de un hombre y dos mujeres concentró todo su interés. En el hombre, que cargaba una canasta de vendedor de *mote* y *huesillos*, colgada de una soga al cuello, Rodriguez reconoció sin dificultad á Cámara. De las mujeres, una era vieja, vestida con decencia, como criada de « casa grande » que sale á la calle. La otra, en la flor de la juventud, la tez bronceada de mezcla araucana, envuelto el opulento busto en un *rebozo* de vivos colores, tenia en los brazos una criatura de pocos meses. Cámara, desde lejos, habia reconocido en ella á Marica Contreras. Las dos mujeres llegaban al centro de la plaza cuando él se cansaba de ofrecer su mercaderia entre los grupos de espectadores. Sin alejarse de donde se hallaba y sin parecer mirarlas, se acercó á ellas poco á poco. En un instante en que la vieja se abria paso, para ver lo que todos miraban, se puso frente á Marica, haciéndole señas, por medio de un dedo puesto sobre la boca, de que no fuese á nombrarlo. Un franco reflejo de alegria iluminó los ojos y bañó el rostro de la china : un rayo de luz que venia del corazón.

— ¡ Vos por aquí, condenado !

— No me *vais* á vender ; hazte como que me estás comprando mote.

Era el momento en que el padrecito pordiosero llegaba cerca de ellos, con disimulo, sin mirarlos.

— Tu *taita* no ha querido decirme dónde estás sirviendo.

— ¡ Cuando menos que le iba á decir ! ¡ Tan poco ingrato que no se ha portado conmigo !

— ¡ Ingrato ! ¡ cuando siempre te quiero !

— ¿ Y cómo se habia desaparecido sin decir nada, entonces ? ¡ Pocas penas que he pasado por usted !

— ¡ Adiós ! ¡ quéjate también ! cuando así estás de ama y ganas porción de plata.

— ¡ Y se ríe también, el maldito ! ¡ Ave María, Señor !

Con una franca risotada, unida á esa exclamación, celebraba Marica el cinismo del rotito. El desenfado de tunante alegre y atrevido de Cámara la subyugaba.

— ¿ Y qué hiciste con nuestra *guagua?* preguntó él con indefinida curiosidad, una especie de llamamiento confuso de amor paterno, despertado de repente en la oscuridad de su alma dormida de roto inculto.

— ¿ Qué habia de hacer, pues ? Mi *taita* me hizo echarla al torno.

— Con los huachos entonces, ¡qué bonito!

— Con los huachos, pues, ¿por qué no vino usted á recogerla?

Cámara se echó á reir.

Ella repuso, poniéndose seria:

— ¿Por qué se ríe tanto? Habríamos vivido juntos, yo habría trabajado para usted.

Intensamente lo miraba con su pasión de hembra enamorada, que sabe perdonarlo todo: la seducción, el engaño, la ingratitud. Él, con su risa picaresca y su orgullo de hombre «querido de las niñas», que considera el amor como un pasatiempo, sin obligaciones, replicó con su promesa favorita:

— Aguárdate no más que se acabe la guerra y viviremos juntos.

— ¡*Pa* mayo entonces! exclamó Marica, que conocía la respuesta. Mostraba tras de los labios de granada, la blanca y firme dentadura. Con esa exclamación popular decía su completo escepticismo acerca de la posibilidad de que llegase ese tiempo. Luego con una nubecilla de sentimentalismo femenil, que quisiera creer en una promesa de hombre, añadió, suspirando:

— ¡Á cuántas les dirá lo mismo!

Llegaba la vieja, satisfecha su curiosidad.

— Están haciendo un montón de leña, dijo, mirando al mismo tiempo con aire de interrogación á Marica y al motero.

— ¡Mire pues! me he encontrado con este conocido que me vino á ofrecer mote, exclamó como contestándole, Marica.

La «criada de respeto» no resistió á la oferta de una taza de mote con huesillos, que galantemente le ofreció el mozo.

— Vaya patrona, tome *pa* la calor, no le cuesta nada.

Empezaron á conversar. «El médico había dicho que si no hacian pasearse un poco á ña Marica, se le podia secar la leche, y por eso andaban en la calle. Pero á su señorita no le gustaba que hablasen con hombres».

— ¡No se las han de comer, protestó Cámara! ¡tan ansiosos cree su patrona que somos nosotros!

Las dos mujeres se rieron de la ocurrencia.

— Ansiosos son pues, dijo la vieja, con acento de experiencia, riéndose, á pesar de tener un huesillo en la boca.

Pero la conversación fué interrumpida bruscamente por un cabo de escuadra. Seguido por dos soldados se habia desprendido del centro y llegado cerca del alegre grupo.

— Venga usted con nosotros, dijo á Cámara, en tono que parecia calculado para no admitir réplica.

El semblante del rotito pasó instantáneamente, del aire festivo, á una violenta indignación. La voz imperativa del militar español habia despertado su instinto de hombre de lucha, su altivez indómita de araucano.

— ¡ Vean que prosa ! ¿ por que he de ir con usted, á mí no me manda nadie, *sepaseló*.

Á una seña del cabo, otros dos soldados se habian unido á su escolta.

— No hay que replicar. ¡ Vamos y marche usted !

Cámara, con la mano derecha apretaba su puñal bajo el borde de la canasta, que sostenia con la izquierda. Dos de los soldados, en ademán de cogerlo por los brazos, lo flanqueaban ya. Los grupos de gente que miraban trabajar á los que formaban la pira, voltearon la cabeza hacia donde salian esas voces de riña.

El frailecito pordiosero intervino entonces.

— ¿ Por que quiere llevar preso á este rotito, mi amigo?

En la voz, y en la expresión del semblante, dominaba la mansedumbre evangélica del que vive en una esfera superior á las querellas de los hombres. Era un santito humilde, un modesto siervo de Dios que en tono de insinuante súplica, predicaba la concordia y la paz en el rebaño humano, sin distinguir los lobos de los corderos. El cabo y los soldados españoles, de la escuela del carbonero, recibieron la pregunta con respeto.

— No lo llevo preso, mi padrecito, dijo el cabo; pero tengo orden de reunir gente para el trabajo de la fortaleza de Santa Lucia.

Al oir esta explicación, los curiosos, como por ensalmo, empezaron á dispersarse en todas direcciones. Unos y otros se pasaban la voz.

— ¡Están agarrando gente para el cerro!

El padrecito, al mismo tiempo, exhortaba á Cámara á la obediencia.

— ¡ Quién no ha de querer trabajar por el Rey nuestro

amo, hermano! ¡hasta yo soy capaz de tomar una barreta! Vaya no más hermano, y trabaje bien.

Cámara había reconocido ya al joven revolucionario.

— ¡Ah! si es para trabajar por el Rey nuestro amo, estoy prontito, dijo con semblante risueño, y no tienen necesidad de llevarme por fuerza.

Otras partidas de Talaveras habían ejecutado una maniobra semejante. Con la dispersión de los rotos, al ver que apresaban gente, sólo quedaban ya en la plaza los grupos de soldados con los hombres que por sorpresa habían podido detener. Un sargento los puso á todos en orden y mandó emprender la marcha, por la calle de la Merced hacia el cerro de Santa Lucía. Los rotos, viendo que no se trataba de una recluta, tomaban la cosa de broma, con buen humor.

— Y vos, hombre ¿*pa* qué te dejaste agarrar, también? decían al motero.

— ¡Porque yo quise, pues hombre! *pa* comer allá arriba los porotos del Rey, ya estoy empachado con mote.

— ¡Aguardá que te den porotos na más! ya pasaron las doce y no dan de comer hasta mañana. Lo que te darán será de palos, si no echas la gota gorda, trabajando.

— Bueno, pues, *pa* eso nos hizo Dios á los rotos.

Marica vió alejarse á Cámara en el confuso tropel de los apresados y pensó con pena que no le había dado las señas de la casa donde se hallaba. La plaza estaba casi desierta. El padrecito se había marchado también. Solamente quedaban los centinelas encargados de custodiar la pila de leña que debía servir para la gran ceremonia de la tarde. Suspirando, Marica siguió á la vieja, que comentaba el incidente.

— Los godos se han vuelto el diablo. ¡Pobre motero! *cortito* se lo llevaron también.

Desde las cinco la tropa formaba un vasto cuadro en torno de la pira. Los rotos, recelosos al principio con la escena del reclutamiento forzoso de trabajadores para los fuertes que se construían en el cerro, empezaban á entrar á la plaza en grupos. Los vigilantes, para que la ceremonia fuera numerosa, los alentaban á ir á ver, asegurando que ya no volverían á «agarrar á nadie» decían, aquella tarde por lo menos. El movimiento se acentuaba á medida que corrían los minutos. Un rumor de pueblo que va á una fiesta, con la curiosidad infantil de las turbas por todo es-

pectáculo, se sentía por las bocacalles que dan á la plaza de armas. Al lado de la puerta de palacio se levantaba un tabladillo, semejante al que había servido para la procesión de la virgen del Rosario al día siguiente de la caída de Rancagua. Desde ahí debía presenciar la ceremonia el Capitán General, con su corte de lo más granado de la colonia española, caballeros y damas. La Real Audiencia, las corporaciones y la camarilla de consejeros de Su Excelencia, tenían ahí sus asientos. Al pie de la pila de leña, cerca de la horca, una compañía de Talaveras, parecía desafiar al pueblo con su arrogancia veterana. El capitán San Bruno que los rotos se señalaban con cuchicheos misteriosos, el siniestro quemador de Rancagua, el desapiadado azotador de patriotas, disponía la colocación de la tropa, fulminaba amenazas, duras como un bofetón, al que no estaba bien alineado, hacia recular á los curiosos con el plano de su espada, como quien espanta perros famélicos.

Los *convidados* chilenos, la nobleza criolla, obligada á solemnizar el acto con su presencia so pena de cien pesos de multa, guardándose de hacerse esperar, con la prisa de esclavos que sienten en las espaldas el látigo del mayoral, llegaban á la plaza anticipadamente. Los recibía José Retamo, « muy futre », decían los rotos, que admiraban su levita de gala con galones sobre las costuras, su largo bastón de mayordomo de palacio, y la galoneada gorra, que agitaba en una mano, porque « *la* calor no le permitía sufrirla » sobre el espeso pellón de su cabellera de mulato. Con su tacto particular de hombre que sabe hacerse querer de grandes y pequeños, transpirando en su agitación de maestro de ceremonias, Retamo distribuía los magnates chilenos en sitios preparados de antemano, al rededor de la futura hoguera y de la horca, á la que la pálida luz de aquella tarde de verano, besándola con su tibia y diáfana caricia de despedida de sol, daba una siniestra alegría de verdugo risueño.

En los mejores lugares, los tertulios de la trastienda de don Francisco Carpesano se agrupaban, haciendo esfuerzos para ocultar su descontento. Don Pepe, temoroso del ojo escuadriñador de San Bruno, estimulaba á sus amigos, á mostrarse contentos como él.

— Déjense de *lesuras*, no hay más que hacer de tripas corazón, les decía por lo bajo.

Don Francisco Carpesano y otros tertulios tenían el aire

de asistir al entierro de algún pariente querido, mientras que don Manuel Cardenillo suspirando á la vista de la horca, bajaba la cabeza y con sus gestos nerviosos mal reprimidos, pugnaba por apartar de su imaginación los rostros lívidos, la rigidez de los tres últimos sacrificados en la enhiesta máquina de suplicio.

Á las seis menos cuarto, el movimiento de la turba, una oleada de cuerpos humanos en la que se hizo un silencio de curiosidad atenta, anunció que cesaba la expectativa. Subía al tablado el excelentísimo Capitán General. Deslumbraba como un semidiós de Homero, con el lujo de su gran uniforme, con la ofuscadora irradiación de las cruces y con decoraciones que llevaba pendientes, unas del cuello, otras sobre el pecho, á uno y otro lado de la casaca, semejantes á constelaciones luminosas. Dos edecanes lo precedían, como los alabarderos en la corte, abriéndole paso, que nadie cerraba, que no había necesidad de abrir, y cuatro lo seguían con marcial donaire. Los magnates españoles europeos, como se llamaban entonces á los oriundos de la tierra de Pelayo, los oidores, las corporaciones, se inclinaron ante el jefe supremo. Las señoras, encarnadas de emoción y de calor, se abanicaban con movimientos acompasados de languidez oriental. Entre ellas, prima Catita y prima Cleta, observaban y criticaban cuanto veían, se comunicaban al oído apodos burlescos aplicados á las que presumían de hermosas, lanzaban ojeadas de desdén á los hombres, porque ninguno las miraba. El himno real, tocado por la banda de Talavera, había resonado á la aparición del Presidente. Caballeros y señoras se pusieron de pie, inclinándose ante el regio saludo, que al ir á ocupar el sillón presidencial, repartía á diestra y siniestra, el jefe del Estado.

Prima Catita y prima Cleta, al ver que Marcó, sin mirarlas á ellas, había sonreído á una de sus vecinas, se secretearon picadas.

— ¡Ay niña! ¡si parece un pavo relleno en día de santo!

— Y se le figura, con su cara de torta de las monjas, que es el rey en persona.

— ¡Cállense niñas! les dijo don Jaime, en tono de sofocado reproche.

Había llegado el día anterior de Melipilla, donde pasaba la mayor parte del tiempo, acompañando á su hermana y á Luisa Bustos. Pensaba regresar ahí á la siguiente maña-

na. Siempre con su secreto en la punta de los labios, con su amor cristalizado de quincuagenario tímido, amor semejante al fruto tardío de árbol viejo, que se endurece sin llegar á la plena madurez, don Jaime había seguido á su sobrina en su voluntario destierro cerca de doña Clarisa. Al lado de ella únicamente se sentía feliz.

Su reproche se perdió en el ruido de la música y en la atención general de los del tablado, que miraban desfilar, en orden y solemne compostura, la procesión de los funcionarios reales encargados de la parte principal de aquella fiesta. El Mayor de plaza, á caballo, seguido de dos tambores que tocaban paso regular, rompía la marcha, precediendo á una mitad de una compañía armada de Talaveras mandados por un oficial. Tras de esta fila, á diez pasos de distancia, marchaba el escribano de gobierno, don Ramón de Rebolledo, seguido de dos escribientes. Uno llevaba el libro de actas de la real escribanía, otro la cartera en que iba encerrado el cuerpo del delito, el famoso oficio, la víctima expiatoria. Tras de ellos venía el pregonero público, y en pos de él, objeto de la ansiosa observación del pueblo, caminaba el verdugo. La segunda mitad de Talaveras, terminaba la importante comitiva. Al pasar delante del tablado, el Mayor de plaza mandó presentar armas; el escribano y sus empleados saludaron profundamente, descubriéndose; el pregonero pasó sin ser visto, y el verdugo, como un perro que aguarda un palo sobre el lomo, encorvándose, bajó la frente agoviada de baldón, y casi se perdió en el centro de la fila que cerraba la comitiva. Entre los rotos, un murmullo sordo de coro trágico, pasó como el siniestro ruido de un temblor. La música continuó tocando el himno real, hasta la llegada de la comitiva al centro de la plaza.

Cesó entonces la banda con una nota sobrante del clarinete, que no había visto la seña del tambor mayor.

Algunas voces breves de mando hicieron moverse los soldados con precisión mecánica. Un silencio solemne, como cuando en la misa alza el sacerdote la hostia, reinó en la plaza con su peso impalpable y opresor de emoción mantenida en suspenso. Allá, sobre el tablado, todos se ponían de pie, admiraban el golpe de vista, seguían con ojo atento la espiral de humo espeso que se levantaba de la hoguera y envolvía la horca en sus giros de serpiente, como si fuese el incienso quemado por la reconquista á la divinidad vengadora de los regios derechos ultrajados. Solo

se oía durante ese fugaz momento, en la atmósfera suave de aquella tarde chilena, la notita de discreta alegría, que dejaban caer en sus juegos amorosos, pasando como celajes, las golondrinas.

Entonces se oyó en el silencio levantarse la voz del escribano Rebolledo, que repetían con desfiguradas entonaciones los ecos de la gran plaza. Leyó con el tono amenazante de un predicador de cuaresma, que anuncia el juicio final, la nota de San Martín, el fulminante dictamen del Auditor de guerra, el decreto del Presidente. Y al resonar la última palabra de la sonora arenga, el escribano arrojó al suelo el papel con la arrogancia de ademán que han prestado los artistas á Scevola, presentando al brasero la homicida mano. Á una orden del Mayor de plaza el verdugo recogió « el infame libelo », y en la actitud de Perseo, que muestra la sangrienta cabeza de Medusa, expuso un momento el oficio original á la contemplación del público y lo mantuvo después sobre las llamas para que ardiese poco á poco.

— Está asando el guachalomo, dijo Beno Carpesano, que seguía el espectáculo al lado del padrecito pordiosero.

— No te comas toda la malaya, hombre, gritó un roto irreverente, alentado por el chiste de Beno.

Sus voces se perdieron en el estruendoso grito de « ¡ Viva el Rey ! » que lanzó el Mayor de plaza con el escribano y la tropa.

— ¡ Tanta bulla para quemar un papel ! dijo don Pepe, si yo estuviese cerca del Presidente no me mordería la lengua para decírselo.

No acertó á comprender si el suspiro con que le contestaba don Manuel Cardenillo, era de adhesión ó de conformidad filosófica con la dureza de los tiempos, ó un gemido que le arrancaba la idea de haberse puesto su levita nueva con tan poco provecho.

— ¡ Viva el Rey ! había gritado también el Capitán general para celebrar el triunfo manifiesto de la monarquía sobre la revolución.

Todos hicieron coro, repitiendo tres veces el grito de regocijo en un formidable *tutti*, en que se mezclaban las notas claras de la voz femenil con el bronco y entabacado bajo de los varones. Los parabienes llovían sobre el Presidente.

La burlesca insolencia del Gobernador de Cuyo, añadía una nueva página de gloria á los anales de la monarquía. Los semblantes brillaban de puro entusiasmo, como en un

banquete á la hora de los brindis. Cerca de las señoras, los más áridos magnates se ponian galantes. En ruidosos y festivos grupos bajaron del tablado, dando los hombres el brazo á las que por el momento llamaban «beldades».

Nadie se apiadó de prima Catita y prima Cleta. Ellas se vengaron de los hombres con su viejo encono de solteronas:

— ¡No están buenos con sus vivas sino para ladrarle á las sombras como los perros miedosos!

— ¡Antes si que eran bien educados los hombres y no como estos porquerias de ahora!

— ¡No hay peste igual á los viejos!

Con esta última observación dicha á dúo, la sombra vaga de aquel dechado de perfecciones, arrebatado á la supuesta intención matrimonial, dibujó su forma indecisa de fantasma lejano, para ellas, en el espacio.

Las dos se entendian en su eterna confidencia de desdeñadas, en su acerba enemiga contra una sociedad injusta con las pobres mujeres. «¡Sin la peste otra cosa habria sido! ¡Qué gracia! si á las demás, que bajaban del *bracete* tan contentas, se les hubiese muerto el novio, también se habrian quedado solteras».

La banda de música tocaba en el primer patio de palacio. Sobre la mesa del gran comedor, un «suntuoso ramillete» estaba preparado. Ahi, copa en mano, se pulverizó á las colonias rebeldes y se brindó por el bello sexo. Como un eco de aquel dia memorable, que debia, según los próceres realistas, tener tan grande influencia en el triunfo final de la causa monárquica, la *Gaceta* del Gobierno dejaba á la historia atenta, la descripción del regocijo general, con el lirismo inevitable de aquel tiempo: «Los soldados y el paisanaje, participando del heroico celo del jefe benemérito que ordenó el acto, levantaron su voz unisona, gritando: ¡Viva el Rey! ¡mueron los traidores y rebeldes! Entre cuyos ecos y militares músicas, que duraron toda la tarde en el palacio del muy ilustre señor Presidente, Apolo entró al imperio de Neptuno excitando á sus sirenas á cantar el triunfo de la lealtad».

LIV

De la plaza, Manuel Rodriguez se dirigió por la calle de las Agustinas arriba, hacia la callejuela donde se encon-

traba la casa de Contreras. Antes de separarse de Beno le habia dado cita para el dia siguiente, con el fin de designarle la hora y el lugar donde necesitaria los caballos, que el novio de Quintiliana estaba encargado de tener listos. No habia querido el joven revolucionario reunirse á sus compañeros de emigración hasta haber visto otros amigos, sobre los cuales contaba para la ejecución de sus planes, y haber tomado los informes que le parecian indispensables al éxito de la empresa que meditaba acometer en Santiago.

Abel Malsira, el mayor Robles y Cámara habian llegado solamente el dia anterior á casa del silletero. Para hacer el viaje, desde la cordillera hasta Santiago, tuvieron que emplear las prudentes precauciones de hombres que juegan su vida en la demanda. Viajaban por la noche, á la hora en que no era probable que alguna partida de tropa, de las que recorrian con frecuencia el camino, les exigiese la presentación de pasaportes. Al acercarse á la capital juzgaron prudente abandonar sus cabalgaduras y continuar á pie. Después de confiar la guarda de sus caballos á un amigo de Cámara, inquilino en una de las haciendas del tránsito, se apartaron con frecuencia del camino real y siguieron su marcha por el interior de los potreros, saltando cercas y tapias. Abel y Cámara sobrellevaban el cansancio de tan larga peregrinación nocturna con el vigor de sus años. El mayor Robles buscaba fuerzas en los preceptos de la ordenanza general del ejército, un breviario para aquel espíritu marcial consagrado á la carrera de las armas como á un sacerdocio.

Contreras les hizo una amistosa acogida, y parecía perfectamente contento con sus huéspedes. María, su hija según él dijo, estaba sirviendo en una casa. Sobre este particular guardaba una reserva sin afectación, pero que Cámara, á pesar de su empeño, no pudo penetrar.

Esto contaban á Manuel Rodríguez, Abel Malsira y el mayor Robles en la sabrosa plática de su primera reunión. La ausencia de Cámara, de la que Rodríguez les refirió los incidentes, turbó, sin embargo, aquel momento de expansión en que los tres emigrados, Rodríguez y el Mayor, sobre todo, empezaban á creerse dueños del porvenir. Malsira los escuchaba con la distraida atención de su alma de soñador. Á los proyectos que exponia Manuel Rodríguez sobre la campaña de montoneras que iba á abrirse, Abel

no tenia objeciones ni indicaciones que hacer. Afirmaba únicamente su juramento de consagrar su vida á la patria y á su venganza; pedia para él los puestos de más peligro; se ponia á las órdenes del tribuno revolucionario con la ciega sumisión que preconizaba el mayor Robles como la primera virtud del buen soldado. Pero entregada de este modo su vida material á una voluntad ajena, guardaba para sí, con avara tristeza, su existencia moral. Entre su pesar profundo y su obstinada aspiración de amor, esa idea dominante en los sentimentales, se aislaba como en un santuario. De las dos luces que su alma indecisa habia seguido por largo tiempo, la más brillante, la más ofuscadora, habia palidecido en sus sueños como un astro que se pone; la más lejana y confusa invadia con su discreta luz de vaga esperanza el campo de sus recuerdos.

Pero Manuel Rodriguez no lo dejaba perderse en su meditación. Con minuciosa prolijidad trazaba su plan para el dia siguiente. «El primer objeto de su peligrosa vuelta á la patria estaba ya cumplido. El parlamentario llevaria á San Martin informes y pormenores sobre la situación de Chile que no habria sido posible adquirir sin la sagacidad y la audacia del revolucionario patriota. Sabria de una manera positiva que el Gobierno de Marcó del Pont no proyectaba la campaña de invasión á Mendoza, que un persistente rumor público de aquel lado de los Andes, le atribuia. La fuerza á que alcanzaba el ejército realista, la distribución de sus cuerpos, el descontento de la tropa, los elementos con que podria contar como auxiliares para venir á disputar al enemigo en medio de sus propios recursos, el pais reconquistado; un conjunto de detalles característicos del estado del espíritu público, de las aspiraciones renacientes de los patriotas, de los sacrificios que de ellos podrian esperarse, todo obra de su inteligente actividad en dos dias de excursiones constantes por Santiago, lo habia comunicado Rodriguez á Álvarez Condarco y anotado por éste en cifras, sería trasmitido á su jefe. Nada, pues, le quedaba que hacer por ese lado.

«Ahora iban á acometer la obra que se habian dado por mision ejecutar en Chile. Como principio, antes de alejarse de Santiago era menester sacar los depósitos de dinero que existian ocultos en casa de la familia de Malsira y en la de don Jaime Bustos.»

Los apuntes dados á Rodriguez por Luisa y la carta de

la chica á Malsira, contenían precisas indicaciones acerca de los puntos donde hallarían esas sumas. Pero las dos casas estaban ocupadas. La solariega mansión de los Malsira, secuestrada por la reconquista, y que no había podido aún ser vendida, estaba custodiada por dos soldados realistas. Manuel Rodríguez había entrado durante el día á la casa so pretexto de pedir limosna para su convento. « Los guardianes habían conversado largo rato con él « padrecito limosnero ». Por ellos había sabido que los relevaban con frecuencia en ese servicio, lo que excluía toda idea de poder cohecharlos, medio demasiado peligroso, además y al que no debían confiar la suerte de tan delicada empresa. La suma del depósito era ahí de tres mil pesos, un considerable caudal, que les prestaría poderoso auxilio en las operaciones de guerra proyectadas. Rodríguez concluía que era indispensable ocurrir á la astucia y á la fuerza para « ir á sacar ese entierro » como se llamaba esa operación, muy general en aquellos tiempos de persecuciones y de impuestos arbitrarios. Se introducirían en la casa, á la noche siguiente, penetrando en ella por los caminos conocidos de Abel y de Cámara. Su acción, cuando se hallasen en el interior, dependería del género de resistencia que les opusiesen los guardianes. Por supuesto que ninguna consideración de humanidad debería detenerlos para sacar el tesoro. Si para esto, ó para defenderse, era indispensable matar, matarían ». El mayor Robles apoyó esa declaración con un texto de la ordenanza, como un argumento irrecusable para justificar esa medida de guerra. Rodríguez la decretaba con la seria resolución del que admite la guerra con todas sus consecuencias.

« En cuanto á la suma de tres mil pesos también escondida por Luisa en casa de su tío, Rodríguez esperaba adquirirla por medios pacíficos. Según el conocimiento que tenía Abel Malsira de los hábitos de la familia, la puerta de calle estaría cerrada desde las oraciones. Si Cámara era dejado en libertad, iría con algún disfraz al día siguiente á ver á su madre, que como criada de confianza tenía á su cargo las llaves. Le anunciaría que Abel Malsira iría allí en la noche, á fin de que abriese á cierta señal convenida. »

El cariño nunca desmentido de la vieja á toda la familia, era un garante seguro de su discreción y de la puntualidad con que desempeñaría el encargo. En caso de

que Cámara no volviese, iria el mismo Rodriguez, con su disfraz de fraile pordiosero.

«Las dos operaciones debian ejecutarse en la misma noche. Proceder de otra manera, seria exponerse á que la noticia que circularia indudablemente de la primera, hiciese imposible la segunda. Además, era prudente no prolongar por más tiempo la permanencia en Santiago. Rodriguez prevendria á Beno para que los caballos estuviesen listos en algún punto del tajamar arriba, donde no alcanzase la muy imperfecta vigilancia ejercida en la ciudad durante la noche. Para restringir en lo posible el número de confidentes de la empresa, Contreras iria á la quinta de don Francisco Carpesano á buscar esos caballos, y aguardaria con ellos en el lugar que se le designase.»

Dueños así del valioso contigente, se pondrian sin tardanza en marcha para el sur, donde irian á reunirse con Pepe Carpesano, que debia esperarlos con noticias positivas acerca del paradero de la banda de Neira, destinada, en el pensamiento de Rodriguez, á transformarse de banda de forajidos en una montonera patriota.»

No olvidó el joven revolucionario ninguno de los detalles que podian asegurar el éxito de aquella primera operación. Era un General que explicaba su plan de batalla, admitia todas las hipótesis, discutia todas las dificultades, preveia los contratiempos, y daba á lo imprevisto la importancia que le cabe en todas las combinaciones del espíritu. «Llegarian por distintos caminos á cada una de las casas. En la segunda, como debian entrar por la puerta de calle, dos de ellos quedarian en observación y la cerrarian por dentro para venir á dar la voz de alarma á los otros, en caso que llegasen á sorprenderlos.» A cada uno señalaba su puesto, á cada uno explicaba é inculcaba el papel que le corresponderia desempeñar en la acción. El Mayor bebia sus palabras, y encontraba de cuando en cuando algún texto de la ordenanza, que amoldado á las circunstancias, hacia que las explicaciones de Rodriguez tomasen en su inteligencia perezosa, la fuerza de un precepto doctrinal que no saldria ya de su memoria. Malsira lo admiraba con esa especie de respeto que siempre le habia infundido aquel hombre, tan joven como el, que tenia el ascetismo absoluto en la práctica de su culto; que se levantaba sobre las debilidades aún legítimas de su edad, para consagrar á su causa todo el vigor de su alma; que en su aspiración de

independencia caminaba al frente de los más avanzados, y se resignaba, no pudiendo hacer la guerra en grande y en campo abierto, á la existencia azarosa, á los sacrificios oscuros del conspirador.

Mientras tanto, al lado del plan de ardiente patriotismo, del terrible juego de azar en que aquellos hombres ponían la existencia como envite, otro plan en el cerebro oscuro de Contreras, habia madurado lentamente. El virus de un sentimiento avieso de venganza y de codicia se habia infiltrado desde tiempo atrás, en su alma de plebeyo rebelada contra las durezas de la suerte. Sin otro sentimiento moral que el de esa filosofía utilitaria, innata en la criatura condenada por un destino inevitable á luchar con las necesidades infinitas de la existencia, el silletero midió con el criterio de su interés amenazado, la vulgar aventura de su hija. Marica dejó de ser la compañera infatigable de su trabajo: obrera, criada, dueña de casa y cocinera al mismo tiempo. Una labor de galeote para la que apenas bastaba la vigorosa elasticidad que puede únicamente encontrar la fuerza juvenil de un corazón libre y en un ánimo sin cuidados. El amor ilicito entró al hogar tronchando esas virtudes domésticas, las modestas flores de ese huertecito de pobre. Marica, á vuelta de poco tiempo, se puso perezosa y rehacia. Las visitas frecuentes de Cámara á la casa de los Malsira, donde residia una rival, la trastornaron. Su parte de trabajo quedaba sin hacerse, la casa andaba descuidada, la comida, con frecuencia, no estaba pronta, á veces no se hacia. Hubo entre los dos hombres acaloradas disputas. Contreras, bien que sin decirlo, aspiraba á obtener compensaciones pecuniarias, que el seductor no estaba, por supuesto, en aptitud de satisfacer. Un drama continuo capaz de terminarse en una catástrofe de tragedia, se representó muchas veces entre las paredes mal blanqueadas de la humilde casita. Pero el ingénito desprecio á la muerte que brillaba como una alegría en los ojos del rotito, obligaba al silletero á dominar su rencor. Oculto en el fondo de su pecho, ese resentimiento tenia que transformarse en semilla de venganza. La ausencia de Cámara, la maternidad de Marica, hicieron crecer la planta de humillación y de odio. Contreras alimentó desde entonces ese arrepentimiento retrospectivo con que los hombres sin energía recuerdan las ocasiones perdidas, que no tuvieron valor de aprovechar para vengarse. Cuan-

do Cámara, al llegar de Mendoza había venido á pedirle la hospitalidad con su patrón don Abelito y el mayor Robles, el silletero dió gracias al diablo por la nueva ocasión que le ofrecia, y se prometió aprovecharla. Cierto que únicamente un propósito de venganza no habria bastado para decidir á Contreras á castigar con la delación al seductor de su hija. Juzgada la falta con la moral rudimentaria y elástica del pueblo, el caso no pasaba de ser más que la repetición de un accidente al que Marica no tenia por qué escapar más que tantas otras. La verdad era que en la proyectada venganza habia el interés material del premio pecuniario, ofrecido por las autoridades al que denunciase o entregase al asesino del centinela de la plaza.

Hombre precavido, Contreras no queria denunciar directamente. Para que lo reemplazase en esa fea traición, habia cultivado, de tiempo atrás, el despecho natural de la madre abandonada.

— Tú, porque eres mi hija, te perdono; pero al pícaro que se ha reido de ti, ¡eso sí que no!

Marica, también, á fuerza de oir á su padre, respiraba venganza. Fácilmente convenia en que el rotito habia cometido « una picardía muy grande ». Para que no se entibiase el encono, más artificial que espontáneo, que habia prendido en el corazón de su hija, el silletero se negó porfiadamente á dar á Cámara las señas de la casa donde su hija se encontraba sirviendo.

— No seas tonto, hombre. ¡Cuándo menos te voy á decir! ¡para que la vayas á inquietar!

Por lo demás, en todos sus actos, en todas sus palabras, desde que habia recibido á los emigrados en su casa, Contreras habia manifestado un ardiente amor á la causa de la patria. « Por ellos, decia á Cámara, se habia arruinado desde la aventura de Talagante. Los godos habian sospechado su participación en favor de los patriotas. Sobre haber tenido que abandonar el pueblo donde ganaba más que en Santiago, porque allá era, á un tiempo, silletero y posadero, acá estaba siempre expuesto á las persecuciones de San Bruno, y si su compadre el cabo Villalobos venía á verlo algunas veces, era más bien para espiarlo y saber lo que pasaba ». Con todas las apariencias en su favor, pudo inspirar completa confianza á sus huéspedes, y Rodriguez le asignó el encargo de ir á sacar los caballos

que Beno debería tener prontos, y llevarlos al tajamar arriba á una cuadra de la cancha de gallos.

Los conspiradores se levantaron al día siguiente temprano. La inquietud en que habían pasado la noche por no haber visto llegar á Cámara, vino él mismo á calmarla en la mañana. Contó que lo habían hecho trabajar hasta las oraciones en la obra de las fortalezas del cerro de Santa Lucía. Era un método de ingeniosa economía, arbitrado por la autoritaria voluntad de San Bruno, para ejecutar aquella obra sin gravamen para el angustiado tesoro de la reconquista. Por si acaso lo seguían, Cámara no había vuelto á casa de Contreras cuando lo dejaron en libertad, y había dormido « en cualquiera parte. »

Manuel Rodríguez le explicó la comisión que le incumbía desempeñar. « Ir donde su madre y encargarle dejase la puerta de calle sin llave, previniéndole que Abel necesitaba sacar de ahí unos papeles en aquella misma noche. Debería también informarse si había en la casa una barreta ó cualquier otro instrumento que pudiese servir para desenterrar la caja que contenía el dinero ».

Cámara eligió la hora de la siesta para hacer su excursión. Por las calles, muy raros transeúntes buscando la sombra. Los vigilantes, soñolientos á esa hora de indiferencia y de paz, no tenían para qué ocuparse de un roto cualquiera que pasaba. Los perros, agobiados de calor, tendidos á través de las veredas, apenas entreabrían los ojos al verlo acercarse. Ña Peta, con más extrañeza que maternal emoción, le hizo una acogida cariñosa. Aquel hijo vagabundo desde la niñez, con su independencia de « potrillo chúcaro » según la comparación que desde temprano le habían aplicado prima Catita y prima Cleta, no había echado raíces en su corazón. Ella guardaba toda su ternura de mujer sencilla y buena para Juanito, para el caballerito que había crecido en sus brazos, bebido la leche que debió alimentar al otro, para el que la había doblegado á su capricho á medida que crecía, como hacen los niños de los ricos con las ovejas mansas que les traen á la casa para que se diviertan. Ña Peta se alegró mucho de saber que el patrón don Abelito había llegado de la otra banda y que vendría en la noche. No comprendía muy bien por qué tenía que andar oculto, puesto que no había guerreado contra los españoles; « pero á buen seguro que ella no le diría á nadie que el caballerito estaba en la ciudad ». Luego

contó sus penas á Cámara. «Al pobre Juanito querian volver á meterlo otra vez en la cárcel porque no pagaba lo que debia. Ella, de su salario de tres pesos al mes, le daba dos; pero, ¿para qué podria alcanzarle eso? Tenia que vestirse, que pagar alojamiento y que comer. ¿Cómo podria hacer todos estos gastos con lo poco que le daba el caballero?»

Cámara, sonriéndose, observó:

— ¡Y la *chupeta*, pues! Una *turca* es *superior* á veces, á todos nos gusta; pero, ¿para qué anda siempre borracho como uva?

— ¡Asi es, pues, casi siempre está borracho el pobre!

«Pero no era culpa suya, según el criterio de ña Peta. Si el patrón lo hubiese hecho trabajar desde temprano, tal vez no habria salido bebedor. Además, el pobre no habia tenido madre, y á buen seguro que no habia de hacer caso a los consejos que ella le daba desde mediano».

— En fin, lo cierto del caso, concluyó la vieja, enternecida, es que el dia menos pensado me lo meten otra vez en la cárcel.

No bien terminaba esa conclusión ineludible, el objeto de tanta solicitud entró en la pieza. Juan Argomedo elegia también la hora de la siesta para venir á ver á su *mama*, porque á esa hora entraba á la casa con la seguridad de que nadie lo veria. No se extrañó de encontrar á Cámara. Las ideas no se clasificaban con bastante claridad en ese cerebro trabajado por el alcohol. Cámara era su hermano de leche y no tenia nada de extraño que estuviese con su *mama*. Con tal que no viniese á pedirle plata, ¿qué le importaba lo demás? Juanito, desde su entrada, tomó muy poca parte en la conversación. Estaba sombrio, *amurrado*, como decia ña Peta, que conocia muy bien cuando *su niño* no tenia con qué beber. El calor del estómago quemado por el aguardiente, le daba en el estado lúcido, algo de la penosa mirada del pobre que pide limosna. Cámara se fué pronto. No queria que su hermano de leche pensase en él y se acordase que era un hombre perseguido y con la cabeza puesta á precio. Podia entrarle la idea de denunciarlo para salir de su forzada sobriedad.

— Un borracho es capaz de todo, se dijo con su experiencia de hombre del pueblo, acostumbrado á presenciar entre los suyos el delirio de la bebida.

Cuando Argomedo se encontró solo con su mama, salió

inmediatamente de la reserva que había mostrado en presencia de Cámara.

— ¡No le había dicho! ¡Si no pago mañana me llevan preso!

— ¡Qué estás hablando, niño! ¡Cómo te han de llevar!

— Lo que le digo, me llevan preso.

« Pero él no se dejaría tomar. Ya estaba cansado de andarse escondiendo como si fuese un ladrón. Puesto que nadie quería darle con qué pagar, en la noche misma se iría de Santiago; iría á juntarse con la banda de Neira y se haría salteador. Si lo pillasen lo fusilarían. Mejor era eso que andar siempre pobre como una cabra, con el gargüero seco como palo, y perseguido como perro rabioso ».

Ña Peta, espantada con aquel estallido de furiosa desesperación, trataba en vano de calmarlo.

— ¡Cómo te habías de ir, hijito, dejando aquí á tu mama! ¿Quién te cuidaría por allá? ¡Cállate la boca, niño!

« Él no necesitaba que lo cuidasen. Lo que necesitaba era plata para pagar y que no lo echasen á podrirse á la cárcel, en donde no daban más que agua sucia; plata para no andar muriéndose de hambre, y avergonzado de no encontrar un amigo que quisiera andar con él, nadie con quien echar un trago ».

— Y usted me podría sacar de apuro cuando menos. ¿Cómo no ha de saber dónde guarda la plata el patrón?

— ¡Jesús, hijito! ¡no éstés hablando esas cosas!

— ¿Y qué tendría, pues? Así yo supiese, no más, donde guarda la plata. ¿Qué, no es mi padre, acaso? ¿Entonces yo no puedo tomar la plata de mi padre, que es mia también?

Ña Peta encontraba que el razonamiento no carecía de lógica. Sin ideas acerca de la propiedad, pensaba que Juanito debía saber más que ella. Sobre todo, su desesperación le partía el alma. Argomedo repetía sus amenazas de sacrificio, sus amargas quejas del abandono en que ella lo dejaba. « Sin duda que quería más para el patrón que para él, que no tenía, ni había tenido más madre que ella ». Los razonamientos del borracho le martilleaban la conciencia, le ponían sobre el corazón un gran peñasco, un remordimiento de ser ingrata. Empezaba á pensar que sobre ella pesaba también el deber de auxiliarlo, « puesto que el pobrecito no tenía más madre que ella, como él decía ». Un

gran esfuerzo se hizo en su pobre alma de vieja compasiva, que no le gustaba ver á su hijo tan afligido.

— Vaya, vaya, no te desesperes tanto, le dijo por fin con el tono de consuelo que se emplea con los niños; no te aflijas así, voy á decirte un secreto.

— ¿Entonces sabe dónde hay plata?

— Quien sabe, pues; á mí me parece que debe de haber *por hei* plata escondida.

Argomedo la miró con avidez.

— ¡Pero no le *vais* á contar á nadie!

— ¡Las cosas suyas! ¿Qué me ve cara de leso? ¡Cómo habia de contar!

— Pero me has de jurar que no harás si no lo que yo te diga.

— Se lo juro y rejuro; ¡cómo no, pues! ¿qué no tiene confianza en mí, entonces?

Hablaba más claro que de costumbre, con la emoción de una grande expectativa inesperada. Era un cateador que cree haber encontrado la veta, después de catear largo tiempo sin esperanza. De repente brilló la llamarada de ambición fantástica que produce la idea de encontrar un tesoro. El fin de todas las miserias, para Juanito: ¡un barril inagotable de aguardiente!

Ña Peta le refirió entonces el secreto que guardaba en el fondo de su conciencia con su orgullo tranquilo de criada vieja que quiere á sus patrones; un secreto que á veces la despertaba en la noche llamándola, como las almas en pena de los cuentos populares, y le mostraba la varillita de virtud que le daría un tesoro para Juanito. Una noche, ya tarde, habia despertado, sintiendo retumbar golpes en el suelo, como si estuviesen cavando con una barreta. Al principio se le figuró que serian las ánimas, y no se atrevía á moverse.

— ¿Qué podría ser? Casi no podía resollar de susto, *mirá;* pero los golpes, suena que suena porción de rato; ¡qué moledera! que me dije, voy á ver, y me levanté calladita. En el patio conocí que los golpes los daban en el cuarto del carbón, y divisé que pasaba luz por la abertura de la puerta. Al tiro me fui á asomar, y ¿qué pensáis que fué lo que vi? ¡El patrón, hijito, con una barreta, haciendo un hoyo en el suelo, y misiá Luisa á su lado, teniendo la vela! Cuando el hoyo estuvo bien grande, metieron aden-

tro una caja y después la taparon con tierra y una porción de carbón.

— ¡Plata! ¡seguro! exclamó Juanito radiante.

— Cuando menos, plata ha de ser, dicen que todos los ricos ahora entierran lo que tienen para que no se los quite el gobierno, por fuerza.

— ¿Y cómo no me había dicho nada? Mama, ¡buena cosa!

— ¿Para qué, te decía? ¿para que fueses á sacar la caja?

— ¿Y á usted que le importa, pues? ¿Qué, se la han dado á guardar, acaso?

— No, pues, nadie me la ha dado á guardar.

— Y entonces, pues...

La conclusión, para ambos, era irredargüible. Él, como hijo de don Jaime, tenía perfecto derecho de hacer uso, en un caso como aquel, de lo que pertenecía á su padre, á su padre que no era casado, que no tenía hijos.

— Y que me tiene á la cuarta de puro *coñete*, fué el último argumento de Juanito.

En el alma de la vieja, la tribulación volvía á turbarla con el arrepentimiento de haber hablado. Al ver la extraña luz que la codicia encendía en los ojos de Juanito, ojos de ebrio consuetudinario, sin lustre, como un espejo empañado, ña Peta tuvo miedo. Para tranquilizarse se aferró á la la verdadera razón que había en un instante de angustia, borrado enteramente sus escrúpulos de vieja honradez inmaculada.

— No estés pensando que te habría contado nada, si Cámara no hubiera venido ahora á decirme que va á volver esta noche. Estoy segura que viene á sacar la caja, porque me estuvo preguntando si había barreta.

Este era el temor que había vencido sus vacilaciones. Mil veces, apiadada de las lamentaciones de pobreza con que la abrumaba Argomedo, habría podido ceder á la conmiseración de su cariño y revelarle el secreto; pero siempre había resistido á esa idea como á una tentación «del enemigo malo». El temor de que otro se llevase el tesoro desbarató sus propósitos de severa honradez.

— Entonces, mama, vamos á sacar la *guaca*, no sea tonta, yo le daré la mitad de lo que encontremos.

— ¿Y para qué me sirve la plata? exclamó la vieja, con

su desinterés de perro fiel; ¡yo qué me había de ensuciar las manos con lo ajeno!

— Si no es ajeno, mama, no esté hablando: lo de mi padre es mío, ¿no ve? ¡Cuándo menos iba yo á dejar que se lo llevasen otros!

Esta inquietud le hizo redoblar su exigencia. Quería que ña Peta le mostrase inmediatamente el entierro, para sacarlo, antes que viniese Cámara á llevárselo. Pero ella se armó de energía. «Las otras criadas podrían verlos y decírselo á las señoritas, á misiá Catita y misiá Cleta. Solamente consentía en que Argomedo viniese en la noche, temprano. Entonces le señalaría el lugar del entierro. Cámara le había dicho que él llegaría tarde, como á las diez, de suerte que tendrían tiempo de sobra».

— Como el patrón se fué esta mañana para Melipilla, y las señoritas se duermen temprano, nadie podrá sentirnos. Pero desde ahora te digo, *mirá:* si hay plata en la caja, no te dejo sacar más que lo preciso para que pagues lo que debes; lo demás se lo guardaré yo misma al patrón y le contaré lo que hemos hecho. Si no me juráis que te contentáis con eso, no te muestro nada tampoco.

Era esta su composición de conciencia. Así salvaría á Juanito sin que pudieran decir que habían robado. Juanito tomaría parte de lo suyo. Argomedo reiteró sus juramentos en todas formas. Reñido hacia largos años con todo género de escrúpulo, saltaba sobre el obstáculo que le ponía ña Peta, con la facilidad con que saltan los niños las rayas que hacen sobre el suelo para sus juegos.

Tampoco detenían á Contreras á esa hora los escrúpulos de conciencia. Con el pretexto de ir á dejar unas silletas á un parroquiano, se había ido á la casa donde Marica, gracias á la sencilla operación de haber echado el fruto de su amor al torno de la casa de huérfanos, ganaba como ama de leche, cinco pesos al mes. Salario enorme en aquel tiempo, del que el buen silletero se cogía la mejor parte. Como padre del ama, él tenía pleno derecho de visitarla cuantas veces quisiese.

— Te vengo á contar una cosa.

En el corredor del primer patio se sentaron sobre los ladrillos, á la sombrita, á conversar.

— ¿Sabes que ño Cámara está aquí?

— Que esté, pues; ¡á mí qué me importa!

Desde que le había dicho una de las otras criadas: «*hei*

te busca tu padre », Marica sospechó que venía á hablarle de Cámara. Había sido entre ellos una especie de convenio, en los días tristes del abandono, que se vengarían del « pícaro roto ». Era el tiempo en que rugía en el alma de Marica al principio del tardo arrepentimiento, esa amarga acusación de odio femenil contra la ley de vida, que hace pesar sobre el ser más débil las consecuencias de la falta. « El pícaro roto se ha mandado cambiar muy suelto de cuerpo, pero me la ha de pagar ». Era su continuo pensamiento, estimulado por Contreras, que después de haberle dado « una buena vuelta » al percibirse de su embarazo, comenzó á pensar que el « vender » á Cámara, apenas descubriese su paradero, sería una venganza muy justificada y sobre todo, productiva. La desdeñosa respuesta de Marica lo dejó desconcertado. « Y que esté, pues; ¡ á mí qué me importa ! » ¿Cómo habría podido él con su ignorancia de patán divisar en ese complicado laberinto de un corazón de mujer, la transformación del sentimiento? Otro ser misterioso en su propio ser, con sus llamamientos lejanos, iluminaba la noche de su alma de ignorante, revelándole que hay un amor más grande que todas las ambiciones, que todos los deberes, que todos los rencores. Una brisa ligera, como la que al fin del vendaval que desgajó las ramas, besa y tranquiliza, con caricia suave, las hojas agitadas, había barrido de su pecho el rencor del abandono. En su seno de madre el orgullo instintivo de dar existencia á otra existencia, la intuición confusa de un deber superior de protección y de ternura, segó la planta espinosa de la venganza. Marica sintió todo esto sin conocerlo ni analizarlo, por supuesto. Su naturaleza inculta de hembra robusta pasaba por estas transformaciones morales sin saberlo, como marca el metal bruto las variaciones del tiempo por la oculta influencia de la presión atmosférica. Después, el gran drama, tan solemne en el rancho como en el palacio, de la entrada de un nuevo ser al mundo de los que sufren, que viene á buscar su parte de dolor en el universal patrimonio. Luego un enternecimiento de lástima inconsciente, y la *guagua* arrancada del regazo materno, como se corta el fruto para que prospere la planta, como arrancan á la perra los perritos que acaba de dar á luz, y echado al *torno*, al oscuro resumidero de ternuras maternales vencidas por la necesidad ó por la vergüenza. Con la melancolía lenta de ese gran naufragio de su materni-

dad, la presencia de Cámara fué la mano del magnetizador que despierta á la hipnotizada. La sacó de su aturdimiento silencioso, de su tristeza aislada de ave enferma, á la que han robado el nido. Se sonrió con la imperiosa sensación del consuelo que empuja á una nueva vida y abre de par en par la puerta á la alegría.

No quería que su padre supiese que lo había encontrado, y lo dejó hablar para saber dónde vivía el rotito. Inquieta de haberlo visto llevar preso sin que hubiese alcanzado á decirle dónde estaba ella sirviendo, la idea de la ocasión perdida la tenía en gran mortificación. Su *taita* que le hablaba de Cámara, la sacaría de la duda.

Contreras se indignó de su indiferencia.

— *Ei* es, ¿entonces ya no estás enojada con él? ¡bonita cosa!

— Como no; pues, enojada estoy siempre.

Había llegado el momento «de ajustarle las cuentas», dijo el hombre con tono persuasivo.

— Tú sabes que han ofrecido doscientos pesos al que lo entregue: ganemos los doscientos pesos, y así también lo castigamos por su picardía, sin correr riesgo ninguno.

Marica no contradecía. Miraba á su padre con curiosidad, viéndolo usar de reticencias, como alguien que se aproxima en las puntas de los pies para no despertar al que está dormitando. Le recordaba lo que ella había dicho en sus días de rabia, le mostraba el goce de la venganza de hacerle pagar al pícaro roto la satisfacción de que «no se quedase riendo de ella como si fuese una tonta».

— Sí, pues; ¿pero donde quiere que lo halle, pues?

— ¿Dónde? Yo te diré. Esta noche Cámara va á dar un golpe, no se dónde, con el patrón Abel, con don Manuel Rodríguez y el mayor Robles, ¿no te acordáis del Mayor? Aquel viejo que llegó con Cámara á casa, en Talagante. Yo voy á esperarlos con caballos, al tajamar arriba. Seguro de que de ahí se mandarán cambiar quien sabe á qué parte y no los volvemos á ver más. Adiós doscientos pesos, si no lo denunciamos mañana mismo.

— *Y diei* pues, ¿qué quiere que haga yo?

— Que salgas conmigo ahora y nos vamos del lado del cuartel de Talaveras. Entonces entras vos donde el capitán San Bruno y le avisas lo que pasa.

Era la combinación que había encontrado «para tirar la piedra y esconder la mano». Á Contreras no le gustaba

correr peligros y prefería que Marica hiciese la delación. Él recogería después los doscientos pesos...

— Le dices al Capitán que los denuncias porque estás picada con Cámara, que te ha abandonado sin dejarte un cuartillo siquiera.

Pero ella se negó redondamente. « No podía salir de la casa, observó. Prefería que Cámara se fuese. Estaba segura que si lo tomaban los godos, era hombre muerto, y si lo abaleaban por ellos, vendría á tirarlos de las patas después, en la noche. »

— No se meta, *taita*, mire, no sea que lo tomen preso á usted también.

El silletero pareció convencerse. Marica predicaba el olvido.

— ¡Tanta *alaraca* también! ¡como si yo fuese la primera á la que le pasan esas cosas! Tan pocas amas que no hay todos los dias, y toditas solteras, ¿no ve que á los ricos no les gustan las amas casadas? ¿qué quiere pues? no hay más que conformarse. *Nunca falta un roto pa un descosío.*

Citaba ejemplos de las *conocidas*, nombre con que en el pueblo se designa á los amigos. La estadística de Marica pintaba con brocha gorda, ese estado social que ni los esfuerzos de la iglesia, ni la pretensión moralizadora de la instrucción de las masas populares, consigue modificar. Una fatalidad de la especie, de las promiscuidades del rancho y del cuarto *redondo*, fatalidad convertida en industria, á la que el ogoismo de las clases privilegiadas abre un mercado. « ¿No ve que á los ricos no les gustan las amas casadas, pues? » Ella pertenecia á ese rebaño de *criadoras* de niños ricos, de las que el buen salario, la comida abundante, el caldo siempre pronto, las dulzuras del ocio y de la pereza preparan la reincidencia, mientras dura la posibilidad de tener hijos.

— ¿Qué tiene que admirarse, pues? á toditas nos pasa lo mismo, volvía á decir, y así no más es mejor. ¿Qué saca una con casarse? ¿que el marido se emborrache y le dé de palos á una en lugar de darle de comer?

La reflexión le había dado esa filosofía. Los argumentos del silletero no encontraban eco en esa conformidad de esclava que obedece á su destino, en ese fatalismo resignado de mujer del pueblo que no se ha emancipado todavía, ante su dominador. Lejos de [illegible]r vengarse de Cámara,

empleaba el maquiavelismo ingénito de su sexo para inclinar á su padre hacia una reconciliación.

— Bueno, pues, si no *queris*, no hagamos nada, dejémoslo así. Yo lo hacía por ti solamente: ¿y á mí qué, pues?

Con esa expresión concisa se despidió el silletero. Pero su afectada indiferencia no engañó á Marica.

— Seguro que lo va á vender, pensó preocupada.

Contreras, sabía donde encontrar á su viejo compadre, al cabo Villalobos. En el camino preparó su cuento. « En una chingana, la noche anterior había *topado* con Cámara y puéstose á beber con él. Cámara estaba ahí con otros hombres que parecían caballeros y se llevaban hablando en secreto. Él no había podido oirles lo que iban á hacer; pero como lo creían patriota, lo habían conchabado para que fuese á esperarlos con caballos ensillados, que hallaría á eso de las diez de la noche, en el tajamar arriba. Así podrían pillarlos como ratones ». Con su habilidad de hombre ladino bordó sobre esa trama coloridos detalles, que le daban completa verosimilitud. Desde el principio exigió secreto sobre su nombre. No quería que se supiese que el denunciante era él. Así podría seguir sirviendo la causa del Rey, sorprender los secretos de los patriotas que lo creían insurgente, como ellos.

— De los doscientos pesos, compadre, yo le daré hasta veinticinco; ¡vaya!

Villalobos corrió al cuartel y dió á su capitán San Bruno la inesperada y estupenda noticia.

LV

No obstante la transparencia de la atmósfera en aquella límpida noche de diciembre, serena como un lago en calma, sintió Abel Malsira una impresión de vago terror, al encontrarse al pie de la pared, con sus tres compañeros, dentro del huerto de su casa. Cámara los había guiado por el solitario callejón que limitaba el huerto por el sur. Los había hecho subir uno á uno la pared, sirviéndoles sus hombros de escalera y prestádoles después igual servicio para bajar. Se hallaban en el mismo punto donde un año antes había favorecido la fuga del coronel Laramonte.

Alpe, en el patio, había ladrado ya una vez. Un saludo de bienvenida, según Cámara. En el corazón de Abel resonó el ladrido como una canción del tiempo pasado, «del que fué mejor», según el poeta. Cámara y el mayor se secreteaban como dos niños alegres que van á hacer una diablura. La idea de un combate con los guardianes de la casa los ponía de muy buen humor. Manuel Rodríguez dió sus instrucciones en voz baja. «Avanzarían hacia el patio. Alpe, sin duda, se pondría á ladrar. Abel, se quedaría atrás para evitar la posibilidad de que el perro lo reconociera y se calmase. Era menester, al contrario, exasperarlo y esperar. Como debía suponerse que los que guardaban la casa serían hombres de valor conocido, habría gran probabilidad de que con la alarma dada por Alpe, vendrían á explorar el campo. Ellos, entonces, que sa habrían agazapado junto á la pared, les caerían encima por detrás, apenas entrasen al huerto. Si los soldados no vinieran, entrarían ellos al patio y seguirían hasta encontrarlos.»

— No hay que herirlos si no es necesario, dijo el joven, dirigiéndose principalmente á Cámara. Contentémonos con amarrarlos.

— Pero si salen chúcaros mi mayor les echaremos bozal para que se estén callados, dijo Cámara al oído de Robles, mientras caminaban hacia la puerta que daba al patio.

El Mayor aprobó con la cabeza. Desde Rancagua había jurado que no daría cuartel.

— ¡Cuándo menos los vamos á tratar como niñas bonitas! agregó Cámara.

Abel los vió alejarse y siguió á cierta distancia. Esa marcha era para él una evocación de fantamas. Los tres duraznos, vecinos de la puerta, las matas de palqui, la higuera allá en el rincón lejano, tomaban formas misteriosas de seres que han vivido, que estaban ahí, como guardianes de los recuerdos de su infancia. La cicuta, en tupido bosque á lo largo de las paredes, formaba una sombra misteriosa de horizonte oscuro, como presagio de nuevas desgracias. Todo le parecía cubierto con la tristeza de la muerte, condenado á oscuridad perpetua. Las sombras fantásticas de amenaza ambiente, de inmovilidad traicionera, que presta la noche á los objetos, envolvía el limitado paisaje en un sudario oscuro de Parca informe.

Pero Alpe se había puesto á ladrar con furia, al ruido

que hacia Cámara raspando la puerta con su cuchillo. Los ladridos, lentos al principio, fueron marcando con graduaciones de tono y de frecuencia, la proximidad del peligro. Era un diálogo extraño del perro con las sombras y con los ruidos lejanos, con las vibraciones de su propia voz repercutida por el vacío y el silencio de la noche. Al cabo de un rato, las previsiones de Rodríguez empezaron á realizarse. Oyeron el ruido de puertas que se abrían, de pasos que resonaban en el patio. Pudieron ver, por las hendiduras de la puerta, á los dos soldados, que avanzaban con sable en mano, resueltos á explicarse la causa de la exasperación con que Alpe seguía ladrando.

— Atención, dijo Rodríguez, con voz apagada.

El Mayor y Cámara, con puñal en la diestra, con la manta sobre el brazo izquierdo cubriéndoles la mano, parecieron incrustarse en la pared. Las altas matas de cicuta los ocultaban casi completamente. La llave torció en la chapa con la aspereza del fierro mohoso y la puerta se abrió, rechinando. Abel tuvo apenas tiempo para esconderse tras de una mata de palqui. Los dos soldados se detuvieron en el umbral, explorando la trasparente sombra con la vista. Alpe daba un ladrido á cortos intervalos. Medio tranquilizados con la quietud del huerto, los dos hombres avanzaron en busca de lo que podía causar la insistencia de los ladridos. Cuando habían andado algunos pasos, Rodríguez y Cámara se desprendieron de la pared, con la velocidad de un proyectil lanzado por una honda. El pasto amortigüó el ruido de la carrera, y antes que los guardianes hubiesen podido oirlos, los dos jóvenes, saltando sobre ellos por la espalda, les cubrieron vigorosamente la cabeza con sus mantas. Al mismo tiempo el Mayor y Abel acudían. Cada uno de los soldados quiso gritar; pero sus voces, ahogadas por el espesor del tejido que les cubría el rostro, apenas se percibieron en torno de ellos. El ataque había sido tan imprevisto y rápido que ni uno ni otro acertaba á hacer uso de su sable. Malsira y Robles cogiéndoles cada cual los brazos por la espalda, los inmovilizaron. Hubo un momento de esfuerzos para desarmarlos.

— Estoy dado, dijo uno de los hombres, sin hacer más resistencia.

El otro grande y vigoroso, hacía violentos esfuerzos para desasirse de los que lo sujetaban. Cámara, que le mantenía su poncho sobre la cabeza, fingía tranquilizarlo con el

ruido que hacen los arrieros, por medio de los labios entreabiertos y los dientes cerrados, para calmar una cabalgadura espantadiza.

— «Chito» «chito», pronunciado de una manera especial, en que casi no suena la última letra. Luego añadia, en voz baja, respetando el silencio que habia reinado durante aquella escena de un instante.

— Chúcaro nos ha salido el manco, mi Mayor.

Rodríguez intervino entonces.

— Si no se rinden ustedes á discreción son hombres muertos.

— Yo estoy dado, repitió el que no se defendia, dejando caer el sable sobre el pasto.

— Si yo pudiese ver, les vendería cara mi vida, dijo el otro, al que Abel habia conseguido ya impedir todo movimiento.

— ¿Y quién te la quiere comprar hombre, si la *tenimos* aquí de balde? le respondió Cámara, con sorna.

La operación de amarrar las manos á los dos prisioneros no fué larga. Habian traido cordeles con ese objeto.

— Ahora vamos á la casa, dijo Manuel Rodríguez.

Habian descubierto el rostro á los soldados y los hicieron marchar delante de ellos. Á más de las ligaduras de las manos, les pusieron maneas de cordeles á los pies, que los hacían caminar con dificultad. El soldado que más fácilmente se habia rendido, marchaba con el aire de estoica indiferencia y araucana soberbia, que los hombres del pueblo en Chile oponen á los contrastes y hasta á los más graves peligros. El otro tenía el aspecto de sombría tenacidad de uno que es capaz, como él mismo habia dicho, de vender cara su vida. Por causa de las maneas, la marcha se hizo con lentitud. Aquellos hombres, caminando en la oscuridad, silenciosos, los prisioneros adelante, escoltados por los cuatro patriotas, formaban un grupo siniestro, al que la sombra daba su misterio de tragedia inminente.

En la gran sala encontraron luz. Los guardianes habian dejado allí una vela encendida al salir para el huerto. Cámara buscó otras velas, de las que una tomó Rodríguez. El tribuno dispuso que el Mayor y Cámara quedarian en la sala para custudiar á los prisioneros y salió con Malsira, en busca de la pieza donde debian encontrar el tesoro.

Abel atravesó un cuarto tras otro guiando á Rodriguez.

La violenta emoción que le oprimía el pecho le quitaba casi la conciencia del objeto de aquella excursión nocturna, en esa casa que le parecía un cementerio.

Los más puros afectos de su vida estaban ahí enterrados, y le enviaban al pasar su lamento de cosa inerte, depositaria de esos pedazos del alma, que son los recuerdos. El abandono de cada estancia tomaba forma material, se encarnaba en alguna de las personas de su familia con el rostro cubierto por espeso crespón, en un llanto inconsolable de separación eterna. « Todos los muebles, todos los objetos que en la vida de familia llegan á tener una personalidad, habian estado ahí, en esa misma inmovilidad, en medio de ese mismo silencio de bóveda fúnebre, mientras él sufría lejos de los suyos ». La cruel fatalidad de la marcha inexorable del tiempo, de esa corriente que no remonta jamás, que pone entre un minuto y otro minuto el abismo de lo imposible, no habia pesado nunca todavía en su alma joven como pesaba en aquel momento lúgubre, con esa opresión de mundo que se desploma. La sensación física de aire encerrado que le oprimía la garganta, avivaba lo punzante de su dolor, lo acosaba con su perfume rancio de indefinible tristeza, era una especie de nota que ligaba en su imaginación el pasado al presente, haciendo desaparecer el tiempo intermedio trascurrido ». ¡ Aquel era el hogar doméstico, el nido de los afectos que dejan el sabor de la miel ! ¡ La persecución y la muerte habian convertido en oscura noche el resplandor de aurora que lo iluminaba en otro tiempo ! »

Habría querido arrojarse sobre cualquiera silla, sumirse en su inmensa melancolía y verse vivir en la vida pasada, para recoger sus emociones de entonces, como recogen prolijos los pobres las espigas de trigo que dejó el segador en el campo, al levantar las gavillas. Pero el temor de parecer pueril y débil en presencia de aquel mozo inflamado por la idea de la lucha comenzada, le dió bastante fuerza para resistir el empuje de esa oleada de sentimentalismo.

Al llegar á la estancia donde se hallaba el entierro, Abel, en silencio, el rostro pálido del combate interno, señaló con un movimiento rígido de la mano :

— Es ahí.

Manuel Rodríguez empuñó la barreta que habian llevado y empezó á cavar con ardor.

— Tú vas á ver que soy muy buen barretero. Siéntate y me verás trabajar.

Rodriguez adivinaba el drama de dolor en el pecho de su amigo, y queria, mediante un tono festivo, distraerlo con la realidad, dejando el pasado al pasado. Los golpes de la barreta resonaban en los oidos de Malsira como si su compañero estuviese cavando una fosa.

— Lo que hacemos aquí no es sino un trabajo preliminar, después desenterraremos el alma de la patria, dijo el revolucionario con acento de convicción, deteniéndose en su tarea.

Luego, añadió sombrio:

— Hay quienes ahogan sus pesares en el licor. Tú podrás ahogarlos en la sangre de los godos; ¡no te desalientes! La victoria tiene que ponerse del lado de la justicia.

Malsira reclamó su parte de trabajo, y tomando la barreta de manos de su amigo:

— Bueno, será por turno, dijo éste, favoreciendo el visible deseo con que Abel queria desechar sus recuerdos.

Mientras tanto, en la sala, el Mayor y Cámara no se resignaron al papel de simples carceleros. Habian hecho cuadrar militarmente en un rincón á los dos prisioneros. Ellos, en la otra extremidad, á media voz, decidian de su suerte.

— ¡Buena cosa, mi Mayor! que esté usted aquí como carcelero cuidando á estos dos godos.

— ¿Y qué quiere que hagamos con ellos, asistente? No los hemos de soltar.

— ¡Soltarlos, mi Mayor! ¿usted cree que si los godos nos pillasen á nosotros, no nos despachariau en un dos por tres?

— ¡Oh! eso es seguro. Si siquiera estos dos pudieran intentar arrancarse, les aplicariamos la ordenanza «artículo 17 titulo 7 «y en caso de huir, entonces dando con esto fundado motivo de sospechar que es persona mal intencionada, le hará fuego». ¡Pero estos picaros están tan amarrados! añadió suspirando.

Cámara insistió en sus argumentos. «Era una vergüenza que su Mayor estuviese de carcelero, en lugar de estar de juez y de mandarle «que él les diese á los godos su pasaporte para el otro mundo», fueron sus expresiones. «¿Acaso habian atravesado para eso la Cordillera? ¿Acaso estaban para exponer su pellejo por cuidar godos? ¡Cuándo menos

también tendrían que darles de cenar si no habían comido todavía! »

— ¡Tanta lástima que nos tuvieron en Rancagua los bribones! ¡Mucho que les costó quemar á los prisioneros y á los heridos patriotas! ¿Y lo de la cárcel mi Mayor, le parece poco? ¡Matar á tanto caballero patriota que no podía defenderse! ¡Bonita la guerra que hemos venido á hacer aquí, mi Mayor! Usted me ha dicho siempre que después de lo de Rancagua y lo de la cárcel, ¡guerra á muerte!

— Sí, guerra á muerte, pero estos hombres están amarrados, objetó Robles.

Encontraba irredargüible la lógica de su asistente, y quería defenderse contra su propia inclinación á no dar cuartel.

— Soltémoslos, entonces, mi Mayor, y *peliemos* con ellos cuerpo á cuerpo, á puerta cerrada.

Robles encontraba tentadora la proposición; pero no se atrevía á aceptarla. Los ojos de Cámara brillaban con el ardor de la pelea.

— Sería una fanfarronada, asistente, dijo el Mayor para calmarlo.

Pero Cámara no comprendía cómo teniendo dos godos en su poder, estaban ellos « mirándolos como si fuesen niños Jesuses ».

— Entonces, no hay más que el juicio sumario, mi Mayor, si no quiere que después los mismos godos se rían de nosotros.

El juicio sumario era una invención de Cámara adoptada por el mayor Robles, bajo su propia responsabilidad. En la contienda hispanoamericana, el encarnizamiento de la lucha había encendido entre los combatientes un odio ciego de razas. El dominador se llamaba « español-europeo », para los americanos, el godo; el oprimido era « el perro insurgente ». Un furor de exterminio, más bien que una noble aspiración de victoria, arrojaba á un bando contra otro bando. Las prácticas de la humanidad de la guerra civilizada, muy escasas entonces todavía, eran sólo á los ojos de los beligerantes una ficción filosófica, apenas aplicable en guerras internacionales. Aquí, la ley que únicamente podía afianzar el triunfo, era la de muerte. Los prisioneros, por lo general, cuando eran tropa, formaban un estorbo en la marcha, imponían la necesidad de debilitar las fuerzas activas para custodiarlos. Respetarlos, era

conservar combatientes que el enemigo vendría pronto á emplear en ese vaivén incesante de victorias y de reveses que se sucedían en cada campaña, como fenómenos naturales, en ejércitos igualmente bisoños de uno y otro lado. En uno de los últimos encuentros que precedieron á la defensa de Rancagua, el mayor Robles se había visto con cuatro prisioneros, en momentos en que era preciso retirarse combatiendo ante las fuerzas superiores del General español.

— Yo que usted, mi Mayor, le había dicho Cámara, *afusilaba* al tiro á los que sean godos; los que sean chilenos, seguro que quieren pasarse á nosotros.

— Los cuatro dirán que son chilenos, observó el Mayor, perplejo.

Cámara propuso entonces un arbitrio práctico, más seguro que una declaración jurada.

— Hágalos decir: «Francisco», mi Mayor, y al que pronuncie como godo, bala con él.

Esto es lo que el Mayor había llamado después juicio sumario. Era el método que Cámara le aconsejaba emplear con los dos soldados guardianes de la casa confiscada. Sin estar decidido á llegar hasta el último extremo, Robles sometió á los prisioneros á la prueba:

— Avancen ustedes acá, ordenó, sentándase delante de la mesa del centro, donde ardían las velas.

Los hombres, andando con dificultad á causa de las maneas, llegaron hasta cerca de la mesa.

— Á ver, diga usted: «Francisco».

Se dirigía al soldado que no había hecho resistencia para rendirse. El hombre no comprendió aquella orden singular y fué preciso que el Mayor le repitiese:

— Diga usted Francisco.

— *Fransisco*, pronunció el soldado con la *s* de la pronunciación chilena.

El otro prisionero, sometido á la misma prueba, pronunció á la española:

— Francisco.

— Este es godo, ¿no ve lo cerrado que habla? exclamó Cámara, pensando que su Mayor lo condenaría á muerte sin vacilar.

En el viejo Robles, entre tanto, su odio feroz á los vencedores de Rancagua y un sentimiento de hidalguía guerrera, se combatían. Para ocultar al asistente sus vacila-

ciones, interrogaba á los prisioneros, ganando tiempo. El chileno era de Chillán, un hombre del campo, de esos arrastrados por el torbellino de la guerra, contra su voluntad, como las hojas secas que el furioso viento arranca y envuelve en su giro de vértigo. El otro era soldado de Talavera. En su calidad de europeo, miraba con desprecio á los colonos indígenas.

— Cuando menos que vos *tenís* cola, como el diablo, le dijo Cámara, al oir al hombre jactarse de su nacionalidad.

— Si no estuviese amarrado, me tendríais vos más respeto, replicó el español con altanería. Ustedes nos han cogido á traición, agregó.

— Déjeme mostrarle, mi Mayor, que no le tengo miedo, suplicó Cámara enfurecido.

Robles aprobó con la cabeza. La sangre se le había agolpado al cerebro con la idea de que un godo pudiera acusarlos á él y á su asistente de cobardes.

Cámara cortó violentamente con su cuchillo las ligaduras que sujetaban las manos y los pies del Talavera. Luego, arrojándole á los pies uno de los sables:

— Aquí vais á ver lo que es un patriota. Tengo para ti y para todos los pícaros godos, ¿qué estáis pensando?

El soldado español recogió su arma y se puso en guardia. Delante de él, con el brazo izquierdo envuelto en el poncho, el puñal nerviosamente aferrado por la mano derecha, el rotito se había plantado en actitud de combate. La mirada, aguda como la punta de su cuchillo *belduque*, parecía buscar el punto donde clavarlo. Los labios apretados por una contracción de la voluntad de matar, amenazaban. Los dos hombres se contemplaron así unos segundos. Impasible sobre su silla de juez, el Mayor los miraba como habría mirado á dos gallos á punto de embestirse.

Cámara tomó pronto la ofensiva y el combate se trabó con igual furor por ambas partes. Sin la manta que le cubría el brazo, el rotito habría recibido un furioso golpe de filo á la primera embestida. Con la esperanza de concluir de un solo golpe, como en otras luchas á cuchillo había hecho ya, se había arrojado sobre el Talavera con demasiada precipitación, sin cubrirse bien la cabeza con el brazo, y la punta del sable le hizo un rasguño en la frente. Entonces se puso precavido y acudió á su táctica de agilidad, en vez de atacar á fondo. Se sentía al frente de un adversario

digno de él, que enardecía su ardor con la resistencia. « Así me gusta que un hombre se defienda », dijo con aire alegre, al sentirse herido. Una riña en que el enemigo manifestaba miedo lo desilusionaba, carecía para él de la embriaguez salvaje de la pelea, del sanguinario desvanecimiento de dar y recibir puñaladas. Desde ese momento el combate fué un esfuerzo desesperado del español para evitar los golpes que Cámara descargaba sobre él, atacándolo por uno ú otro flanco, multiplicándose con una rapidez aturdidora de movimientos. El español no se apartaba de la pared. Había conocido desde el principio que el descubrir la espalda delante de aquel roto endemoniado, que tenía la agilidad del gato, cuyos ojos despedían rayos de luz, como los de ese animal cuando está enfurecido, era la muerte segura. Esa idea le impedía tomar á su vez la ofensiva, que casi siempre lleva á la victoria. Empezaban, entre tanto, ambos combatientes á sentirse cansados, más bien que por la duración de la lucha, que apenas era de algunos minutos, por la tensión nerviosa de la situación misma, en que uno y otro sabía que jugaba la vida. El español divisó lucir una esperanza. La puerta de la sala que daba sobre el corredor del segundo patio estaba abierta. Escurriéndose poco á poco hacia ella podría entonces confiar su salvación á sus piernas, seguro de que el roto patriota, cansado como debía estar con sus saltos y carreras, no podría darle alcance. El ansia de salvación lo hacía sentirse corriendo por el patio, por la huerta y trepando sobre la pared con una ligereza desconocida, de esa que hace dar alas para volar, en el sueño. Paso á paso había ido acercándose á la puerta, sin descuidar la defensa, arriesgando algunos mandobles audaces, que eran barajados siempre por el rotito con el brazo, y seguidos de una violenta réplica. Dos ó tres veces la punta del puñal de Cámara lo había tocado ya ligeramente. Pero el agresor había comprendido la maniobra de la defensa, y lejos de contrariarla, la favorecía. De este modo, el español, con más facilidad de la que esperaba, llegó á la puerta, y encontrando el vacío de la salida, quiso emprender la fuga. Cámara que esperaba ese instante, se lanzó sobre él de un salto, en el momento en que el otro dió la espalda, y le clavó el *belduque* con tremenda fuerza, atravesándole el pulmón. El español abrió los brazos y cayó al suelo. Por la herida un borbotón de sangre cubrió los ladrillos.

— Ya cayó uno, exclamó el rotito triunfante.

El Mayor, con la vela, vino á alumbrar al hombre y lo vió en la agonía. Pocos momentos después entraban á la pieza Rodríguez y Malsira con la caja que habían desenterrado.

El Mayor, tranquilo y grave, como si diese cuenta á su Jefe de una ocurrencia de cuartel, les refirió lo ocurrido. Cámara, satisfecho, limpiaba su *belduque* con un pañuelo que había sacado del bolsillo del español, muerto ya. Mientras Rodríguez, en tono amistoso, calificaba el hecho de « imprudencia que no debía cometerse otra vez », Abel miraba el cadáver con aire sombrío, sin emoción aparente. Aquel hombre era tal vez de los que habían participado en los asesinatos de la cárcel. ¿Qué compasión podía tocar su alma enlutada, delante de ese muerto, cuando aquella lividez y aquella sangre evocaban en su memoria el pálido rostro de su padre?

— Un godo menos, patrón, le dijo Cámara al oído, que manden otro de *Goda* para reemplazarlo; ya éste no sirve.

Goda era para él la tierra de los godos, el nido lejano donde se criaban los opresores de la patria, á los que habría querido exterminar como al que tenían á los pies en la inmovilidad rígida del cadáver, que ninguna inmovilidad de ser viviente puede igualar.

Entre tanto, no hay tiempo que perder, vamos andando, dijo Rodríguez.

— ¿Y qué hacemos con este hombre? preguntó el Mayor. Este es chileno.

El chillanejo pidió que lo soltaran; pero Rodríguez, temió que una vez en libertad pudiera ir á denunciarlos. Ordenó que quedase ahí encerrado con llave en alguna pieza. Al día siguiente, cuando vinieran del cuartel al relevo diario de los guardianes de la casa, sus compañeros lo pondrían en libertad.

— Después, te desertarás, si eres buen chileno, le dijo. Y si quieres servir á la patria, ándate á alistar en alguna montonera, no te faltará dónde.

— Preguntá por Cámara, le dijo el rotito, y yo te enseñaré á matar godos.

Se había quedado atrás y le envió estas palabras al cerrar la puerta, de la que torció la llave, silbando su canción de amor, con su contento infantil y feroz de cachorro de león, que se alegra con el olor de la sangre.

« Como dos que bien se quieren
Dos palomas se besaban »,

Y siguió cantando entre dientes, en vez de silbar:

« Y decía: ¡ buena cosa!
¡ Quién pudiera, quién besara! »

Cerró por fuera con llave la puerta de calle, y siguió á los demás, que se perdían ya entre las sombras, dispersándose, para reunirse en casa de don Jaime Bustos.

Ahí había llegado temprano Juan Argomedo, casi sólido sobre sus pies, fascinado con la idea del tesoro que lo había cogido como una fiebre, que le daba el delirio de una gran riqueza, la lujuria de una sed insaciable de alcohólicos, satisfecha hasta perder el sentido. Ña Peta lo esperaba, resuelta. « No se habían de llevar á su hijo, á su Juanito, á la cárcel ». La teoría de la comunidad de bienes entre él y su padre desarrollada por Argomedo, la había penetrado hasta acallar todos sus escrúpulos de vieja honrada y humilde. « Así tiene que ser, pues, cuando él lo dice. Juanito era un caballero y había estudiado. Él tenía que saber esas cosas ».

— Las señoritas, le dijo, están durmiendo, y para que nadie nos sienta, le di licencia á ño Pedro para que se fuese á pasear.

Ño Pedro era uno de los sirvientes, que quedaba bajo las órdenes de ña Peta cuando se iba el patrón de Santiago.

— Bueno, pues, vamos lueguito, dijo Argomedo impaciente, tomando la barreta que vió en un rincón.

La vieja lo siguió, alumbrando con la vela. Juanito se puso en el acto con gran ardor á la tarea de sacar el entierro del punto que le señaló ña Peta. Pero luego le flaquearon las fuerzas. Cuando pareció cansado, la vieja empuñó la pesada herramienta, y con un vigor casi varonil, siguió cavando. El entierro no era profundo. Don Jaime se había contentado con ocultar su caja bajo una ligera capa de tierra. La barreta no tardó en producir el sonido de hierro sobre la madera.

— ¡ Aquí está ! dijo la vieja, contenta con el resultado de sus esfuerzos.

Argomedo saltó sobre ella y se apoderó de la barreta.

— Eche para acá, mama, no vaya á romper la caja.

El bebedor se sentía de una lucidez completa. El ansia

de dinero, el sueño fantástico realizado, disiparon las brumas que nublaban su cerebro de borracho consuetudinario, como dispersa el sol, por la mañana, la niebla nocturna de las húmedas vegas. Con la solicitud de la madre que saca de la cuna al niño que ha despertado, Juanito sacó la caja del hoyo, con suavidad, meciéndola para ver si algo sonaba adentro.

— No suena; pero está pesada. ¿Cuánto le parece que habrá en la huaca? ¡Y el patrón que vendrá después á buscarlo! Nadie sabe para quién trabaja, mama. Bien hecho, ¿no le parece? ¿para qué es tan *coñete* conmigo? ¿para qué deja á su hijo en la miseria?

Con el cuchillo de la cocina, un gran machete de carnicero, forcejeaba por abrir la caja. Su locuocidad habia ido creciendo á medida que los clavos de la tapa cedian á la palanca, hecha del machete apoyado sobre el borde de la madera. De impaciencia por llegar al último clavo, su mano temblorosa de beodo gastado por el fuego del alcohol, se agitaba sobre la cacha del cuchillo con un movimiento de paralítico. Cuando, al fin, hubo abierto la tapa, sus dos manos tomaron posesión del contenido de la caja en actitud avarienta, palpando, con los dedos encorvados, como garras de ave de rapiña.

— ¡Es plata, mama! ¡yo tenia susto que fuese alguna otra cosa! alguna tetera vieja, ¡quién sabe qué! pero es plata, seguro, ¿oye cómo suena? y muy abrigadita que la han dejado.

Con alegría desbordante, brillándole los apagados ojos, galvanizado por la emoción del éxito, cortaba con el cuchillo la costura de la gran toalla vieja que envolvia el tesoro. En rollos de papel, metódicamente distribuidos por valores: pesos de columna, pesetas de *cara*, pesetas de cruz, reales y medios de *carita*, las monedas habian sido guardadas por solícita mano. El método de la clasificación, el cuidado con que los paquetes estaban dispuestos, arrancaban exclamaciones de admiración á Juanito. Llegaba á sentir un enternecimiento agradecido, no sabia si hacia su padre ó hacia el destino, que le habia conservado esa riqueza. Ña Peta, con tamaños ojos, lo veia contar. ¡Tres mil pesos!

— Nunca habia visto tanta plata; ¡bendito sea Dios, señor!

Un miedo de que alguien llegase sobrecogió á Juan, pasada la primera maravilla que lo habia ofuscado.

— Ahora, vámonos, mama, no vayan á pillarnos.

Á granel, con manos trémulas, encerraba las monedas en la caja, con la prisa de irse pronto, de ponerse á cubierto de los contratiempos que ve brotar por todas partes el que toca la ambición de toda su vida.

— Mejor es sacar aquí lo que tienes que pagar, hijito, y lo demás lo guardaremos otra vez aquí mismo para entregárselo al patrón.

— ¡Que está tonteando, mama! ¡se le figura que voy á á soltar la presa después de tenerla en la mano! ¡ni animal que fuera, pues!

Ña Peta se puso extremadamente pálida. Por su mente de limbo, en la que no habían resonado las pasiones, en la que el pensamiento se movía como con chancletas dentro del círculo de las obligaciones caseras, no había cruzado por un solo instante la idea de que Argomedo pudiese pretender apoderarse de todo el tesoro. Sus facciones arrugadas se descompusieron, acusaron un terror indefinible, como si hubiese visto surgir del suelo un fantasma amenazante. Un gran golpe en el corazón le advirtió que había cometido una falta irremediable.

— No te estés chanceando, replicó. Te dejaré sacar lo que necesites, y date á santo. Esa plata no es tuya ni mía, es del patrón.

— Sería del patrón; pero ahora es mía. ¡Déjese de tonteras! Tome la vela y vamos andando.

Argomedo apretaba la caja entre sus brazos, como para afianzar su posesión y se había retirado de ña Peta.

Ella se puso suplicante. «¿Con qué cara se presentaría al patrón si Juanito se llevase toda la plata? Lo que él sacase para pagar, para librarse de la cárcel, ella lo devengaría poco á poco con su salario. Pero lo demás debía quedar enterrado hasta que volviese el patrón. Él era su hijito, y no había de querer hacerla pasar por ladrona y que se muriese de vergüenza. ¡Así le pagaba lo que ella lo quería! Entonces ella le había dado de mamar, lo había querido más que su rotito, le había comprado bolantines y trompos cuando *medianito* y le había dado después casi todo su salario, para que quisiese ahora dejarla como una negra y abochornarla delante de la gente».

De los párpados enrojecidos, sobre las rugosas mejillas, corrían las lágrimas, dejando un surco grasoso en el fondo de las arrugas, un rastro húmedo que la vela hacía brillar como sobre el rostro de una Dolorosa pintado por algún

artista chapucero. Pero el mozo no se dejaba apiadar. Ese dolor de mujer impotente, despeñada de la altura de su ciego cariño, que le mostraba sus heridas, que le suplicaba con sus ingenuas ideas de honradez, no lo movia á compasión. «¡Qué gracia! ¡ella era una vieja rotosa que no tenia necesidad de nada! ¡Él era caballero y necesitaba plata! ¡Y ahora que la tenia, le habia de soltar!» Una mostruosidad, una aberración tan descomunal, no podia abrirse paso hasta su mente, embotada por el vicio; mucho menos hasta su corazón adobado de cinismo. El temor de ser sorprendido lo puso amenazador.

— ¡Bueno, pues! ¡con sus tonteras va á ser causa que llegue Cámara y nos quite la caja! ¡Buen *leso* soy yo también de hacerle caso! Quédese usted, pues, yo me voy.

Su amargo desengaño encendió en cólera el alma de la vieja. El resentimiento de la negra ingratitud le atravesó el corazón como una daga. Con la agilidad perdida de los veinte años, que la gran conmoción de aquel horrible despertar le devolvió de repente, se lanzó hacia la puerta. La sombria resolución de un inmenso rencor hacia fulgurar sus ojos.

— ¡*Mirá* picaro! ¿te figuras que te voy á dejar que te robes la caja? ¡Cuando menos! ¡No faltaba más!

Afianzando con el brazo izquierdo la caja contra el cuerpo, Juan dió de revés, con la derecha, un empujón á ña Peta.

— ¡Hágase á un lado, déjeme pasar!

— ¡Ni te dejo, ni te dejo! exclamó la vieja enfurecida.

Se trabó entre ellos entonces una lucha atroz. Ña Peta, gruñendo como un perro que otro más fuerte sacude con los dientes, se aferró de la chaqueta de Argomedo. Con un solo brazo el mozo no podia deshacerse de ella.

— ¡Suélteme, mire que le pego!

— Aunque me pegues, picaro ingrato! ¡no te suelto, no te suelto!...

Forcejeaban con imprecaciones ahogadas, con movimientos bruscos que los cubrian de sudor, que levantaban polvo del suelo ennegrecido por el carbón.

Con la vista torva, ardiendo en odio súbito, se devoraban ambos, admirados cada cual de la resistencia que el otro le oponia. El confundido del vigor de la vieja; ella de que el borracho pudiera tenerse en pie. Sin ser supersticioso, Juan tenia miedo frente á ese ser extraño, transtigu-

rado por la furia, convertido en un atleta airado, que lo sacudía como un árbol del que quiere hacerse caer la fruta, evocando al mismo tiempo el infierno y el diablo en su auxilio; que lo anatematizaba con el castigo del cielo y la maldición eterna, con acentos de profecía aterradora, segura de su infalibilidad de vieja bruja. La voluntad indómita de la raza araucana en un empuje de desesperación, había dado á ña Peta una fuerza de hombre, que Argomedo no le sospechaba. Al empujarla se había figurado que aquella masa de carne floja, sin consistencia, cedería como cosa inerte; que vencida por el dolor de su ingratitud, habría caído al suelo y pedídole perdón de su osadía. Pero lejos de eso, la resistencia crecía por instantes. Los sacudones, acompañados de furibundas amenazas proferidas con la voz jadeante, se sucedían, se ligaban unos en pos de otros sin interrupción, iracundos, como en una lucha á muerte. Juanito, después de algunos minutos se sentía ya exasperado. Una intensa cólera llegó á inflamarlo.

Á la sorpresa de la resistencia, al estupor de ver á *su mama*, á la vieja humilde, esclava de sus caprichos, convertida en pantera rugiente, aferrada á él con una ciega porfía de perro de presa, sucedió en su pecho un impulso de orgullo malo, una rabia perversa de destrucción, una energía ponzoñosa de cobarde, enardecida por la idea de la impunidad.

— ¿No me quiere soltar, no? ¡pues va á ver lo que le pasa!

Arrojó al suelo la preciosa caja, que le inutilizaba un brazo, y apretando las dos manos en derredor de la garganta de la vieja, empezó á estrangularla. Pero con el instinto de la vida, ella hizo otro tanto: clavó los encorvados dedos, como dientes de horqueta, en el cuello de Juanito, enterrándole los pulgares de cada mano hasta cortarle la respiración. Argomedo se sacudió con un empellón desesperado, asestóle un golpe perpendicular con los dos puños, que enterraron sus agudas coyunturas en el pecho de ña Peta, y la echó á rodar por el suelo, envuelta en las polleras. Veloz entonces, ciego de ira y de codicia, alentado por su triunfo, se apoderó de la barreta con las dos manos, y en un movimiento del leñador que va á hender con el hacha un tronco, alzó la pesada herramienta en el aire sobre la cabeza de la vieja, cuando ella se incorporaba ya sobre las rodillas. Ña Peta dió un grito agudo de terror

al ver el movimiento asesino. Pero ese grito acabó en menos de un segundo, cortado súbitamente por la pesada barreta al azotar sobre el cráneo de la vieja con un ruido seco, sin vibración, como el que hace la maza del carnicero sobre la frente del buey en el matadero. Luego hubo un estertor siniestro de respiración que lucha en las ansias de la agonía, de sangre que ahoga y bulle en su interrumpido curso buscando una salida, y ña Peta quedó inmóvil con la faz contra el suelo, como enterrando ahí el secreto de su atroz desengaño de la ingratitud humana. Argomedo no se atrevió á mirarla. Quería suponer que solamente estaba aturdida. Cerró su alma á la súbita claridad que le iluminó la conciencia, como con una onda de fulgurante luz desprendida de un generador eléctrico y se lanzó de un salto sobre la caja del tesoro, que le dió, al tocarla, una sensación de frío en todo el cuerpo. Le pareció la caja más pesada que antes. De las paredes se desprendía un hielo penetrante. Sus menores movimientos le parecían resonar exagerados como los ruidos que oye una persona que ha sumergido la cabeza en el agua. El silencio de la pieza tenía una sonoridad inexplicable, la luz de la vela le hería la vista como un rayo de sol, y una fuerza intangible le torcía la cabeza hacia el punto fatídico rodeado de pavor, donde podía empezar á moverse la vieja con algún gesto inventado para asustarlo, con algún ademán de fantasma. Ese tumulto aglomerado de sensaciones se agolpó á su imaginación en el rápido instante que empleó para levantar la caja y coger su sombrero del suelo. Con la rapidez nerviosa del que arranca de un temblor corrió hacia la puerta, sintiendo casi que de aquel bulto inmóvil de ropa mal envuelta llegaba hasta á él la mano de ña Peta á sujetarlo.

Tras del postigo abierto de una ventana, prima Catita y prima Cleta, temblando de miedo, vieron atravesar por el primer patio la sombra del fugitivo, dirigiéndose á la puerta de calle.

— ¡Es Juan! exclamaron ambas al mismo tiempo, reconociendo la figura del borracho en la media oscuridad.

— Seguro que había venido á quitarle á ña Peta la plata del mes que le pagó Jaime ayer.

— ¡Seguro! ¡bien hecho! Para qué es tonta también de darle á ese guacho cuanto guna.

— ¡Ay, hijita! ¡si las mujeres son tan lesas! ¡nunca escarmientan!

— No será mucho que un día le corte el pescuezo.

La casa había quedado en profundo silencio. Una reflexión les vino.

— ¡Ay, hijita! ¡y la puerta de calle habrá quedado abierta! ¡Y si entrasen ladrones!

No se atrevían á moverse. Á pesar de que no veían nada de extraño en la aparición de Argomedo, la oscuridad, la calma silenciosa de la noche las amedrentaba. Las visiones de la niñez que se conservan anidadas, con sus fecundos terrores, en algún rincón del cerebro, tomaban las formas que el miedo dibuja entre las sombras, resonaban con los ruidos vagos que nunca se oyen en el día, se cubrían de la pavorosa verosimilitud de lo fantástico. Prima Catita, más valerosa que prima Cleta, se sobrepuso al miedo.

— Vamos no más á cerrar la puerta; peor es dejar que vayan á entrar ladrones.

Su hermana la siguió temblando. El pliegue del pensamiento de ambas, hecho siempre sobre el mismo doblez de su pesar retrospectivo, las hacía decirse «que si *ella* se hubiese casado no les pasarían esas cosas. Él las habría defendido, no las habría dejado solas como el tonto de Jaime, que por andar pegado á los polleras de *esa chiquilla*, las abandonaba solas en aquel caserón».

Al llegar al patio, después de haber dado una vuelta para salir por la antesala, oyeron el rechinar con su ruido denunciador de viejos goznes, de la pesada puerta de calle. Heladas de espanto huyeron despavoridas hacia el dormitorio. Inmóviles, con la puerta trancada por dentro, oyeron distintamente resonar pasos, abrirse puertas, todos los indicios seguros de que había entrado gente en la casa. Locas de terror, metidas bajo de una cama, se pusieron á rezar el Padre Nuestro.

Manuel Rodríguez y Abel seguían á Cámara. El mayor Robles quedó de centinela en la puerta de calle. Seguros de encontrar á ña Peta esperándolos, atravesaron el patio, sin cuidarse de no hacer ruido. No les extrañó encontrar abierta la antesala, ni la puerta que daba al segundo patio. Desde el corredor divisaron la luz en el cuarto del carbón.

— Mi *ñaña* nos está aguardando con vela, dijo Cámara.

Los tres llegaron á la pieza. Al principio no vieron el bulto inmóvil de ropa mal envuelta, que formaba el cuerpo de la vieja bajo las polleras y el rebozo de Castilla. La vela,

cerca del hoyo de donde la caja había sido extraida, concentró naturalmente sus miradas.

— ¡Han desenterrado la caja!

Instantáneamente tornaron los ojos al rincón oscuro de la pieza y vieron la vaga forma humana dibujarse sobre el suelo. Cámara se acercó al bulto, sintió bajo sus manos el hombro, la espalda, el cuello, que presentaban una resistencia rígida. Creyendo dormida á ña Peta se puso á remecerla. Pero casi al mismo tiempo Abel acercaba la vela, y como el cuerpo parecía inerte, creyéndola desmayada, la dieron vuelta hacia arriba.

— ¡Muerta! exclamaron atónitos.

El golpe de la barreta había partido el cráneo. Sobre la frente hundida, la sangre mezclada al polvo de carbón, daba al rostro de la vieja el aspecto espantable que los pueblos asiáticos imprimen á las trágicas máscaras de sus escudos, para aterrorizar al enemigo. Los vidriosos ojos habian conservado la expresión de infinito espanto, y los labios, dolorosamente contraídos, parecían haberse cerrado con una maldición mental, un grito del espíritu herido de pavor, al divisar la sombra eterna en que va á sumergirse.

El instrumento de la muerte estaba ahí, al lado. El horrible drama, en su desnuda sencillez, aparecía claro, sin misterios, como si estuviesen presenciándolo los que contemplaban pasmados el cadáver de ña Peta.

— ¡Es el borracho hijo de una grandísima, el que la ha *matao!* exclamó Cámara mesándose el cabello.

Era imposible saber si en la expresión de aquellos ojos, que despedían llamas, de aquella voz descompuesta por una emoción tan repentina, dominaba el lamento del dolor ó el rugido de la venganza.

— ¿Pero cómo podian saber que había aquí un entierro de plata? preguntó Rodríguez.

Este era el punto misterioso que no tenía, por otra parte, grande importancia en aquel momento.

— Mi tío, sin duda, se lo habría dicho, reflexionó Abel.

— Y ella, como todo se lo contaba á Juan, agregó Cámara, vendría á mostrarle dónde era, cuando el pícaro la mató para robarse la caja.

Tuvieron los tres un momento de perplejidad.

«¿Qué hacer? ¿Dónde ir á perseguir á Argomedo, no conociendo su habitación?»

— Esto no tiene remedio, dijo Rodríguez. Dejemos aquí el cuerpo, mañana lo encontrarán y no tendrán dificultad en hallar al asesino. Juanito va á ponerse á beber en todas las chinganas ahora que tiene plata. Nosotros tenemos otra cosa de qué ocuparnos. Hemos errado el golpe y no hay más que hablar.

— ¡Pobre vieja! dijo Cámara, mirándola todavía. ¡Buena cosa! ¡No ven, pues! ¡No hay más que criar cuervos para que le saquen á uno los ojos!

Toda la historia de su resentimiento de hijo desdeñado estaba en esas pocas palabras, que el rotito decia sin amargura, más bien con pesar. Su amor filial no iba más allá. Nada se rompía en su alma de nómade que no se había afinado con la tibia atmósfera del hogar materno, que nunca habia encontrado el apoyo de otra alma para sobrellevar las asperezas de la existencia. Él era un luchador en la batalla de la vida. Más que sentir á la muerta, su instinto le pedia vengarla.

Al salir de la carbonera se habían concertado. «No les quedaba otra cosa que hacer ya en Santiago. Irían á buscar á Contreras al tajamar y emprenderían en la misma noche el viaje al sur en busca de Neira.

El Mayor les salió al encuentro en el patio.

— Hay en la calle, dijo, una mujer que golpeó la puerta y dice que quiere hablar con ña Peta.

— ¡Á buen tiempo quiere hablar con ña Peta!, exclamó Cámara.

Rodríguez, Abel y el Mayor se consultaron en el zaguán. Podían haberlos denunciado, y aquello de hacer golpear á la puerta por una mujer, seria tal vez una estratagema para hacerlos abrir y cogerlos sin ruido. En ese momento golpearon del lado de afuera.

— Yo voy á responder, mi Mayor, dijo Cámara acercándose á la puerta de calle.

— ¿Quién es? preguntó.

De afuera contestó una voz de mujer, que le pareció la voz de Marica.

— Soy yo; abra, pues, que tengo que hablar con ña Peta.

Marica había también creido reconocer la voz de Cámara. No se atrevió, sin embargo, á nombrarlo por temor de equivocarse.

— Ábrame, mire que estoy muy precisada, repuso con apuro.

— Diga primero quién es.

— ¡Vaya! ¡Vea qué moledera! Tanto hacerse el rogar, cuando vengo á hacerle un servicio.

— ¿Un servicio? ¿á quién?

— Á usted, pues, ¿á quién ha de ser?

Cámara se volvió hacia los tres que oían también ese diálogo.

— Es ña Marica, la hija de ño Contreras.

— ¿Estás seguro que no venga á traicionarnos? preguntó Rodríguez.

— ¡No, patrón; yo respondo de ella!

Cámara fué autorizado para entreabrir la puerta, de modo que apenas pudiese pasar una persona. Con la tranca apoyada por dentro contra un ángulo del marco interior, la puerta habría resistido á cualquier empuje del lado de afuera. Marica se deslizó trabajosamente por aquella abertura estrecha.

— ¡Ay, por Dios, qué susto! ¡vea lo que hago por usted!

Marica creía encontrarse sola con Cámara. Los otros tres hombres se habían ocultado en el cuarto del sirviente.

Cámara, por toda contestación, la estrechó entre sus brazos. Una llamarada del antiguo fuego, encendido por la proximidad de aquella mujer temblorosa de emoción y de susto, que respiraba cerca de él en la tentadora oscuridad, le encendió la sangre. En ese abrazo violento había, sin embargo, una vislumbre de sentimentalismo que busca consuelo. Por la primera vez de su vida, el rotito se sentía triste. Allá, en el fondo de la carbonera oscura, divisaba el cadáver inmóvil, con su horrible cráneo aplastado y los ojos abiertos, opacos, como vidrios empañados.

— Suélteme; yo no vengo para *leseras*, le dijo Marica rechazándolo.

— ¿Cómo sabías que yo estaba aquí? preguntó él.

— ¡Si no sabía nada, que usted estaba aquí! por eso venía á buscar á su mamá, para decirle que no lo dejase ir al tajamar esta noche, porque lo están esperando para tomarlo preso.

Después que Contreras se hubo separado de ella, le había acudido la idea de que su padre iría á hacer el denuncio, por más que hubiese parecido abandonar ese propósito al despedirse.

— Le voy á contar, pero me guarda el secreto y me jura que nunca le hará nada á mi tatita.

Cámara juró; pero quiso que los demás oyesen de boca de Marica lo que tenía que contarle.

— Aquí estoy con mi Mayor y otros dos caballeros, le dijo, y es preciso que ellos te escuchen también.

Marica, en presencia de Rodríguez y sus compañeros, reiteró su exigencia para obtener la impunidad de su *tatita*, y contó su conversación con el silletero:

— Después que se fué me quedé pensando y se me puso que aunque dijera que no iría á ver á su compadre Villalobos, era seguro que se iba donde él. Entonces fué cuando me entró el susto, ¡un susto! para que le cuento, pues, un susto muy grande, y que me dije: «si pillan á ño Cámara, por lo menos que lo fusilan». Pero, ¿para qué servía que yo pensase así, cuando no sabía dónde encontrarlo para contarle todo esto? «Ña Peta tiene que saber», que me dije. ¿Cómo no ha de saber donde está su hijo? Dicho y hecho, pues; «voy á buscar á ña Peta», que me dije. Le dí bien de mamar al niño, para que no llorase, y le encargué á otra criada que si se ponía odioso, le diese mamadera. Entonces me vine corriendo hasta aquí.

Marica había hablado con la respiración del que acaba de correr, casi tartamudeando.

Aquella relación no podía ofrecerles duda. El hecho solo de que la mujer supiese de que su padre debía esperarlos con caballos en el tajamar, daba á su historia un colorido de veracidad indiscutible.

— Bueno, pues, dijo ella á Cámara; ya sabe lo que puede pasarle: ahora tengo que irme lueguito.

Cámara la acompañó hasta la calle.

— Si te vinieses conmigo, le dijo; nosotros nos vamos para los lados de arriba. ¡Yo te llevo! ¿Ya está?

— Las cosas suyas: ¿y el niño?

— Lo siguen criando con mamadera; ¡vean qué cosa!

— ¡Ave María, señor! No esté hablando tonteras; ¿cómo quiere que lo deje al pobrecito? ¡para que se fuese á morir!

— Entonces ya no me quieres, replicó él con un abrazo intenso.

— ¡Sí, pues, diga no más! Si no lo quisiese, ¿cómo cree que habría venido?

Los dos se habian puesto tiernos; pero ella insistió en que debia irse pronto.

— Será para cuando acabes de criar, entonces, perra tonta.

— Cómo no, pues; entonces sí que lo seguiré hasta el fin del mundo.

Convinieron cómo podrian verse, si Cámara volvia á Santiago, y se dijeron un adiós apresurado, al ver que Rodríguez, Malsira y Robles salian de la casa. Marica torció luego una esquina y ellos se separaron de dos en dos. Rodríguez habia resuelto que se reunirian en la quinta de los Carpesano, donde les prestarian caballos para emprender el viaje al sur.

— El pícaro de Contreras se quedará esperando, dijo Rodríguez: los godos, con el chasco que se les da, se encargarán de castigarlo por nosotros.

LVI

Al tomar la viudita posesión de sus nuevos dominios, de aquella hacienda de los Canelos en la que tres generaciones de la noble familia de Malsira se habian sucedido, no se dejó arrullar por la poesía cariñosa del paisaje. Demasiado esclava del culto de su hermosura para interesarse en contemplaciones impersonales, la eterna fiesta de la luz y de la verdura, ese concierto de colores que parece alzarse hacia el cielo como una melodía, del seno fecundo de la naturaleza, no la penetraba con su magia. Una idea más práctica llenaba esa cabecita reluciente de pomada, envuelta en una atmósfera de voluptuoso perfume. En su ambiciosa persecución de la riqueza, queria afianzar la posesión de la valiosa propiedad contra todas las contingencias de las agitaciones de aquel tiempo: conservarla á la sombra del pabellón real, si el asta de éste echaba raíces en el suelo de Chile; pero no perderla tampoco, si la bandera de los patriotas volvia á tremolar en la puerta del palacio gubernativo. Durante el viaje de Santiago á los Canelos habia rumiado su idea, que en el reposo de los campos tomó forma decisiva en una simple cartita enviada á Luisa Bustos:

«Apenas llegada á esta hacienda, quiero que *misiá* Clarisa, que usted y toda su familia conozcan el verdadero

propósito que he tenido en mira al rematarla. No es la ambición sino mi sincera amistad por todos ustedes, lo que me ha movido á esta compra. Ninguno de la familia de Malsira, ni ningún chileno, habría podido adquirir con seguridad un bien secuestrado por causa política. Era preciso que el comprador fuese español europeo, y seguramente si otro que yo triunfaba en el remate, se habría perdido para siempre toda esperanza de que los propietarios secuestrados volviesen á entrar otra vez, como sin duda habrían de desearlo, en posesión de este fundo. Yo he querido darles esta prueba de mi amistoso aprecio y de la lealtad de mis sentimientos, empleando todo lo que tengo en la compra, á fin de conservar los Canelos á la disposición de la señora doña Clarisa y de sus hijos, en cambio, simplemente, de la devolución del precio, con un módico interés, que he pagado en el remate. Dígaselo así, querida Luisita, á la señora doña Clarisa, y entréguele si quiere usted esta carta, como prueba del compromiso solemne que por ella contraigo de cederles esta hacienda cuando quieran por el valor de la adquisición, con el más vivo deseo de que sea aceptada mi oferta tan pronto como las circunstancias lo permitan, es decir: cuando haya cesado toda medida de desconfianza contra la familia y de proscripción contra el que es ahora jefe de ella; lo que espero conseguir pronto del Presidente».

En postdata concluía diciendo:

«Tengo mil deseos de ver á usted. Dentro de pocos días me propongo ir á hacerle una visita á Melipilla. Mucho me agradaría que también pudiese ver á la señora doña Clarisa para repetirle de viva voz lo que dejo escrito y asegurarle que siempre puede disponer de mi amistad».

Fría en sus cálculos, sin ninguno de los ímpetus que arrastran á las resoluciones precipitadas, Violante sometió su carta á la prueba del tiempo, ese reposo que despeja la razón, como asienta y clarifica el vino. En vez de enviarla inmediatamente la dejó guardada en un cajón y fué á dar una vuelta á caballo por los potreros, con el mayordomo. Admiró los animales en la engorda, la lozanía de la viña que prometía ópimos frutos, la abundancia de los pastos, otras tantas bases de prolijos cálculos que agitaron sus cifras y sus combinaciones en aquella cabecita ideal de estatua griega. De vuelta á las casas, después de haber hecho acto, de este modo, de patrona entendida, se sorprendió ella

misma de dar un suspiro. Contemplaba la majestad serena del campo, que recibía como un adiós solemne, los últimos rayos del sol poniente.

Ante ese cuadro augusto del mundo que se duerme, la sensación de su soledad le dió una tristeza indefinida: la impresión de un vacío, de ese algo que falta siempre al que no lleva un amor en el pecho. En esa hora de recogimiento y de meditación involuntaria, la tendencia positiva de su espíritu encontró sin dificultad la causa de ese suspiro. Eran su juventud y su belleza, que reclamaban su parte de felicidad en aquella fiesta de la ambición satisfecha. Pensó en Abel Malsira, que tantas veces debía haber contemplado el paisaje en que ella evocaba ahora con vaga turbación su varonil figura. De todos los hombres que habían venido á quemar en sus ojos las alas de su entusiasmo, Abel era el que más de cerca le había llegado al corazón. Independientemente del prestigio que en su imaginación le daba la riqueza, veía mezclados en él, en un feliz consorcio, la fuerza que domina con el rendimiento que subyuga. En las luchas de egoismo, que son la moneda sencilla del amor, él estaría siempre del lado generoso prodigando su riqueza de sentimiento. El suspiro era á la ocasión perdida. «¿Quién sabe si esa ocasión volvería á presentarse otra vez? De todos modos, el destino quiere que lo ayuden, como necesita el terreno que lo preparen para hacer fructificar la simiente». Tras de esta reflexión mandó la carta.

El rumor de los trágicos acontecimientos en las casas de Malsira y de Bustos resonó en Santiago como un cañonazo de alarma. La atmósfera se cargaba de electricidad. Soplaba un viento de amenaza al través de las ventanas del palacio presidencial, por los corredores, dentro de la sala donde Marcó celebraba su consejo diario con su camarilla. Ese mismo viento era una brisa de esperanza, una brisa de primavera para los patriotas, una brisa bañada en las primeras verduras de la naturaleza que renace. Esa historia de cuatro hombres misteriosos, que se introducen en la misma noche en dos casas de la misma familia, que vienen á desenterrar tesoros, y provocan en leal combate al guardián español, dejando ileso al chileno, era una revelación luminosa para opresores y oprimidos. El espíritu revolucionario brotaba de repente como la raíz de un árbol que se ha creído estirpar cortándolo al ras del suelo. La osadía

de aquella expedición nocturna era una provocación al poder de la reconquista, una renovación tenaz de la protesta del pais reconquistado. « Carne humana huele aqui », dijo José Retamo con su aire socarrón, aplicando la frase suspicaz del gigante de los cuentos infantiles, á la sombria noticia, en la tertulia de la trastienda. Algún revolucionario del corrillo, añadia enigmáticamente, con el movimiento de cabeza del hombre que sabe mucho más de lo que dice : « Asi es, hombre : carne humana huele aqui, carne patriota que anda por ahí escondida como Puntete, pero que un dia puede matar al gigante ». Don Pepe se exasperaba con aquellos nuevos sucesos que venian á turbar la calma de cuerpo *anestetizado* en que se adormecia el pais.

— ¡Déjense de tonteras, señor! Ustedes andan viendo intentonas patriotas por todas partes. ¿Y qué sacan con eso ? ¿ quieren que yo se los diga? Lo que sacan es que el Gobierno se alarme y nos menudee los bandos y las prohibiciones que es un contento. Ahora nadie puede ir á su fundo so pena de multa, no se encuentran peones en ninguna parte y vamos á quedarnos sin poder hacer las cosechas. ¿ Qué les importa eso á los revoltosos y los bullangueros ? Como si porque manda el Rey, Chile no fuese nuestra patria. Nosotros si que tenemos que resollar por la herida, ¿ no ve ? Sin poder cosechar, sin poder atender su fundo, todo se lo lleva el diablo. Y entre tanto hay que pagar contribuciones, empréstitos, donativos voluntarios y forzosos, y sobre todo hay que darle de comer á la familia, que aumenta todos los años.

— ¿ Qué, hay nuevos mellizos, don Pepe ?

— Yo no sé, pues, si serán mellizos; pero en casa el molino no está nunca de para.

Don Pepe decia estas últimas palabras con el orgullo inveterado de no *perder* año, pavoneándose en su vanagloria de virilidad, mirando á los demás con aire de reto, desafiándolos á que se mostrasen como él, « hombres de calzones ».

Siempre era este tema un derivativo en la tertulia, á las tristezas y á los cuidados que agobiaban á los patriotas mansos, á todos esos politicos de trastienda asustadizos y cautelosos, que preferian las cuchufletas á las conversaciones comprometentes sobre los negocios públicos.

— Si son mellizos, señor mayorazgo, observó José Retamo, el cura debia hacerle rebaja en el bautismo.

Mas, otros tertulios no permitian que la conversación saliese del terreno de la política. Para ellos, lo que pasaba era muy significativo, era como el canto del gallo al amanecer, el anuncio de un nuevo dia, ó como el ruido que precede al temblor.

— ¡Sí, pues! temblor para que todos pidamos misericordia, golpeándonos el pecho, exclamó don Pepe. ¡Bonitos patriotas, que vienen matando á las viejas! ¿Me quieren también decir ustedes que el asesinato de ña Peta es una hazaña muy grande?

Casi todos confesaban que aquel asesinato era, en verdad, inexplicable.

— ¿Qué necesidad tenian de matar á la pobre vieja?

José Retamo estaba mejor informado. El juez del crimen habia dicho que se trataba de un simple asesinato. Ña Peta conocia el entierro hecho por su patrón. El borracho de Argomedo se lo sonsacó sin duda, porque ella no le negaba nada, y él, por robar el dinero, habia probablemente asesinado á la vieja. Las *niñas*, prima Catita y prima Cleta, habian visto al borracho salir de la casa después de los gritos dados por ña Peta.

— Sí; pero las niñas dicen también que vieron poco después cuatro hombres más, que anduvieron por toda la casa y hasta quisieron entrar en el cuarto de ellas.

— Si ellas se hubieran mostrado en camisa, seguro que los habrian hecho arrancar á perderse, dijo José Retamo.

— Cállate, mulato, le dijo don Pepe; si tú pillases mal parada á la gordita, ¡mucho que te gustaria!

— ¡Los cuatro hombres vendrian á robarse las niñas! dijo con un suspiro de risa don Manuel Cardenillo, que no perdonaba á prima Catita y prima Cleta que le hubiesen dado el sobrenombre de «ropa vieja».

— Dicen que en la declaración ante el juez se ponian muy coloradas.

Las conjeturas tomaban mil rumbos diversos. Lo que habia de positivo, según José Retamo, era que desde la mañana del dia siguiente al asesinato, Juan Argomedo andaba «como una uva» por las calles, sin poderse tener en pie. Las sospechas habian recaído sobre él, no solamente por la declaración de las *niñas*, si no porque Argomedo habia ido á pagar al más encarnizado de sus acreedores, que queria meterlo á la cárcel.

En los círculos de gobierno, la voz de orden era des-

orientar la opinión, atribuir á facinerosos vulgares los actos de singular atrevimiento que habían creado en Santiago una situación peligrosa para la causa del Rey. El egregio don Francisco Casimiro, y su camarilla, el capitán San Bruno, sobre todo, veían más claro que la población alarmada, en aquel tenebroso asunto. En los primeros momentos, la desaparición del arriero de Álvarez Condarco había hecho diseñarse en los labios de don Vicente, bajo el espeso bigote, el agrio gesto que era su sonrisa. « Ya sabía él que el arriero cuyano era un realista ardiente que había embobado al simplón emisario de San Martín ». « Pierda cuidado V. E., había dicho á Marcó, ese hombre ha ido sin duda á desempeñar algún encargo de los fieles súbditos de S. M. que trabajan en Mendoza por la causa de nuestro augusto soberano. Ya lo veremos volver, apenas sepa que V. E. ha despachado con cajas destempladas al parlamentario ».

Pero el demonio de Contreras vino á sacarlo de esa ilusión. El silletero había arreglado á su conveniencia la historia que fué á contar á Villalobos, para que llegase á oídos de San Bruno. « Cámara, del que no tenía noticias desde el ataque de Talagante, se le había aparecido por la mañana. Le había ofrecido pagarle veinticinco pesos, porque fuese á esperarlo en la noche al tajamar arriba, con cuatro caballos ensillados que vendría á dejarle un mozo. Era todo lo que había querido decirle. No le había podido sonsacar para qué eran los cuatro caballos. Era seguro que andaría con algunos caballeros, puesto que pagaba. Contreras no dudaba de que uno de ellos fuese don Manuel Rodríguez, porque andaban diciendo « que había vuelto de la otra banda ». Don Vicente saltó sobre ese denuncio con el ardor del químico que encuentra tras de una larga manipulación el resultado previsto. En la noche, un piquete de Talaveras vestidos de rotos, diseminados y ocultos en la sombra de los ranchos que hacían calle con el tajamar, esperó en vano, al mando del mismo San Bruno y del cabo Villalobos, la llegada de Cámara y sus tres compañeros. Al rayar el alba, perdida la esperanza de apoderarse del famoso asesino del centinela de la plaza y de aquel Manuel Rodríguez, la pesadilla de los realistas, don Vicente hizo llevar al cuartel á Contreras y á los cuatro caballos, irrisorios trofeos de aquella velada militar. Á guisa de desayuno, y para calmar su impotente cólera, ordenó una ración de

veinticinco azotes á Contreras. Él mismo presenció la vapulación sentado en el corredor, « para que otra vez no viniese á burlarse de las autoridades ».

Ese desahogo le bastó por entonces y puso en libertad al silletero, con su regalo de veinticinco azotes en lugar de los mil trescientos pesos que se prometía Contreras por el denuncio de Cámara y de Rodríguez. Don Vicente se consolaba de su chasco atroz, con pensar que tal vez el denuncio era el resultado de algunas de las famosas *pegatas* por las que los hermanos Reza eran afamados. « Habían querido divertirse jugando una mala pasada al silletero ». Mas la noticia de los siniestros descubrimientos hechos en las dos casas visitadas por Rodríguez y sus compañeros, destruyó esa nueva ilusión del presidente de la comisión de vigilancia. La presencia en Santiago del cabecilla revolucionario y la del maldito roto, que aparecía en todas partes donde había un español que matar, era indudable ya á los ojos de don Vicente. « *Preguntá* por Cámara », había dicho al soldado chileno el hombre que había muerto en leal combate al Talavera. La revelación del silletero se tornaba en verosímil. Los cuatro hombres, al dirigirse al tajamar después de su excursión por las dos casas, después de desenterrar el dinero en una de ellas, habrían sin duda tomado sus precauciones para ver si Contreras los esperaba solo. Percibiéndose de la presencia de otras personas mal encubiertas por la sombra de la noche, habrían huido ». En cuanto á la participación de Juan Argomedo, San Bruno, ayudado por las declaraciones de prima Catita y prima Cleta ante el juez, declaraciones que él había presenciado, veía la realidad de los hechos. Estaba persuadido que Argomedo era el asesino de la vieja. « Los otros habrían llegado después en busca del tesoro y encontrado su cadáver en vez del *entierro* que iban á buscar ». Las dos hermanas habían declarado que entre la salida de Juan, que había tenido lugar muy poco después de los gritos en el segundo patio, y la aparición de los cuatro hombres, no menos de un cuarto de hora había transcurrido. Este hecho daba toda su fuerza á la convicción que asistía á San Bruno sobre la culpabilidad de Argomedo.

No había que disimulárselo. Los insurgentes aparecían de nuevo. La famosa hidra de la revolución levantaba otra vez una de sus cabezas infinitas. Pero don Francisco Casimiro se sentía con fuerzas para luchar contra enemigos

enmascarados ó descubiertos. « Él apagaría ese incendio naciente, que manos sacrílegas, según la expresión del Obispo electo, intentaban prender en aquel país de amantes súbditos del Rey ». La actividad afanosa de los momentos de conflicto empezó á reinar en las oficinas. Los oficiales de la secretaría, con sus mangas postizas de duradera, hacían sonar las grandes plumas de ganso sobre el papel de hilo de los oficios, copiando los borradores de las órdenes reiteradas, en que el excelentísimo señor Presidente encargaba á los gobernadores de partido la más infatigable vigilancia en la persecución de los bandoleros, que llevaban su atrevimiento hasta venir á dar golpes de mano en la misma capital. Don Francisco y su confidente San Bruno, al decir « bandoleros » entendían insurgentes. Sentían la atmósfera cargada de amenazas. Como el indefinible malestar, precursor de la fiebre, divisaban síntomas del mal de rebelión en infinitos hechos, aislados, es cierto; pero que un espíritu observador y cauteloso podía agrupar y compaginar, hasta deducir consecuencias que aconsejaban prepararse para la lucha. En las noches, partidas de rotos recorrían los arrabales al grito de ¡ viva la patria! ¡ viva Chile ! Los ataques contra los soldados españoles se repetían con alarmante frecuencia. Los gobernadores de los partidos avisaban la aparición de nuevas bandas de salteadores, que saqueaban casi exclusivamente las propiedades de los españoles europeos. Por fin, el audaz ataque de una casa vigilada por dos soldados en la misma capital, y lo que el sobreviviente contaba sobre la muerte de su compañero, venía á caracterizar la situación, á manifestar que á la engañosa tranquilidad de un año de opresión y de persecuciones, sucedía el principio de una nueva revolución, cuyo centro inspirador y amparador se encontraba del otro lado de los Andes.

« Un gran golpe de autoridad se imponía, según San Bruno, en aquellos momentos. Él se encargaría de descubrir los que, sin mezclarse directamente en la atrevida expedición nocturna, habían prestado apoyo y recursos á sus autores. El menor indicio que pareciese acreditar esa suposición, serviría de pretexto para hacer temblar á los patriotas de la capital, ostentibles ó solapados, con medidas escarmentadoras ». El Presidente desarrolló estas ideas ante su camarilla, y recogió un voto unánime de aliento y de alabanzas por su caloroso celo en la defensa « del más

magnánimo de los reyes ». « Por doloroso que sea, opinó la camarilla, la espada de la justicia soberana debe cortar el espíritu de rebelión de un golpe, aunque sufran algunos inocentes. En el cuerpo humano, para extirpar el mal, es indispensable cortar por lo sano ». San Bruno se encargó de la operación, y empezó sus pesquisas partiendo de una observación tan ingeniosa como sencilla. Los cuatro caballos cogidos en poder de Contreras, tenian la misma marca de fuego en letras gordas sobre el anca: F. C. No importaba, por consiguiente, que el hombre que habia entregado esos animales al silletero, se hubiese negado, según éste lo juraba bajo el mimbre de la vapulación, á decir su nombre y de donde venia. La marca seria el hilo conductor para descubrir el enigma.

Un bando, pregonado á son de tambor en las cuatro esquinas de la plaza de armas, ordenó presentarse al cuartel de Talavera á todo el que fuese dueño de animales marcados: F. C. Uno de los tertulios llegó á la trastienda con esta noticia que le habian contado en la calle. La alarma estalló como se levanta la llama de alcohol puesto en contacto con una luz. Los tertulios se miraron con semblante demudado. « Usted, pues, amigo don Francisco, á usted le toca ir », dijo don Pepe con el sordo egoismo señalado por La Rochefoucauld, en el corazón del hombre. Dos tertulios, á más del dueño de la tienda, tenian también en su nombre, las por entonces latídicas iniciales. Don Manuel Cardenillo creyó calmar la inquietud con una observación tranquilizadora.

— Será para que vayan á reconocer algunos animales aparecidos, suspiró, con una sonrisa de quien resuelve una adivinanza.

— Ahí está don Manuel con sus cataplasmas, replicó don José María. ¿No ve, hombre, que quieren descubrir el dueño de los caballos con que esperaban á los revolucionarios? ¿No ven, pues? añadió, en tono de reproche; ¡eso sacan con sus bolinas y sus conspiraciones! ¡Ahora todos vamos á ser sospechosos!

Para tranquilizarse, los demás acusaban á don Pepe de alarmista. Como decia don Manuel, debia tratarse de animales aparecidos. De todos modos, era indispensable presentarse al cuartel de Talavera.

Á la hora indicada por el bando, « durante el plazo de dos dias de tres á cuatro », don Francisco Carpesano y

sus tocayos de iniciales, se presentaron al cuartel y fueron conducidos al patio, donde los cuatro caballos marcados F. C. procuraban morder las apariencias de pasto que brotaban entre el empedrado. Don Francisco recibió en pleno pecho el golpe de la convicción al divisarlos. No pudo negar. Eran sus caballos: el «Bayito», el «Mordido», el «Overo» y el «Picazo». En el interrogatorio á que lo sometió San Bruno, en la mayoría, don Francisco no pudo explicar la presencia de sus animales en poder de Contreras. «Él, poco iba á la quinta. Los caballos eran de los muchachos, que los habían hecho venir de la hacienda, para un paseo á la frutilla que ya principiaba en Renca».

— Lo que yo creo, dijo San Bruno que había dirigido el interrogatorio como una conversación familiar, es que alguno de los hijos de usted ha querido, por travesura, jugar una pegata á ese silletero.

Don Francisco se aferró de esa tabla de salvamento que le pasaba el mismo Capitán.

— Entonces tiene que ser Beno, dijo, porque Lucho anda en Aconcagua, donde fué, con permiso de usted, á cobrar unas cuentas, y Pepe, también con permiso, ha ido á Colchagua á ver unos bueyes de engorda que le proponían en venta.

San Bruno se dió por satisfecho de esa explicación.

— Eso debe ser. Entonces, señor Carpesano, mande usted algún sirviente á llevarse estos caballos, el fisco no puede alimentarlos, añadió con aire amistoso.

Volvieron riéndose á la tienda don Francisco y sus dos amigos. Todo había pasado perfectamente. San Bruno se había reido de lo que él suponía una ocurrencia de Beno y devuelto los caballos. Don Pepe mismo se calmó, y al salir de la tertulia á la hora de comer, no tomó la precaución de observar si lo seguían, tanta era la confianza que la simple devolución de los caballos había inspirado á todas los patriotas de la trastienda.

Con la noticia de este incidente, los tertulios fueron en el día más numerosos que nunca. Los más de ellos veían en la devolución de los caballos una prueba de conciliación.

— El Cobierno nos pasa la mano en señal de amistad.

— Porque empieza á tener miedo, dijo don Francisco.

Don Pepe se enfurecía con esa injusticia.

— ¡No esté hablando tonteras, señor! ¿Á quién quiere

que le tenga miedo? ¿Á cuatro perros que andan por ahí todavía? No señor. El Gobierno ha comprendido que lo que la gente sensata desea es la paz sobre todo, paz y buenas cosechas, ¿no ve? Ya es tiempo que nos dejen tranquilos los señores revolucionarios. No la hagas y no la temas, ¿no ve? ¡Á que á nosotros no nos persiguen!

En esos mismos instantes, la gente que paseaba por la calle se detenía á ver pasar un grueso piquete de Talavera, que atravesaba la plaza con armas al brazo, al mando del cabo Villalobos. Algunos curiosos, chiquillos de la calle en gran parte, siguieron tras de la tropa. Ésta entró á la calle de la Compañía por la esquina de la plaza. Frente á la tienda de don Francisco Carpesano, Villalobos mandó hacer *alto* y *frente*. Se hizo un gran silencio. Los curiosos, en la calle, aumentaban en número, miraban en silencio, y se comunicaban en voz baja sus observaciones. Desde el mostrador, don Francisco vió con extraña desazón el imponente aparato de la fuerza. El cabo se adelantó hacia él.

— ¿Usted es don Francisco Carpesano?

— Un servidor de usted.

— Y ¿quién hay en la trastienda?

— Algunos amigos que vienen á tertuliar.

— Pues usted y todos los que ahí se encuentren, van á seguirme al cuartel.

Sin dar tiempo á Carpesano de contestar, Villalobos abrió la puerta de la trastienda. Una vocería de aula que se calla al ver aparecer al catedrático, alcanzó á oirse cuando se abría la puerta, y cesó instantáneamente. Villalobos se quedó en el umbral. Miró, durante algunos segundos aquellos rostros sobrecogidos de miedo.

— Todos ustedes van á seguirme en el acto al cuartel. Si alguno hace ademán de ocultarse ó de huir es hombre muerto.

Don Pepe, que entreabría ya la puertecita de la trastienda para escapar por el patio, se quedó como petrificado. Nadie se daba cuenta de lo que les estaba pasando. Algunos de los tertulios, naturalmente serenos, volvieron pronto de la primera sorpresa.

— ¿De orden de quién, y por qué se comete este atentado sobre nosotros? preguntaron, á manera de protesta.

— No tengo que dar cuenta á nadie de las órdenes de mi jefe. ¡Silencio! y vamos andando.

Desde la trastienda se veía la línea de soldados con sus armas al brazo, formados sobre la vereda, delante de la tienda, y cerrando también la puerta de calle de la casa.

— No hay más que obedecer, dijo don Pepe, aconsejando en voz baja, consternado.

Se figuraba que iba á trabarse ahí algún altercado, que podría degenerar en tiros, culatazos, bayonetazos: una matanza salvaje en la que él se veía ya traspasado sobre el suelo.

— Cállese, amigo, volvió á decir á uno de los que reclamaban, calificando de tropelía la imperiosa orden de prisión.

— Aquí debe haber algún error, suspiraba don Manuel Cardenillo con una sonrisa de resignada aflicción.

Los otros, repuestos del susto, empezaban á murmurar.

En la calle, don Francisco Carpesano y todos sus tertulios fueron colocados entre las dos filas de la tropa. Villalobos cerró con llave la tienda, y en medio de un silencio tétrico, la columna de prisioneros y de sus guardianes, se dirigió, atravesando la plaza, al cuartel de Talavera.

La súbita aparición de una epidemia mortífera, ó el prolongado remezón de un terremoto, no habrían podido producir más estupor en Santiago, que la noticia de aquel violento golpe de autoridad. La turba de curiosos que lo había presenciado se dispersó bien pronto, temiendo que llegase una nueva fuerza y arrastrase á toda la gente válida al trabajo forzado de las fortalezas del Santa Lucía. En pocos momentos, la consternación daba á las calles el aspecto de una población herida por una calamidad pública. Las tiendas, rápidamente, se cerraron. Los hombres de la alta sociedad patriota, empezaron á buscar escondites con la precipitación desatentada de ratones perseguidos. Por las calles, las mujeres y las hijas de los apresados, corrían, con el semblante descompuesto, el mantón arrojado de prisa sobre los hombros flotante tras de las espaldas; la mayor parte con los ojos húmedos, anegados en llanto, entregadas á una aflicción que hace olvidar el qué dirán y las miradas curiosas de los indiferentes. Pronto, ante el cuartel, se había formado un tumulto de gente llorosa, de mujeres gemidoras. La gran puerta cerrada, delante de la cual se paseaba el centinela, rechazaba toda esperanza del seno de las afligidas mujeres. Como si fuese de frío y

duro bronce, parecia sorda al clamor de las súplicas. Al fin, un piquete de tropa salió del interior y dispersó ese rebaño de aterradas criaturas, que llevaron otra vez el espanto por las calles, con el espectáculo de su afliccion y de su miseria impotente.

La noche fué siniestra. En los hogares desolados, el espanto enmudecia á los más enérgicos. Las mujeres lloraban y rezaban. En todos esos corazones surgia como un presagio de calamidades, el recuerdo de los famosos asesinatos de la cárcel. Nadie, por un temor supersticioso, se atrevia, sin embargo, á evocar la luctuosa memoria. Los detenidos de la cárcel veian también levantarse, como un fantasma, la terrible analogía de las situaciones. Las víctimas del 6 de febrero de 1815, habian sido también apresadas sin motivo. En la oscuridad de la noche, acostados sobre los ladrillos de los corredores, esa semejanza fatídica tomaba las proporciones de un hecho próximo.

En medio de ese drama de espantables recuerdos y de incertidumbres aterradoras, San Bruno tenia preparado para regalar á los detenidos, un entremés de su composición. El mayordomo, el compañista y otros sirvientes de la quinta de don Francisco Carpesano, traidos al cuartel por orden de don Vicente, fueron recibiendo cada uno, en las altas horas de la noche, una paliza de veinticinco azotes, la ración mínima de las penalidades aplicadas por San Bruno. Debian confesar quién habia dado la orden de enviar los caballos á Contreras y quién habia sido el encargado de conducirlos. El mayordomo habia dado desde la mañana la voz de orden, dejada por Manuel Rodriguez en previsión de un interrogatorio. « Los caballos habian sido robados de la quinta, se habia encontrado un portillo hecho en la tapia que daba al camino ». Los huasos, se mantuvieron firmes en esta declaración, con estoica resistencia. Fué imposible obtener de ellos otra explicación. Pero sus alaridos al recibir los azotes, llegaban, hiriendo el aire en medio del silencio de la noche, hasta los desvelados prisioneros: una amenaza de baldón, de dolor físico mezclado de vergüenza eterna, precursor de la muerte, que tal vez los esperaba muy pronto. Al amanecer, algunos, rendidos de cansancio, pudieron dormir. Otros, desvanecidos á fuerza de implorar el socorro del cielo, como los budistas que caen extenuados después de la oración, habian quedado en una especie de estupidez inconsciente. En la mañana, con la luz del dia, y á

pesar de lo molidos que se sentían por la dureza del suelo, la situación les pareció menos terrible. La realidad y la razón recobraban su imperio. «Sin duda los habían tomado presos por hacer alarde de autoridad, para amedrentar á los que pudiesen concebir esperanzas con los acontecimientos de las dos casas atacadas por los cuatro desconocidos. Pero aquello no podía durar: pronto se reconocería su inocencia». Don Francisco, don Manuel y don José María, quisieron escribir al oidor Malespina. Él explicaría todo al presidente.

Como á las diez de la mañana tuvieron la grata sorpresa de recibir almuerzo traído de sus casas, en portaviandas. La cazuela, los huevos fritos, los frejoles fiambres, las longanizas, los variados platos que componen el almuerzo chileno, dándoles contentamiento al estómago, llevaban hasta los cerebros el reflejo de optimismo que se levanta de una digestión sin embarazos. Los más enérgicos llegaban á filosofar sobre la situación:

— ¡Quién nos habría dicho ayer que hoy comeríamos guacholomo salpreso..!

— Estando presos, interrumpía uno, riéndose de su juego de palabras.

Empezaban á animarse. La desgracia común les daba alientos. Ninguno quería parecer abatido en presencia de los otros. Don José María Reza era, sin embargo, uno de los que menos éxito alcanzaba en ese esfuerzo de vanidad, que suple en apariencia, á veces, el valor.

— Coma, don Pepe, ¿por qué está tan desganado? dijo una voz.

— Eso es, amigo, crúcele al chanchito y verá bueno, añadía alguno, pasándole chancho arrollado.

— Á don Pepe se le ha entrado el resuello. ¡No se le dé nada, señor! ¡antes de un año estaremos libres!

Don José María protestaba. «Él tenía menos miedo que todos los otros. Cuando llegasen las declaraciones no se mordería la lengua para hablar claro á los españoles. Si no comía con su acostumbrado apetito era porque pensaba en la Panchita».

— ¡Yo los vería á ustedes con la mujer embarazada y que los pusiesen presos!

Otros contestaron, casi alegres:

— En todas partes se cuecen habas, don Pepe, no esté

pensando que en su casa no más pasan esas cosas. ¡Por casa también engruesa la cintura!

El hecho de que hubiesen dejado venir almuerzo y de que no los hubieran encerrado en los calabozos, les parecía de buen agüero. Esa idea consoladora recibió una elocuente confirmación poco después. José Retamo llegó á comunicarles que había conseguido con el excelentísimo señor Presidente que sus familias pudiesen venir en la tarde á visitarlos. El mulato se negó á comunicarles ninguna otra noticia del exterior. «No debían preguntarle nada. Él no se mezclaba en las cosas políticas. Todos para él eran hermanos. «Hermanos en Jesucristo, se entiende, porque unos somos mulatos jetones, y otros son caballeros, como ustedes, de sangre azul». Lo que á él le gustaba era servir al prójimo, noble ó roto, aliviar las miserias humanas y dar de comer al hambriento, como mandan las obras de misericordia. Dios no hacía distinción de castas ni de colores».

Las familias invadieron el patio con las manifestaciones de alegría que hacen olvidar las penas de una larga ausencia. Hubiérase dicho que los detenidos llegaban al puerto, después de haber salvado de un naufragio, como por milagro. Las lágrimas predominaban, sin embargo, en aquella fiesta de resurrección. Entre los corazones vueltos á la esperanza, la sombra de lo incierto se interponía, con su persistente inquietud de lo que había pasado antes en aquella escena de la cárcel, el 6 de febrero. Había, no obstante, un gran esfuerzo, de una y otra parte, por manifestar confianza. Los que venían de afuera contaban los rumores corrientes. Se decía que habían tomado presos á los de la tienda por el parentesco de tantos de ellos con los dueños de las casas asaltadas. Los españoles acusaban de conspiradores encubiertos á todos los de la tertulia de la trastienda. Todo se aclararía, sin embargo. José Retamo había hecho prodigios. Él había conseguido que dejasen entrar almuerzo, y después el permiso para la visita de las familias. A fuerza de ruegos y de afligidas súplicas, había logrado también que el oidor Malespina y el obispo Rodríguez, intercediesen con el Presidente. Retamo decía que no tendría una hora de reposo hasta alcanzar que los pusiesen á todos en libertad, y hasta llegaba á insinuar que en uno ó dos días más, cuando se hubiese aclarado bien el asunto de los caballos, las puertas del cuartel quedarían abiertas para los prisioneros.

En suma, el único comprometido hasta entonces era don Francisco Carpesano, de cuya quinta habían salido los caballos: el Bayito, el Mordido, el Overo y el Picazo, que él mismo había reconocido. San Bruno no se ocultaba para decir que no creía en la cobranza de pagarés que había ido á hacer Lucho á San Felipe, ni en la compra de bueyes de Pepe. Lo peor de todo era que Beno se había desaparecido también de Santiago y nadie podía encontrarlo.

Fuera de don Francisco, los demás oían estas noticias con una dulce sensación de egoísta consuelo. Muchos, por lo bajo, se congratulaban de que hubiese algo de definido en la causa de la prisión á que se les sometía. « Ellos no podían ser responsables de lo que hiciese don Pancho Carpesano y los traviesos de sus hijos. No siendo la medida del apresamiento de los tertulios una de hostilidad colectiva hacia todos los caballeros chilenos, los que nada tenían que ver con Carpesano serían pronto reconocidos inocentes y puestos en libertad. « ¡ Qué hacerle, pues, el que la hace la paga ! ¡ pero no se debe hacer sufrir á justos por pecadores ! »

Don Pepe oía esas reflexiones de feroz egoísmo, desesperado con la idea de que su estrecho parentesco con don Francisco, lo haría colocar entre los más sospechosos. La desaparición de Beno, el novio de Quintiliana, venía á añadir una nueva causa á sus angustias. « Rompería el compromiso y así vería el Gobierno que él no quería tener por yerno á un muchacho deschabetado, capaz de comprometerse en cosas políticas ». Doña Panchita se esforzaba por calmarlo, asegurándole que José Retamo sabía que luego iban á ser puestos en libertad. La señora había venido acompañada de toda la familia, « de sus numerosas ordinales », como prima Catita y prima Cleta designaban esa sucesión numérica de chicas, desde Primitiva hasta Octaviana. Don Pepe encontraba principalmente un consuelo con la vista de los dos mellizos, que por respeto al orden numérico habían recibido los nombres de Nono y Decimiano ». ¡Esos sí que serían hombres, como él ! ¡ Ellos más tarde, lo vengarían ! » decía con voz conmovida á alguno de los amigos que se habían acercado á saludar á doña Panchita y á felicitarlo por sus robustos descendientes. Con orgullo, don Pepe les contaba las gracias extraordinarias de los mellizos y se maravillaba él mismo de su precocidad.

— ¡Figúrense que estos diablitos, antes de los seis meses ya *avisaban!* ¿No es cierto, Panchita?

La señora certificaba el hecho. «Ella les enseñaba á avisar desde chiquititos.»

— De otro modo, observaba don Pepe, entusiasmado siempre que se trataba de los mellizos, no hay pañales que basten, ¿no ve?

La situación de los prisioneros se prolongó sin variación notable durante algunos dias. Se hablaba de que de un momentro á otro, todos serian restituidos á sus hogares, menos don Francisco Carpesano, que con pasmosa admiración de todo Santiago, parecia ser un conspirador terrible. Gracias á la intervención de José Retamo, los detenidos recibian de sus casas el almuerzo y la comida, tenian buenas camas y se les permitia continuar recibiendo la visita de sus familias. Cada uno empezaba á restablecer las pequeñas manias de la vida del hogar. Les habian llevado las chinelas, los gorros de dormir, las navajas de barba. Don Manuel Cardenillo tenia ya su ropa más vieja: la chaqueta y el pantalón raidos que se ponia siempre al entrar en su casa. La condescendencia de los carceleros habia devuelto así una calma relativa á los ánimos. Empezaban á mirar su detención como una molestia pasajera, que les daria la importancia de hombres perseguidos. Y en esa especie de convalecencia moral, en la que las fuerzas volvian poco á poco, engañaban el tedio de las horas de prisión jugando interminables malillas.

Desgraciadamente, aquella confianza en la libertad cercana fué parecida á los dias de sol de los inviernos de Chile, en que el tibio fulgor del astro parece anticipar la primavera. La oscuridad vino pronto, con su densidad tenebrosa de noche sin estrellas. Una mañana, los portaviandas fueron devueltos, con sus sabrosas carbonadas, sus locritos falsos, sus cazuelas de ave y de cordero que llegaban *calientitas*, como trayendo el calor de los corazones que las enviaban. Las puertas del cuartel, cerradas de nuevo para las visitas, volvieron á tomar el aspecto adusto de prisión que tuvieron el primer dia. Los detenidos se hallaron de repente en un régimen de dura cautividad, cayeron en el abismo espantable de las mortales angustias, vieron tornar amenazantes los recuerdos del 6 de febrero. La alarma cundió también de nuevo en Santiago. La desolación y el llanto reinaron en las familias de los secuestrados. La re-

conquista volvía á mostrar sus dientes de fiera carnívora. El horizonte se encapotaba con nubes de tempestad.

Circulaban rumores anónimos, confusas noticias sobre aparición de formidables montoneras en alguna parte. Alguien había recibido una carta de San Francisco del Monte, en la que se hablaba de graves sucesos por el lado de Melipilla. De los amos, esos rumores pasaban á los sirvientes, de los sirvientes al pueblo. En la noche resonaban los gritos sediciosos: ¡ Viva Chile ! ¡ Viva la patria ! ¡ Viva Manuel Rodríguez ! El brusco y severo cambio que se había operado en el cuartel de Talavera, confirmaba en el espíritu público, la gravedad de lo que el Gobierno parecía ocultar.

Se notaba, al mismo tiempo, una agitación mal desimulada en las regiones oficiales, un movimiento inusitado de tropas, un gran aumento en el número de patrullas nocturnas. Bien que el terror de los denuncios, estimulados por gruesas recompensas pecuniarias, fuera un obstáculo á la circulación de estas noticias, los rumores sobre montoneros, sobre combates en el sur, crecían por momentos, aunque discretamente, como el ruido del riachuelo que se desliza desde la altura, con su murmullo de confidencia y aumenta su caudal de ondas alegres con las corrientes que de todas partes bajan de las laderas á engrosarlo. Un nuevo aliento de vida parecía soplar sobre la capital aletargada por la reconquista. En los hogares desconsolados flotaba como un presentimiento, una esperanza indefinida de mejores tiempos, algo semejante á la sensación precursora con que se anuncia al alma, tras de larga velada, la luz del crepúsculo matinal, antes, mucho antes, que se hayan disipado las sombras de la noche.

LVII

Gracias á la previsión de Rodríguez, de haber enviado á Pepe Carpesano á la descubierta del paradero de Neira, los cuatro viajeros, después de llegar á inmediaciones de San Fernando, entraron sin tardanza en comunicación con el antiguo inquilino de Cumpeo y de los Canelos. La fama, con su volubilidad de mujer, á la que todo éxito subyuga, lo había sacado en corto tiempo de la turba de salteadores que infestaban los caminos. Hacía resonar su nombre en los ecos silenciosos del país reconquistado. Cubría su tosco

traje de huaso con el oropel de la leyenda. Se decia que Neira no era un bandido vulgar. Sus salteos, sus desvastaciones, tenian un sello de superioridad sobre las fechorias oscuras de sus rivales. Como el cobre vil, su carácter inflexible tenia una mezcla de oro: la del sentimiento patriótico. Las anécdotas, que son la fantasia de la historia, lo señalaban protegiendo á los caminantes patriotas y desvalijando sin piedad á los realistas, poniendo á saco y á fuego la hacienda del sarraceno, y salvando del ataque de otros malandrines la del insurgente. Sea lo que fuere, Neira tenia por entonces la aureola de romántica nombradia con que las operetas modernas ofrecen á la ilusión del espectador sus pintorescos bandidos. Su cabeza estaba puesta á precio, no le faltaban admiradores y parciales en las poblaciones, los pobres de los campos lo miraban como un protector.

Para ir á buscar á ese personaje en la quebrada donde se reposaba de sus correrias, Rodriguez destacó á Cámara cuando estuvieron á poca distancia de los contornos donde poco más ó menos, decia Pepito que deberia encontrarse. El asistente del mayor Robles dejó llegar la noche y con el instinto del nómade que parece adivinar la topografía de las regiones que recorre, fué atravesando la inculta montaña, por altos y por bajos, hasta que divisó los reflejos de una luz, al través del espeso bosque de robles. Entonces dió su agudo silbido, el mismo que le servia para hacerse reconocer cuando llegaba á la hacienda de los Canelos, un silbido penetrante, que parecia lanzado hacia arriba, en el espacio, como un volador, y terminaba en una inflexión particular, una nota como el chasquido que hace en el aire la punta del látigo agitado por el postillón. Cuatro hombres, que comian y fumaban al rededor de la fogata, se incorporaron de un salto. Otros dos, apostados de centinelas á corta distancia, acudieron. Al mismo tiempo, del fondo de la espesa enramada que rodeaba á la fogata, salió un silbido igual, como una respuesta al de Cámara.

— Ese es amigo, dijo una voz de hombre desde el punto de donde acababa de resonar el segundo silbido.

Neira se mostró entonces, apartando las ramas. Era el huaso robusto, casi lampiño, de tupida cabellera araucana, tiesa como crin de caballo, que habia terciado con valiente empuje en la reyerta de Talagante.

— Es el roto Cámara, dijo á los otros, *naide* sino él y yo *sabimos* chiflar así.

Uno de los hombres sugirió sus temores. « Cámara podía haber sido amigo antes ; pero no era imposible que lo hubieran conquistado los godos, y lo hubiesen *conchabado* para que les entregase á Neira, por lo mismo que ya lo conocía ». Neira rechazó la suposición. « El roto no se vendía á nadie y era bravo como perro. Primero se dejaría descuartizar que vender á un amigo, los dos eran *cumpas* desde *medianos.* »

— Váyanse ustedes á tomar sus caballos, concluyó, y ahí me esperan, yo me encargo del roto.

Se volvió á oír el silbido de Cámara y la contestación de Neira no se hizo esperar. Los seis hombres habían desaparecido por el bosque. Neira se adelantó solo hacia el punto de donde venía otro silbido como los anteriores. Repitiendo ese mismo lenguaje, con menos intensidad de sonido, á medida que se acercaban, los dos hombres llegaron á encontrarse. Neira salió del escondite en que se había quedado aguardando que el otro avanzase, cuando lo vió solo.

— ¡ Hombre ! ¿ qué andáis haciendo ?

— Á buscarte vengo, ¿ qué *queris* que ande haciendo á estas horas por aquí ?

— ¿ *Pa* entregarme á los godos ? cuando menos.

— ¡ Como no, pues ! *pa* que nos vamos á entregar los dos juntos, del *bracete*.

— ¡ Y *pa* eso me *venís* á espantar el sueño ! ¡ Buena cosa hombre !

Siguieron así, chanceándose, como dos viejos *cumpas*, que se hubiesen visto el día anterior, sin otras manifestaciones de cariño ni de desconfianza. Cámara explicó entonces el objeto de su viaje. « Don Abelito, don Manuel Rodríguez y su Mayor estaban á poca distancia. Venían á juntarse con Neira para que los ayudase con su gente. Traían plata. Don Manuel Rodríguez mandaba y era preciso seguirlo. Con él podrían matar godos como moscas, porque era guapazo y buen patriota. Venían de la otra banda, donde había un ejército que luego pasaría la Cordillera y les ajustará las clavijas á los maturrangos. Entonces no quedarían más que buenos patriotas en Chile. Los sarracenos que escapasen con vida, irían á contar el cuento á *Goda*, para ver si á los hambrientos que queda-

han por allá les daba gana de venir á asomarse á nuestra tierra. »

Habian llegado á la fogata y « *echaban un trayuito* » de aguardiente para calentarse el cuerpo. Cámara empinó el cacho con el grito popular: ¡Viva Chile! Neira contestó. ¡Viva la patria! Ambos, con igual entusiasmo añadieron á su patriótica exclamación, la más enérgica de las de la lengua castellana, y terminaron con un ¡muera los godos! que resonó con inflexiones extrañas por los ecos de la oscura quebrada. Neira, después de esto, acompañado de Cámara se reunió con su gente, que esperaba á caballo.

— ¡Muchachos! nos vamos á juntar con don Manuel Rodriguez y á pelear por la patria, dijo á los seis hombres que miraban con curiosidad al *mentado* Cámara, del que tanto se habia hablado después del suceso de la plaza de armas.

El prestigioso nombre del tribuno revolucionario y aquello de « pelear por la patria », produjeron su afecto electrizador entre los rudos aventureros. Algo del ansia latente de rehabilitación, que dormita en el alma de todos los que han reñido con las leyes sociales, pasó tal vez por esos cerebros de poco discurso, en los que resonó el nombre de Rodriguez como el de un caudillo que los haria montoneros patriotas, en vez de salteadores de camino. Pero indudablemente fué la expectativa de « pelear por la patria » la razón determinante del entusiasmo con que todos declararon que seguirian á don Manuel Rodriguez « hasta la muerte ». « Pelear por la patria », para ellos y para Neira, era asaltar las poblaciones desprevenidas, poner á saco las casas, amarrar ó sablear á los indefensos, é imponer la ley del vencedor, el triunfante abuso de la fuerza á la aterrorizada resistencia de las mujeres despavoridas.

— El patrón don Manuel, añadió Neira, nos va á dar un suple de platita y no nos han de faltar por *ei* sus *cortesitos*.

La banda entusiasmada acogia poco después con grandes demostraciones de contento al caudillo revolucionario y á sus dos compañeros, que Cámara condujo hasta el campamento donde habia encontrado á Neira. Cual los grandes capitanes, Rodriguez estimaba que la rapidez de las operaciones, sobre todo en las campañas de guerrilla como la que iba á emprender, es uno de los más indispensables elementos de buen suceso. En pocas palabras, explicó á Neira su propósito más inmediato. « Debian ponerse en mar-

cha inmediatamente y caminar toda la noche. Él conocia algunos ranchos de gente pobre donde podrian, dispersándose, encontrar un asilo que los ocultase durante el dia. Se encaminarian en dirección á Melipilla, teatro que habia escogido para sus primeras operaciones. Cuando estuviesen por aqellos contornos, daria sus instrucciones definitivas ».

Habia concebido uno de los proyectos más audaces que recuerda la historia de ese apasionado temerario, en el que ardia el fuego patrio como una inspiración de iluminado. Asaltar por sorpresa un pueblo, con tres ó cuatro compañeros solamente, resueltos á todo como él, á jugar su vida en la demanda. Quería herir la imaginación del pueblo con un acto de arrojo, que le diese la convicción de que no hay empresa imposible para el que sabe atreverse. Con su brillante fantasía de hombre de entusiasmo, explicaba su pensamiento á Malsira, mientras caminaban delante de los demás, al paso del caballo, después de algún largo galope. « En esos momentos en que faltos de hombres y de armas no era dable acometer ninguna empresa de meditada estrategia, lo importante era despertar al país del letargo de esclavo en que perdia su vitalidad, con algún hecho, que por lo inverosímil y lo atrevido, pudiese inspirar ese heroismo de sacrificios, que hace arrojarse á los hombres, en un combate, á la boca de los cañones; una fuerza moral que engendre el delirio de lo imposible. Él iba á buscar ese prodigio con un golpe de mano, que pasaria por descabellado si se le analizase. Cualquiera que fuese el resultado, la causa de la patria recogeria el fruto de ese esfuerzo. El éxito electrizaria á los patriotas. El fracaso le daria las proporciones de un sacrificio digno de imitarse. Su plan combinaba dos operaciones simultáneas: atacar las casas de los Canelos, resguardadas en ese momento por seis hombres de caballería que habian servido de escolta á Violante de Alarcón, y entrar por sorpresa al pueblo de Melepilla, que el suponia escasamente guarnecido por milicianos. La primera operación tenia por objeto sacar las armas enterradas en la viña por don Alejandro Malsira, al recibir la noticia del desastre de Rancagua. Del asalto á Melepilla esperaba grandes resultados si triunfase ».

— Lo primero, dijo, es el efecto moral, el aliento que un triunfo de ese género puede infundir á nuestros partidarios y la alarma que indudablemente producirá entre los rea-

listas. Al paso que numerosos voluntarios vendrán á reunírsenos, á ofrecernos el concurso de su fuerza, perdida hoy para la patria por falta de un jefe que reúna y dé cohesión á todos los que están dispuestos á sublevarse contra los dominadores, el Gobierno de Santiago se verá precisado á debilitar la unidad de su concentración, destacando fuerzas que vengan á perseguirnos. En cuanto al resultado material, su importancia no es menos tentadora. Nos apoderaremos de los caudales de la contribución forzosa que acaban de recaudar, según las noticias que tengo; de las armas que podamos encontrar y que tanto necesitamos para formar una montonera respetable; apresaremos al Gobernador y lo haremos servir como de rehenes para un caso necesario.

Se calló por un momento, como midiendo la extensión de esas consecuencias. « La noticia de su triunfo circularía con la rapidez misteriosa de la sangre que lleva la vida á todos los órganos del cuerpo. El patriotismo inflamado, haría surgir legiones de valientes. El volcán de la energía pública comprimida por la pesada losa de la reconquista, estallaría en todas las provincias. Marcó no podría esperar la invasión de Mendoza con un ejército compacto. Se sentiría hostilizado por la espalda, por los flancos, por todas partes. Un incendio que bajaría de las montañas, que invadiría el llano, que haría salir sus llamas por todas las grietas de ese viejo caserón de la monarquía, del que arrancarían heridos de espanto los reconquistadores, como los insectos que huyen del fuego ».

— ¡ Ah ! ¿ El modo de llevar á cabo esa doble empresa? dijo, despertándose de su visión del porvenir. Es muy sencillo. Como los Canelos están guarnecidos por un piquete de seis dragones bien armados, gente capaz de defenderse con energía, casi todos nuestros combatientes tendrán que formar parte del cuerpo de ataque. Tú, el Mayor, Pepe y Cámara formarán, con los seis hombres de Neira, una fuerza capaz de habérselas con un enemigo que por su armamento y disciplina será superior á ustedes. Robles, como viejo militar y hombre aguerrido mandará en jefe, tú serás su segundo. Darán ustedes el ataque al amanecer y procurarán desenterrar las armas con la mayor prontitud. Hecha esta operación me mandarán un propio á Melipilla. Ese propio seguirá para « Lo Chacón », si todavía no hubiese yo llegado al pueblo. Ustedes esperarán mis instrucciones

en los Canelos. Yo me reservo á Neira porque necesito que él me responda de la fidelidad de su gente que va á ir con ustedes. Como el hombre es valiente á toda prueba será un auxiliar muy útil para mí. Tendré también á Lucho Carpesano, que debe venir á juntarse conmigo en Lo Chacón cerca de la hacienda del Marco. Con esos auxiliares solamente empezaré mis operaciones. Si no tengo contratiempo, espero atacar á Melipilla por la mañana y enviar á ustedes desde ahí mis órdenes, según sean las circunstancias. Al decir «atacar», es por falta de otro término más apropiado. Voy resuelto á tentar un golpe de sorpresa. ¿En qué forma y con qué elementos? No lo sé. Por ahora no cuento con más auxiliares que Neira y Lucho. Los otros serán los huasos que pueda arrastrar á acompañarme. En fin, ahí veremos, *Audaces fortuna juvat*, como decíamos en el aula.

Tenía fe en su estrella como todos los intrépidos. En su ardorosa organización de sectario, el culto de una patria independiente dominaba las otras ambiciones de la juventud, como domina la viva luz del faro las olas agitadas que llegan á besar su planta. El envite de su vida en ese juego de las guerrillas, del que fué el alma y el soplo inspirador, no lo hacía vacilar. El resplandor de sus esperanzas de triunfo le ocultaba el abismo oscuro de la muerte que podía encontrar en la demanda. Malsira no le hizo ninguna de las objeciones que divisaba contra aquella empresa, descabellada al parecer. Estaba persuadido de que cualquiera observación habría sido inútil. Rodríguez no se disimulaba los riesgos de su plan; pero á todo contestaba con un argumento que no admitía discusión. «Es preciso», decía con la conciencia de un mandato superior ineludible y severo, como el de la ley militar que impone al centinela el sacrificio de su vida antes que entregar el puesto á un agresor.

Abel, por otra parte, dominado por su imaginación de sentimental, casi no lo escuchaba ya. Un punto culminante, en medio de la confusa idea de un combate, se levantó ante sus ojos al oír que su amigo lo destinaba al ataque de los Canelos. La imagen que casi había conseguido arrancarse del corazón, la fascinadora imagen de la vindita, le aparecía ahora en su camino con la porfía de una tentación por lo vedado. Aquello era una fatalidad inevitable, un mandato de la casualidad que descarga la conciencia

de los escrúpulos que la aprisionan. Largo tiempo había luchado contra ese recuerdo en las meditaciones del destierro. Algo como el terror del novicio que siente despertarse en su cerebro, embotado por la embriaguez de una vocación sincera, las voluptuosas visiones de otro tiempo, lo turbaba á veces. Pero él conservaba intacta la dignidad que no desciende á las miserables transacciones de la pasión. Sin querer analizar las apariencias que arrojaban terribles dudas sobre la conducta de Violante en los trágicos sucesos que lo habían separado de ella, bastábale que fuese española para que el deber filial pusiese entre ambos una insuperable barrera. El tiempo y la distancia habían borrado la imagen dominadora, como se desgastan y pierden en vaga confusión, las líneas de la cabeza estampada en las monedas. En la noche de su gran desconsuelo, la confusa aspiración del alma que lo arrastraba hacia Luisa, hacia la tranquila ensenada de fresca sombra, calmó lentamente, como un sonido que muere en el espacio, las vibraciones de aquella pasión, en la que el vasallaje de los sentidos predominaba desde el principio. Ahora, un capricho del destino iba á ponerlo de nuevo frente á esa mujer que había querido olvidar. Abel no se inquietaba con la idea del combate próximo, con la incertidumbre de una lucha casi desigual. Pensaba en la mujercita risueña, con su rosada frescura de flor de durazno, en la voz que apenas toca los oídos para ir á acariciar el alma, en la picaresca expresión de la mirada, en todo ese conjunto de gracia y de frivolidades, que son, en un momento dado, la seducción irresistible.

Rodríguez lo sacó de ese arrobamiento de bebedor de opio.

— Para explorar el terreno en Melipilla, dijo, voy á mandar á Cámara, apenas nos alojemos esta noche. Él conoce ahí á todo el mundo, podrá adquirir noticias sobre la tropa que esté haciendo el servicio de la cárcel, y saber si hay otra fuerza acantonada en el pueblo.

Malsira, con este anuncio, salió de su meditación. Una especie de movimiento de la conciencia, que llama al deber al espíritu que se descarría, lo hizo reprocharse su meditación sobre Violante.

— Buena ocasión para que yo escriba á Luisa y á mi madre, haciéndoles saber lo cerca que estamos de ellas.

— Guárdate bien de hacerlo. Mándales decir de palabra lo que quieras. Pero, por escrito, nada.

Para justificar la dureza de esta negativa, tomó un tono de chanza:

— Lo escrito no es menos peligroso en estrategia que en amor, Abel amigo. Las cartas son terribles denunciadoras, que revelan su secreto á todo el que se apodera de ellas, añadió en tono serio. Por más diestro que sea Cámara para andar por todas partes sin que lo conozcan, en la peligrosa misión que le confío, corre el riesgo de ser descubierto y apresado. Si llevase una carta tuya, ¿cómo podría negar su calidad de emisario de los insurgentes? Con esa simple prueba lo fusilarían en el acto. Á mi juicio bastará con que tu madre y Luisa sepan que nos hallamos cerca de ellas. Ya no serás el proscrito lejano al que no hay esperanza de ver. Cámara les explicará por qué no escribes.

Abel se quedó silencioso con el aire de un hombre que se somete mal de su grado á un sacrificio. Rodríguez se esforzó entonces por dar nuevas razones en apoyo de su consejo, que era en realidad una orden. «Había consideraciones austeras que en la guerra se anteponían al sentimiento particular. El que en la hora del peligro quería ser campeón de la patria, debía renunciar á todo lo que pudiera ser parte á debilitar la fortaleza que inspiran las grandes resoluciones. La causa de la patria era exclusiva y absorbente. Debía servírsele, como los jesuítas sirven la causa de su *Orden*, esa patria espiritual á la que consagran el cuerpo y el alma, toda la voluntad, toda la fuerza de que son capaces. ¡La patria exige la abnegación superlativa del individuo!»

— Dejemos los sentimientos de ternura para la hora del triunfo, si triunfamos. Si sucumbimos, los enterrarán con nosotros.

Estas palabras resonaron como solemnizadas por el silencio de la noche. Abel continuó pensativo. Sentía que su alma no se elevaría nunca á la altura de la del ardiente revolucionario. El culto de la patria no era para él la religión exclusiva que reclama el fanatismo. Semejante á muchos de sus contemporáneos, pensaba que ese bien lejano de la independencia era demasiado problemático para continuar una guerra casi fratricida, que sembraría de ruinas y desolación la patria misma. Se le figuraba que era la independencia una especie de ídolo sangriento, insaciable de sacrificios, que devoraría en sus profundas fauces los me-

jores hijos de Chile. Pero era inútil oponer sus lánguidas impresiones de soñador pacífico á las violentas y fogosas convicciones de su amigo. Las circunstancias y no un imperioso convencimiento lo habian arrojado en la contienda. Valiente, estaba dispuesto á no economizar su existencia. Pero queria guardar para sí los fueros de su alma de sentimental, su indiferencia perezosa por lo que no toca á la vida del corazón. Era una alma de poeta, perdida en una época de batallas. Queria rodearse de sus evocaciones de amor en la vida errante que la suerte le habia deparado, ver siempre un espacio de cielo azul al través del humo de los combates á que su amigo lo destinaba.

Rodríguez volvió á su tono jovial, adivinando lo que pasaba en el espíritu de Malsira.

— Después de todo esto, me preguntarás, ¿por qué te doy la comisión de ir á apoderarte á viva fuerza de las casas donde hay tal vez para ti peligros mayores que el de las balas? Me sobran razones para esto. En primer lugar tú eres el único que conoce á punto fijo el lugar donde se encuentran las armas que vamos á buscar, puesto que fuiste tú quien las enterró con mi pobre amigo don Alejandro. Pero esto no bastaria, porque dando á Cámara las señas, él podria encontrarlas. Tengo una segunda razón. Quiero que haya una cabeza y una voluntad que refrenen el ardor de Robles y de su asistente, que serán feroces en la victoria. Y la tercera, que es la más importante, porque deseo dar una buena lección á la godita, haciendo que su protector sea el hombre de cuyos bienes se ha hecho dueño por el escandaloso abuso de los secuestradores sus compatriotas. Si estás ó no curado de su amor, poco me importa. Te la entrego como buena presa. Yo sé que ella no te hará desviar de tu deber.

Abel protestó de que estaba perpetuamente curado. Ya en el destierro se lo habia dicho á Rodríguez.

— Además, añadió sonriéndose, yo vuelvo á Chile como enemigo del magnífico don Francisco Casimiro, pero no como su rival. Hay una diferencia.

— Y en premio de esa buena disposición de espíritu te reservo una sorpresa. Si es verdad que antes de los ataques simultáneos á los Canelos y á Melipilla, no debemos, por ninguna consideración, exponernos á fracasar por imprudencia; bien podemos después, si la suerte nos favorece, procurarnos una entrevista con tu prima Luisa.

Á la exclamación de alegría con que Abel recibió este inesperado anuncio, Rodríguez contestó explicándole lo que pensaba hacer para esto. Cámara llevaría encargo, no solamente de anunciar á doña Clarisa y á su sobrina la proximidad á que ellos se encontraban, sino también de designar á Luisa un punto donde los encontraría después de los acontecimientos que preparaban. Ese punto sería alguno de los muchos que Abel debía conocer por aquellos contornos. Luisa podría venir ahí á caballo, acompañada de su tío y tutor don Jaime Bustos. Aunque Rodríguez esperaba adueñarse de Melipilla por algunas horas, ni él ni nadie de los que lo acompañasen debería presentarse en la casa que habitaba doña Clarisa y la chica. Esta era la manera de evitar que los españoles del pueblo pudiesen designarlas á la venganza de las tropas que sin duda enviaría el Gobierno de Santiago, apenas le llegase la noticia de las ocurrencias que ellos preparaban. De ahí la necesidad de que la entrevista tuviese lugar fuera del pueblo, ocultamente. Y como sería materia de comentarios si doña Clarisa, débil y delicada, saliese á caballo con su hermano y su sobrina, por esta vez era menester contentarse con ver solamente á la chica.

Abel encontró perfecto el plan de su amigo. Bastó la idea de ver pronto á Luisa para darle esa alegría súbita, que aun en medio de la mayor tristeza invade de repente los ánimos impresionables á la menor vislumbre de la esperanza. Impaciente, como para precipitar los acontecimientos, dió espuelas á su caballo y empezó á galopar. Rodríguez lo siguió al mismo paso, y tras ellos el Mayor y Cámara. Neira y los suyos, conocedores de la localidad palmo á palmo, se adelantaron para servirles de guías. Antes de amanecer se encontraban cerca de los Canelos por el lado de Huechún. Neira los condujo á los ranchos de un vaquero de la hacienda. Con la humilde y sincera hospitalidad que practica el huaso chileno, una virtud instintiva de solitario, el dueño de la habitación les cedió su pobre albergue y mató dos gallinas para la cazuela de los patrones. Su mujer preparó al mismo tiempo, con el *charqui* que hace parte del sueldo de todo inquilino, un valdiviano para los demás. Después de la cena, Rodríguez, Malsira y Robles, ocuparon el interior del rancho. Neira y sus hombres, de los cuales dos fueron apostados á distancia del camino como centinelas en observación, extendieron sus

pellones al lado de afuera para dormir. El vaquero sacó su avío para que le sirviese de cama en la cocina: una ramada, con quincha solamente del lado del sur, que se levantaba sobre cuatro horcones de espino, viejos y *chuecos*, frente al rancho.

Por aquellos mismos dias, la conmoción producida por los recientes sucesos de Santiago, extendiéndose á los campos circunvecinos, habia resonado en los pueblos poco cercanos de la capital. En Melipilla, las noticias no fueron solo un vago rumor sujeto á dudas y á discusiones. La relación auténtica de lo acontecido se difundió por todo el pueblo, al dia subsiguiente, con la llegada de prima Catita y prima Cleta, que fueron á hospedarse en la casa que ocupaban don Jaime, doña Clarisa y su sobrina. Las dos hermanas llegaron aterrorizadas, hablando todavia con voz trémula del asesinato de ña Peta y del peligro inmenso que en aquella noche aciaga, habia corrido, indudablemente según ellas, la integridad de sus personas. Apenas el juez del crimen hubo recibido sus declaraciones, se habian puesto en marcha, á caballo, escoltadas por sirvientes, á ponerse bajo la protección de don Jaime, á quien trataban de «tonto», de «medio leso» por haberlas abandonado en Santiago. Con movimientos de cabeza significativos de su constante acuerdo, de la unión de sus almas en un viejo pesar, nunca bastante deplorado, aludian á su preocupación maniática del golpe irremediable que la peste de viruelas habia dado á sus antiguas esperanzas. «Si él hubiese vivido, nada de aquello les pasaria. La ternura que á ese ser problemático le suponian por Cleta, las habria cubierto á las dos con su brazo protector. ¡Ha, si él no se hubiese muerto, no más! ¡qué distinta seria su suerte!»

Don Jaime quedó aterrado con las tremendas noticias que sus irritadas hermanas refirieron, arrebatándose la palabra. Prima Catita y prima Cleta, que jamás habian perdonado á su hermano su debilidad por el *huacho* en los primeros años, confirmaban con visible orgullo la certeza de sus vaticinios sobre Juan Argomedo.

— ¡Nosotras lo habiamos dicho! ¡no podia suceder otra cosa! ¡Ave María, señor!

«Los hombres también tenian la culpa de todo. ¿Para qué *se ponen* á tener hijos naturales? ¿Por qué no se casan cuando están jóvenes?» era la conclusión de las dos vestales. En seguida, hablándose una á otra, prescindiendo de

su hermano, de doña Clarisa y de la chica que las escuchaban moralizaron, extraviadas por el atractivo del tema matrimonial, y deseosas de dar una lección al «babieca de Jaime».

— Pero peor es, hijita, que se metan á casarse cuando están viejos.

— Así es, hijita, mucho peor. ¡Los viejos enamorados se ponen tan tontos!

Más que la triste muerte de ña Peta conmovió á don Jaime el anuncio de las numerosas prisiones hechas en Santiago.

— Toda la tertulia de don Francisco Carpesano está á la sombra, decía con satisfacción prima Catita.

— ¡No les gusta ser patriotas, tomen! añadía prima Cleta. Ambas tenían un gozo feroz de ver en la cárcel á todos esos hombres, sus contemporáneos, que jamás les habían dirigido un requiebro, que siempre las habían tratado de solteronas.

— Figúrate Jaime, ¡que hasta á Ropa Vieja se lo llevaron al cuartel!

— Y á don José Pepe. ¡Cómo se habría lamentado!

— Mejor, hijita, para que deje descansar á su mujer. ¡Ese sí que es pulga en el oído! Siempre metido en la casa.

Las observaciones sarcásticas con que hacían desfilar á sus amigos, agravaban la desazón de don Jaime.

— Gracias á Dios que á mí nadie podrá acusarme de patriota, dijo, buscando él mismo una razón para tranquilizarse.

Se le figuraba, oyendo á sus hermanas, que ese viento de tempestad podía soplar de su lado y arrastrarlo al abismo, como á sus parientes y amigos de la tertulia.

— Ahora es el momento de dar pruebas de ser un súbdito leal. Á los que somos nacidos en el país nos toca ser más decididos que los españoles europeos. No se comprende que haya gente noble, como los Carreras y tantos otros, que se mezclen con la canalla para sublevarse contra el Rey legítimo. Eso está bueno para los perdularios, para los que no tienen nada que perder. Nunca un hombre acomodado debe estar contra las autoridades.

Se paseaba á lo largo de la pieza, figurándose que pronunciaba un discurso en una tertulia política de donde irían á contarlo á palacio. Repetía frases sentenciosas de

don Anacleto Malespina, el gran oráculo; tomaba sus entonaciones de voz, se identificaba en pensamiento con aquel hombre feliz, que no podia inspirar sospechas á la Comisión de vigilancia como un simple chileno. Pero en una de sus vueltas, con su costumbre de buscar sus inspiraciones en los ojos de Luisa, la expresión desdeñosa con que la chica protestaba contra su profesión de fe monárquica le cortó el hilo de la inspiración. Sin cambiar de asunto, mudó entonces de tono.

—¿Saben lo que vamos á hacer? dijo iluminado por una idea que le pareció salvadora, iremos á celebrar la Noche-Buena y la Pascua en el Marco. Después de la misa, el cura Carreño dirá uno de sus buenos sermones contra los insurgentes, y les daremos chicha á los huasos para que salgan por el camino vivando al Rey. Yo me pondré á la cabeza de ellos si es necesario. Así verán todos que aunque tenemos parientes patriotas, en casa somos buenos realistas.

Aplaudieron esta idea prima Catita y prima Cleta. En la hacienda del Marco, rodeadas de inquilinos y de peones acostumbrados á obedecer á don Jaime, se creian más seguras que en Melipilla, donde no habia sino unos pocos milicianos para defender el pueblo.

— Si la canalla se contentase sólo con robar ¡qué nos importaria! exclamaban, consultándose entre ellas, repitiéndose con la vista, con gestos aterrorizados, las angustias que su virtud en peligro las habia hecho pasar, cuando los cuatro hombres habian tratado de abrirles la puerta del cuarto.

Doña Clarisa y Luisa declararon que ellas se quedarian en Melipilla. La chica sentia un presentimiento incierto, con las noticias traidas por las aristócratas doncellas. Los que habian ido á desenterrar el dinero en las dos casas no podian ser sino Rodriguez y Abel, únicos depositarios del secreto de esos *entierros*, ó personas enviadas por ellos. De cualquier modo, eso era indicio de que algo se preparaba. Luisa conocia la audacia del tribuno revolucionario. «No era posible que permaneciese por más tiempo en la inacción, ni probable tampoco que hubiese confiado á otros la arriesgada empresa de venir á buscar el dinero. Aquellos actos tenian el sello de su espíritu atrevido, amante de las aventuras que burlasen el poder de los españoles. Si era Rodriguez, indudablemente que Abel estaria con él».

Ante esa deducción se sintió turbada como ante un grande acontecimiento que se aproxima. No queria pensar en eso. ¡Habia esperado tan largo tiempo, combinado tantas posibilidades jamás realizadas! La fatigosa serie de expectativas desvanecidas, la sucesión de plazos vanamente fijados para el acontecimiento feliz, le habían dado al fin la superstición del que aparta su pensamiento del objeto deseado con la idea de que el cielo reserva las sorpresas felices únicamente á los resignados, á los que confían en su poder consolador y todopoderoso. Y la sorpresa feliz le llegó con las inesperada presencia de Cámara en el mismo dia, cuando don Jaime y sus dos hermanas acababan de ponerse en marcha para el Marco á preparar las fiestas de Pascua. Cámara les traía el aguinaldo de la buena nueva. En aquella casa vestida de luto, en aquellos corazones en los que el dolor habia descargado sus repetidos golpes, como el rayo de la tempestad que parece preferir el árbol ya tronchado para herirlo con su fuego, hubo un instante de abrumadora alegria, el violento empuje del alma humana hacia la dicha, invadiendo el pecho como un torrente que rompe sus diques.

Delante de la servidumbre contó Cámara que andaba buscando trabajo, que habia vuelto cansado de *rodar tierras* y que no habia podido llegar hasta Mendoza. Después, cuando se encontró solo con la señora y con Luisa, refirió la verdad, sencillamente, en su pintoresco lenguaje popular. Doña Clarisa y la chica creían soñar. La certidumbre de la presencia de Abel tan cerca de ellas les dejaba el corazón indeciso, enturbiando ya la honda clara de alegria del primer instante. Lejos de ellas, allá en el suelo extranjero, Abel corria menos peligros que á esa corta distancia, expuesto á ser prendido por los realistas.

Cámara les trasmitió el mensaje verbal de que venia encargado. « Abel y Manuel Rodriguez se encontrarian el lunes de Pascua, á medio dia, en la *posesión* de un tal Santibáñez, que ocupaba unos ranchos de vaquero perdidos en el bosque de espinos y de trébol, al pie de los cerros bajos, que se alzan hacia el poniente como á un cuarto de legua de Melipilla. Nada habló, porque nada sabia tampoco, sobre los proyectos de Rodriguez para el domingo de Pascua. Luisa podria ir al punto de la cita á caballo, acompañada por don Jaime, sin que nadie notase esta salida. »

Cámara tenia orden de volver antes de la noche á re-

unirse con Rodriguez en las casas de Lo Chacón, cerca de la hacienda del Marco.

Al presentarse en casa de doña Clarisa, habia tomado ya los informes que necesitaba el jefe revolucionario.

El pueblo no tenia más guarnición que la tropa de milicias, mal armada, que cubria las guardias de la Gobernación, del cuartel y de la cárcel.

En la cocina, donde fué á comer, después de su conferencia con las señoras, el rotito contó mil aventuras imaginarias para hacer creer á las criadas que durante el tiempo que habian estado sin verlo, él no habia salido de Chile y no podia tener noticias de don Abelito. Andaba buscando trabajo ahora que empezaban las cosechas. En medio de su charla, él y Mañunga mantenian ese diálogo mudo de dos corazones unidos en un secreto común. Ambos querian hablar á solas. ¡Tenian tanto que decirse tras de los largos meses de separación! Pero ahí era imposible. Después que Cámara se hubo despedido, Mañunga buscó medio, sin embargo, de encontrarse sola con él. So pretexto de ir á comprar algo á la esquina, habia salido de la casa mientras Cámara concluia de comer y volvió cuando el rotito llegaba al zaguán. No habia querido esperarlo afuera, de temor que alguien pudiese reconocerlo y denunciarlo. La criadita estaba visiblemente turbada.

— ¡Vaya, tanto tiempo sin verlo!

— Esta visita no vale, aquí en el zaguán, sin poderte dar un buen abrazo, dijo Cámara.

— ¿Qué quiere, pues? Yo no tengo la culpa.

Con su ciencia infusa de mujeriego, el rotito leyó la sumisión, la derrota de las antiguas resistencias en esos ojos de mujer vencida por el tiempo, por los recuerdos turbadores, por las largas horas de fastidiosa expectativa. No era ya la *china* aleccionada por la experiencia, resuelta á defenderse del seductor, á no sobrellevar otra vez la vergüenza de la primera falta.

— Y si siempre sois tan porfiada, no vuelvo más tampoco, dijo él vencedor, para medir el alcance de su victoria, aludiendo á la energía con que Mañunga acostumbraba reclamarle el cumplimiento de una promesa matrimonial.

— ¡Buena cosa! Con eso sale ahora, después de tanto tiempo sin vernos!

— Á ver, pues; muéstrame que ya no sois porfiada.

—¡Ya le dió con que soy porfiada! ¿Qué quiere que haga?

—Te voy á decir; pero es un secreto, no se lo digáis á nadie.

—¡Las cosas suyas! ¡qué había de contarlo!

En su garganta la súbita derrota carnal le anudaba la voz.

Cámara le explicó que no podía volver al pueblo; pero que ella podría venir á juntarse con él el lunes en la noche en la posesión de Santibáñez. Mañunga debía desde luego buscar quien le prestase su caballo.

—Yo sé que misiá Luisita con el señor Marqués tienen que ir allí mismo. Vos *podís* salir después sin que te vean. Síguelos no más de atrasito.

Mañunga prometió que iría, aunque fuese á pie.

—Ahora, váyase, pues, ¡no ve! Ya se salió con la suya. ¡Quién será el porfiado! Él había de ser, no más!

Una caricia con los ojos, una sumisión de enamorada, acompañó á estas palabras.

—Hasta mañana, pues. ¡Así me gusta la gente!

Se dieron vuelta la espalda sin ademán alguno de despedida, como simples conocidos que ponen término á un diálogo casual, sin importancia.

Bajo la impresión de la súbita noticia, la casa silenciosa se llenaba de vida para doña Clarisa y su sobrina. Olvidaban en ese instante la angustiosa inquietud de la ausencia, como se borran de la memoria del que ha hecho un largo viaje de mar, las tempestades de la travesía. Más tarde, en la calma de las horas de soledad, la chica se sintió sobrecogida de la inquietud del porvenir. La presencia de Abel venía á colocarla frente por frente á la solución del problema de su suerte. Desde el examen de conciencia en que se había confesado francamente su amor, nunca había vuelto á tergiversar con sus propias sensaciones. Al aproximarse la hora de la prueba, temblaba de haberse dejado engañar por la alucinación de la esperanza. Ahora, con la valentía de su ánimo buscaba los fundamentos de esa alucinación. Ponía en ello el prolijo empeño con que un juez compulsa y compara los fragmentos de prueba, para formar su convicción sobre el hecho que está encargado de investigar. «¿Cómo descifrar el enigma oscuro, en ese corazón de hombre? Á pesar de encontrarse al parecer dominado por otro amor, se había acercado á ella tantas veces, casi

con la gracia indefinible de un adolescente que no sabe darse cuenta de sus primeras aspiraciones al lado de una mujer » Una á una sus conversaciones con Malsira, venian á explicarle lo que ella llamaba su alucinación. En la serena rectitud de su alma, en su casta ignorancia de virgen, el problema la perseguia con su secreto indescifrable. Al reflexionar ahora en su larga carta al joven, temia haber dejado traslucir el estado de su corazón. Se sonrojaba de pensar que Abel hubiese realmente adivinado lo que en el fondo de su pensamiento ella habia querido decirle. Era principalmente el recuerdo de aquel instante fugaz de la última despedida, lo que la habia arrastrado á la velada confesión que ahora le parecia trasparente.

Pero ese instante, en la poco accidentada historia de su vida, era una fecha. En la memoria viva, casi material, de ese rápido momento en que Abel la habia estrechado contra su pecho, le quedaba como una revelación misteriosa de una existencia que ella no conocia. « Si era simplemente un cariño fraternal, ¿por qué la habia estrechado así? ¿por qué temblaba balbuciente su voz, como si hubiese luchado con una emoción superior á la pena de la separación? » ¡Todo eso era el gran problema! Era tiempo ya que cesase esa larga duda, que tomase forma ó muriese ese germen de esperanza. Con fria resolución, preferia el desenlace á la incertidumbre. Ella misma pronunciaba su sentencia. Si se engañaba, las puertas de un convento, esa tumba de vivos, se cerrarian para siempre sobre su eterno desconsuelo. Un suicidio cristiano. Sobre su alma colocaria la losa de lo irremediable, que impone las fuertes resignaciones.

LVIII

Alarmado con la aprehensión de su padre y de todos los tertulios de la trastienda, Beno Carpesano salió precipitadamente de Santiago en la noche, burlando la vigilancia de los piquetes de tropa encargados de exigir la presentación del pasaporte á todo el que saliese de la capital ó entrase en ella. En la quinta de su padre encontró caballo y de ahí se dirigió á las casas de Lo Chacón, que Rodriguez habia designado á Lucho para que viniese á darle cuenta de su comisión en Aconcagua. Lucho habia llegado

ya. Inflamados de patriótico ardor, orgullosos del importante papel que les cabia en el movimiento revolucionario, los dos hermanos esperaron á su jefe.

Manuel Rodríguez no tardó en llegar acompañado por Neira que le servia de asistente « y de jefe de Estado Mayor. Aunque todavía no tengo ejército », decia riéndose de la exigüidad de sus recursos bélicos el joven revolucionario. Habia dejado al mayor Robles con su « división » en los ranchos del vaquero, con encargo de mantenerse ocultos todo el dia, y dar al amanecer del siguiente el ataque á las casas de los Canelos. Él necesitaba ese dia en que la « división » de Robles iba á reposarse para preparar el golpe de mano que meditaba sobre Melipilla.

Los dos Carpesano le dieron cuenta de la situación en Santiago y en Aconcagua. « En la capital, se creia generalmente, que la aprehensión de caballeros inofensivos, no tenia otro objeto que el amedrentar á los patriotas. A pesar de las declaraciones del guardián que á la hora del relevo se encontró amarrado en casa de los Malsira, el gobierno y sus partidarios se empeñaban en acreditar el rumor de que se trataba de simples ladrones. Los patriotas acogian con incredulidad esas declaraciones. Estaban persuadidos de que no podia ser sino la obra de Rodríguez. Se habian doblado las patrullas. La tropa estaba acuartelada y los rotos por la noche atacaban á los serenos al grito de « viva la patria ». Lucho era portador de buenas noticias. Al saber que un ejército bien armado y disciplinado estaba á punto de invadir á Chile, al mando de San Martín y de O'Higgins, los ánimos en Aconcagua habian cobrado nuevo aliento. Los más indecisos declaraban que la hora de la acción habia llegado. La sangre de Traslaviña, de Hernández y de Salinas, los patriotas ajusticiados en Santiago, clamaba venganza. Sus nombres servirian de divisa al levantamiento. Enviados por Rodríguez, de palabra ó por escrito como santo y seña, serian para los que iban á ponerse al frente de las montoneras, la orden de abrir la campaña ».

Mientras tanto, en el Marco, prima Catita y prima Cleta habian ayudado al cura Carreño á dar un aire de fiesta á la capilla de las casas. La celebración de « la Pascua » debia dar lugar á manifestaciones de fidelidad y de amor al soberano. Don Jaime esperaba desvanecer así cualquiera sospecha que su parentesco con los aprisionados de la ter-

tulia, pudiese infundir al Presidente ó á sus consejeros. Á juicio del cura Carreño, un catalán intransigente, conocido en toda la comarca por su horror á los patriotas, todo el que no fuese español-europeo debia rescatar la mancha original de su nacimiento con donativos y manifestaciones ruidosas, que no permitiesen poner en duda sus sentimientos monárquicos. Don Jaime le habia dado carta blanca para solemnizar la Natividad con regocijos excepcionales, que hiciesen llegar hasta Santiago la fama de su lealtad al magnánimo Fernando VII. El cura habia enviado emisarios al vecino caserío de indios de Pomaire, á Chiñigüe, á Pico, al Paico, á todas las haciendas de los contornos, con encargo de convocar inquilinos, vaqueros, peones y *compañistas* á tomar parte en la fiesta. Después de la *misa del gallo*, él haria una gran plática, en la que según lo anunciaba á don Jaime, iba á poner « de vuelta y media á los perros insurgentes ». La plática enviaria al infierno « á todos esos hijos de Satanás », y concluiria con una exhortación á la ciega obediencia al Rey. Finalizaria con el anuncio de una cena en la que habria cordero asado y chicha en abundancia, servida en la ramada de matanza, á nombre de Su Majestad.

Desde la tarde, Rodriguez y sus auxiliares vieron pasar por Lo Chacón la gente de á caballo que se dirigia á la *parranda* del Marco. Con dichos campesinos, de antigua gracia convencional, se convidaban por ir á *remoler de lo bueno*. Gran parte de los hombres conducian á las ancas á sus esposas ó á sus hijas, vestidas con sus *camisones* de quimón bien almidonados, cubierto el busto con sus rebozos de vivos colores, sobre los que las trenzas del cabello lucían su brillantez y caían algunas hasta la grupa. Á guisa de adorno llevaban claveles y clarines prendidos en la cabeza, y una ramita de *albahaca* en la oreja. A casi todas, el solimán y el carmín les daba principalmente el aire de continuo sonrojo de las santas de altar.

Entrada la noche, los revolucionarios se unieron á los grupos de huasos en el gran patio de las casas, separado por una pared del camino. En el corredor, don Jaime, rodeado de sus hermanas que tomaban mate, y del cura Carreño que ayunaba para decir la misa, contemplaban esa invasión de gente de poncho y de rebozo, que después de dejar sus caballos en el corral, iba engrosando poco á poco y extendiéndose por el patio, como se extiende en una

fuente el agua que va saliendo del chorro. Rodriguez y sus compañeros parecian, por sus ponchos listados, por sus grandes guarapones de tosco fieltro, por sus botas de campo y sus espuelas, tan vaqueros y tan huasos como los demás. Se mezclaban á las conversaciones, ponian el oido á la charla, procuraban sondear la opinión predominante, descubrir en esos espiritus primitivos é incultos la simpatía de los ánimos, en la que la gran cuestión de los godos ó de la patria, no podia dejar de ser una preocupación dominante, porque era origen de reclutas y de contribuciones. Los huasos, reservados y cautelosos cada vez que oian tocar ese punto, se callaban con esa diplomacia instintiva de la desconfianza que domina á los campesinos, acostumbrados á confiar únicamente sus secretos á la naturaleza.

A las doce de la noche principió la misa. La capilla bastaba apenas para contener la gente. Cerca del altar, del lado de la Epistola, don Jaime, de pie, dominaba la concurrencia. Prima Catita y prima Cleta, de mantón, se habian colocado cerca de él, sentadas sobre sus alfombras. Tras de ellas, algunas criadas. Las mujeres de los huasos ocupaban el centro de la capilla, mientras que los hombres, todos de pie, llenaban los costados. Para que muchos no se quedasen fuera por falta de espacio, se habia permitido á gran número de ellos que pudiesen colocarse cerca del altar, frente al patrón, delante de la puerta de la sacristia. En medio del recogimiento de la ceremonia, al compás de la vihuela y del rabel, las cantoras entonaron sus ofertas de aguinaldos á la Virgen y al niño Dios. La rústica poesia de la letra habria perdido su sabor de agreste inocencia, si los versos hubiesen sido mejor cantados por otras voces menos populares, ó con otra música que la de los primitivos instrumentos con que se acompañaban.

Viva la señora Virgen
Y viva el niñito Dios,
Viva el padre san José,
Y el buey que lamió al Señor.

Y después de las invocaciones á los reyes magos, al asno del retablo y al gallo que « Al cantar cocoricó, cantaba Cristo nació », seguia la oferta de los aguinaldos:

Aquí te traigo señora,
Para que coman los dos
Esta gallina y sus huevos
Y este pavito mechón.

Todo lo que el pobre huaso puede ofrecer en su ingenua adoración: las aves de su corral, los corderitos de su cercado para que jugase el niño Jesús, las frutas nuevas y las hortalizas de su huerto. El mundo entero de las ambiciones y de los cariños en esas almas de solitarios.

El cura Carreño, al que la enumeración de todos aquellos comestibles iba dando un furioso apetito, se lanzó al galope sobre las páginas de su misal, ansioso al propio tiempo de llegar á la plática, en la que iba á fulminar contra los perros insurgentes, los furibundos rayos de su iracunda elocuencia. El muchacho que le servía de acólito, apenas alcanzaba á seguirlo en esa precipitada sucesión de oraciones y de místicos ademanes. Al fin, cerró el misal, como quien se apresura á terminar una larga tarea, y apoderado del cáliz se abrió paso por medio del grupo de campesinos que obstruían la entrada de la sacristía.

No bien entraba en ella, la puerta se cerró con violencia. Los que se encontraban cerca, creyeron oir al interior un ruido confuso de voces apagadas. Pero fué aquello de corta duración. Cesó pronto lo que parecía ruido, y apenas se oían tras de la puerta algunos pasos precipitados, como de gente que se mueve de un punto á otro con gran prisa. Lucho y Beno se habían introducido en la sacristía, escurriéndose tras de los huasos que se hallaban delante de la puerta. Al entrar el cura se arrojaron sobre él, cubriéndole la cabeza con una manta, amenazándole de muerte si daba un grito. El acólito, helado de espanto, trataba de ocultarse en un rincón. Después de ligar al cura de pies y manos con un lazo, Beno hizo salir al acólito. Detrás de él, Lucho, vestido de sobrepelliz, entró á la capilla, y fué á colocarse delante del altar. Beno, entre tanto, echaba llave á la puerta de la sacristía.

Los concurrentes creyeron que el padre que así llegaba era alguno encargado por el cura Carreño de hacer la plática para dar mayor solemnidad al acto. Pero don Jaime y sus hermanas se habían quedado atónitos de extrañeza. No acertaban á comprender lo que veían. La aparición de Lucho Carpesano, bajo la apariencia sacerdotal, paralizó

en los tres, por un instante, toda facultad de reflexión. Era algo tan inesperado y estupendo, que les parecía estar soñando. Las dos hermanas salieron de su pasmo antes que don Jaime.

— ¡Es el bellaco de Lucho que viene á jugarnos alguna de las suyas! mándalo agarrar y que lo saquen amarrado! exclamaron airadas, alentando á don Jaime con la vista.

La indignación de las dos solteronas se comunicó al caballero como una chispa eléctrica. Rodeado de sus inquilinos y de su servidumbre, le pareció que nada podía resistir á su autoridad.

— Agarren á ese sacrílego insolente, exclamó con formidable energía, apuntando con el dedo á Lucho, que levantaba una mano con aire paternal, invocando la atención del auditorio.

Hubo un movimiento general de confusión. Los huasos, incapaces de comprender lo que ocurría, se miraban, preguntándose con la vista unos á otros si el patrón se había vuelto loco de repente. La orden de don Jaime fué seguida de un ruido que hicieron las espuelas de los huasos sobre los ladrillos al moverse, sin saber qué hacer. En el mismo instante, dos nuevos personajes aparecieron en aquella escena de muda admiración, sin dar tiempo á los huasos de reponerse ni de obedecer á don Jaime. Manuel Rodríguez, con una pistola en cada mano, se abalanzó frente al altar, al lado de Lucho, mientras que Neira, con una tercerola, se colocaba en la puerta de la capilla, que daba salida al patio.

— ¡Cuidado con que nadie se mueva! vociferó el joven tribuno, como un eco al mandato de don Jaime; aquí nadie manda si no yo, y allá fuera tengo mi gente para amarrar al que no obedezca!

Un estremecimiento general de temor y de novedad confusa corrió por toda la concurrencia. El sonido de aquella voz imperiosa, la presencia de aquel hombre que sacudía las armas amenazadoras, pronto á dirigir la puntería sobre el primero que hiciese ademán de hostilidad ó de obedecer la voz del patrón, dejaron á los huasos sin movimiento. Únicamente, en el solemne silencio de indecisa expectativa que siguió á las palabras de Rodríguez, se oyeron algunos chillidos de mujeres aterrorizadas. Anonadado de espanto, don Jaime parecía próximo á desmayarse. Prima Catita y prima Cleta cambiaron entonces una mirada

de desolación y de horror, revelándose la terrible convicción de los espantosos atentados á que estarían expuestas á manos de los bandidos. La inmovilidad en que permanecían los huasos, la lívida palidez que cubría las mejillas del caballero, el terror que se reflejaba en las facciones de los criados, les dieron la espantable convicción de su debilidad y de su abandono. Sintiéndose indefensas, cubrieron con el manto su alarmado pudor, ocultando el rostro, y esperaron temblando la infausta hora de las depredaciones. Tal hacían las vírgenes romanas entregadas al furor de las fieras, en los sangrientos espectáculos del Coliseo.

Pocos minutos habían bastado para tan completa transformación de la escena. Manuel Rodríguez rompió el silencio que había seguido á su amenaza:

— Vaya, hermano, dijo á Lucho, diga su plática y hable fuerte para que le oigan.

Lucho volvió á levantar la mano, repitiendo el gesto de protección benévola que había interrumpido don Jaime. El silencio se hizo más acentuado, dejaron de sonar las espuelas sobre los ladrillos y el orador empezó:

— « *Et dixi populo: oportet godos repellere sicum peste.* » « Y dijo al pueblo: es preciso arrojar á los godos como una peste. » Así cuenta san Agustín. Esto significa, hermanos míos, que ya en aquel tiempo de los santos, uno de los primeros mandamientos del Señor era que se tratasen á los godos como perros con arestín, que se meten á las casas á robarse todo lo que encuentran.

Hizo una pausa, cual si quisiese que el auditorio se penetrase de la fuerza de su patriótico argumento. Beno, que se había colocado cerca de él, se volvió en ese instante con solemne inclinación de la frente, hacia don Jaime y sus hermanas, y en seguida hacia la puerta de la sacristía, y en tono de cristiana exhortación:

— *Fregate frater*, dijo con un aire de seriedad imperturbable.

Los huasos se miraron unos á otros admirados de comprender el latín. Lucho continuó:

— Nuestro buen hermano el cura Carreño, que se ha ido á cenar porque ya se moría de hambre, les predica á ustedes todos los domingos echando sapos y culebras contra los patriotas. Ahora nos toca á nosotros la palmeta, y venimos á fajarles duro á los godos. ¿Quién les saca á ustedes diezmos y primicias? ¡Los godos! ¿Quién les saca plata

por bautizarlos, por casarlos, por enterrarlos? ¡Los curas sarracenos! ¿Quién les lleva sus hijos á que se los maten en la guerra, quién les saca los realitos de la bolsa á fuerza de contribuciones? ¡Los maturrangos! Los godos y siempre los godos. Y entonces, ¿para qué los aguantan? ¿para qué son tontos, pues? No hay más que juntarse con nosotros, muchachos, que somos chilenos como ustedes, y ayudarnos á echar á los godos á puntapiés y á caballazos de nuestra tierra.

— *Fregate frater*, volvió á decir con aire compungido Beno, saludando de nuevo del lado de don Jaime y al de la sacristía.

Lucho prosiguió su plática en ese tono, mezclándola de tiempo en tiempo con algunos textos latinos de su invención, y atribuyendo á los evangelistas, por turno, la paternidad de sus burlescos despropósitos. «Ya tenían los patriotas, dijo, un ejército que iba á pasar la Cordillera por el Plachón, frente á Curicó. Ya venían los libertadores á matar godos como langostas. Chile entero iba á levantarse como un solo hombre. Los montoneros iban á aparecer por todas partes. Á los godos les llegaba su San Martín que los haría sonar. Al que no se uniere á los patriotas se le quemarían sus ranchos, se le quitarían los animales y se les llevaría la mujer para el bosque». En el vasto campo de los ofrecimientos y de las promesas, Lucho dió rienda suelta á su facundia. Hizo brillar ante esas imaginaciones sin horizonte, sin las antojadizas fantasías de la civilización, esa especie de paraíso de Mahoma en la tierra, que cada cual se forma dentro del límite en que giran sus ambiciones. «Todo el que se uniese á ellos se enriquecería en un *dos por tres*. Cada hombre recibiría dos caballos, de los que se les iban á quitar á los godos, una vaca parida ó dos secas, todas las herramientas para labrar la tierra y sembrar de su cuenta. Para sus mujeres se les daría cuanto hubiese en las tiendas ó en los bodegones de cada fundo perteneciente á un sarraceno. Aquello no tenía límite. Los domingos y hasta los lunes, el que quisiera podría emborracharse, se les *rayaría* licor por la mitad del precio y nadie los pondría en el cepo por borrachos.

Á cada pausa, Beno repetía su estribillo:

— *Fregate frater*, saludando á don Jaime.

— ¡Vamos, muchachos, terminó Lucho, con acento acalorado, con la voz del orador que quiere arrastrar á las

masas, como una especie de *do* de pecho que lanzan los cantores para transportar de entusiasmo á los oyentes, vamos ahora á divertirnos, á celebrar la Noche-Buena, hasta que llegue la Pascua. Para toditos hay de comer y de beber. ¡ Adelante ! El que está conmigo no me dejará irme solo. ¡ Viva la patria ! ¡ viva Chile !

Los huasos se habian ido animando á la voz del predicador. Un soplo de libertad empezó á conmoverlos. Antojo de espacio para correr á caballo, de pechar y empinar el *cacho*. Algo como el bienestar de una persona que puede estirar sus miembros después de una larga postura forzada, les pasaba por el alma y por el cuerpo. En ellos se despertaba, como la fuerza que siente desarrollarse el adolescente por la oculta acción de la naturaleza, el amor á la patria, el ardiente y orgulloso apego á esta tierra de Chile, al nombre de chilenos, que el español menospreciaba. Prendia en ellos el fuego interno de rebelión y de independencia, que ha hecho más tarde la fuerza singular de patriótica virilidad con que el chileno ha logrado colocarse entre los primeros pueblos de América. « El curita tenia razón. El godo era el opresor, el que los tenia encorvados sobre el suelo. »

— ¡ Viva Chile ! ¡ viva la patria ! repitieron siguiendo á Lucho, que escoltado por Rodriguez y por Beno, salió con aire triunfal de la capilla, gritando todavia :

— ¡ Mueran los godos !

— ¡ Que mueran !

— ¡ Mueran los sarracenos ! ¡ Mueran los pícaros maturrangos !

— ¡ Que mueran ! ¡ que mueran ! vociferaban los huasos, apiñándose para salir de la iglesia y esparciéndose después por el corral de matanza, donde las mismas mesas preparadas para celebrar al Rey, iban servir á la glorificación de la Patria.

Mientras comian y bebian, mientras las cantoras entonaban canciones y zamacuecas, Rodriguez había despachado á Neira con algunos huasos de buena voluntad, á sujetar en el camino á todo transeúnte, á fin de que la noticia de lo que pasaba en el Marco no pudiese llegar á Melipilla ni á San Francisco del Monte. Él y Beno, al mismo tiempo, emprendieron una activa pesquisa por las casas en busca de armas, mientras Lucho presidia la *parranda*, cantaba con las cantoras, tamboreaba sobre la vihuela, hacia el

además de beber con los huasos y abrazaba y besaba de veras á las huasas. Rodríguez había encerrado en una pieza á don Jaime y las dos resignadas víctimas que gemían á su lado, asegurándoles que nada tenían que temer.

Entre cantos y libaciones los sublevados vieron llegar el día. Rodríguez empezó entonces á organizar su expedición.

— Ahora, muchachos, nos vamos á tomar á Melipilla. Ahí está guardada la plata de las contribuciones, la plata que los godos les han sacado á ustedes por fuerza y que yo les voy á devolver.

La arrogante seguridad del revolucionario acabó por conquistar enteramente á los huasos. Todos se declaraban dispuestos á seguirlo hasta el fin del mundo. El joven tenía la palabra que toca los corazones, la vista que inflama con su fulgor de valentía, la voz que inspira la confianza y la fe.

Con su autoridad reconocida, rápidamente puso en orden á los jinetes, los distribuyó en grupos al mando de los más caracterizados y les dirigió una corta arenga, exhortándolos á la moderación en la victoria. Las pocas armas, dos ó tres tercerolas y dos ó tres sables, encontradas en las casas del Marco, fueron distribuídas entre los que con más ardor habían secundado el movimiento. Los demás hombres, la gran mayoría, llevaba por armas chuzos y picanas. Lo más serio del armamento era el machete que carga todo campesino de á caballo á la cabeza de la enjalma.

Á las ocho de la mañana dió Rodríguez la orden de ponerse en marcha. Él mismo se colocó al frente de su tropa improvisada, Beno y Lucho á los costados, Neira cerraba la columna. De este modo ninguno de los huasos podría dejarse llevar de un ataque de arrepentimiento y dar el funesto ejemplo de retirarse. La rapidez del trote fué aumentando poco á poco. La columna se componía de cerca de ochenta jinetes, todos bien montados. El orden de la marcha, el ruido de las espuelas, la nube de polvo en que iban rodeados habría hecho creer que esa turba de campesinos era realmente un escuadrón de caballería en campaña. Al llegar al pueblo, Rodríguez lanzó su caballo al galope largo, dando la orden de cargar. Los jinetes entraron por la calle como una gran represa de agua á la que se le ha levantado la compuerta.

Lanzaban voces atronadoras imitando el *chibateo* de los araucanos. Los raros transeúntes huían despavoridos, las

puertas de calle se cerraban. En la cárcel y en la gobernación los milicianos hicieron un simulacro de apuntar sin que saliese ningún tiro. Á la primera intimación se rindieron, figurándose que los asaltantes eran una avanzada del famoso ejército que debia invadir á Chile del otro lado de los Andes. En menos de un cuarto de hora Rodriguez era dueño de la villa, reducia á prisión al Subdelegado, se apoderaba de los caudales depositados en la tesorería y sacaba á la plaza con gran algazara y contento de su tropa, las arcas que los contenian. Los habitantes se unieron luego á los invasores, vencido el pánico de la sorpresa. Aquello tomaba un aire de regocijo público en vez de parecer un pueblo conquistado por las armas. Los huasos del asalto, orgullosos con su pacífica conquista se habian manifestado obedientes á sus jefes. En orden perfecto, sin tropelías ni depredaciones, los distintos grupos destacados á buscar armas en la población, hicieron una prolija pesquisa en el pueblo. Rodriguez aspiraba á organizar seriamente una fuerza bien armada, capaz de inspirar bastante temor al Gobierno para hacerlo romper su gran concentración de tropas en la capital, y facilitar así la obra del ejército que vendría de Mendoza. Pero el resultado de la pesquisa no correspondió á sus deseos. Solamente se encontraron las viejas lanzas de la caballería cívica que fueron en su gran parte quemadas en la plaza.

Acalorados aplausos produjo la incineración de aquellas armas. La infantil credulidad popular, veia en ese acto un preludio de la nueva fuerza que se levantaba á sacudir el yugo de la reconquista. Rodriguez hizo redoblar el entusiasmo con un golpe teatral, que debia dejar en las imaginaciones una prestigiosa idea del patriótico desprendimiento de los revolucionarios. En una arenga calorosa, pintó la rapacidad del Gobierno colonial, la exacción continua de contribuciones forzosas, el propósito de esquilmar al pueblo para mantenerlo en la impotencia de la miseria. «Él iba á dar el ejemplo de la obra de reparación, que seria uno de los grandes cuidados de los emancipadores de la patria. No era posible en aquel momento devolver á cada cual lo que se le hubiese arrancado en el último empréstito forzoso, que se estaba recaudando. Se devolveria al pueblo todo lo que se habia encontrado en las arcas fiscales».

La distribución empezó por los jefes y los que se habian

adherido en el primer momento á la empresa que acababa de triunfar. Neira tomó la mayor parte. En la misma tesorería le había entregado Rodríguez una buena suma para él y su gente. Rodríguez reservó el sobrante para el pueblo. A una orden suya, Lucho y Beno Carpesano, sumamente divertidos con aquella aventura, la mejor pegata de su vida, lanzaron las monedas al aire para que cada uno recogiese lo que su agilidad y su fuerza le permitiera.

— ¡ Á la recogida, muchachos! gritaban, animando á los circunstantes.

El momento fué de inmensa algazara. Jamás se había visto esa lluvia fantástica de plata que bajaba como un maná del cielo. En la lucha por recogerla, la turba en delirio, semejaba á un inmenso monstruo que se agitase en violentas convulsiones. Los ¡vivas ! de los afortunados, que saltaban, mostrando como trofeos las monedas recogidas, devolvieron á la escena el aire de júbilo que por un instante le había hecho perder aquella encarnizada rebatiña.

— Muchachos, exclamó Rodríguez al restablecerse la calma, ahora pueden irse tranquilamente á sus casas. Acuérdense siempre que lo primero es la patria, que todos debemos estar prontos á combatir y á morir por ella. ¡ Viva la patria y mueran los sarracenos !

Un clamor formidable de voces humanas, vibrantes de encendido entusiasmo, repitió las palabas que el revolucionario quería dejar grabadas en el pueblo, como una fórmula de porfiada constancia en la lucha por la emancipación. La turba, al dispersarse, unía también á la invocación de la patria el nombre del que aparecía como el apóstol precursor de la buena nueva.

— ¡ Viva Manuel Rodríguez ! ¡ Viva el valiente libertador !

El joven revolucionario sabía que los profetas que desaparecen antes que se disipe el rastro luminoso de la impresión popular, son los que aseguran el éxito de su propaganda. Alcanzado su propósito de herir la imaginación pública con un hecho inesperado y audaz, debía desaparecer de la escena de su triunfo, y no exponerse á un combate, necesariamente desgraciado, con las tropas que no tardarían en venir sobre Melipilla desde Santiago.

Mientras sus huasos se entregaban al descanso, celebró una conferencia con los patriotas de la villa, en casa del mismo Subdelegado, la única víctima del victorioso asalto. Allí concertó con los amigos los medios de recibir auxilios

y correspondencia durante sus correrías, les trazó el plan de conducta que debian observar para servir cada cual en su esfera la causa común, les sugirió los medios de mantener y desarrollar el espíritu patriótico en toda la comarca, les comunicó la ardiente fe en el triunfo final que lo animaba y dió por bien empleado su dia, al retirarse en la tarde con su tropa, con haber despertado á los patriotas de su desaliento é infundidoles su ardoroso espíritu de lucha y de sacrificio por la independencia.

Poco antes de salir de Melipilla, un propio habia traido á Rodriguez la comunicación que esperaba de los Canelos. Después de leerla contestó estas pocas palabras. « Aqui, triunfo completo. Esta noche mismo, en Huaulemu ».

Al separarse de lo que él llamaba la « división de Robles », Rodriguez habia prevenido á sus amigos que desde Melipilla les indicaria el punto donde deberian reunirse, después de haber ejecutado cada cual las operaciones concertadas en su plan de campaña. Huaulemu, una hacienda poco distante de la villa, en dirección al sur, le habia parecido el paraje más aparente para pernoctar y separarse de la campesina hueste que le habia ayudado en su primera jornada. No era su ánimo hacerse seguir por esa gente, sin hábitos de guerra, que pronto empezaria á sufrir la nostalgia de sus montañas, de su soledad y de sus cercados. Pero era menester dejar que se calmase el ardor del triunfo y que la distancia que el sueño pone entre los hechos de ayer y el dia que principia, les hiciese mirar como un feliz desenlace de su improvisada expedición, el poder regresar á sus hogares, irresponsables de lo sucedido y con el positivo beneficio de una buena suma en el bolsillo.

LIX

La empresa confiada al mando del mayor Robles; pero en realidad á la dirección de Abel Malsira, no habia encontrado, entre tanto, las inauditas facilidades, que la que Rodriguez, con tanta fortuna, acababa de rematar. Antes de amanecer los diez hombres se encontraban á caballo delante de los ranchos del vaquero que los habia hospedado y se ponian en marcha. Cámara, ascendido por el Mayor á la dignidad de cabo de escuadra, á la cabeza de los seis hombres, divididos en dos filas, hacia caracolear

su caballería. El Mayor llevaba á Malsira como ayudante, á su derecha. Robles había dispuesto ese orden con la adusta severidad de un jefe que siente la responsabilidad de un mando importante. Solo dió la orden de romper la marcha cuando hubo pasado una minuciosa revista á cada hombre. Cámara, penetrado de disciplinario respeto por su Mayor, había abandonado la familiaridad y las chuscadas que amenizaban su trato con su superior fuera de los actos del servicio. Á pesar de sus preocupaciones y de lo inusitado de la situación, Abel sentía grandes deseos de reirse de todo aquel belicoso aparato.

Desde la noche había explicado á Robles minuciosamente la topografía de los Canelos, los puntos por donde convenía dar el ataque, y la manera que según su inspiración debería emplearse para sorprender el piquete de dragones que resguardaba las casas. Á medida que se acercaba á éstas, el Mayor hizo acortar la marcha y tomar las posibles precauciones para que el ruido de las cabalgaduras, que los acostumbrados al campo perciben á grandes distancias, no los denunciase á los habitantes de la hacienda. Al llegar cerca de las casas al punto que Abel había designado para que la tropa se separase en dos partidas, el Mayor mandó hacer alto, y explicó en brevísimas palabras el plan de ataque. « Ahí debían echar pie á tierra y amarrar los caballos bajo las higueras que tenían al lado. El cabo Cámara con tres soldados y Pepe Carpesano, escalarían la pared del huerto para atacar por la retaguardia. Él, Robles, con su ayudante y los otros tres hombres seguirían á caballo y atacarían por el frente.

La explicación concluyó con una cita de la ordenanza, arreglada á las circunstancias:

Artículo 9.º, título 68, dijo con énfasis:

— « Durante la acción, no podrá bajo pena de la vida separarse soldado alguno de su fila... sin permiso del que la mandare. »

« Artículo 10.—Á persona alguna del ejército le será permitido desnudar á herido de los que quedan en el campo de batalla. »

Los salteadores murmuraron entre dientes:

— ¡ Cuando menos ! te los van á dejar para vos.

Los preceptos de la ley militar habían tomado en boca del Mayor la solemnidad de un mandato sagrado. Con su fanático respeto por ese libro, breviario de su devoción, daba

á las palabras una fuerza contundente; parecía, como con un martillo, recalcando sobre ellas, querer clavarlas en la inteligencia de sus oyentes. La conclusión de su proclama tuvo el agudo empuje de una estocada.

— ¿Para qué les digo más? pelear como buenos chilenos y no dar cuartel al que resista. Hacha y hacha, ¡no hay que aflojar!

Con el sable hizo á un trompeta imaginario la señal del toque de: « Paso de trote, marchen », y emprendió el andar, erguido y sereno hacia el frente de las casas, llevando siempre á Malsira á su derecha, seguido por los tres salteadores de Neira convertidos en soldados de la patria.

El dia comenzaba á dibujar vagamente la forma de los objetos. Todo tenia esa calma plácida de la tierra que empieza á despertar en su eterna frescura virginal. El aire es más tenue, los sonidos se disipan como un humo que se disuelve en el espacio trasparente. Hay notas discretas de aves que en la enramada parecen llamarse con timidez. Una palpitación de vida se desliza sobre el pasto húmedo de rocío, al través de las hojas de los árboles, sobre las aguas que corren besando las plantas de la orilla. Las vacas inmóviles vuelven hacia donde empieza á lucir el alba los grandes ojos pensativos, como queriendo darse cuenta de esa misteriosa evolución de la claridad después de las tinieblas. Es el instante en que el misterio intangible se desprende de los brazos de la naturaleza soñolienta, para dejarla modular, con la suave vaguedad de las cosas agrestes, su oración de alabanzas al Creador.

Abel, marchando al lado del Mayor, pensaba y sentia así. Su alma de niño venia á sonreírle, en medio de aquella escena familiar á sus recuerdos. Buscando nidos de aves, muchas veces, en su infancia, á esas horas habia sentido palpitar todo su ser con ese estremecimiento de la naturaleza. Pero la repentina asociación de su pensamiento con la rústica poesía de aquella hora matinal, fué instantánea, una de esas ideas fugaces que en medio de otros pensamientos absorbentes, impone á veces al espíritu la materialidad de los objetos que se ofrecen á la vista. La voz del Mayor lo volvió á la realidad. Como habria dicho el viejo guerrero, lo hizo « entrar en la fila ».

— Usted que tiene buena vista, señor Malsira, ¿alcanza á divisar algo en el corredor?

— Se ven unos bultos sobre el suelo. Son sin duda los soldados que están durmiendo todavía.

El estampido de un tiro, tras de las casas, resonó entonces en el aire. Una extraña nota de guerra en aquella armonía de la quietud y del silencio. Sobre el rostro apergaminado de Robles, hubo una contracción de violento enfado.

— ¡El atarantado del cabo Cámara, que viene á echar bolas á la raya antes de tiempo! ¿Para qué tanto apuro? ¡los íbamos á pillar dormiditos!

En el corredor, los bultos que había divisado Abel se incorporaron de un salto, al oir la detonación. Eran tres de los seis dragones que custodiaban la casa. Los hombres dormían medio vestidos, sobre sus pellones, con sus armas al lado. La absoluta seguridad de que ninguna partida de salteadores se atrevería á venir á los Canelos, mientras ellos se encontrasen resguardándolos, los hacía entregarse al sueño sin cuidado y sin otra precaución que la de no abandonar sus armas. Abel y Cámara, en el conciliábulo decorado por Robles con el nombre de «consejo de guerra», celebrado en las casas del vaquero antes de ponerse en marcha, habían supuesto con razón, que la fuerza enemiga estaría dividida por mitad, entre el frente de las casas y el huerto, por la parte de atrás. Esto decidió la forma en que el Mayor distribuyó su gente. Pero había recomendado á Cámara, que, en cuanto fuese posible, demorase su ataque, dándoles á él y á los suyos el tiempo de llegar á su puesto. No era imposible que la guarnición de los Canelos estuviese, al amanecer, durmiendo todavía, y era menester no desdeñar la posibilidad de apoderarse de ella por sorpresa. Pero el hecho no había confirmado la estratégica ambición del viejo soldado de la patria. El enemigo, en un instante, había cogido sus armas y puéstose en son de combate.

En tal situación no cabía ardid posible. El Mayor y su gente estaban en descubierto. Los soldados españoles, hombres aguerridos, repuestos de su sorpresa, se habían parapetado cada uno tras de un pilar del corredor. Robles no les dió tiempo de apuntar. Incapaz de vacilación enfrente del peligro, picó espuelas á su caballo, lanzando con enérgico acento su orden favorita:

— ¡Á la carga, muchachos!

Abel y los tres hombres lo siguieron de cerca. Al princi-

piar la carrera se encontraban á corta distancia del corredor, en el *llanito*, frente á las casas. Los dragones, sin apuntar bien, se apresuraron á descargar sus tercerolas sobre aquellos cinco jinetes, que se habian lanzado sobre ellos á carrera tendida.

El caballo del Mayor, sobre el que se dirigieron los tiros, por ser el que se destacaba adelante de los otros, recibió una bala en el pecho. Por la velocidad adquirida en la carrera, alcanzó á dar algunos pasos más, tratando de enderezarse, como después de un gran tropezón. Luego, cogido por un violento temblor de todo el cuerpo, inclinó suavemente las rodillas y tocó con la cabeza al suelo antes de caer de costado. En ese momento Abel y los tres otros jinetes pasaban á su lado, en el vértigo de la carrera. Llegando al corredor, acometian sobre los dragones. Sin tiempo para volver á cargar sus tercerolas, éstos las habian arrojado al suelo y echaban mano á sus sables. Pero ya los asaltantes estaban sobre ellos, y el empuje de los caballos los azotaba contra la pared. Uno de los españoles, pisado por el caballo de Abel, caia al suelo, al tiempo que asestaba al joven un vigoroso sablazo sobre la pierna derecha. La espesa bota de campo sirvió de protección á Malsira. Al caer, el hombre recibia un furibundo hachazo en la cabeza, asestado por el Mayor, que llegó corriendo á tomar parte en el combate. Rodeados por los cinco agresores, los otros dos soldados, después de corta resistencia, se rindieron.

Al mismo tiempo, Cámara y su tropa, sostenian un animado combate con los guardianes del interior. El tiro que habia despertado á los de afuera, con tanto disgusto del Mayor, fué la señal de alarma, al mismo tiempo que un acto de defensa, de parte de uno de los soldados, al divisar á los invasores. Guiados por el rotito, los demás saltaron sobre la pared del huerto y lo siguieron hacia la casa, ocultándose como él tras de los arbustos y malezas. Un gran parrón se extendia, dividiendo en dos el huerto, desde el patio interior hasta el fondo. Los hombres se deslizaban con precauciones de indio que va a dar una sorpresa, sin mostrarse, evitando hacer ruido, con sus grandes machetes en la mano. Sin mucha dificultad avanzaron hasta un punto desde el cual alcanzó Cámara á divisar á los dragones, que aun dormian en el corredor como sus compañeros de afuera. Miraba ya como seguro poder sorprenderlos en

su sueño; pero un contratiempo inesperado lo hizo detenerse.

Habian llegado con sus compañeros al pie de una hilera de naranjos, que de uno y otro lado, al empezar el parrón, servian de apoyo á una cerca de plantas y de flores, la única división entre el patio y el huerto. Un cacareo de gallinas y de gallos salió del follaje de los naranjos. Las aves, que empezaban á despertarse, asustadas con la presencia de los recién venidos, hicieron el oficio de los famosos gansos del Capitolio. Descubiertos, Cámara y su gente se lanzaron corriendo sobre el enemigo. Uno de los dragones; que habia despertado antes que los otros y tenia ya en la mano su tercerola, disparó sobre los que se desprendian de los árboles. El tiro fué la primera señal de alarma. Los otros dos hombres no pudieron descargar sus tercerolas. Apenas tuvieron tiempo de levantarse á la voz de su compañero y de empuñar sus sables. Cámara estaba sobre ellos y asestaba una de sus certeras puñaladas al más desprevenido. Los otros dos alcanzaron á retirarse al fondo del corredor é hicieron fuego sobre los asaltantes. Uno de los hombres de Cámara abrió los brazos en el aire en busca de apoyo, dió una vuelta sobre sí mismo y cayó pesadamente al suelo. A la vista del que caia, Pepe Carpesano se paró como petrificado. En ese momento se oyeron los tiros del combate que se trababa al frente de las casas. El granadero que habia descargado el primer tiro, creyendo sin duda que el ataque era dado por una fuerza numerosa, desapareció de la escena, dejando á sus dos compañeros de armas acosados por Cámara y los dos hombres que le quedaban. Pepe se habia asignado el papel de la reserva, y detrás de un pilar animaba á los otros. El rotito hacia prodigios de agilidad y de atrevimiento. Mientras sus auxiliares se mantenian á distancia respetuosa del sable de los dragones, él, con su puñal en la mano derecha y el brazo izquierdo envuelto en su manta, habia vuelto á herir al mismo al que habia sido el blanco de su primer empuje. Ese hombre, que seguia combatiendo á pesar de la pérdida de sangre, empezaba á flaquear por falta de fuerzas. Pero él y el otro español parecian concentrar sus esfuerzos sobre el incansable Cámara, que se multiplicaba en torno de ellos, recibia sin cejar un punto los sablazos, barajándolos con el brazo izquierdo, y caia sobre uno ú otro al menor descuido ó al menor ademán que hi-

ciesen para defenderse del amago de los otros combatientes. Mientras se batian, Cámara no dejaba de hablar á sus adversarios, ora chanceándose cuando le erraban una estocada, ora exhortándolos á rendirse, á no perder su tiempo de balde, porque los habia de clavar en la pared. Los dragones replicaban con sus armas y de palabra. Sin la presencia de Cámara habrian dado razón de los otros dos que, más prudentes que el rotito, no lo secundaban con gran ardor. El joven Carpesano se agitaba tras de su pilar haciendo gran ruido, como si tomase parte en la pelea. De repente se abrió una de las puertas que comunicaban con el interior de la casa y que daban salida al corredor de afuera. Por ella aparecieron el mayor Robles y Abel Malsira, sable en mano. Acababan de dejar sus prisioneros desarmados y encerrados en una pieza bajo la custodia de los hombres de Neira. En presencia de ese aumento de enemigos, los dos españoles desalentados entregaron sus armas. Así, la victoria quedaba de parte de los patriotas; pero con pérdida de un hombre. Los españoles contaban dos heridos y uno disperso, que fué imposible encontrar en ninguna parte. Pepe contaba las peripecias del combate como si él hubiese sido uno de los actores más activos. Cámara, con su ironia de roto, templó el ardor de la improvisación del « futrecito ».

— Sí, pues, patrón; si usted no hubiera sujetado el pilar, la casa se nos venía encima.

Llegaba el momento de desenterrar los cajones de armas, el objeto principal de la expedición. Malsira, Robles, Cámara y Pepe, armados de barretas, acometieron la obra después de poner en seguridad á sus nuevos prisioneros. Al cabo de media hora la operación estaba terminada. Con esa preciosa adquisición, Rodriguez podria organizar una montonera formidable. Las órdenes del jefe revolucionario estaban cumplidas. La satisfacción de la victoria iluminaba los semblantes. El Mayor y Cámara se chanceaban, como hombres que han pasado un buen rato. Más de un año habian suspirado por tener la buena suerte de combatir por la patria. En ese instante se sentian capaces de hacer frente á un escuadrón entero.

— Sobre calientitos nos habiamos de largar para Santiago, mi Mayor, y cuando menos nos tomábamos la ciudad.

— Todo vendrá á su tiempo, cabo Cámara, no se olvide

de la ordenanza: « Todo Oficial en su puesto será responsable del exacto cumplimiento de las órdenes particulares que tuviese ». Don Manuel Rodríguez nos ha mandado que esperemos aquí, y aquí esperaremos.

Todo aquello había pasado en menos de una hora, hora eterna de mortal angustia para Violante de Alarcón. Despertada del dulce sueño matinal por el ruido de las detonaciones y la vocería de la refriega, vistióse precipitadamente. Á ese tiempo acudían hacia ella despavoridas, sus dos criadas que dormían en una pieza vecina. Aunque poco tímida en las circunstancias ordinarias de la vida, Violante se dejó contagiar por el pánico de sus doncellas, que se habían puesto á rezar en alta voz, figurándose que de este modo la oración sería más fácilmente oída en el cielo. La realidad era espantosa. En la oscuridad de la completa ignorancia de lo que pasaba, el peligro adquiría las proporciones de una catástrofe tan inmensa como inevitable. Los tiros y la vocería que resonaban en la estancia con la doble intensidad de la repercusión por los ecos de la casa entera, eran indicio de una lucha encarnizada. « Si sus seis guardianes bien armados, no bastaban á poner en derrota á los asaltantes, era evidente que su número debía ser muy superior: alguna gran montonera, sin duda, que acabaría por triunfar de los defensores de la casa ». Con amargo desprecio pensó la viudita en la ciega confianza de Marcó del Pont, que se jactaba de haber sofocado para siempre todo espíritu revolucionario. « Más previsión había tenido ella que al hacer la adquisición de la hacienda, se había precavido contra la eventualidad posible de la vuelta de los patriotas. ¡Tarde reconocía la imprudencia de haber venido! » El horror de su situación la hizo pensar en la fuga. Las piezas que habitaba tenían ventanas sobre el jardín. ¿Pero dónde huir? Á poco de haber llegado á la hacienda, había podido convencerse que estaba rodeada de gente hostil. Ninguno de los inquilinos querría seguramente, ocultarla. Todo esto pasaba por su imaginación, mientras las dos sirvientes entregaban su suerte á la protección de la Virgen. Al hablarles de que sería mejor escaparse por el jardín y correr á pie hasta Melipilla, las criadas la conjuraban de no moverse. « Si abría una ventana, los salteadores, era seguro, saltarían dentro de la pieza. Tal vez los soldados los harían huir ».

— No se mueva por nada, señorita. Esperemos aquí.

— ¡Ay, señorita! ¡hágalo por la Virgen santísima! ¡No abra por Dios!

El tiempo que pasaba iba dando cada vez mayor fuerza al consejo de las criadas. El ruido habia cesado gradualmente hasta convertirse en un silencio profundo. Las tres mujeres empezaban á sentir el bienestar incierto de los que teniendo miedo á las tempestades, oyen alejarse y, por fin, cesar enteramente los truenos. La seguridad no es absoluta, pero se hace por momentos más completa. Violante empezaba á inquietarse, sin embargo, de ese silencio prolongado. « Si los dragones estaban triunfantes, ¿por qué no venia alguno de ellos á decírselo? » Esta reflexión, que repitió á cortos intervalos, la hizo volver á su idea de la fuga, y estaba á punto de ponerla en práctica, ó de ensayarla por lo menos, cuando sintieron fuertes golpes á la puerta de la pieza.

Ninguna de las tres contestó.

— Si no abren lueguito, echamos la puerta abajo, dijo del lado de afuera la voz de Cámara.

Violante se adelantó á abrir ella misma. Las sirvientes no se atrevian á moverse. Sacó la tranca, torció la llave, y preguntó con voz bastante segura:

— ¿Quién es?

Cámara, sin contestar, abrió la puerta.

— ¿Usted será *misiá* Violante? preguntó con un acento al que la vista de la belleza de la viudita dió cierta inflexión respetuosa.

— ¿Qué quiere usted? preguntó ella, haciendo gran esfuerzo por parecer serena.

El rotito, que habia entrado con sombrero puesto, se descubrió:

— Vengo de parte del patrón don Abel á decirle que si puede su merced venir á hablar con él en el salón.

— ¿Don Abel? ¿Quién es don Abel? preguntó la joven, no pudiendo imaginar que se tratase de Malsira.

— Mi patrón don Abelito, pues, el dueño de esta hacienda.

— ¡Qué, está ahí! ¡en la sala!

— ¡Cómo no, pues, señorita! ¡ahí está, pues!

La viudita se figuró que aquello era un ardid de los montoneros para hacerla salir de la pieza y se quedó vacilante.

— Prefiero que su patrón venga aquí.

— Bueno, pues, se lo voy á decir.

Cámara salió. Las criadas, á una orden de su señora, arreglaron de prisa el desorden de la estancia.

— Bueno, retírense al otro cuarto, yo las llamaré si las necesito.

La emoción le embargaba la voz. Antes que hubiera tenido tiempo de reponerse, Abel entró en la pieza y le hizo un profundo saludo. No menos turbado que ella, el joven se quedó un momento como esperando que Violante le hablase. Ambos, pálidos, se miraban con la inquietud del espíritu reflejada en los ojos. Pero el joven rompió luego el silencio:

— Dispénseme usted, señora, que me haya tomado la libertad de mandar buscar á usted en vez de venir yo mismo. Temía ser indiscreto, no sabiendo si usted podría recibirme.

Ella conocía ya la vibración de esa voz, cuando alguna emoción fuerte la dominaba. Le bastó oirla, para serenarse y volver á la posesión de sí misma:

— ¡Vamos! exclamó con cierta sorna, mostrando sus lindos dientes y arrojando sobre el joven una mirada de vaga dulzura, indecisa, como si preguntase: « ¿estamos de paz ó de guerra? » vamos, para un hombre que entra á viva fuerza en una casa, es usted muy cortés, señor de Malsira.

— Siento vivamente, señora, replicó el joven con profunda frialdad, haber venido á turbar á usted en su reposo.

Violante se había sentado y señalaba una silla á Malsira. La luz de la mañana llenaba la estancia. Lejos de ser desfavorable á la belleza de la viudita, la claridad hacía resaltar la frescura de su tez, la rica abundancia del cabello, descuidadamente echado hacia atrás, dejando ver la pequeña frente. En toda su persona, la gracia que antes había cautivado al joven, se trasformaba en la inquietante voluptuosidad, que los pliegues reveladores, en el desaliño del traje, dan á las mujeres jóvenes. Abel sintió la fuerza de esa impresión que debilita, que parece disolver las resoluciones del hombre. Se figuraba sorprender la vida íntima de esa mujer, asistir á la iniciación turbadora de los encantos soñados, ser sometido á una dura prueba en la que su voluntad estaba amenazada de desfallecer.

— ¿Turbarme en mi reposo? Pero usted pudo haberlo evitado, avisándome su visita. Yo le habría dejado á usted el campo libre.

— Entre otros inconvenientes graves, esa manera de proceder habria tenido, señora, el de privarme del honor de ver á usted.

— Si lo dice usted como un sarcasmo, encuentro mal elegido el momento, ya que al parecer soy su prisionera de guerra.

— ¡ Prisionera ! de ningún modo.

— Entonces, ¿ en calidad de qué me encuentro aqui en este momento ?

— Señora, usted lo sabe : en calidad de dueña de casa.

Violante ocultó su despecho. Veia que su antiguo adorador se presentaba como enemigo. Ella se habia lisonjeado con demasiada prisa de poder apoderarse de su voluntad.

— Y los otros inconvenientes, puesto que usted dice que hay otros, ¿ se pueden saber ?

Abel vaciló al contestar. Buscaba cómo expresar su pensamiento, sin parecer que formulaba una sospecha insultante.

— ¡ Oh ! inconvenientes personales, inconvenientes de mi situación. Condenado y perseguido como estoy, no puedo anunciar mis visitas adonde hay guarnición militar de mis enemigos.

— ¿ Habria temido usted que yo lo denunciase ?

Al hacer esta exclamación interrogativa, la joven dejó el tono desdeñoso con que habia dirigido su pregunta anterior á Malsira. Clavó sobre él una ardiente mirada inquisidora y atrevida, como queriendo ver en el fondo de su pensamiento.

Malsira hizo un ademán negativo ; pero vagamente, sin aire de protesta :

— ¡ Oh, señora ! ¿ cómo puede usted suponer ?

— ¿ Por qué no ? dijo ella con ironia. Es muy natural por el contrario. Usted no me conoce, ó más bien dicho, *no me conoce ya*, y encuentra que estoy instalada en lo que le ha pertenecido. ¿ Qué tendria de extraño que quisiese yo deshacerme de una persona que viene á pretender una reivindicación ; que se presenta á disputarme el derecho de encontrarme aqui, como usted dice, como dueña de casa ?

No le disgustó al joven la manera atrevida como la viudita atacaba de frente tan delicada cuestión. No era en ese momento la mujer coqueta, que usa de sus armas de seducción, como se habia figurado que iba á hacerlo. Se hallaba frente á una enemiga franca y osada, que lo provocaba en un te-

rreno en que debia sentirse débil. Preferia esa actitud á la mirada del principio, al estudiado descuido de sus monadas seductoras, á las entonaciones de voz que apaciguan como una caricia.

— Tranquilícese usted. No vengo á disputar á usted ningún derecho. La ley del más fuerte me quita mis bienes y los ofrece al mejor postor. Usted entra en la liza y sale victoriosa. Usted ha usado de un derecho según la voluntad del vencedor. Nada tengo que decir. En el azar de la guerra, esto es muy natural.

El joven se habia puesto de pie y hablaba con altanero desdén, mirando hacia afuera por la ventana, como reflexionando en voz alta, sin querer que sus ojos se encontrasen con los de ella. La viudita pareció ofendida con la actitud y con la respuesta:

— ¿Y entonces, á que ha venido usted? preguntó con impaciencia.

— Simplemente á buscar las armas que habia dejado en esta casa, sin imaginar que podria cambiar tan pronto de dueño.

— Bien está, bien está, replicó Violante, como exasperada con el frio desdén del mozo, ya tiene usted las armas, ya las ha recobrado usted, muy ruidosamente, es verdad, después de un combate, á lo que parece, acaso á costa de algunas vidas. Pero si usted vino á eso *simplemente*, ¿por qué ha querido verme? ¿por qué ha querido hablar con una persona cuya existencia parecia usted haber olvidado voluntariamente, desde hace tanto tiempo?

No era la misma mujer que habia conocido Malsira. Las palabras parecian salir del corazón y no del frio cálculo del cerebro. Su indignación la embellecia, le daba un resplandor de alma que antes no iluminaba su semblante. Como el joven, se habia puesto también de pie. La bata, de fina tela, atada por un cordón á la cintura, caia con la gracia de las túnicas romanas, dejaba adivinar las graciosas curvas, modelaba con incierta precisión el seno libre, sin la rígida opresión del corsé. Moral y físicamente era una nueva revelación. Abel empezó á encontrarla más peligrosa que la alegre viudita de los salones. La encantadora mujercita, primorosa de gracia en sus artificiales atavíos, no era sino la copia de la belleza plástica que parecia desafiar su orgullo varonil con la voluptuosa perfección de la realidad. La impresión á la que habia querido sustraerse mirando á la

ventana, mostrándose glacial y altanero, lo cogia otra vez á traición, como un enemigo emboscado. Sin estudio, casi olvidada de su belleza, en su nueva forma, lo ofuscaba con su magia de mujer deseada, lo rodeaba con invisible fuerza de atracción como si le echase al cuello los torneados y albos brazos, de los que alcanzaba á ver las líneas armoniosas, que partian en ligera curva de la delgada muñeca de la mano, hasta perderse en la amplitud de la manga. Engolfado, á su pesar, en esos detalles materiales que se apoderan del hombre como una fiebre, se habia quedado un momento sin contestar. La situación se le presentaba enteramente distinta de lo que él habia arreglado en su imaginación al evocar la posibilidad de una entrevista con Violante. Era ella la agresora. Ella la que lo provocaba á una explicación, después de los trágicos sucesos que los habian separado. La joven, al verlo callar, repitió su pregunta en otra forma:

— ¿Por qué no dejar que lo pasado sea lo pasado? ¿Por qué no ha persistido usted en su silencio, por lo menos ofensivo, y viene á buscarme sin que yo lo llame, á darme una pretendida satisfacción de cortesía, que yo no he pedido?

Abel exclamó con un acento de honda tristeza:

— ¡Ah, señora! ¡Usted sabe muy bien que la sangre de mi pobre padre nos separa! ¿No era mejor que yo cortase con un pasado que era imposible reanudar?

— ¡Imposible! ¿Y por qué? exclamó ella con exaltación, con todo su resentimiento de mujer desdeñada, convertido, en lugar de su ambición de brillo y de riqueza, en amargura.

— Y advierta usted, repuso con viveza, que yo no pido, ni quiero reanudar ese pasado; pero...

— ¡Oh! bien lo sé, interrumpió el joven con ironía. No ignoro que las esperanzas del presente son hoy para usted muy superiores á las de ese pobre pasado.

— ¿Es un reproche de ingratitud que usted me hace

— De ningún modo. ¿Con qué derecho lo haría?

— Con el derecho de la ingratitud misma, que no tiene ley para los hombres.

Ella no declamaba. Era positiva y de ideas precisas, hasta en su resentimiento. La lógica dominaba en su cabecita. El raciocinio sólido y claro era su ley, como en Abel lo eran el sentimiento y las emociones del alma.

— ¡Ustedes, agregó, arreglan las cosas á su manera! Exigen consecuencia impecable en las mujeres; pero se creen dispensados de someterse á la rigidez de esa regla. Está muy bien. De ese modo dispuso usted que fuera ese pasado del que íbamos hablando. Pero dejándolo tal como está, tal como usted mismo, con su silencio injustificable, quiso que fuese, yo reclamo por mi parte un derecho que usted me reconoce voluntariamente, al venir á buscarme, y ese derecho es el de que nos expliquemos francamente, sin dejar sombras ni equívocos, para que cada cual después, podamos tomar nuestro camino, con el espíritu aliviado del peso de dudas y de reproches.

El sonido de su propia voz parecía estimularla. Un impulso superior á su voluntad la empujaba por la pendiente. Era más que una actriz identificada con su papel, hasta sentir la realidad de las pasiones que el autor pone en su boca. Había deseado largo tiempo hallarse en un momento como aquel, confundir al joven con sus reproches, echarle en rostro su silencio y su abandono injustificables. Pero contaba con guardar perfecta calma, evitar con cuidado toda situación equívoca, hacer que la cabeza tomase únicamente parte en la cuestión, que para ella había sido hasta entonces, cuestión de interés. Su bien equilibrada razón, que jamás la había dejado desviarse en los senderos enmarañados del sentimiento, le decía que estaba ya demasiado comprometida con el magnífico Presidente del reino, para andarse con otras intrigullas que pudiesen comprometer situación tan brillante. Pero, he ahí que algo, en ese momento, la sacaba de quicio, he ahí que el corazoncito le latía de un modo extraño ante la indiferencia de aquel mozo, al que el sello del sufrimiento había ennoblecido las facciones, convertido en elegancia viril la gracia, antes delicada y casi tímida, con que tantas veces se había sentado á sus pies. He ahí que la caprichosa idea de pensar en el joven, que la había asaltado al mirar pocos días antes el paisaje desde el corredor, la empujaba ahora por la pendiente y la hacía deslizarse sobre ella, « únicamente para probar », se decía, para saber hasta dónde iría la deliciosa curiosidad que la encadenaba á la conversación.

Acercándose al joven, mientras hablaba, lo cubría con su mirada, en la que esa deliciosa curiosidad, sin duda, daba á sus ojos el reflejo imperioso, la expresión de reto triunfante, con que terminó diciéndole:

— Vamos á ver: ¿de qué me acusa usted?

El no acertaba á contestar. En presencia de aquella mujer transfigurada por una emoción tan íntima como repentina, las sospechas que habian herido su espíritu después de los sangrientos sucesos de la cárcel le parecieron monstruosas.

— ¿Á usted? ¡de nada! Acusé de crueldad á mi mala suerte que ponía entre usted y yo una barrera insuperable.

— No, sea usted franco, replicó ella con vehemencia. Extraviado tal vez por el dolor, llegó usted á creerme cómplice en la infame trama de esos espantosos asesinatos.

Abel protestó con el ademán. Ella prosiguió:

— No digo que esa idea viniese á usted desde el primer instante, que pudiese usted pasar de un momento á otro de sus juramentos de amor á la maldición de ese juicio temerario. Pero, en fin, usted se ausentó de Chile sin atreverse á verme, sin pedirme explicación ninguna. Tuvo usted más fe en su criterio que en su amor. Habia un engañoso concurso de circunstancias que podian arrojar sombra sobre mis actos, y usted lo aceptó sin examen, sin más consejero que su dolor de hijo. Ni la reflexión ni el tiempo han podido modificar ese estado de su espíritu. Sin eso, usted habria encontrado modo de decírmelo, de gritarme su error y su arrepentimiento. En vez de ello, silencio absoluto por más de un año. Y hoy, al presentarse aquí por un interés ajeno del todo á ese pasado, pide usted hablarme *simplemente* para excusarse, como hombre de buena crianza, de haber turbado mi reposo por la necesidad de sacar de aquí unas armas. ¡Vamos! ¡diga usted que todo esto no es verdad!

No se habia alejado del joven. Lo cubria con su mirada resuelta, como para que no saliese de la esfera de su fascinación. Y hubo momentos en que le tembló la voz y en que sus ojos se cubrieron de lágrimas. Eran las primeras que un hombre le hacía verter. La embriaguez de un nuevo sentimiento, un calorcillo extraño que nunca habia sentido en el corazón la dominaba. Con la última exclamación se dejó caer sobre una silla, descontenta de no haber podido contenerse, rabiosa de no ver caer al joven á sus plantas.

Malsira se sentía vencido. La calorosa emoción de la viudita disipaba enteramente sus antiguas dudas. Era un encanto aquella mujercita que le entablaba una querella

de amor, poniendo por jueces al buen sentido y á la lógica. Era imposible que ese conjunto de gracia femenil, de hermosura sana, de opulenta juventud, pudiese ser como las frutas de superficie apetitosa y lozana, roidas en el corazón por un inmundo gusano. Sus pasadas sospechas de que ella hubiese podido participar en la horrible maquinación de antaño, volvieron á parecerle monstruosas. Pero de todos modos era española, de la raza enemiga contra la que él había jurado exterminio. Se decía, además, que lo que él, por fatuidad de hombre, se figuraba que era una queja de amoroso despecho, era á todas luces un ardid de la linda criatura para ocultar sus amores con Marcó, y su fea acción de haberse apoderado á vil precio de un bien secuestrado. Esa mezcla de perfidia y de baja codicia venía á enturbiar la onda de violenta pasión con que tuvo el joven tentaciones de contestar á la viudita, abjurando sus errores entre mil besos apasionados. Pero ya que no podía emplear ese argumento supremo de las disputas entre enamorados, no se iría sin afearle su inconstancia.

—¿Qué hubiese podido haber dicho á usted, después de la espantosa catástrofe que venía á interponerse entre nosotros? contestó sin querer mirarla. Yo debía sacrificarme á mi deber de hijo, y busqué en el silencio y en la acción del tiempo la energía que no habría podido encontrar cerca de usted. Esa es toda mi falta. Por lo demás, el tiempo, que ha sido mi auxiliar, lo ha sido también de usted, y hoy nuestra situación está perfectamente definida. Usted ha cerrado el camino á la vuelta de ese pasado que usted tiene muy buenas razones para «no pedir ni querer reanudar», como acaba de decirlo.

—¿Qué razones? ¿Alude usted á la compra de esta hacienda?

—Y á lo que dice la voz pública sobre la pasión que usted ha inspirado al representante de su soberano.

Ella se encogió de hombros, como si el peso de la doble acusación le pareciese muy liviano.

—¡Ay, Dios mío, lo que son los hombres! exclamó con su sonrisita de niña mimada, recobrando su serenidad de hechicera, segura de la victoria.

Abel había descubierto el punto débil de su corazón, dejando traslucir al través de su afectada frialdad, la espina de los celos.

Se levantó Violante de la silla con graciosa desenvoltura. Casi estaba radiante con la seguridad del triunfo. La emoción sincera que un momento hacia la transformaba, desapareció de su rostro. Volvia á ser la mujercita frívola y coqueta, que calcula sus monerias y sus palabras. Acercóse al joven resueltamente y se puso con gracia extrema una y otra mano extendidas á cada lado sobre la cintura, como para mostrar con este movimiento tan natural é inocente, la elegancia y flexibilidad del talle.

— Sí; no se extrañe usted de lo que digo: ¡lo que son los hombres! Pues voy á convencer á usted en dos palabras, que esa doble acusación no tiene más fundamentos que su sospecha atroz, esa sospecha que usted se ha guardado de negar y que nunca le perdonaré, ¿entiende usted, señor visionario? ¡que nunca le perdonaré!

Lo desafiaba con la mirada picaresca, al abrir el cajón de una mesa, á la que se acercó como en busca de algo mientras hablaba. Después de un ligero esfuerzo, durante el cual Abel pudo admirar de nuevo la gracia de su flexible personita, sacó del cajón un papel.

— Supongo, dijo, que usted me hará la justicia de confesar que yo no podia tener la más lejana sospecha de que usted estuviese en este pais, ni aun de que le fuera posible volver del destierro. Esto da todo su valor á lo que aquí hay escrito: lea usted.

Era una copia de la carta que habia dirigido á Luisa Bustos al dia siguiente de llegar á los Canelos. Abel se sentia confuso. Un velo le caia de los ojos. Violante no habia dejado de pensar en él. «No es la ambición, sino mi sincera amistad por todos ustedes, lo que me ha movido á esta compra.» «Era preciso que el comprador fuese español europeo.» «He querido darles esta prueba de mi sincero aprecio y de la lealtad de mis sentimientos.» «Á fin de conservar los Canelos á la disposición de la señora doña Clarisa y de sus hijos». «Doy este paso con el vivo deseo de que sea aceptada mi oferta, cuando haya cesado toda medida de desconfianza contra la familia y de proscripción contra el que es ahora el jefe de ella, lo que espero conseguir pronto del señor Presidente». Cada una de esas frases resonaba en su cabeza, se destacaba de las otras como un reproche. Nada tenia que replicar.

— Lo que quiere decir, señor visionario, exclamó ella cuando vió que Abel terminaba su lectura, que mientras

el señor de Malsira me anatematizaba y me acusaba, mientras me suponia la codiciadora de sus bienes, yo, con mi necia debilidad, diga usted más bien con mi boberia de mujer, lo perdonaba y hacia valer todo mi crédito en la corte del Presidente para conservarle esos bienes y hacer que le fuesen abiertas las puertas de la patria.

El joven la miró con profunda confusión.

—Me confieso vencido. Me da usted una tremenda lección de generosidad...

—¡Y de constancia! exclamó ella interrumpiéndolo con triunfante alegria, y de constancia! no diga usted las cosas á medias!

—Entonces, ¿estoy perdonado? preguntóle el mozo con una sonrisa tambien, arrastrado por la cautivadora sencillez con que Violante parecia olvidarse de su injusticia.

Ella le tendió ambas manos, que el joven cubrió de besos.

—Eso de perdonado, dijo, lo veremos con el tiempo.

Y como Abel renovase con demasiado ardor su manifestación de amoroso vasallaje, la viudita agregó con su cristalina voz de contento:

—Vamos, no sea usted tan expresivo para sellar la paz; no estamos sino en la tregua.

Abel habria querido estrecharla entre sus brazos, comunicarle el desorden de sus sentidos, en el que se disolvian como los trozos de metal arrojados á un horno de fundición, sus magníficos propósitos de intratable dureza, los juramentos de odio eterno que le habia arrancado el dolor en la negra hora de la desesperación y de las horribles sospechas. Arrebatado por una ráfaga de violenta pasión, el mozo habia cerrado en ese instante los ojos al porvenir, como el que trata de levantar la insuperable barrera de un hecho consumado contra su vacilante voluntad. Pero la fria razón de la viudita heló en su pecho ese peligroso desbordamiento de su emoción. Cayendo entre sus brazos, Violante lo habria encadenado para siempre. Pero ella sabia bien lo que hacia, y con deliberada intención le hablaba de tregua. No queria una situación definida, porque tampoco lo era la de aquella tierra colonial minada por el volcán de sus aspiraciones de independencia. Estimaba ser locura, por un amorcillo, embarcar en una sola nave todas sus esperanzas. Si una zozobraba, queria poder transportar á la otra su cargamento de ambiciones tan porfiadamente perseguidas. En aquella inesperada entrevista se

habia convencido de que era Abel el único hombre capaz de hacer latir su corazón, y habia tenido miedo de que la traicionaran el corazón ó los sentidos, esos enemigos de la razón, siempre en asechanza. Al ver pasar por los ojos del joven esa llama del deseo que no engaña á la mujer, que se refleja en ella como en una lámina de reluciente metal, dominó la impresioncilla que la heria con su chispa eléctrica, arrojó su tonito familiar, su sonrisa de adorable alegria sobre la resolución del joven, como dicen que se arroja aceite al mar para adormecer el embravecimiento de las olas.

—Vamos, siéntese usted aquí, á mi lado, y hablemos con juicio, como si nada nos hubiese separado.

Le pidió la relación de lo que acababa de pasar, de ese combate que la habia «casi muerto de susto; ¡Jesús, exponerse así por sacar unas cuantas armas!»

—Y por ver á usted, la interrumpió el joven acercándose con pasión y pasando un brazo alrededor de la flexible cinturita.

—¡Alto ahí, no estamos en el combate! ¡no tan cerca, no tan cerca, que corte luz! exclamó ella, rechazándolo entre risas y fingido terror, retirándose de él. ¡Vamos, qué terrible hombre se ha vuelto usted!

En el mismo tono insistió en que era menester hablar con juicio, y se puso con amable volubilidad á trazar planes para el porvenir. «No habia que pensar por entonces en casarse. ¿Podria ella seguirlo de campamento en campamento? ¿exponerse, si se quedaba en poblado, á que la arrojasen á alguna prisión inmunda, para vengarse en ella del terrible montonero en que se habia transformado *su visionario celoso?* Era preciso esperar mejores tiempos. Ella le habia dado ya seguras pruebas de amor y de constancia. ¡Ah, si él no hubiese sido el temerario que ella tenia la debilidad de perdonar, ya estarian unidos tiempo há, y ella habria seguido su suerte y abrazado la causa á que la arrastraba el corazón, únicamente por él».

Esa verbosidad continua y armoniosa como el canto de un canario, habia hecho volver la templada reflexión á Malsira. Su ambición sentimental de un amor irreflexivo y dispuesto á todos los sacrificios, caia desilusionada. La hermosa mujercita que con un relámpago de emoción verdadera le habia trastornado el juicio, venia á hablarle ahora en nombre de la razón, con raciocinio casi aritmético, bien arregladito, con la sensatez de las personas de

nervios inconmovibles. Lo mantenía á distancia, hacia *cortar luz*, como acababa de decirle en su festiva chanza, le mostraba el lado práctico de la vida, exhortándolo á la cordura y á la paciencia. Pero él se habia entregado ya, y tenía esa timidez tan común en los sentimentales, que aceptan un sacrificio de manos de una mujer por no ofenderla, que no tienen la energía de recoger una palabra imprudentemente empeñada; la timidez que crea las situaciones equívocas y los arrepentimientos tardíos. Así pareció asociarse de muy buen grado á la calculadora calma de la viudita, entrar en sus proyectos á largo plazo, confiar al porvenir la solución de la insuperable dificultad que por el momento los separaba.

—Mi Mayor me manda avisar á su merced, que todo está pronto, vino á decirle Cámara en ese momento.

Era menester despedirse. Violante le anunció que en el mismo día iba á trasladarse á Melipilla y que allí haría una visita á doña Clarisa. « Si encontraba el momento oportuno, algo le insinuaría de la reconciliación. Después iría á Santiago, y aunque él no lo quisiese, lo haría indultar y le enviaría un salvo-conducto. Él procedería como le dictase su corazón. En cuanto á ella, estaba resuelta á esperarlo como hasta entonces, segura de que al fin podrían ser felices ».

Todo estaba pronto, en efecto, como lo anunciaba Cámara. Las armas y las municiones desenterradas se hallaban ya puestas á lomo de mula, sobre voluminosos aparejos. Los caballos ensillados, el desorden producido por el combate, reparado con prolijidad. El Mayor no habia dado reposo á sus hombres, y esperaba, listo para emprender la marcha, las órdenes de Rodríguez, á quien habia enviado un propio con la relación del combate de « Los Canelos », redactada por él mismo :

« Señor Comandante :

¡ Viva Chile ! Paso á dar cuenta á Usía de las operaciones que me mandó ejecutar en esta hacienda, á la que llegamos al amanecer, y después de dividir en dos mitades la fuerza de mi mando, una á las órdenes del soldado Cámara, *dragoneando* de cabo, que debia atacar á retaguardia por las casas, y la otra bajo las del abajo firmado por la vanguardia, dimos el ataque con el denuedo de ordenanza y nos tomamos la posición en cosa de veinticinco minutos, resultando un hombre muerto por nuestra parte y el

infrascrito contuso, dos mal heridos y uno disperso del enemigo, al que se le ahorcaron dos hombres después de juicio sumario, estando convictos de ser maturrangos, porque pronunciaban á la goda el nombre de Francisco y no era posible gastar pólvora que es tan escasa, para afusilarlos. Los ahorcados, y sus respectivos cadáveres, los mandé enterrar debajo de las higueras donde mesmo habian recibido el condigno castigo y el respectivo cadáver del patriota muerto de bala al principiar la pelea fué sepultado en la capilla de las casas.

Acompañando la lista del botín.

Dios guarde á Usia muchos años. — José Robles, comandante accidental de las avanzadas de la patria. »

Poco después llegó la contestación de Manuel Rodriguez. El Mayor, á la cabeza de su hueste victoriosa, con Malsira á su lado, emprendió la marcha á trote largo, hacia las casas de Huaulemu, derecho sobre su silla, con sable en mano, haciendo guardar las distancias como si fuese al mando de un verdadero escuadrón de caballería.

LX

Melipilla conservó hasta la tarde su aspecto de inusitada animación. Semejaba á una laguna perdida en la paz soñolienta de los campos, sobre la que soplara de repente la furia otoñal de una borrasca. Los vecinos, en parleros corrillos, no se cansaban de comunicarse sus impresiones Á todos les habia hablado el prestigioso caudillo. « Rodriguez me dijo á mi », era el comienzo de muchas frases. Tenian el orgullo del que ha escapado de una catástrofe y cuenta sus proezas á los oyentes maravillados. Ya nadie trataria á Melipilla de pueblacho insignificante. Un gran hecho histórico iba á trasmitir su nombre á la posteridad. El entusiasmo con que el pueblo entero habia secundado la atrevida sorpresa, haria decir más tarde: « decidido como un melipillano ». Era una vanidad colectiva de pueblo chico, un empinarse de hombre de corta estatura, cuando se compara con sus vecinos más altos.

La plaza estaba llena de gente todavia cuando don Jaime y sus hermanas la atravesaban á caballo. Prima Catita y prima Cleta, sentadas en sus *sillones*, pasaron volviendo la

espalda á « todos esos huasos indecentes », que todavía lanzaban vivas á Manuel Rodríguez. « Ya vendrían los soldados del Rey y les ajustarían las cuentas ». Con sonrisas irónicas se comunicaban su desprecio por el « gallina de Jaime », que, al pasar, respondía al saludo de algunos vecinos.

Poco después, un silencio general reinó en la plaza. Por el camino de la costa, seguida de numerosa servidumbre, entraba Violante de Alarcón, envuelta en la nube de polvo que levantaban las caballerías. Algunos murmullos se oyeron al paso de la intrusa que había comprado *á huevo* la hacienda de los Canelos. La viudita se dirigió con su séquito á pedir hospedaje al Subdelegado Yécora, apenas repuesto de la terrible malandanza en que había creído llegar á su hora postrimera. Rodríguez, antes de abandonar el pueblo conquistado, cediendo á las instancias de los vecinos, había vuelto al inofensivo prisionero las alas de la libertad.

Yecora encontró una casa para su elegante huésped. Su crédito en la corte de Santiago, lo salvaría del castigo que por haberse dejado sorprender tan ignominiosamente, fulminaría contra él don Francisco Casimiro. Violante le prometió ser su abogada cerca del supremo personaje. Sin hacerse anunciar, se presentó en la misma tarde en casa de doña Clarisa. La señora se hizo excusar de no recibirla en razón de sus achaques. Pero acudieron á la sala á traerle esas excusas, Luisa Bustos, don Jaime y las dos inseparables doncellas, que no querían quedarse solas porque se les figuraba oír á cada minuto el ruido de las montoneras insurgentes.

— ¡Ay, hijita! por un milagro de Dios y de la Virgen, nos hemos salvado sin que nada nos pasara, dijeron prima Catita y prima Cleta al abrazar á Violante, como si la encontrasen después de un naufragio.

En tumultuosa conversación le contaron las escenas del día. Violante habló del combate, absteniéndose cuidadosamente de mencionar el nombre de Abel. Como un acto de justicia encomió la moderación con que había sido tratada por los vencedores.

Prima Catita y prima Cleta declaraban que no podían decir igual cosa. « Estaban seguras que se habían encontrado expuestas á tropelías que apenas insinuaban, pero que el carmín de sus mejillas bastaba para denunciar. El cura Carreño les decía después que había tenido más

susto por ellas que por nadie. Basta que hubiesen estado ahí, decian con horror, el *desguañangado* de Lucho Carpesano, con sus piernas de *pillo*, y ese caballo del diablo de su hermano Beno, para que ellas hubiesen tenido el alma en un hilo ». Don Jaime contaba que él habia cedido sólo al número, pero que se habia obstinadamente negado á gritar « viva la patria ».

Prima Catita y prima Cleta interrumpian á cada momento la conversación, pretendiendo oir ruido de galope de caballos. Don Jaime, nervioso con las interrupciones de sus hermanas, estaba como si esperase de un momento á otro un temblor. Agotadas las historias de las dos montoneras, se retiró de la sala para ir á contar á doña Clarisa lo que acababa de oir á Violante. Las dos solteronas lo siguieron. Se creian más protegidas estando con don Jaime.

— Al fin y al cabo es hombre, hijita, dijo la mayor como una disculpa, y para algo han de servir los hombres.

— Aunque no sea sino como espantajos de chacra agregó la más joven, con aire de menosprecio general por el otro sexo.

Se retiraron secreteándose, disgustadas de la viudita y del aire de soberana superioridad que atribuian á Luisa.

— ¿Le oiste lo que decia la goda presuntuosa?

— Sí, pues, que los montoneros le besaban casi los pies. Ella no le tiene miedo á los hombres.

— Nos quiere hacer creer que delante de ella todos se pondrian de rodillas.

Con sus miradas entendidas se reian de esa pretensión. Un hombre cuya sombra posaba entre ellas, no se habria puesto de rodillas delante de esa muñeca.« ¡Cómo él no habia otros! Nunca perdonarian al destino su prematuro fin. En balde decian que con la vacuna todos estaban libres. *Él* estaba vacunado y eso no habia impedido que se lo llevase la peste! »

— ¡Cuándo está de Dios! se repetian una á otra, en su eterno lamentar esa calamidad irreparable.

La de Alarcón, entre tanto, se habia acercado á Luisa con afectuoso ademán.

— Esperaba que estuviésemos solas para contar á usted un gran secreto. ¿Sabe usted quién mandaba la montonera que asaltó las casas de los Canelos? ¡Abel, su primo de usted en persona! ¡Figúrese usted mi sorpresa!

No tuvo Luisa necesidad de fingir admiración. Queria

ocultar que conocía la presencia del joven por aquellos contornos. Pero la punzante emoción que sintió al oir ese nombre pronunciado por la viudita, demudó su rostro de tal manera, que Violante creyó que su noticia causaba una gran extrañeza á la chica.

— ¡ Figúrese usted mi sorpresa ! repitió persuadida de que Luisa estaba maravillada de lo que le revelaba.

— Bien lo comprendo, dijo la chica por contestar algo, mirándola con fijeza escrutadora.

Quería disimular el golpe de profunda inquietud que la habia sobrecogido. « ¿ Por qué se acercaba Abel á Violante de ese modo ? Es decir, que por verla arriesgaba su vida, mientras que para acercarse á ella, aunque supiese que estaba al lado de su madre, habia manifestado una prudencia excesiva, hasta evitar escribirle. ¡ Un simple recado de Cámara ! » Pálida, cogida por esa reflexión de celos, no se atrevía á interrogar. Con un hondo suspiro de amargura que sofocó en el fondo del pecho, encontraba á la española más hermosa que antes, creia verle un brillo de contento en los ojos, que iluminaba como un alegre rayo de sol, su gran belleza.

Pero Violante tenia su propósito. Era preciso que la chica fuese su confidente. Recordaba que antes habia sospechado á veces tener en ella una rival. Esto le imponia proceder con gran prudencia. En su cabecita, la reflexión seguía su camino lógico, con la paciente regularidad del lapidario que trabaja una piedra preciosa. Si Luisa era realmente su rival, convenia desalentarla. Si no lo era, debia hacer de ella, que era la persona de más influjo cerca de doña Clarisa, su auxiliar y su aliada. En la atmósfera del reino habia numerosas nubes de tormenta. El rumor, tan increible poco tiempo ha, de una invasión salida de Mendoza, tomaba más consistencia cada dia. Prepararse para un descalabro posible de los realistas, era una medida de prudencia elemental.

— Por supuesto, dijo, siempre refiriéndose á Malsira, que yo lo recibí con la mayor frialdad.

— ¡ Ah ! ¿ por qué ?

— No por lo de la hacienda, por supuesto, usted sabe que únicamente la he comprado por conservarla á doña Clarisa. Pero... en fin, ¿ qué usted no sabe ?

Habia tomado un tonito confidencial, con insinuante voz. Al hacer la pregunta se apoderó de una de las manos de la

chica con cariño. Luisa contestó por un movimiento negativo, dominando su ansiedad. Veia llegar esa confidencia que no pedia, esa revelación que temia oir como una nueva funesta. Pero Violante, en vez de confidencia, y como una precaución preparatoria de lo que se proponia contar, cambió de rumbo:

— Voy á hacer á usted una pregunta. Somos bastante amigas para que me conteste con confianza. En la situación en que me encuentro necesito ver claro, y usted únicamente puede darme esa claridad. Dígame, Luisita, ¿Abel no ha estado nunca enamorado de usted?

Ante ese ataque directo, que equivalia á la temida revelación, la chica sintió su energía de carácter devolverle la serenidad que la incertidumbre le quitaba. Aun halló fuerza para sonreirse.

— ¿Antes ó después de estarlo de usted? ¿Á que tiempo se refiere su pregunta?

La viudita se sintió medio desconcertada. Veia que para su interlocutora eran inútiles las tergiversaciones, é imposibles las sorpresas.

— ¡Vaya! usted no es mi amiga; ¿por qué no me responde francamente?

— Lo que pregunto es justamente para ser precisa en mi contestación. Si usted se refiere al tiempo anterior á la fecha en que se enamoró de usted, es decir, al dia en que la vió por primera vez, puedo asegurarle que lo veia muy rara vez, y que no habia ocasión, ni posibilidad de que se le ocurriese fijarse en mí. Por lo que hace á más tarde, es casi inútil mi respuesta. Usted sabe cuando salió *él* de Chile. Desde entonces no hemos podido ni vernos ni mantener correspondencia. Por consiguiente, puedo contestar á usted de una manera positiva: no, nunca *ha* estado enamorado de mí.

— ¡Ah! ¡picarona! es usted muy lista para contestar.

Una transformación habia operado la certidumbre en el espíritu resuelto de la chica. Ahora queria saberlo todo. Saber por qué se habia empeñado Abel en buscar á Violante, después del desengaño que parecia agobiarlo al partir para el destierro. Conocer su actitud en la entrevista y hasta qué punto habia vuelto á caer el joven en su antigua pasión.

— ¿Qué llama usted lista? Pienso que usted quiere decir disimulada. ¡Qué error! He contestado directamente á

su pregunta, y ahora veo que usted quiere darle más extensión y saber si *yo* he estado ó estoy enamorada de *él*, ¿no es así?

— ¡Justo! ¡justo! Usted es adorable y muy buena adivina.

Besaba á Luisa al mismo tiempo riéndose. La chica se reia también por encubrir la amarga ansiedad que le destrozaba el alma.

— Pues bien, no. No lo estoy, dijo con festivo acento.

— ¿Cierto? ¿verdad?

— Y aun cuando lo hubiese estado ó lo estuviese, agregó poniéndose muy seria, volviendo á su aire de glacial indiferencia, ¿qué tendria usted que temer de mí? Sin hablar de la cuestión de belleza, sobre la que usted no puede tener duda de su superioridad, puedo mencionar á usted otra causa de seguridad absoluta. ¡Jamás dejaria yo conocer mis sentimientos á un hombre enamorado de otra! ¡jamás!

La profunda sinceridad de su acento le valió una nueva caricia, sincera esta vez, de la viudita.

— Pues yo no seré menos franca con usted. La declaración que usted me hace me tranquiliza completamente. Es muy cierto: Abel me habia declarado su amor, y yo no diré que me sentia indiferente. ¿Qué quiere usted? El chico es guapo, y no todas son como usted inaccesibles. ¡Ah! bien hubiese yo querido serlo!

« Así se habria ahorrado un año de pesares, continuó diciendo. Por una aberración que sólo podia excusar el dolor de la desgracia que acababa de herirle, Abel se habia alejado de Chile sin verla, sin enviarle una palabra de despedida, como haciéndola responsable de aquel espantoso acontecimiento. « ¡Qué horror! » Nada podia haber sido para ella más triste y humillante! »

— La indignación me hizo jurar que lo olvidaria para siempre. ¡Juramento de amor despechado, como escrito sobre la arena! Cuando ahora se me presentó en los Canelos, mi firme intención era humillarlo, confundirlo con mi desprecio y declararle que jamás volveria á verlo. Pero del dicho al hecho, sabe usted, casi todas las resoluciones flaquean si el corazón no apoya el propósito.

« Era lo que le habia sucedido. Abel habia llegado haciendo cargos, exigiendo explicaciones. Y cuando ella lo hubo confundido con la simple verdad y probádole que deberia, por el contrario, pedirle perdón por su injustificable pro-

ceder, aquello habia concluido, como en las comedias, por las paces completas ».

— Pero no basta que estemos de acuerdo. Yo no consentiré en casarme sin el beneplácito de doña Clarisa, y como en las actuales circunstancias tendremos forzosamente que esperar, sobre todo ahora que él ha tomado las armas contra el Rey, yo vengo á confiar á usted nuestra causa cerca de su tia. Usted, mejor que nadie, puede convencerla. Si me presta su apoyo con verdadero empeño, estoy segura del éxito. Ya ve usted que le hablo como á un confesor.

Luisa la habia escuchado sin inmutarse.

— ¿Y en qué quedan sus compromisos con el Presidente? le preguntó sonriéndose. Es preciso que la confesión sea completa, ya que me toma usted por confesor.

— ¡Ca, hija! ¿Qué, cree usted en esas patrañas? ¡Puro palique! El hombre es presuntuoso, y no era posible desdeñarlo si queria tener alguna influencia sobre él. ¿Cómo cree usted que sin eso habria podido salvar la hacienda? ¿Cómo evitar mayores persecuciones á ustedes? Pero, ¡compromisos! ¡ni aun darle yo esperanzas! ¡nunca!

Insistió en su cariñosa presión para que Luisa se hiciera la abogada de su causa. « Por ese motivo, dijo acariciándola, habia empezado por preguntarle si tenia algún compromiso con Abel. Su lealtad le habria hecho en tal caso, deshauciarlo completamente por más que le hubiera costado. Pero segura ya de que no faltaba á la amistad y al cariño que siempre habia profesado á Luisita, se entregaba en brazos de ella. Luisita seria su ángel tutelar y haria la felicidad de dos personas que la pondrian la primera en su corazón, como una imagen venerada en un altarcito lleno de luces ».

Probablemente no se engañaba sobre los verdaderos sentimientos de Luisa con respecto á su primo. Su penetración microscópica de mujer que observa á otra, no podia engañarse. Bien divisaba, sin duda, lo que habia en el fondo de esa alma altiva, rodeada de aparente indiferencia como un manto de divinidad desdeñosa. Pero, ¿qué le importaba á ella ese amor escondido, ese culto solitario que debia consumirse en su propio fuego? En ese combate Violante tenia la feroz crueldad del guerrero que, por correr tras de la victoria, pisotea sin piedad al herido sobre el suelo. No se curaba de Luisita ni la compadecia.

— Entonces, ¿cuento con usted? le preguntó al verla

callada mirando vagamente lejos de ella, perdida en una contemplación de algo distante é invisible.

La chica, al oír la pregunta, salió de su engolfamiento. Miró á Violante con resolución. Iluminados sus ojos con un fuego sombrío de penoso triunfo, parecieron jurar antes que su voz:

— Sí, enteramente, cuente usted conmigo.

Se ponía al mismo tiempo de pie, como para despedirla, cual si aquella escena fuese un tormento que no podía seguir soportando.

Pero su acento era de profunda lealtad. Su frente, serena y altanera, excluía toda duda. La viudita le prodigó todos los términos de su gran vocabulario de zalamerías. « Por acompañarla, se quedaría algunos días en Melipilla. Eso alentaría á Luisita en la ardua tarea de alcanzar el consentimiento de la señora. Luego entró en las recomendaciones afectuosas. Era preciso que nadie sospechase que Abel había tomado parte en el combate de los Canelos. Ella no había dicho á nadie su nombre, y como ningún inquilino de la hacienda había podido verlo de cerca, sería muy fácil negar si alguien lo denunciaba ».

Luisa recibió sus besos de despedida, la vió, ligera y elegante, atravesar el patio como rozando apenas con sus brevísimos pies el empedrado, y siguió todavía su imagen cuando hubo desaparecido. No sentía rencor ni celos. Hallaba que Abel tenía perfectamente razón de haberse dejado cautivar por tanta gracia de cuerpo y de inteligencia, por tanta frescura y lozanía. Pero al desvanecerse esa risueña imagen de mujercita contenta, sintió como si viera entrar su alma, de ella, en un caos oscuro de irremediable desconsuelo. La negra realidad de su porvenir sin esperanzas, se dibujaba como la espantable entrada de un abismo infinito. Le volvió á subir al rostro el rubor de antes, al pensar en las transparentes confesiones de su carta. Y la deliciosa emoción de expectativa que la hacía temblar desde el día anterior, ante la idea de ver á Malsira, se convirtió en un amargo sarcasmo, que se mofaba de su presunción como si le aplicasen sobre la frente algún estigma indeleble de vergüenza.

Un impulso de indignación contra ella misma la sacó, empero, de esa gran postración de ánimo. « ¿Por qué ese hombre y no algúno de tantos otros que habían solicitado su amor? ¿Por qué ese capricho del espíritu, esa sujeción

á un lazo inmaterial, que debia poder romperse con la voluntad? » La lucha le pareció un fin digno de una alma fuerte. Pero esa noble resolución siguió pronto el agitado curso de sus ideas, como sigue y se aleja, flotante, la hoja, sobre el agua que va corriendo. La postración del ánimo volvió con la persistencia intermitente de los dolores morales. Tornó á su mente la idea del convento. Ese suicidio cristiano de las incurables de amor, con la voluptuosa amargura de los sacrificios ignorados, la atraía hacia sí. En la elevada región de un orgulloso aislamiento, ese amor encontraría un refugio oscuro donde morir, como se borra poco á poco del cuerpo la señal de una herida.

Después de esa sombría resolución, su alma, confortada, se levantó del abatimiento cual después de una intensa plegaria. « Afrontaría con ánimo fuerte esa primera entrevista con Abel, que sólo algunas horas antes era para ella la promesa de una revelación maravillosa. Bajo la apariencia de fraternal cariño sabría ocultarle la turbación doliente de su desencanto. En la embriaguez de sacrificio con que arrullan su desolación las almas bien templadas, llevaría su abnegación hasta cumplir la promesa que acababa de hacer á Violante ». Así hacia, serena, el testamento de su alma.

Á esas mismas horas llegaba á palacio la noticia de la aparición de montoneras en Melipilla y en la hacienda de los Canelos.

El soldado que habia huido del combate de las casas, y un propio enviado á mata caballo por los realistas del pueblo, confirmaban el uno por el otro la alarmante nueva. El Capitán General, que á la sazón acababa de comer, recibió el golpe á los postres. Era como el estampido del primer cañonazo de la gran batalla que se empeñaba. Así le pareció á don Francisco, á pesar de la conformación optimista de su espíritu. Las órdenes empezaron á salir del palacio presidencial como si el enemigo estuviese á las puertas de Santiago. La camarilla de consejeros fué convocada para la misma tarde. José Retamo, portador del recado, contestaba á las preguntas de los magnates sorprendidos, que S. E. habia recibido pliegos mientras estaba comiendo, lo que tal vez le habia turbado la digestión, « y sin duda llama á Vuestra Señoría para que le sirva de ayuda ». Los edecanes salieron á mandar que se doblase la

guardia en los cuarteles y en la cárcel; que se aumentase el número de las patrullas. Iban encargados también de estimular el celo de vigilantes y serenos, ofreciendo una buena recompensa á todo el que cogiese *infraganti* á los que dieran gritos sediciosos.

Fueron esas palpitaciones del corazón gubernativo las que resonaron en la capital, despertando de su confianza de vencedores á los realistas, de su letargo de desaliento á los patriotas, de sus esperanzas de libertad á los detenidos en el cuartel de Talaveras. Sin saberse á punto fijo las noticias llegadas á palacio, en pocos momentos reinó la impresión de algo grave. Los tenderos de la calle Alumada y de la plaza habian visto pasar al soldado de los Canelos y al propio de Melipilla, cubiertos de polvo en sus caballos despeados por la larga marcha, y entrar uno y otro á palacio. La inmediata salida de José Retamo, de los edecanes y ordenanzas, llevando órdenes en todas direcciones, convirtió en certidumbres las sospechas. Desde las puertas de las tiendas, los corrillos de tertulios y parroquianos observaban el movimiento del palacio.

En el largo crepúsculo de esa tarde de verano, veian pasar á las desoladas familias de los patriotas prisioneros rechazadas de la puerta del cuartel. Los portaviandas con la comida *calientita*, las bandejas de frutas y de dulces, volvian á las casas. Esos grupos de mujeres, con la consternación pintada en los semblantes, eran para el pueblo una prueba viviente de la igualdad de las condiciones sociales bajo la pesada mano del vencedor. Los rotos, los humildes, se sentian unidos á los patriotas pudientes por el lazo fraternal del común sufrimiento. El sordo rencor de represalias y de venganza les henchia el pecho, como se acumula el inflamable gaz en las profundidades de la tierra.

Las ignoradas noticias que en tan afanosa agitación habian arrojado al Gobierno, eran una vislumbre de redención para los oprimidos. Los ánimos se ponian á esperar contra toda esperanza, cobraban nuevos bríos, como se busca un resto de energía cuando se cree próximo el fin de un largo sufrimiento.

En palacio la agitación continuó hasta las altas horas de la noche. La camarilla en permanencia cerca del Capitán General, le inspiraba nuevas medidas represivas á la manera de aquellos subdelegados del campo que cargan con dos barras de grillos al delincuente. La pena de muerte se

decretaba en un bando, recopilación de muchos anteriores, con la fria prodigalidad de la ordenanza militar. El que se defendiese siendo perseguido, el que fuese hallado con armas ó en reuniones sospechosas, el que aclamase á la patria, el que por escrito ó de palabra tuviese comunicación con el infame insurgente, seria pasado por las armas. Era un furor insano de destrucción y de muerte, un delirio de sátrapa oriental en demencia. El bando arrojaba las vidas de insurgentes al capricho de los comandantes militares, como se arroja el grano bajo la piedra del molino. Los consejos de guerra permanentes pasaban á ser órganos vitales de ese cuerpo gubernativo sacudido por la fiebre del miedo, que se figuraba no poder respirar sino á fuerza de una continua sangria.

La inmediata acción militar fué encomendada á San Bruno. Mientras se alistaba una fuerza capaz de extender su acción por todos los campos donde se temia la aparición de montoneras, don Vicente saldria en la misma noche para Melipilla, al mando de un piquete de diez carabineros de la Concordia, que llevarian á la grupa otros tantos soldados de Talaveras para la defensa de la villa. San Bruno hizo sus preparativos en menos de una hora. Aquella expedición era una fiesta para el feroz Capitán. Desde los acontecimientos que habian revelado la existencia de Rodriguez en Chile, su espiritu habia ido desenredando con paciente reflexión el hilo de los sucesos.

En su pensamiento se clasificaron en intima relación, la venida de Alvarez con un arriero que lo acompañaba y el ataque á las dos casas de la misma familia. Uno á uno, esos incidentes se iluminaban reveladores, hasta persuadirlo de que habia sido el juguete del temerario ingenio del tribuno chileno. Las noticias de Melipilla y de los Canelos fueron la confirmación de sus deducciones. Si el Capitán General no le hubiese dado la orden de ir á «pesquisar los hechos y escarmentar á los montoneros», él habria solicitado como un favor esa comisión. «Era un reto á muerte que Rodriguez lanzaba á la reconquista, y él se creia el campeón llamado á recoger el guante. La infección revolucionaria no podria curarse sino con el hierro candente de un castigo implacable. El aplicaria el hierro canterizador y haria chirriar la sangre, la corrompida sangre, de la fistola insurgente».

Para su ansia de refinada venganza, no le bastaba, sin

embargo, la fuerza militar puesta á sus órdenes. Necesitaba un hombre conocedor de la localidad y de las personas donde él iba á ejercer su acción de dictador; pero un hombre de cuya fidelidad tuviese garantías absolutas. Juan Argomedo reunía esas condiciones indispensables, y estaba ahí, á la mano, en poder del juez encargado de procesarlo. El representante de Temis tenía orden de adelantar con prudente lentitud el sumario sobre el asesinato de ña Peta, á fin de que el reo resultase culpable ó inocente, según lo exigiesen los intereses políticos, la suprema razón de Estado.

San Bruno hizo conducir á Juanito á la mayoría del cuartel de Talaveras. Sobre la mesa había hecho poner un vaso y una botella de anisado. El perfume del aguardiente llenaba la atmósfera de la pieza con su olor á chingana.

—Siéntese ahí, don Juan.

Señalaba una silla delante de la mesa. El hijo de don Jaime Bustos, sometido desde el día de su encarcelamiento al régimen de agua y porotos *saltones*, lanzó una larga mirada de amor á la botella. San Bruno le explicó el objeto de su llamado.

—Usted tiene una mala causa don Juan, que le puede costar el pellejo.

Argomedo quiso protestar; pero el Capitán le hizo señas de estarse quieto y continuó:

—No lo he llamado aquí para que discutamos el punto de saber si es usted ó no el asesino de la vieja. Las apariencias y dos testigos están enteramente contra usted.

—Sí; las dos solteronas, que no saben lo que hablan. ¡Les habían de ortigar el trasero para que no fuesen cuentistas! Es un falso testimonio que me levantan esas viejas. ¡Ah, si yo les hablase de casamiento á alguna de ellas, dirían que soy tan inocente como el Cordero Pascual!

—Puede ser, y poco me importa. No se trata ahora de eso. Escuche usted y no vuelva á interrumpirme. Yo quiero salvarlo á usted porque me puede ser útil. Usted conoce el bando que ofrece indulto á cualquier criminal que entregue á Manuel Rodríguez ó al roto Cámara, ó cualquier cabecilla de salteadores revolucionarios. Si usted está dispuesto á prestar ese servicio á nuestro amo el Rey, á quien Dios guarde, el juez mandará sobreseer en su causa y quedará usted en completa libertad: ¿qué dice usted?

Argomedo volvió á protestar de su inocencia. «Las dos solteronas tenian tirria contra él. De rabia porque nunca les habia hecho caso, se vengaban ahora levantándole un falso testimonio. Eran unas beatas embusteras. Pero ellas no negaban que habian visto entrar cuatro hombres á la casa la misma noche de la muerte de ña Peta. Era claro que esos hombres eran los asesinos. Uno de ellos *tenia* que ser Cámara, y no seria mucho que otro de ellos fuese Manuel Rodriguez y otro Abel Malsira, porque siempre andaban juntos ».

—Vamos al grano: ¿quiere usted, sí ó no, servirme con toda fidelidad y ayudarme á encontrarlos?

Al mismo tiempo destapó la botella y llenó el vaso hasta la mitad. Juan seguia sus movimientos con ansioso interés.

—Piénselo usted bien, repuso el Capitán llevando el vaso á los labios. Si usted pone todo empeño en servirme, sin reparar en medios, recibirá en premio la libertad y un decreto de sobreseimiento. Si no, se seguirá la causa y tras de la causa, la horca.

Juanito no podia vacilar. Aquel diablo de hombre, al hablar de la horca, habia hecho con la mano el gesto de una persona á quien le aprietan el pescuezo. Y otro argumento irresistible era el perfume del anisado, que formaba una atmósfera de paraiso de Mahoma. Bien comprendia que aquello de no «reparar en medios» era como exigirle que no se detuviese ante ninguna infamia. «Pero él no estaba ya para escrúpulos, y cuando se trata del pellejo, como habia dicho el Capitán, lo primero es lo primero». Por un resto de pudor trató de revestir su consentimiento con las apariencias de un móvil elevado. «Por servir á su majestad y no de miedo á la horca, puesto que era inocente, haria todo lo que se le pidiese y no repararia en medios.» «¡Quién otro podria tener más interés que él en que se pillasen á los asesinos de su pobre mama!», observó con voz enternecida, no por la memoria de ña Peta, sino por la vista del vaso y de la botella que lo fascinaban. «Por vengarla, él seria capaz de ir hasta el fin del mundo. No pedia sino que lo pusiesen á prueba».

—Pues entonces, á caballo y vamos andando, dijo San Bruno.

Sacó un vaso de una alacena y puso en él un poco de anisado.

—Vaya, don Juan, beba un trago para que tenga fuerzas.

Argomedo apuró el licor, dejando el vaso suspendido sobre la boca bien abierta para no perder ni una gota.

—Usted verá si soy hombre de palabra, dijo después con los ojos brillantes de animación, divisando un porvenir de libertad y de bebida sin tasa.

Todo estaba pronto para la marcha. En el patio, los diez carabineros montados ya tenian cada uno á la grupa un soldado de Talavera. San Bruno y Juan salieron los primeros. En el moribundo crepúsculo, la tropa atravesó las calles á trote largo, haciendo un gran ruido de herraduras y de sables, levantando una nube de polvo. Los jinetes tomaban proporciones de guerreros fantásticos, que van á chocarse con alguna hueste de gigantes en el misterio de las sombras.

Poco después de amanecer llegaban á Melipilla. Los vecinos del pueblo acudieron á la plaza, creyendo en la aparición de alguna nueva montonera. San Bruno pronunció una corta alocución. «Venia á defender á los buenos súbditos de su majestad contra los infames salteadores insurgentes. Su tropa estaba cansada y necesitaba almorzar. Contaba con que todos diesen prueba de amor al soberano trayendo de comer á sus defensores». Muchos se retiraron so pretexto de ir á hacer de almorzar para la tropa; pero en realidad, para ponerse en salvo. El nombre de San Bruno, que ya llenaba el reino como la personificación del terror en la reconquista, puso espanto entre los que con más entusiasmo se habian adherido á Rodriguez. Otros, bien que hubiesen secundado el movimiento y recogido plata en la distribución de los caudales públicos, pensaron congraciarse al representante del Capitán General, trayendo comestibles y bebida para los soldados. San Bruno, mientras tanto, formaba con el subdelegado Yécora una lista de los más comprometidos en la asonada insurgente. Los vecinos pudientes fueron condenados á pagar multas pecuniarias para reponer en parte los fondos sacados de la Tesoreria. Los demás serian azotados en la plaza en el mismo dia. El número de azotes se graduaria según la importancia de la participación en el criminal atentado del cabecilla Manuel Rodriguez. La tropa, guiada por milicianos conocedores de la localidad, empleó poco tiempo en traer á la cárcel á los que formaban la lista. Antes de medio dia principiaba á ejecutarse la sentencia. En una escalera, que los

mismos condenados tenian que llevar á cuestas por turno, y que era apoyada á la pared en cada esquina de la plaza, se llevó á efecto la vapulación por mano de los soldados de Talavera. San Bruno y las autoridades la presenciaban. Las casas se habian cerrado. Nadie se atrevia á ser testigo del terrible espectáculo. Los gritos de dolor de los azotados en aquella misma plaza donde acababan de resonar los vivas á la patria y al libertador Rodriguez, herian ahora el aire y vibraban con su agudo lamento en los ecos del campo circunvecino. La sangrienta operación duró hasta después de medio dia. En el patio de la cárcel, San Bruno pasó revista en seguida á los azotados puestos en círculo. Los que parecian desfallecer eran enderezados con nuevos golpes que los galvanizaban por un instante. El cabo Villalobos con su vara de membrillo en la mano, velaba porque ninguno se desmayase. Sobre los rostros sucios, descompuestos por el dolor, sobre las cabezas desgreñadas con el largo *mechón* de los campesinos en la frente, un viento de terror pasaba, como salido de las profundidades de la tierra. Aquella «era una simple advertencia», les dijo San Bruno, para que supiesen lo que les esperaba si volvian á prestar auxilio á los perros insurgentes».

—Vayan ustedes ahora, y agradezcan á su amo el Rey que los deje con vida por esta vez, á pesar de su crimen.

Salieron avergonzados, arrastrando los pies con movimientos de hombres que sufren de ciática, empujados por Villalobos. El cabo descargaba su vara de membrillo sobre los que se atrevian á lanzarle una de esas miradas de odio en que la virilidad humillada no renuncia á la venganza.

Ese castigo, en el espíritu de San Bruno, era el símbolo de la justicia real que caia como un rayo sobre el delincuente. Una simple advertencia, según su definición, que no lo habia distraido del principal objeto de su viaje. Desde su llegada, apenas la tropa hubo almorzado, despachó en todas direcciones piquetes de tres carabineros para recoger noticias sobre el rumbo de los fugitivos. Como á la una, algunos de esos piquetes regresaban á Melipilla sin haber podido recoger datos seguros que permitiesen destacar fuerza armada en persecución de Rodriguez. Los huasos no habian visto á *naide* ni sabian nada. Se decian ignorantes de las ocurrencias del dia anterior. Hubiérase creido que los montoneros eran seres imaginarios, como

los fantasmas de los cuentos, que después de sus correrías nocturnas se habían convertido en humo por encanto, con los primeros albores de la mañana.

No podía, empero, San Bruno resignarse á que se le escapasen así los enemigos que había llevado misión de escarmentar. No eran victorias de las que podía enorgullecerse unos cuantos huasos azotados, un poco de dinero devuelto á la violada caja municipal. Había prometido al Presidente que sabría encontrar al infame cabecilla Manuel Rodríguez y que lo llevaría á Santiago, vivo ó muerto. Estaba seguro de que suprimiendo al atrevido agitador, el incendio revolucionario que empezaba á arder se apagaría por falta de pábulo, «como cuando se corta la punta encendida á un lanzafuego», había dicho, buscando una imagen militar que diese idea de lo pronto y seguro del resultado. Nada conseguía, sin embargo. Los carabineros continuaban llegando sin mejores informes que los anteriores. Pero el mal éxito no lo desalentaba. Tenía la tranquila tenacidad de los que saben esperar. La constancia, esa virtud de los fuertes, era su virtud cardinal. Había llegado el momento de hacer entrar en línea la acción de Juan Argomedo reservada para lo último.

—Vaya usted á casa de esas mujeres y procure averiguar el paradero de Rodríguez, ó siquiera del joven Malsira. Ellas deben conocerlo, por más que digan aquí que ni el cabecilla ni ninguno de los de su montonera estuvieron ayer en esa casa. Proceda usted como mejor le parezca. Usted conoce esa gente y sabrá cómo tomarla. Ya sabe usted que juega su pescuezo en esa partida. Le doy dos horas de plazo. Si al cabo de ese tiempo no ha conseguido usted nada, yo procederé como convenga.

Lo despidió con un ademán imperioso de la mano. Juan salió cabizbajo. Ya sabía que al decir «esas mujeres», San Bruno entendía designar á doña Clarisa Bustos y á Luisa, las únicas que podía suponer que guardasen el secreto del paradero de los revolucionarios. Los demás habitantes de la casa: don Jaime, prima Catita y prima Cleta, los sirvientes, nada podían saber. Argomedo juzgaba su situación mucho más crítica que bajo el poder del juez del crimen. Don Vicente será implacable. Su voz metálica había resonado como golpes de martillo sobre una roca, con entonaciones secas, sin vibración, como una amenaza que no se discute, que tiene que verificarse con la seguridad mate-

mática del curso de las horas: un hecho necesario del destino en su marcha de destrucción implacable.

Y mientras tanto, «¿cómo presentarse en casa de su padre, donde todos estarían persuadidos de que él era el asesino de ña Peta?» Juanito habría querido resolver aquel espantoso problema, embriagándose hasta perder el sentido, hasta morir si era posible. Pero sabía que un guardián de San Bruno le impediría entrar á ninguna parte que no fuese la casa designada. Al mirar hacia atrás, en efecto, mientras se encaminaba á la habitación de don Jaime, vió que alguien á cierta distancia lo seguía. Esa vigilante persecución de todos los momentos que lo condenaba al suplicio de la sobriedad, le inspiró un movimiento de rebelión desesperado. Fuera de sí, buscó su salvación como los animales perseguidos: saltando á un precipicio. Frenético, se lanzó sobre la temeraria idea de traicionar á sus opresores. «Yo he de fregar á estos godos pícaros», se juraba con su enérgica retórica de taberna. Aguijoneado por el despecho, su inventiva se ponía en movimiento. «Antes que pudiera cumplirse la amenaza de la horca con que San Bruno lo tenía á su discreción, él trataría de hacerlo caer en alguna emboscada, previniendo á Manuel Rodríguez y poniéndose de acuerdo con él. ¡Él sería el salvador de los patriotas!» Con esta idea que acariciaba en la marcha su apenada conciencia de miserable, parecía buscar la fresca atmósfera de la rehabilitación, como busca el aire, inconscientemente, el que ha caído en una agua profunda.

Poseído por su decisión repentina llegó á extrañarse al entrar á la casa, que prima Catita y prima Cleta echasen á correr al, verlo desde la ventana de la sala donde estaban en observación, aparecer en la puerta de la calle.

— ¡Ave María, Señor! ¿de dónde sale ahora el huacho? dijeron las dos solteronas, perdiéndose, despavoridas, en las piezas interiores.

En el patio vió Argomedo un caballo ensillado con silla de mujer y otro con montura de hombre.

En el huaso que tenía las riendas de los animales, reconoció á uno de los sirvientes del Marco, la hacienda de su padre, donde conocía á todos los inquilinos.

— ¡Hombre, Calixto! ¿cómo *estáis?* le dijo, acercándose con amistoso ademán.

— ¡Ve, don Juanito! ¿qué anda haciendo por estas tie-

rras? exclamó el huaso maravillado de ver el hijo de su patrón.

— ¿Para qué son esos caballos? preguntó Juan, sin responderle.

El huaso no alcanzó á contestar. Mientras Argomedo le hacia esa pregunta, don Jaime se mostró en una de las puertas que daban al patio.

— ¿Qué buscas tú aqui? le preguntó.

Por más que el caballero habia procurado dar á su voz un acento de imperiosa dignidad, la insegura vibración con que las palabras resonaron, acusaba la turbación de que estaba poseído el que hablaba. La presencia de su hijo, al que suponía preso en Santiago, acusado del asesinato de la vieja criada, le parecia un presagio de desgracia. Ese indicio de debilidad no se escapó á Juanito. En su larga lucha con el autor ilegítimo de sus días, habia aprendido á ver, tras la apariencia de una severidad inflexible, la incurable fragilidad de aquel espíritu pusilánime.

— ¿Qué ando haciendo? vengo á prestarles un gran servicio á todos ustedes.

Juanito, con aire confidencial, acercándose á su padre, dió esa respuesta. Don Jaime reculó involuntariamente. Aquel mozo, acusado de asesinato, empezaba á infundirle miedo.

— ¿No te habian tomado preso? le preguntó turbado.

— Sí, pues, me habían tomado, por las declaraciones de esas pícaras beatas, que arrancaron á esconderse porque les remuerde la conciencia. Pero la prueba de que me levantaban un falso testimonio, es que el juez me mandó poner en libertad.

El argumento pareció concluyente. Don Jaime respiró como aliviado de un gran peso.

— Esas viejas hipócritas me la han de pagar. Y cuando menos usted también les estaba creyendo, repuso Argomedo en tono de reproche.

— ¿Yo?... no, yo no creia nada, balbuceó don Jaime.

Luisa llegó en ese momento. Prima Catita y prima Cleta, habían ido, faltas de respiración, á anunciarle la presencia del huacho.

— Ahí está hablando con Jaime. Si tú no vas á ver qué quiere, seguro que lo engatusa y le hace hacer alguna tontera.

La chica, llena de inquietud, acudia á terciar en la entrevista.

— El juez lo ha puesto en libertad. ¿No ves? ¡Yo decia que era inocente!

El caballero acogió á su sobrina con estas palabras, creyéndose obligado á justificar á su hijo, para hacerse perdonar la debilidad de estar hablando con él. Luisa miró á Juan con impasible superioridad. Él, con la cabeza, pero visiblemente intimidado en presencia de la chica, confirmaba lo que decia don Jaime.

— ¡Por supuesto que soy inocente! Esas viejas cuentistas tuvieron la culpa de que me tomasen preso!

Y como veia brillar en los ojos de Luisa una desdeñosa incredulidad, añadió, acudiendo á una mentira, en la que nadie podria contradecirlo.

— Y ya pillaron al hechor, uno de los hombres que entraron á la casa, y que esas beatas hipócritas dijeron que era yo.

— ¿Ya ves? ¡si han tomado al asesino! ¡quién puede dudar ahora! observó el caballero, mirando á Luisa para trasmitirle su convicción.

— Y apenas me vi libre tomé un caballo y me vine aquí sin pararme, á decirles á ustedes que corren un gran peligro.

— ¡Peligro! ¿qué peligro? exclamó don Jaime palideciendo.

— Entremos á la *cuadra*, ¿cómo quieren que les hable aquí en el patio, donde pueden oirnos?

El caballero consultó á la chica con la vista. Luisa se encogió de hombros, desdeñosa.

— Como usted quiera, tío, hágalo entrar si le parece.

Hablaba de Juan como de un ser inferior, un ser que le causaba invencible repugnancia, mirándolo como mira un juez á un presunto criminal, tratando de leer en el fondo de esa alma oscura, que se le figuraba llena de escondites como una cueva de víboras.

Juan se apresuró á entrar. Don Jaime y Luisa, que le abrieron paso, lo seguian. El mozo parecia humillado. La mirada altanera de incredulidad que seguia divisando en los ojos de la chica lo desazonaba, casi lo hacia arrepentirse de ponerlos en guardia contra la persecución de San Bruno.

— No se hagan tanto *del* rogar para recibir un buen servicio, murmuró picado. Yo vengo á decirles que si pueden,

se pongan ligerito en salvo, porque San Bruno no tardará en mandarlos tomar presos.

— ¡Á mí! ¿por qué me tomaría preso? exclamó don Jaime azorado. Con su egoísmo de tímido, sólo pensaba en su persona.

— No digo que lo tome á usted; pero estoy cierto que hará tomar á Luisa.

— ¿Y por qué? exclamó exasperado don Jaime, ¿con qué motivo?

— Para que confiese dónde está la montonera de Manuel Rodríguez y de Abel.

— Perderá su tiempo, porque no lo sé, dijo la chica con altivez.

— ¿Y quién se lo hará creer á él? Se le ha metido en la cabeza que tú tienes que saberlo y es capaz de ponerte presa hasta que confieses.

— Pues perderá su tiempo, volvió á decir ella, inconmovible.

Don Jaime había entrado en una profunda agitación. Se sentaba y se ponía de pie, con los movimientos bruscos del que no halla salida á una dificultad peligrosa.

— ¡Pues estamos frescos! prorrumpió desesperado; ¡era lo que nos faltaba! ¡Con que después que casi nos matan los montoneros, ahora nos amenazan de tratarnos como insurgentes!

Sentía rugir en torno de su cabeza un torbellino de amenazas. Delante de sí se cerraba el cielo. Las nubes donde se forja el rayo lo envolvían. La idea de su impotencia para probar que ignoraba el paradero de los revolucionarios, lo sumía en un inmenso desaliento «¡Cómo quería San Bruno que ellos supiesen dónde estaban los montoneros!» Al rededor de esa imposibilidad, que le parecía espantable, buscaba argumentos para persuadir á Juan, como si con ello convenciese al terrible Capitán y apartase de sí el fuego amenazante de su violencia.

— ¡No me diga nada! ¡no me diga nada! respondía el mozo, ¿qué saca con que yo le crea, si no lo ha de creer San Bruno? Quitarle lo que se mete en la cabeza es lo mismo que tirar un burro de la cola, y un burro que patea y que muerde. El único modo de librarse de él sería engañándolo, haciéndole creer que los montoneros están en un punto y prevenir á Rodríguez y á Abel para que viniesen á

atacarlos por detrás. ¡Pero para eso era preciso saber dónde están! ¡Qué lástima que ustedes no lo sepan!

— No lo sabemos, dijo Luisa, con su mirada escrutadora fija en el mozo, queriendo leer en su rostro el objeto real de esa sugestión.

— Pero hombre, ¡ya te han dicho que no lo sabemos! exclamó don Jaime desesperado, ¿cómo quieres que lo sepamos?

— No vengan con cuentos, ¡cómo no han de saber! replicó Juan porfiando.

En ese instante no pensaba en traicionar á San Bruno. Le importaba muy poco que Luisa fuese sacrificada. Lo que le importaba era salvar su pescuezo. La negativa con que se correspondia á lo que él estimaba como un gran servicio, le hacia sentir su propio peligro. Sólo pensó en su salvación como el que corre, en un temblor, sin preocuparse de los demás.

— Di más bien que te han pagado para que vengas á averiguarlo, contestó la chica con amarga ironía.

— ¡Pagado! ¡pagado! ¡sí, pues, cuando menos! ¿Y quién quieres que me pague?

— Los españoles, los mismos que te pagaron para que denunciases á los pobres patriotas de la cárcel.

Con los ojos encendidos de indignación, dando libre curso á un encono largo tiempo contenido, la chica lo desafiaba. Su frase resonó agria, violenta como un zurriagazo aplicado al rostro de Argomedo. Él, confuso, descompuestas las facciones, sin encontrar un justificativo contra la tremenda acusación, trató de defenderse con vagas exclamaciones:

—¡Vaya con el testimonio! ¡vaya con la mentira! ¡Yo que había de vender á nuestros compatriotas! Si se ponen á creer esas barbaridades, ¿para qué hablar, pues? ¡Al todo también!

Se esforzaba por tomar aires indignados y acusaba con la vista á don Jaime de la injusticia de que se le hacia víctima. El caballero se sentía anonadado. Sin atreverse á defender á su hijo, buscaba paliativos.

— ¡Cómo los había de vender, hijita! Le tocó estar en la cárcel, por eso le echaron la culpa á él.

— ¡Déjela que hable no más! ¡Sí, pues, cuando menos que yo sería! ¡Vaya lo que son las cosas! ¿No me creen? ¡qué hacerle! ¡Hagan lo que quieran!

Salió violentamente de la sala y atravesó el patio con su

paso incierto, con sus movimientos mecánicos de alcoholizado.

Entre el tío y la sobrina hubo un instante de embarazoso silencio.

— Tal vez venía con buenas intenciones, dijo tímidamente don Jaime.

Luisa se acercó al caballero, visiblemente disgustada.

— Usted mismo no lo cree, tío. Está claro que ha venido como espía de San Bruno, para averiguar el paradero de Abel y de Rodríguez.

— ¡Cómo ha de ser tan malo! No digas eso, hijita!

La chica no respondió á esa caritativa observación. En su mente dominaba la preocupación de la cita con Abel. Sobre la ruina de sus esperanzas estaba la soberana preocupación de salvarlo, de hacerle saber la llegada de la tropa de Santiago, para que se pusiese en salvo.

— Vaya tío, ya están prontos los caballos, póngase sus espuelas y salgamos de una vez.

Don Jaime, ignorante del objeto de aquel paseo, un capricho de Luisa, según él, creyó que era mejor dejarlo para otro día.

— Si nos ven salir ahora del pueblo á caballo, creerán, cuando menos, que vamos á hablar con los montoneros.

— Si usted no me acompaña iré con un sirviente.

— Pero hijita, te vas á exponer. Si quieres te acompañaré; pero te aseguro que es una imprudencia.

La voz de don Jaime tomaba inflexiones lastimeras.

— ¿No será mejor que lo dejemos para mañana? Figúrate que se le antoje á San Bruno tomarnos presos porque salimos á caballo. ¿Qué te apura por salir ahora?

— Tío, tengo que salir; ¡tengo que salir; ¡no me diga más! Vuelvo á repetirle: si usted no va conmigo, iré con el mozo.

Rápidamente salió al patio y llamó al huaso que tenía las riendas de los caballos. Una impaciencia febril la dominaba. Sin atender á los ruegos de don Jaime, que repetía desesperado: « Pero hijita, ¡qué imprudencia! ¡déjalo para mañana! »:

— Póngase su manta y su sombrero; usted va á acompañarme, dijo la chica al huaso.

— ¡Vamos, vamos, si te se pone! ¡Cómo te había de dejar ir sola! exclamó el caballero con el acento de quien se resigna á una calamidad inevitable

— Si se resuelve, dése prisa, mire que se hace tarde.

Don Jaime entró casi corriendo en busca de sus espuelas y su manta. Nunca habia visto á Luisa en tal estado de agitación. Lo habia casi empujado al decirle que se diese prisa. Todo aquello se revolvia en su mente como nubes de siniestros presagios. No era posible que Luisa estuviese tan violenta por salir, si se tratase únicamente de un paseo, como le habia dicho. Era muy capaz de querer llevarlo donde los montoneros. Si San Bruno los descubria en esas andanzas los trataria como insurgentes, y, cuando menos, los pondria en la cárcel, como habia dicho Juan. En su espíritu amedrentado, cada una de esas reflexiones se tornaba en seguridades evidentes. La turbación no le permitia encontrar las espuelas, ó acaso, sin darse cuenta de ello, buscaba un modo de ganar tiempo mirando donde era inverosímil que estuviesen.

— ¡Mañunga! ¡Mañunga! empezó á llamar; ¿dónde me han metido las espuelas? ¡No las hallo en ninguna parte!

Mañunga las encontró sin dificultad y empezó á ponérselas.

Luisa, impaciente, entraba y salia. Él aventuraba aún algunas frases indirectas para disuadirla de la idea de salir en esos momentos.

— ¡En fin! exclamó la chica al ver á su tío pronto para salir.

Y lo precedió con ligero paso, hasta llegar al patio. Pero ahi, la escena no era entonces la misma. A más del huaso con los caballos, el patio estaba ocupado por el cabo Villalobos y cuatro hombres de Talavera. Don Jaime, que seguia de cerca á su sobrina, retrocedió espantado. Ella continuó andando hasta acercarse al cabo.

— ¿Usted es doña Luisa Bustos?

— Si, yo soy, contestó la chica sin inmutarse.

— Tengo orden de llevarla á casa del Subdelegado.

— ¿Orden de quién? preguntó ella con extrañeza.

— De mi capitán San Bruno.

Haciendo un gran esfuerzo, don Jaime intervino. «Habia probablemente algún error. Él iria á hablar con el Capitán. Todos sabian que él era un buen realista. El excelentísimo señor Marcó lo conocia muy bien».

— Cabo, deje usted aqui á esta señorita, yo respondo de ella, y venga conmigo donde el señor San Bruno. Usted verá que no mantiene esa orden.

— Imposible, venga usted con nosotros si gusta, pero la chica tiene que seguirme.

En las habitaciones, por los patios del interior, mientras tanto, Mañunga habia esparcido ya la voz de alarma.

— ¡ Los Talaveras llevan presa á la señorita !

Sobrecogidos de terror se agitaron todos los moradores de la casa. Las sirvientes buscaban á los niños para esconderse, corrian desatentadas, repitiendo : ¡ los Talaveras! El espanto de las grandes catástrofes les hacia invocar el auxilio de Dios y de María Santísima. ¡ Los Talaveras ! En la imaginación popular eran los delegados del diablo, los ejecutores de la infernal, eterna persecución del rey de los infiernos sobre la tierra. Como él tenian cola, como él se gozaban en los sufrimientos humanos, hombres de una raza sobrenatural, arrojados sobre América, como un azote de desvastación y de matanza. El ruido de las carreras por los cuartos, por los corredores, las ahogadas invocaciones de las sirvientes, llegaron á oidos de doña Clarisa, al fondo de su dormitorio, donde acababa Luisa de dejarla, prometiéndole que pronto le traeria noticias de Abel. Alarmada, con la veladora inquietud de los maltratados por el destino, la señora salió de su pieza en busca de alguien á preguntar lo que ocurria.

Mañunga vino á su encuentro, con su frase de terror:

— ¡ Los talaveras se han llevado presa á misiá Luisa !

Fué como un golpe de maza descargado sobre la cabeza. El pobre cuerpo, destruido por los sufrimientos, vaciló en la marcha. La voluntad, sin embargo, le comunicó su galvanismo y la hizo seguir andando hacia el patio. Mañunga la tomó del brazo para sostenerla.

— No salga, señorita; ¡ capaz que se la lleven presa á su merced también !

La señora continuaba, con el impulso interno que le dilataba las pupilas, sin contestar, luchando con el desfallecimiento del terror. La catástrofe la atraia vertiginosa. Queria caer exánime cerca de su sobrina, salvarla no sabia cómo. Pero Luisa y los Talaveras no estaban ya en el patio. La señora vió al huaso, que continuaba como inconsciente, teniendo la rienda de los caballos. Don Jaime, en el zaguán, se quitaba las espuelas, lívido.

— Yo los voy á seguir, no tengas cuidado, yo hablaré con San Bruno.

Doña Clarisa oyó confusamente y redobló sus esfuerzos

para llegar hasta su hermano. El descompuesto semblante del caballero, que desmentia la intención tranquilizadora de sus palabras, pareció quitar á doña Clarisa el último vestigio de fuerza con que se habia arrastrado á duras penas. Mañunga la sintió desplomarse, aferrándose á su cuello con una convulsión de náufrago, como si la arrebatara una corriente. Don Jaime corrió hacia ella. Un irresistible instinto de huir del peligro lo hacia asirse de ese pretexto para quedarse ahí, lejos de los soldados, lejos de la casa donde arrastraban á la chica, ¡ del calabozo, donde se veia ya con una pesada barra de grillos !

— ¡ Vaya no más, señor ! Siga á misiá Luisita, yo cuidaré á misiá Clarisa. No está más que desmayada.

Mañunga lo estimulaba al mismo tiempo con la vista, con una mirada de mujer valiente, que no comprende las vacilaciones de un hombre en presencia del peligro.

— Llevémosla primero á su cama, después iré corriendo, tú verás como llego antes que ellos.

Eran unos momentos ganados. Al replicar así tomaba á su hermana de la cintura.

— ¡ Camina, camina ! agregaba, para hacer ponerse en marcha á Mañunga.

Otra de las sirvientes, en la que la curiosidad había sido más fuerte que el miedo, llegó en ese instante.

— Vaya, señor, déjenos á la señorita á nosotras y vaya á defender á misiá Luisita, insistió Mañunga, con voz áspera, como si le diese una orden.

— Bueno, pues, llévenla con cuidado, contestó don Jaime, resignándose al parecer.

Pero siguió todavía á las criadas, haciéndoles sus recomendaciones.

— Pónganle un pañuelo con vinagre en las narices y golpéenle las manos hasta que vuelva.

— Váyase no más, señor, si nosotros *sabimos* muy bien lo que hemos de hacer. ¡ Cómo si fuese la primera vez que la señorita se desmaya ! Á cada momento le dan estos insultos. ¡ Vean qué novedad !

No habia ya medio de quedarse. Mañunga estaba tentada de decirle que « se hacia rastra de miedo ». En los ojos de la criada, don Jaime leia esa frase ridiculizadora. Mañunga lo empujaba hacia afuera, repitiéndole casi con sorna:

— ¡ Corra, señor ! ¡ cómo es capaz qué deje abandonada

á misiá Luisita! ¡yo había de ser su merced! ¡cuándo había de abandonar á la pobre señorita!

Avergonzado, salió á la calle, buscando argumentos para darse valor, arreglando frases para congraciarse la benevolencia del terrible Capitán. Ya sentía sobre su rostro, sobre toda su persona, la mirada fascinadora de ave de rapiña con que San Bruno cubría á los insurgentes.

Apenas se alejaba de la casa, Juan Argomedo, como si hubiese estado esperando al lado de afuera, entraba en ella precipitadamente. Al salir poco antes, había corrido hasta la del subdelegado Yécora, donde encontró á San Bruno.

— No quieren decir nada, dicen que no saben.

El Capitán, con el ademán del que ve confirmado una cosa que había previsto:

— ¡No le decía, don Juan! ¡Cuidado con su pescuezo!

Y llamó:

— Cabo Villalobos, cumpla usted mis órdenes.

El cabo se puso en marcha con sus cuatro soldados. En previsión de la pronta vuelta de Argomedo, Villalobos y su gente habían estado esperando en el corredor del primer patio por disposición de San Bruno.

Argomedo los vió salir. La fría sensación de angustia que le oprimía la garganta con el tremendo pronóstico del Capitán, le aguijoneaba el entendimiento. « Era indispensable, pensaba, encontrar un modo de comprar su salvación. Luisa no había querido aceptar el gran servicio que él había ido á ofrecerle; ¡tanto peor para todos! El no se quería sacrificar por los otros. « ¡Que se freguen por tontos! » era su exclamación. En tan apuradas circunstancias no había tiempo que perder. Si San Bruno descubría sin su auxilio el modo de apoderarse de Rodríguez ó de Malsira, lo entregaría á él seguramente, de nuevo, á las garras del juez. La amenaza resonaba en el alma de Juanito como si oyera la hora de su propio suplicio. ¡Cuidado con el pescuezo! Otras veces le decía: « ¡Cuidado con el gaznate! » Era siempre la amenaza de la muerte. Por evitarla, porque esa amenaza no pudiera cumplirse, él se sentía dispuesto á todo. Ninguna infamia lo haría vacilar.

— Lo que usted quiere, dijo á San Bruno, es que le entreguen á Rodríguez ó á Malsira.

— Justo.

— Déme dos horas y le prometo que pongo en su poder á uno de ellos.

— ¿Á Rodriguez?

— Más bien á Malsira, á Rodriguez es más difícil.

— No importa, me contentaré con Malsira. Por la hebra se saca el ovillo.

— Entonces déjeme usted volver donde doña Clarisa.

Con un signo afirmativo del Capitán, Argomedo había vuelto á salir.

Vió, cuando se acercaba á la casa, que la joven salía al lado de Villalobos. Los cuatro soldados seguían á cierta distancia. Juan se ocultó tras de una esquina y los dejó pasar. Poco despues vió á su padre cabizbajo caminar en la misma dirección de la tropa. Entonces se lanzó casi corriendo hacia el interior, en busca de Mañunga. Estaba persuadido que la criada debía hallarse impuesta del secreto. Sabía que Mañunga poseía la confianza ilimitada de sus patrones. «Es seguro, pensaba Juan, que Luisa le habrá confiado el paradero de Abel y de Rodriguez para enviarla donde ellos en caso necesario». Pero aun admitiendo que así no fuese, Juan, que conocía bien á Cámara, estaba persuadido de que se habría puesto en comunicación con la criadita.

La experiencia de lo que acaba de pasarle con Luisa, lo había aleccionado, además. Se acusaba de haber andado muy tonto en creer que habría podido llegar á su fin por medio de preguntas directas. Era preciso emplear otro sistema, y sacar partido de las circunstancias.

Mañunga lo recibió con desconfianza. De la pieza donde dejó á doña Clarisa á cargo de prima Catita y prima Cleta, salió al corredor. Ahí le esperaba Argomedo. Sin preámbulos, plantada delante del mozo, habló ella la primera.

— Aquí estoy, ¿para que me quiere?

— Vengo á hacerte una advertencia. Te diré que San Bruno me ha traído por fuerza. Dice que como yo me he criado por aquí, puedo servirle mucho como baqueano.

— ¿Entonces usted sirve á los godos? ¡no tiene vergüenza!

— ¡No te digo que me ha traído por fuerza! Si yo sirviese á los godos, no me traerían por fuerza, ¡mire qué cosa!

— Yo no sé, pues, así será. Á ver la advertencia. Hable pues, entonces.

Argomedo tomó un aire confidencial.

— Á San Bruno se le ha puesto en la cabeza que Luisa sabe dónde están á estas horas los montoneros de Manuel

Rodríguez y de Neira. Dice que es seguro que Luisa lo sabe y está resuelto á hacerla confesar. Si yo supiese donde, le escribiría á Abel. Es preciso que él sepa el peligro que corre Luisa para que si pueden no la dejen en manos de San Bruno. El pícaro es capaz de azotarla, y quién sabe si hasta de fusilarla. ¡Está que brama de furioso! Después de Luisa, seguro que sigue con *misiá* Clarisa. No ha querido hacerlas tomar presas al mismo tiempo á las dos para meterles más miedo. Abel y Rodríguez, por supuesto, no saben lo que está pasando. Si ellos están seguros de su gente, podrían dejarse caer ahora, de sorpresa, sobre el pueblo. San Bruno con sus veinte hombres no podría resistirles. Mientras que si esperan hasta mañana, ya será tarde, porque iban á salir de Santiago para acá después de nosotros treinta dragones, que llegarán al amanecer.

— ¿Y qué quiere que yo haga? dijo Mañunga, encogiéndose de hombros, desconfiada, temiendo alguna maldad del huacho.

— Yo no sé pues, yo te lo vengo á decir. Ustedes verán si encuentran modo de avisarle á Abel.

— Y ¿cómo? pues, si nadie aquí sabe donde está. Las señoritas ni siquiera saben si ha vuelto de la otra banda.

— ¡Mucha lástima! exclamó Argomedo, empezando á creer que realmente nada se sabía en casa de doña Clarisa.

Luego añadió, volviendo á su tono confidencial.

— San Bruno me ha prometido que en dos horas no hará nada; pero que si al cabo de las dos horas no le entregan á alguno de los jefes de los montoneros, ó no le dicen donde están, para ir á sorprenderlos, él hará confesar por fuerza á Luisa. ¡Y seguro que lo hace! ¿no ves? ¡no es hombre que se para en pelillos. Como te digo, es capaz no sólo de azotarla, sino hasta de fusilarla!

La convicción que ponía en anunciar esa terrible seguridad, hizo discurrir el hielo del pánico por el cutis de Mañunga. Juan la vió palidecer y volvió á insistir en sus vaticinios. Mañunga, dominándose, sin embargo, se limitó á exclamar:

— ¡Ojalá supiese yo!

— Trata de sonsacarle á doña Clarisa, mira que si no, nadie podrá librar á Luisa de los azotes.

— ¡Pobre misiá Luisita! ¡qué trabajo, señor! exclamó la criadita, con un suspiro de hondo sentimiento.

Porque, cualquiera que fuese la desconfianza que le inspirase Argomedo, habia un hecho patente, que no podia ponerse en duda, y que daba la más fuerte verosimilitud á sus predicciones. Ese hecho era el apresamiento de Luisa. Todo podia temerse. La reputación del feroz Capitán era bastante para no poder dudar de lo que decia Argomedo. Mañunga, mientras tanto, sin discernir el propósito que ahí lo habia llevado, estaba resuelta á no revelar el secreto que le habia confiado Cámara.

— ¡ Què lástima no saber nada ! volvió á decir. Misia Clarisa no sabe nada tampoco, ya me lo habria dicho, segurito, si supiese.

— Bueno, pues, ya están advertidas, hagan lo que les parezca, replicó Juan, con mal humor, yo me voy.

Mañunga lo dejó alejarse y entró precipitadamente á las piezas interiores. Doña Clarisa, repuesta de su desmayo, parecia dormitar, cadavérica. Prima Catita y prima Cleta, sentadas cerca de la ventana, cuchicheaban. Satisfecha de su inspección, la criadita salió en puntillas de la estancia, se dirigió de ahí al primer patio, donde el huaso, al lado de los caballos sentado sobre las piedras, esperaba con la incontrastable paciencia de los campesinos.

— Álzeme, ño Calixto, le dijo, me mandan á la chacra á buscar más remedios.

El huaso puso sus manos bajo los pies de Mañunga, que con las suyas se habia asido del sillón. Enderezándose después con fuerza, la empujó hasta dejarla sentada sobre la montura.

El flexible movimiento de la cintura que hizo la chica al ocupar el sillón, arrancó al huaso un requiebro.

— Y es livianita como pluma, ¿quiere que la lleve cargada ?

Ella no se detuvo á contestarle. Azotó el anca del caballo con el *ramal* de las riendas, y salió de la casa á trote largo.

Desde la esquina, donde Juan Argomedo se habia puesto en observación, la vió pasar, agitando la rienda, y dirigirse acelerando el paso de la cabalgadura, hacia el camino de los Canelos.

LXI

Gran tristeza, informe al principio, invadió la imaginación de Abel Malsira, en los primeros momentos de la marcha. La sensación del que sale al aire frío de una pieza abrigada, fué lo que se apoderó de todo su ser moral, cuando estuvo lejos de la turbadora belleza de la viudita. Y de repente, la opresión silenciosa de un remordimiento empezó á conturbarlo. « ¡Había vuelto la espalda, con el vértigo de la fascinación carnal, á la ensenada tranquila de sus antiguos ensueños! Bajo el soplo emoliente de una oleada de sangre en el cerebro, había sacrificado el ideal de amor, con sus rosados tintes de aurora, con sus alegres himnos de aves que se despiertan ». Las frases veladas de la carta de Luisa, sobre las que su fantasía de sentimental había trazado durante la languidez de las horas sin esperanza, un horizonte de tierra prometida, se iluminaban ahora, como una revelación sobrenatural, y le mostraban el camino que había debido seguir! Mientras que el Mayor, con términos estratégicas, le hablaba de las peripecias del combate en que acaban de triunfar, el mozo, sin oírlo, analizaba su situación. Navegante por largo tiempo perdido en el variable elemento de las aspiraciones juveniles, tomaba altura, al sol de la realidad, para conocer la verdadera situación de su alma. Indudablemente, Luisa le ocupaba entero el corazón. Era un amor que se había ido infiltrando en él con la callada marcha de una lenta inoculación. La inquietud de la incertidumbre lo había ido cristalizando. ¿Qué pasaba en ese corazón altivo de mujer, desdeñoso de los ardides, tantas veces irresistibles, de la coquetería? Por el pensamiento, Abel se arrojaba á las plantas de la divinidad inconmovible, para arrancarle el secreto de su enigma. « ¡Oh! doblegar esa voluntad, que se cernía en las nubes de una austera indiferencia; arrancar una confesión balbuciente á esos labios serenos, que jamás habían pronunciado una palabra de amor; volver á tenerla, como en lejana despedida, entre sus brazos, y encender en esa estatua de contornos ideales, la chispa de una pasión inestinguible ».

En la noche Abel contó su aventura á Rodríguez. Se habían quedado conversando, solos, en el vasto comedor

de las casas de Huaulemu. El mayor Robles había salido á establecer los centinelas, á tomar las medidas necesarias para evitar una sorpresa nocturna de los realistas.

— Quise someterte á una prueba al hacer que afrontases la peligrosa fuerza de la española, dijo el joven revolucionario, sonriéndose, y arrojando hacia el techo el humo de su cigarro de hoja. Es claro que si hubiésemos estado en paz no te habría expuesto á quemarte en esa hoguera. Pero en las circunstancias en que ibas á presentarte á ella, el peligro de una recaída estaba balanceando por la probabilidad de una ruptura definitiva. En apariencia no ha sido esto último el resultado. Es cierto que no has roto con ella; pero tu corazón protesta del desmayo de tu voluntad. Era todo lo que yo buscaba. Déjasela á don Francisco Casimiro, con quien ha estado coqueteando durante tu ausencia.

Acercándose entonces al joven, con el acento de un hombre para quien la casuística, en materia de amor, tiene una elasticidad complaciente:

— Yo no digo que te condenaría si tuvieses á la godita por querida; pero mujer legítima, ¡jamás!

Abel se quedó pensativo. Rodríguez repuso, tomando esta vez el tono de una convicción profunda:

— ¡La sangre de tu pobre padre te separa de esa mujer! Es claro, además, que lo que ella busca es marido. Tú mismo me dices que sentiste helarse tu entusiasmo cuando ella entró á razonar sobre la futura unión, como si se tratara de un arreglo de cuentas. En realidad, lo que ha hecho es pedirte tu mano á cambio de la escritura de compra de la hacienda. Sobre sus títulos de propiedad, ha puesto como aplastador de papel, tu promesa de casamiento. Se entiende que no te exigirá que cumplas la promesa, sino en el caso de que triunfemos los patriotas; porque si nos vencen difinitivamente los godos, la viuda te mandará al diablo y se quedará con los Canelos, para casarse con su muñeco de Marcó.

— Todo puede ser, dijo Malsira preocupado.

Pensaba que Rodríguez había formulado con claro razonamiento lo que él, confusamente, sentía agitarse en su espíritu. «La sed de amor no podría apagarse en esa fuente. El necesitaba una alma capaz de emprender con la suya un vuelo audaz hacia las regiones donde dos existencias pueden refundirse en una sola, identificar sus deseos, sus as-

piraciones, en una completa unidad. La posesión de los bienes materiales, las exigencias de la vida ordinaria, debían ser lo que el suelo es al espacio, lo que las orillas del lago son á la plateada superficie á que sirven de barrera. En ese espacio, las almas inflamadas por la llama de amor, debían poder elevarse unidas, palpitar á compás, levantarse á igual altura. Sobre esa superficie líquida debían poder bogar entrelazadas, cantar el mismo himno de adoración, alejarse con igual impulso de las preocupaciones de la ribera ». El desenfreno latente de la imaginación varonil, no era en él bastante activo para hacerle protestar contra la ley cristiana, que sujeta dos voluntades eternamente á la misma coyunda, que impone una sanción sacramental celosa á los instintos naturales de la criatura. Pero hallaba indispensable que las dos voluntades, como las nubes que impulsan opuestos huracanes, al confundirse en su encuentro, hicieran brotar el fuego de la pasión humana, que baña con su incienso de poesía y de ilusión las realidades perecederas de la vida.

— Y lo que hay de cierto en todo esto, repuso el tribuno clavando en el joven su mirada que nunca vacilaba, es que tú estás enamorado, bien enamorado, de tu prima Luisa.

Abel hizo un ademán vago, sin negar.

— ¡Esa sí que merece ser amada con pasión! exclamó Rodríguez entusiasmado. Es una de las pocas mujeres que habrían podido encadenarme á sus pies, si en mi ardor por la causa de la patria, no hubiese hecho voto de castidad de corazón, para conservar la posesión exclusiva de mi voluntad.

— Es decir que has renunciado al amor.

— Me he prohibido enamorarme, más bien dicho, contestó riéndose. No hay firmes propósitos sin la absoluta independencia del corazón. El hombre enamorado me hace pensar en esos pobres jilgueros á los que los niños les cortan una ala. Todas las grandes causas, exigen la integridad del individuo.

— Pero ahora no se trata de mí, repuso después de un breve silencio durante el cual había encendido en la luz de la vela un nuevo cigarrillo. Se trata de ti y de Luisa. Recordarás que hace tiempo te dije que le sospechaba una decidida inclinación por ti.

— Inclinación... dijo Malsira con aire de duda.

Quería oír hablar á su amigo, que él lo convenciese de

lo que deseaba creer. Rodríguez condensó sus observaciones, aludió á incidentes remotos del tiempo en que los intereses de la causa política lo habían acercado con frecuencia á la chica. « Nadie sino un atento observador, habría podido descubrir la llama bajo el plácido sosiego de una inalterable indiferencia. Muchos habían querido conmover ese corazón; pero todos, al cabo de poco tiempo, se retiraban desalentados, acusándola de orgullo ó de frialdad ».

— Á pesar del dominio que tiene sobre sí misma, yo sorprendí un día su secreto. Le hacía bromas sobre la manera como despedía, sin dejar de ser amable, á sus pretendientes, y no sé por qué, ó tal vez por vagos indicios que había creído notar cuando yo te nombraba, se me ocurrió decirle que sabía que ella estaba enamorada y que podría decirle de quién. « No nombre á nadie me dijo poniéndose muy seria, usted se equivoca, y me haría huir estudiadamente de la persona que nombrase, de miedo que usted creyese haber acertado ». « Lo que sería tanto más difícil para usted, repliqué yo, cuanto que por sus relaciones de parentesco tiene usted que encontrarse directamente con esa persona ».

— ¿Y qué dijo? preguntó Malsira con vivo interés.

— Se puso muy pálida, visiblemente impresionada, y me contestó como si la conversación la mortificase: « No me vuelva nunca á hablar de estas cosas, no estoy ni quiero estar enamorada de nadie ». Yo no insistí, arrepentido de haberme mostrado indiscreto. Pero me quedó la impresión de que no me había equivocado. Después, en Mendoza, cuando tú me diste á leer su carta, esa impresión se convirtió en certidumbre. ¿Con qué objeto te habría Luisa referido el infame atentado de Juanito Argomedo sino hubiese cedido al irresistible deseo de hacerte dueño de su alma, de mostrarte que tú eres el único hombre por quien quiere ser juzgada?

— Así he pensado muchas veces después de esa carta, dijo Abel, perdida la vista en el espacio, persiguiendo el fantasma deseado, que se evapora al contacto de la realidad; pero temía equivocarme.

— Es claro que con esa confidencia ella ha querido explicarte su indiferencia aparente, revelarte lo que no se había atrevido á decirte jamás de viva voz, mostrarse á ti con la tristeza de sus escrúpulos, y acaso ponerte á prueba

para ver si la evidente inclinación que tú le mostrabas en los últimos tiempos, resistiria á esa revelación.

Malsira se fué á acostar descontento. Se acusaba de haber comprometido locamente su porvenir, de haber cedido á ese impulso irreflexivo de los que se dejan gobernar por la preocupación constante de la mujer, de los que mezclan el anhelo de amor en todas las situaciones, á todas las aspiraciones de la existencia. Lo irritaba la idea de no haber podido resistir á Violante, de haberse dejado arrastrar á una promesa en la que debia haber sentido que no tomaba parte su corazón. Y por momentos pensaba con envidia en la viril voluntad de Manuel Rodriguez, que perseguia una gran idea, que tenia el noble entusiasmo de un pensamiento humanitario, y se dirigia á su fin, inspirado, sin mirar al suelo, pisoteando, como malezas del camino, las debilidades del sentimentalismo, que constituye en objeto casi único, lo que debe de ser un incidente secundario en la carrera del hombre.

Desde la mañana, al día siguiente, esperó con ávida impaciencia la hora señalada para la cita. Manuel Rodriguez le declaró que él no asistiria á la entrevista con Luisa. El joven revolucionario pensaba con razón que la noticia de los sucesos de Melipilla y de la hacienda de los Canelos, habria llegado á Santiago en la misma noche, y que el gobierno se apresuraria á mandar tropa en persecución de la montonera. « Él conduciria la gente al bosque de Huaulemu, y la mantendria oculta hasta saber qué número de soldados llegaban á Melipilla, y ver si convenia atacarlos, ó si era más prudente retirarse de aquellos contornos, para ir á dar algún nuevo golpe de mano á otra parte. Malsira acudiria á la cita acompañado por Cámara. Después iria á reunirse en el bosque con la montonera ». Los inquilinos de los alrededores, todos partidarios de los patriotas, quedaron encargados, por emisarios que les mandó desde la mañana el joven guerrillero, de llevar aviso á la montonera oculta en los bosques, cuando apareciesen soldados realistas.

Abel llegó á los ranchos de Santibáñez acompañado por Cámara. Los soldados de Talavera destacados á explorar los campos vecinos de Melipilla, habian visitado ya minuciosamente la casa del vaquero. El joven habia adelantado la hora de la cita. Queria replegarse sobre sí mismo y decidir algo antes que Luisa llegase. « ¿ Pero decidir qué ? » Se lo

preguntaba con sarcástica impaciencia. Se acusaba de haberse creado por culpa propia una situación sin salida. Las reflexiones de Rodriguez, que al calor comunicativo de la palabra le parecian persuasivas, se desvanecian por la mañana á la luz de la conciencia, como palidecen los astros que brillaban con tanta claridad en la noche. Con amargo despecho pensaba en la burlesca vanidad de sus propósitos. En sus éxtasis de soñador, por el pensamiento, habia llegado mil veces á ese instante decisivo en su existencia, y los acontecimientos lo hacian caer al primer obstáculo que se le habia presentado. Caer sin lucha, en un arrebato del momento, deslumbrado, envuelto en la ofuscadora llamarada de una pasión carnal que se despierta. Pero todo su ser le gritaba que su verdadero amor era Luisa. Su alma de sentimental se ponia ahora á gemir á las puertas de ese paraiso perdido por su culpa. La imagen evocada se cubria con las galas de la felicidad irrealizable. Los menores incidentes, los que antes eran leves indicios de una pasión reprimida por parte de la chica, cobraban la evidencia de la certidumbre, á medida que el remordimiento de haberlos malogrado le infiltraban la hiel de su estéril amargura.

De repente el corazón, la sangre se le paralizaron en su curso. A lo lejos, sobre un caballo á galope, se dibujaba la forma de una mujer. A la violenta emoción, pronto, sin embargo, sucedió el descontento de una expectativa frustrada. La mujer que avanzaba galopando no podia ser Luisa. El mozo se burló de su propio criterio. Luisa no vendria sola galopando hacia los ranchos de Santibáñez. Cámara aclaró sus dudas:

— Patrón, esa no es *misiá* Luisita, apuesto á que es ña Mañunga.

A gran distancia, ambos vieron aparecer en el camino un jinete, que á trote moderado, manteniéndose lejos de Mañunga, seguia la misma direccion que esta.

— Ha de ser algún *campañista*, observó Cámara, que vendrá á *manguear* animales.

Mañunga no tardó en llegar. Agitada con el galope del caballo, turbada con el intenso sacudimiento de la noticia de que era portadora, se dejó caer de su montura, delante de la ramada del rancho, al ver á Cámara que le salia al encuentro:

— ¡Ande, ño Cámara! exclamó sin saludarlo, ansiosa de

hablar, oprimida la voz por la turbación que la dominaba; ¡creerá que se han llevado presa á *misiá* Luisita!

— ¡Presa! ¿quién la ha llevado presa? preguntó el rotito atónito.

— ¿Quién ha de ser, pues? ¡los godos!

— Entra para acá, aquí está el patrón don Abel.

— ¡Ay, don Abelito! ¡qué gusto de ver á su merced! exclamó Mañunga sorprendida de verse en presencia del joven. Le parecía que Abel, el caballerito, podría encontrar algún medio de salir de la angustiada situación.

Y añadió, repitiendo lo que acababa de decir:

— Aquí le estaba diciendo á ño Cámara, que los godos acaban de llevarse presa á *misiá* Luisita. ¡Miren que trabajo, señor!

En su voz vibraba la emoción precursora del llanto.

Á las preguntas ansiosas que tan inesperada noticia arrancó al joven, Mañunga contestó refiriendo lo que acababa de pasar. « La señorita había hecho desde temprano ensillar un caballo para ella y otro para el patrón. Decía que iba á salir á dar un paseo hasta el Marco ».

— ¡Pero quien había de decir, pues, señor! que cuando menos lo pensaban ¡no se les aparece el huacho, pues!

Contó la entrada de Argomedo á la casa, su salida poco tiempo despues, y por fin, el apresamiento de Luisa.

Abel y Cámara lanzaban indignadas imprecaciones contra Argomedo.

— ¡No permita Dios que yo lo pille, no más! exclamó el rotito como en un juramento de exterminio.

En sus ojos, la sangrienta nube que levantaba la cólera, despedía un resplandor de venganza.

Mientras tanto, no había perdido de vista al jinete que á trote corto habían divisado en el camino, á lo lejos, siguiendo la misma dirección de Mañunga. El hombre continuaba avanzando hacia los ranchos.

Era Juan Argomedo. Sin perder momento, al ver salir á Mañunga á caballo de casa de doña Clarisa, se había lanzado corriendo al patio, donde ño Calixto tenía de la rienda el caballo destinado á don Jaime.

— Mi padre me manda que vaya de carrera á la hacienda y que tome su caballo.

— Na Mañunga va también para allá á buscar remedios, contestó el huaso, sin dudar de la veracidad del *patroncito*.

Después de haber visto salir á Luisa seguida por los soldados, después de ver á doña Clarisa caer desfalleciente en brazos de los criados, ño Calixto halló muy natural que Mañunga fuese á buscar remedios en uno de los caballos, al Marco, y que Juan Argomedo recibiese el encargo de servirse del otro para alguna diligencia urgente.

Sin vacilar pasó las riendas á Juan.

— Yo no voy á buscar remedios, voy á traer unos papeles, dijo el joven. Pero no quiero que me pillen los montoneros si andan por el camino. Préstame tu manta y tu bonete.

El huaso no hizo observación. Juan se puso en un instante el largo poncho y el bonete maulino de ño Calixto, después de haberse echado el pelo sobre la frente y las orejas, para cambiar su fisonomía. Sin darse gran prisa, montó después á caballo y salió trotando.

En la calle, el soldado que tenía encargo de vigilar á Juan lo vió pasar sin conocerlo. La gran manta y el bonete maulino lo disfrazaban perfectamente. Juan había entrado á la casa vestido de chaqueta y un guarapón de paja sobre la cabeza, con todo el aire de un *lacho* santiaguino, *remoledor* de chingana. El hombre que veía salir de la casa, montado en un hermoso caballo, tenía el aspecto de un huaso arribano, como se llamaba en la capital á los campesinos de las inmediaciones del Maule.

Argomedo tomó por el mismo camino por donde acababa de salir Mañunga de la villa. Familiarizado desde la infancia con aquellas localidades, estaba seguro de no perder la traza de la criadita. Á poco andar la divisó, galopando, por el camino de los Canelos, y la vió torcer después á la izquierda en dirección de la casa de Santibáñez.

Al emprender esa persecución, Argomedo se decía que la criada de los Malsira debía poseer el secreto, sino del paradero de Rodríguez y de Abel, por lo menos de la manera de comunicar con ellos. Se aplaudía de su sagacidad al ver galopar á Mañunga. El ansioso instinto de la conservación le había avivado el seso, sacándolo del embotamiento de una embriaguez inveterada.

Para no alarmar á la criadita se mantenía á distancia, al trotecito corto de su montura. Estaba seguro que la chica no podría escapársele. Cuando la vió tomar definitivamente el sendero que conducía hacia Santibáñez, el horizonte de sus reflexiones se iluminó de viva claridad. «El vaquero

debia ser el órgano de comunicación con los montoneros. Sin duda que ninguno de éstos podia andar con él, puesto que los dragones, que acababan de recorrer aquellos alrededores, no habian hallado ningún sospechoso en las *posesiones* de los vaqueros, registradas minuciosamente. Mañunga iba con seguridad á mandar con Santibáñez alguna comunicación á Malsira, informándolo del apresamiento de Luisa ». Juan se propuso presentarse al vaquero y á la criadita, como huyendo de los españoles y resuelto á alistarse entre los que combatian por la patria. De este modo descubriria el secreto salvador, el que debia sacarlo de las garras de San Bruno y del juez. En el *soberado* de la pieza *redonda* donde vivia en Santiago, dentro de un hoyo que habia hecho en la pared y cubierto con tierra, Juanito, con voluptuosa alegría, divisaba el dinero que le quedaba del entierro que, con la vida, habia arrebatado á ña Peta, á su pobre *mama*, que sentia haber muerto. « Ella tuvo la culpa, para qué fué tan emperrada ». Se repetia esta frase de complaciente absolución, sin perder de vista á Mañunga, pensando al mismo tiempo en la innumerable sucesión de botellas de anisado que le prometia su tesoro.

— El hombre de á caballo viene derechito para acá, dijo Cámara.

Abel y Mañunga confirmaron esta observación mirando al campo. Á indicación de Cámara, Malsira y él se ocultarían en un pajar y gallinero, hecho con ramas de espino, que había inmediato al rancho. Mañunga y Santibáñez recibirian al que iba á llegar. Según las circunstancias, Abel y Cámara saldrian ó no de su escondite. Estos preparativos se terminaban cuando Argomedo estaba todavia como á una cuadra de distancia. Para que creyese que el vaquero estaba solo con Mañunga, Santibáñez salió á la ramada y se puso á rasquetear su caballo. La criadita se sentó sobre un tronco de espino que servia de banco en el medio del patio abierto de la ramada. Desde el pajar Abel y Cámara observaban con curiosidad.

Argomedo continuó trotando, y acortó el paso cuando estuvo cerca. Á poca distancia de Santibáñez detuvo su montura. Cámara lo reconoció al instante.

— ¡Si es el maldito huacho! ¡por la perra! exclamó con los ojos chispeantes de alegría. Con mano rápida empuñaba en la cintura su cuchíllo.

— No te muevas, espera que se baje del caballo, le dijo en voz baja Abel, reprimiendolo.

Mañunga exclamaba al mismo tiempo, al reconocer á Juan.

— ¡Ve! ¿Entonces era usted que me venia siguiendo?

— Yo, pues, queria saber dónde venias.

— Vine á buscar un remedio para misiá Clarisa.

— Apéese, patrón, venga á *pitar* un cigarro, le dijo Santibáñez.

Juan se bajó de su caballo.

— Para qué estás mintiendo, dijo á Mañunga; el remedio que vienes á buscar es alguna carta que traes para Abel ó para Rodríguez.

Mañunga no alcanzó á contestar. Malsira y Cámara, saliendo de repente de su escondite, aparecieron. Argomedo reculó con sorpresa.

— ¿No te esperabas á verme, ah? le dijo Abel.

— No me esperaba; pero vine buscándote para contarte lo que pasa en Melipilla.

Se habia puesto extremadamente pálido. El fulgor de los ojos de Cámara le daba miedo, le hacia discurrir por el cuerpo como gotas de agua helada que se deslizan sobre el cutis. Sus miradas tenian la inquieta angustia de las de un animal que ha caido en una trampa.

— ¿Te dijo Mañunga que San Bruno ha hecho llevar á Luisa á casa del Subdelegado? preguntó á Malsira.

— Acaba de decirmelo, contestó Abel, aparentando una tranquilidad que desesperaba á Cámara.

— Yo se lo fui á contar para que viniese á decirtelo, repuso Argomedo.

Sin dar tiempo á que le contestasen, ansioso de justificarse, para que no lo creyesen un agente de los realistas:

— Los godos me han traido por fuerza, pero yo quiero estar con ustedes y pelear por la patria.

— ¿Y por qué han tomado presa á Luisa? preguntó Abel sin salir de la calma estudiada que parecia haberse impuesto.

Juan volvió á dar las mismas explicaciones que habia expuesto á Mañunga. A San Bruno «se le habia metido en la cabeza que Luisa debia saber dónde se ocultaba la montonera. Estaba resuelto á hacerla confesar aunque fuese á fuerza de azotes».

— Y si no saca nada de ella es capaz de fusilarla. Está como un *quique* de furioso.

— ¿Él te lo dijo? preguntó Abel.

— Él, pues. Entonces yo fuí á carrera á contárselo á Mañunga para que si sabía dónde tú estabas, viniese á decirtelo. Mañunga no quiso decirme que sabía dónde tú estabas; pero cuando la vi salir á caballo conocí que venía á buscarte; y como yo quiero pelear á tu lado contra los godos, la seguí hasta aquí.

Abel no pareció haber oído esta explicación, que hizo dibujarse una sonrisa de burla en los labios de Cámara.

— ¡Canta no más! ¡seguro que vamos á creer! murmuraba por lo bajo el rotito, devorando con la ardiente mirada á su hermano de leche.

Abel, grave, seguía su pensamiento mientras hablaba Argomedo.

En ese instante, en medio de la tribulación de su alma, la presencia de Juan había evocado en su memoria el recuerdo, siempre latente, con su calorcillo de brasa entre cenizas, del vergonzoso atentado de aquel hombre contra la joven. Acercóse á él con una agitación concentrada, tratando de contenerse.

— Y tú, ¿por qué no te opusiste á que la llevaran presa? le dijo casi al oído con voz sofocada. Tú, que has hecho la desgracia de su vida, ¡miserable! añadió arrebatado de indignación.

— ¿Y por qué he hecho su desgracia, pues? ¿por qué? contestó Argomedo con la extrañeza del que oye una acusación calumniosa.

— ¡Ah! ¡se te ha olvidado!... ¿No te acuerdas ya de la noche en que te entraste á su cuarto como un ladrón?

— Yo estaba *tomado*, no sabía lo que hacía, y siempre me he arrepentido de esa tontera, dijo Juan bajando la frente.

En seguida, para hacerse perdonar, haciendo alarde de su propia humillación:

— ¡Y eso llama desgracia! ¡cuando ni me dejó acercarme siquiera y me *rajuñó* toda la cara! ¡Qué desgracia le ha causado entonces! ¡Y mi padre que desde esa noche no quiso volver á verme más, y me ha tenido á la cuarta sin un centavo! ¿Qué más castigo querían?

Juan miraba á Cámara y á Mañunga, apelando al juicio de conciencias que podían mejor comprenderlo que Abel.

— Yo estaba *tomado*, repetia como una disculpa justificativa; cuando uno está *tomado* no sabe lo que hace.

Malsira sintió un alivio. El miserable confesaba su maldad, sin pretender arrojar sombras sobre la honra de la chica. Esa confesión, que Argomedo repetia delante de Cámara y de Mañunga, era un testimonio de la pureza de Luisa, rendida por el mismo autor del vergonzoso desacato. Malsira no insistió. Habia aprovechado la primera ocasión de arrancar á Argomedo la confesión de su crimen. Eso bastaba en ese momento. Lo que urgia ahora, lo que le espoleaba el corazón, era la necesidad de correr á salvarla.

— Si quieres estar con nosotros, dijo á Juan, empieza por decirme cómo se podria llegar hasta San Bruno.

— Llegar... ¿llegar para qué?

— Para hablar con él, se entiende.

Cámara se agitaba impaciente. No podia comprender el objeto de la pregunta de Abel. No se le alcanzaba cómo el joven no mandaba colgar á Juan de un maiten que habia ahí cerca « hasta que sacase una vara la lengua ».

— Yendo conmigo, contestó Argomedo.

— Pero tú no quieres volver donde los godos, le objetó Malsira.

— No, pues; no quiero, yo quiero quedarme con ustedes, y verán si les sirvo bien.

— Y si yo voy solo, ¿no me sujetarian antes de llegar hasta San Bruno?

Una alegria súbita iluminó los ojos de Juan.

Abel iba á llevarlo al fin que habia venido persiguiendo. La vivida luz de una esperanza de salvación le devolvió su fuerza de disimulo. Pensó que si Abel cometia la insensata locura de ir á ponerse en manos del feroz Capitán, él haria valer ese acto como un servicio prestado á la causa del Rey, y quedaria libre de la acusación de asesinato. En cuanto á los patriotas, á los que prometeria fidelidad y adhesión sin límites, en la primera ocasión se escaparia de ellos para volver á buscar su tesoro á Santiago.

— Es preciso, para que puedas pasar, contestó á Malsira, que yo te acompañe hasta el primer puesto avanzado. Los centinelas tienen orden de dejarme pasar, todos ellos me conocen.

— No, no, yo quiero ir solo, replicó Abel con impaciencia.

Su agitación triunfaba de la calma que se habia impuesto. La insistencia de Argomedo en acompañarlo pareció poner término á sus reflexiones. Con precipitados movimientos sacó de un bolsillo una cartera y la presentó á Juan.

En el acto vas á escribir lo que voy á dictarte, le dijo retirando el lápiz de la cartera y poniéndolo en manos del mozo.

— ¡Cómo quieres que escriba! ¿Para qué quieres que escriba? exclamó Argomedo con desconfianza, viendo que Abel tenia el propósito de no dejarlo escaparse.

Malsira sacó violentamente del cinto una pistola y dirigió el cañón al rostro de Juan. Friamente, con el acento de una resolución inquebrantable:

— Si no escribes en el acto, te mato aqui como un perro.

— Eso es, patrón, despáchelo de una vez á ese picaro, exclamó Cámara blandiendo de gusto su puñal.

Con palidez mortal Argomedo recibió el lápiz. Un temblor convulsivo lo sacudia.

— ¡Quién te dice que no quiero escribir! yo escribiré lo que quieras.

Abel dictó, sin desviar el cañón de la pistola: «El portador lleva de mi parte muy importantes noticias al Capitán San Bruno, y ruego á los que se presente que lo dejen pasar».

— Firma claro, que se entienda bien.

Abel plegó el escrito, lo puso en la cartera y llamó á Cámara á un lado. Su voz se habia hecho imperiosa. Una sombría resolución lo dominaba:

— Inmediatamente irás á encontrar á Manuel Rodriguez y le dirás que yo no puedo dejar sacrificarse á mi prima Luisa; que estoy seguro que ella se dejará fusilar antes que confesar que debia reunirse aqui conmigo, y que como el único modo de salvarla es que uno de los dos, él ó yo, nos entreguemos á los españoles, yo voy al instante á hacerlo.

— ¡Pero, patrón don Abelito, buena cosa! Se va á entregar á los godos para que lo fusilen seguro.

— No me hagas ninguna observación y cumple mis órdenes, replicó el mozo secamente.

No queria perder un momento en discusiones. «¡Luisa vapulada, fusilada tal vez!» Este horrible pensamiento agitaba su sombra sangrienta de terror ante su imaginación.

—Trae mi caballo al momento, agregó.

Á la distancia, Juan Argomedo lo observaba con ansiedad. Mañunga, pálida de emoción, lo miraba también. Ambos tenian intuición de que un violento drama se desarrollaba en el alma del joven. Argomedo, temblando, se figuraba que él era el objeto de aquella conversación en voz baja, y buscaba como apiadar á Mañunga para que intercediese en su favor.

—*Mirá*, Mañunga, te daré lo que quieras, te daré veinte pesos, porque consigas que me dejen libre. Pídeme lo que quieras, ¡yo siempre he sido bueno contigo!

Mañunga no se dignaba mirarlo. No queria oir la voz de súplica humillada con que le hablaba Argomedo. El vaquero, entre tanto, indiferente á aquella escena, se habia puesto á ensillar su caballo lentamente, con la meticulosa escrupulosidad con que los campesinos buscan la simetría y el perfecto nivel de los pellones, á medida que van colocándolos sobre la enjalma.

Abel volvió cerca de Argomedo. Para desviar el golpe de que se creia amenazado, éste encontró un nuevo argumento:

—Mira: te voy á dar una prueba de que no quiero volver donde los godos, que me han traido por fuerza; te voy á decir un modo seguro para que puedas llegar hasta donde está San Bruno; pero me dejas libre, ¿no? Lo que yo quiero es servir al lado de ustedes.

—¿Á ver qué modo es ese? preguntó Malsira con voz suave como si esa manifestación de confianza espontánea de parte de Juan lo hubiese dispuesto bien hacia él.

—Bueno; pero me dejas libre, ¿no?

—Si no quieres hablar sin condiciones, es que no estás de buena fe.

—No pongo condiciones, ¡vaya! Ya ves que tengo confianza en ti. Bueno, pues, oye. Está convenido con San Bruno que si tengo alguna noticia que mandarle y yo no puedo ir, la persona que vaya de mi parte no tiene más que decir á los centinelas estas palabras: «Ya sé donde están.»

Con esta revelación Argomedo esperaba conquistarse la indulgencia de Abel.

—¿Y cómo no me lo habias dicho en lugar de dejarme dictarte lo que acabas de escribir?

—¡Tú no me dejabas hablar! ¡cómo quieres, también!

Cámara llegó tirando de la brida el caballo. Malsira llamó á Santibáñez. El vaquero se acercó haciendo sonar las grandes rodajas de sus espuelas que lo obligaban á andar sobre las puntas de los pies. Cuando estuvieron reunidos en grupo frente á Juan Argomedo, Malsira se dirigió á Cámara. Su voz tenía la solemne seguridad del que deja hablar su conciencia.

—Tú, con Santibáñez, vas á conducir á este hombre amarrado donde Manuel Rodríguez. Le dirás de mi parte que se lo mando para que lo juzgue y le haga aplicar la pena que merece por sus maldades.

Argomedo se puso á gemir. Invocaba á todos los santos del cielo. «¿De qué lo acusaban? Era mentira que él había denunciado á los patriotas de la cárcel. Él era tan patriota como el que más. Los godos, por disculparse y encontrar un pretexto para asesinar á los patriotas, le habían levantado ese atroz testimonio. Si él no fuese patriota no habría pasado toda la mañana en buscar modo de advertir á Abel de las intenciones de San Bruno y no habría seguido á Mañunga.» En medio de sus explicaciones exhalaba sus dolencias, pedía conmiseración con los ojos anegados en lágrimas. Herido de terror se arrojaba á los pies de Malsira, implorándolo con voces destempladas, clamando por piedad, jurando que era inocente.

—Todo eso se lo dirás á Rodríguez; yo no tengo tiempo de oirte.

Con ceño inflexible, Abel montó á caballo.

Y después, en medio de las lamentaciones y de los gemidos de Argomedo:

—Y que Dios te perdone, si es posible. Cámara, á ti te lo entrego. Llévalo donde Rodríguez, bien amarrado. ¡Qué él lo juzgue!

—No tenga cuidado patrón. ¡Buena cosa, que por este pícaro vaya á entregarse el caballerito á los godos!

Cámara lanzó estas palabras como una imprecación, acompañadas de la más enérgica expresión de la lengua. Al ver alejarse á Malsira, dos lágrimas, acaso por vez primera después de muchos años, asomaron á los ojos del rotito.

—¡Buena cosa! repitió, siguiendo con la vista nublada al joven que se alejaba. ¡Quería guardar su imagen grabada en la memoria!

Á galope tendido, dejando tras de si una nube de polvo, Abel se perdió pronto de vista.

Cámara se volvió entonces hacia Juan. La llama de delirante cólera que le encendía los ojos, daba á sus facciones la rígida contracción de un paroxismo insano.

—¡Ahora, pícaro, vas á pagar las hechas y por hacer! Encomiéndate al diablo, ¡hijo de una grandísima!

Acometió á Juan con el puñal alzado, furibundo, silbándole la voz como de lo hondo del pecho. Mañunga y el vaquero, en un movimiento simultáneo, lo sujetaron.

Mañunga daba voces de espanto.

—¡Por Dios, ño Cámara! ¿que va á hacer?

Argomedo, aterrado, seguía lamentándose y jurando que era inocente. Su voz tomaba modulaciones destempladas de súplica desgarradora: un supremo llamamiento de miserable vencido. Creyendo ver una vislumbre de compasión en el semblante de Mañunga, se arrojó convulsivo á sus pies, sacudido, tiritando de pánico:

—¡Mañunguita, por Dios, dile que me deje! ¡Ten compasión de mí! ¡Yo siempre he sido bueno contigo! ¡Vaya, diles, pues, que me dejen! Yo soy inocente. ¿Por qué me quiere matar? ¿quiere matar á su hermano de leche? ¡Mañunga, Mañunguita, ten compasión de mí!

Repetía el nombre como un estribillo de dolor. Repetía cada frase con distintas entonaciones, con un fervor desatentado de plegaria desesperada: era un lamento de desolación extrema. Y se arrastraba á los pies de la criadita, le besaba las manos, dejaba sobre ellas rodar sus lágrimas con el rostro desfigurado por el espanto, en una agonía de terror, en un anonadamiento de impotente miseria.

Mañunga, apiadada, suplicó á Cámara:

—¡Déjelo, ño Cámara, por Dios! Don Abelito le mandó que lo llevase donde don Manuel Rodríguez, y no que lo matase.

El rotito se apaciguó súbitamente.

—Por ser vos que lo *pedís*, no lo mato, cuando por *a'araquiento* merecía que le cortase la lengua.

Con una mirada de profundo desprecio, mirando á Juan:

—Podía tener vergüenza de ser tan cobarde. ¿Cómo no *tuvistes* miedo de matar á mi madre? ¡guacho pícaro!

—¡Yo no la he muerto, soy inocente! exclamó Argomedo con un hipo de agonía.

—Bueno, pues, ño Santibáñez, nos llevamos á este dije.

Don Manuel Rodríguez le ajustará las cuentas. Tráigame mi caballo.

Mientras el vaquero llegaba con el caballo de Cámara, Argomedo intentó ablandarlo con nuevas súplicas. Cámara, de repente, se había puesto festivo y lo embromaba.

—No seais falso, Juanito. ¡Y mucho que quiere servir con nosotros en la montonera! ¡Creerá que los godos nos tiran con pelotillas de miga de pan! ¡*Calláte, hom*, no seáis gallina!

Santibáñez llegó con el caballo.

—Acerque su bestia y saque su lazo, le dijo Cámara.

El sacaba también su lazo de la cabeza de la enjalma. Juan los miraba aterrorizado. La palidez de sus facciones se había convertido en un tinte ceniciento de moribundo.

—Bien amarrado, dijo el patrón. ¡Apriete ño Santibáñez!

Los dos hombres se pusieron á envolver con fuerza sus lazos alrededor de la cintura de Argomedo. Cámara indicaba las vueltas. Las cuerdas de cuero trenzado se entrelazaban, se anudaban y se confundían, hasta formar una especie de cintura imposible de desatarse. Juan repetía sus dolencias en un gemido desfalleciente. El rotito le apagaba la voz, cantando entre dientes, cual si una idea alegre hubiese venido á reemplazar en su espíritu la tremenda ira que acababa de encenderlo:

«Como dos que bien se quieren,
Dos palomas se besaban,
Esta mañana temprano
Sobre el tejado de casa.»

—¡Cámara, hermanito, por Dios, déjame libre! ¡Yo soy inocente, le juro que soy inocente! gemía Argomedo.

«Yo, rotito, con envidia,
Pensando en vos las miraba.»

—En vos, Mañunga, se interrumpía Cámara.

De nuevo, después entonaba en medio de las jeremiadas de Juan:

«Y decía: ¡buena cosa!
¡Quién pudiera, quién besara!»

Repitiendo el último verso y sin soltar el lazo que se

desprendía de la cintura de Argomedo, se acercó á Mañunga. La criadita, vencida por la emoción, lloraba.

—¡Al todo también! dijo él. ¡No faltaba más que te *pongáis* ahora á llorar por ese condenado, asesino de mi madre y del patrón don Alejandro! ¡Un espía de los godos!

—¿Y qué quiere que haga, pues, si me da lástima? sollozó ella.

El rotito tomaba sus aires de galán. Un soplo de amor, como una ráfaga que ha pasado sobre un incendio, de súbito, lo abrazaba con su ímpetu animal: una de esas tentaciones que suelen encender la sangre del hombre como á traición cuando menos piensa.

—Anda á esperarme al rancho, te voy á decir una cosa, murmuró con aliento encendido en la oreja de la criadita.

—¡No esté con tonteras! ¿Qué cree que estoy loca? ¡Ave María, señor!

—Y *diei*, pues, ¿y si no nos volvemos á ver? replicó él medio enfadado.

—Si no nos volvemos á ver será porque usted no me quiere, dijo la chica.

Suavizaba la voz acariciándolo con los ojos. Á su mirada, un resto de lágrimas en la pupila, daba un brillo de rocío matinal, como si quisiese hacerse perdonar su recato de mujer.

El conoció que la fascinación de la última entrevista había pasado. Mañunga volvía á su tenacidad de mujer engañada, que no quiere perder sus ventajas con un acto de debilidad.

—Da gracias á Dios que te quiero de veras, que si no te dejaba aquí plantada y *nunquita* más volvía á verte, le dijo sonriéndose, medio avergonzado de su derrota.

Luego añadió en tono confidencial la indicación de otros ranchos á inmediaciones del pueblo, donde prometió venir al día siguiente si podía. Mañunga le juró que también iría.

—Ahora, ño Santibáñez, vamos andando, exclamó el rotito; pero antes voy á alzar á esta buena moza á su caballo.

Cuando Mañunga estuvo sobre su sillón, Cámara y Santibáñez montaron también, dejando de pie á Juan Argomedo, que temblaba, gimiendo en una convulsión de todo el cuerpo.

—Á ti, le dijo el rotito, te vamos á llevar á *pegual*, y

« *pies pa qué te quiero.* » De balde *lloráis*, ¡no *seáis* cobarde!

Hizo una señal de mando con las riendas de su montura y se despidió de Mañunga, enviándole un beso.

— Hasta la vista, hasta la vista, ¡lindura!

La criadita tomó al trote el camino de Melipilla. Pero á corta distancia, una atracción de vértigo, una curiosidad apiadada la hizo volver la vista hacia los hombres que se alejaban. Cámara y Santibáñez, al trote, tiraban al miserable Argomedo á *pegual*, como un toro cogido á lazo que ha querido huir. El infeliz caía y levantaba con alaridos desgarradores, esforzándose por seguir la marcha de los caballos. A poco, arrastrado sobre los matorrales, azotado contra las ramas de espino, con el rostro ensangrentado, la ropa en jirones, el cabello sobre la frente en mechas sanguinolentas mezcladas con el polvo del suelo, corría jadeante, se asía de un tronco de árbol, y en un supremo esfuerzo intentaba resistir con instinto maquinal, con aferramientos de náufrago, á esa fuerza implacable que lo arrebataba en vertiginosa y desesperante carrera. Mañunga, por un momento, se cubrió los ojos con su rebozo. Aquel bulto que perdía la forma humana, que caía y levantaba, que rodaba por el suelo contra las piedras y los árboles, le daba el pavor de una pesadilla endemoniada, de un suplicio del infierno que jamás había imaginado. Cuando volvió á mirar, la voz de Cámara, gritando como en una *trilla*, llegaba á sus oidos y lo veía agitar su látigo en el aire, con el movimiento del que anima las yeguas para que no se detengan en su arrebato circular de inmenso remolino. Santibáñez, encorvado sobre el cuello de su montura, seguía trotando junto al rotito. El cuerpo de Argomedo, bulto informe, en masa dislocada y floja, había dejado de luchar, rodaba sobre el suelo, pasaba sobre las malezas, con ondulaciones de miembros inertes, tirado por los lazos, como animal muerto que van á arrojar á alguna inmunda zanja de podredumbre, en lejano paraje, donde irán á celebrar sus pestilentes festines las pendencieras bandadas de *traros* y de jotes famélicos.

LXII

San Bruno había concedido dos horas de plazo á Juan Argomedo, después de la aprehensión de Luisa, para que descubriese el paradero de las montoneras que habían atacado á Melipilla y á las casas de los Canelos. Sin conocer la fuerza numérica de las guerrillas, no quería aventurar en una persecución estéril la escasa tropa de que disponía. Confiaba en que Argomedo, con el poderoso estímulo de la amenaza que pesaba sobre su vida, idease alguna buena perfidia para entregarle sin combate á cualquiera de los jefes guerrilleros. Mientras tanto, como prenda de seguridad de que en ningún caso saldría burlado, había hecho prender á Luisa. «Ella, sin duda, debía conocer el refugio de los montoneros. Si él se equivocaba, la familia de Malsira se ingeniaría por descubrir el secreto para revelarlo á cambio de la libertad de la chica.» Esto era para San Bruno un movimiento estratégico preparatorio con el que esperaba asestar un formidable golpe á los insurgentes. Había dejado preparándose en Santiago un fuerte destacamento de tropa, que al mando del comandante Magallar debía salir algunas horas después que él, con la misión de perseguir á las que el Gobierno trataba de pandillas de salteadores. Averiguada la guarida de éstos, San Bruno lanzaría sobre ellos al comandante Magallar. Su fuerza compacta anonadaría á los facciosos, mientras que él, la inteligencia combinadora del movimiento, regresaría á la capital á continuar su servicio al lado del Capitán General.

Don Jaime Bustos, mientras tanto, se agitaba á su modo para obtener la libertad de la chica. Sin valor para interponer él solo sus empeños había acudido á la vindita. El miedo de ser dejado preso lo hizo quedarse atrás en el patio del subdelegado Yécora. Como un aprehensivo que no se atreve á entrar en el cuarto de un enfermo de mal contagioso, esperó con cualquier pretexto, mientras que Violante de Alarcón empleaba todos sus recursos de persuasiva con el Subdelegado á fin de obtener una audiencia de San Bruno. El Capitán, según Yécora, estaba durmiendo la siesta, «y él, antes que despertarlo, prefería caer de nuevo en manos de los insurgentes. San Bruno lo había tratado de imbécil por haberse dejado sorprender. Ese dia-

blo de hombre le inspiraba un terror casi supersticioso. »

— Donde está parece que hace frio, dijo, traduciendo la impresión que le habia hecho el Capitán.

Don Vicente durmió una hora, en efecto. Entre los axiomas militares que reglaban sus actos con la rigidez de una observancia monástica, practicaba el de que en campaña se debe tener siempre una comida y un sueño adelantados. Mientras reparaba el cansancio de la marcha nocturna de Santiago con ese corto sueño, dejaba trascurrir el plazo que habia concedido á Juan Argomedo.

Vencidas las dos horas se presentó adusto, é impenetrable, seguido por el Subdelegado, en la pieza donde habia hecho encerrar á Luisa Bustos.

Era un cuarto vulgar de habitación de provincia. Sobre el enladrillado del piso, una vieja estera de esparto no alcanzaba á llegar hasta las paredes. En medio, una mesa de escribir cubierta con un rebozo de mujer, á guisa de carpeta. Algunas sillas de paja completaban el amueblado sórdido, que con la absoluta desnudez de las paredes blanqueadas con cal, prestaba á la estancia el melancólico aspecto de un juzgado de aldea. Una puerta, que abria al corredor del primer patio, daba entrada á la estancia. La luz, cuando esa puerta estaba cerrada, llegaba únicamente por una ventana con reja de madera, que daba á un corral con agua corriente, con dos ó tres árboles frutales, á los que trepaban á dormir en la noche las gallinas y los pavos del Subdelegado. Cerrado al norte por una baja tapia de adobes, el patio gallinero comunicaba por medio de una puerta vieja con un extenso potrerillo, donde pastaban el caballo de Yécora y una vaca, encargada sin duda de suministrar la leche para el consumo de la casa. Al fondo, que deslindaba con el camino real, una puerta de trancas, cerrada con candado, servia para la entrada y salida de los animales.

Cuando entraron San Bruno y el Subdelegado, Luisa habia tenido largo tiempo para familiarizarse con la monótona tristeza de su prisión y el desolado paisaje que se divisaba por la ventana. Ni la prisión ni el paisaje alcanzaron á conmoverla. Llegaba ahi con el inmenso desaliento de los que se sienten minados por un mal incurable. Por instantes estimaba como una buena suerte que un obstáculo tan imprevisto como insuperable hubiese venido á im-

pedirle acudir á la entrevista con Malsira. Después de la confidencia de Violante, se sentia el corazón adolorido por la tortura moral de su completa desilusión. La duda, esa fecunda tierra en que germina la esperanza, habia cesado para ella. Después de esa catástrofe, todas las desgracias le parecian ligeras. Tenia necesidad de otro dolor, de otra preocupación, como busca el enfermo nuevas posturas por engañar el mal que lo devora. Se le figuraba su alma un santuario vacio, la estancia de donde acaban de sacar el cadáver de un ser querido. Era un fin de existencia, más allá del cual su imaginación atormentada sólo divisaba un desierto de infinita soledad y de tristeza inextinguible. La vida, semejante á un peso imposible de llevar á cuestas, la agobiaba.

Sentada en una silla, al lado de la ventana, Luisa sólo volvió la vista hacia los que entraban al oir la voz de San Bruno.

— Oiga usted, ya supondrá por qué se encuentra usted detenida en esta casa.

— No puedo suponerlo.

La chica dejó caer su mirada tranquila sobre los dos hombres. Yécora, benévolo de carácter, se sentia avergonzado. La serena majestad de aquella joven esbelta, que respondia sin afectación ni miedo al hombre ante el cual él mismo se sentia desazonado, lo humillaba. San Bruno, con la aspereza que nunca abandonaba al hablar á los insurgentes, no hizo esperar su réplica.

— Pues si usted no lo sabe, voy á decírselo. Usted y los de su familia están en comunicación con los bandidos que ayer asaltaron á Melipilla y á la hacienda de los Canelos. Por consiguiente saben dónde esas dos pandillas de salteadores han ido á ocultarse, y es preciso que usted lo haga saber á la autoridad.

La chica negó con energía. «Era fácil, observó, formular acusaciones sin pruebas. Nadie podria decir en el pueblo que alguno de los asaltantes de Melipilla hubiese estado en casa de su tia ». Apeló al testimonio del Subdelegado, que después de recobrar su libertad, habia tomado prolijas declaraciones sobre las ocurrencias del asalto. Yécora rindió testimonio de la verdad de esta alegación. La sangre fria de la chica lo alentaba á defenderla.

— En eso la señorita tiene perfecta razón. Ninguna de las declaraciones deja sospechar que los montoneros...

— Los bandidos quiere usted decir, interrumpió San Bruno con severidad.

— Estuviesen en connivencia con alguien del pueblo, concluyó Yécora.

— La prueba es muy convincente, replicó el Capitán con desdeñosa ironía, puesto que usted mantiene tan activa vigilancia en su distrito, ¡qué sólo se dejó sorprender por pura complacencia!

— Yo digo lo que me parece de justicia, replicó el Subdelegado, poniéndose muy pálido. La lucha de su dignidad contra su miedo le costaba un grande esfuerzo.

— ¡Y yo le mando á usted callar! Su función en este momento, señor Subdelegado, no es de testigo, sino de juez. Esta mujer es cómplice del asalto, tiene estrechas relaciones de parentesco con Malsira, uno de los bandidos; está sindicada desde hace tiempo de obcecada insurgente, y no podrá escapar al rigor de la ley, si no denuncia el paradero de los malhechores.

Al hablar, se paseaba á lo largo de la pieza con sentenciosos ademanes, con acento que no admitía réplica. Se detenía á veces y dejaba caer su mirada de ascua, aguda y penetrante como puñal, ora sobre Luisa, ora sobre el Subdelegado.

Yécora bajaba los ojos, confuso. Luisa miraba por la ventana al corral, donde las gallinas y los pavos picoteaban el suelo con la prolija tenacidad de un insaciable apetito. La violenta requisitoria de San Bruno, no la conmovía. Contra su corazón, que el dolor había empedernido, las amenazas del Capitán, como las olas que azotan contra la roca, se quebraban. Por la ventana, su vista iba á perderse en el cielo, tras de la espezanza desvanecida. Hubiérase dicho que la voz que hablaba de rigor de la ley y de denuncio no había llegado á sus oídos.

Irritado con ese desdén, San Bruno se paró delante de la joven.

— Responda usted: ¿dónde han ido á esconderse esos salteadores?

— No sé.

— ¡Cuidado! ¡Usted no se figura á lo que se expone! ¡Dígalo usted y me ahorrará el desagrado de castigar á una mujer!

— He dicho que no sé. Pruébeme usted que miento;

pero no afirme usted como una certidumbre lo que es simplemente una suposición antojadiza.

San Bruno se volvió hacia Yécora. Quería intimidar á la chica con amenazas enigmáticas. Confiaba en la lenta acción del terror que se infiltra poco á poco en el alma, que hace entrar los nervios en acción y hiela con su frígido abrazo, la fiebre de los generosos sacrificios.

— Usted es testigo, señor Subdelegado, de la obstinación de esta insurgente. Persuádala usted á decir la verdad, aconséjela que confiese de buen grado, porque si se empeña en su negativa, ¡ yo sabré reducirla á la razón, no lo dude usted !

Ceremoniosamente salió de la pieza, dejando suspendida su amenaza como algo de misterioso y tremendo.

— Diez minutos tiene usted para convencerla, sólo diez minutos. Al cabo de ese tiempo yo me haré obedecer.

San Bruno buscaba en esta interrupción del interrogatorio un pretexto para esperar el resultado de la misión de Juan Argomedo. Sería más glorioso para él coger á los montoneros por una estratagema, que descubrir su paradero mediante un acto de violencia.

— ¡ Por Dios, señorita, exclamó el Subdelegado en tono suplicante, si usted sabe algo, dígalo ! Este hombre es capaz de todo ! Ya ve usted cómo me ha tratado á mí mismo. Yo conozco á usted desde chica y me parte el corazón verla tratada como una criminal. Pero ¿ qué puedo hacer ? Él tiene la fuerza. No se sacrifique usted inútilmente.

— Puede usted por lo menos protestar contra la infame tropelía que se comete conmigo, dijo la chica con indignación. Al fin y al cabo usted es la autoridad local, y algo debe valer su palabra. Defiéndame usted. Yo no puedo decir lo que ignoro. ¿ Qué pruebas tiene ese hombre para exigirme una confesión imposible ?

Avergonzado, Yécora se disculpaba con frases cortadas, con argumentos sin fuerza, que exasperaban el altivo corazón de la joven. «Era inútil luchar contra San Bruno, era el hombre omnipotente, más valía ceder que sacrificarse estérilmente ».

— ¿ Qué quiere usted, señorita ? ¿ qué quiere usted ? Es inútil luchar con él. Mejor es decir lo que usted sepa.

— ¡ Pero usted me aconseja cometer una villanía ! exclamó ella enardecida, pasmada de la pusilanimidad del Subdelegado.

Éste, con un ademán de completo desaliento:

— No, yo no digo; pero... en fin... usted es mujer y no se le puede aconsejar que se sacrifique por facciosos y por hombres que harían mejor en estarse quietos y obedecer á las autoridades.

Luisa le replicó con calor:

— Esos hombres, cuando lo tuvieron á usted en su poder, no lo humillaron ni amenazaron. Compare usted su conducta con la que observan conmigo, que no puedo defenderme.

El Subdelegado no hallaba qué contestar. Veía con terror trascurrir los minutos sin obtener nada. La más leve indicación de parte de Luisa, pensaba con aflicción, le habría permitido defenderla y presentarse al mismo tiempo como el descubridor de los guerrilleros. Con este servicio habría rescatado su triste aventura de la sorpresa del pueblo. Mas sus recursos de dialéctica no le sugerían ningún raciocinio para convencerla.

— Ciertamente; pero, ¿qué quiere usted? Son facciosos, y usted no debe sacrificarse por ellos. ¿Qué puedo decir á usted? Las mujeres no están obligadas á ser mártires.

Durante un momento, Luisa había creído encontrar un defensor. Las respuestas del Subdelegado borraron hasta el rastro de ese celaje de ilusión. Nada había que esperar de ese ser amoldado á la pasiva obediencia de la disciplina oficial. Impaciente, se puso de pie y volvió á mirar por la ventana. En el corral, algunas gallinas se obstinaban todavía en buscar comida picoteando el suelo. Las demás, vencidas por el calor del sol, dormitaban. En el potrerillo, la vaca y el caballo luchaban por arrancar con los dientes el escaso pasto, espantándose al mismo tiempo del lomo, los tábanos, con la cola. La intensa vulgaridad de aquel espectáculo casero bañó el alma de la joven con una penosa sensación de abandono y de miseria. Una dolorosa envidia ante la prosaica quietud de ese cuadro familiar le oprimió el pecho. La tempestuosa agitación del espíritu, la orgullosa fortaleza de la idea del sacrificio, se perdieron en la melancólica aspiración de no pensar en nada, en el ansia de un anonadamiento de ser irracional.

El ruido de la puerta que se abría la sacó de su muda contemplación. San Bruno entró adusto, como había salido. Yécora lo miró con su timidez de perro maltratado.

— ¿Qué hay? ¿en qué quedamos? preguntó el Capitán

Su acento era el de un hombre impaciente de un resultado, que no admite contemporizaciones.

— Dice que nada sabe, contestó Yécora, ahogando un suspiro.

— ¡Ah!

— Y, vea usted, eso debe ser cierto, repuso humildemente el Subdelegado, porque, verdaderamente, esta señorita no ha podido ponerse en comunicación con los montoneros. No es posible que sepa, real y verdaderamente...

— Usted va á ver si sabe, interrumpió San Bruno, con acento de fria resolución.

En la puerta, que habia cerrado, dió tres golpes ligeros. El cabo Villalobos y dos soldados entraron. Luisa, menos serena ya con el terror de lo desconocido con el pensamiento de su abandono, palideció ligeramente.

— ¿Persiste usted en negar que sabe dónde están los bandidos?

— No puedo decir lo que no sé.

La voz de la chica habia perdido la firme entonación de sus primeras respuestas. Tenia, visiblemente, la aprehensión de un peligro grave, de algo terrible que la amenazaba. No obstante esa vacilación de la voz y la palidez de las mejillas, en sus ojos, una resolución sombria de sacrificio, un fuego de voluntad resistente, realzaban la noble majestad de la cabeza. Era como la luz que brilla al través de una atmósfera cargada de vapores: la llama, sin irradiación, parece concentrar su calor, reunir en su centro toda su vitalidad.

La respuesta lacónica resonó con el mismo fuego concentrado de la resolución que brillaba en los ojos. San Bruno tuvo un gesto de desdén. Estaba seguro de triunfar. Esa resistencia no lo sorprendia desprevenido. En su sombria inspiración de inquisidor, la invención de variadas torturas era fecunda. Con afectada calma se volvió hacia el cabo Villalobos y á sus hombres, que aguardaban militarmente cuadrados, como si estuviesen pasando una revista:

— Desnude usted á esa mujer.

Los ojos de la joven se dilataron enormemente. Sobre su rostro que se tornó exangüe, con verdes sombras de desmayo, el sobrecogimiento del horror, pasó como un soplo de muerte. La voz de San Bruno resonó como si hubiese encontrado cierta dificultad al articular las palabras. Era

que la idea de la atroz profanación que ordenaba, había inflamado ya, desde su germinación en el cerebro, la dormida lujuria de su vieja abstinencia monacal. En su austera crueldad de perseguidor de insurgentes había venido á ingertarse, como un polen corrosivo, el inflamado antojo de un hermoso cuerpo de mujer. Él podía darse la realidad de ese sueño de sátiro, de esa sorda tentación latente de los sentidos avasallados por el ascetismo, sin menoscabar la inflexible rigidez de su deber de vengador del Rey. Pero la turbación carnal, cuando dió la orden, medio le atajó la voz en la garganta.

Villalobos y los dos soldados obedecieron á la voz de mando, con la regularidad mecánica de un movimiento militar. Cada soldado se apoderó de un brazo de la chica, y el cabo, con mano que vacilaba sin embargo, hizo ademán de desabrocharle el corpiño. Un grito agudo de horrorizada indignación salió del pecho de Luisa. Con extraña fuerza, que el pudor redoblaba, hizo recular á los soldados y detenerse á Villalobos en su impío atentado. Dolorida, con desolación inmensa en la voz, después del grito, protestaba:

—¡No quiero! ¡infames! ¡suéltenme! ¡suéltenme! ¡Por Dios! ¡no me toquen! ¡no me toquen!

Á la furiosa indignación, se mezclaban los lamentos supremos de llorosa súplica, el estertor de ahogadas imprecaciones, la desesperada defensa de una criatura en delirio. El pavor de la horrenda vergüenza, la honda, inconmensurable desesperación de sentir casi su cuerpo expuesto á las miradas de aquellos hombres, le daba un vigor de acceso de locura. Todo eso se producía en un instante. Una lucha vergonzosa empezó entonces. Los soldados, que se reían al principio de la resistencia, comenzaban á sentirse avergonzados de no acertar á vencerla, humillados de su papel degradante de verdugos de una mujer indefensa. Entre ellos y Villalobos, las voces, medio ahogadas, se cruzaban. El cabo les lanzaba insultos, en medio de los gritos, de las súplicas, de las vibrantes protestas de la heroica joven.

San Bruno los miraba impasible. Su orden tenía que ser cumplida. Habría preferido la muerte á dejarse tocar de conmiseración. Su esperanza lúbrica crecía, ansiosa, con la resistencia, le cerraba los oídos á los desgarradores lamentos de la víctima.

Ella seguía gritando:

—¡Mátenme mejor! ¡Por Dios! ¡prefiero morir! ¡Señor

San Bruno, hágame dar la muerte! ¡por Dios! ¡prefiero que me maten! Y gemía vencida, se retorcía jadeante, lloraba y suplicaba, sintiendo que las manos de Villalobos le arrancaban, á tirones, el corpiño.

— ¿Dónde está su primo Malsira? ¿dónde está Rodriguez? confiese usted y se le dejará libre, contestábale San Bruno, inconmovible, con su voz cavernosa de sentencia fatídica.

— ¡No lo sé, no lo sé, yo quiero morir, hágame matar! ¡no puedo decir lo que no sé! gritaba ella, entre sollozos lastimeros, con el rostro ahora encendido por la terrible alarma, bañado en lágrimas, iluminado por una fiebre de magnánimo sacrificio, realzada la altivez de su noble cabeza de divinidad pagana, con la gracia ondulante del cuello, con la suave curva de los hombros, con el blanco resplandor del seno, que las manos profanas del sargento empezaban á descubrir.

El Subdelegado bajaba la frente roja de humillación. Luisa apelaba á él suplicante. Era una plegaria de inmensa desolación, un lamento supremo de indecible desfallecimiento.

— ¡Ah, señor Yécora, tenga compasión de mí! ¡diga que me maten! ¡que no me hagan sufrir tan horrorosa vergüenza! ¡Yo no quiero vivir, por Dios, tenga piedad de mí!

Yécora tuvo un empuje de energía. Su compasivo corazón de hombre tranquilo le dió un sacudimiento de indignación.

— ¡Señor San Bruno! ¡por Dios, hombre! ¡no prolongue usted por más tiempo esa horrible tortura: ya ve usted que esa pobre chica no sabe nada!

— ¡Eh! ¡calle usted, ó salga fuera! vociferó el Capitán que perdía la paciencia, ¡yo no recibo consejos de nadie!

La contracción de un furor que estalla, de una fuerza que no respeta barreras, le encendía el rostro con un vago reflejo de incendio lejano. Se volvió entonces imperioso á los que luchaban con la chica, vociferando:

— Cumplan ustedes lo que se les manda ¡con mil demonios!

Afuera, en el corral, las gallinas y los pavos alzaban la cabeza, parecían poner el oido á las voces humanas que herían el aire. Luisa, en medio de su pavor, alcanzaba á divisarlos, cuando con la vista nublada miraba al cielo para enviarle la agonizante plegaria que no querían acoger sus verdugos. Ya casi no podía luchar. Sus fuerzas agotadas, su voz enronquecida, se agotaban, en aquella inmensa miseria

de completo abandono. La ominosa tarea de Villalobos se hacia más fácil. Yécora, sin atreverse á levantar la frente salió de la pieza, con un brusco ademán de protesta impotente. San Bruno, con ávidos ojos, en un delirio de sensualidad turbulenta, miraba avanzar la tortura de infamia. El corpiño, desabrochado poco á poco, habia descubierto la la riqueza ofuscadora del pecho, la virginal firmeza de los suaves contornos, la deslumbradora tersidad del cutis: un busto de proporciones esculturales, la pomposa poesia de la materia convertida en un sueño de idealismo profano.

Un celoso egoismo de exclusiva dominación le arrancó, en forma de mandato, el rugido de león que defiende su presa:

— Cabo, basta. Salga usted.

Mientras Villalobos con tardos movimientos de estudiada lentitud, obedecia, el Capitán rugió de nuevo, dirigiéndose á los soldados:

— Y ustedes, miren cada uno á otro lado, sin soltarla.

Siguió un instante de pesado silencio. Luisa, casi exánime, habia cerrado los ojos, como para arrojarse, horrorizada, en un abismo. Los tres hombres sentian cernirse sobre sus frentes el tibio aliento de una vergüenza de degradación. San Bruno, sin embargo, queria prolongar el suplicio. Ese busto viviente de mujer, con la irradiación dominadora de sus formas, lo fascinaba. Era preciso, empero, no descender de su pedestal de juez inflexible ante los soldados.

— Y ahora, dijo á Luisa, vea usted si quiere confesar, ó que continúen desnudándola.

La infeliz, anonadada en su miseria, alzó la vista en un éxtasis de resplandeciente sacrificio, con la fe que se entrega en manos del Creador:

— ¡No sé nada, no sé nada, máteme si quiere, no sé nada!

Su obstinación sublime, entre sollozos, parecia elevarle el alma al cielo en ese lamento dolorido, implorar un favor de lo imposible, un milagro de compasión divina, un rayo exterminador, alguna catástrofe súbita que la sacase del horrendo martirio, de la abrumadora vergüenza que la destrozaba.

Y creyó en ese instante de febril exaltación, que el cielo acogia su plegaria. La puerta de la pieza se abrió con un violento golpe. Delante de sus ojos, como una aparición de sueño, inexplicable y natural, como un fenómeno de pesa-

dilla que se explica por sí mismo, que debia sin duda suceder, se presentó Abel Malsira, el Abel de sus melancolías, el Abel por quien estaba sufriendo aquel tormento más duro que la muerte. Pero esa aparición, un rayo de luz que rompia las tinieblas, le azotó al mismo tiempo la mente con la idea de su desnudez y de su aprobio. Fué la instantánea rapidez de una corriente eléctrica que pasa por el cuerpo. De un salto, el joven se hallaba á su lado. Con la sorpresa, los dos hombres soltaron las manos de la chica. Abel sintió la firme carnación de los brazos que le rodeaban el cuello, la presión delirante del seno que se oprimia contra el suyo en una revelación aterrorizada. La voz sollozante de llamamiento supremo, un murmullo ahogado de confusión y de espanto, le decia al mismo tiempo al oido:

— ¡Oh! ¡quiero morir! ¡quiero morir! ¡qué horror!

La inesperada escena se habia desarrollado como un golpe que apenas tiene vibración, en unos pocos segundos. San Bruno no tuvo tiempo de darse cuenta de la súbita aparición de aquel hombre. Entre Luisa y Abel el reconocimiento inmediato, los habia unido con su inexplicable fuerza de fluido misterioso. Él y ella, en ese abrazo, que duró lo que dura un relámpago, olvidaron su miseria, se estrecharon como en un juramento de unión eterna. La chica, ruborosa, se cubria apresurada con su corpiño. Los dos soldados, vueltos en sí, se apoderaban otra vez de sus manos. San Bruno, al mismo tiempo, reconociendo á Malsira, les gritaba furioso:

— ¡Agarren ese hombre! ¡que no se mueva!

Los hombres soltaron á Luisa y cogieron bruscamente, como una toma de posesión, los brazos del joven. De parte de Abel ninguna resistencia. La altiva resignación de hombre que cumple un gran deber le erguia la frente. Mientras los soldados, de orden de San Bruno, le aprisionaban las manos, amarrándoselas, el joven y la chica, en una intensa mirada, se interrogaban. Mudos, palpitantes de emoción indecible, leian cada cual en el rostro del otro, la revelación aguardada, que en aquel momento de angustia, tenia la vaga tristeza de la flor que ha brotado sobre una tumba.

— Registrenlo, ordenó San Bruno, cuando vió que Abel no podia defenderse.

Volviéndose hacia la joven, añadia:

— Ya ve usted que yo no me equivocaba: usted sabia donde estaba oculto este mozo.

— No lo sabía contradijo Abel, que imaginaba la lucha de heroica resistencia de su prima.

— Y si no lo sabía, ¿cómo ha venido usted á ponerse en mi poder? observó el Capitán, juzgando su observación incontestable.

— Ahí tiene usted la explicación, lea usted.

Malsira señalaba el papel que había hecho firmar á Juan Argomedo, y que uno de los soldados acababa de encontrar en su bolsillo.

San Bruno pensó: « Sin duda que Argomedo le explicaría después cómo había podido entrar en comunicación con Malsira. Por el momento, lo importante y de toda evidencia, era que su espía hubiese sabido tender una celada á uno de los cabecillas revolucionarios, y hécholo venir á entregarse él mismo á sus enemigos. Juanito había rescatado su pescuezo. Don Vicente, con la satisfacción del éxito, se dignaba reconocerlo. Tenía el hilo entre sus manos, él desenredaría la madeja. Era el momento de sustituir la maña á la violencia. Antes que llegase el comandante Magallar con su tropa, él estaría en posesión de los datos necesarios para trazarle su rumbo. » « La cabeza que dirige », pensó don Vicente, en su orgullo de hombre infalible.

— Ahora, dijo á Luisa, puede usted marcharse. ¡Y cuidado con negar otra vez!

Ella, sin responder, se acercó al joven. El hondo abismo en que lo veía caer, había operado una activa reacción en su alma. Sentía ya verse libre. El sacrificio de Abel le parecía peor que todos los tormentos. Redimir su honra, salvar su vida del oprobio y de la muerte á ese precio, era una calamidad más tremenda que todas las otras.

— ¡Ah! ¡por qué ha venido á sacrificarse! le dijo con honda aflicción, á media voz, temblando, en una agonía de enamorada angustia.

El joven no alcanzó á contestarle. San Bruno gritó enfurecido.

— ¡Ola! dejémonos de paliques y de secretos, ¡salga usted, la insurgente, y dé gracias á Dios de verse libre!

Como ella no se apresuraba á obedecer:

— Salga usted, salga usted, repitió, con más furor, exasperado de que una mujer se atreviese á desobedecerle.

Abel tuvo tiempo apenas de decir á la chica:

— Adiós Luisa, abrace á mi madre y no se olvide de mí.

« Y no se olvide de mí », repetía ella después, en la calle,

aplicando todas sus facultades, en medio de su inmenso dolor, á la interpretación de esa vaga despedida. Buscaba con la fiebre de tanto sacudimiento moral, el sentido de ese enigma, trataba de iluminarlo con el palpitante recuerdo de la emoción sentida, de la fulminante revelación que la tempestuosa vorágine de la sorpresa les habia hecho comunicarse, en la muda, en la invencible presión de aquel abrazo supremo.

Ávida de curiosidad, la gente de la villa habia seguido afanosa el encadenamiento de aquellos sucesos. Timidamente las mujeres se asomaban por las ventanas, se preguntaban las noticias. Los hombres pasaban por delante de la casa del subdelegado. Á pesar del miedo que extendia en la atmósfera de aldeanas pequeñeces sus alas de amenaza latente, nadie se quedaba en su casa, todos querian saber, animados por el extraño orgullo de hallarse en el teatro de grandes acontecimientos. Ninguno se atrevió no obstante, á interrogar á Luisa, que pasaba, desfigurada y pálida, sin mirar, perdida en sus emociones, la vista y el pensamiento engolfados en la tormenta de calamidades que le destrozaba el corazón.

En la sala encontró la chica á Violante de Alarcón, á prima Catita y prima Cleta, en conciliábulo. En pocas horas don Jaime parecia haber envejecido. Al ver á Luisa le tendió los brazos en un arrebato de alborozo infantil, saltando de gusto. Su fácil optimismo le hizo figurarse que todo temor de peligro habia cesado. La chica no acertaba á responder á las preguntas que llovian sobre ella. Antes de dar respuesta alguna, quiso ir á tranquilizar á su tia. La señora no dudó de la perfecta veracidad de la relación que Luisa improvisó para calmarla. « San Bruno la habia hecho llevar simplemente como un simulacro de amenaza, por ver si descubria el refugio de los montoneros ». Poco después retornó á la sala, donde volvieron á repetirse las ansiosas preguntas. Ya que veian libre á la chica, todos querian tener noticias de Abel. Por Mañunga sabian su heroica abnegación. Don Jaime hablaba del hecho como de un rasgo propio de los hombres de su familia. Prima Catita y prima Cleta con miradas de particular inteligencia, con una sonrisita desdeñosa, tomaban las alabanzas al joven como una burla indirecta, como si los demás hubiesen querido decirles que ellas no habrian tenido el poder de inspirar un acto semejante de sacrificio.

- ¡Para qué es tanta *alaraca!* ¡si no han de hacerle nada! exclamó prima Catita entre dientes.

Prima Cleta hizo eco.

— Así es hijita, ¡que le han de hacer!

Don Jaime sostenía que lo temerario del acto ejecutado por Abel era precisamente lo que sería causa de su salvación. Con ello daba el joven una prueba de su inocencia. Él, en su lugar, habría hecho otro tanto.

— Y entonces, pues, ¿por qué no fuiste tú? le dijeron, incrédulas, prima Catita y prima Cleta, una en pos de otra, disgustadas con el triunfo de Luisa, casi ingratas con la memoria siempre evocada del malogrado novio. «Quién sabe si él habría hecho una cosa así», se preguntaban con la vista, con un gesto indefinible de amargura, al sentir que nunca habría ya un hombre que les diese esa deslumbrante prueba de generosa abnegación.

La viudita, mientras tanto, con la fría precisión de su cabecita ideal, con la reflexión tranquila de mujer positiva, examinaba mentalmente, la actitud que le convenía tomar en aquel trance. No atribuía al violento paso de Abel un móvil que debiera inspirarle celos. Apenas si un ligero cosquilleo de amor propio le molestó durante un segundo el pensamiento. «Abel no podía estar enamorado de Luisita. Comprendía si que Luisita estuviera prendada del joven. No era una prueba de amor que él se hubiese entregado á sus enemigos por salvar á la chica. Era simplemente una de esas quijotescas locuras de los hombres, que embisten, á veces por baladronada, á veces de lástima, contra los peligros, con la impetuosidad del toro que cierra los ojos». Segura de tener la situación en su mano, había entrado en posesión de todo su aplomo, de toda la fuerza de su raciocinio. La satisfacción de sentirse tan superior á Luisa en hermosura, la seguridad de poder salvar á Malsira pidiendo su libertad á Marcó, redoblaba su gracia, daba mayor fuerza á los argumentos con que procuraba calmar la aflicción de la chica.

Luisa, por otra parte, con maquiavelismo de enamorada, contribuyó á robustecer la convicción triunfante en la viudita. Le explicaba la temeridad de su primo, como una prueba de viejo cariño fraternal, y más que todo, de filial abnegación. «Abel se había entregado principalmente por devolver á su madre la única compañera, la única persona que podía darle algún alivio en sus pesares».

— Además, dijo á Violante, como Abel conoce el gran influjo que tiene usted en palacio, habrá contado con que usted podrá hacerle devolver la libertad, con sólo escribir al Presidente.

— Y en eso no se engaña, aseguró Violante, porque voy á escribir ahora mismo.

Don Jaime y Luisa la alentaron colorosamente en ese propósito. Poco rato después, ño Calixto salia llevando la carta, con orden de ir y volver, sin detenerse más tiempo que el que tardasen en darle una contestación.

— Corre y ya estás aqui, dijo don Jaime á su inquilino. Le dió dinero para el viaje y algunas cartas para que pudiese mudar caballo, si era preciso, en varias haciendas del tránsito.

Por su parte San Bruno, seguro ya de una presa importante, pensó que era necesario proceder sin precipitación. Queria que el entusiasmo del sacrificio se disipase en el cerebro de su prisionero. Esperaba también por momentos ver aparecer á Juan Argomedo, que le explicaria cómo habia llegado á entrar en comunicaoión con Abel y le daria de este modo alguna indicación sobre el escondite de los montoneros. La facilidad con que Abel habia podido llegar hasta la casa del Subdelegado, le pareció un peligro. Su espíritu suspicaz admitió la hipótesis de una traición de Juan Argomedo, y pensó que era preciso redoblar las precauciones de seguridad.

Llevando dos hombres de escolta, salió á la calle, en busca del soldado que tenia por misión seguir por todas partes á Argomedo y no dejarlo entrar á ninguna venta de licores. De facción todavia delante de la casa de don Jaime, el soldado dió cuenta á San Bruno de las personas que habian entrado y salido, asegurando que Argomedo debia encontrarse ahi todavia, á menos de que hubiese una puerta falsa. Tan larga permanencia en una guarida de insurgentes puso sospechoso á San Bruno. « Cuando menos, coligió, lo habrán hecho beber y ahi estará como una odre. » Dió orden al soldado de entrar á la casa y llamar de su parte á Juan Argomedo. Un momento después, trajo el hombre por contestación de que Juanito no estaba ahi; que habia salido á caballo, más de dos horas hacia. Estrechado por las preguntas de don Vicente, confesó que habia visto, en efecto, salir un hombre á caballo vestido de arriero, con bonete maulino y que pensó que seria algún sirviente.

Reservándole una ración de azotes para la hora de la retreta, San Bruno, agregó el hombre á su escolta y se fué á distribuír su gente á entradas de la villa, en los caminos principales. Al menor síntoma de acercarse los montoneros, ó cualquiera gente sospechosa, debian acudir corriendo á dar la noticia á casa del Subdelegado.

Establecida esta especie de servicio de avanzadas, don Vicente regresó á casa de Yécora, de la que habia hecho su cuartel general. Le parecía llegado ya el momento de someter á un interrogatorio á Abel Malsira. El joven se mostró impenetrable, á pesar de las conminaciones furibundas con que don Vicente amenizaba sus preguntas. « Habia vuelto solo de Mendoza, dijo, deseoso de reunirse á su familia y con la persuación de que no podía existir ningún cargo contra él, puesto que antes de emigrar, jamás habia tomado parte en los movimientos políticos. Ignoraba el paradero de Manuel Rodriguez, á quien habia dejado en Mendoza ». Todas sus respuestas se mantenian en esa declaración.

—Ya veremos si usted no se vuelve más comunicativo dentro de un rato, le dijo el Capitán. Medítelo usted bien. Si á mi vuelta no se decide á señalarme el escondite de Rodríguez y de los demás bandidos que lo acompañan, será usted azotado en medio de la plaza, hasta que confiese. Principiaremos por veinticinco.

Don Vicente acentuó esta amenaza con el gesto sarcástico, de su sonrisa enigmática, y salió. Abel pudo apenas reprimir un temblor como de escalofrío. En su generoso ardor de sacrificio, la aciaga sombra de la muerte habia podido cruzar por su imaginación. Sombra lejana de una eventualidad posible. Un fantasma oscuro, informe, envuelto en mil reflexiones que tendian á desvanecerlo. Ahora, la destemplada amenaza de una vapulación pública abría ante sus plantas un abismo, que lo hizo temblar. Con la afrentosa perspectiva, sus fuerzas flaquearon como en una instantánea paralización de la sangre. Aterrado, miró hacia afuera, acaso buscando emparo, allá, tras del firmamento, en esa región de luz y de poder infinito de donde puede bajar la misericordia. Las gallinas y los pavos del Subdelegado habian vuelto á picotear el suelo. En el potrerillo, los dos animales seguían mordiendo el pasto y espantándose del lomo los tábanos y las moscas, con la cola. « El mismo paisaje, tan triste en su vulgaridad, que Luisa acaba de

contemplar », pensó el joven. El heroismo de la chica le reconfortó el alma. Y la turbadora imagen del espléndido busto, la sensación de los torneados brazos que envolvieron su cuello, del firme seno que se apretaba, en un delirio de terror, contra su pecho, todo cruzó por su imaginación, como un lamento del pasado, con su encanto de episodio de amor fugaz y misterioso, que ya no volveria á repetirse. Despertando entonces de su desvanecimiento repentino, Abel miró en torno de sí. En su mente, el horror de la amenaza de San Bruno, hizo surgir la idea del suicidio. El pensamiento de su degradación en el alma apiadada de Luisa, le hacia preferir la muerte. Pero la dificultad material de sustraerse á la infamante tortura, era absoluta. San Bruno lo habia hecho desarmar y atarle las manos á la espalda. « Se arrojaria en un desesperado esfuerzo contra el primero que entrase, trabaria una lucha desesperada, en la que tal vez podria encontrar la muerte ». El tumulto de estas ideas, de esos planes locos, le habia encendido el cerebro. Colocado al pie de la ventana, frente á la puerta, fijaba la vista con el espanto del insano ante el terror de la persecución. Inmóvil esperaba ahí, palpitante, el momento de embestir al primero que se presentara.

Algunos minutos de tempestuosa ansiedad le parecieron eternos. El entumecimiento de la inmovilidad, le hacia hormiguear la sangre y campanillear en el silencio, los oidos. De repente sintió que en el patio resonaban los cascos de muchos caballos, un gran movimiento con ruido de sables, voces de mando breves y sonoras. La mortal persuasión de su impotencia para defenderse de esa tropa que vendria, sin duda, á sacarlo por fuerza, para arrastrarlo al degradante suplicio, le aceleró los latidos del corazón como si hubiese subido de carrera una empinada cuesta. Pero la puerta permanecia cerrada, con su amenaza de horrenda pesadilla : un objeto inerte que cobraba vida propia, que podia animarse y moverse de un instante á otro para dejar pasar el oprobio eterno, peor que la muerte. Un ruido del lado del corral lo distrajo entonces de la fascinación supersticiosa de la puerta. Vió entrar un hombre de Talaveras, el cabo Villalobos, cuya fisonomía guardaba grabada en la memoria, con fusil al brazo, seguido por un soldado, al que colocó frente á la ventana por donde miraba el joven. Las gallinas cacareando, los pavos asustados abriendo las alas, habian huido á un rincón. Casi al mismo

tiempo, en el corredor, oyó Malsira pasos de marcha que se detuvieron ante la puerta con un ligero ruido de fusiles. En seguida el andar de un hombre que empezó á pasearse con acompasada marcha, resonó cadencioso : « sin duda un centinela para guardar la puerta, como el del corral, custodiaba la ventana ». Abel empezó á sentir la suave calma de los nervios del que oye alejarse los truenos que retumbaban horrísonos con el fragor del rayo sobre su cabeza. « Para sacarlo á la plaza, no habrian puesto centinelas por delante y por detrás de su prisión, fué la idea que como un rocío benéfico, le calmó el ardor que le abrasaba la frente y las mejillas. Luego, en su ansioso escuchar, percibió distintamente, al lado de afuera, una voz sonora con acentuación de mando :

— ¡ Sables al hombro ! ¡ al trote ! ¡ marchen !

El ruido de cabalgaduras que se alejan resonó en el patio, y pronto quedó todo en silencio. El joven, sobrecogido de emoción, vencido por una confusa tormenta de esperanzas locas y de temores espantables al mismo tiempo, se dejó caer anonadado sobre una silla. « Algo de muy grave ocurría. ¡ Tal vez Manuel Rodriguez que venia á salvarlo ! »

LXIII

Uno de los hombres apostados por San Bruno á la entrada de Melipilla, habia llegado á carrera tendida en los momentos en que el Capitán se dirigia á la pieza donde se encontraba Malsira. Según ese soldado, una partida de gente armada, los montoneros sin duda, se divisaba por el camino de la costa. Uno de los centinelas avanzados habia traido esa noticia. La montonera, que caminaba al galope, se habia ocultado en un bosque de espinos al notar la presencia del dragón, que huyó hacia la villa.

San Bruno, renunciando á su propósito de interrogatorio, se apresuró á reunir su gente, después de colocar en la puerta un soldado de Talavera y otro frente á la ventana, en el corral, con orden de hacer fuego, hasta ultimarlo, si el prisionero intentaba fugarse. Otro soldado de Talavera, quedó de centinela en la puerta de la casa. Los restantes montaron á la grupa de los dragones, que permanecian en el patio después de la exploración del campo circunve-

cino. El Capitán se puso al frente de ese doble destacamento de caballería é infantería, y la voz de mando resonó en los oidos de Abel como un enigma de esperanzas y de amenazas:

— ¡ Sables al hombro!... ¡ al trote!... ¡ marchen!

La partida de gente anunciada así á San Bruno, era, en efecto, la montonera de Neira. Engrosada con algunos hombres, después del ataque á Melipilla, llegaba á las órdenes de Manuel Rodriguez. Desde temprano, en la mañana de aquel dia, las armas y las municiones desenterradas después del combate de los Canelos, fueron distribuidas á los hombres. El mayor Robles, con sus charreteras cosidas á la manta sobre los hombros, habia asumido el papel de instructor. En su rigidez de ordenancista hacia porfiados esfuerzos por inculcar en la dura cabeza de aquellos campesinos, los preceptos elementales de la táctica de caballería, que les espetaba de memoria, con acentuaciones dogmáticas. Cansados del ejercicio, los huasos empezaban á murmurar, cuando vieron aparecer en el campamento á Cámara y Santibáñez que arrastraban al *pehual* el cuerpo mutilado y sangriento de Argomedo. Cámara impuso á Rodriguez de la resolución de Malsira y del encargo que le habia dado al partir, de llevarle á Juan Argomedo para que lo juzgase.

— Hemos traido á este pícaro al lazo para que no pudiera arrancarse, dijo Cámara.

Todos habian rodeado el cuerpo. El aspecto del rostro era horrible, enteramente desollado por las zarzas y las asperezas del suelo. El cráneo, al azotar contra las piedras y los troncos de los árboles, habia perdido la forma humana. Los brazos, quebrados y dislocados, se retorcian como cuerdas ensangrentadas. Del traje que lo cubria al empezar la vertiginosa carrera, apenas quedaban algunos girones pegados al cuerpo, con asquerosos lamparones de tierra ensangrentada.

— ¡ Traidor y asesino! dijo Rodriguez mirando al cadáver, no merece que lo entierren. Vayan á botarlo en esa quebrada para que se lo coman los buitres.

Cámara y Santibáñez arrastraron el cuerpo hacia la vecina quebrada, mientras que el mayor Robles de orden de Rodriguez, hacia formar la gente.

— Mayor, le dijo el joven tribuno cuando, con ceremonioso estiramiento militar, Robles se acercó á él haciéndole

un saludo con su sable; vámonos sobre Melipilla á libertar á nuestro amigo.

Convinieron en dividir la montonera en dos pelotones de ataque. Rodriguez tomaria el mando de uno y avanzaria por el sur. Robles, al frente de otro, procuraria dar la vuelta al pueblo y atacar por el camino de Santiago. Rodriguez esperaba sorprender en el pueblo al enemigo. Á su juicio, no era posible que San Bruno pudiese suponer que la guerrilla cometeria la locura de atacarlo. Su ilusión duró poco. Al acercarse á la villa, la presencia de un dragón apostado de avanzada sobre el camino, le hizo ver que la sorpresa, su principal auxiliar, sobre el que fundaba la incierta esperanza de poder libertar á Malsira, era imposible. Entonces cambió de táctica, ocultándose en el bosque de espinos, para dar también la vuelta al pueblo y marchar á reunirse con la fuerza del mayor Robles. Mas á poco de emprender la marcha en aquella dirección, estalló á retaguardia una descarga de fusileria. Algunas balas pasaron por lo alto quebrando ramas. Los Talaveras habian echado pie á tierra para hacer fuego, y cargaban sus fusiles después de esa descarga. Los dragones, al mando de San Bruno, emprendieron la persecución de los fugitivos. Rodriguez no tuvo un solo instante la idea de mandar hacer alto y esperar la embestida del enemigo. Con una partida de huasos inhábiles en el manejo de las armas, sin disciplina ni hábitos de obediencia, habria sido una temeridad imperdonable el trabar un combate con los aguerridos dragones españoles. No quedaba otro recurso que acelerar la carrera. Rodriguez observaba que los perseguidores no acortaban la distancia. Sus caballos, fatigados con la marcha desde Santiago, no podian, en efecto, dar alcance á los montoneros, que cabalgaban en bestias vigorosas de refresco, con el descanso de la noche entera. Los españoles, no obstante, continuaban la persecución sin desalentarse. De cuando en cuando, San Bruno ordenaba á los dragones descargar sus carabinas sobre los fugitivos, pero estos iban demasiado lejos para que las balas hubieran podido hacerles ningún mal.

Mientras tanto, Robles, guiado por Cámara, habia dado la vuelta al pueblo y llegaba con su gente al camino de Santiago. El Mayor, á fuerza de citar artículos de la ordenanza, en los que intercalaba algunas sentencias militares de su propia cosecha, habia conseguido infundir á su tropa

un remedo de ardor bélico. Sobre todo, la expectativa de saquear á los españoles de la villa, que Neira prometia como premio de la victoria, daba á los noveles guerreros un aliento de invencibles. Pepe Carpesano, que galopaba cerca de Cámara, parecia de los más decididos. En su confianza de vencedor, deploraba que sus hermanos Lucho y Beno, destinados por Rodriguez á llevar comunicaciones á los montoneros de Acancagua y de Colchagua, no estuviesen ahí para compartir con él los laureles de la victoria. Llegado al camino de Santiago, el Mayor detuvo su tropa para arengarla. « Donde está Robles, muchachos, les dijo, nadie echa pie atrás, y si alguno me ve volver la espalda en la pelea, le doy licencia para que me entierre su sable. La divisa es: cara fiera y cuero tieso ». Orgulloso de su elocuencia, seguro de haber inspirado á su gente la sed de combates que lo inflamaba, añadió con voz de mando:

— ¡Escuadrón, al trote, marchen!

Lo que el Mayor llamaba « Escuadrón » se componia de Neira con cinco de sus bandidos, del joven Carpesano y de Cámara, que servia de asistente y de mayor de órdenes al mismo tiempo. La voz de mando no fué ejecutada con la irreprochable uniformidad que Robles habia pensado imprimirle al cargar el tono sobre la última palabra, por medio de una sonora prolongación de la *r* en: « marchen ». Algunos hombres emprendieron el trote, otros, Cámara entre ellos, se dieron vuelta para mirar á retaguardia, de donde llegaba un ruido confuso de caballería en marcha. Esa falta de unidad en el movimiento, hizo detenerse á los que habian salido al trote, y el mismo Robles siguió maquinalmente el ejemplo de los otros. Todos vieron entonces aparecer, en un recodo no distante del camino, por el lado de Santiago, una fuerza de caballería al galope. Era el destacamento de treinta hombres, al mando del comandante Magallar, que San Bruno, al salir de la capital, habia dejado alistándose. El comandante habia dividido su tropa en dos piquetes de quince hombres cada uno, que debian mantenerse á distancia de una cuadra, para mayor comodidad de la marcha. El primer piquete, á cuya cabeza galopaba Magallar, divisó á los montoneros al mismo tiempo que éstos notaban la inesperada aparición de aquella fuerza por la espalda. En ambos campos hubo algunos instantes de vacilación. El jefe español, se figuró á primera

vista que se hallaba en presencia de la gente de San Bruno. Robles y los suyos, de otra parte, se dieron cuenta sin vacilación de que se encontraban frente á una fuerza de caballería realista. Pepe, sin miramiento por la disciplina, dejó hablar á su miedo:

—¡Mayor, son los godos, mande retirada! dijo azorado de temor y de sorpresa.

—Nadie ha visto arrancar á Robles, amigo, le dijo el Mayor alzando la frente. Su entrecejo se frunció, y en su voz, la dignidad del viejo militar que muestra su verdadera personalidad al frente del peligro, resonó en notas graves,

—¡Pero hombre, si son más de cien! replicó el mozo Carpesano palideciendo.

El Mayor desdeñó la observación.

—Muchachos, dijo á su tropa, nuestra buena suerte nos pone frente á los godos. Hagámosles ver que á los patriotas no les tiembla la barba y que sabemos rajar á sablazos las cabezas de sarracenos, como sandías.

—¡Viva la patria, viva mi mayor Robles! exclamó Cámara exaltándose con la idea del combate, electrizado por la calorosa alocución de su jefe.

Los huasos de Neira no parecían participar del mismo entusiasmo. Vacilantes, miraban en torno de ellos buscando el camino de la retirada.

—¡Vaya, hombre, *animá* á tu gente! gritó Cámara á Neira, al ver la dudosa actitud de los bandidos.

—No necesitan que los animen, contestó Neira; ¡al que recule, lo despacho de un buen sablazo!

Mientras tanto, los españoles no tardaron en reconocer la singular realidad: se hallaban frente á una montonera de insurgentes. El Comandante había mandado hacer alto. Hizo formar sus soldados en columna, por filas de cinco hombres, y mandó desenvainar los sables. En seguida, con rápida previsión, destacó un cabo á prevenir de la ocurrencia al jefe del segundo piquete y ordenarle que procurase, haciendo un circuito á galope tendido, caer sobre los insurgentes por retaguardia, mientras que él los atacaría de frente.

De este modo, con igual prontitud, los dos campos se apercibían para el combate. Los preparativos no habían durado más de cinco minutos. Entonces un gran silencio, la solemne ansiedad de los que van á jugar su vida, dominó el espacio. Las espuelas, agitadas por el temblorcillo

nervioso de los pies, tocaban un retintin intermitente. Pepe Carpesano, con disimulo, se habia colocado á retaguardia. Robles, erguido sobre los estribos, repetia como voz de aliento la divisa: ¡«Cara fiera y cuero tieso, muchachos»!

El comandante Magallar levantó el sable, como hiriendo el aire con la punta.

—¡Á la carga! vociferó con energia.

La columna se desprendió con estrépito, gritando:

—¡Mueran los insurgentes!

El mayor Robles, con voz de trueno, figurándose que mandaba á un regimiento, contestó á ese reto blandiendo su sable.

—¡Á la carga, muchachos! ¡Mueran los godos!

—¡Mueran, mueran! repitió Cámara animando con el ademán á sus compañeros.

La montonera se lanzó tras de Robles en un empuje no menos rápido y uniforme que el de los españoles. El Mayor, agitando con grandes movimientos su arma, daba el ejemplo de la embestida sin dejar de repetir: «¡mueran los godos; adelante, muchachos!» Pero el ímpetu de los de Neira, sin calmarse en velocidad, cambió repentinamente de dirección. Como por un acuerdo tácito, los bandidos, aprovechando un matorral de palqui, plantado como una isla de empolvada verdura en medio del camino, dividiéronse en dos grupos y se lanzaron á derecha é izquierda por la tangente, apretando con furor espuelas á sus cabalgaduras. En uno de los grupos, Pepe estimulaba con la voz á los fugitivos:

—¡Picar fuerte, muchachos! ¡ligero, ligero!

El Mayor, entre tanto, embriagado por la carrera y por sus propias aclamaciones, no alcanzó á notar el repentino desbandarse de su tropa. Cámara, Neira y otro hombre más, únicamente lo seguian y le daban la ilusión de que su *regimiento* iba á caer sobre el enemigo con una fuerza irresistible de roca despeñada. La distancia rápidamente se acortaba. La velocidad de la carrera era de uno y otro lado tan acelerada, que cuando la gente que mandaba Robles se partió en dos, los de Magallar no alcanzaron á detenerse á tiempo para dividirse tambien y perseguir á los que evitaban el encuentro. Sucedió entonces que Robles se encontró de repente solo, rodeado por los españoles, sobre los que se arrojó con ciega furia, dando mandobles y estocadas, mientras que Cámara y Neira, lanzando sus caballos

en vertiginosa carrera, se batian á sablazos con algunos soldados que empezaron á perseguirlos.

Á grandes gritos Magallar intimó rendición al Mayor, herido ya por algunos golpes bien contestados por su parte. Al verse rodeado de enemigos, siguió peleando por vender cara su vida; pero vencido por el número fué apresado al fin. Al entregar su sable al comandante Magallar con ceremoniosa altanería, sus ojos, como los del león vencido, se humedecieron. No pudo reprimir el jefe realista un sentimiento de admiración hacia aquel hombre, que se había dejado arrebatar de su valor hasta olvidar el sentimiento de la muerte.

—¿Cómo se llama usted? le preguntó.

—Soy Robles, todo el mundo me conoce.

—¡Señor Robles, es usted un valiente!

—Todos los patriotas lo son.

Con la majestad de un hombre sin miedo paseó, al decir esto, una mirada de reto sobre los que lo rodeaban.

Los demás de la montonera se habian perdido ya de vista en precipitada fuga. Pepe Carpesano y los que lo seguían, cambiando de rumbo, desaparecian á carrera tendida en dirección al sur. Pronto avistaron galopando hacia ellos á Manuel Rodríguez y su gente, que llegaban á reunirse á la montonera del mayor Robles. En pocas palabras entrecortadas por la emoción, explicó Pepe á Rodríguez lo que acababa de pasar. Á lo lejos, los montoneros divisaron entonces la fuerza realista que, reunida ya en un solo cuerpo, se habia lanzado en su persecución. Avanzando en dos filas los treinta hombres, en medio de la polvareda que levantaban las cabalgaduras, formaban una gran masa de caballería en movimiento. Rodríguez se guardó de esperarlos. Aprovechando la distancia, hizo volver riendas á su gente y ordenó la retirada corriendo en dirección de la Cordillera. Así pudo evitar también el encuentro con San Bruno, que por el cansancio de los caballos de sus dragones, habia visto aumentarse con rapidez la distancia que lo separaba de los fugitivos montoneros.

En Melipilla la ansiedad era inmensa. De casa de doña Clarisa la servidumbre, hombres y mujeres, enviados en busca de noticias, llegaban contando grandes combates, enumerando muertos y heridos imaginarios. La descarga de los Talaveras sobre la partida de gente mandada por Manuel Rodríguez, tomaba en boca de los amilanados ve-

cinos las proporciones de una batalla campal entre realistas y patriotas. Las versiones se multiplicaban con la excitante embriaguez de lo fantástico. La incertidumbre y el miedo bordaban sobre cada incidente sus quimeras espantables.

Por momentos, en un silencio de consternación, don Jaime, prima Catita y prima Cleta, reunidos en la sala con Luisa y Violante de Alarcón, creian oir pasar las balas sobre los tejados, haciendo volar las tejas en pedazos. En medio de esa aprehensión de calamitosos desastres, las horas más bien que pasar, les parecian arrastrarse con una lenta prolongación de agonia. Hacia la oración, con la sombra del crepúsculo, que les pareció un velo de opresora melancolía, siniestras voces empezaron á circular. «Un gran refuerzo enviado de Santiago á engrosar el pequeño destacamento del capitán San Bruno, acababa de poner en derrota en las goteras del pueblo, las montoneras reunidas de Manuel Rodriguez y de Neira. Los patriotas habian huido hacia el sur dejando varios muertos sobre el campo de batalla. Los prisioneros con los que los realistas acababan de entrar á la villa, serian fusilados al dia siguiente. Agregábase que Abel Malsira correria la misma suerte.

Estas noticias, emanadas de la propia habitación del Subdelegado Yécora, donde Magallar y San Bruno habian bajado á hospedarse, no tardaron en llegar á casa de don Jaime Bustos.

—Cuando fusilen á dos ó tres, dijo prima Catita con voz punteada, se les acabarán las ganas de andar asaltando las haciendas.

—¡Y amenazando, hijita, amenazando á las pobres mujeres! agregó prima Cleta con tiritoncitos de miedo, con miradas y movimientos de cabeza, alusivos á los terribles riesgos de que el dia anterior, habian podido salvar incólumes su virtud.

—¡Cómo no, pues, amenazando! asintió prima Catita, con alarmado recato.

Y ambas unieron en dirección del cielo su mirada que deploraba una calamidad irreparable, en una evocación consabida de aquel ser protector, víctima de la peste, que habria podido defenderlas en esas horas de incesante zozobra.

Para Luisa, la noche fué horrorosa. La noticia, con su clamor de muerte, la hizo estremecerse en un arranque

de desesperación. Nadie hasta entonces la había visto salir de su majestuosa serenidad de persona que sabe siempre dominarse. Las voces de las dos solteronas la hicieron ponerse de pie, pálida y soberbia de una indignación que no trató de contener. Sin acercarse á ellas, dominándolas con su esbelta estatura, lanzándoles una mirada de enconado desprecio:

—¡Hágalas callar, tío! ¡Es una vergüenza que dos mujeres que se dicen cristianas, se alegren de la muerte de sus semejantes!

Don Jaime, confuso, intervino:

—Tiene razón la niña. En vez de alegrarse de la muerte de los prisioneros, ustedes debían ir á rogar por ellos á Dios y á la Virgen.

Las dos hermanas se encogieron de hombros, con una sonrisita agria, casi sarcástica.

—Sí, pues, era lo que te faltaba; defiéndelos tú ahora, después que ayer podían haberte muerto, exclamó prima Catita, ¡y nosotras!...

—¡Y nosotras! ¡Ave María, señor! ¡Tan poco expuestas que no estuvimos! agregó prima Cleta con remilgos de pudor ofendido.

Luisa, exasperada, salió de la sala después de rogar á Violante que la siguiese al patio. Con un ardor de alarma superlativa estrechó las manos de la viudita.

—¡No es posible que dejemos consumarse ese crimen! le dijo casi con lágrimas en la voz; usted debe tener influencia en ese hombre. Por Dios vaya á verlo al instante y hágale ver la inmensa responsabilidad en que incurre. Abel no ha sido tomado con las armas en la mano. Ninguna prueba puede tener San Bruno para condenarlo como montonero. Él ha venido á entregarse; ¿qué mayor prueba de que no toma parte en nada, de que está seguro que de nada puede acusársele? Nadie puede haber dicho á San Bruno que Abel tomó parte en el ataque de los Canelos. Estoy segura que si usted se hace responsable de él; si promete á San Bruno su influencia con el señor Marcó; si le dice que mañana temprano espera recibir de Santiago una orden para que Abel sea puesto en libertad, el Capitán no se atreverá á tocarlo.

Su agitación crecía por grados. En la espasmódica desorganización del temor, sus propios argumentos le parecían incoloros y fútiles. La apremiante verosimilitud del peligro

cercano se alzaba ante su imaginación como una sentencia irrevocable que crecia por momentos, se acercaba con la fria seguridad de una catástrofe imposible de conjurar. La intensa expresión del acento, llegaba, sin embargo, al corazoncito poco emocionable de la de Alarcón. Su femenil sensibilidad se alarmaba también.

— ¡Pobre chico! ¡Jesús! no lo crea usted. ¿Cómo habian de fusilarlo? ¡ca! ¡son invenciones!

Menos conmovida que la chica, sin creer tampoco que San Bruno pudiera arrogarse facultades de vida ó muerte sobre los prisioneros, procuraba calmar á Luisa con exclamaciones que nada probaban, con protestas de seguridad apoyadas únicamente en interjecciones indefinidas.

— ¡Ca! ¡no puede ser! ¡deje usted, ya veremos! ¡No lo hará jamás!

Iban caminando en dirección á la casa del Subdelegado, donde debía hallarse San Bruno. Á medida que la chica multiplicaba sus instancias, en la poco impresionable cabecita de la de Alarcón, las ideas, como chispas de pedernal, relucian, iluminando las oscuridades recónditas de sus frios calculitos de ambición. De repente, con rubor, se sorprendió conjeturando qué influencia podria tener en su suerte de ella el supuesto fusilamiento de Malsira. No le cabia duda de que Luisita abrigaba una violenta pasión por el joven. Pero no dió importancia alguna á la idea de que contribuir á salvarlo, era tal vez ayudar á que cayese en brazos de la chica. Su orgullo de belleza indiscutible no le infundia ningún temor por ese lado. Sentia el poder de su hermosura como un acróbata la fuerza de sus músculos. «Y aunque tal emergencia llegase á realizarse, pensaba con filosófica tranquilidad, nada perderia ella si triunfaba definitivamente la causa real, puesto que la traición de su infiel la desligaria en ese caso del compromiso de devolverle la hacienda de los Canelos. Mientras que, si dejaba seguir su curso en la persona de Abel, á la saña feroz de los defensores del Rey, ella lo perderia todo, en el caso, no improbable de que estos últimos fuesen vencidos». Al llegar á casa del subdelegado Yécora, la viudita apartó de sí todas esas reflexiones importunas y ciertamente involuntarias. Entró al patio sola, después de asegurar á Luisa que no escusaria empeño por alcanzar de San Bruno que esperase para decidir de la suerte de Abel, hasta que llegara la respuesta del presidente Marcó.

Luisa se quedó al lado de afuera de la puerta de calle. En el patio, una parte de los dragones de San Bruno parecian montar la guardia. La noche habia sumido ya en su oscuridad fúnebre los últimos reflejos del crepúsculo. El farolillo de la puerta dejaba caer una luz de velorio sobre el pálido rostro de la chica. En su inquieta angustia, ella comparaba su miseria con la tristeza ambiente de aquel cuadro de sombras. Como su denso misterio era la desolación aterradora que le destrozaba el alma. La seguridad de ser amada golpeaba á su pecho, inundaba su pensamiento con la pesadumbre amarga de una dicha que se desvanece en lo imposible. Por el espacio, en el vago anonadamiento en que se confundian los objetos, flotaba como un presagio de muerte. Un cuarto de hora de expectativa no bastó á sacarla de su inmovilidad. Un mundo de ideas giraba al rededor de su cerebro en un desquiciamiento de ruina universal. Le parecia que una ola formidable, arrastrándose en ese mar de tinieblas, avanzaba rugiente hacia ella para arrebatarla con Abel en su torbellino irresistible. Habria querido arrojarse al suelo de rodillas y rezar en un supremo delirio de creyente. Permanencia, sin embargo, en una inmovilidad extática, con la atroz superstición de que un movimiento cualquiera podría apartar de la cabeza de su amado el curso de la piedad divina. De lo hondo del pecho, en una muda oración, ofrecia imponerse el más espantoso de los sacrificios: renunciar para siempre á su amor á cambio de que Abel se salvase. « ¡Dios mio, salvadle aunque sea á costa de mi vida! ¡á costa de mi amor! »

De repente vió delante de sí á la de Alarcón. Habia casi olvidado donde se hallaba. La presencia de la viudita le dió el sacudimiento brutal de la realidad.

— ¡Qué hombre! ¡Jesús! ¡qué hombre! Nada he podido conseguir de positivo, ¿creerá usted?

En presencia de la terrible incertidumbre, la chica recobró la entereza de su espíritu. Se sentia capaz de las resoluciones extremas. En su pecho, el estoico propósito de morir si Abel fuese ejecutado, brillaba ya como un remedio supremo, un refugio que nadie podria arrebatarle. « ¡Morir con él! » Ese pensamiento, como las nubes que colora el sol en una mañana de tormenta, llegaba á presentársele en su negra amenaza con una orla luminosa de felicidad inmortal.

— Pero en fin, ¿qué dice? ¿en qué puede fundarse para cometer un crimen semejante?

« San Bruno, contó la viudita, se habia mantenido en una reserva inflexible. No tenia que dar cuenta de sus actos sino al Capitán General. Era menester sofocar en gérmen el principio de una contienda de guerrillas, que seria un crimen tolerar. La clemencia era una boberia que los insurgentes atribuirian al miedo. El terror era la única barrera capaz de contener los desmanes de los enemigos del Rey. El ruido de unos cuantos fusilamientos los haria reflexionar y desbandarse. Por lo demás, el Capitán esperaba que toda la banda de Rodriguez caeria pronto en poder del comandante Magallar, que habia seguido en su persecución. Él, San Bruno, se quedaba en Melipilla para hacer un gran escarmiento en la persona de los prisioneros. La ejecución tendria lugar al dia siguiente, con gran ceremonia, en la misma plaza, para que todo el pueblo pudiera presenciarla. ¿Cuántos serian y cuáles serian los fusilados? San Bruno se habia negado á decirlo. Violante creia, sin poder aducir una causa de seguridad, que Abel no seria del número de las víctimas. Pero sobre este punto, el feroz Capitán se gozaba en mostrarse particularmente oscuro y enigmático ».

Las dos mujeres, hablando así, caminaban agitadas. En los callejones desiertos, ningún ruido, ninguna persona, venian á distraerlas de su absorbente preocupación. La argentina voz de la viudita al hablar de fusilamientos, tenia una extraña repercusión en el silencio. Era como una dulce voz de niño que canta el miserere, en el recogimiento de la iglesia.

Al encontrarse poco después en la sala de la casa, Luisa tuvo la sensación de palpar la rugosa aspereza de la realidad. Sus ideas desfiguradas en lo fantástico de las sombras, no le habian permitido, mientras caminaba en la calle, creer que todo aquello era verdadero. La luz de las velas, el fruncimiento remilgado de las dos solteronas que tomaban mate, y el semblante acontecido de don Jaime, le disiparon, como mariposas que huyen, las ilusiones que el optimismo de la viudita, con sus exclamaciones y sus interjecciones tranquilizadoras, le habia dejado caer en el alma. Sin palabras, atravesó rápidamente hacia su cuarto. La de Alarcón refirió la visita á San Bruno. Prima Catita y prima Cleta hicieron roncar sus mates en señal de aprobación.

— Bueno que hagan un escarmiento.

— ¿No les gusta asaltar las casas?

Las dos, como diciéndome «amén», exclamaron, aprobándose con la cabeza:

— ¡Tomen no más! ¡tomen no más! ¡á qué se meten!

— Por supuesto, dijo Violante, que lo de que piense fusilar á Malsira, es una invención. Nada en lo que dijo San Bruno demuestra que tenga tal propósito.

— ¡Ah! ¡por supuesto! apoyó don Jaime maquinalmente, por apartar de su ánimo la idea, siempre importuna, de una gran desgracia.

«Nada se diría de todas aquellas ocurrencias á doña Clarisa. ¿Para qué hacerle pasar la noche en tan horrible duda?»

La chica, heroicamente, acompañó á su tía hasta que la señora empezó á dormitar, como hundiéndose en la lenta agonía de una luz á la que va faltando el oxígeno. Por momentos, Luisa había sentido que sus nervios iban á traicionarla en el esfuerzo de la voluntad, para ocultar á su tía las torturas que le retorcían el alma. Cuando la vió dormida se deslizó en puntillas de la estancia. La opresión del pecho con que se sale á llorar fuera del cuarto en que una persona querida está gravemente enferma, le daba un violento impulso de gemir á grandes gritos, de elevar al cielo un lamento de plegaria desesperada. En su dormitorio, al entrar, se desplomó sobre una silla, semejante á un corredor que llega extenuado, apenas, á la meta. Era un derrumbamiento de todo su ser, un desvanecimiento de su nativa energía, ante la horrenda perspectiva. ¡El mundo entero, ese mundo individual del que siempre se cree cada cual el centro, era para ella Abel arrastrado á un banquillo por salvarla, perforado el pecho, rindiendo la generosa vida en una prueba de amor que la destrozaba y la enorgullecía en lo más íntimo! Entre las sombras, que la luz de una sola vela rechazaba á la opuesta extremidad de la habitación, tendía entre sollozos, los amantes brazos al adorado, pidiéndole morir junto á él, protestando contra el sacrificio de su existencia, que le haría mirar la suya con horror. Un grito amargo contra la crueldad del destino, un quejido desgarrador del corazón ante esa fugaz visión de la inmensa dicha de amor que se desvanecía en un horizonte de sangre, la hicieron incorporarse con un impulso de lucha, con un loco deseo de movimiento y de acción. Un momento hacía, el curso del tiempo la aterraba, porque esos instantes que se desmoronaban, como los fragmentos de una muralla que

se derrumba, en el inconmensurable abismo del pasado, acercaban la hora fatal que decidiria de la suerte de Abel. Pero el impulso de su energia que se despertaba, le hacia ya desear que viniera la luz de la mañana para disputar la preciosa existencia del joven al poder de sus carceleros. «Ella encontraria algún medio de cambiar el curso del destino, de atajar esa tirania desapiadada, que como una oscura fatalidad, habia venido destrozando, desde el principio de la reconquista, todo lo que se oponia á su furia de exterminio. ¿Cómo? ¡Cómo!» Mil proyectos cruzaban su cerebro, le daban la fiebre de la elucubración anhelosa, le zumbaban en los oidos sus combinaciones descabelladas. «Ir en busca de Rodriguez para atacar con él la reducida guarnición del pueblo, sublevar los huasos de las haciendas, inspirarles la desesperación que ardia en su pecho como un incendio, hacer, en fin, algo de atrevido, algo de inverosimil, que pusiese el espanto en el corazón de San Bruno y de sus pocos soldados». Pero después de largo meditar, su espiritu, como un luchador que se siente herido de muerte, caia desfalleciente, vencido por la inexorable crueldad de lo imposible, anonadado por la impotencia de su aislamiento, encadenado por su pudor de virgen, su pudor esquivo, celoso de esconder su gran secreto de triunfante amor. En ese fúnebre desaliento, su alma recorrió un ciclo de tremenda agonia. Era la rotación del dolor moral que vuelve á oprimir el pecho con la implacable brutalidad de la piedra de molino. Ningún suplicio de amargura le fué ahorrado, ninguna esperanza dejó de desvanecérsele, ningún espanto dejó de morderle el corazón. Ante la imagen trágica de la inevitable catástrofe, helósele al fin la plegaria en los labios yertos de terror, y su imaginación, girando aturdida en una oleada de sangre, cesó de repente de agitarse, con la inmovilidad instantánea de un reloj que se para.

Un pálido rayo de luz al través de las rendijas de la puerta y de la ventana, la hizo incorporarse sobresaltada. Tenia la vaga idea de haber dormido, tal vez un minuto, acaso más largo tiempo. El quebranto del alma le daba la sensación que siente el cuerpo adolorido, después de un golpe, al hacer los primeros movimientos, cuando los miembros se han enfriado. Á ningún lado podia moverse su pensamiento sin sentir un punzante dolor. Luego la sobrecogió una rabiosa vergüenza por haber dormitado, mientras que corrian las horas contadas de la existencia de Abel. Y una

rabia también por el sepulcral silencio que reinaba en la casa, ardió en su pecho. El tranquilo egoismo de los que podian dormir, le pareció una especie de blasfemia. Un soplo de odio contra su tio, contra prima Catita y prima Cleta turbó la majestad de su dolor. Pero pronto, la idea de que era menester darse prisa, que no debia perder los precisos instantes del solemne dia que se levantaba, le dió la impaciencia de la acción. Maquinalmente apagó la luz y se deslizó á tientas en la sombra por el corredor, hasta el cuarto donde roncaba Mañunga en su profundo sueño de criada. Remecida violentamente Mañunga, se despertó con una exclamación de extrañeza:

— ¡Ay, señorita! ¿qué anda haciendo? ¡vaya con el sustazo que me ha dado!

La chica le contó su horrenda inquietud. Se habia sentado á la cabecera de la cama, con el abatimiento de quien busca apoyo en otra voluntad. En su voz habia la vibración doliente del que ha llorado sin consuelo.

— ¡Lo van á fusilar, Mañunga, lo van á fusilar! Acompáñame, ¡quién sabe si podremos salvarlo!

— Pero, ¿cómo, pues, señorita? ¡qué hemos de poder nosotras que somos mujeres!

Luisa replicó con su mismo argumento de un prodigio de la casualidad. «¡Quién sabe si podrian llegar á salvarlo! ¡Cómo habria Dios de permitir que un inocente fuese así sacrificado!» Pero no tenia ningún plan, sino una resolución siniestra de la que no hablaba, anidada allá en el fondo del pecho, con su ferocidad de pensamiento de maniático. «Ella no sobreviviria á Abel. Las balas que le dirigiesen al pecho tendrian que atravesarla á ella primeramente. Aquello era preferible á seguir sufriendo el martirio de la espantosa noche que acababa de pasar». En el desorden de su inconsolable desesperación, ese pensamiento llegaba á tener la voluptuosa vislumbre de un fin de angustia, de una terminación necesaria de la horrenda tortura. Era el abandono desfalleciente del ánimo que se entrega á la fatalidad del destino, á esa fuerza superior que la llevaria donde quisiese, como una hoja desprendida del árbol; pero que no podria quitarle su esperanza final de morir al mismo tiempo que el adorado, «porque la voluntad humana, se decia la infeliz, impotente para crear la dicha, ese eterno miraje del alma, tiene el fúnebre poder de forjar la desgracia y de apagar á su antojo, con su soplo de miserable

criatura, la llama divina de la existencia, la obra portentosa de la omnipotencia divina ».

Mañunga concluyó pronto de vestirse: el fustán atado á la cintura, el rebozo de Castilla envolviendo el torneado busto de mujer, desde la cabeza, no la ocuparon largo rato. Sin hacer ruido, salieron ambas á la calle. La naciente claridad de aquella mañana de estío, rodeó con su caricia de frescura á las dos mujeres. Luisa la encontró siniestra. En esa frescura halló como un sabor de beso de muerte. Ese aliento matinal, ese abrazo de la amante naturaleza, lejos de calmar su espíritu herido de espanto, le hizo sentir su lamentable abandono, la imposibilidad de ser feliz, como eran, sin duda, las avecillas familiares, las diucas y los chincoles, que cantaban sobre los tejados, celebrando la bendición de vivir, saludando las resplandecientes promesas de la aurora.

LXIV

La soledad de las calles, en ese pueblo dormido todavía, prolongó con un eco de lamento trágico, la sensación de mortal desaliento en el alma de la chica. Las casas, distantes entre ellas, con su dudoso blanqueado de aldea, separadas por solares vacíos, como desconfiadas las unas de las otras, se le figuraban habitaciones que el pánico de alguna catástrofe ha dejado abandonadas. La plaza desierta le pareció, con sus retazos de pasto quemado por el sol, un recinto de cementerio que está esperando las tumbas. En el ángulo del costado del norte, la casa del Subdelegado tomó á sus ojos el aspecto lúgubre de las prisiones. « Ahí estaba encerrado Abel. Ahí, despierto sin duda, pensaba tal vez en ella ». Aunque sin la más remota idea del magnetismo, la chica, por un esfuerzo de mujer apasionada, creyó que hacia llegar hasta el joven, con su intensa voluntad, la sugestión de su amor, y el juramento de no sobrevivirle. Una idea le ocurrió entonces. Era probable que hubiesen encerrado á Malsira en la misma pieza en que ella había estado detenida. Mañunga no comprendió por qué *la señorita* se ponía de repente á andar de prisa, por el camino de Santiago. Al cabo de pocos minutos de marcha, ambas llegaron á la puerta de tranca que cerraba sobre ese camino el potrerillo de la casa de Yécora. Luisa

llevaba la esperanza de divisar al joven en la ventana desde la cual ella misma había contemplado el día anterior el triste paisaje del corral. Pero la ventana estaba cerrada y delante de ella un centinela, apoyado sobre su fusil, parecía cabecear vencido por el sueño. Con la presencia del soldado, la chica vió confirmada su suposición de que Abel estaba prisionero en la pieza que ella conocía. Toda su alma, durante algunos instantes, se concentró en esa ventana. « ¡ Ah ! ¡ el mágico poder que en los cuentos de la infancia se atribuye á ciertas palabras misteriosas y á las varillas de virtud ! » Luisa llegó á pensar con superstición en la posibilidad de un poder sobrenatural, que alcanzase á operar el prodigio de hacer abrirse la ventana. Pero su ilusión pasajera se desvaneció al divisar al centinela, que al perder el equilibrio en un movimiento de la cabeza, dirigió hacia ella sus miradas.

— Vámonos, señorita, ¡ no nos vayan á tirar un tiro por estar aguaitando !

La chica siguió el consejo. Su presencia en aquel punto podría ser causa de que trasladasen á Malsira á alguna otra pieza, desde donde fuese imposible divisarlo. Además el tiempo corría aumentando su inquietud. Á pesar de la hora matinal, Luisa se dirigió á la casa donde se había hospedado la de Alarcón. Violante era la única persona que podía tener alguna influencia en San Bruno, y la chica había resuelto acudir á ella nuevamente, y no darle tregua hasta obligarla á que volviese á intervenir en favor del joven. La viudita estaba en cama todavía. Su criada se negaba á despertarla antes de las ocho. Tenía orden terminante de no entrar al cuarto de su *señorita* antes de esa hora. Luisa, sin embargo, insistió. Toda resistencia le parecía un obstáculo creado para impedir la salvación de Abel, una confabulación de contrariedades para perderlo. Imperiosa, intimó á la sirviente que fuese á despertar á su señora. Ella respondía de todo, y si era necesario, ella misma entraría al dormitorio. La mujer, intimidada, obedeció. Poco después volvía donde la chica, y la conducía cerca de Violante. La luz entraba de lleno por la ventana del dormitorio que, por una coquetería de mujer segura de su belleza, Violante había hecho abrir de par en par. La claridad bañaba su graciosa cabecita, apenas desgreñada por el sueño, y parecía aumentar la frescura de su cutis. Á pesar de la aflicción de su ánimo, Luisa notó la triun-

fante hermosura de su rival. Pero fué solo un relámpago de involuntaria observación femenil. Violante la recibió con grandes exclamaciones:

— ¿Qué ocurre, Luisita? ¿Qué hay de nuevo por Dios?

Había en su voz un acento de inquietud verdadera. La intensa calentura que brillaba en los ojos de Luisa, la palidez de marfil que el insomnio y la agonía del alma habían dado á sus mejillas, impresionaron á la vindita. La chica pintó la palpitante alarma de su ánimo, sin cuidarse de lo que la otra pudiera pensar de su agitación. «Era preciso salvar á su primo á toda costa, esta era su constante conclusión. Violante, más que nadie, puesto que lo amaba, debía empeñar todos sus esfuerzos en evitar el horrendo fin de que el joven estaba amenazado».

— Cálmese usted, Luisita, no crea usted que San Bruno se atreva á cometer semejante atentado. Él sabe que yo he escrito al Presidente en favor de Malsira, y se cuidará muy bien de tomar una resolución par sí mismo.

Pero la chica no podía contentarse con esas reflexiones. Según ella, el hombre de los asesinatos de la cárcel, el implacable enemigo de los patriotas, era capaz de todo. Seguridad absoluta, irrecusables garantías, era lo único sobre lo que podía tenerse fe. No era posible descansar en suposiciones más ó menos probables, tratándose de tan preciosa existencia. Luego, en un tono insinuante, entró en otro orden de consideraciones. «San Bruno era un subalterno, un hombre pobre, debía tener alguna ambición. Ella lo haría rico, le daría lo que él pidiese, toda la fortuna de que ella podía disponer, si era preciso, á trueque de la libertad de Abel. Pero ella que por su familia pertenecía al bando de los patriotas, prima del mismo prisionero, no podía presentarse con esa oferta al Capitán. Una compatriota, una realista como Violante, altamente colocada en la sociedad española europea, estrechamente relacionada con el virrey del Perú, le inspiraría plena confianza, podría hablarle en nombre de su interés, ofrecerle su protección en la corte de Lima, y halagar su ambición con la brillante perspectiva de la riqueza». Con caloroso acento de persuasión exponía estas reflexiones. Animada por el deseo del éxito, electrizada por la proximidad del peligro, las palabras le brotaban de los labios con entonaciones insinuantes, con inflexiones halagadoras, á veces como una

súplica, con el arrebato del esfuerzo supremo. Violante se mostró convencida.

— Tiene usted razón, iré á ver á San Bruno.

— Al instante, ¿no es así?

— Bien está; pero en materia de ofertas pecuniarias, no le bastará mi palabra, ¿qué puedo ofrecerle en garantía de ella?

Luisa contestó que iría en el acto á traer documentos firmados por su tío y tutor don Jaime Bustos.

— Pues corra usted; yo voy á vestirme. En un cuarto de hora estaré lista.

Saltó de la cama ufana de que Luisita admirase la suave curva de su pantorrilla, que dejó ver al descuido; la mate blancura del cutis aterciopelado, la primorosa pequeñez del pie; contenta de que, la que pretendía disputarle el corazón del joven, pudiese admirar y adivinar el conjunto de su gracia, la perfección artística de los ricos detalles de su hermosura, que el vestido y el recato la obligaban á ocultar ó á desfigurar en la vida ordinaria, á los ojos de los profanos.

Luisa encontró á su tío en pie. Las noticias y agitaciones de la noche lo habían hecho dormir desasosegado. Al oir el objeto de la visita de su sobrina, sus ojos se dilataron de sorpresa, como si se hubiese caído al agua cuando creía pisar en tierra firme.

— Pero hijita, ¿estás loca? ¡Dar cuanto tienes!

— Cuanto tengo si es menester, ¡se trata de la vida de Abel!

La chica había echado hacia la espalda el mantón que al entrar le cubría la cabeza. El esbelto talle, la rica armonía del hermoso busto, produjeron á don Jaime, no obstante su desconcierto, la inevitable turbacioncita cerebral de la sugestión femenil. La inesperada presencia de aquella joven, que amaba en silencio con su obstinación de quincuagenario, le dió, en la pieza silenciosa, una sensación de misterio, un sabor de cita galante. Nunca se le presentaría una ocasión más favorable para hablarle de su secreto como una condición de su condescendencia, de ese secreto que tantas veces había tenido que rechazar de los labios al fondo del pecho, cual se hace hundir en el agua un pedazo de corcho, que torna siempre á la superficie.

— ¡Pero hijita, yo, como tutor, no puedo autorizar tu propio despojo!

Ella replicó exasperada, alzándose majestuosa de la silla, con quebrantos de sollozos en la voz:

— ¡Por Dios tio, no discutamos en este momento! Los instantes son preciosos, y cada minuto que corre pone en peligro la vida de Abel. ¡Ah! todo habria creido, menos que usted, mi tio, una de las pocas personas á quienes quiero en este mundo, habria de oponerme dificultades al cumplimiento de un deber sagrado!

— ¡Deber sagrado! no exageres hijita, ¿por qué deber sagrado? vamos á ver.

— ¡Por qué Abel se ha sacrificado por mi! ¡por qué ha corrido á la muerte para salvarme!

Y en un arrebato de desesperación ante el semblante poco convencido del caballero, retorciéndose impaciente las manos.

— Pues sepa usted que si fusilan á Abel, yo no podré sobrevivirle.

Se dejó caer llorando sobre la silla que acababa de ocupar, y se cubrió el rostro con ambas manos, en un lamentable movimiento de loca desesperación. Luego alzó la frente con aire de reto, centelleándole los ojos:

— Es decir, exclamó, que yo no puedo disponer de lo mio, ¡y que es usted, usted quien me lo impide!

— Pero hijita, cálmate, yo no digo eso...

Una luz reveladora habia iluminado el cerebro del Marqués. «¡Luisa estabá enamorada de Abel! ¡Ah! ¡y por eso no ha querido nunca que yo le hable de amor! ¡qué no le diga mi secreto!» La codicia fiera, ante la idea del tesoro que puede perderse, se le aferró al corazón; una tarascada de perro de presa, furibunda, con el ansia insana de los años en que el amor vuelve á ser una ilusión de niño. Don Jaime no se sintió celoso. La idea de que no le era posible renunciar á la espléndida chica, á esa avasalladora criatura, que se habia acostumbrado á mirar como su propio bien, dominó todas sus reflexiones.

— Yo no digo eso, hijita, repuso turbado, buscando las palabras, tratando de aguijonear su entereza que desfallecia, para no perder la ocasión única de imponer sus condiciones; pero yo no puedo dejar que te arruines, disponiendo asi de tu fortuna. Prefiero, hijita, que dispongas de la mia. Ya ves que ante todo lo que yo quiero es darte gusto.

— ¿Cómo que disponga de la suya? No le entiendo tio.

¿Y para qué, puesto que soy rica? ¿Por qué teniendo yo he de ir á tomar lo de usted?

— Porque como tutor no puedo autorizar lo que sería una locura; pero, en cierta situación, no sé como explicarte, tú podrías disponer de lo mio, con mi consentimiento, por supuesto.

— Explíquese por Dios, tío, ya ve que estoy en agonía; mío ó de usted, lo que yo necesito inmediatamente es un documento que poder mostrar á San Bruno, en el que se le asegure el pago de una suma importante, de una suma capaz de tentarlo, para que consienta en dejar en libertad á Abel.

— Bueno pues, eso es lo que digo...

Luisa le miró como esperando que se explicase.

— ¿No me entiendes? ¡Ah! yo tampoco sé cómo decirtelo. Tú, nunca me has querido dejar que te hable, tampoco. ¿Cuántas veces me has oido que tengo un secreto que decirte y jamás me has permitido que te lo diga?

Las facciones se le contraian de emoción, se cubrían con el amarillento tinte de una timidez invencible. No se atrevia á hablar de amor. Temblaba de que Luisa lo encontrase ridículo, que no le perdonase á él, viejo, que podia casi ser su padre, su afecto sincero y profundo, su cariño protector y solicito, en el que á veces, como las llamas de un incendio que se apaga, los ardores de una pasión juvenil, le daban su beso de fuego al corazón.

— Por Dios, tío, exclamó ella, ya sabe que no debemos hablar de eso. No tengo nececidad de que usted me diga su secreto para saberlo. Lo quiero á usted como á mi padre, como á mi mejor amigo, añadió tendiéndole, en un movimiento lleno de ternura, ambas manos; pero no hablemos sino de salvar á Abel, quedémonos así, amigos sinceros, capaces de sacrificarnos el uno por el otro, ¿quiere? ¡si, usted es tan bueno!

Hablando le estrechaba las manos con cariño, lo cubría con su mirada húmeda, fulgurante de mortal inquietud.

— Yo no quiero dejarte sola en el mundo, contestó don Jaime balbuciente, acéptame por marido y dispón de toda mi fortuna, ofrécesela á San Bruno para que salve á Abel; pero prométeme que serás mi mujer. Te juro que harás de mí lo que quieras, que seré tu esclavo, que no tendré más voluntad que la tuya.

Le habían venido también las lágrimas á los ojos, en un

arranque de ternura, con el inmenso esfuerzo que habia hecho para atreverse á formular su propuesta. La chica retiró sus manos de las de don Jaime. Aquella declaración tan singular como inoportuna le produjo el efecto desabrido de una carcajada en un entierro. En vez de hacerlo sentir á don Jaime, sin embargo, supo disimular su impaciencia. La vida de Abel era su ley suprema. Con un maquiavelismo de enamorada descendió á contemporizar.

— No hablemos de eso ahora. Ya le he dicho que no hay momento que perder. Violante me espera y si pierdo esta oportunidad todo puede temerse. ¿Quiere usted, si ó no, darme el documento que ella pide?

— ¡Ya ves! ¡ya ves! tú haces de mi lo que quieres, dijo don Jaime, ¿cuánto necesitas? Pero, ya sabes; dinero mio, dinero del que será tu marido.

En su rostro conturbado, la sonrisa con que quiso cubrir esta exigencia, dió á sus facciones un aspecto de lamentable miseria. Luisa sintió en el fondo del alma una compasiva simpatia hacia aquel hombre que le arrojaba su corazón á los pies para apiadarla. « Ella también habia amado sin esperanza, ella conocia también esa postración del alma, ante el bien que se desespera de alcanzar. Más tarde, después lo desengañaria completamente. Lo importante era tener el dinero salvador ».

— Más tarde hablaremos de eso. Yo no acepto ninguna condición. Dígame si, ó no, me quiere dar el dinero.

— Lo que quieras, ¿cuánto?

Poco versada en materia de dinero, la chica siguió el consejo de su tio: llevar varios pagarés de cinco mil pesos cada uno. Las ofertas se harian según las exigencias de San Bruno. Diez mil pesos al decir del Marqués, eran una fortuna para un oficialillo que no tiene más que su sueldo. Luisa debia prevenir á la vindita, á fin de que tratase de contentarlo con esa suma.

Con su tesoro en el seno, apretándolo para estar segura de poseerlo, la chica salió apresurada de casa de su tio, á quien no se atrevió á pedir que la acompañase. Por una de las ventanas, prima Catita y prima Cleta, que estaban en observación, tomando mate, la vieron atravesar precipitadamente el patio, cubierta con el manto, seguida por Mañunga, que llevaba la alfombra, como para ir á la iglesia.

— ¡Qué devota! ¡desde cuándo!

Las dos hermanas se miraron con aire de malicia. Todo

lo de Luisa les disgustaba. La arrogante figura de la chica, la calma serena de su mirada y de su frente, les parecía una burla, como si les dijese continuamente, «yo me casaré cuando quiera y ustedes no».

—Anda apurada por el *marchante*, observó prima Cleta con una mueca de desprecio.

—¡Como si los hombres valiesen la pena! observó prima Catita frunciendo con desdén los labios.

Maquinalmente cambiaron entonces su mirada consuetudinaria de inteligencia, moviendo la cabeza con altanera dignidad, en un imaginario rechazo de todos los hombres, en un anatema común á todos los representantes de ese sexo despreciable, «que se le figura que todo se lo merece».

—Bonita se queda si se lo fusilan, agregó prima Catita, frunciendo los labios para indicar que á ella no le importaba un bledo el peligro en que se encontraba su sobrino Abel.

—Se pondría á buscar algún otro, hijita, observó prima Cleta, haciendo sonar el mate.

—Así no más es; se hace la que no quiebra un huevo, y no piensa sino en los hombres.

—¡Ah! ¡Hay tan pocas que no cambian! exclamó prima Cleta bajando la vista, con un pudoroso suspiro hacia el pasado.

Prima Catita suspiró también. La complaciente sombra del malogrado novio, víctima de la viruela, vino á terciar entre ellas como un consuelo remoto, como una prueba consoladora de que Cleta habría podido casarse.

—Así no más es, hijita; ¡muy pocas, pues!

Luisa, entre tanto, llegaba á la plaza en su camino hacia la habitación de Violante. La puerta de la Subdelegación de par en par abierta, dejaba ver movimiento de tropa en el patio. Muchos curiosos llegaban ya á la plaza andando con timidez, como si quisiesen no hacer ruido. De la cárcel salían varios hombres llevando á cuestas un banco de madera, custodiado por cuatro dragones. En la puerta de la Subdelegación y en la de la cárcel, los centinelas con aire marcial, el fusil al brazo, se paseaban. Ante esos preparativos de la tragedia que se preparaba, Luisa sintió helársele la sangre. La pavorosa idea de que era tarde ya para cambiar el curso fatal de la catástrofe, le hizo flaquear todo el cuerpo y vaciló un instante, como si se abriese ante sus plantas

el vacío de un desfallecimiento súbito. Pero la voluntad, como un resorte que empuja, triunfó del desvanecimiento físico y le dió vigor para acelerar el paso con el andar maquinal del cuerpo, que sigue al espíritu ansioso de devorar el espacio.

Violante estaba lista. Al oir de boca de Luisa lo que pasaba en la plaza, su alarma se puso á la altura de la de la chica y pareció olvidarse de sus encantos y monerías.

—¡Vamos, vamos! ¿Trae usted el dinero?

Luisa sacó del seno los papeles.

—Aquí tiene usted. Mi tío dice que no debe ofrecerse toda la suma desde el principio. Pero haga usted lo que le parezca, lo que sea mejor. No se detenga usted por ninguguna consideración de economía. ¡Por Dios, no perdamos tiempo, vamos ligero!

Hablaba de prisa, nerviosamente, con las mandíbulas contraídas por el hielo del terror, mientras que con trémulas manos ponía los documentos en las de Violante. La viudita guardó los papeles en un ridículo, temblorosa también, dándose prisa, contagiada por la impaciencia febril de la joven. Consternadas, ambas salieron á la calle, dirigiéndose á la plaza, sin poder casi hablar sino frases cortadas, en la precipitación de la marcha. Mañunga las seguía rezando de miedo, pero sin dejar de pensar de cuando en cuando, entre Salve y Salve, con un calorcillo egoista de tranquilidad, que «de buenas se había escapado ño Cámara».

En la plaza, la afluencia de gente de á pie y de á caballo aumentaba por momentos. Con la insana curiosidad del pueblo por los espectáculos de sangre, los grupos que se iban formando en la línea trazada por varios centinelas de Talavera, se detenían á mirar estúpidamente el banquillo colocado al frente de la casa del Subdelegado, del lado opuesto de la plaza.

San Bruno había querido que el lugar del suplicio estuviese á corta distancia del punto de donde debían partir los condenados á la última pena. Bastaba que el fúnebre cortejo tuviera solamente el necesario espacio para desarrollarse con solemne aparato, á fin de infundir á los villanos el terror saludable de la justicia del Rey. La crueldad de don Vicente tenía sus ribetes artísticos. Al par de ejemplo para el pueblo y para los insurgentes, una procesión de condenados á muerte debía ser motivo de satisfac-

ción y recreo para los súbditos fieles de S. M. y revestir las proporciones de una fiesta aparatosa. San Bruno presidía en persona los aprestos. El mayor Robles, con grillos, había sido trasladado de la cárcel al patio de la casa de Yécora. Para que las gentes que debían presenciar la ejecución se penetrasen de la importancia de la persona sobre que iba á caer el peso de la justicia real, don Vicente había permitido que Robles conservase sus charreteras. Esas gentes verían así que el Gobierno de la reconquista dejaba caer el brazo de su venganza ejecutiva sobre todo revoltoso, cualquiera que fuese su jerarquía. Poco después del Mayor, fué conducido Abel Malsira al patio, desde la pieza que le había servido de calabozo.

Los dos hombres cambiaron una larga mirada, llena de majestad por ambas partes, exhortándose á la fortaleza en aquella hora suprema. Sobre el rugoso rostro del viejo, sobre el terso cutis del mancebo, desde el fondo de sus corazones, el mismo fuego de heroica resignación enviaba su reflejo de altivez estoica. Hubiérase dicho que antes de salir á la luz uno y otro, en la oscuridad de la prisión, se habían arrancado del alma los lazos de la humana flaqueza, ahogado en un viril esfuerzo de voluntad el instintivo apego á la existencia para mostrarse dignos de la patria, á la que iban á rendir el tributo de su sangre. Á fin de que no pudiesen hablarse, San Bruno los hizo colocar á bastante distancia el uno del otro.

Mientras tanto, una parte del piquete de Talavera, traído á Melipilla por San Bruno, custodiaba á los prisioneros. Los demás soldados componían la guardia de la Subdelegación. Los dragones, montados ya con sables al hombro, formaban en columna de dos en fondo, del lado de afuera, delante de la puerta de la casa. El silencio era profundo. En la modesta plaza de la villa, el piquete de veteranos sobre sus cabalgaduras tomaba las proporciones de un escuadrón. Los huasos, con ojos de conocedor, examinaban los caballos, los arreos de las monturas, las espuelas de los jinetes: por lo bajo les lanzaban miradas de odio y de venganza. Los soldados, con semblante adusto, los dominaban desde su altura orgullosa de conquistadores.

En presencia de ese espectáculo, Violante y Luisa, al entrar á la plaza, se sintieron heridas de espanto. Sin duda San Bruno había anticipado la hora de la ejecución. Se

habia hablado de las doce. El mismo Capitán lo habia dicho en términos vagos á la de Alarcón, y eran entonces solamente las diez. Las dos mujeres creyeron encontrar en esa prisa del jefe realista un síntoma de mal agüero. Al llegar á la puerta fueron detenidas por los centinelas. Violante, estimulada por Luisa, insistió para entrar, invocó su carácter de española europea, su amistad con el excelentísimo Presidente del reino, su parentesco con el virrey del Perú. El cabo de guardia destacó uno de sus hombres á dar parte de la ocurrencia al capitán San Bruno.

En ese momento, las dos afligidas solicitantes pudieron divisar á Malsira. De pie, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, la frente erguida, el cuerpo enhiesto, en una actitud de deliberada resistencia, el mozo les pareció la viva encarnación del heroísmo varonil. Luisa, como herida de muerte, buscó el brazo de Mañunga para no caer. En su cuerpo, sacudido desde la noche por escalofrios, el temblor de la mortal congoja redobló tempestuoso. No pudo ahogar completamente un gemido de desolación y se cubrió con una mano los ojos, sintiendo que perdia el equilibrio. Pero la voluntad, como antes, dominó el desfallecimiento del cuerpo. Los ojos se tornaron hacia el joven, anegados en lágrimas, brillantes de fiebre, con un reflejo tristísimo de rayo de sol que atraviesa la lluvia. La necesidad de contener toda manifestación de dolor en presencia de aquella gente, centuplicaba la horrenda aflicción de su alma.

La agonía terrífica de un espantoso sueño, sin la lejana y misteriosa conciencia de poder despertar, le anudaba la garganta, le hacia latir el corazón con una dureza de martillo que cae sobre el ascua con golpes precipitados. Sus ideas, ante la realidad implacable, ante la catástrofe segura, llegaban á las contorsiones fantásticas del delirio. Al elevarse al cielo en plegaria desesperada, una duda súbita, un ateismo de desengaño atroz sobre ese poder que no impedia les iniquidades humanas, hacia caer al suelo su alma palpitante, como un ser que se retuerce herido en las convulsiones de la muerte. Al soplo de esa borrasca de todo su ser, que descomponia sus facciones, los ojos, contemplando al joven habian tomado la fijeza vacía de la desorganización cerebral. Como una luz de delirio brillaba en el fondo de las pupilas dilatadas.

Violante, emocionada á su modo, sin olvidar que los que

la miraban debían admirar su belleza, había seguido con la vista al hombre enviado cerca de San Bruno. Cuadrado, delante de él, haciendo la venia militar, vió que le dirigía algunas palabras, sin duda el mensaje del cabo de guardia. Don Vicente lanzó una mirada hacia la puerta, donde Violante y Luisa, palpitantes de inquietud, esperaban. Los labios del Capitán, apretados, sin moverse casi, articularon algo de breve en un tono cortante, de inapelable dureza. El hombre dió media vuelta militarmente y regresó al cuerpo de guardia. La respuesta de San Bruno había sido breve y perentoria: « ¡Que me dejen en paz, cara...! ¡No quiero ver á nadie! » El soldado trasmitió estas palabras al cabo, cuadrándose, con la mano derecha extendida sobre el escudo de la gorra.

— Señora, mi Capitán no puede ver á nadie, vino el cabo á decir á Violante. Suprimía la primera parte de la respuesta de don Vicente por respeto á la aflicción de las dos mujeres.

— Pero hombre, dígale usted... empezó Violante.

— Imposible, señora, imposible; mi Capitán me castigaría si volviese á mandarle á decir cualquiera cosa sobre esto.

Algo, por su parte, quiso decir Luisa, alguna súplica desesperada, alguna humillación de alma que se anonada en la miseria de su tribulación. Por Abel, ella se habría arrojado á los pies de San Bruno, le habría besado las manos en humilde súplica, se las habría regado con su llanto como se llora, de hinojos, al pie de las sagradas imágenes en un instante de atrición desatentada.

— Imposible, imposible, repitió el cabo, afirmando con un movimiento de hombros el hecho superior á su voluntad, superior á su compasiva codicia de varón, que la vista de aquella joven cautivadora con su palidez de espanto, encendía en su cerebro de patán.

Se hizo en ese instante un gran movimiento en el patio. Á una voz de San Bruno, seca y cortante como un golpe de hacha, la gente formó la columna procesional. El cabo Villalobos á la cabeza, delante de seis hombres de Talavera, de tres en fondo. Tras de éstos seguían los reos. El mayor Robles, á quien habían quitado los grillos, precedía grave, inspirando su orgullo en sus charreteras, acompañado de un fraile franciscano. Abel Malsira en pos, como perdido en la contemplación de algo lejano é invisible, tenía á su derecha

otro padre de la misma orden. Los dos religiosos marcaban la nota más fúnebre en aquel cuadro de tragedia. Tan pálidos como los que iban á ser ejecutados, apenas acertaban á exhortarlos á la resignación ante la voluntad de Dios y al humilde acatamiento á la justicia del Rey. Un miserable preso, al que se había ofrecido la libertad para que sirviese de verdugo, solo, llevando las cuerdas con que debía atar las manos á los reos, ocupaba el espacio siguiente. A su espalda formaban otros soldados de Talavera en primera fila de una columna de milicianos mal armados y peor vestidos, sin otras insignias militares que el terciado y la gorra de cuartel. Á cierta distancia de esa tropa, cerraban la columna el Subdelegado Yécora y algunos viejos cabildantes, todos confusos y medrosos, sin atreverse á desobedecer á San Bruno, que les había exigido su presencia para solemnizar la ejecución. Don Vicente, con el tambor de órdenes y un ayudante, se había reservado la dirección de la marcha y la vigilancia severa de todos los actores á los que había asignado un papel en el drama. Hizo una señal, el tambor tocó una pausada marcha regular, y la procesión, con lento paso, se puso en movimiento. El eco del parche, herido cadenciosamente por los palillos, sacudió á Luisa y á Violante como una descarga eléctrica. Ambas se miraron lividas. La última vislumbre de esperanza, como los jirones de un humo que se disuelve en el aire, se desvanecía.

— Huyamos de aquí, Luisita, esto es horrible, dijo la de Alarcón, olvidada esta vez de su personita, con los ojos llenos de lágrimas y en las facciones una mortal aflicción.

Luisa despertó de su enagenación mental. La horrenda tiranía de la realidad la destrozaba. Le pareció que Violante le hablaba de lejos, como en sueños, tan descompuesta por la terrible emoción estaba su argentina voz. Entonces, con los ojos radiantes de altiva resolución, la chica fijó en su compañera una mirada extraña de amargura.

— Márchese usted, señora, si le parece, ¡yo no *lo* abandonaré mientras viva!

Triunfante en su honda desventura, tomaba así posesión de Abel, lo arrebataba al frívolo cariño de su rival, y confesaba con su actitud resuelta, con la íntima vibración de su voz, la delirante pasión que ardía en ella. Violante la miró con miedo. Había en la chica una actitud de reto audaz que la transfiguraba. «Ya no ocultaría su amor. ¡Qué le importaba que todo el mundo lo supiera!» En la hora extrema de

la separación eterna, todo disimulo le parecía una cobarde iniquidad. Un fanatismo de abnegación sin límites le infundía la embriaguez del sacrificio. «Abel le había dado su vida por salvarla; ¡qué mayor prueba de amor! Muriendo con él, ella no haría sino devolverle lo que él le había dado. Vida por vida, amor por amor. Sin él ¡qué sería la existencia para ella!»

—¡Váyase usted si quiere, yo no lo abandonaré jamás! repitió con exaltación, contenta de que adivinasen su amor, orgullosa de abrigar una pasión en la que estaba segura de ser correspondida.

—Pero hija, Luisita, ¿está usted loca? ¿quiere usted asistir á su suplicio? arguyó la de Alarcón, pasmada del acento de decisión de la chica, temblando á vista del fuego sombrío que brillaba en sus ojos.

—¡Váyase usted, váyase usted, no me diga nada más!

El tono de la voz fué esta vez de intolerante impaciencia. El cortejo avanzaba. Luisa no quería perder un solo instante de ver á Abel. La insistencia de Violante le pareció insoportable. Al dar así expresión á su disgusto volvió la espalda á la viudita, y concentró toda su alma en el adorado, que seguía la lenta marcha de la procesión sin haberla visto aún. Violante se perdió entre la muchedumbre que se apiñaba para ver desfilar el fúnebre cortejo. Luisa pudo entonces concentrar toda su atención en el joven. Sus ojos, fijos en Abel, con una tensión aguda del cerebro, como para grabarse en líneas de fuego el rostro del joven, habían vuelto á tomar su fijeza vacía de persona hipnotizada. Era su alma sumida en honda angustia, la que veía, más que los ojos. Una oleada de tumultuosas ideas le hacía palpitar las sienes. Su corta vida, sin dicha, se extendía ante su imaginación, como un llano árido sin verdura ni plantas, de los que le había quedado el recuerdo confuso, vistos no sabía dónde, tal vez en un viaje al sur en su niñez. «¿Por qué necia aberración, se preguntaba, había ocultado su amor á Abel?» Con sarcasmos de alma que siente la nada de las cosas humanas, su pensamiento le hacía escarnio de su respeto por las convenciones sociales, se mofaba de su instintivo pudor al que había hecho el sacrificio de su felicidad. «Ella sabía que su alma y la de Abel guardaban desde la infancia la trémula emoción de un fuego mutuo. ¿Por qué se había empeñado ella en sofocarlo con su estudiada frialdad? ¡Toda una existencia perdida! Y aun

suponiendo que Abel no hubiese correspondido á su amor, ¿por qué ocultárselo? ¿por qué espantarse y retroceder ante el sufrimiento, cuando sufrir por él y que él lo supiese, habria sido también una felicidad? ¡Toda una existencia perdida!» se repetia, martirizándose mentalmente, maldiciéndose, con las ansias mortales del espíritu que toca lo imposible de reconstituir el pasado.

La procesión, mientras tanto, avanzaba, con el pausado andar que le habia impuesto San Bruno. El Mayor llegó primero á la puerta de calle. Con marcial continente, paseó su mirada sobre la turba. Levantando el pecho, echaba hacia atrás los hombros, pensando que él debia mostrar á los godos « que él mesmo se respetaba sus mesmas charrateras ». El fruncido entrecejo señalaba el esfuerzo de la memoria, buscando algún artículo de la ordenanza que le sirviera de oración militar, mientras dejaba al fraile que iba á su lado el cargo de encomendar su alma á Dios. La vista de los dragones que, separándose en dos filas paralelas, formaban calle, le inspiró un gesto de desprecio. «¡Así no lo hubieran abandonado sus montoneros cobardes! ¡él les habria hecho ver quién es el mayor Robles, que jamás habia amainado delante de los pícaros sarracenos!» Él mismo se circundaba de una aureola de gloria, marchaba envuelto en un nimbo de mártir que muere por la fe, la canosa cabellera al viento, la cenicienta barba desplegada sobre el pecho, como pintan á los profetas. «¡La posteridad sabria quién era Robles, el mayor Robles, que se respetaba sus propias charrateras, y los godos verian cómo sabe morir un soldado de la patria!»

Luisa lo divisó vagamente. Una visión lateral que se sospecha al paso, un fantasma de hombre iluminado por un culto, que va á morir por un ídolo. Las observaciones de los espectadores llegaban á los oidos de la chica en murmullo sordo. Las mujeres, suspirando, lo compadecian: «¡Pobrecito!» Los hombres protestaban: «¡Buena cosa, matar á un hombre viejo! ¡Vaya con los godos falsos, le tienen miedo á un solo hombre!» Pero ella no sabia de quién hablaban. Sólo veia á Abel, al adorado, que llegaba al umbral de la puerta, sereno y altivo, con la entereza del alma juvenil retratada en el hermoso rostro, en la majestuosa elevación de la frente. Luisa se sintió desfallecer. Sus ojos se encontraron con los del joven. Un nuevo murmullo de sorda tempestad heria sus oidos, que zumbaban con la

torrentosa agitación de la sangre agitada. Un gemido ahogado de compasión se exhalaba del pecho de esa turba de rústicos. Las mujeres se empujaban para verlo, se extasiaban en frases ingenuas sobre su desventura, admiraban su juventud y su belleza. Y el alma de la chica, como en alas de esa onda calorosa de doliente simpatía, volaba hacia Abel, ansiosa, ávida de decirle su adoración y su infinita congoja. Con fuerza irresistible de persona en delirio, la chica hendió la masa de gente curiosa, que se había interpuesto entre ella y la procesión, por uno de esos empujes violentos que se operan en las grandes aglomeraciones de gente. Colocada entonces en primera fila, á poca distancia del joven, quiso lanzarse hacia él, estrecharlo, apretarlo en un loco abrazo de adiós, dejar caer en sus oidos alguna palabra de amor, algún supremo juramento que fuera un vínculo de unión eterna en el cielo. Mas, al hacer el ademán de adelantarse rompiendo la fila de los guardianes, uno de los soldados la rechazó con la culata del fusil.

— ¡ Atrás, nadie pasa !

Sin el apoyo de la pared humana que tenía á la espalda, Luisa habría caido al suelo. La voz de Mañnuga le decia al mismo tiempo:

— ¡ Quítese señorita ! ¡ capaz que la maten estos hombres !

Vió entonces la violenta emoción que se pintaba en el rostro de Abel, la intensa pasión de la mirada, como una llama que busca con su beso de fuego, el objeto inflamable que la atrae, y por una vibración común del pensamiento se encontraron ambos unidos en la majestad de una esperanza sobrenatural, con la ardiente convicción de que nada los separaría en el cielo. Fué en ese momento casi inapreciable, la rápida ascensión de dos almas que en el infinito espacio vuelan de consuno, como dos aves amantes por los aires, en busca de una región de amor que ellas conocen, que ellas divisan allá, lejana, en la gloria luminosa del sol que va á dar vida á otros mundos.

Ya, la fúnebre comitiva desplegaba en la plaza su columna imponente. San Bruno hacia observar las distancias amenazando con su espada, mandando con el ademán imperioso. Los de la procesión marchaban con la tiesura automática de las alucinaciones de un sueño. La apiñada muchedumbre seguía en silencio, con el medroso tiritar de la catástrofe esperada. Allá, en el confín de la plaza, Violant desaparecía presurosa, con la cabeza baja, hundida en los

hombros, como para que pasase sobre ella, sin oirlo, el ruido de las detonaciones de la ejecución. Y en todo el espacioso recinto, sobre esa reunión de gente sobrecogida de insana curiosidad, una atmósfera de muerte hacia flotar su silencio de angustia, semejante á la pesada calma que precede al primer estallido de la tormenta.

En aquella revuelta ola de ponchos y de rebozos plebeyos, que la tropa contenia como un dique, Luisa, perdida en su dolor inconmensurable, seguia la corriente. Por un esfuerzo maquinal, su empeño era mantenerse en primera línea, frente á Malsira, para no perderlo de vista un momento.

Mañunga, con su práctica de las *pechas* populares, forzuda, le guardaba la espalda, oponiendo los hombros y los codos al empuje de atrás. Como una fuerza interna irresistible, la sombría resolución mantenia á Luisa en equilibrio, le impedia desplomarse, sofocada por la atmósfera de fuego que irradiaba de la luz del sol sobre la plebe. Cada mirada que cambiaba con Abel, era un dardo que le traspasaba el corazón. Y ya lo intenso del sufrimiento le hacia encontrar largos los instantes, sentir una violenta aspiración de llegar al fin de ese calvario, de lanzarse con el adorado á esa región de las promesas eternas, inaccesibles á la humana perversidad.

Adelante, Robles marchaba impávido, el pecho al frente, os hombros hacia atrás, la frente serena, como si la sintiese envuelta en una aureola tibia de gloria, y con la pierna tendida, las puntas de los pies inclinadas al suelo, como lo prescribe la *Instrucción del recluta*, marcaba el paso regular con el cadencioso compás de su vieja práctica de instructor ordenancista.

«El era el mayor Robles, que nadie habia visto temblar ante el peligro; Robles, que le haria ver á los godos cómo sabia morir un militar patriota; Robles, que se respetaba él mismo sus propias charrateras».

Oyóse entonces la bronca voz de San Bruno, al mismo tiempo que con una señal de la espada hacia cesar el tambor:

— ¡Columna... alto!

La procesión interrumpió su marcha con la rigidez mecánica de los movimientos militares. El silencio se hizo solemne. Las respiraciones se habian suspendido. La mortal inquietud de lo que iba á pasar corrió sobre la turba con

estremecimientos de frio. Atónita, la muchedumbre presenció los preliminares de la ejecución. San Bruno hizo formar un rectángulo espacioso, del cual los Talaveras ocupaban los costados. El cuarto lo formaba la pared de la plaza, delante de la cual había sido colocado el banquillo. Robles y Malsira, con los frailes encargados de auxiliarlos en el solemne trance, quedaron en medio del recinto, aislados, á la vista de todos los espectadores. Entonces, el cabo Villalobos, al mando de dos soldados, se desprendió de su puesto y se acercó al Mayor. Los tres hombres llevaban el fusil terciado.

— Mi Mayor, á usted le toca.

Robles, con paso firme recorrió la distancia que lo separaba del banquillo. Su elevada estatura parecia haber aumentado, en un esfuerzo de heroico orgullo. « Él los mostraria á los godos que no les tenia miedo. Él sabria respetarse sus propias charrateras ». Como un mágico talismán, en su cerebro de soldado adorador de la gloria, ese pensamiento único le infundia el calor de un fanatismo religioso. Á una señal de Villalobos, el verdugo se adelantó á vendarle la vista.

El protestó indignado:

— ¡ Atrás, canalla ! Soy el mayor Robles, y á mí no se me vendan los ojos ; ¡ yo mesmo me respeto mis propias charrateras !.

Con majestuoso porte se dirigió entonces al piquete que San Bruno había hecho adelantarse frente al banco.

— ¡ Soldados ! gritó con voz entera, apunten al pecho, todos verán cómo sabe morir el mayor Robles. ¡ Viva la patria !

Las últimas palabras se perdieron en el estruendo de la descarga. Robles, como un árbol cortado de raíz, cayó, cuan largo era, hacia adelante, en un postrimer esfuerzo para mostrar que no reculaba ante las balas.

Temblando de terror, Luisa se había cubierto el rostro bajo del manto y con las manos se tapaba los oidos. Casi uno á uno los tiros de la descarga repercutieron su estampido en su cerebro y en su corazón al mismo tiempo. Entonces alzó la frente y miró á Malsira con sombría resolución. « ¡ Era su turno ! Ella estaba pronta, nadie podria sujetarla ! Las balas destinadas á destrozar el pecho del adorado serian para ella ». El joven, por no ver caer al infeliz Mayor, había vuelto los ojos hacia la chica. Daba un adiós

supremo á su sueño de amor, buscaba en la presencia de la joven la inspiración del heroismo con que quería morir delante de ella. El fuego de las miradas que se encontraron se confundió como en un éxtasis. La chica le decía, con el resplandor que brillaba en sus ojos, su resolución de arrojarse á las balas para morir á sus pies. Su mayor tormento era no poder decírselo de viva voz, no poder confesarle su amor á la faz del mundo entero, no poder gritarle que tras aquel instante de horror brillaba la divina esperanza de la unión eterna ¡qué nadie podría arrebatarles!

Los testigos del sangriento drama, entre tanto, mudos, en la expectación ansiosa de lo que iba á seguir, miraban el cadáver de Robles, miraban á Malsira, miraban á San Bruno. El Capitán llamó con un signo á Villalobos y le habló en voz baja. El cabo colocó entonces algunos soldados junto al cadáver del Mayor, y formó con otros una fila delante de Abel. Desfalleciente, sin oir la voz de Mañunga que la alentaba, Luisa seguía aquellos movimientos que hacían eterna su tortura. Entonces resonó la voz de San Bruno:

— ¡Columna... media vuelta... paso regular... marchen!

Únicamente los soldados parecieron comprender aquellas voces de mando, lanzadas al aire con el énfasis acentuado de las paradas militares. Rápidamente, Villalobos se acercó á Malsira y á los frailes que se hallaban á su lado, y les indicó que debían volver la espalda al banquillo. La columna, precedida esta vez por el Subdelegado y sus cabildantes, se ponía ya en marcha, con el mismo cadencioso paso con que había llegado.

LXV

Al principio, una medrosa incertidumbre brilló lejana en el espíritu de Luisa. En su sencillo lenguaje de plebeya, Mañunga dió una forma definida á esa esperanza súbita, al milagro que se operaba ante los ojos de las dos mujeres maravilladas.

— ¡Qué bueno, señorita! ¡ya no abalean á don Abelito! ¡Ay qué gusto, por Dios y María santísima!

Luisa seguía el movimiento del pueblo, que acompañaba á la procesión á casa del Subdelegado. Su espíritu volvía de

lejos, del ¡umbral de la muerte! Había entrado en la oscura región donde se pierde la esperanza. Traer de nuevo el alma hacia la vida, pensar que todo aquello había sido una bárbara crueldad de San Bruno, renacer á una esperanza mirada un momento hacia, como imposible, era un esfuerzo doloroso para ella, porque la duda atroz del porvenir quedaba en pie, con su amenaza sangrienta. «¿Quién podría asegurarle que la horrenda escena que acababa de presenciar, allá donde había caído el pobre Robles, no se renovaría para Abel en la tarde ó al día siguiente? Aquella suspensión de la muerte frente al patíbulo, podía ser un recurso de terror para arrojar el espanto entre los aldeanos, que con tan caloroso entusiasmo habían aclamado el día anterior á los patriotas. Ante esa espantosa duda, la medrosa luz que había brillado en el fondo de su espíritu, tenía las fluctuaciones de la llama del candil que consume el resto de la mecha.

Cuando la comitiva hubo penetrado en la casa de Yécora, los dragones formados nuevamente en columna delante de la puerta, impidieron á Luisa poder seguir á Malsira con la vista. En vano fué después á observar por el lado del huerto, colocándose en la puerta de trancas que comunicaba con el camino real. La ventana de la pieza que le había servido de prisión á ella misma y en la que suponía que Abel hubiese sido nuevamente encarcelado, permanecía cerrada. Á poco vió que un centinela se paseaba por delante de ella. Esto le daba la seguridad de que el joven se encontraba en aquella pieza. Perdida la esperanza de poder divisarlo, fuése entonces, casi corriendo, á casa de Violante. Una criada había llevado ya la noticia de las ocurrencias de la plaza. Las dos mujeres se arrojaron la una en brazos de la otra. Luisa, vencida por las espantosas emociones de aquella mañana, tuvo un instante de llanto desgarrador, casi un histérico. La viudita se esforzó en consolarla. Todo sentimiento de rivalidad parecía haber desaparecido en ella. La íntima pasión que la chica no se había cuidado de disimular, hizo sentir á la de Alarcón, mientras la estrechaba contra su pecho, que la lucha con semejante adversario sería imposible, si Malsira llegaba á recobrar su libertad. Su pensamiento, al mismo tiempo, se volvía hacia su otro pretendiente, el pomposo Capitán General. «Haría cuenta de que Malsira no había vuelto de la emigración. Ya en la mañana había hecho el luto de sus

esperanzas, al huir despavorida de la plaza. Además, si Abel se decidia por Luisita, ella, naturalmente, quedaba libre del compromiso de devolver la hacienda por el precio del remate». Estos pensamientos habian ido asaltando con rapidez su reposada y calculadora cabecita, mientras sentia palpitar á la chica entre sus brazos. Luisa, sin embargo, dominó pronto su afliccion.

— Ahora es el momento, dijo secando sus lágrimas, de que usted vuelva á intervenir cerca de San Bruno. Ofrézcale usted lo que quiera por la libertad de Abel. Es preciso no dejar que se arrepienta y que vaya á cometer alguna atrocidad.

— ¡Ca! ¡hija! cuando no lo fusiló esta mañana, algún impedimento muy poderoso debe tener para ello.

— No importa, no importa, le suplico á usted que vaya sin tardar, insistió la joven, con calor.

Apoyó sus instancias con las vehementes consideraciones que le sugerian los sobrehumanos sacudimientos porque acababa de pasar su corazón. «Por todo lo que hiciese guardaria á Violante un eterno reconocimiento. Ella no se sentia ya con fuerza de resistir á un suplicio, como el que todavia le destrozaba el alma. Su vida, su fortuna pertenecian á Abel. Ya que el cielo les abria de nuevo la puerta á la esperanza, no debian perder un instante y exponerse á que la terrible mano de San Bruno volviese á cerrarla».

Violante se manifestaba dispuesta á tentar una visita al feroz Capitán; pero confesaba que lo hacia con muy escasa esperanza. Mientras se preparaba para salir, un soldado de granaderos entró á caballo al patio. Violante no esperó á que su criada fuese á recibirlo, sino que ella misma le salió al encuentro.

— De parte de mi capitán San Bruno, dijo el hombre, pasándole un pliego cerrado.

Ella volvió precipitadamente á la sala rompiendo el sello.

— ¡Ah! al fin... de Marcó, dijo, echando la vista sobre la firma. Ya pensaba que don Francisco me habia olvidado, agregó disponiéndose á leer.

La viudita esperaba recibir temprano la contestación del Presidente. Su ligera resistencia á las súplicas de Luisa para ir inmediatamente donde San Bruno, no tenia otro fundamento que la posibilidad de que le llegase de un momento á otro la misiva presidencial y que ella pudiese tal vez servirle de apoyo en su gestión cerca del Capitán.

En su precipitación por leerla, Violante estuvo lejos de observar que el sello del oficio habría presentado á un observador sereno, ciertas disimuladas señales de haber sido violado antes de llegar á sus manos. La respuesta de Marcó había sido puesta dentro de la correspondencia dirigida al capitán San Bruno. Marcó había juzgado prudente enviar por la vía oficial su contestación á la que llamaba, en su galante lenguaje « encantadora beldad », pensando que de esta suerte su prosa correría menos riesgo de extraviarse, y la había cerrado en forma de oficio, á fin de que San Bruno tratase el pliego como servicio del Rey y lo hiciese llegar sin tardanza á su destino. Pero don Vicente tenía su modo propio de entender ese servicio, fundado en que ningún súbdito español lo aventajaba en intransigente fidelidad al amo, de donde deducía que nada debía dejar pasar ignorado de cuanto pudiese interesar á la gloria y al poder de Su Majestad. Abierto cuidadosamente el sello, pudo leer entonces entre las flores de retórica con que el Capitán General perfumaba sus requiebros á la viudita, una frase que decía: « Aunque rendido á las plantas de la encantadora beldad que dispone de mi corazón, ella comprenderá, que no podré desde luego, sin mengua de mi prestigio, que también pongo á sus pies, mandar que se deje en libertad al consabido don Abel Maisira; pero por oficio de esta fecha, ordeno al capitán San Bruno que traslade al reo á esta capital, donde veremos á proveer, como será de justicia, de manera que los deudos del ya citado Malsira hayan de guardar un eterno reconocimiento á su irresistible intercesora ». Y poco más adelante, dejándose arrastrar de un movimiento de expansión, en alivio de los cuidados que le daba su grandeza, don Francisco Casimiro agregaba: « que si el capitán San Bruno, en vez de aprisionar á ese mozo, quien según usted me afirma, no tiene nada de insurgente, le hubiera dejado marcharse en paz y libertad, de ello me habría holgado yo grandemente, como quiera que así tendría ahora un quebradero menos de cabeza entre los muchos que abundan en este reino ».

Don Vicente no se detuvo largo tiempo á meditar. La orden expresa del Capitán General, recibida juntamente con la carta que leía, le quitaba la facultad de hacer fusilar á Malsira. Pero nada le impedía obligarlo á que pasase por la lenta agonía de creerse condenado y de llegar hasta el pie del patíbulo. Bastaba para esto suspender

por algunas horas la entrega del oficio destinado á la de Alarcón. Más tarde diria que los cuidados de aquella mañana le habían hecho posponer á las atenciones de su servicio el envio de esa comunicación.

Violante recorrió con presurosos ojos el escrito y lo pasó enseguida á Luisa.

— Ahora no estamos para secretos, lea usted Luisita y no se fije en los requiebros de ese adorador. Ahí tiene usted explicado por qué San Bruno no se ha atrevido á fusilar á Malsira.

Luisa leyó con profunda atención.

— ¡Pero con esta carta usted puede conseguir la libertad de Abel! exclamó alborozada. Aquí deja entender claramente Marcó que el capitán San Bruno le haria un buen servicio si dejase escaparse al prisionero.

El razonamiento pareció justo á Violante y pensó que su interés era también evitar que Malsira fuese llevado á Santiago, donde no faltaria quien impusiese á Marcó de sus amores con el joven. Es verdad que á fin de convencer al Capitán seria menester apoyar las brillantes ofertas pecuniarias que iba facultada para hacerle, con la carta misma de Marcó, lo que «equivalia nada menos que á una infidencia, objetó ella». Pero Luisa replicó que seria un crimen imperdonable poner, por semejante escrúpulo, en peligro la vida del joven. Y aguzado su ingenio con el ardiente deseo de alcanzar su objeto, llegó á sugerir á Violante que acaso el Capitán General contaba con esa infidencia para eximirse de someter al protegido de ella en Santiago á los azares de un juicio.

La de Alarcón encontró á don Vicente casi de buen humor. «La ejecución de Robles produciria entre aquellos rústicos un terror saludable, mientras que las impresiones por que habia hecho pasar á Malsira lo consolaban en parte de no haberlo podido hacer seguir la misma suerte que el Mayor.»

— Es la segunda vez, señora, que ese mozo se me escapa de entre las manos, lo que hace que tenga una larga cuenta que arreglarle. Ahora viene usted á pedirme su libertad, ¿en nombre de qué?

— En nombre de la justicia, ante todo, señor de San Bruno, porque ese joven no es un insurgente en realidad; nunca se ha mezclado de asuntos políticos.

— Dicen que estaba entre os montoneros que atacaron las casas de los Canelos.

— ¡Calumnia atroz, Capitán! por el contrario, estaba conmigo, había venido á pedirme asilo al llegar de la proscripción.

Más valía, pensaba la viudita, defender al joven con esa mentira atroz, que tener que traicionar la confianza de Marcó.

El Capitán se quedó un momento pensativo, y la de Alarcón aprovechó su silencio para hacer entrar en combate la gruesa artillería del argumento pecuniario. «No venía ella á pedir, dijo tímidamente, un servicio gratuito. Sabía que todo sacrificio y todo servicio deben tener su justa recompensa. Bien está servir al Rey con fidelidad. Nadie, observó en un lisonjero paréntesis, lo sirve mejor que el capitán San Bruno. Pero era menester pensar en las cosas positivas de la vida. El sueldo da apenas para comer, los ascensos vienen con más lentitud que la vejez, y siendo la ocasión calva, como dicen, debía cogerse al paso y no desdeñar sus favores.»

— Yo represento ahora esa ocasión, Capitán.

— Bien que usted no es calva, observó San Bruno con su gesto feo, que pretendía ser una sonrisa.

— No es cabello lo que me falta, por cierto, dijo con sus monadas y sonrisas la viudita; pero vamos al caso. ¿Qué pedirá usted por dejar escaparse al joven Malsira?

— Que me entregasen á Manuel Rodríguez, por ejemplo.

— No se trata de eso. La familia de Malsira está dispuesta á hacer grandes sacrificios de dinero por obtener su libertad. Pida usted, Capitán. En el pedir no hay engaño, ¿sabe usted?

San Bruno permaneció impasible. Allá en el fondo de la esfinge, algún pensamiento avieso desarrollaba con lentitud sus anillos de serpiente. La faz de granito no revelaba nada, sin embargo, de la sombría elucubración en la que tal vez se decidía del destino de un ser humano. La viudita buscaba vanamente en ese rostro pálido, en la turbia luz de los ojos, en los labios, bajo el espeso bigote, algún indicio de la impresión que hubiese producido su oferta. El Capitán rompió el silencio al fin, con su voz monótona, que parecía salir de alguna caverna.

— Señora, toda proposición de esa clase es inútil. Siento que usted, realista, se haya encargado de hacérmela. Por

supuesto que yo podría representar á usted, ahora, para justificar mi negativa, una escena de indignación y de dignidad ofendida. No lo tema usted. Yo sé que usted no ha pensado ofenderme. Comprendo el interés que usted tiene por ese joven, y aun podría yo abusar de ese interés, admitiendo el dinero y faltando después á mi palabra. ¿Cómo podría usted después atreverse á acusarme, puesto que se acusaría, usted misma, de maquinar contra el servicio de S. M.? Mas, con usted, que es de los buenos, de los que anteponen á cualquier otro interés la sagrada causa del Soberano, debo ser leal y franco ante todo. No puedo, señora. Diré más: compadezco al mozo por el interés que usted demuestra por él; pero tengo orden terminante de conducirlo á Santiago, y para allá saldré con él mañana mismo.

Á medida que hablaba, don Vicente había ido dando algunas inflexiones á su voz, acentuando la sencillez de su lenguaje con cierto tono de elevación, que lo enaltecía á los ojos de la viudita. Era como si se hubiese quitado una máscara severa, como si se despojase del estoicismo catoniano que lo hacía impenetrable y mostrase el semblante de un hombre accesible á los impulsos del corazón, que se ve en la dura necesidad de dominarse para cumplir su deber. Violante pensaba: «cualesquiera que sean los defectos del hombre, no puede negarse que es honrado y sincero». Mas no le era posible abandonar la partida. Llegaba el momento de apelar á la infidencia y hacer uso de la carta del rendido Capitán General. Las últimas palabras de San Bruno, manifestaban la apremiante urgencia de arribar pronto á un resultado.

— ¡Vamos, Capitán!, le dijo, como arrebatada de admiración, empleando su más argentina voz; la firmeza y el desprendimiento de usted, me obligan á recurrir á un arbitrio de que en ningún otro caso echaría mano. Bien me figuraba yo que usted es un hombre integérrimo y por eso puse dos cuerdas á mi arco. No crea usted que me toma desprevenida y que renuncio á mi noble misión. ¡Qué quiere usted, las mujeres somos obstinadas! Ahí está toda nuestra fuerza, cuando hablamos al corazón del hombre, que casi siempre es generoso. Ya verá usted que en mi segunda cuerda está también mi justificación por atreverme á hablar á usted de este negocio.

— ¡Ah! ¡señora! ¡atreverse! usted puede atreverse á todo.

— Pues, señor de San Bruno, sepa usted que yo no vendría á pedir á usted que dejase escaparse al joven de Malsira, si no supiese que el señor Marcó del Pont lo desea vivamente.

— ¡Señora! ¿qué dice usted? ¡Eso me parece inaudito!

— Pues, Capitán, es lo que usted oye: el señor Presidente del reino desea que no se le imponga la presencia de ese joven en Santiago. Y eso se comprende. Miembro de una familia numerosa y pudiente, que se plega poco á poco á la causa real, más vale que Malsira huya que no tener que hacerlo juzgar.

— Sí, sí, no digo que no. Eso se comprende; pero, al fin, señora, usted comprenderá también que hay asuntos en los que es indispensable seguir el precepto de santo Tomás.

— Justo; ver y creer. Tiene usted mucha razón. Pues para creer, vea usted.

Le pasaba la misiva de su adorador, con una risita angelical llena de dulce malicia, como un niño que hace una travesura.

— Por supuesto que sé que hablo con un hombre de honor, que sabe ser discreto, añadió sin soltar el papel, como haciendo del secreto una condición esencial para desprenderse del documento.

— Y no se engaña usted, señora. En asuntos del servicio soy como un confesor.

Violante le dejó la carta. Don Vicente leyó lo que sabía ya de memoria, aparentando suma atención, repitiendo entre dientes las frases relativas á Malsira.

— Tiene usted razón, señora. No lo habría creido. En fin, es un negocio de alta política que tal vez yo no alcanzo á comprender.

— Pero, ya ve usted: con dejar escaparse al prisionero usted está seguro de hacer un servicio al Presidente.

— No lo niego, respondió él con el movimiento de hombros de un hombre que se rinde á la evidencia; pero, ¿cómo? ¡Yo no puedo decir á mis soldados que lo dejen fugarse, ni menos ir yo á abrirle las puertas de su calabozo!

— ¿Quiere usted dejar eso á mi cuidado? Salga usted á dar un paseo, ó vaya usted á charlar con el Subdelegado y déjeme entenderme con el cabo de guardia.

Don Vicente opuso todavía algunas objeciones de detalle. «El convenía en que el Excmo. señor Marcó se holgaría grandemente, según decía, de que el prisionero pudiese tomar las de Villadiego; pero él quería lavarse las manos del hecho, y que la fuga apareciese como ejecutada contra su voluntad ».

— Hablando yo con el cabo, usted nada sabrá, es cosa muy sencilla. ¿No está Malsira en una pieza que tiene ventana al corral?

— Efectivamente.

— Pues se le permite abrir esa ventana, saltar al corral y escapar por el potrerillo. Basta para esto que el cabo de guardia intervenga en el asunto. Los soldados mismos no sabrían lo que pasa. El cabo recibirá una suma conveniente y desaparecerá también. Así se librará usted de tener que castigarlo.

Quedóse San Bruno pensativo algunos momentos:

— Bien pensado, señora mía, dijo después fijando en la viudita una profunda mirada; pero usted no habrá de extrañarse que para consentir en dar gusto al señor Capitán General, yo deba imponer ciertas condiciones que me sirvan de garantía en lo futuro.

— ¡Ah! ¿qué condiciones? preguntó con inquietud la de Alarcón.

— Que usted deposite la carta del Excmo. señor Marcó en mi poder.

— ¡Hombre! ¿está usted loco? exclamó Violante con profunda sorpresa; ¿que yo traicione así á un caballero?

— Usted me pide á mí que traicione mi deber.

— ¡Nada! no es lo mismo. Yo pido á usted en realidad que proceda como lo desea su jefe.

— Pues señora, si lo desea, que me lo ordene.

La viudita veía desbaratarse el éxito, cuando pensaba haberlo alcanzado ya.

— ¡Vamos, no sea usted intratable! dijo con acento de cariñoso reproche. ¿Cómo quiere usted que le entregue, hombre, una carta que es una verdadera declaración de amor?

Don Vicente replicó con su agria sonrisa:

— Borre usted la parte amorosa, eso no me importa.

La de Alarcón se echó á reir de la proposición.

— ¡Qué hombre tan terrible es usted!

— Precavido, señora mía. Yo necesito un documento

irrecusable, para probar al señor General, si llegase el caso, que no hice sino interpretar sus intenciones.

— ¿Me jura usted que no mostrará esa carta á Marcó ni á nadie sino en un caso extremo, cuando sea absolutamente indispensable?

— Mi palabra de soldado, señora, únicamente para justificarme si Su Excelencia me increpa el hecho de la fuga.

Ella dió un suspiro, verdadero ó fingido y tendió la carta á don Vicente:

— Me fio á su lealtad. Quedamos, pues, de acuerdo, ¿no es asi?

— Enteramente, si usted otorga mi última condición.

Violante dió casi un salto de sorpresa sobre su silla.

— ¡Otra condición todavia! usted abusa de su fuerza, Capitán, verdaderamente no es eso tratarme como compatriota.

Estaba realmente espantada. Se sentia como una persona á la que un bandido, en alguna oscura encrucijada, apretase la garganta hasta hacerla entregar tras del dinero las alhajas, tras de las alhajas, la ropa. San Bruno se sonreia con su acento de sarcasmo:

— No se espante usted, es algo que usted me ha ofrecido ya, lo que usted empezó por ofrecerme, nada más.

— ¿Quiere usted hablar del dinero?

— Justo.

« ¡Ah, pícaro! pensó para sus adentros la viudita, ¡ese era tu desprendimiento! « Cuando ella se preparaba para vanagloriarse ante Luisita de haberlo conquistado todo sin gastar un cuartillo, el maldito Capitán le ponia la soga al cuello! San Bruno adivinó su pensamiento, y repuso:

— Ya se figura usted que al principio me hice el desinteresado para tirar ahora la cuerda con mis exigencias. Desengáñese usted, señora. En mi proceder hallará usted la prueba de mi sinceridad. El dinero que exijo es para el tesoro del Estado. Sus arcas están escuetas, las contribuciones dan poco, los montoneros nos han robado una gruesa suma en este pueblo. Es muy justo, me parece, que un servidor del Rey trate de hacerle reembolsar lo que se le ha hurtado, y venda la libertad de un prisionero inútil. En la guerra se hacen canges, pues bien, yo no hago otra cosa.

— En fin, Capitán, usted impone la ley, gimió la viudita desconsolada por el desengaño; ¿qué exige usted?

— Seré moderado: diez mil pesos.

Violante puso el grito en el cielo. La suma le parecía enorme. Pero San Bruno se mantuvo inflexible. Diez mil pesos era, poco más ó menos, lo que los montoneros habían sacado de la tesorería y era menester que los amigos de Manuel Rodríguez lo reintegrasen. Temerosa de que su obstinado interlocutor fuese de repente á exigir mayores sacrificios, ella acabó por ceder.

— Pero se contentará usted con un pagaré, observó, sería imposible reunir diez mil pesos de un momento á otro.

No hizo objeción San Bruno sobre este punto. En pocas palabras se pusieron de acuerdo. La firma de don Jaime pareció por sí sola al Capitán suficientemente abonada. Más no admitió los pagarés que le presentaba la de Alarcón. Exigió que se le trajese un documento firmado por el Marqués, en papel competente y redactado conforme al borrador que él mismo escribió en ese momento: «Deseando contribuir á los gastos del gobierno de Su Majestad en este reino de Chile, declaro que á la presentación de este escrito, pagaré á la orden de los Reales Tesoreros la suma de diez mil pesos fuertes, al pago de los cuales respondo con mis bienes habidos y por haber».

— Ya verá usted, señora, dijo pasando el borrador á Violante, que el dinero en cuestión irá á las arcas reales, y no á mi bolsillo.

La viudita protestó que jamás había pensado otra cosa; que al hacer su primera oferta tenía esa seguridad en mientes, y que en realidad ella misma habría ofrecido algo al retirarse para el Tesoro público, aun cuando el señor Capitán no lo hubiese pedido.

— Eso quiere decir, señora, que piensa usted como buena española, observó él con una lejana vislumbre de sonrisa en los ojos, que no alcanzó á reflejarse en sus labios.

— Corro á buscar el documento.

No se apresuraba á salir, sin embargo. No le parecía su negociación enteramente satisfactoria, sino procuraba obtener de San Bruno algo que pareciese una garantía de que por su parte, después de recibir el documento, no dejaría de cumplir lo pactado. Pero no hallaba cómo hacer esa indicación al Capitán. Al fin se decidió á hablar, y con su más seductora sonrisa:

— Usted es hombre de demasiada experiencia, señor de San Bruno, para no saber que en todo convenio debe haber

reciprocidad. En el nuestro ya tiene usted una prenda mía en su poder y pronto tendrá una segunda, que es el documento de pago que voy á buscar. ¿Qué me ofrece usted en cambio como garantía?

Mirándola fijamente, con los turbios ojos iluminados de súbito por una llama de férrea voluntad:

— Mi palabra.

Violante no se atrevió á replicar. Él continuó al ver que la señora parecía más bien intimidada que convencida:

— Un convenio como este, señora mía, no puede ser bilateral en la forma, bien que lo sea en el fondo. ¿Qué garantía puedo ofrecer yo? Ninguna otra que mi buen deseo de corresponder á los esfuerzos de mi jefe, expresados en su carta. Tal vez usted querrá contestar que podría diferirse la entrega del pagaré, para cuando el señor de Malsira se encuentre libre. En tal caso, ¿quién me respondería á mí de la lealtad de ustedes? Ya ve usted que la desconfianza puede ser recíproca. Créame usted, que no se haga cuestión de esto, si se desea realmente alcanzar lo que se me pide. Fíjese usted en que no soy yo el solicitante, y que con mi prisionero me marcharé mañana temprano, si ustedes no tienen confianza en mí. Sobre esto, no tenga usted la menor duda, señora, y créame usted, que si no fuese usted la intermediaria, á quien deseo complacer, yo preferiría llevarme al mozo como se me está mandado, á dejarlo escaparse por evitar al excelentísimo señor Marcó quebraderos de cabeza, como él dice.

— Es usted intratable. Adiós. En poco rato más me tendrá usted de vuelta.

Pero antes de marcharse, quiso asegurar la cooperación del cabo de guardia, sin la cual sería preciso modificar el plan de evasión. Por ese lado, las dificultades que tuvo que vencer, fueron mucho menores. La viudita pudo fácilmente persuadir al cabo que ella procedía de acuerdo con el Capitán. El hombre, que la veía salir después de una larga conferencia con San Bruno, no dudó de que esa encopetada señora dijese la verdad. La oferta de una suma de quinientos pesos, de la que recibiría cien como adelanto, fué el argumento decisivo. Escapar de la jaula de fierro de la disciplina militar, librarse de palizas y de frejoles sancochados, con alas para volar en el ancho espacio de la deserción, el sueño fantástico del soldado, fué una tentación irresistible.

Luisa se echó en brazos de la viudita al oir el resultado de su misión. Una alegría inmensa, violenta como el pasaje de las tinieblas á la luz que se obtiene ahora con la electricidad, le invadia el alma. Ella misma fué á buscar á don Jaime, que no se habia atrevido á salir de casa en todo el dia. En pocas palabras, con febril volubilidad, le explicó la situación. Él debia acompañarla á casa de Violante para extender y firmar el documento. Mientras el caballero se preparaba para salir, Luisa vió á su tia. Con frases veladas habló á doña Clarisa de grandes esperanzas, dejó vislumbrar la posibilidad de ver pronto á Abel, la conjuró que tratase de mejorarse, que tuviera confianza en ella; aludió á dias mejores, no lejanos tal vez. Fué como si vertiese con mano delicada un bálsamo reparador en esa pobre alma de moribunda, que se abismaba como en un piélago insondable, en su pesadumbre de tanto tiempo. La triste madre levantó las trémulas manos al cielo, en una vaga concepción de la posibilidad de un milagro.

Fuera del cuarto de la señora, prima Catita y prima Cleta le salieron al encuentro. Después de consultarse al verla entrar á la casa desde la ventana observatorio donde pasaban el dia, las dos solteronas habian decidido « no quedarse como tontas », sin saber lo que ocurría.

— ¡Al fin volviste! Cuenta, pues, lo que ha pasado. ¡Qué escapada ha hecho Abel! ¡Ya lo llorábamos por muerto!

Prima Catita dijo la primera de estas frases, prima Cleta la segunda, y en coro, con aspavientos de conmiseración exhalaron la tercera. Antes que la chica hubiese tenido tiempo de contestarles, agregaron:

— ¡Ahora estarás contenta, pues! ¡cómo no!

— Creo que todas debemos estarlo, observó Luisa, sin ocultar su fastidio de verse así detenida, cuando le urgia tanto marcharse con su tio.

— Sí, pues, hijita; pero unas más que otras, dijo prima Catita, frunciendo los labios con aire de decir mucho.

— Unas más que otras, por supuesto, agregó prima Cleta.

Se daban al mismo tiempo su mirada de inteligencia, la eterna comunicación del pensamiento común. « Ellas sabian lo que decian, no eran tan tontas para no sospechar que la sobrina se moria por su primo ».

— Cuenta, pues, no te hagas la *boquimuerta*, insistió prima Catita.

— ¡Á nosotras! ¿para qué, pues, hijita? ¡qué va á contarnos! dijo encogiéndose de hombros prima Cleta.

— Ahora estoy más que de prisa, á la vuelta les contaré lo que quieran, tengo que salir con mi tio.

La chica les arrojó esa frase huyendo hacia la pieza de don Jaime, como alguien arrojaría un hueso á un perro que lo persiguiese con sus ladridos.

Murmurando algunas palabras de desprecio, las dos hermanas la despedían con una risita sardónica de superioridad.

— *Andá* no más; ¡media *lesa*! ¡como si tuviéramos necesidad de que ella nos contase! refunfuñó prima Catita.

— Ahí veremos si le devuelven al *marchante*, dijo irónica y picada prima Cleta.

— ¡Algo le habrán prometido cuando anda tan suelta de cuerpo!

— ¿Si fuésemos á oír lo que están hablando?

Sin hacer ruido, como si se deslizaran, se encaminaron del lado de la habitación de don Jaime. Pero en ese momento él y Luisa salían de la pieza. Las dos hermanas alcanzaron á ocultarse. El tio y la sobrina pasaron cerca de ellas sin sospechar su presencia, y entraron al patio dirigiéndose á la puerta de calle.

— Alguna tontera que va á hacerle hacer al babieca de su tio, murmuró prima Catita.

— Y el otro tonto, ¿para qué se meterá?

— Ahí has de ver tú, pues; ¡si los hombres son tan brutos!

No había existido para ellas sino una sola excepción, arrebatada por la peste. Así se lo dijeron con aire entendido, con movimientitos de cabeza que tenían desde largo tiempo su significado especial, luctuoso y consolador al mismo tiempo.

Mientras tanto, el Marqués y su sobrina llegaban á casa de la de Alarcón. Ella tenía ya papel sellado. Don Jaime copió temblando el borrador de puño y letra de San Bruno. Hablando, al mismo tiempo, buscaba en qué podría comprometerle su firma, que puso al pie. Violante y Luisa lo tranquilizaron. Un documento de esa clase no podía significar sino un donativo al Tesoro Real, que lo pondría, le-

jos de comprometerlo, en muy buen predicamento con el Presidente y su corte.

— ¿Y si San Bruno se queda con la plata y no deja fugarse al prisionero?

— ¡Oh, por Dios, tio, todo puede temerse! ¡pero donde no hay otro camino que tomar, no cabe vacilación! exclamó Luisa con calor, figurándose que don Jaime las iba á hacer perder un tiempo precioso con sus objeciones y evasivas.

— Además, añadió con cierto tono perentorio, como yo soy la que da el dinero, usted no arriesga nada.

Don Jaime la miró con su aire de perro humilde, que mueve la cola para calmar á su amo. Su secreto contenido se le removia en el pecho, con escozores de comezón que no se puede rascar. Le daba una profunda pena que la criatura que él, en sus cálculos de tutor enamorado, miraba siempre como *su chiquilla*, á medida que la veia crecer tan esbelta y arrogante de formas, se le escapase ahora en un vendaval de pasión, como una pluma arrebatada por un remolino.

— No te impacientes, hijita, era para estar seguro que no nos engañarán.

— Si hubiera querido hacer lo que usted dice, observó Violante, habria admitido los pagarés de Luisita, que yo le presenté. Yo creo firmemente que el hombre está de muy buena fe. Como debe haber fusilado al mayor Robles sin autorización de Santiago, aprovecha muy gustuso este medio de dar gusto á Marcó, y hacerlo aprobar así su acto de precipitación.

Luisa, impaciente y nerviosa, instaba á la viudita para que volviese sin tardanza donde San Bruno. Violante salió juntamente con el caballero y su sobrina. La chica arrastraba á su tio á la casa. Era preciso que enviase un propio á la hacienda, pidiendo caballos para la noche.

— ¿Caballos, hijita? ¿por qué caballos cuando basta con uno?

Luisa explicó que Abel no podia irse solo. Un mozo de confianza debía de ir con él y llevar un caballo de remuda para cada uno. En su imaginación habia ya trazado el itinerario del prófugo, á menos que él quisiese adoptar otro. Podria irse á Huechun, pasando por la Esmeralda. De ahí, buscar el camino del sur é internarse por el Planchón á la otra banda.

— Usted y yo, tio, deberiamos acompañarlo hasta la Esmeralda, para poder hablar con èl, convenir en el modo de corresponder y en la manera de enviarle dinero.

— ¡ Hijita, por Dios ! ¿Estás loca?

El caballero se espantaba ante la idea de comprometerse de esa suerte. Si por perseguir á Malsira los encontraban á ellos, era seguro que á èl por lo menos lo fusilarian.

— Pues si usted no va, tio, iré yo con Mañunga. Pediremos alojamiento en la Esmeralda. No podemos contentarnos de hablar con Abel unos pocos minutos solamente, cuando no sabemos todo el tiempo que vamos á estar separados de èl.

— ¡No, no; déjate de locuras! Una muchacha no puede comprometerse asi. ¡Que se escape Abel como pueda y que nos escriba desde el primer alojamiento. Asi podrá decirnos cuanto desee.

Luisa no replicó. Pero el propósito firme, inquebrantable de acompañar al joven, estaba en ella. Nadie podria impedirselo de llevarlo á cabo. «Era ese momento el que iba á decidir de su suerte. Su largo sueño de amor, que por años habia fluctuado en su alma, iba al fin á condensarse en la realidad. Para ella era cuestión de vida ó muerte». ¿Era una creación de su deseo el amor que habia creido sentir palpitar en el abrazo de Abel, que habia creido ver lucir en el supremo adiós de su mirada, durante el horrendo instante del inaudito paseo al patibulo? La idea de haber dejado ver su pasión al joven sin saber si era correspondida le daba un bochorno de pudor aterrorizado, como cuando San Bruno la hacia desnudar. «Era preciso que la tormentosa duda terminase por fin. Sea como fuere, ella lo amaria siempre y viviria solamente para él, ¡ si vivia ! »

Una hora después llegó Violante. «Todo estaba convenido. Podian esperar al joven desde las diez de la noche. El cabo retiraría el centinela del corral y dejaria la ventana sin la tranca de candado que la cerraba. Todo dependeria después de esto, de la serenidad del joven. Le recomendaria de no esperar mucho más allá de las diez porque la luna, en esa noche, salia como á las diez y tres cuartos. El capitán San Bruno pasaba su ronda á las nueve y media. Á esa hora se apagaban las luces y todo quedaba en silencio ».

Á las nueve llegaba el propio mandado á la hacienda de don Jaime, trayendo un arriero y cuatro caballos. Luisa

hizo ensillar uno para Abel y dos con sillones para ella y Mañunga. Don Jaime declaraba redondamente que él no iria, y protestaba otra vez contra la obstinación de su pupila, sin atreverse á oponer resueltamente su autoridad. Todos estos preparativos se hacian en casa de Violante para desorientar la observación de los que pudiesen espiar la de don Jaime. Á las nueve y media, la comitiva, dividida en dos grupos, se puso en marcha por el camino de Santiago, en dirección al potrerillo de la habitación del Gobernador. Luisa y don Jaime, seguidos por Mañunga, salieron los últimos. El caballero habia hecho un esfuerzo para eximirse de aquella excursión peligrosa, arguyendo que iban á exponerse sin beneficio alguno para Abel que no debia detenerse á hablar con ellos, sino ponerse en salvo sin perder un momento. Luisa fué inflexible, sin embargo. Desde el momento que era cosa convenida con San Bruno, ¿qué tenian que temer?

— En fin, si usted tiene miedo, quédese aquí. Yo iré de todos modos.

En presencia de la de Alarcón, don Jaime no se atrevió á parecer menos valeroso que su sobrina. La acompañaria para evitar que llevase á efecto su descabellado propósito de ir con el joven hasta la hacienda de la Esmeralda. Violante quedó en la casa para esperar al cabo desertor y entregarle los cuatrocientos pesos á que tenia derecho.

Poco rato después, Luisa, don Jaime y Mañunga llegaban á la puerta de tranca que separaba el potrerillo del camino real. Don Jaime y Mañunga se colocaron prudentemente al lado de esa puerta, sentados al pie de la tapia. Habian hecho situarse á muy corta distancia los mozos con los caballos ensillados. Los que debian montar Luisa y Mañunga seguirian para servir de repuesto, tirados á lazo por el mozo que debia acompañar al joven. En la Esmeralda encontrarian la chica y su sirviente los medios de volver á Melipilla al siguiente dia. Estas minuciosas disposiciones las tomó Luisa con calma. Queria preverlo todo y que no hubiese confusión. Hecho esto se quedó de pie apoyada á la tranca más alta de la puerta, inmóvil, mirando delante de sí á esa oscuridad que ocultaba en su manto de sombras el secreto de su porvenir.

La noche era clara. En el confin del horizonte, por las alturas de los cerros lejanos, una claridad más diáfana hacia presentir la lenta marcha de la luna. Más allá del po-

trerillo, un punto oscuro señalaba la situación de la puerta del corral. Tras de ese punto, las tinieblas, en las que era imposible distinguir ninguna forma. Luisa no podía dominar un ligero temblor en todo su cuerpo. De esa oscuridad iba á desprenderse el enigma de su vida. En ese momento decisivo, su creencia en la palabra de San Bruno, desprendida de la atmósfera de exaltación que la rodeaba en la mañana, se le helaba en el corazón con contracciones de agonía. En el terror de que se frustrase la empresa, inmolaba su amor al pie de Dios á cambio de la libertad del joven. «Ella bebería el cáliz de amargura con tal que Abel, al que había visto casi desprenderse de los brazos de la muerte, recobrase la libertad que le había sacrificado».También pensaba que si no la amase no habría cometido esa locura sublime de venir á ofrecer su vida por salvarla. Y en la noche de su alma brillaba entonces, como en el horizonte lejano, la apacible luz precursora de un astro luminoso.

No sabía, al cabo de un rato, si el tiempo corría lento ó corría precipitado. Eran ya, sin duda, más de las diez, pensaba con creciente angustia. Por fin creyó que sus ojos distinguían una forma humana, que en la oscuridad se dibujaba vagamente. La incierta idea se convirtió luego en certidumbre. « Aquel que se acercaba casi corriendo era Abel, era el adorado, con su esbelta estatura, con la gracia varonil de sus movimientos ágiles y seguros ». Luisa sintió que la tumultuosa alegría que se le agolpaba al pecho redoblaba la dolorosa opresión de la angustia. La forma humana seguía avanzando por el largo potrerillo. Impaciente, loca de turbación, la chica le tendía los brazos, haciéndole señas, enviándole su alma para alentarlo en esa carrera salvadora. Ya la distancia se estrechaba entre el prófugo y la puerta. Visiblemente había salvado más de la mitad del espacio que tenía que recorrer. Luisa habría querido estimularlo con la voz. Le parecía que el joven corría con menos ligereza que al principio. Fuera de sí, sacó su pañuelo y empezó á batirlo en el aire. « ¡Aquí estoy! le decía en voz baja, como si él pudiese oirla; ¡corre, ya estás en salvo! »

Una línea de relámpago se iluminó entonces de uno y otro lado del pie de la pared por la parte de adentro, y juntamente resonaron dos descargas de fusil, atronando siniestras, con su repercusión lejana, el silencio de la noche. Luisa sintió la conmoción eléctrica del estampido al

mismo tiempo que veia al joven detenerse en su carrera, luchando, al parecer, contra algún obstáculo invisible que le impedia avanzar. En ese instante mismo un movimiento de pánico se pronunciaba al lado de afuera de la puerta. Como por un impulso de explosión, don Jaime se incorporaba de un salto sobre sus pies. Mañunga, cayendo de rodillas, imploraba, como en los temblores, la clemencia del cielo.

Los caballos, haciendo un espanto, luchaban por arrancar, tirando del lazo que los detenia. Todo aquello se habia producido simultáneamente en unos pocos segundos.

Pero la súbita paralización de la sorpresa y del espanto duró muy corto espacio de tiempo en Luisa. Con extremada velocidad, pasó por entre las trancas de la puerta y emprendió una rápida carrera hacia Abel, que buscaba en vano algún apoyo en el vacio y tendia ya las manos hacia el suelo.

— ¿Dónde vas? ¡dónde vas niña, por Dios! alcanzó apenas á decir don Jaime á la chica al verla desaparecer.

Ella salvaba en un instante, desatentada, la distancia que la separaba de Abel y recibia entre sus brazos al joven que iba á caer.

— ¡Oh, mi adorada, tu aqui! ¡huye, déjame morir, yo estoy perdido!

— ¡Ah, mi Abel! ¡yo tengo la culpa, por querer salvarte! ¡Apóyate en mi, mi idolatrado! Trata de andar, mi Abel querido. ¡Todavia podrás huir. Haz un grande esfuerzo, no temas que me falten las fuerzas!

Dieron algunos pasos, entrelazados, olvidando el mundo entero, olvidando el peligro en que se hallaban, estrechándose con delirio, condensando toda su vitalidad de juventud en una inmenso arrobamiento de amor. Se decian mil palabras cariñosas, se murmuraban al oido la exaltada adoración en que se confundian sus almas. Con un negro presentimiento en el espiritu, se confiaban apresurados la infinita ternura que les desbordaba del corazón. Abel habia encontrado nuevas fuerzas. Se apoyaba para andar sobre el hombro de la chica, rodeándole el cuello con el brazo izquierdo, sintiendo contra su cuerpo las sinuosas lineas, los mórbidos contornos de la hermosa criatura. Por momentos, andando asi, trabajosamente, Abel, para ahogar un grito de dolor, imprimia sus labios contra el cuello de la chica, ocultando el rostro en el nacimiento de su esplén-

dida cabellera dividida en dos largas trenzas. Habian avanzado ya algunas varas hacia la puerta, cuando de nuevo se iluminaron al pie de la pared, las dos líneas de relámpago. De nuevo la detonación de dos descargas atronó los aires mudos. El silencio solemne del espacio repercutió en eco siniestro aquel estampido, á la distancia. Los dos jóvenes se pararon heridos de muerte. Por un movimiento instintivo, al sentir sin duda las sombras de la eternidad apagarles la luz de la existencia, juntaron sus labios en un beso de fuego, se estrecharon en un frenesí de suprema despedida, y así cayeron al suelo, fuertemente asidos el uno al otro ¡ buscando la unión eterna de sus almas en aquel convulsivo abrazo de agonía!

Del interior de la casa, con faroles encendidos, varios hombres al mando de San Bruno acudian ya presurosos.

— El reo iba huyendo, mi Capitán, con esa mujer, y hubo que hacerles fuego, dijo Villalobos saludando militarmente.

Todos se habían formado, curiosos, en derredor de las víctimas. San Bruno contempló durante un momento los dos semblantes pálidos que un rayo de luna habia venido á iluminar, como el beso misterioso de la muerte al acoger á los amantes en su seno de paz. En presencia de tanta juventud tronchada en flor, un reflejo de aurora lejana iluminó con luz siniestra los recónditos pliegues de aquella alma de monje fanático. El sublime sacrificio de la joven le embargaba el pensamiento, hacia vacilar en su férreo cerebro de soldado sus nociones de la vida. « No era esa, pensaba, la mujer, con su contagio funesto de perdición, con su quemante irradiación de pecado, la mujer que la Iglesia aleja de sus altares, que turba el curso de las acciones del hombre, que desquicia el equilibrio de que ha menester la humanidad para su marcha ». En su inmovilidad de cadáver, con las delicadas facciones embellecidas por el reflejo lácteo de la luna, la chica le parecia la encarnación de otra mujer desconocida, de caridad angelical, formada para completar la inquieta existencia del hombre, ¡ser ideal, que santifica el amor con su inextinguible solicitud de abnegación y de sacrificio! Pero ese confuso sentimiento de indefinida ternura se apagó en el alma del Capitán como un resplandor de relámpago. Su austera rigidez de súbdito y de soldado le hizo alzar la frente con su

vanagloria de exterminio: «¡Eran insurgentes y debian morir!» Sombrío, mirando los cadáveres:

— Cabo Villalobos, dijo, páseme su *parte* y haga entregar esos cuerpos á la familia si los reclama.

LXVI

Mientras tanto, el año de 1817 abria sus puertas con la imponente solemnidad de un momento histórico. Por las nevadas crestas de los Andes una nueva aurora, tras de aquella larga noche de la reconquista española, despuntaba para Chile. De un confin á otro de la amedrentada colonia, un estremecimiento de nueva vida sacudia el letargo de la resignación en las poblaciones. La fecunda savia de la esperanza despertaba en el pueblo un tibio vigor de primavera, un calor creciente de circulación vital. Las miradas de los patriotas se tornaban con un reverdecimiento de fe, hacia las encumbradas cimas del oriente. En el augusto silencio de esa expectativa de un pueblo, resonaba por la fragosa pendiente de la cordillera un profundo ruido de marcha lejana. La lenta y magistral invasión de las legiones de San Martin y de O'Higgins, arrastraba su corriente de guerreros como una marea humana, empujada por un soplo de emancipación irresistible.

En el llano y en la montaña, las montoneras seguian multiplicándose. Manuel Rodriguez burlaba la persecución que lo habia hecho alejarse de Melipilla. Por la magia de una movilidad infatigable, aparecia en todas partes por donde hubiese partidas de realistas destacadas. Otros cabecillas, á su ejemplo, alzaban bandera revolucionaria, y el gran pensamiento del caudillo iniciador, del que habia alentado en la negra hora del desaliento universal, rompia con alarmas incesantes la temible cohesión de las fuerzas que sostenian la reconquista.

Entre los de la camarilla de palacio, ninguno de los magnates cejaba, sin embargo. Todos alentaban á Marcó á perseverar en las medidas de exterminio, en el régimen de escarmientos saludables, según la expresión consagrada. Don Anacleto Malespina y el Obispo seguian hablando de la hidra de la discordia, y San Bruno activaba el envio de los presos insurgentes á Juan Fernández ó á las Casasmatas del Callao. Las montoneras continuaban siendo par-

tidas de salteadores, según la voz de orden salida de palacio. Cada encuentro con ellas era una jornada de gloria para los defensores del Rey.

Pero de súbito, como se encapota el horizonte con el soplo del norte, en aquella atmósfera de triunfo y de seguridad, empezaron á levantarse inquietantes nubarrones. Á principios de febrero, como un celaje que estalla en un cielo sereno, resonaron en palacio con fragor de tempestad, noticias llegadas de Aconcagua. Los insurgentes habían trasmontado la Cordillera y arrollado los puestos militares de observación en la Guardia, en las Achupallas y en las Coimas. Con la fuerza sutil del vapor que se escapa de un caldero, esos nombres salidos de palacio á pesar de los esfuerzos del sigilo oficial, se difundieron por Santiago con un son de clarín guerrero que celebra la victoria. Un gran estremecimiento de júbilo respondió á las versiones palaciegas, que hablaban de grupos de bandidos, á los que las tropas reales «marchaban á escarmentar». La fiebre de la expectativa mantenía hasta los más pacíficos en continua observación. Se contaban los *propios* que salían de palacio, los que á cualquiera hora del día ó de la noche, jadeantes de cansancio ellos y sus cabalgaduras, llegaban con pliegos para el Gobierno.

Á las noticias de los combates del norte respondían con un eco de belicoso estruendo, las de otros triunfos de los patriotas en el sur. El comandante don Ramón Freire, destacado por San Martín de Mendoza, á invadir por el centro el territorio chileno, pasando los Andes por el Planchón derrotaba los destacamentos realistas en Cumpeo y extendía su excursión triunfal á Talca y á Colchagua. Manuel Rodríguez, con un puñado de campesinos mal armados, maravillaba á los pueblos de la costa con la osadía de sus ataques. En algunos pueblos las autoridades realistas eran depuestas por el esfuerzo de los propietarios vecinos y reemplazadas por autoridades patriotas. Por todas partes, en el norte, en el sur, en el centro del país, los aldeanos, los campesinos, los acaudalados y los modestos propietarios, todos tendían los brazos á los libertadores y les proporcionaban, en víveres, en medios de transporte, en caballerías, cuanto pudiera facilitarles la prosecución de sus triunfos. El corazón del pueblo se sentía palpitar en aceleradas pulsaciones. Los rotos, arrastrados por el ardor guerrero, siempre latente en las masas populares de Chile-

emigraban en bandas, por caminos ignorados, para ir á tomar parte en la campaña.

La agitación en el palacio presidencial crecia por momentos durante el mismo tiempo. El Capitán General y los hombres de fierro de su consejo, empezaban á sentirse amedrentados. Desde ese Olimpo de donde habian fulminado los rayos de terror de la reconquista, divisaban por momentos las llamaradas del incendio insurgente, que amenazaba propagarse por todo el reino en una conflagración general. Pasando de la ciega y presuntuosa confianza al sentimiento de la realidad, Marcó del Pont se entregaba á la febril agitación con que los hombres tímidos se figuran poder disimular su desaliento. Para dar á sus actos la sanción del apoyo popular, convocaba una asamblea de notables que prestara su cooperación al gobierno; expedia proclamas altisonantes anunciando el envío de sus «valientes, ansiosos de precipitar en el Tártaro las negras almas de los insensatos invasores», y al mismo tiempo que hacia salir de la capital todas las fuerzas disponibles, expedia precipitadas órdenes á los jefes del sur para que se replegasen con sus tropas á Santiago, á fin de marchar inmediatamente á engrosar el ejército de Aconcagua. Los consejos militares habian reconocido que el gran peligro venia del norte. Se abandonaban las regiones del sur para concentrar todos los esfuerzos de la monarquía á oponerse en Chacabuco al paso de las huestes invasoras. El 10 de febrero el brigadier Maroto salia de Santiago investido del mando en jefe del ejército real. San Bruno marchaba entre los jefes más prestigiosos que debian prestarle sus servicios en la campaña. Don Vicente habia reclamado el puesto de peligro, llegada la hora de combatir por el soberano.

Para enardecer el valor de sus guerreros, Marcó dia á dia multiplicaba sus proclamas. «Él iria también á compartir con ellos, en el campo del honor, los peligros del combate y los laureles de la victoria». «Si mi presencia es necesaria no la excusaré, y con mi persona sustituiré la falta del guerrero que gloriosamente acabe», decia en la *Gaceta*.

Del 5 al 12 de febrero las horas corrieron con abrumadora rapidez para el afligido representante del Rey. Al mismo tiempo que aceleraba el envío al norte de las tropas que llegaban del sur, no desdeñaba el consejo de la caridad bien entendida, que debe principiar por casa. Los famosos

baúles que en pompa y majestad habían conducido á Santiago, un año había, el suntuoso equipaje del nuevo mandatario de Chile, volvían á la vida de la historia enviados sigilosamente al Gobernador de Valparaíso con todo el ajuar del Presidente, en previsión de algún capricho traicionero de la suerte. La fe en el triunfo de sus armas faltaba al enviado de Fernando VII antes que resonara el primer cañonazo de una batalla campal. Entonces empezaron también á agitarse en los conciliábulos de la aterrada camarilla los proyectos precipitados y angustiosos, que semejan al atarantado ardor de los que apagan un incendio. «El Gobierno debía abandonar la capital y dirigirse á Concepción, donde podría organizarse un centro de resistencia. Debía ensayarse, como medio de apaciguamiento, la revocación de las infinitas medidas vejatorias á las que la reconquista había confiado la perpetuación de su dominio. Convendría poner en libertad á los ciudadanos inofensivos, que purgaban imaginarios crímenes de lesa majestad en las cárceles y presidios».Todos esos tardíos paliativos, sin embargo, no habrían sido sino las cataplasmas inútiles que los dendos aturdidos aplican en la hora extrema al cuerpo del moribundo. Ya no había tiempo para encontrar la salvación del Estado en esa forzada retractación del miedo. El huracán del popular encono silbaba con estridente furia en el cordaje de la nave real, sacudía rabioso el mal arriado velamen, enviaba sus tremendas olas sobre la tripulación embargada de terror. Las noticias llegaban del norte cada vez más alarmantes. Era como el sordo rumor de un río que ha salido de madre y viene arrasándolo todo en su marcha devastadora. Los insurgentes aparecían por todas partes extendiéndose por el valle de Aconcagua y avanzando con el orden metódico de un ejército que obedece á una inteligencia superior. Maroto despachaba expreso sobre expreso en demanda de refuerzos. La capital misma, nerviosa y turbulenta, parecía dispuesta á estallar en asonadas populares. El 12 de febrero, en la tarde, la siniestra noticia de una derrota del ejército real en las alturas de Chacabuco, llegó á resonar en el palacio presidencial como una alarma de incendio. Vanamente se hicieron esfuerzos para que el ruido del descalabro no se propagase en la ciudad. Los derrotados empezaban á llegar cada vez más numerosos y era imposible impedir su contacto con el pueblo. La noche fué de indecible angustia para el Presidente y sus conseje-

ros. Cada cual, dominado por sus temores, proponía algún plan descabellado de salvación. Algunas esperanzas, como tablas rotas de un naufragio, sobrenadaban: «organizar la resistencia en Santiago. Emprender la marcha al sur con los restos del ejército. Ir á embarcarse á Valparaíso para trasladarse por mar á Concepción». Mas, uno á uno, esos proyectos se desmoronaban al empuje de la realidad. Tras de los soldados fugitivos iban llegando los jefes. No era ya posible abrigar dudas sobre lo irreparable del desastre. La victoria alcanzada por los patriotas era abrumadora. De todos los arbitrios de salvación no quedaba más que la fuga, la vergonzosa y precipitada fuga. El 13 la emprendió Marcó en dirección á Valparaíso con algunas de las tropas que se habían replegado sobre Santiago. Pronto, sin embargo, el terror de una sublevación en aquel puerto, sopló al fugitivo y á sus consejeros la idea de tomar el camino de San Antonio, donde había un barquichuelo en el que podrían embarcarse.

Pero la hora de la expiación había sonado ya. Antes de tocar al puerto de salvamento, el Capitán General del reino y su séquito de fugitivos caían en poder de los patriotas. Trasladado de Chile á un pueblo oscuro de las Provincias Argentinas, el representante de Fernando VII se apagaba sin gloria poco tiempo después, como un pálido reflejo del sol de la monarquía española, que se hundía para siempre en el agitado mar de la revolución hispanoamericana.

Mientras tanto, en Santiago la explosión de júbilo había sido atronadora. Al saberse la fuga de don Francisco Casimiro, el pueblo se enseñoreó de la ciudad y saqueó las casas de los españoles más odiados. Las prisiones abrían sus puertas á los encarcelados de la dictadura. Un impulso de fraternidad universal vibraba en todos los pechos, vestía la ciudad de fiesta, levantaba hacia el cielo el clamoreo por la vida eterna de la patria. El 14, San Martín y O'Higgins hacían su entrada triunfal á la metrópolis al frente de sus tropas victoriosas. Era el fin de la primera jornada de un plan gigantesco, trazado en el silencio del gabinete con la precisión matemática del genio. Precursor de Moltke, como él taciturno y frío, San Martín había fijado el derrotero á cada uno de sus lugartenientes, calculado las dificultades que cada uno tendría que encontrar en su marcha al través de los Andes y lanzándolos al frente de esas legiones, con no menos osadía que el émulo de Aníbal en su paso por los

Alpes, los hacía entrar en combate á la hora que había señalado para dar el primer golpe de zapa al dominio de la reconquista.

No menos triunfal había sido la marcha de los patriotas encerrados en la cárcel y en los cuarteles por vía de intimidación, desde que habían empezado á mostrarse las montoneras. El entusiasmo popular, que transforma en héroes á todos los perseguidos por el régimen que acaba de derrocar, conducía por las calles, entre vítores y aplausos, á los amilanados tertulios de la trastienda. Don Francisco Carpesano, don Manuel Cardenillo, don José María Reza, los más granados de aquella cohorte de tejedores, devueltos en triunfo al seno de sus hogares, cobraban la cívica importancia de víctimas ilustres de la tiranía colonial. En la trastienda, donde se apresuraron á reunirse después de las efusiones de la familia, los tres magnates llegaban á ser mirados con envidia por los que no habían tenido la gloria de padecer por la patria. Cada uno contaba su cautiverio con la levadura de la jactancia, que infla la imaginación á los tímidos después de pasado el peligro. Don José María Reza « había mirado la muerte sin que le temblase la barba, según contaba, porque sabía que los mellizos, robustos como su padre, habrían de vengarlo más tarde, y se harían reembolsar por la patria, á la que él sacrificaba su vida, las multas y los empréstitos forzosos con que lo había esquilmado la monarquía ».

— Y para qué andar con tapujos, agregaba con acento de orgullosa seguridad; yo sabía que la Panchita está otra vez, ¡no ve! y que bien podrían ser mellizos también; ¡otros dos que vengarían á su padre!

Don Francisco esperaba que el nuevo Gobierno le indemnizaría los perjuicios que le habían causado los sarracenos, manteniéndole cerrada la tienda por tanto tiempo, mientras que con un suspiro de satisfacción, después de alejar con un gesto la imagen importuna de algún deudo difunto, don Manuel Cardenillo contaba con poder colocar á sus hijos en algún empleíto fiscal y que á él « le devolviesen el que los godos le habían quitado en la Contaduría ».

Los que no habían sufrido en las cárceles referían su participación en el último movimiento popular. Uno había contado todos los propios que llegaban á palacio. Otro había visto los grupos de rotos que empezaron á formarse

cuando se hubo sospechado la fuga « del tirano y de sus secuaces », término predilecto del lenguaje político de entonces. Cuál había impedido que saqueasen la casa de un pariente suyo. Quién había capitaneado una partida de los que saquearon las tiendas de los maturrangos. Y luego, en medio de esas expresivas satisfacciones de genial vanidad, un rumorcillo sordo de descontento iba poco á poco dominando las jactancias individuales. « Ya debían hacerse algunos fusilamientos para aterrorizar á los godos impenitentes. Si se empezaba con paños tibios, los sarracenos volverían á envalentonarse y vendrían á atacar á Santiago ».

— Yo no me morderé la lengua para decírselo al general O'Higgins, que es pariente de la Panchita, decía don José María Reza; si no se empieza por colgar á tres ó cuatro sarracenos por día, en la plaza, se nos vendrán encima otra vez.

Don Jaime Bustos llegaba en esos momentos á felicitar á los parientes por la salida de la cárcel. Todas las divergencias de opiniones se habían borrado al soplo del entusiasmo general. El Marqués aplaudía el triunfo de las armas patriotas al par de los demás tertulios.

— Más vale tarde que nunca, señor don Jaime, exclamaba don José María Reza, por no perder la ocasión de una claridad; pero nosotros somos generosos, ¿no ve? y aunque hemos sufrido por la patria no les cerraremos la puerta á los arrepentidos.

— De los arrepentidos es el reino de los cielos, contestaba don Jaime entre risueño y avergonzado.

— ¿Y sabe lo que andan diciendo, que usted tiene asilada en su casa á la viudita de Alarcón?

— Mis hermanas la fueron á buscar cuando vieron que el pueblo empezaba á saquear las casas de los españoles.

— Bueno, pues, váyase con cuidado, mire que la godita es el diablo, y ahora que ha caído Marcó del Pont es capaz de tirarle á usted el anzuelo, ¿no ve? Para qué andarnos con cuentos: lo que ella quiere es pecunia.

— ¡Las cosas de don Pepe! repuso el Marqués.

Esa observación venía, sin embargo, á iluminarle lo íntimo del pensamiento, donde como un resplandor lejano, como una luz de vaga esperanza, brillaban los ojos de la de Alarcón, se reproducían sus monadas, resonaba el cariñoso acento de su vocecita melodiosa y arrulladora. « ¿Porqué no habría de poder casarse con ella? »

Don Francisco Carpesano, después de consultarse con don Manuel y don José María, propuso entonces que una comisión de la tertulia fuese á palacio á exponer á San Martín y á O'Higgins los votos del pueblo de Santiago. La idea fué acogida por aclamación. « Era muy justo, decían, que los que se habían sacrificado por la gran causa fuesen oídos en la hora del triunfo ». Todos los tertulios formaron la comisión, que se puso en marcha inmediatamente hacia palacio.

En las calles continuaba reinando una bulliciosa animación. Numerosos grupos de gente compuestos de todas las clases sociales llenaban la plaza, lanzando frenéticos vivas á los libertadores y á la patria, mezclados con voces de « muerte á los godos ». De repente circuló una voz con la celeridad de una gran noticia, que cada cual se apresuraba á comunicar á los otros. «El mayor San Bruno, hecho prisionero al terminar la batalla de Chacabuco, debía entrar á Santiago maniatado y bajo custodia de un fuerte piquete de caballería ». Al llegar á la plaza la comisión de la tertulia, entraban grupos de rotos por la calle del Puente, anunciando que la escolta con el prisionero avanzaba por la Cañadilla. La muchedumbre se agolpó entonces á esa calle. Á poco una estruendosa gritería salió de aquella masa humana. El entusiasmo, transformado en furor á la vista de San Bruno, hizo resonar el aire con voces de muerte, con encarnizados insultos, con arengas furibundas, que se alzaron hacia el cielo en un retumbante fragor de trueno. El piquete bastaba apenas para contener el empuje de los que querían derribar al prisionero de su cabalgadura. Los que no luchaban por apoderarse de él, le lanzaban al rostro cuanto podían haber á la mano en aquel estallido de ira colectiva. San Bruno, impávido y sombrío, parecía desdeñar esa vengadora explosión del encono popular. « Había cumplido como valiente con su Rey, y, perdida su causa, no le importaba la existencia ni el martirio ». La llama de una exaltación de fanático encendía sus turbios ojos, le hacía levantar la frente con la majestad del valor indomable, le plegaba los labios en un gesto de arrogante desprecio, desafiando el furor del agitado oleaje de enemigos, que amenazaba arrastrarlo al abismo. El implacable perpetrador de las venganzas de la reconquista se transfiguraba en aquella vía dolorosa. La expiación le parecía una apoteosis. «El habría podido huír en la derrota, pensaba con

su orgullo indómito de estoico. Habia agotado sus esfuerzos por contener la tropa en la ciega desbandada del pánico. Cuando todos volvian la espalda al enemigo, él se habia adelantado hacia la falange vencedora que avanzaba rugiente, en su empuje formidable de inundación, y habia disparado por su Rey y por España el último cañonazo de la batalla. Habia cumplido su deber de soldado, inflexible para consigo mismo, como lo era también para los otros. ¡Dios, que protege el poder de los reyes, lo juzgaria! » El estruendo de la furia popular no le impedia oir la voz de su adusta conciencia, que se juzgaba y se absolvia en un recogimiento de soberbia serena y convencida. Lo cubria su fanatismo monárquico como una cota de malla impenetrable. El hombre era un producto de aquella época de batallas. Sin aspirar á ser sin reproche, contentábase con sentirse sin miedo. Envuelta en su altiva satisfacción de súbdito leal, esa alma solitaria y sombría se elevaba en aquel instante solemne á la sublimidad del heroísmo.

Así cruzó la turba desenfrenada, despreciando sus amenazas, sus golpes y su escarnio. Así lo vió dos meses más tarde la muchedumbre silenciosa, adelantarse erguido y fuerte al banquillo del suplicio, al lado del cabo Villalobos, que temblaba, y afrontar con impertérrita entereza la muerte de los asesinos y de los traidores, fusilado por la espalda, en expiación del más negro crimen de aquellos tiempos de odio y de esterminio.

FIN

NOV
2 1
1966
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 07 09 007 9